31761 09373011 7

CANTANDO POR AMBOS MUNDOS

LS
R9187c

CANTANDO

POR

AMBOS MUNDOS

NUEVA COLECCION DE POESIAS

POR

SALVADOR RUEDA

V-5851
31 | 8 | 20

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Puerta del Sol, 15

SEVILLA
LIBRERÍA DE JUAN ANTONIO FÉ
Sierpes, núm. 89

1914

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE SU AUTOR

Madrid, 1914.—Imprenta Española, Olivar, 8

DISCURSO DEL RECTOR VEDIA Y MITRE

leído entre grandes aplausos, en la fiesta del Colegio Nacional Sur de Buenos Aires (1913), celebrada en honor de Salvador Rueda

Saludamos en vos al maestro; maestro en el decir, en el pensar y en el sentir; maestro en la mágica facundia de vuestros versos; maestro en el pensamiento que os anima y que se vierte en cada letra de vuestra obra; maestro en el sentimiento exaltado de vuestra alma y en la sugestión de vuestra palabra que hace amar la vida, que nos pone en contacto ideal con la naturaleza, que sabéis volcar divinamente, humanamente, en raudales de armonía y de luz.

Honor insigne es para esta casa acoger en su seno á quien ejerce á tan alto título la plenipotencia del alma española; que expresó sus palpitaciones en una soberbia explosión de belleza; que vió llegar para sí la inmortalidad y que fué capaz de permanecer sereno ante ella, con esa suprema sencillez propia de los que se destacan sobre los demás, aun sin quererlo, mas sin que les sea dado desconocer la legitimidad del veredicto irrecusable. Y no he encontrado forma mejor de corresponder á la singular distinción que importa esta visita del más grande de los poetas españoles que hoy viven, que solicitar especialmente la presencia en este acto de don Rafael Obligado, nuestro más genuino poeta nacional, el inspirado cantor de las tradiciones argentinas. Así Rueda se sentirá más en su hogar entre nosotros al juntarse al calor de afecto y de respeto con que lo rodeamos, el perfume de exquisita poesía que Obligado irradia largamente.

He dicho en su hogar y lo repito. No puede sentirse aquí fuera de él, el poeta incomparable que se halla hoy en la cumbre de las letras de España. Ello sólo bastara para que vivieran entre nosotros su obra y su espíritu.

Aquella gran generadora de pueblos que se expandió en América sin desnaturalizar empero una sola de sus características originarias, no en balde nos ha dejado perdurable herencia incorporada definitivamente á nuestra propia idiosincrasia. Y aquélla la forma en su sentido más noble la trilogía excelsa de su idioma, su espíritu religioso, y el culto del hogar. La lengua materna que podrá enriquecerse en América con nuevos vocablos autóctonos, pero que no espera nada ni nada necesita para ser rica hasta el derroche y hermosa hasta el infinito; el espíritu religioso, y nótese que no digo la religión, que determina una modalidad del alma que nos impele á poner mucha unción en nuestras acciones y á de-

terminarnos por mandatos superiores de sentimientos superiores; y el culto á las tradiciones del hogar, que mantendrá siempre vivo el amor y el respeto supremos por los padres y los abuelos y las rancias tradiciones de la familia, en una constante floración,—son vínculos indestructibles, son hechos innegables que nos ligan allende los mares con aquella península encantada de cuyas playas partieron hace siglos tres carabelas á descubrir nuevas tierras y á conquistar para España una de sus más grandes páginas de gloria.

La independencia política supone, pero no exige una completa, absoluta independencia espiritual. Y no podemos ni podremos creer en esta última, mientras nos expresemos en la lengua inmortal de los castellanos y se mantengan en nosotros los sentimientos más puros del alma española. No tenemos por qué desearla tampoco, pues nuestra vinculación la alientan esas fuerzas poderosas que no nos quitan nada y nos dan todo.

Y, sin embargo, es harto frecuente que cuando se oye condenar la política colonial se atribuya los juicios adversos á una permanente malquerencia. Séame permitido decir que no creo que ella exista, y más aún que haya existido jamás. Desde que nuestro pasado es común, desde qne comunes glorias y comunes sinsabores nos ligan en el tiempo, reconózcase á los americanos lo que nadie niega á los españoles: el derecho de juzgar con acritud pero sin hostilidad lo que encontramos malo y nos determinó á la reacción. Los mismos Carlos IV y Fernando VII, bajo cuyos reinados se inició la gesta gloriosa, han sido blanco por parte de los peninsulares de juicios que no fueron más acerbos en América. Y nadie juzgará más implacablemente la tiranía de Rosas que nosotros los argentinos que sufrimos su yugo y padecimos bajo su férula.

La revolución de Mayo, — ha dicho uno de nuestros poetas, que fué también un sociólogo y uno de nuestros primeros repúblicos, Esteban Echeverría, — se hizo en nombre de la soberanía del pueblo. No es extraño, pues, que el gobierno que contrariaba el ideal revolucionario y los servidores de aquél, se vieran fulminados, y que contra ellos se alzaran las armas argentinas. Y no es dudoso en qué sentido ha de inclinarse la opinión de quienes sustentan hoy el principio de la revolución en contra del régimen colonial.

Pero ¿por qué no reconocer que el juicio de los hechos no rectifica el sentimiento actual de los espíritus; que aquéllos, siendo de los hombres, no logran borrar las tendencias congénitas de las almas?

¿Queréis una prueba ilevantable de ello? Estamos en este momento bajo la sombra augusta de uno de los más grandes hombres de este país; de Rivadavia, cuya efigie ha sido fijada aquí en el bronce, pues el conocimiento de su vida es la mejor lección de educación moral que puede recibir un argentino. Y bien: él fué quien mandó colgar en la plaza de la Victoria á los autores de una reacción realista; luchó por el ideal revolucionario á despecho de sofocar las bondades supremas de su alma cándida; ocupó en su patria todos los cargos que puede discernir una democracia incipiente; fué el primer Presidente de la república; dió su nombre á una época de nuestra historia que se caracteriza por la mayor suma de progreso social y político; sufrió como ningún otro la adversidad, la miseria; y el día en que se vió arrojado de su pueblo natal por las pasiones políticas que no se detienen á ultrajar ni la

desgracia ni la virtud, ¿sabéis dónde fué á terminar sus días de dolor y de amargura? Fué á buscar lenitivo á tierra española, fué á morir en Cádiz, mostrando así que si sus ideales políticos y patrióticos no coincidían ni podían coincidir con los que abrigó un tiempo la gran metrópoli, en cambio España guardaba para él sus últimos encantos y sus últimos consuelos.

Un espíritu nacional existe desde 1810, bien neto y definido, gracias á Dios, pero él no es agresivo ni hostil para nación alguna, y menos para España.

Por eso dije antes que bastaba la gloria de Rueda en lo que en sí significa, para que el sentimiento argentino no fuera extraño á ella y para que acudiera hacia el gran poeta en amorosa acogida.

Por eso,—y además porque nuestras letras nacionales, aun en vías de una franca, decidida caracterización,—si forman hoy una literatura particular no pueden ni deben presumirse ajenas á toda influencia hispana, que será por largo tiempo la fuente de toda vida, de toda suprema inspiración, de toda enseñanza positiva, de todo principio fundamental.

Un día, en plena campaña emancipadora, un decreto de Cortes autorizó al gobierno de S. M. el rey de España, á despachar comisionados á las provincias de América, «independientes de hecho», según el propio decreto rezaba. La guerra no había terminado aún, pero la independencia estaba lograda. Lo propio ocurrió con la formación de nuestra literatura nacional. Antes de ser independientes, tuvimos, «de hecho», una literatura propia. Propia, hasta donde podía serlo cuando se producía en la misma lengua, y en cuanto pugnaba por reflejar la formación de una nueva nacionalidad.

Grandes eran las dificultades materiales que obstaban para que el hecho se produjera. Más puede aún decirse. Las obras de aquel momento, no constituyeron entonces una nueva literatura aunque forman parte hoy de sus orígenes vacilantes, pero ciertos. Espontánea en absoluto, como consecuencia de que el pueblo argentino comenzaba á vivir, nació la musa argentina, plena de sentimiento, aunque desnuda de regios ropajes y lujosas galas. La poesía fué su manifestación más ponderada, pues los escritos en prosa, casi exclusivamente dedicados á la prensa periódica, no requerían ni toleraban bellezas de forma, sino eficacia para la acción militar inmediata ó para la organización política del país.

Lo dijo ya uno de nuestros más eximios escritores, don Juan María Gutiérrez, quien escribió: «Fué espontáneo el carácter de nuestra poesía; flor brotada al influjo del sol inca, en el campo de nuestras propias heredades, redimidas del poder que las dominaba por el derecho de la fuerza. Aprendió su estética en el fondo del corazón movido por el patriotismo, halló su estro en el anhelo por la perfección y sus armonías en el susurro de las selvas, en el fragor de los huracanes de la llanura ilimitada. Fué sublime como los Andes, majestuoso como el Plata, solemne como la aparición de la aurora en nuestras latitudes templadas; fué perfectible y progresista, se agrandó á la par de la sociedad de cuyo desarrollo era instrumento; meditó en los momentos solemnes, derramó lágrimas en presencia del infortunio, levantó himnos en el triunfo y celebró sin modelo que imitar las conquistas del espíritu nuevo y de la civilización bajo el aspecto grandioso y fecundo que aquél-

llos revisten en los pueblos que se educan para la democracia».

Su origen está en la primera cadencia argentina. En la primera expresión de vida nacional. Por eso no se le ha de encontrar en el *Siripo* de Labardén, y requerirlo allí fuera lo propio que pretender hallarlo en los inspirados versos *A la restauración de Buenos Aires*, de Alberto Lista, ó en los muy hermosos, sin duda, *A la defensa*, de la pluma inmortal de Juan Nicasio Gallego.

Y repetiré una vez más que á pesar de entender así el origen de nuestras letras, no creo en su absoluta independencia, y si me equivocara, fuera incompleto este homenaje, sencillo pero intenso, á Rueda, que produjo en el habla española la trascendente revolución de su musa y cuya obra marca una época; y que inició un rumbo, señaló un horizonte y voló tras él con el triunfo amarrado á sus sienes.

La obra de Rueda no pertenece sólo á España; pertenece también á los pueblos que de ella nacieron; á los que cultivan su lengua y expresan en ella, tan bellamente como les es dado, las manifestaciones de vida que irradian sus almas; y más aún, su obra es mundial porque la belleza no tiene patria ni se circunscribe á jurisdicciones determinadas; porque es patrimonio de todos los espíritus que la sienten y la aman; porque tal pintor maravilloso de la Naturaleza, la reflejó incomparablemente en sus versos inspirados y con igual firmeza de líneas y fecundidad de expresión, así se tratara de un sencillo cuadro de aldea, ó de la armonía infinita de los astros ó del calor vital del sol.

La multiplicidad extraordinaria de asuntos que caen bajo el dominio de su estro y que aunque prosaicos en sí mismos salen vestidos por él con la mayor galanura en la forma y con la belleza suprema del concepto, dan la clave de su poder mágico. Es que hace vivir la Naturaleza; es que nos la entrega entera, él que la ve y la siente santamente, según sus propias, irreemplazables palabras.

Un día hablábamos con el poeta sobre cuestiones de arte. Más bien dicho, hablaba él con esa verba única que es bien suya, y yo le escuchaba embelesado. Le pregunté entonces cuál es de sus obras la que reputa superior, en cuál puso más cariño, más amor. «Todo lo que yo he hecho en la vida, lo he hecho con igual amor, con igual pasión,—me dijo.—La naturaleza me induce á hacerlo y obedezco su mandato soberano». Y había en él la mayor suma de sinceridad al confesarlo, y era en él sencillo y verdadero, lo que en otros labios habría importado presunción ó vanidad.

Angel Guerra lo ha dicho en forma difícilmente superable:

«Nada más que sintiendo y compenetrándose con la naturaleza, es un gran poeta.

»Enamorado profundamente del alma de las cosas, la busca, la comprende, se asimila el color y la línea, la poesía de ella, y como su espíritu vibra sugestionado con sensaciones vivas que impresionan su ser entero «con música interior», toda su sensibilidad estremecida, excitada, va traduciendo en sus versos que son también ritmo y corporeidad, música y color, cuanto ven sus ojos y cuanto su corazón siente.

»¿Es lírico, es épico? Creo que es ambas cosas en armónico maridaje, dada su complexión espiritual, blanda á las fuertes impresiones externas y además fácil á las soledades del alma. Cuando Rueda busca en la Naturaleza inspiración, su poesía es robusta,

llena de savia, como árbol con las raíces arrogantemente prendidas en la tierra, cuyo tronco es recio, vital, y además se engalana con hojas y con flores. Y cuando se encierra en su interior, cuando busca la fuente poética en la vida introspectiva, dejando á los sentimientos libres para que ellos hablen, para que ellos canten, surgen entonces esos versos dedicados en que hay el *sens de nuances* de los grandes poetas subjetivos que supieron volcar todo su espíritu».

Pero por sobre todas sus altas calidades, se descata en Rueda esa riqueza de colorido tan propia de su alma andaluza, que se vuelca á torrentes en poesías suyas como *El mantón de manila*, de la que dijo don José de Echegaray: «¡Dios del cielo! Al leerla se le llenan á uno los ojos de flecos y flores, resplandores y luces».

Imposible es no repetir algunas de sus estrofas:

Cuando pasa movido del homenaje
Tras la imagen, el pueblo, con paso lento,
Tú en el balcón despliegas tu cortinaje
Y el haz de tus colores tiendes al viento.

Sobre el muro luciente de los salones
El fausto de tus sedas la vista asombra,
Y descienden tus pliegues en pabellones
Como incendio de tonos sobre la alfombra.

Tú con la bailadora vas ondulando,
Ceñido al cuerpo suelto como serpiente,
Y tus flecos parecen al ir flotando
Rayas de un aguacero resplandeciente.

Y aunque pudiese creerse agotado en esta composición todo el tesoro de gracia, de belleza y de color del poeta, recordemos algunos versos á los claveles y comprobemos una vez más cómo es inagotable su caudal:

Porque son arrancados de tus vergeles
Y tienen vestidura regia y bizarra,
Te mando ese brazado de igneos claveles
Atados con las cuerdas de una guitarra.

Cuélgalos de tus rizos como un tesoro,
Y trame la bandera de España un juego
Hecho con tus cabellos, que son de oro,
Y hecho con los claveles, que son de fuego.

Y de tu frente ornando la rubia cima
Donde tiemblan reflejos de luz extraña,
Estará la bandera clavada encima
De la más alta gloria que tiene España.

Y su poesía, une á estas notas tan plenas de luces, las expresiones de hondo sentimiento que volcó Ruerda en el que llamó *Libro de mi madre*... Todo en él es suave y hondo, como el cariño que lo inspiró, santo y humano, y por eso bello hasta lo excelso.

A ello se unen á la vez obras suyas de un magnífico poder de expresión, de grandilocuencia avasalladora, como el canto *Al Sol*,

a cuya lectura el alma se estremece, y se siente la necesidad imperiosa de batir palmas de aplausos, tan incontenible es la impresión que nos produce y nos exalta.

Y en otras de sus composiciones vibra como una estridente clarinada, el pensamiento arrebatado, el apóstrofe implacable, con tal lujo de fuerza y arrogancia de formas, que fuera estéril tarea querer dar una idea cabal de su potencia ó reflejar siquiera la impresión profunda que deja en el espíritu.

Dicen, por ejemplo, los últimos versos de una de ellas, llamada *Los caballos:*

Todos cual suelto río por los desiertos pasan,
Luciendo en el torneo su empuje y su destreza,
Y van timbrando rápidas sus fieras herraduras
De las enormes pampas las sábanas egregias.
Allí están en su mundo los brutos admirables,
Que son la audacia, el brío, la pompa y la belleza,
Los ínclitos corceles, prodigios de las razas,
Los ínclitos corceles prodigios del planeta,
Para llevar tiranos que coronó el orgullo,
Uncidos á las cintas de ricas carretelas,
Y en homenaje innoble desparramar al viento
De su sudor glorioso las intasables perlas;
Para arrojar al circo su senectud sagrada,
Lo mismo que se arroja lo inútil á la hoguera,
Y entre ovaciones bárbaras mirar cómo agonizan
Después que al hombre dieron su savia y su nobleza;
Para poner sus pechos ante el cañón cobarde,
Ante el cañón autómata que es gloria de la guerra,
Y pulveriza en sólo la vida de un segundo,
Pirámides altísimas que levantó la ciencia;
Para llevar encima de sus excelsos lomos
Traidores personajes vestidos de gangrena,
Que venden á la patria, y afrentan su heroísmo,
Y extinguen sus entrañas, y rasgan su bandera,
Dejad que en los desiertos sin hombres y sin límites
Los ágiles caballos sus crines al sol tiendan,
Y luzcan de sus mantos los tintes señoriales
Donde un millón de prismas se desbarata y tiembla!

Y aún es más rotunda la expresión, aún es más alto el trascendente sentido de su musa, aún van más lejos sus conceptos en *La Armería Real*, cuya palingenesia cristiana, como dijo Curros Enríquez, no habría desdeñado San Juan de la Cruz.

A riesgo de abusar de las citas, reproduciré algunas de sus estrofas, que solas bastarían para tejer la corona de glorias que tres años há orló la frente de Rueda en justiciera apoteosis:

Llovía. Y por los campos rodando en mil tropeles
Las gotas trabajaban con ruido de cinceles
La vida elaborando prolífica, inmortal,
Mientras que de armaduras pletórico el recinto
La sombra se elevaba del César Carlos Quinto
Con su lanzón de guerra inmóvil y espectral.

Y luego prorrumpe en invectiva suprema:

¿Y qué esperáis inmóviles fantasmas espectrales,
Azotes de la tierra, vestidos de metales,
Si el mundo no supisteis llenar de amor y luz?
Lo mismo que visiones dormís en las corazas,
Cercados de rodelas, de bronces y de mazas,
Vestidos de relámpagos y plumas de avestruz.

De la barbarie humana sois símbolo y compendio,
Fué vuestro heraldo el monstruo crinado del incendio,
Fué vuestra estela un lago de sangre que tender;
Caballos cual vorágines montasteis en la tierra,
Y el hurto, el dolo, el crimen, endriagos de la guerra,
Bajo la cruz de Cristo llevó vuestro poder.

De Cristo, sí, miradlo; se yergue su figura,
Se eleva entre vosotros sin casco ni armadura,
Avanza, mira, alumbra, se agranda su visión;
Viril macho de yunque sostiene entre sus manos;
Es el Jesús terrible de arranques soberanos,
El que arrojó del templo las turbas en montón.

¿Y para qué seguir? Si nos dejáramos llevar, llegaríamos al fin hallando siempre que ni en una sola de sus estrofas desciende un punto la altura del concepto, la rotundez de la forma, la expresión de fuerza, de solidez que anima toda esta hermosa producción de su estro privilegiado.

Ya lo dije al comenzar: Rueda, en mi sentir, es la suprema expresión de la Naturaleza. Y lo es lo mismo en su prosa y en sus versos, pues como él no lo oculta, y dice verdad, al confesarlo, al escribir obedece de aquélla el mandato soberano.

Sus novelas son cuadros de vida. Sus escritos todos, expresiones palpitantes, tanto más divinas cuanto más humanas.

Por eso puede decirse de él, sin hipérbole, lo que Lope de Vega dijo de fray Luis de León:

Tu prosa y verso, iguales
conservarán la gloria de tu nombre!

Vuestra visita, maestro, que os agradezco en nombre de todos los que educan y se educan en esta casa, y no tengo para qué repetiros hasta qué punto en el mío propio, vinculará aún más, si cabe, vuestro espíritu al que flota en este ambiente, que será siempre de poesía, porque es de estudio.

Y nostálgicos de vuestra presencia, nos reintegraremos á la labor, pues ya vos expresasteis en forma magistral:

Que el ser que no es activo, la fe que no es intensa,
La boca que no ríe, la frente que no piensa,
El ansia que no late y el fuego que no prende,
La azada que no rasga y el remo que no hiende,
Las rosas no merecen del triunfo soberano,
Ni son cuerdas sublimes del gran concierto humano!

NOTA DEL AUTOR

Cuando el editor D. Manuel Maucci publicó mi anterior volumen titulado *Poesías Completas,* creí perdida en diarios de Oceanía, América y España, la mitad del bagaje de composiciones que forman este libro, en el cual van también, en gran número, poesías y poemas escritos recientemente. Coleccionadores de mis versos, para mí entonces ignorados, han tenido la atención de regalarme poesías que guardaban para sí, singularmente la señora viuda de D. Hermenegildo Montes, dama de nobles aficiones á la Poesía, la cual conservaba para su lectura íntima, mucho de lo que he escrito; y también la insigne intérprete de mis composiciones, señora Regina Lamo Jiménez de O'Neill. A las dos damas, y á algunos caballeros, doy gracias efusivas por su generosidad.

El presente volumen, como antes digo, contiene acaso más poesías nuevas que antiguas, incluso la epopeya final de la que el público de España y de América no conoce más que el fragmento *La Jota* publicado en *El Imparcial* de Madrid.

Además de este segundo tomo de mis poesías, anda perdido por colecciones de periódicos de ambos mundos, otro volumen más extenso que el anterior y que el presente; pero esas composiciones, complementarias de mi labor en verso, veo extraordinariamente difícil conseguirlas. Lo intentaré.

Van aquí incluídas, de un modo íntegro, *Sinfonía del año* y *Cantos de la vendimia*, que en la época en que me tocó la misión, dictada por la Naturaleza, de emprender la revolución de la poesía castellana, produjeron inaudita sorpresa é insólito asombro en el público, el cual, aterrorizado de mi audacia (se llamaba audacia á interpretar la Naturaleza) pedía mi cabeza á grandes gritos creyéndome loco de atar y digno de la camisa de fuerza. Literatos miopes hacían á diario toda clase de aspavientos en las revistas y diarios de entonces y saeteábanme con sus burlas sin sinceridad y sus sátiras sin convicción. Los mismos poetas que se apropiaban mis innovaciones y estilo, me apedrearon, sumándose todos contra mí. Fueron injustos aquellos hombres que ya empezaban á ser «ajenjistas», «eteristas» y «morfinistas», con mi musa, que bebió siempre agua pura, y que extraía sus ritmos y temas del seno brioso de la Naturaleza. Porque esa era la novedad sencillísima que no se explicaban; que yo venía directo é impoluto de los troqueles y de las incubaciones hondas de la Naturaleza.

Los imitadores en arte, que siempre forman legión, luego de haber remedado los caudalosos versos de Zorrilla, que aún se siguen imitando; y de haber perseguido á Bécquer que á su vez

seguía algo la original ruta de Heine; y de haber, asimismo, remedado las maldiciones de Espronceda que tenían repercusiones bayronianas; y de haber igualmente plagiado á Núñez de Arce que calcaba el endecasílabo castellano que culminó en Quintana; los imitadores digo, que además acosaron á Campoamor, quien quizás amó demasiado las imágenes de Víctor Hugo y de otros extranjeros, vinieron también detras de mí, al ver que mi pluma no revolvía los detritus de otros poetas anteriores, ni mecanografiaba gestos líricos de otros dioses, ni adoptaba, para galvanizarlos de nuevo, temas cansados de servir en la poesía castellana y francesa, sino que, como un hombre en blanco, mi ser campesino y sin compromisos históricos, procedía de la Madre Común, y mi melena de salvaje venía repentinamente al Parnaso, llena de susurros, de nidos, de pájaros, de panales, de abejas, de orquestaciones valientes recogidas de la Naturaleza y de la Vida.

Criado á los pechos de campos, mares y montañas, é inclinada mi frente, llena de profundos y germinadores silencios, sobre la sabiduría natural durante los dieciocho primeros años de mi vida, esculpí, estereotipé en mis entrañas espirituales, preñadas de secretos, todo el vasto tesoro de arquetipos de la Gran Creadora. Y contrasté inmensamente con los *cristalizados en literato*, con los *profesionales de la poesía*, que tenían roto el cordón umbilical que los unió á la Naturaleza: muchos de ellos versificaban y prosificaban sobre detritus y detritus, bien como esos escarabajos luminosos que con el espectro solar escrito en el carapacho de las alas, modelan sobre despojos de otros organismos. *Eran galvanizadores de cadáveres.*

Este era el sentido que no se explicaron los que se creían dueños de todas las sabidurías, al verme venir directamente de las montañas y de los campos como un hombre pristino. Me tomaron por un excéntrico de la vida, y ellos eran los excéntricos, porque eran abstracciones artificiales. Algunos sabios de entonces, no sospechaban que también el sabio verdadero *nace y no se hace*, y sólo se complementa con la vida y con los libros.

Mi labor, según dijo Dionisio Pérez con ecuanimidad que pasó á la Historia, «*no era sólo revolución de la forma, sino que era el espíritu de la poesía y el de la prosa lo que se revolucionaba.*» Entonces, estudié mucho la expresión, basándome en cómo se expresaba la Naturaleza. Un embrión cualquiera de energía que anhela tomar forma,—(simientes, plantas, seres),—se plasma en un sistema de hojas, ó de arterias, músculos y huesos, que le es *característico é intrasmisible;* y cada germen cerebral ó sentimental que desea la vida de la forma, tiene también, en poesía, *su sistema de versos;* y auscultar en las profundidades de las músicas interiores *el sistema rítmico que corresponde á cada asunto,* fué el constante ejercicio de mi vida. La desigualdad métrica de románticos y decadentes, es sólo un ejercicio de *sport.*

Me ayudó á facilitar más ese ejercicio, mi conocimiento, siendo casi niño, de tres cursos de latín, aprendidos bajo la dirección del bondadoso y muy culto sacerdote señor Robles, que venía desde Benajarafe á darme lección en mi aldea circuida de altos montes, donde, según la peregrina frase de Soiza, tomé *mi perpetua borrachera de cielo.* Aquel sacerdote, que llegó á barruntar y á escribir un ante-esperanto basándose en su ciencia de la filología, me

aleccionaba con un amor patriarcal bajo los parrales del huerto, ó

«á la sencilla sombra de la paterna casa
que abrazan los rosales y besan las campánulas.»

El hizo asimilarme, después de los tres años de latín, todo el culto y glorioso artificio de nuestra lírica de los siglos XVI y XVII, que me llegué á saber de memoria, y que, casi yo niño, me dió la emoción de que todo aquel dilatadísimo tesoro de los vates de dos siglos, no era sino cosa de elegantes filósofos y de amables metafísicos, que se entretenían en aquel maravilloso *dilletantismo*.

La oda *A las ruinas de Itálica*, que aún sigue imitándose; los versos de Jorge Manrique; la *Epístola á Fabio;* la voz de Garcilaso; la de Fray Luis de León, el «*son á poeta*» de Góngora, aunque tenían repercusiones del antiguo clasicismo, me parecieron cosa distinta de lo demás, y tenían en mí la más ciega adoración. Pero cuando el religioso Robles me nutrió con los grandes poetas de la lírica clásica, yo me había creado ya, muy joven aún, mi definitiva expresión propia, apenas un solo momento titubeante al principio, pero cristalizada en el acto y basada en los supremos cánones de la Naturaleza, que no es moderna ni antigua, sino eterna.

Cuando el correr de la vida amplió en series de visiones sociales y de todos los órdenes mi sensibilidad, y elegí por temas la fraternidad entre los hombres, el divino amor filial, la sublimidad de la Ciencia, la vida de los insectos, el latir de la fisiología, el acento de la Historia, las costumbres populares, el misterio de la vida universal, el desinterés del patriotismo, el secreto de la muerte; cuando doce años de trato con las estatuas de un Museo y más años aún con los libros de varias bibliotecas públicas á mi custodia, desdoblaron ante mí desde la vida de las Naciones á la vida de los infusorios, pasando por toda la gama de este gran espectáculo del mundo, acometí cuantos temas lo componen, pero al darles forma con la palabra, siempre ausculté en lo más profundo del tema, *su orquestación original*, que muchas veces son las formas clásicas, las cuales no son retoricismo, según creen los poetas dislocados, sino que son cristalizaciones eternas filtradas al través de la lógica de los siglos. Lo difícil es aplicarlas justa y lógicamente al tema. Un solo asunto, durante toda mi vida, oí que en su fondo tenía dos músicas distintas, dos sistemas de versos; es el que sirve de prólogo al tomo *Poesías completas* y al presente volumen: el fondo encantado del caracol marino.

En mi respeto religioso á la Naturaleza (dando la espalda á toda retórica, aun á la de no tenerla, que es *otra retórica)*, no sólo procuré auscultar el espíritu músico de cada tema, sino que del tema mismo procuré ver las fases distintas en que va desarrollándose y constituyendo una escala de vidas. No hay un sólo asunto desenlazado del Gran Todo, como no hay vértebra que pueda vivir sin ser parte de su espinazo. Y eso, no sólo en el plan de la Naturaleza, sino en el de la Vida toda.

Esto, tan sencillo de ver para quien como yo se ha formado en la Naturaleza, llamó profundamente la atención á un gran entendimiento de nuestros días; él, hijo insigne de los libros, no lograba ver que la Naturaleza viva, la que no está encerrada en los folios, procede en sus manifestaciones, por escalas, por teclados

que se enlazan unos á otros constituyendo yuxtaposiciones y «vertebraciones» del mismo asunto, enlazándolos todos á Dios.

Algunas veces, he puesto de subtítulo á composiciones mías; *Escala de vidas*, y por sabido, no debí ponerlo, puesto que no muchas serán las poesías escritas por mí que no sean *escala de vidas* y no lleven esa filosofía trascendental. Acaso todos mis libros debieran titularse del mismo modo: *Escalas de vidas*. Criado á imagen y semejanza de la Naturaleza, así fuí, así soy, así seré. No ser hijo directo de sus entrañas, lleva el peligro, que debe evitar la juventud, de las imitaciones inconscientes, que producen el mareo de la ausencia de sustancia propia. Y, de otra parte, cantar, por *sport*, temas que estén fuera de la Vida, quizás sea un elegante *dilletantismo*, pero no es un acto de transfusión en el que damos nuestro ser á los demás hombres.

Según la frase del citado crítico, mi labor *castellanizó (naturalizó*, añadiría yo) la poesía del Nuevo Mundo que se había *descastellanizado* (yo sustituiría *desnaturalilizado)*.

Nuevamente vivió aquella poesía de traducciones libérrimas del extranjero y de inplantaciones decadentes francesas, y otra vez —lo acaban de ver nuestros ojos,—se ha reflejado nuestra alma en aquel Continente, en son de segunda conquista espiritual.

SALVADOR RUEDA

(Al segundo regreso de América (Argentina)
Isla de Tabarca (Alicante) Septiembre, 1913.

Por una inevitable necesidad, van repetidas en este volumen varias composiciones de *Poesías Completas;* unas, por dar íntegro, en este libro, *Cantos de la Vendimia:* y *Canto de Amor, Las Vidrieras Góticas* y *El Pan*, porque al escribirlas hace tiempo, formaban ya parte de *La Epopeya del Templo*, que va al final de esta obra.

DE UN GRAN ESCRITOR AMERICANO.

SALVADOR RUEDA

Este poeta es una cigarra ebria de sol y de primavera. El secreto de sus armonías proviene de una divina inconsciencia: canta como las aves del cielo ó como el agua cristalina de los arroyos. Su musa, buena y fecunda, algo tiene de una alegre labriega que fuese á través de los campos cogiendo flores y desgranando los entusiasmos de su alegría jocunda en una ebriedad de ensueño, de vida y de belleza. Alguien ha dicho con acierto de Rueda que es poeta por derecho divino; poeta nativo y maravilloso. Sus versos le nacen sin esfuerzo, como un arrullo ó como una alada inconsciencia armoniosa; ellos son un reflejo ardiente de su vida: lo que ha visto, lo que ha vivido, sus horas de ensueño, sus instantes de lucha y de ebriedad lírica, todo campea y se aguza en ellos cual una voz interior. El lo ha recordado también en una hermosa epístola autobiográfica, cuando ha escrito: «De niño, manejé en un templo los vasos sagrados, incensarios, misales, albas, casullas, conchas de bautismo, campanas, candelabros, atriles, y ¡quién sabe si también me nace desde entonces la devoción por la religiosidad del arte, y la frecuencia con que invoco para las supremas imágenes las palabras hostia, cáliz, coro, religión, templo, campanario, misal, facistol, órgano y muchas voces que ruedan constantemente por mis estrofas!» Y es que este poeta antes que crear su pura belleza interior procura hacer de sus versos claros espejos donde se refleje su vida ardorosa como en el cristal de una fuente mansa. En fuerza de amar y de sentir tan hondamente la Naturaleza, se ha hecho un eco de ella, una lengua armoniosa de sus vivos encantos. Y es por esto que nadie ha cantado con una más ardorosa frescura á sus árboles, á sus caprichos, á sus bizarrías. ¿No ha dicho él mismo: «¿Serán todos los actos de nuestro sér un acto de fonografía de todo lo que nos nutrió y formó? ¡Oh, cuánta telegrafía sin hilos sé yo de la Naturaleza! Sembrada toda de atracciones, de simpatías, de inclinaciones amorosas, la Naturaleza es, toda ella, un perpetuo noviazgo de unas cosas con otras; un vastísimo desposorio de corrientes afines, de ideas que se buscan, de mitades que se complementan.»

Quien tales palabras ha escrito explica sobradamente con ellas el espíritu que ha presidido en sus fiestas líricas y en sus cosechas poéticas. ¿El mismo no ha explicado el origen y continuidad evolutiva del hombre como una larva que, proveniente del seno de la Naturaleza ubérrima, ha llegado á cristalizarse hasta hacerse digna de su Creador?

Quizás antes que carne el hombre ha sido planta,
y luego otras mil formas su espíritu llenó,
y va en vasos distintos su sér clarificándose
hasta que logre hacerse su luz digna de Dios.

Y, luego, afirmando, cual en una rara metempsícosis natural, todo lo que en él hay de carne y sangre del Gran Todo, dice:

Quizás yo he sido un tiempo rodante onda de río,
quizás en mármol ciego mi vida palpitó,
y he sido luego planta, y he sido luego pájaro,
y he sido después lluvia, y he sido después flor.
Pez, me anegué en colores; rama, me orlé de rosas:
ola del mar, lo grande mi sér sublimizó;
concha, he tenido perlas; perla, he tenido luces;
luz, he tenido chispas triunfales de color.

Tales estrofas dan la medida de su hondo amor y de su altísima penetración por las cosas de la Naturaleza y de la Vida. Su panteísmo es la suma del optimismo y de las excelencias animadas. Desde lo ínfimo hasta las grandes abstracciones encuentran un eco sonoro en el espíritu del poeta. Y su piedad por todo lo inanimado es santo, noble y grande cual la del santo de Asís. Si del insecto se trata, si de la flor humilde que abre ansiosa sus pétalos al sol y á la lluvia, si de la piedra informe, el poeta comprende sus sagrados derechos. ¿Y cómo no respetar tales derechos, en cuyo imperativo categórico encontramos una imagen de la eternidad y del misterio solemne de la vida?

Amad á las piedras que son formas puras;
no pisad con ira sus caras obscuras;
sus rostros extraños debéis adorar;
su humildad me inspira dolor tan profundo,
¡que por no ir pisando las piedras del mundo,
quisiera unas alas y en ellas volar!

¿No es hermosa, y santa, y noble esta humildad lírica? Sólo en Rueda es posible comprenderla: sólo en Rueda que ha hecho de la vida un culto y una pasión. Con razón ha exclamado el poeta, como para confirmar y justificar la exaltación de su vida lírica:

¡A través de la poesía
hay que ver la vida entera!

Y si una vida, como en el caso de esta de Rueda, ha sido fecunda en oblaciones de belleza y de energía, ya podremos comprender el vigor sanguíneo que tendrán los versos en los cuales sólo se cantan la sublimaciones de esa existencia! Y él ha expresado algo de esto, cuando ha dicho: «¿Ha visto usted al trasluz cierto hueso sutil que tienen algunos pescados, donde la fantasía popular cree ver dibujada la Virgen? Pues así me veo yo á veces, y miro, dibujada en mi interior, una imagen, que es la Poesía. Llevo mis propios rayos X conmigo.»

Y sólo quien lleva ese misterio por dentro, un dios que duerme

en el fondo de un enorme corazón, puede cantar como Rueda ha cantado y ha sentido: poniendo toda la bondad y toda la riqueza de su espíritu en sus versos:

Más sabe una espiga que todos los sabios;
tiene magia eterna la luz de su brillo;
entra ¡oh rubia forma de trigo! en mis labios,
y hazme noble, y sano, y alegre, y sencillo.

¿No ha dicho él, también, de la Naturaleza, al cantar á su bondad infinita, á su fecundidad apacible?:

Haces de los gusanos mariposas,
del lodo inmundo cálices de rosas,
fruta del jugo, de la rama incienso.
¡Ella es Madre Inmortal que el bien ofrece;
y al ver lo grande de su amor, parece
la Tierra toda su corazón inmenso!

Lo cual confirma aquella su hermosa y sincera confesión: «Es que creo á veces, sobre todo cuando estoy en la Naturaleza, verme, transparentarme y disolverme y sumarme al Todo Universal. A veces, necesito mirarme las manos y tocarme los dedos para convencerme de que no son de marfil.»

Sólo en un poeta, en un grande y fuerte poeta, como lo es Salvador Rueda, es posible comprender una confesión cual ésta; y sobre todo en un poeta ingenuo, en un poeta niño, que ve la Naturaleza con ojos deliciosamente serenos, y que la ama por su belleza, como en ella ama á Dios por su perfección. El lo ha expresado en un pequeño poema admirable:

Si en gruta sombría que el sol no hermosea
de Cristo encerraran la efigie y la idea
y el Arte no diese su luz á los dos,
el Alma del hombre volviérase atea,
pues sin arte excelso, tal vez no hay quien crea
ni en Aras, ni en Cielos, ni en Cristo, ni en Dios!

Con sobrada razón ha dicho de él Andrés González Blanco, *que es poeta por la gracia de Dios*, enviado á vivir entre los hombres con su misión ardorosa y pura de belleza y de amor. Y, como extrahumanamente ha escrito San Gregorio Nacianzeno, que el sacerdote muerto para todas las pasiones vive de una vida divina, así este magno pontífice de la belleza ha vivido sólo en el seno de la Divina Armonía, hecho eco y reflejo encantado de la Naturaleza. Todo lo ha expresado la voz de su lira policorde: la maravilla de los colores, el amor de la vida, las fiestas espirituales, los ardores de la carne, los milagros del sol, del ensueño, del amor; todo lo que bulle, todo lo que alienta, todo lo que fructifica, todo lo que canta. Su voz ha sido como la del ave azul legendaria que, habiendo lanzado la perlería de sus trinos en una selva sonora, dejó impregnada de aquel eco su soledad armoniosa durante quinientos años.

A. Donoso
(Chileno).

(Tomado de una Revista americana).

ZUMBIDOS DEL CARACOL

¿Nunca inclinasteis con fe los oídos al cerco redondo
de un caracol encantado que engrecan marinos lunares,
donde al igual que por largo turbante, se elevan del fondo
voces, cadencias, estruendos de trompas y gritos de mares?

En su interior, de las olas se escucha la vida latente,
y recogida en el hueco de nácar que clama vibrando,
va la epopeya marina, que abarca del Norte al Oriente,
como en Iliada de nácares cóncava rugiendo y zumbando.

En lo profundo se escucha la risa de Venus fecunda
al retorcerse el cabello en las ondas cual trigo ondulante,
y la carrera veloz de Neptuno que truena rotunda
con sus corceles que estampan los cascos con ruido gigante.

Se escucha el libre jugar que levantan los raudos tritones
sobre el cristal infinito de rizos que el viento dilata,
y oís las náyades que aéreas se mecen lanzando canciones
sobre el colchón de plumajes que embuclan los mares de plata.

Y cuando goza el oído sintiendo del fondo el encanto,
se oye de pronto subir de los nácares en breve compendio,
bronca tragedia de bárbaros gritos que hielan de espanto
al ondular cual penacho en los mares la luz del incendio.

Os cuenta el nácar las madres que lloran, los niños que claman,
las despedidas, los golpes tremendos que da el oleaje,
los griterío s que en locos tumultos los vientos derraman
y el resilbar de las cuerdas ardiendo con gozo salvaje.

Y se os figura un actor de mil labios, un trágico intenso,
el caracol que el magnífico drama recita iracundo,
con alaridos y lenguas de llamas de son tan inmenso
como si ardiera cual un promontorio la esfera del mundo.

Son otras veces clamores de tierra los que oye el sentido,
fiestas grandiosas que prenden los lazos de luz de las razas,
ó de cantantes en noche de triunfo la voz y el sonido,
ó los broqueles, combates navales y choques de mazas.

Toda la vida, lo intenso y lo grande del mar y la tierra,
del caracol repercute en los círculos igual que un encanto,
en cuyo fondo se escuchan vibrantes, al par de la guerra,
los oradores, las bombas, los órganos, la risa y el llanto.

El caracol es cerebro que piensa y es pecho que llora,
es microcosmos que encierra infinito zumbar de cordajes;
todos los gritos los tienen sus nácares que el iris colora,
y de los hombres, las aves, los brutos, los varios lenguajes.

Mi vario libro que el alma ha rimado del mar á la orilla,
es caracol que tumultos distintos de voces encierra,
en cuyo largo turbante se esconde la audaz maravilla
de aprisionar con palabras y ritmos el haz de la tierra.

Pegad ansiosos los dulces oídos buscando su fondo
y escucharéis ascender en mareas del largo turbante,
hecha cadencias la vida del hombre que va en lo más hondo,
como el torrente de voces y gritos de un gran concertante.

Un caracol es mi libro, formado de ritmos vehementes;
grande es su boca que vibra cual ancha corona de palma;
si os ajustáis á los hondos oídos sus bordes ardientes,
¡percibiréis el hervir sempiterno del mundo y del alma!

MI PEGASO

¿Por qué cimas y cóncavos horrendos
llevas ¡oh Dios! la rienda á mi Pegaso?;
un delirio ideal mueve su paso
que corre y brinca en arcos estupendos.

Son sus cascos relámpagos tremendos
que alza de entre las cumbres al acaso,
sus crines son incendios del Ocaso
y sus galopes bárbaros estruendos.

En medio de la hoguera de sus crines
me lleva entre relinchos de clarines
por regiones de inédita hermosura.

Y lanzado hacia un sol incandescente,
¡clava como un hachón sobre mi frente
el penacho febril de la locura!

LA ESPIGA

Es ya llegada la fiesta fecunda del cálido trigo,
en que las eras, colmadas de espigas, desbordan sus haces,
como desbordan del círculo de oro de ardiente custodia
uvas y mieses que dan esplendores al día del Corpus.

Es ya llegada la fiesta benigna del pan venidero,
en que la avena de granos maduros promete la harina,
con la que ríen los pobres alegres, que, en viendo pan rubio,
miran su prole como un patriarca sentado en su trono.

Son ya los días de intensa canícula con sol y amapolas,
en que la espiga, cual flauta de granos, ondula en el viento,
ya madurada de plena armonía, de notas acordes,
que al hombre cantan el vasto poema del rojo verano.

Por las llanuras de inmensos trigales que piérdense libres,
se desarrollan las largas cuadrillas que tiende la siega,
y van blandiendo las vívidas hoces cual curvas de rayos,
tirando al suelo las mieses de luces que huelen á incendio.

Atan los hombres las áureas gavillas con rauda destreza,
como si atasen los haces dorados de panes en rama,
de panes vírgenes, aun hechos espigas, aun hechos simientes,
que no conocen la sal ni las ascuas, la pala ni el horno.

Llegan al campo las rudas carretas por bueyes traídas,
en cuyas pieles de lustre apacible la luz hace juegos,
y en los varales los toscos boyeros combinan la carga
rubia y grandiosa, que al cielo se eleva como un promontorio.

Y hacia las eras que extienden su círculo de inmensa custodia
van los labriegos guiando las moles del monte de espigas
en donde cantan al dios del Estío las ígneas cigarras
con una nota que es chorro incesante de fuego y de música.

Duros desgranan los trillos cortantes, por bestias tirados,
el esplendor de los haces crujientes que colman la era,
y el trillador, á su espalda galante, pasea una virgen
que le rodea la comba del pecho con un medio abrazo.

El la requiere de amores en medio del rubio oleaje,
ella le niega la gracia pedida, y entonces, riendo,
él la derriba, rodando enlazados al golfo de oro,
donde le besa los labios abiertos como una granada.

Hecha la parva que el bieldo sacude lanzándola al viento,
pasa á las tolvas de senos voraces que absorben el trigo
de las que empuja la cítola rauda los granos crujientes
sobre las piedras que bailan veloces su danza jocunda.

Y mientras hilan la harina aromada las losas girando,
la taravilla que rauda titila, que loca retiembla,
junta su son á la voz del torrente que pasa profundo
cual si pasara brutal retumbando la cola de un trueno.

Luego, en hogazas el horno les dora las rubias aristas
como si el sol esmaltara de vetas sus áureos filones,
y festonea de cálidos oros, de risas, de ráfagas,
el pan ardiente que brilla incitante cual gran flor de oro.

Tú, sacerdote, labriego sublime, que siembras el trigo,
que lo recoges, lo trillas, lo aventas, lo mueles, lo amasas,
le das tu sangre, le infundes tu aliento, le infiltras tu vida,
y como Cristo murmuras á todos: «¡Comed de mi cuerpo!»;

alza á los aires tu Pan, que es abrigo; tu Pan que es ternura,
como quien alza la Forma divina parado ante el ara,
y oigan tu misa de inmensa campaña postrados los hombres
entre horizontes sin fin revestidos de blondos trigales.

LA CORONA DE ILUSIONES

Á un recién nacido.

Columpiado por manos amorosas,
de la vida al vaivén, meces tu nido,
y en él duermes, feliz reciennacido,
los mismos sueños que tendrán las rosas.

Entre un desfile de hadas vaporosas
una se acerca hasta tu ser dormido,
y tiende un velo sobre ti, tejido
con vivas y esplendentes mariposas.

Es la tela de puras ilusiones,
con la que vela Dios los corazones
desde el misterio de la tierna cuna.

¡Niño ideal, corónate con ellas,
y llévalas cual círculo de estrellas
sin que se caiga de tus sienes una!

ABRIL

Candoroso adolescente,
divinizado poeta,
el de mejillas de rosas
y el de cuerpo de azucenas.
Radiante Abril, que has traído
en tus manos tu poema,
y has renovado del mundo
la armonía y la belleza.
Nuestro oído han regalado
los dulces sones que llevan
los hemistiquios brillantes
de tus estrofas egregias.
Has prendado nuestros ojos
con tu riente diadema
de pimpollos adorables
y de flores entreabiertas.
Ibas desnudo, dejando
bajo tu pie rosas nuevas,
á través de las montañas,
las colinas y las selvas.
Como á un dios tu ser veía
la alegre Naturaleza
pasar cargado de flautas
con que ensayar tus cadencias,
y te seguía un enjambre
de mariposas inquietas,
que, por pararse en tu cuerpo,
se atropellaban revueltas.
Tras tu ruta caprichosa
iba irradiando una estela
de insectos que desplegaban
las alas de ricas piedras,
y fluían en el oro
de la luz, que, blondas hecha,
sus lunares fugitivos
derramaba en tu cabeza,
Tú bajabas retozando
por los valles y laderas,
y dejabas verdes fimbrias
en los troncos y en las piedras.
Los corzos, tras los ramajes,
barajados con las ciervas,
doblaban, al ver tu paso,
ambas rodillas en tierra;
y las ninfas, rebujadas
en chal de líquidas hebras,
con los dos senos rompían
la onda melódica y tersa.
En una hamaca de fresnos
que, con tu carga ligera,

desflorando el haz del agua
te mecía soñolienta,
á descansar te tendías,
y de toda la ribera
rondallas de ruiseñores
iban á darte su fiesta.
Tú dormías descuidado,
porque el dormir te deleita,
y con corona de nidos
te hallaba la luz primera.
Bañada de sol entonces
tu lira, que el canto lleva,
nuevas flores cincelaba
con que aumentar tu poema;
y de seis hojas de lirio
formaba una *estrofa* bella,
y una rosa de cien *rimas*
de cien hojas entreabiertas...

* * *

¡Oh maestro inimitable!
corta ha sido tu existencia;
pronto caer has dejado
las flores de tu cabeza.
Mas, volverás, que del ritmo
con que se mueve la tierra,
tú eres un compás brillante
que al año aparece y suena.
¡Ojalá que cuando tornes
á romper tu flor primera,
con el eco de la risa
en los labios nos sorprendas!

Á MI MUSA

Quijote de un troquel no imaginado,
sales al gran palenque de la vida
dispuesto á la viril arremetida
y con tu lanza de torneo armado.

El río de la vida desbordado
choca en tu escudo en brava sacudida,
y torna atrás después de la embestida
al hondo cauce de que fué lanzado.

Después de tus heróicos ardimientos,
Naturaleza vuelve á sus cimientos
al son de tu rodela golpeada:

cual si tu escudo incontrastable fuera
el calzador gigante que metiera
en su cauce la Vida desquiciada.

EL ÓRGANO

No es el órgano grave que retumba en el templo
el que hiere mi mano recorriendo sus flautas
arrancando á torrentes del marfil polifónico
los grandiosos sonidos que sublimes se alargan.
Es un órgano humano cuyas teclas de carne
con mis manos oprimo, con mis manos crispadas,
y que tiende gigante tantas áureas trompetas
como tiene en su fondo sentimientos el alma.
Tiene un tubo las voces de las frentes que luchan,
otro tiene tremendos anatemas de llamas,
otro tiene arrebatos de justicia y de cólera
y otro tiene los himnos del amor á la Patria.
Hay un tubo que canta la adorable alegría,
otro tubo divino donde está la esperanza,
otro tubo solemne donde están los dolores
y otro tubo diabólico donde ríe la gracia.
Una trompa es de pena, y otra trompa es de júbilo,
una tiéndese idílica, y otra alárgase trágica,
y otra suena rotunda como són de torrentes
y otra zumba espantable con fragor de batallas.
Es su templo sin límites, la rotonda del cielo;
es el Ara en que oficia, la Natura sagrada;
es su Cáliz, la sangre combatida del hombre,
y es el Sol la Hostia eterna que en su altar se levanta.

EL TABLADO FLAMENCO

En el resonante tablado flamenco
su zapatëado describe *la Penco*,
y las castañuelas de poza de cuenco
juntan sus compases al baile flamenco.

Con los libres brazos como una bandera
sobre los tacones va la *bayadera*,
y al doblar el gozne la curva cadera
los brazos ondula como una bandera.

Las palmas alegres de ritmo vibrante
indican las vueltas del cuerpo ondulante,
y arrancan suspiros del pecho anhelante
las palmas alegres de ritmo vibrante.

Alarga la cuerda llorosa y sentida
su línea tirante de notas vestida,

y un aire de España que al sueño convida
se ajusta á la cuerda llorosa y sentida.

Pájaros brillantes y flecos de oro
el mantón desborda del pecho sonoro,
que al lanzar valiente su trino canoro
deja que retiemblen los flecos de oro.

El concurso alegre se agita y vocea
al lúbrico canto que aturde y marea,
y á la bailadora que el talle cimbrea
el feroz concurso aplaude y vocea.

A cada arrogancia y á cada donaire
sombreros en lluvia conmueven el aire,
y la flor prendida del pelo, al desgaire,
oscila en las vueltas á cada donaire.

Resuena y acrece la vocinglería
y el ritmo acelera su ardiente armonía,
y la bailadora su cuerpo deslía
más raudo sintiendo la vocinglería.

Ya el licor dorado perfuma la caña,
ya la última vuelta la copla acompaña,
ya suspende el baile su música extraña...
¡y la manzanilla sonríe en la caña!

¡Limosna á los niños deformes!

Hay junto al mar un templo por el amor alzado,
por el amor de un hombre de espíritu sagrado
que con derecho propio se puede rey llamar:
amar niños deformes es su misión divina,
y alzóles lecho y tienda su mano peregrina
en alto promontorio, al borde azul del mar.

Allá al pie del Atlántico elévase Chipiona,
y como el claro anillo de luz de su corona,
el gran templo á la infancia se ve resplandecer;
amar los niños bellos, es luz de Dios venida;
amar niños deformes y darles nuestra vida,
es la emoción más grande que tiene nuestro ser.

Y al lado del espíritu que realizó la ofrenda,
que instituyó la gracia, que levantó la tienda,
las manos de una reina le dan doble virtud:
la que trocó el teatro por noble Sanatorio,
la dama insigne, Elisa Mendoza de Tenorio,
es del bendito templo la musa y la salud.

El pródigo recinto se eleva iluminado
como un riente Olimpio de niños, consagrado
no á la alegría eterna, sino al mortal dolor:
sus muros son divinos, sus puertas son sagradas,
y el Sol entra por ellas á recias bocanadas
como un Jordán de luces, de risas y de amor.

Médico-Rey que alivias á la niñez su lloro,
de bisturí que es pluma, de corazón de oro,
que al retorcido cuerpo le das su norma fiel;
que eriges, como erige la gran Naturaleza,
y á las perdidas líneas devuelves su belleza
sacando otra vez pura la forma del troquel:

¡Quién, como tú, pudiera forjar con sus escombros
musculaturas fuertes y resistentes hombros
para que, á Dios andando, pudieran resistir
nuestro bagaje excelso de alambres, microscopios
cinceles, liras, libros, crisoles, telescopios,
ancianos, madres, niños, cuanto hay que conducir!...

Reconstructor de razas, preparador de auroras,
que con el Sol y el Arbol, sublime colaboras,
y con el Mar, que vierte su eterna inhalación:
¡quién en mi lira viera tu molde peregrino,
y conformar pudiera como en troquel divino
los hombres con que diese más gloria á la nación!

En tu taller grandioso, da prisa á cuanto crea,
al yodo y al ozono que libre el aire ondea,
al juvenil aliento del noble vegetal,
al sueño que es la fuerza y es la alegría loca,
y al Sol, boca de fuego que sana cuanto toca,
y está empapado en vida y elíxir inmortal.

Da prisa á tus cinceles, artífice atrevido,
que está la raza exámine sin fuerza y sin latido,
pero te ayuden todos á hacer tu creación;
te den los ricos oro para que fuerte seas,
los nobles sus aplausos, los grandes sus ideas,
los pobres dulces besos, y todos corazón.

Y tú, feliz maestro de gracia y de armonía,
que ves los niños tristes sin forma ni energía
sus pies abarrotados, sus labios sin reir,
sus brazos retorcidos, sus líneas angulosas,
sus bocas sin sonrisas, sus pómulos sin rosas,
sus músculos sin juegos, sus almas sin latir:

Y tú también ¡oh musa, vestal, sacerdotisa,
alma como una fuente de inspiración, Elisa,
que pasas por sus frentes tus dedos de alta luz,

y á los que no son tuyos por hijos los adoras,
los lavas, los aduermes, los meces y los lloras,
cual la bendita Madre del que murió en la Cruz!:

Cantad conmigo un coro de caridad sagrada,
y á cuantos pechos llenan la Tierra iluminada,
clame mi amargo acento y el de vosotros dos:
¡una limosna, reyes, porque dichosos fuísteis!
¡una limosna, próceres, que entre esplendor nacísteis!
¡una limosna, madres, por el amor de Dios!

CUERPO-FLOR

Eva Danero.

Tu alto cuerpo de líneas celestiales
es una gran magnolia trasparente,
que en vez de blancos pétalos carnales,
tiene el cáliz ardiente
hecho de curvas hojas, que ideales
Dios arrancó á la comba de su Frente.

LOS NARDOS

Sujeto el jarro en la cadera,
que al haz de nardos da á beber,
va la florista por la acera
las blancas flores á vender.
¡Flores de Agosto! Nardos bellos
que anuncia Flora desde Abril
y fingirán en los cabellos
constelación de estrellas mil.
Tras de la dalia que el lindero
enrojeció con su color,
el bello nardo, su heredero,
ocupa el trono del amor.
Su polipétala armonía
baña la esencia sin igual
que Salomón en su poesía
vertió amoroso y sensüal.
Bíblico aroma se derrama
de su penacho de marfil
que en la maceta alza su rama
tras del arábigo pretil.
La iluminada cabellera
de Jesucristo enbalsamó,
cuando en la trágica carrera
el santo cuerpo suspiró.

El opulento sicomoro
que sombreó á Jerusalén,
con los granados hizo coro
al fresco nardo en el edén.
En su nevada vestidura
está el sudario del Señor
labrado en hojas de blancura
con sutilísimo primor.
La engalanada Magdalena
en sus orgías de placer,
nardo fragante y azucena
unió á sus gracias de mujer.
No sé por qué ficción divina
acuerda el nardo á mi ilusión,
el mar azul de Palestina,
el Rey-profeta y Salomón.
Trae esa flor hasta mi idea
bíblicos tiempos que vendrán,
el campo ardiente de Judea,
la fresca orilla del Jordán.
Y le parece á mi razón,
cuando batallo en esta lid,
frase de un himno de pasión,
verso de un salmo de David

LA ALBAHACA

Albähaca menudita,
linda y graciosa albähaca,
del búcaro compañera
y adorno de la ventana;
ya tus verbenas pasaron,
llenas de juegos y danzas,
con sus bordados mantones
y sus luces de bengala.
Ya pasaron tus verbenas
con sus cohetes de lágrimas,
sus coruscantes buñuelos
y sus macetas galanas.
Separada del bullicio
de las alegres veladas,
si sueñas, ¡serán tus sueños
los sueños de la nostalgia!
Ya junto al puesto florido
no ves la española gracia
de andares, rostros y cuerpos
pasar en ola bizarra.
Ya de la chulesca polka
no ves las vueltas pausadas
en el salón callejero
hecho con arcos de ramas.

Pasó tu reinado alegre
cual todo reinado pasa,
y angustiada, tu rocío
lloras cuando viene el alba.
¿Qué te importa ya que el búcaro
te dé en la reja compaña,
si antes sudaba sus perlas
y ahora de frío las cuaja?
El fuego forma tu vida,
y cobra fuerza tu savia
entre las siestas de oro
y las noches abrasadas.
Están tus hojas pidiendo
sopor de atmósfera cálida,
cadencias de mecedora
y perezas de guitarra.
Pero el otoño te acecha
lejos moviendo sus alas,
y sus avisos te envía
en el soplo de sus ráfagas.
Pronto verás los ramajes
tender su seca hojarasca,
y en remolinos crujientes
bailar su danza macabra.
Pronto verás de los cielos
la mutación angustiada,
y trocar oro y carmines
por tintas grises y pálidas.
Tú también ante la muerte
exhalarás tu plegaria,
é irás con el remolino
á bailar tu última danza...
Albähaca menudita,
linda y graciosa albähaca,
¿dónde fueron tus verbenas?
¿qué se hicieron tus veladas?

DEL PAÍS DE LAS CAÑAS

El Ingenio de azúcar.

POEMA

A mi célebre compañero de viajes,
D. Juan Perlé.

Del país de las cañas.

EL INGENIO DE AZÚCAR

POEMA

Al girar de los recios machetes
en el corte feraz de las hazas,
dan en tierra revueltas y rubias
las frondosas hileras de cañas
donde el sol remueve la miel adormida
que esconden las fibras doradas,
para disponerlas á entrar en los carros
cual haces melosos de flautas.
Ya vienen carretas y bueyes
que guía el guajiro con rígida vara
trayendo las yuntas sumisas
por las fosas nasales atadas,
las yuntas de lomos robustos,
de brazos cual recias palancas,
de testa de bronce,
de pezuñas anchas,
de costillas cual arcos soberbios
de un templo de fuerza que anda.
Viene uncido á las rudas carretas
un tropel de bueyes de sólida estampa,
tres yuntas pausadas y firmes
que á veces se atascan
y estiran tenaces los miembros potentes,
y con las pezuñas las piedras arañan,
mientras que retiembla el testuz poderoso
al esfuerzo gigante que manda
el boyero clavando terrible
en los recios lomos del bruto la lanza.
Espera los haces de oro
el Ingenio que hierve y trabaja
para trasmitirlos por los conductores
á los cuchillares de filos que rasgan.
Las máquinas luego los prensan,
y el residuo del zumo separan,
y mientras corre el guarapo espumoso
por el cauce en corriente rizada,
el bagazo espartoso y estéril
hacia el horno rojizo adelanta

á servir de vivísimo incendio
de locas virutas de llamas,
al motor gigantesco que zumba
caldeando y moviendo la Fábrica.
El tacho la miel clarifica
y después á los tanques resbala
donde revuelven su cuerpo de gotas
las rígidas aspas
de constantes y trémulas hélices
que baten el líquido girando las alas.
En las rotativas centrífugas, cae
el azúcar que vuélvese blanca,
y desciende en un chorro á los senos
de los sacos que abiertos aguardan,
para dar en las mismas carretas
que lentas trajeron cual rubios castillos las tongas de cañas.

* * *

Todo en el Ingenio
palpita y se afana;
el dueño contempla gozoso
cual gran patriarca,
aquel mundo que agita sus miembros
de engranajes, de ruedas, de planchas,
y va y viene entre el son fragoroso
que finge el de inmensa batalla.
El Electricista
regula las lámparas
que riñen veloces sus intermitencias
azules y pálidas,
cual si fuesen febril desafío
de ardientes espadas.
Y el Mayoral custodiando el batey
apunta los carros que marchan,
recibe los carros que vienen
á vaciar las auríferas cargas;
mientras El Maestro de Azúcar vigila
las mieles sabrosas que en ámbares manan,
dando el punto, los grados diversos,
el tono y la gracia.
Cercando la anchura grandiosa
donde todo el Ingenio se enclava,
un río de toscas carretas
se mezclan en loca maraña,
y entre el ancho lienzo que feria simula,
algún potro con pies como alas
desfila marcando veloz *cuatrapeo*
igual que un crujiente repique de cascos que trenzan la marcha.

* * *

Sonó cerca, cerca,
aunque cantóse en la verde distancia,
doliente guajira
más lenta que triste, más dulce que larga:
era un negro el cantor melodioso,
de feraz cabellera de zarzas,
y de sudorosos relámpagos negros
vestido cual noche cerrada.
Cantó esta guajira
como si llorara:

Es grato ver al *judío*
volar de la zarza al monte,
y oir el feliz *sinsonte*
en los breñales del río.
Es grato el eco sombrío
del criollo *ruiseñor*,
grato el piar de dolor
de *mariposa* que trina;
pero es cosa más divina
oler tus labios en flor.

Desplegó la copla su ritmo en el viento
como estela de música cálida
y corrió á la negra distante y ardiente
que oirla aguardaba.
Y ella, revestida de negror terrible,
negros los cabellos de negrura bárbara,
negros los dos senos, negros los dos ojos,
y los dientes blancos, más blancos que el nácar,
respondió á la copla con otra guajira
que arrancóse gimiendo del alma,
y otra vez rodando por los palmerales
hasta el negro llegó que esperaba:

Es dulce el *anón* sabroso,
dulce el *plátano* pajizo,
y blanco como el granizo
dulce es el *coco* poroso;
dulce el *mamey* delicioso,
y el *zapote* peregrino,
dulce es el *mango* ambarino
y la *piña* tropical,
pero es más dulce el panal
de tu semblante divino.

Se van acercando
las lentas tonadas,
cual si se acercasen para darse un beso
las bocas que cantan;
y otras dos canciones
salen melodiosas de las dos gargantas,
que desenvolviendo van lánguidamente
sus ondas sonoras como una campana.
Dice ella primero
su guajira de sones de plata,
y el negro armonioso contesta esta copla
con labios de flauta:

Te sabe un dedo, mi niña,
á *guanábana* criolla,
otro á grata *chirimoya*
y otro al ámbar de la *piña;*
de uvero de brava viña
que no es la viña de España,
á otro el sabor acompaña;
otro te sabe á la *miel,*
otro á rico *canitel*
y otro á la flor de la *caña.*

* * *

Prosigue el trabajo
dentro del Ingenio que el ruido no apaga
de sus maquinarias, sus tachos, sus hornos,
sus centrífugas que giran y bailan.
Aumenta el estruendo de carros que vienen,
y yuntas que pasan,
de mulatos, y blancos, y negros,
que entre el tráfago hirviente trabajan;
y el motor incansable que mueve
aquel mundo que nunca descansa,
con su trueno incesante y grandioso
canta, canta, canta...

* * *

Este es el Poema
de las dulces cañas,
el Poema criollo y ardiente
que entre palmerales de fuego se fragua,
y que en el Ingenio
que elabora el azúcar preciada,
suspiran los negros al son quejumbroso
de las tiernas guajiras cubanas
al ir del batey á la fuente,
al ir de la fuente á las hazas,
y al probar el guarapo dulcísimo,
menos dulce que el tono en que hablan
los negros humildes
ya «mandingas» ó «congos» de raza,
«araráes», «macuaches» ó «carabalíes»,
que á todos, por nobles y fieles, por dulces y tristes, adora mi alma.

LOS OJOS DE LA DOLOROSA

La Virgen más sublime,
más llena de poesía,
está en Murcia la noble,
la plena de hidalguía,
junto á un Angel tan bello,
que á Dios envidia da.
A Murcia voy, ¡oh madre!
por ver la Dolorosa,
la Virgen más divina,
la Virgen más hermosa,
que el mundo de los hombres
ha visto ni verá.

Tiene en la altura fijos
los ojos celestiales,
nublados por el lloro
que quiébrase á raudales,
como una doble fuente
que baja de los dos.
Son ojos que mil cielos
angélicos predicen,
son ojos que interceden,
son ojos que bendicen,
son ojos como escalas
para subir á Dios.

Son cálices que aromas
suavísimos destilan,
son lunas que las almas
de amores encandilan
como si alondras fueran
girando en espiral,
como si alondras fueran
de luz vertiginosa
que vuelan envolviendo
la excelsa Dolorosa
igual que remolinos
de abejas el panal.

Sus cándidas pupilas
son místicos panales
que rondan los espíritus
en cercos ideales
por acercarse á ella,
por percibir su bien;

alguno, atolondrado,
contra su frente choca,
otros contra sus manos,
otros contra su boca,
y aquéllos en las combas
de nácar de la sién.

Lo mismo que palomas
en trémulas bandadas
que van al nacimiento
de sed hipnotizadas,
y siembran de rocío
su traje volador,
así á esos ojos buscan
las almas encendidas
para beber en ellos
elíxires de vidas,
para beber ensueños,
para beber amor.

Enjambres codiciosos
de cuanto el sol enciende
van á beber las luces
que de ellos se desprenden
y á recibir de cerca
su influjo celestial;
¡y vieras, madre mía,
más almas que hay arenas,
volando alborotadas,
de risa y gracia llenas,
en derredor del doble
santísimo panal!

A veces es tan grande
y espesa la bandada
de espíritus que giran
en ronda fascinada
para libar del rostro
los átomos de miel,
que oculta queda un punto
la excelsa Dolorosa;
mas cual la luna rompe
la nube luminosa,
se eleva de las almas
que cércanla en tropel.

A así, cual los insectos,
que son notas de oro
á los panales cantan
como orfeón sonoro,

y al revolar encienden
sus alas al trasluz,
así eleva á la Virgen
la lírica garganta,
la humanidad que llora,
la humanidad que canta,
cual orfeón eterno
de espíritus de luz.

¡Oh, madre, si los vieras!
Son ojos celestiales
ungidos por el lloro
que quiébrase á raudales
como una doble fuente
que brota de los dos;
son ojos que mil cielos
angélicos predicen,
son ojos que interceden,
son ojos que bendicen,
¡son ojos como escalas
para subir á Dios!...

Adiós á Granada, siete veces divina.

(GRATITUD Á SUS FIESTAS)

Sólo el que esté dotado de siete corazones
puede adorar, Granada, los timbres con que brillas;
yo tengo, como el iris, las siete maravillas,
hay en mi humana clave las siete encarnaciones.

Un corazón, adora tus Reyes y legiones
de los que resurgieron gloriosas las Castillas;
otro tus pies de flores con pueblos por hebillas,
otro tu augusta Alhambra de viejos torreones.

Con otro amo tu Sierra de vastos poderíos,
con otros tres, tus cármenes, tus fuentes y tus ríos;
soy, como tú, la vida diversa y transformada.

Ámame, pues que guardo de Alá como un derecho,
mis siete corazones metidos en mi pecho
como los siete cascos que forman la Granada.

EL ELOGIO DE LOS OJOS

Son dulces ventanas de los corazones
los ojos que guardan luz desconocida:
á los claros ojos, como á dos balcones,
asomada el alma ve pasar la vida.

Cuando á algún nacido tocan las campanas,
es que el alma nueva de un niño inocente
se asoma á sus ojos, como á dos ventanas,
para ver la vida y el cielo riente.

Si la desposada vestida de velos
camina hacia el ara con paso indeciso,
se asoma á sus ojos, igual que á dos cielos,
para, deslumbrada, ver el Paraíso.

Si alza el sacerdote como cifras bellas
la Forma y el Cáliz al cielo asombroso,
se asoma á sus ojos, como á dos estrellas,
para ver la cara de Dios milagroso.

Y si ve el anciano los hondos abismos,
que á sus pies le cava la guadaña fuerte,
se asoma á sus ojos, como á paroxismos,
para, horrorizado, contemplar la muerte.

Ya los ojos sean azules cristales,
verdes, ó de intensa sombra desleída,
ellos son los puros, sacros ventanales
donde asoma el alma para ver la vida.

Los azules dicen, cielos, lagos, montes,
flotante humareda de los incensarios;
los ojos azules llenos de horizontes,
dan pureza al alma como dos sagrarios.

Son los ojos negros dos incendios rojos
cuyas llamas vibran como dos estelas;
en las dos pupilas de los negros ojos
se calienta el alma como en dos candelas.

Son los ojos verdes dos fascinaciones,
dos fuentes que manan líricos arpegios,
son dos pesadillas, son dos obsesiones,
son dos magnetismos, son dos sortilegios.

Ojos de las madres que nos han mirado
y de amor ungieron nuestra infancia tierna;
ojos maternales que nos han llorado:
¡Dios llene de gracia vuestra luz eterna!

Los de nuestros hijos que alumbró la suerte,
ojos de ternura, por queridos, bellos:
cerrad nuestros ojos al llegar la muerte
y una triste lágrima derramad en ellos.

Ojos con que tristes miran los ancianos,
venid y os daremos inmarchitas palmas;
hagamos suspiros y penas hermanos:
¡de llorar unidas, se alivian las almas!

Ojos de los tristes fijos en el suelo,
que hallan sólo espinas al posar las huellas:
mirad hacia arriba; ¡de mirar al cielo,
los ojos del hombre se colman de estrellas!

Ojos de los ciegos, órbitas sin llamas;
¡oh tragedia enorme de terror tejida!:
¡guarda nuestros ojos Dios que el sol derramas,
y antes que estar ciegos, quítanos la vida!

TU ESCUDO

Emilia Danero.

En tu escudo de gloria se divisa
la venda con que adora la creyente,
la palma de la angélica poetisa,
y el nimbo de la santa profetisa
que una mano de luz puso en tu frente.

EL BLOQUE

POEMA EN DOS CANTOS

EL BLOQUE

CANTO I

LAS RAZAS

En el gigante lienzo de la Historia,
cada raza que llega y que se extiende
al modo de las olas en la playa,
con la luz de su espíritu, pretende
echar pujante y atrevida raya.
Sucédense los pueblos á los pueblos
como un río grandioso
que sale de los siglos, y rodando
hacia el común abismo tenebroso,
va, con sus grandes hombres, señalando
sus rasgos en el lienzo prodigioso.
Esos signos valientes, son los vastos
monumentos magníficos; en ellos
las razas sintetizan su experiencia,
su progreso sublime,
sus peregrinas artes y su ciencia.
Absortas, al mirarlos, las naciones,
sienten nacer la emulación hermosa,
y abriendo de las propias ambiciones
las recias alas de plumaje denso
y fuerza valerosa,
echar pretenden en el cuadro inmenso
una raya más alta y portentosa.

* * *

La prole de Noé, terca concibe
del mismo Dios aventajar la altura,
y comienza la torre formidable,
la de Babel, que en los nublados toca,
en arrojo y firmeza incomparable,
y que engastando roca sobre roca
con ambicioso y desbocado anhelo,

subir intenta á que le imponga el cielo
castigo horrendo por su audacia loca.
Se ordenan los sillares
de la asombrosa fábrica que emplea
hombres á miles y sudor á mares.
Fuera de los alcances del Diluvio
quiere elevar la cima el pueblo osado
para librarse de la dura muerte
en la enorme atalaya refugiado,
si Dios desata con su aliento fuerte
las cataratas roncas del nublado.
Y llega á tal altura el monumento,
que se pierde su masa formidable
por las regiones áridas del viento,
y parece la torre imponderable
infinito pilar del firmamento.
Nada hay que llegue hasta las sacras huellas
de Dios que encierra la absoluta gracia;
pero vence en impulso á las más bellas,
torre que tiene la terrible audacia
de agarrar con su punta las estrellas.

* * *

Sobre bases de arenas movedizas
con que forma el *Simoun* sus oleajes,
en soledades llenas de misterio
á las que Dios negó frescos paisajes,
vegetación magnífica y lozana,
agua con que apagar la sed ardiente,
piedras con que formar gratas viviendas,
aves con que se anuncie la mañana,
y en las que sólo míranse las tiendas
que abre la soñolienta caravana,
de los egipcios el valer triunfante
concibe fabricar su monumento,
alzar una pirámide gigante
límite del humano atrevimiento.
«Si es el alma inmortal, dice la idea
del pueblo, como el Nilo, misterioso,
también el cuerpo incorruptible sea;»
y realiza el milagro prodigioso
de elevar una tumba tan grandiosa
que aterra á la exaltada fantasía;
¡y el de sillares fúnebre coloso,
hace cincuenta siglos desafía
las trombas del desierto pavoroso!
Esa mole que finge una montaña,
templo á la vanidad es de un rey fuerte
y de su pueblo inconcebible hazaña;
pero es más grande la temida muerte
con que Dios á los hombres esclaviza
dando á las almas de humildad ejemplo,

¡que al rey dejó que construyera el templo
para trocar sus glorias en ceniza!

* * *

Vienen, después, los ricos babilonios
y quieren construir cosa más grande,
y del Eufrates alzan á la orilla
la ciudad que aún deslumbra la memoria,
cúmulo de leyendas y prodigios,
cúpula de la audacia y de la gloria,
la ciudad de ciudades,
tan prestigiosa y colosal, que nunca
vieron otra lo mismo las edades;
la enorme Babilonia,
dividida en dos vastas entidades
unidas por los lazos de sus puentes
que se miraban en el amplio río,
cuyo curso torció Ciro triunfante
al imponer su arrojo y poderío
á Baltasar, el rey agonizante.
Sobre las recias ínclitas murallas
como anillo de cíclopes, podían
dispuestas para entrar en las batallas,
de frente caminar y en son de guerra
seis cuádrigas con ímpetu tremendo,
haciendo, rudas, retemblar la tierra
con su bélico empuje y con su estruendo,
Los jardines colgantes
que, como manto espléndido, cubrían
los palacios al sol centelleantes,
se pudieran tomar por una flora
hecha por Dios para ir entrelazada
á las terrazas con sus verdes velos,
¡como si viera la ciudad dorada
por exclusiva y grande maravilla
bajar la primavera de los cielos!
Su tráfago incesante
era como el horrísono hervidero
y la creación de olas del Atlante;
y á esa ciudad augusta y portentosa,
pasmo de la retina aún deslumbrada,
gloria á la vez que aterrador infierno,
y cuya fama en bronce cincelada
sobre los siglos llegará á lo eterno,
entraban á rendir sus poderíos
y su comercio espléndido y fecundo,
como en el mar los caudalosos ríos
todos los pueblos prósperos del mundo.

* * *

Y viene Salomón, el rey dorado
de lira sensüal y melodiosa
hecha en sándalo y cedro perfumado;
el hijo de David, cuya poesía
tiene rumor del mar de Galilea,
olores de resinas orientales,
esplendores del cielo de Judea;
y este rey, de su Dios enamorado,
pide de Hirám la generosa ayuda
para alzar á Jehová templo sagrado;
y la fábrica muestra su armonía
sobre cedros del Líbano apoyada,
y vestida de ardiente pedrería
que la lumbre del sol deja eclipsada;
vierten oro á torrentes
los hábiles artífices cubriendo
las preciosas techumbres deslumbrantes;
oro abrillanta los insignes muros;
oro cubre las puertas fulgurantes;
de la elegancia del cincel tesoro,
dos ángeles en medio del recinto
abren y extienden sus plumajes de oro;
púrpuras encendidas
mezclan su tono al de las grandes rosas
cautivas en los vasos cincelados;
guardan puras esencias olorosas
incensarios en oro modelados;
y á la vez que ese templo de la gloria
en donde el fausto prodigioso brilla,
lo edificó una raza á la memoria
del que lleva colgada de su mano
de la creación la enorme maravilla,
con la luz sensual de su paleta
al amor consagrando otros altares,
la regia lira del triunfal poeta
edificó *El Cantar de los Cantares.*

* * *

Grecia también en lo supremo toca
de la cultura y del valer humano,
y á la sombra del ínclito Pericles,
de la cumbre de un siglo soberano,
Fidias encarna el genio poderoso
y el esplendor de su potente raza,
y un monumento, admiración del hombre,
en la ateniense Acrópolis emplaza.
Fué el Partenón, por la barbarie roto,
monumento que aún álzase en la mente
desde el pasado espléndido y remoto
como un sueño magnífico y riente.
Nunca plan tan armónico y tan bello
hirió los ojos con mayor encanto,

¡es el que Fidias encendió de vida,
mármol cien veces bendecido y santo!
Tocando en las columnas juguetea
la luz del griego sol como una risa
de los labios de amor de Citerea,
y corre por el friso primoroso
acusando relieves y figuras,
iluminando intrépidos jinetes,
alumbrando plegadas vestiduras,
derramándose grata
por las frentes de piedra de los dioses
que baña, alegre, en claridad de plata,
y por la larga procesión que ondea
y todo el regio Partenón rodea
como una esplendorosa cabalgata.

* * *

Y vienen los romanos
y erigen monumento á la justicia
donde aún van á beberla los humanos;
en él defiende Roma sus derechos,
sus insignias y títulos y honores,
por si vienen audaces invasores
á destruir sus sacrosantos techos.
Puede haber sido la Ciudad Eterna
patria de monstruos, cuna de tiranos,
y haber llevado en lucha sempiterna
tintas en sangre las feroces manos;
puede haber sido la bacante loca
que el tirso en las ardientes saturnales
haya alzado, con risas en la boca
y en el seno latidos sensüales;
puede haber hecho á la inflamada orgía
reina y diosa de todos sus dominios
y haber visto acercarse su agonía
recostada, indolente, en sus triclinios;
puede haber sido la del Circo horrendo
donde echaba los hombres á las fieras
y haber manchado con borrón tremendo
de su nación las ínclitas banderas;
pero aun así, se ampara con su solio,
¡pues supo al derrumbarse con sus greyes,
en su Arca Santa, el alto Capitolio,
de su naufragio libertar la Leyes!

* * *

Labran también los árabes su templo,
su Mezquita gentil y esplendorosa
aún de la gracia y la riqueza ejemplo,
ornada de alabanzas al Profeta

en caracteres cúficos escritas,
templo como el ensueño de un poeta
erizado de luces infinitas;
fábrica recamada
de oro y concha, cristales y reflejos;
maravilla en columnas sustentada:
palacio peregrino
vestido de lucientes policromos
que á la luz misteriosa de la luna
pintaron los pinceles de los gnomos;
alcázar estampado
por una ofuscadora primavera
que colgó de los muros rutilantes
deslumbradora floración de tintas,
pañuelos de Manila deslumbrantes,
del arte chino túnicas distintas,
inflamados tapices japoneses
en los que van ardiendo los colores,
írises mil y encajes matizados
donde los varios tonos hormiguean
y fingen que por líneas y bordados
culebras vistosísimas serpean;
templo de columnatas primorosas
donde tantos recuerdos van cautivos,
y que parece que sus muros vivos
llueven claveles y destilan rosas.

* * *

Y cual el signo con que Dios abraza,
la excelsa Cruz entre el celaje asoma;
Cruz como antorcha de la nueva raza
que ya elevó, desde San Pedro, Roma.
Esa raza moderna es la latina,
Italia, Francia, la inmortal Iberia...
mundo elegido que á la luz camina
desbordando vigor por cada arteria.
Jamás tuvo otro pueblo mayor suma
de aptitudes magníficas; enlaza
al más hondo sentir, la fantasía;
valiente, esgrime la guerrera maza;
artista, labra la gentil poesía;
sabio, lleva la luz en sus acentos;
legislador, derrama la armonía;
cuanto es y ha sido su valer absorbe
y es su cerebro mundo poderoso,
¡que Dios le puso por cabeza el orbe
como remate digno del coloso!
Y tú, raza latina, raza hermosa
que tantos siglos con tus triunfos llenas
y que del Norte el esplendor deprimes,
del Norte que te acecha cauteloso:
¿en dónde está tu Partenón grandioso?

¿dónde están tus Pirámides sublimes?
Tienes que alzar un vasto monumento
que compendie tus altas dignidades,
portentoso, porque eres un portento;
inmenso, porque llenas las edades.
¿Qué esperas? ¿por qué tardas? mas ¡qué miro!
¿es realidad grandiosa lo que toco
ó es visión prodigiosa la que admiro?
¡Es realidad! De un bloque tremebundo,
piedra del monumento la primera,
¡va tirando la raza toda entera
y hace á su paso estremecerse el mundo!

CANTO II

EL TEMPLO

Un pueblo que camina á la victoria;
un tropel colosal donde se enlaza
con trajes, lenguas, esplendor y gloria
todo el valer de la latina raza;
una falange innúmera de seres
que mueve á concebir ríos humanos
donde el amor entre hombres y mujeres
va haciendo una cadena con las manos;
un ejército audaz en cuyos hombros
se apoyan cuerdas de largor inmenso
cuyas puntas arrastran poderosas
el *bloque* sobre máquinas suspenso,
va por las cuestas que á la gloria ascienden
ganando la simbólica montaña,
bajo los cielos que su azul extienden
á Italia y Francia, Portugal y España.
Es el trabajo universal quien lleva
el peso grave hasta la cumbre altiva;
largo el camino en espiral se eleva
entre vertientes por la roca viva.
Muy alto es de los pueblos el destino;
quien á él ascienda, pasará á la historia;
¡ved el esfuerzo del poder latino
tirando de su bloque, que es su gloria!
De rosas y laureles coronados
y al tiro uncidos por lazadas de oro,
van los legisladores inspirados,
los doctores severos,
los graves magistrados
enseñando sus páginas eternas
concebidas en mundos superiores,
y que lanzan divinos resplandores
como las Tablas de la Ley modernas.
Sigue su paso, en el tropel cautiva,

la insigne grey que iluminó la ciencia,
con la frente severa y pensativa
orlada de idëal resplandecencia:
cual si fuese una orquesta melodiosa
lleva sus aparatos esplendentes,
las placas del teléfono vibrantes,
el audaz y valiente telescopio
retina de los cielos deslumbrantes,
vasos, medidas, tubos y crisoles
que heridos por la luz relampaguean,
minerales de vivos tornasoles
que con temblores fúlgidos chispean,
y los inventos que su fuerza emplean
midiendo mundos y pesando soles.
Detrás tiran del bloque los que dieron
esplendoroso rumbo á los reinados
que de triunfos y palmas los cubrieron,
Ministros por la fama consagrados,
ilustres Presidentes,
Reyes por el anhelo desvelados,
de ver á sus dominios florecientes,
políticos llevando en la palabra
el verbo en luminosas explosiones
y á cuyo noble acento
estallan en amor los corazones.
Y aparecen los dioses de la Prensa
que con su esfuerzo eleva á los imperios
al cielo mismo como en cabria inmensa;
dioses de cuyas plumas no mancharon
la blancura idëal viles pasiones
y que su propio bien sacrificaron
por derramar amor en las naciones:
prensa que tiene sacrificio y cruces,
y que lanza con bríos soberanos,
como un diluvio universal de luces
en todos los espíritus humanos.
Luego van á la marcha sometidos
del Comercio los hombres eminentes;
llevan el que, mostrado sin codicia,
es un ritmo social, el metro justo,
límite del derecho y la justicia,
noble compás, como el del verso, augusto:
esos hombres abrieron las fronteras,
juntaron de los pueblos los caminos,
mezclaron los idiomas y banderas,
mostraron horizontes peregrinos
á la mirada de placer suspensa,
y labraron con hilos nuestro traje,
la blonda tan sutil como una nube,
el velo tan gentil como un celaje,
y tejieron con manos primorosas,
quitando sus agujas á las hadas,
las que dan esplendor á las hermosas,
telas por el color sinfonizadas.

Avanzan ante el bloque prodigioso
las industrias de gracia revestidas
por obreros de esfuerzo valeroso
que arrostraron con riesgo de sus vidas
las batallas del fuego pavoroso,
la traición de las mazas formidables,
el vértigo de ruedas impelidas
de fauces vibradoras y espantables,
el vapor de los ácidos nocivos,
la explosión de alambiques y calderas,
y los bocados de los hierros vivos
cual zarpadas de tigres y panteras.
Caminan, sonriendo, las mujeres
que mueven el trasiego portentoso
de la inmensa extensión de los talleres;
concurso poderoso
que la vida ennoblece y abrillanta
y todo lo que es germen de hermosuras
florece al removerlo con su planta;
ellas al par del hombre forcejean,
y en el concierto son de los deberes,
homéricos soldados que pelean
con moldes, planchas, hilos y alfileres.
Después trepa también por la pendiente,
la ruta victoriosa iluminando,
la Religión sublime y penitente
los brazos puros de la Cruz alzando.
Sacerdotes de luces revestidos
que ostentan el sudor sobre la frente,
los trajes rotos y los pies heridos;
héroes que en cada lucha de la tierra,
entre el ciego fragor de la batalla
por recompensa obtienen el suplicio,
por galardón el casco de metralla
y por lauro inmortal el sacrificio,
escalan la asperísima vertiente
siempre guiados de la Cruz triunfante,
y con ardor tremendo y resistente
tiran y tiran del sillar gigante.
Ellos enseñan á la mente humana,
subiendo por el áspero sendero
con firme pie de que la sangre mana
y llevando en el pecho religioso
cual signo de victoria
á Cristo por sublime relicario,
¡que para hollar las cumbres de la gloria
todo tiene en el mundo su calvario!
En pos cruzan las armas militares
con estruendos y músicas de guerra
y sus hechos de arrojo singulares.
A su paso conmuévese la tierra
que asustada sostiene sus arreos,
su balumba de lanzas y penachos,
su bosque de oriflamas y trofeos.

Generales de historia cincelada
en mármoles sagrados; escuadrones
que pasearon su terrible espada
por los solios de todas las naciones;
infantes de estupenda bizarría
y de arranque genial y sin segundo
que llevaron su enorme valentía
por la postrada redondez del mundo;
jinetes que al clavar los acicates
trocaron sus corceles en centellas
que iluminaron los cien mil combates
con sus cascos de fúlgidas estrellas,
pasan la mole bárbara arrastrando
con armaduras, lanzas y broqueles,
borgoñotas y flámulas y escudos,
y celadas que, al ir de los tropeles,
chocan y vibran como bronces rudos.
Vese á la aristocracia en las legiones,
la culta aristocracia, protectora
de todo lo que brilla y que florece,
la que fué en el ingenio vencedora,
la que honrando á las artes se esclarece,
la del caído augusta redentora
y que hace del honor su fortaleza,
que ya gobierna ó que batalla en Flandes
y que añade á su escudo de nobleza
sus altas miras y sus hechos grandes.
La Banca, fuerza formidable, sube
por la pendiente con sus magnos dioses
que hercúleos tienden á escalar la nube;
va la palanca colosal, el Oro,
tirando de la mole de granito
y dando á la cultura su tesoro,
su seguro poder, que es infinito;
él es el que transporta las montañas
y el que pone aureólas en las frentes,
el que engrandece todas las hazañas
y el que descubre nuevos continentes;
en el concierto universal humano,
él es de los poderes el atleta,
de todos los monarcas soberano
y cima y basamento del planeta.
Pasa la generosa agricultura
el sudor incesante desprendiendo
y prestando su esfuerzo y su bravura
á la subida del sillar tremendo.
Valientes los labriegos se alinean
haciendo la ascensión por la montaña,
y conducen campestres atributos,
palas y picos con que herir el suelo,
lazos y cuerdas con que uncir los brutos:
con esfuerzo titánico que aterra
tiran los incansables labradores,
¡y á cada gota de sudor, la tierra

arroja un haz de esplendorosas flores!
Con sus sabios maestros soberanos
la arquitectura escala la vertiente
llevando un nuevo estilo entre las manos
superior al de Grecia floreciente.
Ella alzará el grandioso monumento
donde el latino esté sintetizado,
más alto que Babel como portento
y más que Babilonia celebrado.
Ha de tener la enorme fortaleza
del egipcio pináculo asombroso,
y ha de eclipsar en brillo y en riqueza
de Salomón el templo esplendoroso.
La gracia griega y el fulgor riente
tendrá del Partenón que se desploma,
y será más sagrado y eminente
que el Capitolio de la eterna Roma.
Y por sus frisos del cincel tesoro,
por tanta deslumbrante columnata,
por sus techumbres de alabastro y oro,
por sus estancias de marfil y plata,
temblará como lluvia de colores,
un velo por las tintas matizado,
cual si estuviera el templo en resplandores
y en espléndidos írises bordado.
Y van para adornar el monumento
escultores con mármol y cinceles,
orfebres con brillantes filigranas,
pintores con paletas y pinceles.
Mostrando su valer y su prestigio,
trasmitirán al templo su memoria;
de cada línea surgirá un prodigio,
de cada rasgo brotará una gloria.
Cierran la inmensa marcha los poetas,
los sublimes poetas inspirados
con ardientes arengas en la lira
y versos en el yunque modelados.
Al bravo ritmo de las cuerdas de oro
mueve su paso la legión inmensa,
los músculos se esfuerzan y atirantan,
los torsos crujen al tremendo empuje
y así los vates exaltados cantan:

«Llegó ¡oh raza latina! la luz del grande día
en que á los tiempos legues con noble valentía
tu monumento eterno, tu templo secular;
¡arriba con las moles que formen sus cimientos,
arriba con los muros que digan á los vientos
tu prestigioso nombre, tu fama singular!
Ya estás en la alta cima donde una raza llega:
así Grecia, así Egipto, tras de incesante brega
llegaron al pináculo que cifra su valor:
¡arriba con los bloques que brillen en tu templo

y que otras grandes razas reciban de tu ejemplo
la fuerza milagrosa que lleva á tu esplendor!»
Así cantan valientes los férvidos poetas,
y la legión enorme de intrépidos atletas
de las estrofas marca la música idëal.
El templo á esa cadencia combina sus sillares,
ordena sus columnas, levanta sus altares,
¡y lanza á lo infinito su aguja colosal!

FIN DEL POEMA

(Escrito cuando contaba pocos años el autor).

CARTAGENA

I

Cartagena parece diosa marina
de cuerpo goteante como una ondina
que al sol el blanco seno pone á secar;
y como si en las ondas viese una perla,
elegante se inclina para cogerla
y hunde los pies dorados dentro del mar.

Con las conchas salobres de sus mariscos,
con sus dátiles aúreos y berberiscos,
cuelga raros zarcillos bajo su sién;
y amparan sus orejas con sus arcadas,
dátiles y mariscos como arracadas
que al andar Cartagena, mueve á vaivén.

Cartagena parece marina diosa
que la mar en su espejo mece gloriosa
y el sol desde las aguas hiere al trasluz;
y hay, para doble gala, dos Cartagenas;
una sobre cojines hechos de arenas,
y otra bajo las ondas, hecha con luz.

Miran á opuestos puntos las dos ciudades,
ambas están vestidas de claridades
y una inmortal belleza brilla en las dos;
y vistas á los sueños que el arte fragua,
una está boca abajo dentro del agua
y otra está boca arriba mirando á Dios.

Una es de otra remedo, trono y alfombra;
una es real y tangible, y otra es su sombra;
alma y cuerpo componen su doble ser;
la ciudad que está arriba, zumba y batalla;
la que está entre las ondas, se riza y calla
y estrellas y misterios gusta mecer.

Una es ciudad que dora la luz del día,
y es la que abajo tiembla, su fantasía,
que la noche, de encantos viene á poblar;
y es que Dios, de su gloria dió á Cartagena
un cuerpo en que estallante la vida truena
y un alma milagrosa para soñar.

Más lujosa y riente que una sultana,
desde el puerto grandioso que la engalana
dirige sus miradas hacia Estambul,
y se abisma mirando la lejanía
mientras el sol la besa y el mar la lía
en lienzos espumantes de tono azul.

Cuando por Cartagena pasa la aurora
el sol con bruñidores sus torres dora
y empavona en relámpagos sus vidrios mil;
y en el aire clavando sus altas cruces,
como una cegadora ciudad de luces
del mar maravilloso sale gentil.

Cuando la siesta pasa por Cartagena,
de violentos claveles su ambiente llena
y abre las nobles rosas de par en par;
y atadas con caireles de locas parras,
le orna las dos orejas con dos cigarras
que los himnos de Agosto saben cantar.

Cuando ve Cartagena morir el día,
se envuelve en rico velo de pedrería
que el crepúsculo borda para dormir,
se recama en brocados de luz sutiles,
se empavesa en azules, gualdas y añiles,
y en cien mil gallardetes de oro y zafir.

¡Cartagena ardorosa, bello sagrario
que el mar mece lo mismo que un incensario
y su aroma á los cielos va en ascensión;
en lugar de estoraques y de resinas,
queman tus rojas ascuas rosas divinas
que forman con su esencia pura oración!

¡De todas las naciones vengan á verte,
que son cosas iguales verte y quererte
doble ciudad que el cielo quiso crear;
una la real, y la otra toda quimeras,
ondulando con torres y con palmeras,
con palacios y templos dentro del mar!

Te traigan por presentes ricos y varios,
Arabia, sus inciensos y dromedarios,
Venecia, venga en góndolas á ver tu edén,

te dé un mantón de flecos Andalucía,
rosas de cien mil hojas Alejandría,
y ardorosos rosarios Jerusalén.

Venga para admirarte Rusia nevada
en pieles de osos blancos arrebujada,
traiga Manila conchas de su confín,
el Sur sus pavos reales de manto bello,
y el Norte un blanco cisne de largo cuello
donde forrado en plata venga Lohengrin.

Te mande Persia un velo como un tesoro,
te brinde Egipto un ánfora con asas de oro,
un péplo hecho de encajes traiga Alençon,
y un biombo con aves y quitasoles
ardiendo en policromias y tornasoles,
á tus ojos de alondra mande el Japón.

Un desfile de razas y continentes,
un desfile de cetros, tronos y frentes,
deben de Cartagena besar los pies;
y á los aires alzada, lucir gloriosa
su leyenda de oro, que es prodigiosa,
grabada con buriles sobre el pavés.

Yo veré del desfile la maravilla,
no en la ciudad tangible que regia brilla
y hacia el cielo se eleva como un altar;
sino á la otra mirando, toda quimeras,
la que ondula con torres y con palmeras,
con palacios y templos dentro del mar...

II

Cartagena la divina, Cartagena la galante,
la ciudad deslumbradora de la curva de Levante,
como piedra en un joyero, sus aristas abre al Sol;
y cual concha de mil nácares incrustados de colores,
la columpia el mar y canta sobre azules mecedores
entre cielos chorreantes de aguaceros de arrebol.

En su puerto de agrios montes que defienden su salida,
como lengua en una boca, Cartagena está prendida
y una serie de castillos la consigue circundar;
una serie de castillos de una trágica hermosura,
engranaje torvo y bárbaro de una inmensa dentadura,
que se asoma á lo infinito siempre abierta sobre el mar.

Cartagena, guarnecida de montaña tras montaña,
es la gran lengua de acero con que hablar aún puede España,
y hablar alto, y hablar fiero, y hablar bronco, y hablar bien.

su sintaxis construída de alaridos de cañones,
su prosodia de estampidos y su ritmo de explosiones,
aún lograran que temblasen mil coronas en la sien.

Sus Escuelas Graduadas, á que da un gran hombre vida,
son sublime incubadora de mil ciencias revestida,
son el seno milagroso de un ovario colosal.
Como de una Clueca enorme, de ella surgen en bandadas
sabios niños con las frentes por el genio cinceladas,
por el genio que las baña con su espíritu inmortal.

Para orgullo de la tierra su hospital es un portento;
la ciudad tiende sus manos con sublime sentimiento
y demanda la limosna del enfermo para bien.
¡Ciudad pura, ciudad noble, ciudad tierna, ciudad santa,
si tu frente es torre aguda que hasta el cielo se levanta,
tu piedad te hace otra excelsa y otra azul Jerusalén!

Es tu puerto rumoroso vasta alhóndiga del mundo,
y tu muelle es yunque recio de viril himno jocundo
como bronco campanario de tu mar color turquí;
yunque fuerte que vibrando llama á misa á las Naciones
é impulsadas por las hélices de gigantes pulsaciones,
bajo el palio de sus velas, como á un templo van á tí.

Es tu dique brazo enorme que se eleva soberano
levantando al aire un buque en la palma de su mano,
y lo vacia como copa de contorno colosal;
y después que el mecanismo de su sér la ciencia fragua,
baja el brazo, y nada el buque sobre el haz sin fin del agua
que lo mece con hamacas y columpios de cristal.

Es tu suelo un manto rico de lujosos minerales;
con agujas de oro y plata el minero te hace chales,
que te cuelga de los hombros, donde brillan al trasluz;
potentados de la tiera á tu sér le forman coro;
de tu seno salen ríos como Niágaras de oro,
que le dan la vuelta al mundo como Niágaras de luz.

Tu Penal es infinito como el mal y la tristeza,
mas tanbién son infinitos la piedad y la nobleza;
desde veros, tristes presos, no he cesado de llorar:
por vosotros intercedo á los pobres y á los reyes,
á los héroes y á los vates, á los hombres y á las leyes;
¡cuando un rey quiera ser grande que se enseñe á perdonar!

Es tu fábrica grandiosa, que hace vidrio de la arena,
tu copero esplendoroso, primorosa Cartagena;
de sus hornos brotan lanzas como en ígnea procesión;
de las lanzas brotan vidrios á montones y á raudales;
de los vidrios, vasos, copas, cual teclados musicales,
y de todo, un mundo acorde, una orquesta, una canción.

Deslumbrante Cartagena, que te asomas á un zafiro,
al espejo en que las naves asomáronse de Tiro,
y te das fiestas de azules de tu mar en el confín:
en tus cielos mis retinas se quedaron extasiadas,
en tus bárbaros claveles que parecen lumbraradas,
en tus rosas cual tazones con gualdrapas de carmín.

CUERDAS GRAVES

A mi gran amigo el mágico cantor,
Agustín Moreno.

I

EL SILENCIO

De las raíces del Silencio, brota
el jugo más intenso de la vida;
de toda su raingambre estremecida
baja el escaso elíxir gota á gota.

Es son de fuente y á la vez es nota
cada trémula lágrima vertida;
sienten sólo su música escogida
las altas frentes donde el genio flota.

Rasgando sus breñales de reposo,
á ella acerco mi vaso religioso;
años tarda en llenarlo la cisterna.

Sólo una gota al día dar se siente,
¡mas como el *rádium*, la premiosa fuente
filtra el milagro de la gracia eterna!

II

LA SOLEDAD

Con su mundo de seres que no grita
hierve la Soledad germinadora;
acumula energías, y elabora
densidades de dura estalactita.

Su ansia primaveral que es infinita
todo lo sana y todo lo traspora;
nuevas entrañas crea á cada aurora
y el hombre viejo en nuevo resucita.

Fabrícate tu mundo, sér humano;
que tu propio timón lleve tu mano;
haz un misal de fe de tu mutismo.

De mí aprende á tener fuerza escondida;
¡con el mundo interior que me da vida,
cual Dios vive de sí, vivo en mí mismo!

III

LA PAZ

Nutrida de Silencio y de armonía
y en la profunda Soledad formada,
brota la Paz cual Hostia inmaculada
que da al hombre su Santa Eucaristía.

Con tan noble alimento de energía
nuestra sed de Ideal queda saciada,
y nace de la vida fecundada
una fiesta de amor y de alegría.

Porque soy del Silencio ser nacido
y de la Soledad hijo querido,
llevo en mi ser los sones de una orquesta.

Soy de música, y fuerza, y paz formado;
tu oído sobre mí pon inclinado
y oirás á Dios en mi divina fiesta.

IV

¡VIVAN LAS ROSAS!

Más que los libros, saben las espigas;
más que las frentes, saben las estrellas;
más que el hilo de acero, las centellas;
que la ley del trabajo, las hormigas.

Todas las ciencias que saber consigas
búscalas en tu vida y en tus huellas;
más ama Salomón las rosas bellas
que el sabio ardor con que tu sién fatigas.

Reconcentra tu ser; medita; siente;
más que en el libro, estúdiate en tu mente;
lee en tu corazón frases hermosas.

Y serás, aun al siglo de nacido,
¡un rosal de cien años, florecido
bajo una ardiente juventud de rosas!

Mar Menor (Murcia)
Encañizada del Charco
16-10-1913

ÉGLOGA

Tras de las plenas ubres
de las fecundas cabras,
forman los chivos locos
ruedas alborozadas.
Brincan en raudos juegos
de repentina gracia
trazando laberintos
sobre la verde grama.
Uno monta á una peña
de una carrera larga,
otro rubrica el aire
con cabriola ingrávida.
Dos á topar se enseñan
y alzados en las patas,
arquean las rodillas
y dan recias trompadas.
Las madres ramonean
las verdes cornicabras,
despuntan los mastranzos
desfloran las retamas.
Rozando van las ubres
las piedras y las támaras,
llenas como dos cuencos
de leche tibia y casta.
Los desdentados chivos
en torno de ellas balan,
á su alrededor se trenzan,
y á su presencia pasan,
hasta que los pezones
para coger se agachan,
y puestos de rodillas
con fe los afianzan,
dando contra las ubres
gozosas hocicadas,
mientras degluten ávidos
la maternal sustancia,
y sus inquietas colas
que de placer rebailan,
un titilar creciente
forman aceleradas.
Mira el cabrero mozo
de pronto entre las ramas,
á la encendida Rosa
que en el arroyo lava.
Cójela en un descanso
de estremecer las aguas,
mondando la piel fina
de colosal naranja.

Quiere sacar entera
la enrojecida cáscara,
como si fuese el seno
de una redonda taza,
y diestra uno por uno
los gajos desengrana,
para sacarlos todos
de su prisión gallarda.
—¿Quieres que yo te ayude?
—Yo sola he de mondarla.
—Ya está casi vacía.
—Será una copa grana;
llénala tú de leche
de esa repleta cabra.
—Y tú tendrás debajo
el cuenco de naranja.
—Ya está; de los dos senos
brote la leche grata.»
Y como dos floretes
que entrelazados bailan,
los dos chorros se cruzan
y retorcidos bajan.
Un enguatado ruido
la fofa espuma exhala
que sube hasta verterse
del redondel del ánfora.
—Bébela entre mis manos
yo sostendré la taza.
—La beberé en las mías
no puedas derramarla.»
El la cogió del busto,
y con violencia brava,
dió un resonante beso
sobre la tez de nácar.
Ella, al asalto brusco,
por el rubor bañada,
se puso roja, roja,
igual que la naranja.
Y entre el color de incendio
de su divina cara,
corrieron entre risas
gotas de leche cándida...

Isla de Tabarca, 1913

PALIMPSESTO

LOS PIES Y LOS SENOS

¿Qué hacéis en la vida, residuos de manos?
¿quizás fuisteis manos de edad que no sé?
¿habrán sido manos los hoy pies del hombre?
¿las que hoy son sus manos, habrán sido pies?
De un ser poliforme sois restos latentes,
sois claras señales de un hombre que fué,
y os vais transformando; ¡quién sabe, quién sabe
si habréis de ser alas que vuelven, después!
¿Andando hacia plumas, irán vuestros dedos?;
caminan las piedras; la carne también;
anda la materia que nunca reposa
entrando y saliendo de todo troquel.
De un teclado extraño parecéis las teclas,
las teclas ya mudas sin *la, do, mi, re*...
¿habéis sido, ¡oh dedos!, viscosos tentáculos?
¿falanjes de un pájaro? ¿remate de un pez?
Está Dios cuajado de grandes misterios
y tuvo el capricho su altivo poder
de humillar los cráneos y hacerlos cenizas,
de humillar las frentes y hacer de ellas pies.
¿Por qué también, Hombre, te adornan dos senos,
dos fuentes exhaustas que aún fijas se ven?
¿por qué esas insignias de dos manantiales
el pecho te timbran, si no eres mujer?
¿acaso en ti mismo bebiste tu savia
y á ti te nutriste, ó acaso á la vez
has sido hombre y hembra, lo mismo, lo mismo
que es hembra y es macho la flor del clavel?
Son ruinas tus senos de un ser que se cambia
y en mil formas entra dejando otras cien,
cual carne andariega que ondula y ondula
y toma las líneas de *todo el cincel.*
Son ruinas los senos del hombre; son signos
de un mundo caótico de raro poder,
señales de antigua, borrosa progenie,
carnal escritura de humano papel
que como papyro de tiempos confusos,
ó cual acta viva signada de un juez,
transmite el legado de siglos y siglos
á otras mil centurias que habrán de correr.
Antes de ser hombre, ¿qué ha sido tu forma?
antes de ser hombre, ¿tu vida, qué fué?
¿has sido un andrógino? ¿has sido un misógino?
¿cadena prendida de un ser á otro ser,
y sigues andando, y andando, y andando,
cual pasa por túneles de siglos un tren?...
Como un palimpsesto de carne caótica,
encima de trazos que aún lógranse ver,

otras escrituras y otros jeroglíficos
llevas, hombre múltiple, marcando tu piel.
Hombre atormentado que á Dios vas subiendo
bregando en mil formas: tú ¡oh Dios! que lo ves:
rasga sus mil trabas y normas distintas
para que más pronto se anegue en tu bien.
Yo, en la claustrofobia de mi carne vivo
torcido de espanto, transido de sed,
de sed de seguirte, de sed de alcanzarte,
de vestir con rayos de gloria mi sien.
Rompe ¡oh Dios! los lienzos de mi carne bárbara,
móndeme de un soplo tu inmenso poder,
que esparza mis huesos la voz de la tromba,
y vuele mi espíritu de todo troquel.
Disuélveme; llámame; y como la flecha
que sale vibrando, verás á mi fe
á un grito de *¡libre!* que atruene los mundos,
¡rasgar cien mil cielos y hundirse en tu Ser!

LA CANCIÓN DEL POETA

«El poeta nace.»
(Frase del Pueblo, de la Ciencia y de todos los siglos.)

Está ritmificado del vate el ser divino
de innúmeras cuadrículas de origen peregrino;
desde el Misterio, viene timbrado en formas mil;
su espíritu es la espiga que viene acordonada
como una flauta de oro simétrica y bordada
que tocan los dos labios del céfiro sutil.

Su espíritu ya viene por no sé quién rayado
de innúmeras cuadrículas; ya viene numerado
por miles de compases de excelsa inspiración,
cual vienen de las cañas los versos vegetales
sembrados de numéricos canutos musicales
desde el Misterio lírico que informa la Creación.

Espíritu rizado por el divino aliento,
tiene las cien cuadrículas del agua bajo el viento,
tiene los cien estratos del sabio mineral,
tiene los logarítmicos renglones de los mares,
tiene el cordón de sílabas de todos los collares,
y todas las armónicas agujas del cristal.

Ya escrita y contrastada por ritmos de belleza,
viene desde el Misterio su real naturaleza
ungida por la gracia del Unico Poder;
y nácenle los versos en rítmicas escalas
lo mismo que les nacen las plumas á las alas,
por un milagro músico brotado de su ser.

Pentágrama es la carne sonora del poeta
que viene de cadencias innúmeras repleta
sin que un acento omita la siembra musical;
la interna melodía le da belleza suma,
y llaman las estrofas perfectas á su pluma
lo mismo que las rosas al broche del rosal.

Raudal ondulatorio el alma es y la vida
sin justos hemistiquios, ni tramos, ni medida,
pero al tomar materia para organismo ser,
viste la forma suma por Dios perfeccionada,
y es pájaro simétrico la estrofa armonizada
que vuela acorde, apenas acaba de nacer.

Lo mismo que está el Orbe timbrado de armonías
timbrado está el poeta de ritmos y poesías,
clasificadas todas para engranar así;
que si es la orquídea un monstruo con hojas desiguales,
no lo es con otra y otra, que entonces son iguales
y encajan todas juntas sus rimas entre sí.

Quien al andar altere los pasos bien medidos,
quien pretendiera al pulso cambiarle los latidos,
quien quiera al pecho armónico quitar respiración,
de pronto, roto el paso, á tierra irá derecho,
de pronto, roto el ritmo, caerá sin vida el pecho,
de pronto, roto el pulso, da muerto el corazón.

Desde la flor más mínima al Orbe más gigante,
es todo un haz de ritmos inmenso y palpitante;
el Orbe entero rueda porque camina en él:
millares de cadencias, de músicas y versos,
lo mismo que millares de soles y Universos,
en el acento vuelan, que es lazo, brida y fiel.

¡Oh Dios!: tú que has sembrado mi carne de armonías,
á ti te las consagro, pues tuyas son, no mías;
mi cuerpo es un pentágrama de vida musical:
tu resplandor eterno le da belleza suma,
y llaman las estrofas perfectas á mi pluma
lo mismo que las rosas al broche del rosal.

Está ritmificado del vate el ser divino
por músicas cuadrículas de origen peregrino;
desde el Misterio, viene timbrado en formas mil;
mi espíritu es la espiga que viene acordonada
como una flauta de oro simétrica y bordada
que tocan los dos labios del céfiro sutil.

Espíritu rizado por el divino aliento,
tiene las mil cuadrículas del agua bajo el viento,
tiene los mil estratos del sabio mineral,
tiene los logarítmicos renglones de los mares,
tiene el cordón de sílabas de todos los collares
y todas las armónicas agujas del cristal.

LOS BEBEDORES DE LUZ

GRUPO DE QUEROL: DOS «PEGASOS», CON EL «GENIO» Y LA «INSPIRACIÓN» MONTADOS EN LAS ALAS

Con su cincel divino, con su cincel valiente
llamando á la blancura del mármol floreciente
la inspiración creadora del ínclito Querol,
desvaneció la piedra su sueño milenario,
y dijo:—«¡Manda, ordena, sublime visionario;
tu voz entra en mi seno como un río de sol.»

Por ti resucitada, herida, canto ó lloro,
según el vario ritmo de tu cincel de oro,
que ungido por la mano del Hacedor está;
ungido por la mano del que los soles crea,
cuya palabra es polen y ovario que procrea,
de la que, igual que un péndulo, colgado el mundo va.»

«Rasga mi virgen seno de casta prometida,
y en mi matriz sagrada que espera estremecida
derrama de tu numen las flores de laurel;
y del martillo fértil al inspirado choque,
según tu voz me inspire, será mi sacro bloque
Pegaso, Rey, Mendigo, Arcángel ó Luzbel.»

Querol da con su mano de cíclope potente,
y el mármol se transforma lanzando de repente
dos híbridos Pegasos de vida original;
relinchan conmoviendo del cielo las escalas,
mientras que audaces montan sobre sus grandes alas
la Inspiración y el Genio de un brinco colosal.

Cabalgan. Van hollando lo azul de lo infinito;
absorben Sol latente sus labios de granito
igual que absorbe el agua prolífico arcaduz:
son las rientes fábulas del viejo mundo griego,
los bebedores ávidos del inspirado fuego,
los bebedores líricos de la increada luz.

A renovar el mundo y á florecer la vida,
dejándola en amores y en gracias encendida,
los manda el estro olímpico del épico escultor:
la Grecia es risa y juego, canción y vida nueva,
y en las grandiosas alas de sus Pegasos, lleva
el reencarnente incendio del brío y del amor.

Los dos brutos alados semejan á dos fuentes;
sus ojos son dos chorros de elíxires vivientes,
sus colas son penachos de hirviente chispear,

de excelsos arcos reales su frente surge enhiesta,
sus cascos son rotundos platillos de una orquesta,
y es caracol de fuego su ardiente relinchar.

Sembrando van la vida los cascos vigorosos
dentro de un ritmo enérgico moviéndose briosos,
que va frentes y espíritus llenando de placer:
son ocho los platillos que chocan en la Tierra,
como las trompas bárbaras de un gran himno de guerra
que el mundo desbordaran de fuerza y de poder.

Y en tanto que la Tierra se colma de energía,
la Inspiración y el Genio derraman la poesía
vertiendo sus dos frentes cual copas de cristal;
y de ellas brota el canto, la danza, la pureza,
la luz de lo inefable, la gloria y la belleza,
y cuanto impulsa al hombre á alzarse á lo ideal.

Derraman á su paso puñados de pinceles,
derraman mil regueros de trémulos cinceles
y líricos pentágramas donde prender el són;
y arrancan de las crines cual rítmico tesoro
para la excelsa lira las siete cuerdas de oro
y arrójanla del cielo lanzando una canción.

Todo revive y tiembla; estrena el mar, canciones;
las frentes, pensamientos; ardor, los corazones;
dalmáticas, los árboles; mil prismas, el color;
un seno hecho de llamas estrenan los claveles,
y en torno á Dios revuelan los astros en tropeles
cual vals de mariposas en torno del Amor.

Mas ya los dos Pegasos, como una doble aurora
que resucita el mundo, su marcha triunfadora
detienen en España, parando su volar,
y en la nación radiante de cielo cristalino,
se quedan extasiados mirando el Sol divino,
la gracia, la alegría, la tierra, el aire, el mar.

Miradlos: les da asiento palacio esplendoroso;
les desplegó las alas Querol maravilloso,
Querol, en cuyo pecho Dios mírase al reluz;
él cinceló los mitos del viejo mundo griego,
los bebedores ávidos del inspirado fuego,
los sembradores líricos de la increada luz.

Salud, genial Maestro; bien hayan tus cinceles
que al modelar los Dioses que montan tus corceles
y la sublime Gloria que alzaste entre los dos,
les puso hacia los cielos las caras de granito,
¡para que el hombre eleve la frente á lo infinito;
á la hermosura el alma; y la mirada á Dios!

Á QUEROL

(FRAGMENTO DE UNA CARTA)

Cual Policleto armónico; expresivo
como Escopas dramático; pujante
como Apolonio el del membrudo torso
labrado en mármol inmortal; ligero
como el divino Praxiteles, suma
de la gracia, el amor y la alegría;
inmenso como el gran panatenaico
del alto Parthenón; fuerte y sublime
como el tosco grandor de Miguel Angel;
audaz como Myron el del discóbolo,
prodigio de elegancia; prepotente
como el genio estupendo que dió vida
al mármol triunfador de Samotracia,
tú lo eres todo, y juntas en tus manos
los cinceles de todos los maestros,
como un rey que juntase en haz grandioso
todos los áureos cetros de la Tierra.
Como un rodar de témpanos sublimes
hechos estatuas sorprendentes, saltan
de tus manos de Dios, ríos de mármoles
que ornan palacios, templos, catacumbas,
vías y plazas, que de luz coronas;
y á cada golpe que tu ardor desata
en el duro blancor, palpita un ángel,
ó de Tullia fulmina el entrecejo
una centella olímpica, ó llamean
los ojos del sublime San Francisco,
ó se abre al Sol el ala de un Pegaso
que lleva encima el inmortal jinete,
ó da un grito la estatua de Gerona
como un cuchillo que los siglos rasga,
ó alza Quevedo la prismada frente
cual diamante tallado, donde tiemblan
millares de talentos, encendidos
en solo un vasto cráneo de coloso.
Ruedan, desde tu mano, Vates, Reyes,
Políticos, Arcángeles, Sibilas,
Santos, Sátiros, Genios, Patriarcas,
todo un río de estatuas prodigioso,
que evocas, al llamar con los cinceles
á la cantera, en sueño sumergida,
y que á tu canto de hércules despierta,
volviéndose un ejército de Dioses,
de Musas, de Tribunos, de Magnates,
de Apóstoles, de Sabios, de Profetas,
y, caminando tras de ti, te forman
una escolta triunfal, que no tuvieron
ni Alejandros, ni Augustos, ni Nerones.....

LA MANTILLA

La bandera española que simboliza
lo oficial y lo altivo de nuestra raza,
es el paño flotante que ondula al viento,
teñido en los colores de rojo y gualda.
Pero la otra bandera, la que consigo
maniatadas y presas lleva las almas,
la que rinde fierezas de corazones,
es la deslumbradora mantilla blanca.
De las inmaculadas plumas del cisne,
y de las esplendentes rosas nevadas,
y de los marfileños lirios lucientes
que al abrirse vistieron místicas albas,
se hizo para vosotras la celosía
de ese trozo gallardo de airosa randa,
que los gnomos dibujan y delinean
sobre un muro calado de nuestra Alhambra.
Echado hacia la linda tez primorosa,
la luz que sus encajes alegra y baña,
juego de mariposas rubias y negras
tejerá sobre el cielo de vuestra cara.
Dirá á vuestros oídos esa mantilla
mil coplas aprendidas de la guitarra,
mil coplas andaluzas que ella conoce
y entretejidas llevan sus hebras blancas.
Dejará en vuestras sienes de nardo y oro
los ecos cadenciosos de las parrandas,
en que un mozo rendido dice á su novia
que le tiene de amores deshecha el alma.
Os hablará de vivas locas verbenas
orladas de claveles y de albáhaca,
donde la chula luce sobre su cuerpo
la policrómia ardiente del chal de llamas.
Dirá á vuestros oídos lances famosos
de escenas de Sevilla, Córdoba y Málaga,
y os mostrará las rejas donde sollozan
palabras y suspiros los que se aman.
Os hará ver, calada por el rocío,
la jarra que remeda las griegas ánforas,
y el búcaro poroso que perlas llora
puesto á la fresca sombra de verde parra.
Os pintará los ricos patios marmóreos
de la oriental Sevilla, gloria de España,
y os dirá: «Como tengo bordado el velo,
bordada está la torre de la Giralda.»
De los crótalos roncos el son alegre
unirá á las del baile bellas mudanzas,
y entre copla y suspiro fingirá el choque
y el beso de los labios y de las cañas.
Tenderá á vuestros ojos el cuadro vivo
de la fiera corrida llena de hazañas

y os hará ver los lances y gallardeos
de Guerra primoroso, rey de la capa.
Es la insignia del pueblo la alba mantilla.
que rima con la peina de antigua usanza,
y quien alza á los aires esa bandera
conquista corazones en vez de palmas.
Símbolo de Sevilla fingís ¡oh diosas!
con ese adorno, velo de tantas gracias:
¡poetas españoles, cantad las sienes
que llevan nuestra airosa mantilla blanca!

EL VALLE DEL YUMURÍ

Inefable Yumurí,
visto del sol al trasluz
me parecieron en ti
cada plumaje una luz,
cada guijarro un rubí.

Yo vi tus aves vivaces,
tus ricas flores campestres,
tus reptiles montaraces,
y tus palomas torcaces,
y tus tórtolas silvestres.

Buscando el río San Juan
corres, río Yumurí;
los dos á unirse ya van;
ante Matanzas están
unidos como una Y.

La ciudad, toda esplendor,
surcan los dos bellos ríos,
cual pecho de un gran señor
que cruzan dos señoríos
con doble banda de honor.

Partiendo las lontananzas,
Monserrat álzase allí
como el fiel de dos balanzas;
á un lado está el Yumurí,
y al otro lado Matanzas.

Matanzas la esplendorosa,
la galante, la amorosa,
llena de frentes y bríos,
abierta como una rosa
sobre el vaso de dos ríos.

Su mar, de azul deslumbrante,
un narcótico parece
con su reir fascinante

que el corazón adormece
en un ensueño flotante.

Mar de esmeralda divina,
mar de una luz peregrina
por donde vuela el temblor
del ala azul del amor
trocada en vela latina.

Matanzas que adoro tanto:
al pie de tu mar turquí,
Dios te colgó por encanto
leguas y leguas de manto
hechas valle Yumurí.

Valle de un hálito tierno,
valle de frescor eterno,
lleno de santa alegría,
que da á beber la poesía
como un regazo materno.

Por su río navegando
si se alza un grito vibrando
de los cóncavos sonoros,
vuelan los ecos cantando
coros, coros y más coros:

voces de alas misteriosas
que esperan á ser llamadas
para abrirse como rosas
y elevarse cual bandadas
de acústicas mariposas.

Yo grité: *¡Cuba, te quiero!*,
y de las verdes marañas
se alzó mi grito ligero,
y el valle con sus montañas
me dijo también: *Te quiero!*

Yo vi sus aves vivaces,
sus ricas flores campestres,
sus reptiles montaraces,
y sus palomas torcaces,
y sus tórtolas silvestres.

En su regazo, que quiso
su río partir en dos,
cayóse Dios de improviso,
é impresa en su Paraíso
quedó la Cara de Dios!

(Escrita con la pluma de oro, regalo de la ciudad.)

LECCIÓN DE MÚSICA

Abrid el noble libro, repliegues de las rosas;
abrid el casto libro, temblores de las aguas;
volved, árboles todos, las hojas del gran libro,
las hojas como folios, las hojas como páginas;
una lección eterna vuestro saber difunde;
deletreadla, frentes; bebed sus luces, almas.

Como en la orquesta múltiple las páginas de notas
están en los atriles metálicos paradas,
así está en los diversos atriles vegetales
abierta la gran Opera de la divina gracia.

Los miles de instrumentos que al Músico interpretan
son riscos, mares, árboles, cuanto la tierra abarca,
unos, como violines graciosos y expresivos;
otros, como las trompas pujantes de batalla;
éstos, como las raras cadencias del oboe;
aquéllos, cual las notas egregias de las arpas.

Leed en la gran Opera los tristes, los alegres,
los dulces, los soberbios de olímpica mirada,
los sabios, los guerreros, los santos, los poetas,
los pálidos enfermos de frentes deshojadas.

Un justiciero espíritu que todo lo armoniza,
en un haz infinito cuanto palpita enlaza,
y constituye el libro de poliforme música
en donde todo tiembla, se regocija y canta.

Esa grandiosa música despierta en el espíritu,
si es hosco, la dulzura; si es fiero, la templanza;
si es torvo y vengativo, la risa que perdona;
si es frío y altanero, la sencillez sagrada.

Mil círculos de luces y risas que aletean
parece que se esconden en esa Orquesta Magna,
tonificante inmenso que todo lo equilibra
y con su cinta rítmica hombres y cosas ata.

Leamos y cantemos á cielo abierto, un himno
á toda luz, teniendo las manos enlazadas:

«Espiga esbelta y noble que de la tierra brotas
envuelta en una túnica de tonos de esmeralda,
y del materno jugo traes á la caña débil
plastificantes notas para rimarte sabia:
eres en la gran Opera de innúmeros atriles
lo delicado y leve, la enredadora flauta,

y si te sopla el viento, suenan tus granos de oro
con los sonidos ágiles de mil cintas cromáticas.»

«Pinos de recia pompa, pinos de tronco recio
que os agacháis cual péndulos cuando la tromba pasa
y en la cabeza arisca, como serpientes rojas,
os envolvéis los rayos de la tormenta brava:
vosotros sois rotundos platillos de la Orquesta
que os azotáis, hercúleos, con vuestras porras ásperas,
y entre el fragor grandioso de la tremenda música
entrelazáis, terribles vuestras gigantes mazas.»

«Rosales ardorosos donde la luz en rizos
echó Dios desde el cuello de antílope de un ánfora,
y la invención gallarda de la lasciva rosa
como un tazón de pétalos colgó á las verdes ramas:
sois, cálidas corolas, en el inmenso libro,
aria de rojo fuego que de pasión abrasa,
clamor de carne verde que ardiendo grita y cruje,
clamor de pecho erótico que ardiendo cruje y canta.»

«Vosotras, monopétalas y azules campanillas,
formando laberintos colgados de las tapias,
tapicerías verdes de amotinados hilos
de reja á reja atados como andaluza hamaca:
sois en la fiesta música la idealidad divina
que susurrando leve por los violines pasa,
y queda por el arco prendida en una nota
como una azul estela que en la ilusión se alarga.»

«Parrales retorcidos en contorsiones lúbricas
que os esponjáis de insectos y os coronáis de pámpanas,
y recordáis los brazos de las bacantes, hechos
curvas de baile antiguo y asas de griegas ánforas:
representáis gallardos en la grandiosa fiesta
los locos jeroglíficos de la ondulosa danza,
la exótica leyenda que al enlazarse escriben
en la sensible arena los sátiros que bailan.»

«Y tú, clavel rizado como temblor de luces,
como temblor de incendio, como temblor de llamas,
que finges una boca redonda que se ríe
partiéndose en los pétalos de roja carcajada:
eres el raudo *allegro* que retozante brinca
del hueco de las trompas al tallo de las flautas,
que todo lo salpica de risas y diabluras
y todo lo chorrea con su española gracia.»

«Magnolia, cono blanco del seno de una virgen,
cáliz que se pudiera alzar al pie del ara,
flor hecha de raspados cristales de la luna,
flor de inmortales hostias que cúrvanse sagradas:
tú eres la religiosa, la excelsa melodía,
que en la espiral de incienso bajo las naves vaga,

blanca como los Cristos tallados en marfiles,
pura cual los rocíos que ruedan por las cañas.»

«Y tú, la horrorizante, la hirviente, la grandiosa,
tú, la del monte asida sublime catarata,
partida en largos arcos de cóncavas trompetas
que pavorosas rugen y retemblando braman:
tú eres en la gran Opera del órgano imponente
el mundo de trompetas audaces y doradas,
y encima de los ríos y trombas de tu música
con su rotundo carro Dios retumbando pasa.»

«Vosotros, vastos mares, que cobijáis el mundo
como en fanal inmenso de aterradoras aguas
y van rodando siempre por vuestro espejo enorme
cañaverales de olas que musicales saltan:
vosotros sois en medio de la Opera infinita
que en todo el Universo eternamente canta,
bajos de són profundo, pedales fabulosos,
zumbidos de tambores de una armonía trágica.»

Oid la vasta música de Aquél que es una Orquesta,
de Aquél que es una Ópera que el mundo entero abarca,
¡y salga de los hombres á cielo abierto, un himno
á toda luz, teniendo las manos enlazadas!

MISERERE

POEMA EN TRES CANTOS

MISERERE

POEMA EN TRES CANTOS

I

POR UNA MUJER

Oí lleno de angustia, mudo, absorto,
la torva escena de traición cobarde;
fueron las frases, dagas que, furiosas,
puñalearon trémulas mi carne.
El ancho cáliz del cerebro, hincharon
mis arterias con olas borbotantes;
fué un rojo asalto de locura ciega
que nubló el mar, el sol, el campo, el aire.
Y hubiera transformado de improviso
los dedos de mis manos en puñales,
para coser á vivas puñaladas,
de estar presente, á la mujer infame.
Después del arrebato de vehemencia,
parecido á un incendio palpitante,
bañó una frialdad mi sangre hirviente
y la estrió de ráfadas polares.
Entré como en un aire congelado,
retemblaron mis nervios al helarse,
y bailaron mis músculos latentes,
y crujieron mis dientes al chocarse.
Y en esa lucha de espantosa pena,
desde la roja congestión salvaje
pasó al azul del nácar de la muerte
la máscara infeliz de mi semblante.
Quise romper mi frente enloquecida,
quise cegar mis ojos, y arrancarme
el corazón como furiosa víbora
que ansiaba en mi interior despedazarme.
Y tras de aquel dolor de los dolores,
anduve, anduve sin poder pararme,
sin ver, ni oir, ni percibir en torno
rodar la vida en la ciudad gigante.
Ningún amigo á quien contar mi pena;
ni un hombro compasivo en que apoyarme;

mis hermanos ausentes; fallecida
la pura sombra de mi santa madre.
¡Dios misericordioso, tú que has visto
mi inmensa soledad, tú sólo sabes
cómo la pobre carne que me diste
crucificada va por esas calles!
Y ambiciono que un loco, que un demente
escapado del fondo de la cárcel,
atraviese de un tiro estas entrañas
que siento de dolor desmoronarse.
¡Alma en quien yo creí; lámpara de oro
que aniquiló su luz para cegarme;
roto dios de mi templo; las tinieblas
cubren ya para siempre mis altares!
Miro al cielo, y se eclipsa; miro á tierra,
y hallo un helor mortal en todas partes;
miro á todas las almas, y silencio;
miro á toda la vida, ¡y nadie, nadie!

. . . . . .

La idea de matarla, me lastima
cual un vidrio de aristas desgarradas,
y como una culebra, llevo encima
el plan de consumirla á puñaladas.
Quisiera dominarme, mas no puedo;
siento crecer el ascua de mi encono;
perdono al que asesina con denuedo;
¡á la traición, yo nunca la perdono!
Cruje mi cuerpo todo y se estremece
como silba en el fuego un haz de cañas,
y la hiena del odio me enloquece
aullando y escarbando en mis entrañas.
He de aplastar la boca alabastrina
que otro manchó con el hocico obsceno;
mi corazón, donde se alzó divina,
se ha vuelto un alambique de veneno.
Nunca pensé que mi virtud austera
la derritiese el odio acibarado;
nunca creí que en mi honradez hubiera
un torvo criminal agazapado.
Los de la cárcel pechos tenebrosos,
los que matasteis por pasión vehemente;
ahora ven mis sentidos pavorosos
lo que hay de un caballero á un delincuente.
Como centella de terrible brillo
que abre el muro de un golpe soberano,
cruza en zig-zag mis venas un cuchillo
que busca, audaz, para salir, mi mano.
Me punza á veces con su filo ardiente
el ciego corazón y lo desgarra;
después me punza en la alocada frente
y las quemantes sienes me achicharra.
Se clava con violencia en mi costado,
sube á los ojos á rasgarlos luego,

y me recorre el cuerpo acribillado
como un buril de taladrante fuego.
A mi mano vendrá tras la salida,
vendrá el cuchillo á tropezar con ella,
¡y al pasar por mis dedos encendida,
recogerá mi mano la centella!
¡Qué fiesta de barbarie surgiría!;
al cribarla de locas puñaladas
con salvaje furor patearía
el ampo de sus formas profanadas.
Hollaría los senos mancillados,
su boca que es cubil de una serpiente,
el pelo de reptiles anillados,
la torpe vista, de su Dios ausente.
Ya de atajar mi frenesí no hay modo,
quiero ser criminal, Dios soberano;
¡matar, matar! me vocifera todo;
la frente, el pecho, el corazón, la mano!

II

LAMENTACIONES

¡Qué triste está el cielo,
qué triste la tierra!,
hasta cuando piso, bajo mis pisadas
sollozan las piedras.
Inmóvil y mudo
me paso las noches,
como si estuviese cercado mi cuerpo
por cuatro blandones.
Vida que engañaste
mi pecho de niño:
ya la última hoja te arranqué llorando
y arrojé tu libro.
Dentro de mi cráneo
anda una centella
dando vueltas, vueltas, para hallar salida,
vueltas y más vueltas.
Temo el acostarme
más que si muriese:
¡qué noche tan larga, tan larga, tan larga,
cuando no se duerme!
Sitios que yo quise:
ya estáis tan desiertos,
que ahora no se atreven ni los lobos mismos
á pasar por ellos.
Que vengan los lobos
y perros del monte:
gozaré mirando cómo dando aullidos
mi cuerpo se comen.
En mi frente caiga
de golpe un incendio,

y en tirabuzones de carne que grita
retuerza mi cuerpo.
Tú que me has herido,
adiós para siempre:
al caer en tierra por ti apuñalado,
se apagó mi frente.
Madre que no vives:
cuando di en las piedras,
oí la voz tuya decir ¡hijo mío!,
debajo de tierra.
Tantas llagas vivas
mi cuerpo contiene,
que no hallaréis sitio donde dar un beso,
¡porque allí le duele!
Pobre cuerpo mío
lleno de saetas:
no puedo arrancarlas porque me destrozan,
¡ni tocarme á ellas!
Cuanto fué mi dicha,
cuanto fué mi gloria:
ya eres sólo humo, ya eres sólo aire,
ya eres sólo sombra.
A la media noche
oigo en el silencio
igual que si un perro dentro de mí mismo
aullara á lo lejos.
A la media noche,
cuando todo calla,
una gota lenta oigo que, impasible,
rompe mis entrañas.
El sol se ha apagado;
el mundo está á oscuras;
palpando la tierra voy á ver si toco
con mi sepultura.
La única persona
que mucho he querido,
me hizo cien pedazos, y de esos pedazos
otros más chiquitos.
Siendo de Dios, hice
suya el alma mía,
y como era suya, suya, suya, suya,
me quitó la vida.
Entre los verdugos
elegí al más fiero,
y lloró de pena cuando oyó el martirio
que conmigo has hecho.
Luz, y pan, y albergue
gozaste conmigo,
y con un cuchillo rasgaste mi espalda
viéndome dormido.
La que me ha matado
anda y no se siente;
ondula y ondula sin hacer ruido
como las serpientes.

La que me ha matado
anda y no se oye;
rastrea y rastrea como el cauto lobo
á la media noche.
Madre, madre mía,
qué dolor tan grande;
partido mi pecho, ni puedo moverme,
ni puedo quejarme.
Anda, mala víbora;
anda, mala yerba;
que tu cuerpo veas hecho el pan horrible
de una gusanera.
El cielo permita
que ciega te quedes,
y á tus cuencas frías vayan dos arañas
para guarecerse.
Quiera Dios divino
que enferma te halles
y no tengas cama, ni abrigo, ni lecho,
ni quien te acompañe.
Te den jicarazo,
mala compañera,
y no haya un hisopo con agua bendita
que te favorezca.
Te hagan mal de ojo,
y del sufrimiento,
te quedes pajiza, pajiza, pajiza,
como el que está muerto.
Dios justo te llene
de lepra hedionda,
y que se repudran tu cuerpo y tu sangre
como una ponzoña.
Malos brujos hagan
que, donde te veas,
siempre que á algún sitio se alargue tu mano
toque una culebra.
Manos, pies, te amarren
de cuatro caballos,
y al partir huyendo por cuatro caminos,
¡te hagan cuatros cachos!

III

EVANGELIO

I

Los más hondos tormentos que he sufrido
me los has dado tú; ¡tú, que debieras
las espinas quitar de las quimeras
con cuyo fuego tanto he padecido!

Si tus manos á mí nunca han venido
á ungir mis llagas, fueron las primeras
en desgarrarme todas las banderas
que mis amores y mi culto han sido.

Primero, destrozaste mi alegría;
luego, la fe con que mi amor creía;
después, mi hogar de aroma y de plegarias.

Y cuando todo en mí lo has derribado,
como büho agorero aún no saciado,
¡cantas sobre mis ruinas solitarias!

II

Mi Evangelio de amor tú ser debiste;
ser como la sublime escanciadora
de mis óleos sagrados y la aurora
que atravesara por mi noche triste.

En mi frente al tocar, decir debiste:
«Ara divina donde á Dios se adora:
úngete con mi esencia bienhechora
y sé misal que para el bien te abriste.

»Combo marfil que encierra la poesía:
báñate entre mis óleos de armonía
y arroja el verso como limpia vena.

»Santa frente que encierra el sentimiento:
para el cáliz tapar del pensamiento,
¡á mi conjuro, vuélvete patena!»

III

Y al trazar en mi boca cruz sentida,
tu inspiración de inspiradora llama,
así exclamar: «Sé, boca, cual la rama
que da fruto, frescor, música y vida.

»De ti aparta la frase envilecida
que vilipendia el ánimo y lo infama,
y con estrofas de elocuencia aclama
á toda ciencia en el Amor nacida.

»Lengua: sé manantial de amor humano;
labios: sed lazo desde hermano á hermano,
que la cadena de la Vida labra.

»Y al salir de vosotros la armonía,
prended con el temblor de la Poesía
á todo el Universo en la Palabra.»

IV

Al ponerme tu cruz sobre las manos,
me debiste decir: «Manos clementes:
levantad á los pobres balbucientes
que vida imploran con lamentos vanos.

»Sed como manantiales soberanos
al derramar limosnas á torrentes,
y atad cual eslabones persistentes
en fraternal cadena á los humanos.

»Sed, dedos, como liras melodiosas;
sed iguales á tallos que den rosas,
y vida y luz para los seres yertos.

»Templad á los sedientos que suspiran,
saciad á los hambrientos que deliran
¡y, amortajad ¡oh manos! á los muertos!»

V

Al trazar una cruz en mis oídos,
debiste murmurar: «Oid amantes
lo que dicen las frentes delirantes,
lo que dicen los pechos doloridos.

»Escuchad con dulzura los latidos
de todas las lacerías; los constantes
clamores de los tristes; las brillantes
orquestas de las almas y los nidos.

»Para encerrarlo en el troquel del verso,
oid el vasto son del Universo,
arpa proteica de hermosura rara.

»Escuchad al anciano cuando implora
y oid la madre cuando triste llora,
¡que es cual si toda la Creación llorara!»

VI

Y mi pecho al cruzar tus óleos puros,
decirme: «Pecho: resucita, siente:
sé benigno, sé manso, sé clemente;
llénete Dios de sentimientos puros.

»Haz con tus obras que los bronces duros
se truequen en amor incandescente,
y llénese de música el ambiente,
de magia y de ilusión, á tus conjuros.

»Adora al preso que inocente gime;
ama todo lo grande y lo sublime
bajo la esencia de diversos nombres.

»Quiere al leproso que el dolor prosterna,
y alza ¡oh, pecho! en tu altar la misa eterna
donde adorar al Cielo y á los Hombres.»

VII

Si una mujer no es eso; si no sabe
alzarse, de mujer, á musa y diosa
y ser lámpara pura y luminosa
de óleo divino y resplandor suave.

Si una mujer no se parece á un ave
que, cantando en el hombro en que se posa,
endulce con su lengua melodiosa
del hombre triste la existencia grave,

¿qué es la mujer que nuestro amor celebra?
Escurridiza y trágica culebra
vestida al sol de fascinantes brillos,

que llega al corazón traidoramente
y lo estrangula en la espiral crujiente
de su apretada sucesión de anillos.

VIII

Y eso eres tú: maldad, tinta, destello;
una serpiente de ondulante plata
que entre sus lazos opresores mata
y lleva en sí de la vileza el sello.

Yo he de ponerte un cascabel al cuello
para oirte salir bajo la mata
y ver tu andar que astuto se dilata
mintiendo luces con su traje bello.

¡Mujer con cascabel que te delate:
no hay de mi corazón quien te desate;
ni te vas, ni te aflojas, ni te quiebras!

¡Alerta, ahí viene!... Acelerad la huída;
¡sonando el cascabel va por la vida
arrastrándose igual que las culebras!

Al entrar en la Habana

Deja trenzar mi alma con cuantas almas sumas,
como se mezcla un río que el mar viene á buscar
entre ondas, algas, luces y trémulas espumas,
mientras se funde todo bajo un vapor de brumas
como un abrazo inmenso de cielo, y río y mar.
Del mar que lo devora ¿quién sacará al torrente?:
sorbe mi ser, Habana, con tu incesante hervor,
y latiré en tus pechos, palpitaré en tu ambiente,
gorjearé en tus risas, floreceré en tu frente
y en ti seré hondo río de vida, y luz y amor.

LA HABANA FUTURA [1]

Llegarán los días de luz en que seas
¡Habana famosa!
digna del Atlántico que viene á engarzarte
con vientos, con olas,
con rápidas hélices de todos los climas,
de todas las lenguas y razas ignotas.
Pasador pareces de inmenso abanico
que abre su infinita vitela redonda,
y tiende en las aguas,
varillas grandiosas,
á las cinco partes lejanas del orbe,
á las cinco partes del orbe remotas.
Tú serás, ciudad rica, el granero
donde, en lo futuro, deshojen su pompa
las espigas de todos los soles,
las ramas de todas las zonas,
y serás la gran troje del mundo,
la inmortal y magnífica Alhóndiga,
que tendrá la romana y el metro,
el litro y la báscula bronca,
que pesen y midan los ríos de granos
de frutos y telas preciosas,
que en ti desemboquen, cual van al Atlántico
de cien ríos rodantes las ondas.

(1) Leída en la coronación del autor, por el insigne poeta Armada Tejeiro, en el Gran Teatro Nacional de la Habana, la noche del 4 de Agosto de 1910. (Esta poesía fué una improvisación.) *(N. del E.)*.

Venidos los días serán en que seas
la Gades ruidosa,
rival de Cartago y de Nínive,
de Alejandría, de Ménfis, y Roma.
Se aboceta en tu seno el trazado
de una enorme ciudad fabulosa,
que crece y que invade tus playas,
que crece y que escala tus lomas,
que crece y que funda los pueblos
que á tus aguas un cerco le forman,
y que en tu bahía se copian temblando
igual que en el vidrio del mar de la gloria.
Verás á tu seno acercarse
como al foco inmortal de una antorcha,
las naves distintas del mundo
con alas gigantes de lona,
que vuelen buscando tu luz y se posen
sobre tu grande esmeralda sonora.
Y ese cruce de barcos soberbios
casando sus alas briosas,
serán incesante hervidero de velas,
temblor prodigioso de estelas y combas,
un ir y venir de condores inmensos,
un volar de pájaros de plumas gloriosas,
que sin cesar trazarán á tus sienes
un triunfo de regias coronas.
Serás el bazar de los siglos,
el escaparate de la tierra toda,
la vidriera á que asomen sus ojos
América, Europa,
Asia, Oceanía, y el sol del Sáhara
con sus caravanas, sus hombres de ébano, su fuerza y su pompa.
Tú alzarás en tu mano la gracia
de viñas futuras, brindando en tu copa
al inglés pabellón que á ti llegue
desplegando en tus aguas su flota.
Y alzarás tu brindis
á Rusia gigante que llegue á tus olas
envuelta en sus pieles de oso
y en vientos y nieblas del Volga.
Brindarás con los claros rubíes
de tus igneas gotas,
á los gallardetes que Francia levante
de sus naves de luz en la popa.
Y también brindarás á la Italia
de sienes de diosa;
y á Grecia riente y divina
que tiene del arte la forma;
y á Egipto que lanza á los cielos
sus altas pirámides torvas,
llenas de esqueletos de reyes antiguos
igual que el osario sin fin de la Historia.
Tú alzarás en los aires tu vaso
por cuantas naciones te apunten sus proas,

y entren en tu regia bahía, tallada
sobre tu arrecife potente de rocas.
Y en tanto, en tus muelles tronantes
cantarás tus fragores de ópera,
tu tráfago hirviente,
tu juicio final de sonidos que asombran.
Irán por tus rieles de luces
cual un hormiguero de bronce que corra,
de tus carretillas las largas hileras
formando rosarios fabriles de notas,
como del pentágrama viril del comercio
la música viva y grandiosa.
Sus explosiones de truenos tus cabrias
lanzarán cual chasquidos de bombas
deslizando cintas de largas cadenas
por los engranajes de ruedas cantoras.
Moverás tus vagones, uncidos
á los trenes de entrañas plutónicas
que vengan al borde del agua
cual serpientes sedientas y rojas
á arrastrar los frutos que críen tus campos
café, miel, tabaco, tus cañas, tu azúcar, tus piñas hermosas.
Tus machinas de fuerza asustante
alzarán en flexión poderosa
á los aires los cascos tremendos
de las naves rotas
que los calafates herméticos curan
con el óleo de santas estopas.
Tu puerto infinito será un campanario
un repique de anclas forzudas y roncas,
un tronar de mazos y homéricos yunques,
un son tremebundo de vida y de gloria,
que llame al trabajo
de la Tierra atónita,
¡de que tú, Gran Visión de la Habana,
serás la inmortal Babilonia!

FRAGMENTOS DE POEMAS

FRAGMENTOS

I

LA MUSA DEL VICIO

Hay en Madrid una invisible diosa
sutil y deslumbrante,
cuyo cuerpo flotante
hecho está de una niebla luminosa.
Menos pesada que las tenues plumas,
más ligera que eléctrico fluído
y más inconsistente que las brumas,
excita á la ilusión con sus conjuros;
huye por los espacios;
penetra lo macizo de los muros
y vaga como un duende en los palacios;
sonríe en las orgías;
entra en los asquerosos lupanares;
brilla de los banquetes en la mesa;
flota en las expansiones populares;
visita á la duquesa
y le impulsa á asistir á los saraos;
en el paso del joven se atraviesa
y tuerce su camino
llevándole al festín resplandeciente
á bailar en el loco torbellino;
despierta al torpe viejo
y lo viste, lo peina y lo acicala
y lo pone delante del espejo
y lo lleva después á regia sala
á decir á una hermosa madrigales;
á la joven desvela
del lecho entre los cándidos cendales;
por los teatros sigilosa vuela
¡y hasta del templo cala los cristales!
Esta reina, esta diosa,
es hija del progreso y la cultura;
tiene la palidez y la hermosura
de la luna radiosa;

es de llamas de ron su vestidura;
sus alas de inflamada pedrería;
con la espuma del ponche hizo su velo
de pompas y burbujas estallantes;
manto de hilos eléctrico-radiantes
forma la mata de su rizo pelo;
con espirales de tabaco viste
sus brazos refulgentes
que se irisan de nácares radiosos,
y de perlas de anillos amorosos
tiene las dos hileras de los dientes.
Es la diosa del vicio; bajo el ala
lleva un ovillo leve de hilo de oro
con el que borda del amor la escala,
y con el que, atrevida y sin decoro,
ata miles de seres á su estela,
y los conduce á un mundo de placeres
donde rápidos corren los instantes
y se dan al olvido los deberes.
Al ver á Julio la esplendente diosa,
mientras él contemplaba las pinturas,
lo enmarañó en su tela luminosa
lentamente trazando con el vuelo
remolinos en torno á su cabeza,
pasando, sin ser vista, junto al suelo,
ciñéndole á los brazos
el hilo seductor y reluciente
que se enroscaba al joven descuidado
con suavísimas curvas de serpiente,
enredando á sus pies los del asiento,
atando contra el mármol su cintura
con el vago ondular de las visiones,
ajustando sus manos á la mesa,
y echándole prisiones y prisiones
hasta cubrir á la inocente presa.
No más sujeto en los alambres de oro
queda el pájaro breve y enclaustrado,
ni á la costa mejor encadenado
está el borde gentil del mar sonoro,
que cuerpo y mente del feliz mancebo
quedaron en la red maravillosa,
al penetrar en el recinto nuevo
bajo el poder de la invisible diosa.
Voló hacia atrás para gozar mirando
su obra de perdición y desventura,
y ligera pensando
que aún no se hallaba de su mal segura,
sacóse de la túnica de llamas
una varita mágica y pequeña
guarnecida de luces como escamas,
y al noble Julio se acercó risueña
tocándole en los ávidos oídos,
que los dejó insensibles para aquello
que no fuesen del bello

festín, canciones, risas y sonidos;
rozó luego su olfato, y quedó inerte
para aquellos olores
que no fuesen esencias de mujeres
y perfumes de vinos y licores;
después tocó sus dedos
y los privó de sensación y vida
para todo contacto que no fuera
la copa de la orgía ardiente y clara,
el manto de una hermosa cabellera
y los senos de mármol de Carrara;
también tocó su paladar, y yerto
se quedó para todos los manjares
que no fuesen tomados en la mesa
de los sucios y viles lupanares;
rozó, por fin, sus ojos y se hicieron
para la alegre vida indiferentes,
á no ser que atraídos por los dados
contemplaran sus juegos diferentes
por la mano del vicio combinados.
Sitiada así del elocuente mozo
la vida, para el triunfo destinada,
la diosa lo miró llena de gozo,
y girando en la luz con alborozo
se disipó en la atmósfera abrasada.

II

¡Pobre Rosa marchita:
mientras que cubren tu ataúd de flores
tus amigas, las cándidas mujeres
que supieron tu vida y tus dolores,
con funerario son dobla la ermita
á tu entierro llamando,
¡y las notas del bronce van rodando
como una voz de penas infinita!
La tarde, ardiendo en púrpuras, se muestra
como un lago de sangre en el Poniente;
es un celaje trágico y doliente,
símbolo mudo de visión siniestra.
En la tierra está todo,
para tu cuerpo recibir, colgado
de profusos y claros resplandores,
cual si fuera á pasar el delicado
cuerpo gentil del hada de las flores;
han tendido á tu paso los rosales
colgaduras de rosas,
y bajo sauces van los manantiales
alzando de sus cuerdas de cristales
plegarias rumorosas;
un círculo de flores de jazmines
las amigas han puesto en tu cabeza

después de humedecerlas con su lloro,
y parecen cortadas una á una
con tijera de oro
de un fantástico rayo de la luna.
La estrecha caja en que tu faz se admira
no produce terror al pensamiento:
más parece la caja de una lira
rota por el amor y el sentimiento:
Duerme ¡oh virgen! tu sueño delicado,
el sueño de que nunca se despierta;
vuelve á la tierra de donde has brotado,
y se truequen, tu boca, en primoroso
clavel ensangrentado;
tus manos, en nevadas azucenas;
tus pupilas, en lirio idealizado;
y tu divino seno cincelado
en dos magnolias de perfumes llenas.
Ya en sus hombros los mozos te colocan
y van en dirección de la colina
donde está el cementerio luminoso
como visión divina,
como el riente asilo del reposo.
Nadie de tu familia te acompaña
ni á ti los ojos vuelve,
y aislada has muerto como en tierra extraña;
sólo la caridad compadecida
tu cuerpo frío en el sudario envuelve
y llora lo azaroso de tu vida
doliente y pasajera,
¡flor del almendro apenas concebida
que cayó hecha botón en primavera!
Ya en la tumba reposas, virgen santa;
y en el instante aquel, Julio levanta
en la Corte la copa del hastío,
y entre un coro de abyectas meretrices
una canción al desenfreno canta.
Canta á la vez que el santo sacerdote
de su hermana en los tristes funerales;
y así Julio prorrumpe
al choque embriagador de los cristales:

—En las trenzas de todas las hermosas
vivir quiere mi espíritu enredado,
igual que en el capullo delicado
el germen de las áureas mariposas.

Orlad mi vaso de purpúreas rosas,
cáliz que encierra en su cristal tallado
el esplendente líquido irisado
que destilan las uvas generosas.

Bebed, reíd, mujeres adoradas;
batid las palmas en ruidoso coro
y bailad al rumor de las palmadas.

Y de vuestros cabellos el tesoro
¡ruede por vuestras formas nacaradas
como un torrente de ébano ó de oro!

Cantó así el joven su canción ardiente,
y allá esta letra el puro sacerdote
pareció suspirar con voz doliente:

¡Oh raza de los míseros humanos!
¿Qué valen tus mezquinos devaneos?
Envuelta en un enjambre de deseos
paseas por la tierra tus gusanos.

Pon en olvido tus placeres vanos
de los que hiciste tus instintos reos,
y á la tierra amantísima volveos,
cráneos que ser quisistes soberanos.

Sólo es incorruptible la hermosura
de la moral acrisolada y pura
que lucha y vence en la mundana liza.

Es la mente más alta, falsa lumbre;
el más pujante brazo, podredumbre;
y el más valiente corazón, ceniza.

Y después que entonaron
sus dos cantos de tono diferente,
en un mismo momento resonaron:
en la caja, los golpes de la tierra
al sepultar la virgen inocente;
y en el festín de llamas
¡de los cristales el chasquido ardiente!

III

La calle de Alcalá zumba de gente;
atestados de seres sus balcones
como palcos de un regio coliseo
en medio de algún triunfo de la escena,
se levanta un gigante clamoreo
que se extiende á lo largo de la vía,
la cual exhala un trueno persistente
y locos estampidos de alegría.
Allí, en un tren deslumbrador, avanza
la encumbrada duquesa
que ardientes chispas de sus joyas lanza;
por su lado atraviesa
la encopetada *horizontal*, guiando
un tronco embravecido
que cruza entre la gente relinchando
y dando al aire bronco resoplido;

detrás tira con trote soñoliento
de una *manuela* un *penco* derrengado,
en la que va una espléndida manola
rebujada en la ola
del pañolón con írisis bordado;
delante viene un noble caballero
en su alazán de emborlonada cola
con monóculo audaz y alto sombrero;
severos magistrados;
políticos de brillo y de renombre;
comerciantes dorados
que, del suceso magno como ofrendas,
al lanzarse á la calle arrebatados
cerrar hicieron sus lujosas tiendas;
sacerdotes, mendigos, militares,
modistas, jornaleros,
personas á millares
formando ríos, masas y regueros,
seres hasta del barrio más remoto,
¡las clases todas de la patria entera,
cubren con un zumbar de terremoto
la inclinada y magnífica carrera!
Por fin, Madrid, redimes tus pecados
de arrastrar al abismo entre esplendores
jóvenes, por el vicio, alucinados,
y te cubres de palmas y de flores.

* * *

De la tarde á los vivos tornasoles
mira Julio con vista de borracho
á los «golfos» subir por los faroles
en medio del inmundo populacho,
y ve como en delirio de su mente
el desfile de regias hermosuras,
el hervir de confusos carruajes,
el pasar de caballos y monturas,
la ola de terciopelos y de encajes,
y piensa, en el asombro que le oprime
al contemplar la gran magnificencia,
¡que va á pasar un Faraón sublime
y va á hallarse de Dios en la presencia!
Gritó con inconscencia de beodo,
—«¡Muera!»—al nombre del ídolo aclamado,
y sintió de repente
un acero clavarse en sus entrañas
entre el tumulto de la rauda gente,
y después el ceñirle de dos brazos
que lo empujaron al tropel hirviente
donde lanzóse haciéndose pedazos.
¡¡Una muerte!! ¿Quién para
en una fiesta tan hermosa y grande
el curso violentísimo que viene
entre el fragor de catarata densa

y arrastra en un delirio de entusiasmo
con su esplendor la muchedumbre inmensa?
Truenen las risas en alegre coro;
de las damas se exhalen los aromas
y aten las alas con colgantes de oro
á las blancas palomas
que han de girar sobre el bullir sonoro;
ténganse en los balcones prevenidos
los mil haces de flores
que para al triunfo dar más esplendores
de Valencia gentil fueron traídos;
arrancándose vayan las hermosas
de la curva gallarda de su seno
el puñado de rosas
con que de tintas lo dejaron lleno,
para echarlas al aire embalsamado
en el supremo instante,
y así añadir al triunfo señalado
entonación más cálida y brillante;
prepárense los cándidos pañuelos
para fingir en la ovación las plumas
de blancos cisnes al abrir los vuelos;
palpiten en los labios conmovidos
los vítores ardientes
que habrán de herir los ávidos oídos;
acudan á las manos agitadas,
como á la rama pájaros á miles,
hechas son de victoria las palmadas,
que al fin un ronco y bramador «¡ya viene!»
corre de boca en boca
por la exaltada gente que se oprime,
¡como prolonga el mar de roca en roca
su acento terrorífico y sublime!
¡Ya viene, sí!, los ojos anhelantes
se clavan en su faz, y alzan las manos
ante el cercano dios salvas triunfantes;
se tapa el cielo con las flores vivas
que echa la multitud sobre su frente,
y llena de blancuras el ambiente
la nube de palomas fugitivas.
El es el fuerte, el magno, el poderoso,
el rey que ya abandona su reinado,
y que al bajar del trono esplendoroso
que la victoria inmarcesible baña,
lleva—homenaje digno del coloso—
por cola de su triunfo á toda España.
Al fin clamas, Madrid, por algo hermoso,
aunque arrastres, inicuo, por el suelo
la juventud que á tu poder se entrega,
en vez de alzarla en hombros hasta el cielo;
el mayor de tus ídolos ya llega,
dobla entrambas rodillas: *¡¡es Frascuelo!!*

. . . . . .

Madrid, Agosto 1895.

IV

Aunque huyó á otro lugar la muchedumbre,
no fué á la desbandada,
sino que, más feroz, cual de costumbre
siempre que quieren verla mancillada,
sacó de su poder nuevo coraje,
y por la calle de Alcalá traspuso
para acechar al alto personaje,
si ya, bien lejos el motín confuso,
pasaba en su ligero carruaje.
Y el satánico César, orgulloso
de ver la fiera ante sus pies domada
y ansiando pasearse victorioso
ante la gente absorta y subyugada,
poco después del épico combate
entró en el coche con semblante fiero,
fiero por lo procaz de la sonrisa,
y—Hacia el Prado y de prisa—
con altivez significó al cochero.
Los que antes fueron campos de batalla
donde libróse la violenta lucha,
desiertos se veían,
y deshechos al son de la metralla,
ante el paso del cínico canalla
los muertos, con horror, aparecían.
Igual que un espantoso cementerio,
la ancha Puerta del Sol, á cuyo lado
como una ermita alzaba el ministerio
su diminuto torreón cuadrado,
reposaba sin ruidos y sin gente,
y en el centro tan sólo se sentía,
en la taza redonda de la fuente,
del agua el son doliente,
parecido á una fúnebre elegía.
Esa misma quietud aterradora
mudas dejó las fábricas tronantes,
parados los motores,
las ruedas y volantes,
y apagados los himnos triunfadores
de prensas y martillos resonantes.
Esa quietud, en el telar grandioso
donde forman los hilos enlazados
el tejido vistoso
con que los cuerpos van engalanados,
paró el apresurado movimiento
de ovillos, tramas y hebras primorosas,
y quedaron enmedio de las telas
sin acabar las comenzadas rosas,
en suspenso los pálidos jazmines,
por terminar los lirios azulados,
empezadas las dalias purpurinas
y á medio hacer las hojas peregrinas

de los grandes claveles encarnados.
Esa quietud, de la constante industria
paró los complicados laberintos
de tantos artes entre sí enlazados,
de tantos ramos entre sí distintos
y de tantos obreros ilustrados
metidos, sin trabajo, en sus recintos,
donde mueren gimiendo y olvidados.
También esa quietud de cementerio
estacionó la honrada agricultura,
que lloraba en horrible cautiverio
desangrada por tanta desventura;
á tiempo no vendrían
los del trigo gentil haces dorados,
ni después de sus flores abrirían
sus frutos de rubíes los granados;
se echarían de menos en las cubas
los vinos que despiden los lagares,
y los racimos de ambarinas uvas
no orlarían las cepas de collares.
Esa quietud, del arte los primores
hizo quedar en inacción completa;
paralizó al cincel en sus labores,
dejó caer la lira del poeta,
apagó á la pintura sus colores
y del ritmo que el músico interpreta
acalló los sonidos tembladores.
¡Todo petrificado, todo inerte,
y hecha la patria un árido desierto
muy parecido al de la misma muerte,
todo por el cinismo de un tirano
que, sin poder sentir misericordia,
por toda la Nación lleva en la mano
la tea del motín y la discordia!

¡Sacúdete Nación; despierta, raza;
rasga, como un león, tus opresores;
la espada ardiente por la cruz abraza
que abrazaron tus grandes vencedores;
los lazos de ignominia despedaza
con que ataron tus ímpetus de fiera;
enarbola tu maza,
y levanta del polvo tu bandera!
No es la patria jamás de un poder sólo
que la quiera oprimir entre sus brazos
para el mundo regar de polo á polo,
con sus vestigios rotos en pedazos.
Mírate en las proezas de tu historia
y muéstrate ante el orbe temeraria;
ponte sobre la frente al sol por gloria,
y vuelve á ser la heroica y legendaria.
Ataja á los políticos que quieren
deshonrarte detrás de la mentira,
sin mirar ni contar á los que fueren,

y arroja en ellos tu terrible ira.
Protege tus virtudes y derechos
que están manos inicuas profanando,
y si en la lucha te faltaran pechos,
las piedras mismas se alzarán tronando
para asistir á tus heroicos hechos.
Yo cantaré, exaltado, los asombros
que alzarás en los viles y perjuros
llevando mis estrofas en mis hombros
para arrojarlas en sus pechos duros
y para hacerlos míseros escombros.
A vencer, á vencer á los traidores;
tu espada ardiente por la cruz abraza;
rasga como un león tus opresores;
¡sacúdete, Nación; despierta, raza!

César, cual tigre entre la gente suelto,
hizo entrar el ligero carruaje
en la ancha calle de Alcalá, resuelto,
cuando lejos, cual son de un oleaje,
se oyó de nuevo la invasión tremenda
que venía bufando de coraje,
cual potro libre que rompió la rienda.
Vió el ministro las turbas que subían
de la hondura cual rápida marea,
y detrás á las fuerzas que seguían
trabando reñidísima pelea.
Sonaban golpes, tiros, maldiciones,
gritos desaforados;
un cuadro de terribles convulsiones
en cuerpos por la furia devorados.
Presuroso, la calle de Peligros
César miró para tomar por ella;
pero antes de ganarla diligente,
más veloz que un turbión llegó la gente,
en cada pie llevando una centella.
El tronco de magníficos caballos
se encabritó á la rápida embestida,
y á gran altura sacudió las crines
en un salto de fiera sorprendida.
Quiso el cochero entre el asalto loco
torcer las riendas y cambiar de rumbo,
mas contra el coche se arrojó la ola
y le hizo dar estrepitoso tumbo.
Rodó el hombre lanzado del pescante,
crujió el coche á la enorme pesadumbre,
y, herido por el tronco resonante,
el pavimento se cubrió de lumbre.
Un haz de brazos penetró en el hueco
del caído vehículo, buscando
la ansiada presa que aterrada gira
en el espacio breve, blasfemando
y oprimiendo los puños por la ira.
Sacó una mano de puñal armada

y acometió tan rápido y sin tino,
que en la puerta del coche desgarrada
formó con él un raudo remolino;
pero un hombre de bárbara energía
agarró en un revuelo aquella mano,
el arma le arrancó con valentía
y tiró en un esfuerzo sobrehumano.
Tiró y apareció con risa fiera
la cara del ministro arrebatada,
como si en vivo resplandor de hoguera
estuviese abrasada.
—Me habéis cazado como viles perros—
dijo con voz terrible y espantosa,
mientras rasgaban puntiagudos hierros
su vestidura espléndida y lujosa.
—Así es como se cazan á las fieras.—
respondieron, tirando con más saña;—
así es como se pillan las panteras
que están royendo el corazón de España.»
Y de un rebelde pie, rápidamente
con una larga cuerda lo amarraron,
y soltándolo luego entre la gente,
al lúgubre cordel lo afianzaron.
Movióse el mar humano con fiereza,
tiró presa de un ansia irresistible,
y César dió, al caer, con la cabeza
un golpe violentísimo y horrible.
Sintió bajo él *correr* el pavimento,
con los ojos de asombro dilatados,
ojos, cual de cristal, sin movimiento,
en las cuencas de horror petrificados;
y de inmensos dolores retorcido,
crispado, jadeante,
á cada tumbo de su cuerpo herido
mostrando y escondiendo su semblante,
miró César, sin ver, la tierra, el cielo,
la gente, los palacios,
los árboles, el suelo,
lo azul de los espacios,
nubes, faroles, tiendas, balconajes,
piedras, rails, más árboles, más gente,
más fachadas, más suelo, más celajes,
todo entre mil denuestos angustiosos
que rasgaban el pecho de pavura
y gritos espantosos
de una infinita y bárbara amargura.
Y ya aquel cuerpo convertido en trizas,
en masa atroz de miembros desgarrados,
que informe rebotaba en las macizas
peñas duras de garfios afilados,
vino contra la loca muchedumbre
la tropa que su paso perseguía,
muy semejante á un huracán de lumbre
que al avanzar las piedras encendía.

Fué terrible el encuentro; cual dos olas
gigantes y deformes
que retumbando fieras se acometen
y se empujan enormes,
ambas fuerzas se aprestan á la lucha,
ambas lanzan aullidos de coraje
y en ambas són de tempestad se escucha,
hasta que bando contra bando estalla,
sin que ninguno al ímpetu se combe,
y rompe entonces la feroz batalla
en colosal y trágica hecatombe.
Caballos temblorosos por el miedo,
otros exacerbados de coraje,
otros arremetiendo con denuedo
suelto por los jinetes el rendaje,
cuellos en violentísimas posturas,
dientes con rudo rechinar que aterra,
brazos amenazando á las alturas,
pálidos rostros al caer en tierra,
piernas torcidas que al impulso crujen,
pechos al rudo choque quebrantados,
gargantas ferocísimas que rugen,
ojos en explosión, cuerpos truncados,
componen un delirio pavoroso
donde en sangre los músculos se esmaltan,
y donde entre un vaivén vertiginoso
rotas cabezas de los hombros saltan.
Poco á poco del pueblo la entereza
va ganando el homérico combate,
hasta que al fin, venciendo su fiereza,
hombres y brutos á su esfuerzo abate.
Y queda el suelo, tras la lucha ansiosa,
con sus piedras de muertos alfombradas,
y César la política afrentosa,
hecho un montón de carnes laceradas.

Cumpliste ¡oh pueblo! tu deber sagrado
de aniquilar la fiera que te hería
y de arrancarte el cáncer arraigado
que tus entrañas míseras roía.
Ha de saber el hombre que en ti mande
que no eres sólo de él, que eres de todos
la patria libre y victoriosa y grande;
que nadie ha de eclipsarte tus victorias,
ni tus soberbios timbres de nobleza,
ni tu cúmulo espléndido de glorias.
Arrojada de ti la tiranía,
tu frente el mundo levantarse mire
poderosa y gigante;
y cada ser aspire,
en tu trabajo, á ser, fuerza constante,
una rueda que gire,
un martillo que cante.

Madrid 15 á 31 Octubre 96.

Á MI HERMANA

Llegaron los tiempos, dulce hermana mía,
en que á Dios se elevan
para recibirlo como Pan sublime
los labios divinos de nuestra conciencia;
los labios divinos que han de ser cristales
donde el sol riela,
que han de ser dos llamas, dos nácares puros
para hacerse dignos de que en ellos entre la Gracia Suprema.
El Cuerpo de Cristo
es el extrahumano Pan por excelencia,
vacuna que tiene todos los dolores
y las amarguras que empapan la Tierra,
profilaxis santa que lleva en su seno
acíbar y adelfas,
estoicismo, llagas,
llanto, y penitencia,
porque es la inmortal levadura
de la Vida Entera.
Y el que se vacuna con esa substancia
de infinita fuerza,
se hace invulnerable, noble hermana mía,
á las mordeduras de todos los ácidos que el alma envenenan.
Tú que te conservas inocente y pura,
los labios acerca
hacia el inefable disco que contiene
la substancia excelsa.
Para recibirla,
han de ser los labios cual doble patena,
porque si reciben los labios traidores,
manchados de culpa, la Visita Eterna,
cometen un crimen tan grande
que es el crimen mayor de la Tierra.
Así nuestra madre decía
con profético acento, ¿te acuerdas?
¿quién cual ella tuvo
aquella broncínea fiereza,
aquellas palabras candentes
de cólera inmensa
contra los que torpes en lecho de vicios
el alma revuelcan?
Parecía mujer de la Biblia
con sus frases de fuego tremendas,
y no perdonaba el pecado,
¡más que Dios vengativa y austera!
Tú heredaste en tu espíritu noble
la alta incandescencia
de aquella mujer prodigiosa
tallada en el mármol de heroica cantera,
que hizo de su vida
modelo de fuerza,

¡é hizo un desgraciado de mí, hermana mía,
al volverme en su seno poeta!
Permite que llore sobre tu regazo
hoy que has comulgado con Dios y estás llena
de su luz, y te enseñe las llagas
y el largo tormento que mis sienes quema.
Y pues nuestra madre
duerme el sueño eterno debajo de tierra
sin que más ¡oh dolor infinito!
volvamos á verla,
sé tú, hermana mía, mi madre amorosa,
ya que sois las hermanas tan tiernas,
que sois otras madres bienaventuradas
cuando falta á nosotros aquéllas.
Permite que llore sobre tu regazo
mientras que tus manos cubran mi cabeza,
y suelte á mis ojos los dos manantiales
y recale tus huesos mi pena.
Madre, hermana, escucha:
yo siento vergüenza
de entrar en el templo, lleno de pecados,
y á ti, de rodillas, los narra mi lengua.
Yo rodé de la cumbre divina
al estercolero de toda impureza,
y llenóme de tétricas culpas
la lucha sangrienta
de infinitas espadas venidas
á herirme perjuras y ebrias,
contra cuyos filos, para defenderme,
tuve que rasgarme las dos alas bellas,
rotas contra el mundo de dar aletazos
y tiznadas de hiel y blasfemias.
Igual que un relámpago de sangre, mis ojos
nublaron á veces terribles ideas
de horror, de venganza,
como un oleaje de indómita fuerza
que daba porrazos entre las paredes
de mi frente ciega.
Y rodé desde el cielo sublime
al muladar de la carne; y apesta
á vientre de grajos inmundos mi alma
y á perros que holló la gangrena.
No me atrevo á mirar á los ojos
del Dios que en el ara se eleva,
y á ti, hermana mía,
abrazado te cuento mis quejas,
viendo cómo ha puesto la vida que tuve
mi pecho de flechas.
Entra tú en el templo llegando á la Virgen
mientras que te espero temblando á la puerta,
como te esperaba
cuando, en mi defensa,
de nuestro padre amansabas la furia
con palabras buenas,

para entre tu falda llevarme escondido
ante su presencia
y recibir el perdón de la mano
que iba á dar sus golpes sobre mi cabeza.
Haz lo mismo ahora
tú, máter purísima, abogada nuestra;
tú, turris davídica
¡oh mi hermana egregia!
y di á Jesucristo
que siento mancharle las gradas excelsas,
que siento ofender con mi planta
su Casa Suprema,
que temo que lloren los lirios
al ver más morada mi pena,
y temo que cierren su seno las rosas
al ver que mi llanto resbala cual gotas de viva candela.
. . . . . .

Entró con un ramo
de albas azucenas
y acercóse á la Virgen María
en su altar, entre luces expuesta.
Yo sentí en el alma
que besó la tierra,
y luego á Jesús dirigióse
é imploró su divina clemencia,
besando esta vez con la frente
las rígidas piedras.
Alzóse después, y la mano
tomóme viniendo á cogerla;
yo entré arrebujado en su falda
con la vista en el suelo suspensa;
alzóme mi hermana la frente,
que ardía de loca vergüenza,
y al ver Jesucristo enclavarme
la bárbara nube de flechas,
desvió una mano de la Cruz divina
y arrancóme las agrias saetas,
diciendo: «¡Revive; las clavo en mi Cuerpo
porque el tuyo descanse sin ellas!»
No contrajo ni un pliegue del Rostro
al clavarse las puntas sangrientas,
como si pudiese su carne gloriosa
con los fieros dardos de toda la Tierra.
Un rubor de incendio me abrasó la cara
al ver que no pude luchar con mis penas,
mientras Dios las de todos los hombres
llevaba en sus carnes egregias.
Desde entonces, si tengo desdichas,
sonrío al tenerlas
y las llevo ufano sobre mis dos sienes,
cual si condujera
con alas de pájaro libre
¡un ánfora llena de rosas divinas sobre mi cabeza!

Madrid, Mayo 1912

SIERRA NEVADA

POEMA

Á la ilustre Sociedad granadina
LOS DIEZ AMIGOS, *en recuerdos de unos dias de santa salud.*

SIERRA NEVADA

POEMA

I

LLEGO Á TI

Rendido llego á ti, Sierra Nevada,
llena de lodo el alma que fué pura
y deshecha la ardiente vestidura
que envolvió mi pureza inmaculada.

Traigo en girones lúgubres rasgada
la fe que me alumbró con su hermosura,
y partida la blanca curvatura
de mi frente que Dios hizo sagrada.

Abrígenme tus santos alcanfores,
duerma yo en tu regazo mis dolores,
Sierra ungida de paz y de grandeza.

Dame besos de vida y gracia llenos;
como niño otra vez beba en tus senos,
¡Madre de todo amor, Naturaleza!

II

LA TRISTEZA DE LOS LIBROS

Dice más una gota de rocío
temblando entre las cañas rumorosas,
que la Suma gigante de las cosas
que hay en todo el humano poderío.

Son los libros amargos, y el hastío
dormita entre sus heces venenosas;
son las literaturas unas rosas
que el pecho punzan de dolor y frío.

Insectos por el Nilo intoxicados
son vates y filósofos ornados
de lauros verdes y gloriosas palmas.

Beben tedio nocivo en toda ciencia
é infiltran, al picar, mortal esencia
dentro del blanco cáliz de las almas.

III

EL DOLOR DE LA LUCHA

Tampoco hallé la dicha en las pasiones
que entre los hombres arden como hogueras;
una lucha de ofidios y panteras
vi sólo en los humanos corazones.

No son claros fanales de ilusiones
llenos de un noble vino de quimeras;
tienen, como el vinagre, torvas fieras
que acusa el microscopio en sus visiones.

Es la pasión como candente garra
que nuestra carne trémula desgarra
dejando chorrear la sangre al viento.

Yo clamo de pavor por mis heridas;
¡para dejarlas, Madre, adormecidas,
dales el cloroformo de tu aliento!

IV

EL JUEGO

No hallé tampoco la ventura humana
del voltaico á los pálidos fulgores
entre rostros de fijos jugadores
de tez marchita y de cabeza cana.

Á cada son que toca la campana
del reloj que deshoja sus dolores,
más tercos los gusanos roedores
rompen los hilos de su vida vana.

Rueda el metal sobre la mesa verde
y en la rauda vorágime se pierde
mientras la pala arrástralo ligera.

No es su fortuna la que muere ardiendo;
¡son ellos mismos los que están crujiendo
entre las llamas de la loca hoguera!

V

LAS MUJERES

No me dieron la dicha las mujeres;
cuando creyó mi ilusionado pecho
gozar la gloria en palpitante lecho
dormí en cama de agudos alfileres.

Roto el respeto á todos los deberes
bebí el amor bajo el extraño techo,
y sin rienda y sin Dios, corrí derecho
detrás de un arco-iris de placeres.

Después, cansancio, agobiador hastío,
vacío el pecho, el corazón vacío
y anhelando morir, cual si quisiera

rompiendo el lazo de que va sujeto,
salirse de mi carne mi esqueleto
y emprender por las calles su carrera.

VI

EL ARTE

Cuatro venenos de distintas fuentes
fueron las Artes Bellas á mi vida,
que tuviéronme el alma adormecida
como la flauta aturde á las serpientes.

Adormecida en sueños diferentes
fué mi existencia en el dolor nacida,
pero no libertada y desprendida
del estigma que sella tantas frentes.

El arte encadenó mis ideales
desde sus cuatro puntos cardinales;
esclavo cuatro veces voy andando.

Y me ató á una cuadriga de corceles
—notas, tintas, pentágramas, cinceles—
que delante de mí van galopando!

VII

LOS VIAJES

No encontré en los viajes la ventura;
detrás de cada cúspide bifronte,
un nuevo tedio oculta el horizonte
y el color de una nueva desventura.

El tren que al resbalar por la llanura
descubre cada valle y cada monte,
es como negra barca de Caronte
que lleva más veloz á la amargura.

Los Cinco Continentes del planeta
coronaron mis sienes de poeta
con sus rosas de luces peregrinas.

Y cuando el mundo las ciñó á mi frente,
¡sentí que me clavaban de repente
las inmortales rosas sus espinas!

VIII

LA ETERNA MENTIRA

¿Dónde encontrar la dicha deseada?
¿la descubrió Diógenes severo?
¿hallóla Salomón en su sendero?
¿Platón tras de la cúpula estrellada?

Jerusalén de triunfos coronada
¿la vió en Jesús tirando del madero?
¿Job en el pestilente estercolero?
¿Babilonia en riquezas desbordada?

¿La halló Confucio? ¿la encontró Mahoma?
¿Nerón estéril incendiando á Roma?
¿San Juan en su desierto y su caverna?

¿Los sabios de la antigua Alejandría?
¡¡No reinaste en el mundo un solo día;
eres tan sólo la Mentira Eterna!!

IX

MISERERE MEI

Y pues que nadie halló la dicha humana
y sangro por mis llagas y dolores,
úngeme las entrañas con tus flores
que tienen paz y ensueño de Nirvana.

Naturaleza, Madre soberana:
envuélveme en tus puestas de colores,
y goteen en mí los surtidores
de tu oculta y castísima fontana.

Echa de nuevo en tu troquel mi norma
que todo lo reanima y lo transforma;
sé mi santo crisol; quema mi frente.

Deshazme y otra vez déjame unido
como vaso en mil chispas que fundido
sale otra vez más claro y trasparente.

X

PURIFÍCAME

Yo siempre te adoré, Madre inspirada;
te canté y te ensalcé mi vida entera;
fuiste mi fe, mi pluma, mi bandera,
mi pasión, y mi espíritu, y mi espada.

Contigo todo; sin tu aliento nada;
tú has cifrado mi gloria verdadera,
y tan astilla soy de tu madera
que al darme vida te dejé rasgada.

Y como en vivas ansias has gritado
y has recrujido de dolor sagrado
para lanzarme de tu seno ardiente,

á ti, Madre de amor, mi fe te invoca;
bésame y haz un cáliz de mi boca;
bésame y haz un cielo de mi frente.

XI

LA OBLACIÓN

Báñame en tus piscinas redentoras
que por filtros incógnitos gotean
y en tazones de rocas burbujean
formando risas largas y sonoras.

Toquen mi frente y cúbranla de auroras;
bañen mis manos, é irradiar se vean;
toquen mis pies, é inmaculados sean;
besen mis frases, y háganlas cantoras.

Todo mi cuerpo de esplendor bañado
lo envolveré en el sol purificado
como en un blondo secador divino.

Y te daré mi confesión alada
en el sol que alza á ti, Sierra Nevada,
su disco santo sobre el mar latino.

XII

BAÑO DE AZUL

Después, en los azules de tu ambiente,
baña también mi cuerpo de alegría,
y me envuelva la sábana del día
entre lo rubio de su luz ardiente.

Un azul y otro azul resplandeciente
cubran cual olas la cabeza mía,
y este glorioso baño de poesía
haga excelsos mis ojos y mi frente.

Eterizado por tu luz radiosa,
semejaré una estatua prodigiosa
de átomos de armonía y ritmo griego.

Y cantaré quizás, como cantaba
la estatua de Memnón que revibraba
al darle el sol su floración de fuego.

XIII

BAÑO DE BLANCURA

Y después, Madre noble, Madre pura,
llévame á ver tu nieve alucinante,
y penetre en mi espíritu de amante,
la ecuánime emoción de tu blancura.

En el lino crujiente de tu albura
envolveré mi cuerpo suspirante
y como un ara te tendré delante,
un ara de purísima hermosura.

Igual que en llamas blancas, tu pureza
orlará de espirales mi cabeza,
donde me haré la cruz con nieve fría.

Resurgirá mi vida transformada,
y mi boca bruñida y nacarada
recibirá tu santa Eucaristía.

XIV

BAÑO DE AROMAS

Me den agreste esencia los raudales
que echas cual violetero vaporoso
y embalsamen mi cuerpo doloroso
lleno de heridas rojas y mortales.

Satúrame de aromas ideales
lo mismo que un ascuario milagroso;
sé para mí el incienso resinoso
que eleva de la llama sus cendales.

Y quizás en tu seno solitario
me sienta ardorosísimo incensario,
girón de esencia tenue y azulada.

Y subirá hasta Dios desde mi frente
mi sér trepando la espiral ardiente
como escalera por la luz trazada.

XV

LA DICHA DE LOS PÁJAROS

Hermáname á tus pájaros campestres
y dame su feliz sabiduría;
ellos serán mi santa compañía
en tus torcales ásperos y agrestes.

En sus plumajes blancos ó celestes
sabré leer candor y melodía,
y comeré la varia letanía
de sus sencillos gránulos silvestres.

Entregados á Dios no tienen pena;
en el silencio que de paz los llena
dan un piar que el ánimo alboroza.

Y aquel aislado y melodioso trino
tal vez parece que Jesús divino
en la infinita soledad solloza.

XVI

LOS TORRENTES

Enséñame tus trágicos torrentes
que se rompen en trémulas cascadas
y huyen como virutas alocadas
por los anchos canales de las fuentes.

Clama el trueno de Dios en tus rompientes
que gritan de delirios coronadas
y van entre el fragor desmelenadas
rodando á los abismos y vertientes.

Yo aprendí desde niño entre los montes
el trueno de los vastos horizontes
y del fiero relámpago la ira.

Y como tú sus cóleras dilatas,
llevo también sublimes cataratas
saltando entre las cuerdas de mi lira.

XVII

CAMA DE FLORES

Dormiré entre tus flores zähareñas
nacidas en tus cóncavos ariscos,
oyendo de tus rústicos apriscos
las esquilas amables y risueñas.

Me ofrecerán tus intrincadas breñas
jaiques raros de tonos berberiscos,
y el misterio salvaje de tus riscos
campánulas de tintas abrileñas.

Tramando unos triclinios vaporosos
con tus fofos fibrales olorosos
reclinaré mi frente en tu almohada.

Y haré para dormir bajo rosales,
de blancas margaritas, mis cendales;
y de frágiles lirios, mi almohada.

XVIII

LOS PRECIPICIOS

Asomado á tus épicos torcales
tus precipicios tenebrosos veo,
y sufro el violentísimo deseo
de arrojarme á sus hondos peñascales.

Miro saltar por riscos desiguales
á las cabras en libre pastoreo
y desfilar con ágil bamboleo
sobre tajos y rocas espectrales.

Frío sudor anubla mi semblante
y un vértigo imperioso y arrastrante
cruza por mi absorbido pensamiento.

Me salgo de las fauces del abismo
y un campanario dentro de mí mismo
en el redoble de mi sangre siento.

XIX

EL PICACHO DEL VELETA

Desde tu corvo pico del Veleta
que á las águilas mira de hito en hito,
veré el portento azul de lo infinito
y la gigante comba del planeta.

Á sus canosas sienes de Poeta,
sienes cual de un Homero de granito,
en corona de elíxir inmarchito
cinco ríos gloriosos se sujeta.

Dan los glaciales de inmortal reposo
su diadema de siglos al coloso
donde engarces los témpanos remedan.

Y rebrillando al sol cada reguero,
por cuello y hombros del sublime Homero
los cinco ríos destrenzados ruedan.

XX

EL PICO DE MULHACEN

Una Esfinge de insólita largura
de hundidos flancos y alta la cabeza,
finge con su inmutable fortaleza
y su dorso en inmensa curvatura.

Subieran por su cola hasta su altura
ejércitos con carros y grandeza:
sobria y grande se yergue su belleza
sobre todo portento de hermosura.

Muestra sobre la nieve que le oprime
una corona de águilas sublime
que Dios sobre la frente le colgara.

Y alzan á este Pontífice los montes
un concilio de cumbres y horizontes
sobre los que El eleva su tiara.

XXI

LA SUPREMA SABIDURÍA

Sierra Nevada, libro de mil vidas
en otras tantas claves misteriosas:
hay más ciencias latentes en tus cosas
que hay en todos los libros escondidas.

Restaurador de todas las heridas,
Madre que tienes víboras y rosas,
unas para las frentes luminosas,
otras para bondades no sabidas.

Bebí todas tus íntimas esencias;
infiltré en mi virtud todas tus ciencias,
me hice hombre nuevo al sol de tus montañas.

¡Y siento en lo profundo de mí mismo
un estrépito de aguas de bautismo
que otra vez siembra á Dios en mis entrañas!

Granada, Agosto, 1913.

SINFONÍA DEL AÑO

POEMA

SINFONÍA DEL AÑO

PRIMAVERA

I

El germen revive y horada la tierra;
el césped despunta y el suelo recama;
las bardas de hojas deshacen sus brotes
mostrando en sus puntas las lilas moradas.
Cepillo de piedra
la guija, hace locas virutas del agua.
El alma revive,
y el sol elabora con rayos de oro
la flor en la rama.

II

Su muestrario de colores
despliega la mariposa,
y por el verde capullo
asoma, viva, la rosa.

III

Rondan las abejas los frescos rosales;
echan sus penachos los cañaverales;
dejan los reptiles su sueño tranquilo,
y baja la araña pendiente del hilo...

IV

El manantial en la fronda
su música hace sonar;
una gota hace *tilín;*
y otra gota hace *talán.*

V

Su cuerpo de culebra
escurre el manso viento;
remueve los ramajes,
orea los insectos,
el dedo unta en las flores
y chúpalo sediento;
fatígase, se afana,
y á tierra echando el vuelo,
reclina la cabeza
en un botón abierto.

VI

Inquieta y movible,
pequeña y redonda,
es duende del agua,
la burbuja loca.
El iris la pinta,
el aire la sopla,
su origen la crea
pupila graciosa.
Es punto de randa,
lunar de la toca,
brillante movible
que tiembla y que flota.
Borda las orillas,
engarza las rocas,
las flores salpica,
y el musgo corona.
Dejadla que brinque,
dejadla que corra,
la idea del agua,
la burbuja loca.

VII

El pez en el estanque,
deshecho el duro hielo,
desliza bajo el agua
su góndola de fuego.

VIII

De fimbrias vistosas recámase el prado;
el lirio enarbola su hisopo morado;
enredan las zarzas sus velos obscuros,
y van las madreselvas sobre los muros.

IX

Rezan las beatas el santo rosario;
sube el Nazareno al monte Calvario;
se abren las iglesias medrosas y opacas,
y en la torre suenan las roncas matracas.

X

El ave *humana*, la golondrina,
se cuela, sin permiso, por las ventanas,
lanza píos sonoros bajo los techos,
ruido de abanicos forman sus alas.
Recostado en su cuna la mira el niño,
que tras su vuelo errante la vista vaga;
á la madre le pide que la detenga
y ella finge ademanes para alcanzarla.
La que llevó lazo azul,
vuelve con lazo de grana.
¡Es el querido recuerdo
de otros seres y otra patria!

XI

Cesó el arisco gato
en su romanza ronca,
y comenzó á seguirla
la cándida paloma.

XII

Forma la lluvia sus chasquidos huecos,
desfleca el aguacero su cortina,
y una línea de sol rubia y divina
brilla y traspasa los radiantes flecos.
Alzando el agua susurrantes ecos,
imita en el rosal su cavatina;
el rumor de las trompas en la encina,
y ecos de caja en los arbustos secos.
Cubre el agua los términos distantes;
Abril baña sus tintas y colores,
para lucirlos luego más radiantes.
Joyas son los capullos y las flores,
y de un tropel de chispas de diamantes
los empiedra la luz con sus fulgores.

XIII

Las flores del almendro
y las de obscuro tono
violetas delicadas
de cáliz oloroso,

tuvieron una apuesta
en un jardín frondoso,
á ver cuáles salían
más bellas y más pronto.

XIV

Redondo traza el pájaro
su misterioso nido,
igual que la corona
del manso Jesucristo.
El *algodón* del sauce
y el blanco del espino
recoge de los bosques
para enguatar su asilo.
Adórnalo con plumas
de su ropaje mismo,
y pone á sus hijuelos
en el caliente círculo.

XV

El cisne limpia su pluma,
echa á las ondas su nao,
y se desliza solemne
por la Venecia del lago.

XVI

Cuájase la *ayosa*,
se anima el aprisco,
y á jugar á la alegre rayuela
van los chiquillos.

XVII

Estación hermosa,
dulce primavera,
¡á tu impulso florecen las almas
y es nido de amores la tierra!

ESTÍO

XVIII

Doctor es el higo chumbo,
estudia ciencia de espinas,
y en el ilustre birrete
le sale borla amarilla.

XIX

El tronco echa sus gomas del sol al rojo brillo,
la abeja unta en las flores sus patas de amarillo;
salta el anfibio verde dejando el agua rota,
y templa el grillo negro su lira de una nota.

XX

Se lanzan las crías
á ensayar el vuelo,
y todo se vuelve piar en las ramas
y ruido y misterio.

XXI

El mirlo se pone
su levita negra
y por los faldones le asoman las patas
de color de cera.

XXII

Pendiente entre flor y flor
de un hilo leve de araña,
el gusano se columpia
como en mecedor de plata.
Sueña en la esfera redonda
de la teñida manzana,
que habrá de darle un asilo
entre su carne aromada.

XXIII

Tienden las palmeras
sus arcos flotantes,
como laberinto
de columnas árabes.
Sus mil abanicos
refrescan el aire
y arrullan la siesta
con ruidos vibrantes.
En los verdes bosques
simulan encajes
y templos soberbios
y selvas de alfanjes.
Alzándose enhiestas
en rocas distantes,
se entienden, y besan
por medio del aire.

Vigilan el amplio
desierto gigante,
y velan el sueño
gozoso del árabe.
A la caravana
dan sombra inefable,
y oyen del serrallo
las zambras brillantes.
La esfinge coronan
con palio flotante,
¡y á Cristo celebran
del templo en las naves!

XXIV

Enseñan desde el tiesto
los tallos de albahaca
sus miles de olorosas
hojuelas de esmeralda.

XXV

En el intenso rayo de tintas foscas
bailan sus rigodones las pardas moscas;
sacuden y apalean, batiendo el ala,
los átomos que, viva, mueve la escala.
Una mosca se cierne y otra se agita;
otra en el rayo de oro se precipita;
ésta zumba, da vueltas y se alboroza,
y aquella que le sigue sus alas roza.
El aire caprichoso la cinta orea
y en ver el raro baile se regodea,
hasta que hace, soplando loco y sin tino,
con chispas, sol y moscas un remolino.

XXVI

El mar de los trigos
ondula sonoro,
y forma rompientes
y espumas de oro.

XXVII

Brillan los relámpagos,
ruge la tormenta,
bailan los granizos
en las chimeneas;
el chubasco alegre
de redondas perlas
pica en los cristales,
bota en las monteras,

vibra en las campanas
y el campo apedrea.
Unas forman tímpano
sonando en las tejas,
otras por las ramas
del arbusto ruedan.
Allá va el chubasco
de crujientes perlas
haciendo al ganado
correr por la vega,
dejando tan sólo
tras sí, como estela,
el acre perfume
que exhala la tierra.

XXVIII

Corren los conejos y los saltamontes,
unos dando saltos y otros dando coces.

XXIX

Por el tallo elegante de la azucena
sube un hilo movible de hormigas negras;
van á ver de su cáliz los amarillos
pétalos, que parecen breves martillos.

XXX

San Juan y San Antonio,
dos buenos santos,
uno lleva verbenas,
y otro noviazgos.

XXXI

La pámpana tiembla como una esmeralda
de las que del tronco forman la guirnalda,
y cuando la cepa rebosa de brío
su cráneo corona de pompa el estío.

XXXII

Las redes sigilosas se tienden en los mares
y copan y seducen los peces á millares;
después, cuando en la arena la malla les esquiva,
se agitan cual puñales de plata tersa y viva.

XXXIII

El pollo rompe el huevo
con el ansioso pico,
y sale de su claustro
diciendo *pío, pío.*

XXXIV

Bajo la parra frondosa
una misa se celebra;
los fieles son oficiantes,
y el altar es una mesa.
El sacerdote que escancia
alza el cáliz en la diestra
lleno de sangre de Cristo
que al topacio se asemeja,
y la faz mostrando al templo,
dice al rebaño que reza
al son del *órgano moro:*
—¡Señores, viva la *juerga!*

XXXV

Sacude el tridente
la parva en la era;
la paja se huye
y el grano se queda.
Al revés sucede
con alma y materia;
el cuerpo sucumbe
y el alma se eleva.

XXXVI

Engulle el gusano
del moral la hoja,
y forma su cárcel
brillante y sedosa.

XXXVII

Vibra sus gotas el tremedal,
y los *insectos* van por aquí
y las *avispas* van por allá.
Cínifes leves corren sin fin
sobre la fuente como el cristal;
el *abejorro* toca el timbal
y el *violero* su violín.

XXXVIII

Sus élitros moviendo colgada de una espiga,
preside la cigarra las fiestas estivales;
su canto no conoce la lánguida fatiga
y son en la natura sus ecos inmortales.

Su voz cascada y bella madura los racimos
templados en la tierra del sol por los calores,
y tiñe de los frutos espléndidos y opímos
la piel iluminada de vívidos colores.
Es ella la que canta la música que escribe
el rayo del estío sobre la fuente rota;
es la que entre las frondas y los ramajes vive,
es el verano ardiente metido en una nota.

OTOÑO

XXXIX

Saltan los chorros
de mosto turbio
desde las prensas
hasta los cubos.
Los lagareros
pisan el fruto,
bailando alegres
su baile rudo.
Chupan las moscas
el dulce jugo,
volando en libre
tropel confuso;
suena la copla,
crujen los músculos,
baten y baten
los pies forzudos,
y los lagares
rompen en júbilo,
cual los carbones
en vivos puntos.

XL

Huyen los pájaros
en caravanas,
tras otros cielos,
tras otras playas.

XLI

Islas de luces fingen
los camposantos
en la noche solemne
de Todos Santos.

XLII

Resuenan las campanas
doblando por los muertos,
y forman los cordeles
chasquido de esqueletos.
Las ánimas agitan
sus alas de vencejo
y beben de las luces
los trémulos reflejos.
Resuena en los hogares
hervir de leves rezos
y en tiempos que pasaron
se pierden los recuerdos.
La noche se desliza
como un fantasma negro,
en tanto las campanas
sollozan por los muertos.

XLIII

Dispara la castaña
su tiro en la ceniza,
y el gato pega un brinco
cayendo de la hornilla.

XLIV

La nuez redonda
desgarra el seno,
y de su cráneo
muestra los sesos.

XLV

Rebana la cuchilla las verdes puntas
del melón oloroso de carne blanca,
y los niños imitan con los despojos
los sonoros platillos de la parranda.
El cuchillo afilado va dividiendo
en cascos perfumados la dulce fruta,
y estrellada en el plato que la contiene,
se abre en círculo blanco de medias lunas.

XLVI

En el ojo de coral
del higo fresco y tardío
titila por las mañanas
una gota de rocío.

XLVII

Ya pasa la noche; ya el día alborea;
ya en la zafería la gente despierta;
ya filo sacando en la áspera piedra
los de la matanza cuchillos resuenan.
Gruñe en la pocilga la víctima horrenda
cerca del molino que el trabón sujeta.
Sueltan las carlancas los perros que velan
y miran la luna trepar por la sierra.
El trampal lejano sus aguas despliega
donde persistente la luz cabrillea
y donde en los círculos que se abren y tiemblan
hunde el somormujo la loca cabeza.
Canta en la ramiza la brisa secreta
sus himnos al alba que puros se elevan.
El son del ramblazo que mueve las piedras
atruena los valles con ecos de guerra,
y abriendo sus arcos en lienzos de perlas
los riscos sacude la atroz torrentera.
Ausente el zamarro del cuerpo que muestra
forzudo labriego el cerdo sujeta,
y los que anhelantes á auxiliarle llegan
colocan la víctima en sólida mesa.
Dispuesto el lebrillo, la sangre lo llena
en caño caliente que ruge y humea
y mueve la mano de tosca doncella
ceñida con guante de tinta bermeja.
Los roncos gruñidos atruenan la aldea,
briosos primero, más tarde sin fuerza.
Descienden la víctima, y fija en la tierra,
la rajan, la cortan, la limpian, la pelan,
hasta que de tronco que el techo sujeta,
pendiente, en el plato su sangre gotea.
Con esta hecatombe las risas alternan
y corren las copas de vino repletas,
en tanto el sol clava sus lanzas y flechas
sobre la parriza que cubre la escena.

XLVIII

Encerrada en su marco de paredes,
el agua soñolienta y mortecina
tiene el mirar de los semblantes tristes
y el tono muerto de la azul pupila.

XLIX

De la tramontana
llega el soplo frío
á estrellar sus alas
en los frontispicios.

La escarcha brillante
encubre los vidrios
de blanco clorato
menudo y pulido.
Su sabor de joven
deja el nuevo vino;
truenan de la caza
los alegres tiros;
empieza en los campos
la siembra del trigo,
y vuelve la alondra
trayendo en el pico
la sarta de notas
que forman su himno.

L

Celebra la morcilla
sus bodas con la llama
en medio del hornillo
y en noche de matanza;
y entre el humazo negro
retuércense y estallan,
los besos de la lumbre
con besos de la grasa.

LI

Tras de la liebre
los perros vuelan,
en raudo grupo
de líneas rectas.

LII

Sometido á las leyes del remolino,
el baile de las hojas forma su danza,
y empujado en las alas del torbellino
gira y traza las vueltas de su mudanza.
El aire arrebatado mueve las frondas
arrancándoles quejas tristes y graves,
y en el abierto espacio suenan sus ondas,
como el órgano truena bajo las naves.
Las hojas temblorosas dan su lamento
ansiando que la tierra sus tumbas abra,
pero sus mil zurriagos sacude el viento
y acelera la horrible danza macabra.
Cabalgando en confusa tromba de oro
rozan las sueltas hojas los campanarios,
pasan sobre el torrente libre y sonoro,
cruzan campos desiertos y solitarios.
Las cruces enclavadas en los senderos
rodean de crujientes locos collares,

emprenden de las selvas los derroteros
y pasan por los montes y por los mares.
En tanto que en dorados giros inquietos
avanza el torbellino de las escamas,
claman al alto cielo los esqueletos
alzando los terribles brazos de ramas.

LIII

Apaga la dalia
su luna de fuego
y queda de flores
el campo desierto.

LIV

Rendido de su lucha
constante con las jaras
el leñador retorna
hacia su humilde casa,
y escucha los silbidos
del huracán que brama
y estrella sin clemencia
las piedras en su cara.

LV

Los rayos de la tarde las nubes arrebolan
y bordan de oro vivo su chal de felpa roja.
Ciudades incendiadas de nieblas vaporosas
elevan sus veletas, sus cruces y rotondas.
En fondo de zafiro resalta una pagoda
con árabe portada y cifras misteriosas.
Al lado, un alto templo sin ruido se desploma,
y troncha sus columnas y apaga sus antorchas.
Filados caballetes de verde, azul y rosa,
sus rayas de colores encienden en la sombra.
La punta de un cimborio que el sol poniente dora,
semeja azul fantasma de túnica espaciosa.
Ya es un alado monstruo lo que la niebla forja,
ya un moro con turbante bañado en luces rojas,
ya es llama de Vesubio que la ciudad destroza
y graba entre las ruinas los versos de Rioja.
El golfo de colores que el vivo ocaso forma,
radiante parpadea con luz deslumbradora.
Después los tonos fuertes apagan sus auroras,
los rojos se disuelven en ráfagas de rosa,
los verdes se amortiguan, los cárdenos se borran
y el púrpura y morado se funden en la sombra.
Un himno de mil ecos, el de la tierra toda,
se eleva de las calles de la ciudad ruidosa,
del templo del trabajo donde las ruedas roncas

al toque de oraciones suspenden sus estrofas,
del seno de las aguas, del velo de las frondas,
y todo se concilia en la solemne hora
en que del vago Otoño la tarde melancólica
esconde de sus luces las gradaciones rotas,
y expira, como expiran la música y la copla.

INVIERNO

LVI

Ya brilla en la calle el rojo brasero
y oscila su llama al soplo del viento;
ya gime el castillo de maderas hecho
y crujen sus muros con ruido de incendio.
Por las mil ventanas que forman sus huecos
asoman las lenguas azules del fuego.
Los lirios de llama, titilan al beso
del aire que riza sus hojas y pétalos,
y lamen tenblando los carbones negros
que rompen y estallan en átomos trémulos.
Ruedan de la torre los leves cimientos
al son de las salvas que brotan su seno.
Los rojos carbones se parten en bellos
rubíes que bordan el vivo brasero,
y cuando la racha sacude el incendio,
recruje y se embosca en chispas de fuego.

LVII

En los azules lagos
que adormeció el invierno,
tras de los patos corren
los cazadores diestros,
y el lago que los mira
está copiando atento
la alegre cacería
en su brillante espejo.

LVIII

Las gallinas se espulgan en el estiércol
y forman repetidos sacudimientos;
con las patas tenaces hienden el suelo
y se cubren de escombros y de fragmentos
que echan en alto y paran sobre los vuelos
para otra vez lanzarlos y recogerlos.
El gallo que se abrasa de ardiente celo
camina de soslayo dando rodeos,
y arrastra el ala abierta, rígido el cuello,
en la vuelta que airoso va describiendo.

LIX

Encubre la masada
el manto de la nieve
y en el marjal lejano
sus blancos copos tiende.
La hacina de sarmiento
nevada resplandece,
y el espigón fragoso
que la neblina envuelve.
En el escriño comen
bajo el chozín, los bueyes,
viendo caer las plumas
de la brillante nieve.
En el saliente rafe
el blanco cristal pende,
y cuájase el regajo
en garrapiña leve.
De la nevasca el soplo
la rota lluvia cierne
que en las abruptas rocas
del pedriscal se extiende,
y en tanto que los campos
se embozan en la nieve,
en el hogar el hombre
la fogarada enciende.

LX

Vienen por los caminos
en sus caballos
trotando desde Oriente
los reyes magos.

LXI

Brilla entre luces
el nacimiento,
con sus pastores, con sus ovejas, con sus corderos.

LXII

Las alas del aire
que medrosas suenan,
se cuelan de noche
por las chimeneas.

LXIII

Tocan á maitines las duldes campanas
y la gente alegre al templo se lanza.
De las altas bóvedas penden las arañas
que impregnan en luces sus flecos de lágrimas.

Truena la zambomba como una descarga
y el órgano ríe, alégrase y canta.
Circula la gente por las naves largas
con vago zumbido de lentas pisadas.
La forma sublime, y mística, y blanca,
asciende entre el humo de esencias quemadas;
repican las breves campanas de plata
y Cristo celebra su nueva llegada.

LXIV

La triste gota
suena en la cueva
como el quejido
de un alma en pena.

LXV

Sacuden los grajos
sus ropas de invierno,
y pasan graznando
como hablan los viejos.

LXVI

La vieja cascada
recita sus cuentos
mientras el chubasco
sacude los techos,
y está la lechuza
metida en su hueco
mirando la noche
con ojos siniestros

LXVII

Como un fantasma blanco
arrástrase la niebla,
subiendo por los picos
de largas cordilleras.

LXVIII

Por el alero
corren los duendes
y las canales
alzan y mueven.
Formando largo
cable pendiente,
de las repisas
locos se mecen.

Saltan las tejas
en brinco alegre
y el cráneo asoman
por los boquetes.
El niño escucha
sus pasos leves
y entre las mantas
su rostro envuelve.
Huellan los techos
que se estremecen
en la callada
noche solemne,
hasta que el juego
de vanos duendes
deshace un rayo
de sol que viene
como una espada
desde el Oriente.

LXIX

Entre ramblazos y nieblas
marcha el pobre caminante;
Dios ilumine su senda
y los escollos le aparte.

LXX

A la mesa santa
en la Nochebuena
todos menos uno
á cenar se sientan;
y la pobre madre
que oculta su pena
el llanto se borra
que en sus ojos tiembla.

LXXI

El pino resiste
la loca galerna
y esgrime luchando
sus porras tremendas.

LXXII

Muestran los olivos su fruta redonda
y las largas varas castigan las hojas;
los lienzos extienden sus pliegues y orlas
bajo los penachos que al peso se doblan.
El cuadro animado de mozos y mozas
recita sus cuentos y canta sus coplas,
y por el ramaje descienden las bolas
formando el repique de lluvia briosa.

LXXIII

La lumbre del crepúsculo
desmaya por los campos
vertiendo silenciosa
las sombras á su paso,
y vienen del convento
adusto y solitario
del órgano las voces
y el eco de los salmos.

LXXIV

Al rumor del morisco pandero ronco
canta la tierna abuela su copla rancia,
y la momia del viejo de acento bronco
en la copa luciente su vino escancia.
Los locos rapazuelos corren sin tino
por la extensa cocina de humo cargada,
mojando los buñuelos en dulce vino
ó en miel, por las abejas elaborada.
Los cazos y peroles mueve la moza,
haciendo las comidas y los manjares,
y va y viene la gente que se alboroza
al rumor de las risas y los cantares.
Iluminan la estancia pobre y terriza
y el cuadro de ternuras y gracia lleno,
el candil y la llama que se desliza
por el tronco nudoso del nochebueno.

LXXV

Suena su último són la sinfonía
y al eco torna del compás primero;
el mismo vals, perenne y duradero,
sigue y sigue su eterna melodía.
Corre muda la noche tras del día,
y preside las tardes el lucero;
el agua fluye por igual sendero,
y sucede á las penas la alegría.
Cayendo el tiempo de invisible mano,
dividirá en estancias luminosas
el año nuevo, del que expira hermano;
y seguirán su evolución las cosas,
la simiente trocándose en gusano,
y el gusano labrando mariposas.

FIN DE SINFONÍA DEL AÑO

CANTOS DE LA VENDIMIA

CANTOS DE LA VENDIMIA

PRÓLOGO-ESTUDIO

Salvador Rueda y las primeras obras que escribió.

I

Tengo yo unos amigos muy queridos, á los cuales trato desde que nacieron, amigos que perpetúan á disposición de quien los busque, mil goces de aquellos purísimos que la naturaleza nos regala; y manifiestan el deleite que nos tienen reservado todas las cosas, mostrándolas por su lado bello, é interpretan de perfecto modo emociones vagas y sutiles que todos sentimos sin discernirlas. Son andaluces, vivos, impresionables, amenísimos y bien hablados; de su tierra imitan las armonías como un eco y devuelven la luz como reverbero; y finalmente, se llaman *El cielo alegre*, *La reja*, *El patio andaluz*...

Salvador Rueda escribe desde hace algunos años novelas, cuadros, poesías; pero esas obras, que ahora vienen á resultar ante el público, las sintió ya bullir en su mente el escritor andaluz cuando, antes de que supiese leer siquiera, gozaba, en su pueblecillo de la provincia de Málaga, estudiando, como quien aprende una lección de música, los sonidos de la lluvia en las hojas; ó abismándose en la dulce tristeza de los crepúsculos; ó recogiendo con manos y cara la tibia sensación del nido de pájaros; ó notando los rasgos fisonómicos de tal ó cual árbol, para bautizarlos con los nombres del *tío* Fulano ó de la *tía* Zutana, por los parecidos que creía adivinar entre personas y árboles.

De todo ese trato íntimo con la naturaleza, de toda esa enseñanza que recibió de ella, ha conseguido Rueda una cosa: el modo de alegrarnos á los demás con alegrías puras y sanas de la vida, asociándonos á sus juegos. Porque resulta, según Mr. Guyau, que el arte no es más que un juego de chiquillos, y los artistas son niños grandullones, que se pasan la vida jugando. Sólo que á pocos hombres es concedida una imaginación capaz de amenizar é iluminar *por dentro* toda la vida, como acontece al poeta de quien trato; el cual, debido á su fantasía, lo mismo se me figura que se encuentra

hoy, en espíritu, de ponderado literato en la villa y corte, que en su pueblo se encontró de monaguillo, carpintero, panadero y labrador de la tierra, que todo eso fué Rueda durante el tiempo que pasó metido en su aldea.

Feliz con el optimismo de su imaginación, nunca experimentó en su adolescencia ansias desconocidas, malestar, ambición, barruntos de gloria, ni aborrecimientos de su pobreza. Un día en que fué á ver lo que él hacía *motu propio*, se encontró con que eran versos, y con que salían ellos naturalmente; sin que sintiera el afán, cuando esto descubrió, de llegar á ser *astro,* ni de eclipsar jamás á nadie. Dejábase llevar de sus sueños, de la alegría propia del alma joven, y se dejaba llevar hacia su vocación con esa falta de resistencia de los humildes, que van sin saber dónde y *salga lo que salga...*

Y lo que le salió á poco fué un destinillo, que perdió bien pronto; pero que dió motivo á que Rueda se trasladase á Málaga, donde publicó sus primeros versos. Alternando con las rimas manejó por aquel entonces los guantes, pues fué guantero; las patentes marítimas, pues fué corredor de guías; y qué sé yo cuántas cosas más hubiera mezclado con la poesía, si D. Gaspar Núñez de Arce, á la sazón cercano á la cartera de Ministro, no hubiera ingertado en Madrid aquel ingenio que se revelaba, llevando en su mente la fogosa y rica sabia de Andalucía.

Al primer juego de cubiletes políticos, Rueda perdió su modesta ínsula en la Administración de la *Gaceta*, y á poco más de llegado á la corte quedóse á la luna de Valencia, es decir, sin puesto y sin blanca. Entonces, sin recursos, sin relaciones, sin protección ninguna (¡claro!) se dedicó resueltamente á la literatura.

* * *

He oído decir de un santo anacoreta que, para ahuyentar los apetitos de la carne, cuando le acometían, se arrojaba desnudo á un zarzal y se rebullía en él; pero hay en Madrid una porción de jóvenes, atacados de incontinencia literaria, que, arrojándose á la miseria y, como ellos dicen, á *la lucha*, sobrepujan en heroísmo al asceta, pues soportan las mayores contrariedades y no rinden sus ambiciones. Esta falange de mártires de la imaginación, de «cigarras adrede», hierve por todas partes, chirrea en los cafés, sueña á voces, se entreteje como yedra á los periodistas y literatos de fama, y es la primera valla que estorba y perjudica al escritor de mérito, cuando empieza á revelarse, ya empujándole hacia los vicios, ya borrando sus nativas cualidades con sugestiones de ajenas obras, ó infundiéndole desmesurado afán de originalidad.

Conocer y dar la mano al verdadero artista principiante, ayudándole á librarse de aquella *resaca* del mal gusto, es uno de los oficios de la buena crítica, noble y sana; la cual favoreció á Rueda de tal modo, cuando éste empezó á dar á luz sus primorosos cuadros andaluces en *El Globo* y publicó la primera colección de ellos. Mucho los aplaudió la gente de letras; quién con entusiasmo franco, quién con prudentes reservas, alguno con esos elogios protectores que parecen una displicente mirada de alto á bajo; pero á nadie dejaba de agradar aquel modesto muchacho que ga-

llardeaba con el idioma, y describía la naturaleza con impresiones tan finas como la de aquella joven, colmo de sensibilidad, que se ruborizaba solamente de percibir el aroma de una rosa...

Rueda había entrado á desempeñar en *El Globo* una plaza á la que aspiran muchos, la de redactor literario; pero esto, si bien trae algunas ventajas para el que empieza á poner su firma ante el público, lo considero un obstáculo para el adelanto de un escritor novel que tiene que prensar á diario la imaginación, se halle ó no dispuesto para escribir, y arrojar sensaciones é ideas sobre las cuartillas. Ciertamente que es tentador comunicar directamente con el público, no ser un colaborador anónimo en el esfuerzo que á diario hace el entendimiento humano; pero al que no se lleve de la vanidad, y además no esté muy avezado á las tareas del arte, semejante obligación servirá de martirio, poniéndole á escoger continuamente entre su crédito y su salud, sin dejarle un instante que dedicar á su educación, á su adelanto.

Es verdad que tales obstáculos los salva el verdadero artista por la misma fuerza de su imaginación; mas quien lleva una brillante fantasía, lleva, además del principal auxilio para aquel esfuerzo, un recreo inagotable que no es fácil moderar, porque es muy corto el paso que hay del recreo al vicio; y con éste, llegando el soñador á serlo empedernido, y prodigándose esos bailables de la imaginación de los que vuelve á la realidad con el cuerpo desmadejado, y la cabeza como el interior de una campana echada á vuelo, viene á saber por experiencia (dígalo aquel *Casallena* de *Nubes de estío*) que no hay bicarbonato, ni éter, en el mundo, capaces de entonar su estómago ó sus nervios.

Pues ¡qué no será el tomar esto por oficio! ¡Qué, si se añade á lo dicho, ser el obrero un novato con tanta vehemencia como poca práctica!—De este empeño escapó Rueda con una enfermedad, pero ejercitado en su arte, y con algunos libros—publicados primero fragmentariamente, mientras formó parte de las redacciones de *El Globo* y *El Imparcial*,—libros empapados de sentimiento y de vida, ricos de color y originalidad, cuya lectura es un reactivo de gratas y ardientes sensaciones de Andalucía.

Mas ¿y el maestro que le guiara en tales trabajos? Ya se comprende que el poeta ha tenido por principal maestro al que enseñó á trabajar á las abejas; y es observación sabida que una de las notas del verdadero artista consiste en la suma facilidad para instruirse en las reglas de su profesión.

Además, el buen deseo hace milagros; y si uno de ellos fué que Rueda encontrara espacio dentro de sus apremiantes trabajos para leer y estudiar buenos modelos, más de celebrar me parece el de que se limitase á tomar de ellos lo que puede llamarse materiales del arte, más que el estilo que algunos se jactan y precian de imitar apareciendo en tan ridículo empeño tan mal como quien usa ropa hecha á medida ajena.

El que está verdaderamente poseído de sentimiento artístico, y el deseo de expresarlo le anima, se inicia con facilidad en los secretos de la forma, aprovechando la inagotable riqueza plástica que el mundo ofrece para cantar las cosas con el acento propio de ellas.

Dice Rueda que le ha enseñado á escribir prosa el distinguido director de *El Globo*, Sr. Vicenti; mucho le habrá valido tal maes-

tro, pero mucho habrá también influído el sentimiento innato de la forma en el poeta aleccionado—forma que tanto le distingue, —y además el buscar su inspiración en la naturaleza, pródiga maestra para quien no vea con los ojos del vulgo, el cual mira las cosas como ve las letras de un escrito quien no sabe leer.

* * *

Estas y otras cualidades que se advierten en el autor de *La reja*, son principalmente las necesarias para aprovechar aquellas lecciones: quien no posea el temperamento afinadísimo, la enorme curiosidad de sentidos de este poeta, no se impresionará tan fácilmente; del mismo modo qne no podrá tampoco sentir bien la poesía de la naturaleza quien no haya pasado la niñez y la adolescencia en puro y continuo trato con *la madre tierra*.

Así, cuando Rueda escribe, su memoria sensitiva y su inspiración le agolpan á la pluma fragantes ideas, tornasoles y matices llenos de sentimiento y armonías, que sugieren lo más inefable de la belleza.

Y es también que á Rueda le ocurre, como á las plantas, que tiende hacia la luz. Esto se le observa en todo y principalmente en sus viajes. Siempre que sale de Madrid toma hacia el Mediodía. Ese entusiasmo por su país lo revela cuando pinta su llegada por primera vez á Sevilla, saltándosele los ojos y repicándole el corazón. De Granada salió, la vez primera que en ella estuvo, como arrojado del paraíso...

Hablando de su aldea, dijo:

> Por donde voy me sigue como memoria tierna
> tu imagen que en mi pecho conduzco en un altar
> ¡y mi cerebro canta como una estrofa eterna
> el coro que tus árboles entonan á la mar!

«Cuando cierro los ojos y me acuerdo de Andalucía—dice Rueda en una carta amistosa,—se me interpone un pañolón de Manila y á su través veo luz de Murillo, cármenes de Granada, jardines de Sevilla... Veo los endecasílabos de luz—versos sagrados—de la Mezquita cordobesa haciendo juegos brillantes en las naves, y además experimento un no sé qué de sentimiento que envuelve á todo eso, y que para expresarlo tendría yo que ser cuerda en melancólica guitarra.»

II

Bien dijo Schack que hay nombres cuyo mero sonido presta alas á la fantasía. *Bajo la parra*, *El patio andaluz*, *El cielo alegre*... detrás de los títulos que Rueda ha puesto á sus libros esperamos hallar, y realmente encontramos, el aroma de Andalucía, ó mejor, rasgos que recrean con deleite semejante al que produce aquella decantada ciudad cuya perspectiva es una promesa de dicha, cuyos blancos edificios tienen la garbosa presencia de sus moradores, y enseñan sus adornados patios detrás de rejas *novelescas* y de cancelas que llenan de atractiva franqueza el aspecto

de las fachadas. ¡Sevilla! sus calles bañadas de poético misterio unas, otras de aseñorada gentileza; su río, que más que caminar parece estar vagando con los barcos que lo surcan y los árboles de sus riberas; sus mujeres, cuyos ojos *tiran á matar*... y su vida más alegre que un pasodoble torero, convierten la existencia en sueño feliz, donde hay también ráfagas de una incomprensible tristeza; la cual quizá no sea más que la misma alegría que rebosa, el sentimiento latente de la insuficiencia humana, de la incapacidad de los sentidos y del corazón para gozarlo todo, para responder á tantos atractivos como solicitan allí nuestra efímera vida...

¡Ojalá supiera yo decir algo de la poesía que emanan esta rica ciudad y las demás que pueblan la hermosa tierra de María Santísima; de sus donairosas figuras, sus costumbres populares, su ostentosa naturaleza! Este sería el mejor modo de explicar las poesías de Rueda. Pero sólo la intensa percepción del artista andaluz puede apoderarse del ambiente de las cosas, para reproducir su escondido encanto.

Lo más fino y vaporoso de la belleza andaluza, lo que yo no sé decir, pero que lo sentirá el que traduzca con el alma las filigranas de *Il Barbiere*... de Rossini, y también los ardientes cantos flamencos, es lo que persigue la fantasía de nuestro poeta, lo que acaricia continuamente hasta convertirlo en obra de arte.

Todas las cosas de su tierra tienen algo interesante que contarle. Así como ocurre á veces que leyendo un buen drama sugiere su acción la parte descriptiva que le falta, el lector *localiza*, á su modo, el argumento, y por analogías tomadas de su propia vida, añade en su imaginación mil detalles, colabora, en fin, mentalmente; del mismo modo, la sola y sublime decoración de la naturaleza inspira, al que sabe sentir, mil argumentos y escenas vagamente soñados, y cuya realidad—por lo que respecta á Andalucía—tanto deleita comprobar en las descripciones y paisajes de Rueda.

Ahora, para reconocer esta poesía en un libro, menester es haberla conocido antes *personalmente;* porque hay gentes que á la naturaleza la conocen... *de vista;* que encuentran el campo muy aburrido, como algunas señoritas, y de la ciudad soportan pocas cosas, por ejemplo, el paseo... cuando *está animado*. Estrújese un alma de éstas y se queda la mano seca. Claro está que para ellas quien dice poesía dice hojarasca y cosa vana.

Tampoco hombres de singular talento—por haber vivido lejos, material ó espiritualmente, de esos grandes escenarios de la tierra, donde mejor se aprende á ver y sentir sus maravillosos espectáculos—gustarán, quizá, todo el recóndito placer que procura la poesía naturalista, y buscarán otra que llegue al alma (¡y tanto!) explorando directamente conflictos y bellezas de nuestro espíritu.

No es, sin embargo, la poesía de la naturaleza tan materialista y tan *inferior* como pudiera crearse, sino que sus ideas son más abstractas y vagas, como todo lo que se acerca más á la vida del sentimiento que á la de la razón. Además, demostrando la belleza del mundo, hasta tiene algo de mística, y viene á ser un alabar á Dios, «aquel peritísimo arquitecto de todas las cosas, que quiso hacerlas todas hermosísimas», como dijo el clásico y piadoso escritor...

Mas, volviendo á Rueda y á su tierra, diré que, por tanto lujo poético como ésta luce, ha derramado aquél su mente y ha ido produciendo obras que, en medio de su variedad, tienen su unidad hermosa, que es la emoción de Andalucía, expresada con el mismo afán que dicen que tenía Fortuny de escamotear un rayo al sol.

Y lo ha conseguido, en cuanto metafóricamente es esto posible. Uno de los más ardientes capítulos que ha escrito el autor de *La Reja*, es uno titulado «La vuelta de misa...» Al trazarlo parece que su pluma ha sido un surtidor de luz; leyéndole se baña la imaginación en aires del campo y flama de verano. En este género de poesía bucólica, á la moderna, creo sinceramente de un gran mérito las obras de Rueda.

Ya no satisface la simple copia de la naturaleza, aunque se haga con la exquisita retórica de un clásico, aunque se le añada el deleite que produce la primorosa ejecución. El espíritu, en su constante tendencia á discernir los sentimientos, quiere que se le muestren cada vez más vivamente, cuando se pinta á la naturaleza, las relaciones que hay entre lo inanimado y el hombre. Así, la poesía naturalista ajusta más su mira, atiende más que á las cosas solamente, á las ideas y emociones que nos inspiran, y, de este modo, no sólo las pinta mejor sino las da más interés. El melancólico espectáculo de la lluvia en el campo descrito por Rueda en una de sus poesías en prosa, nos llena tanto el alma de su indefinible emoción, principalmente por aquel inspirado detalle de la campesina que está cosiendo tras la puerta de la solitaria casa, y... «sin mover dedal ni aguja queda con la vista fija en las poéticas lejanías, y observa las avalanchas de aguaceros que aparecen tras de los montes... contempla allá en una ladera el atravesar por las vides de un alegre zagal que conduce á una mansa bestia que, á despecho de la lluvia, adelanta con paso tardo; clava luego la vista en las masas de vapores que cruzan el cielo, apenas sañalando sus contornos entre el tono gris que las envuelve... y sus ojos acaban por adquirir una vaga é indefinible aureola que los hace parecer ojos de loco, hasta que arrancada la mujer á su éxtasis, mira en torno de sí algo sorprendida, sujeta el dedal en el dedo correspondiente, y arroja un involuntario suspiro mientras torna al hilo de su tarea...»

Esta, es, pues, la legítima poesía dentro del género de que hablo, y á pesar de ser cosa tan sabida, tan redicha, no faltan todavía alambiques literarios que tratan de describirlo todo escarbando en el diccionario. ¡Inútil empeño! Mientras descubriendo no se narre, mientras no se tenga el arte de dar ese gran valor á las palabras, que hace comparables algunas—valga la frase—á semilla de novelas; mientras los detalles de observación no sean tan significativos como chispas que den á etender claramente el fuego oculto, la impresión sentida; por muy observador y palabrero que se llegue á ser, únicamente lógrase emular al escribano aquel que, anhelando hacer bien un inventario escribía:=*Item: sobre la mesa se encontró una Biblia que, copiada literalmente, dice así...*

En canbio, la hermosa poesía de la naturaleza ¡cuánto enseña y mejora á quien le gusta! Vuélvese la vista al mundo y se admira mejor, se aprende á gozar de la naturaleza y de uno mismo, es una lección de ensanchar y embellecer la vida interior, como no

siempre la ofrece el poeta lírico que nos entretiene hablando sólo de sus placeres ó de sus penas.

«¿No se te ha ocurrido nunca, paseante solitario y contemplativo—dice A. Daudet en *El Nabab*,—tenderte de bruces encima de la yerba que alfombra un bosque, en medio de esa vegetación especial, múltiple, variada, que brota por entre las hojas caídas del otoño, y espaciar la vista á flor del suelo por el horizonte que ante ella se dilata? Poco á poco va perdiéndose la noción de la altura, las ramas que los robles entrelazan por cima de la cabeza, forman un cielo inaccesible, y debajo del otro va surgiendo como por ensalmo un bosque nuevo que abre sus insondables veredas apenas alumbradas por una claridad verde y misteriosa, formadas de arbustos chiquitines ó cabelludos que rematan en cimas redondeadas con apariencias salvajes ó exóticas, puntas de caña dulce, tiesuras graciosas de palmera, tallos finísimos en cuyo remate oscila una gota de agua, girándulas en las cuales arden lucecitas amarillas que el soplo del viento hace bailar. Y lo más admirable es que debajo de estas leves sombras viven plantas minúsculas y millares de insectos que, vistos tan de cerca, revelan todos los misterios de su existencia. Una hormiga, encorvada como un leñador bajo el peso del haz, arrastra una brizna de corteza más gruesa que ella; por encima de una yerba echada á modo de puente de un tronco á otro avanza un escarabajo, á tiempo que cabe un alto helecho que crece solo en una encrucijada alfombrada de musgo, un animalillo azul ó encarnado aguarda, tendidas las antenas, á que otro bicho, en camino por alguna remota vereda solitaria, acuda á la cita debajo del gigantesco árbol...»

¿Qué preciosa página, verdad? Pues algo semejante disfruta el espíritu tranquilo que saborea la poesía de Rueda. Es observar sobre un libro la naturaleza andaluza, percibir sus latidos más tenues, gozar ese melancólico consuelo que ofrecen á veces las cosas más pequeñas del mundo, y esponjarse en la frescura, la sombra, el rumor de agua y la amorosa paz de *El patio andaluz*, con los sentidos abiertos, como nuevo Horacio, á la dulce impresión de vivir.

Yo sé de un gran escritor (Pereda, para que nadie se entere) que ha dicho á Rueda: «Su pluma de usted tiene matices hasta para el átomo, y, lo que es más raro aún, para sus vibraciones». Hay que ver las figuras de colorido y las agilidades de pincel esparcidas en los artículos *La parranda*, *El patio andaluz* y *Cuadro bohemio;* hay que sentir toda la novela—y novela bellísima que yo espero escribirá Rueda algún día—que está condensada en el capítulo que da nombre al libro *Bajo la parra;* hay que mirar el poético resplandor de *El cielo alegre*—quizá el mejor libro en prosa de Rueda, para mi gusto.—En el idilio de esta obra, *Buscando nidos*, figura un «breve y azafranado chamarís» de la misma casta poética del que casi hace llorar en el tierno idilio de Villegas:

Yo vi sobre un tomillo
quejarse á un pajarillo...
.....

También en esta obra figuran *El paleto de visita*, modelo de graciosa observación y *El palo del telégrafo*, que tanto agradan al insigne autor de *Pedro Sánchez*.

En suma, que las novelas de Rueda ofrecen sólo el mismo atractivo de *Cielo alegre* y *El patio andaluz,* estando en aquéllas ordenados los *cuadros* por una acción, y dando por resultado obras de amenísima forma y de un corte especial, en que casi puede decirse que las descripciones no sirven para explicar la vida de los personajes, sino al revés: la acción y sus episodios sirven para ilustrar las descripciones.—¿No podrá esto considerarse como una especie legítima de poesía naturalista?

III

Vamos á cuentas. El reputado crítico D. Leopoldo Alas creo que ha dicho de su tiempo, que no había en España más que dos poetas y medio; y el bachiller Sansón Carrasco decía á Don Quijote, allá cuando se publicó la segunda parte de *El ingenioso Hidalgo,* que los famosos poetas de España no eran sino tres y medio; de modo que, habiendo Clarín incluído recientemente á Salvador Rueda, en su «aritmética crítica», resulta sólo pequeña (?) fracción de poetas, de diferencia, á favor del siglo de oro de nuestras letras, sobre los actuales «momentos históricos»; y comprué-base también la opinión de D. Juan Valera, que afirma no podemos hoy quejarnos de tener menos poetas buenos que antes.—Yo no sé cómo decir ahora, con la humildad debida, que estoy conforme con estos señores, sin que parezca que pretendo darme tono entrometiéndome en sus opiniones; y como, por otra parte, no quiero pararme en asuntos de cantidad, sino de calidad, quédese aquí todo lo referente á la primera, y hablemos, aunque á tientas, de la segunda.

Lo poético es igual en la prosa que en la poesía, propiamente dicha, ó mejor, los mismos asuntos pueden tratarse en una ó en otra forma; pero en ésta hay un nuevo medio de expresión, que es el verso, sus imágenes peculiares, su dicción especial, que muy pocos logran y saben aprovechar. El cantar con la belleza propia y eterna de este signo —el verso—la misma poesía que pinta en prosa, es á mi juicio el principal mérito de Rueda. Siente muy bien lo que puede llamarse la poesía del verso; y por lo mismo que el poeta de la naturaleza nos habla de impresiones tan vaporosas, tan *aladas*, creo más á propósito para representarlas el verso en que, por haber mucho de música, puede pasarse de la onomatopeya, llegando á la melodía característica.

Lo difícil es (como se dice en la arquitectura de los motivos tomados de la naturaleza) la fusión de los elementos geométrico y orgánico; sujetar en lo uniforme del metro y de la rima lo vivo y vario de la emoción, para lo cual es fuerza poseer los secretos del ritmo. Pero Rueda, como verdadero artista, adivina tales secretos, sacando provecho á veces de las mismas dificultades.

El ánimo tiene movimientos instintivos al percibir las cosas. ¿Quién no ha sentido ante una pirámide el deseo de elevarse, ó el de esparcirse ante un círculo? «¿No le ha ocurrido á usted alguna vez—decía Rueda á un amigo—no poder desenredar el paso de la música de un organillo yendo por la calle?» Pues de tales impulsos sabe el poeta aprovecharse en el ritmo y en las imágenes de sus versos, hasta apurar la que lleva cada palabra de por sí.

Siempre me ha gustado en extremo la *Sinfonía del año* pero es porque, en medio de sus escasas páginas, la considero un ejemplo de lo dicho, un *muestrario*, que diría su autor, de los mil primores de forma que sabe hacer con el verso, y que ya ha empezado á ofrecernos más en grande en *Cantos de la vendimia*.

En la *Sinfonía del año*, un ritmo quebrado nos habla del desigual movimiento del agua en los arroyos; otro amplio y brillante, de la grandiosidad de una puesta de sol; un dulce fruto del otoño se recuerda con gustosas palabras, y con otras ásperas el atroz episodio casero de la *matanza;* las burbujas del agua toman relieve en su engarce de imágenes vivas y precisas; y la galanura de unas flores se muestra con una *elegancia* de estilo y de pensamiento...

Las flores del almendro
y las de obscuro tono
violetas delicadas
de cáliz oloroso,
tuvieron una apuesta
en un jardín frondoso,
á ver cuáles salían
más bellas, y más pronto.

Un sentimiento de ternura alegre, muy propio de la primavera, está delicadamente expuesto en ocho versos, que son al par un cuadro:

El ave *humana*, la golondrina,
se cuela, sin permiso, por las ventanas,
lanza píos sonoros bajo los techos,
ruido de abanicos forman sus alas.
Recostado en su cuna la mira el niño,
que tras su vuelo errante la vista vaga;
á la madre le pide que la detenga
y ella finge ademanes para alcanzarla.

Tan pronto veréis al verso lleno de colores y cantando las radiantes lluvias de Abril, como despojándose de estas galas, para decir con la sencillez y el *abandono* de la tristeza:

Á la mesa santa
en la Nochebuena,
todos, menos uno,
á cenar se sientan;
y la pobre madre,
que oculta su pena,
el llanto se borra
que en sus ojos tiembla.

Es seguro que el autor de *Cantos de la vendimia*, cuyo gusto se depura cada día más, no volverá á escribir poesías mejores que *El vino de Málaga* y *Lo que no muere;* no se apartará de su propio carácter literario que, desde que empezó á escribir, le ha inspirado tan originales y hermosas obras. *Aires españoles* se titula el primer libro que publicó Rueda siendo casi un niño, y es una colección de romances de buena cepa española, todos de rico, sonoro y fácil lenguaje, y algunos de gran mérito. *El ciego de los romances,*

por ejemplo, es una preciosa y tradicional figura que parece dibujada por el lápiz de Valeriano Bécquer; *La boda* es un primor de observación y de gracia.

Es verdad que los cantares incluídos en el libro *Estrellas errantes* no tienen ese aroma popular que tanto agrada en tal género de poesías; pero en la misma obra hay algunos sonetos acabadísimos que basta citarlos, pues son muy conocidos, para recordar su mérito. ¿Quién no ha leído y celebra *El cohete* y el *Retrato de la Marquesa de Dos Hermanas?*...

Cantos de la vendimia se parece á la *Sinfonía del año* en lo original, en lo nuevo. Más corrección y maestría se advierte en aquella obra, puesto que el autor no deja de progresar en su arte y entre ambos libros han pasado algunos años.—Al cabo hay un poeta joven que no escribe «*como* Bécquer, ó *como* Núñez de Arce, ó *como* Campoamor.»—En este exquisito libro, ¡qué originales efectos, qué adivinaciones del sentimiento, qué forma equivalente á un conjuro de vírgenes impresiones del campo, y qué emociones tan sutiles, tan fugitivas, sujetas al idioma como mariposas clavadas al papel! Piropeando á las uvas marbellíes, el verso es grumo poético de tersas, frescas y transparentes bayas...

Como granos de rubíes
de encendidas y de hermosas,
entre las uvas sabrosas
son las uvas marbellíes.

. . . . . .

Á las nobles moscateles
vencen en limpios cristales,
en tamaño á las parrales
y en color á las cabrieles.

. . . . . .

Las poesías *Á misa* y *En los olivares* son la ejecutoria de un artista. Dignas de ser admiradas creo también *La siesta en la ciudad*, por su asombroso parecido con la realidad cantada en ella, y *La colmena*, y... pero ¿á qué citar? Aunque yo supiera exponer «la belleza de la belleza», mucho mejor la gustaría en el propio lugar, ó sea en *Cantos de la vendimia*, el que supiera apreciarla aquí.

El que no puede, que exclame ante ésta como ante otras obras de Rueda: ¡Amaneramiento! ¡gongorismo! ¡falsedad!...

* * *

Sobre este tema de la sencillez y de la afectación, se ha exagerado mucho. Si por sencillez y naturalidad se entiende negarse el escritor á sí mismo y tomar las apariencias de la generalidad, creo que ésta es una afectación también, y de las peores. No hay, pues, que pedir sencillez del modo dicho al estilo, sino sinceridad al escritor y salga lo que saliere; que, como el escritor sea un artista, nada malo puede resultar. Todos tenemos las mismas facciones, pero no hay dos caras iguales en el mundo: hailas, sí, que inspiran simpatía, como las hay que dan gana de no verlas. Las últimas quieren parecerse á las primeras, y de aquí los afeites, la coquetería. Pues muéstrense todos como son y cada uno llevará lo que se merezca. Pero ¡qué pocas musas pueden como la famosa

molinera de *El sombrero de tres picos* arrollarse las mangas y decirle al corregidor: «Mire usted... Aquí no hay nada postizo...» Hay, sin embargo, escritores de gran sencillez que insisten en mostrar, aunque á nadie interesa, una poesía tan sin-cera como sin esperma, donde no se halla nada que luzca. En cambio hay quien atesora bellezas y las luce bajo mil formas, desde la de un Castelar, grandiosa como pinturas murales del Vaticano, hasta la de un Valera, parecida al modo que tenía de vestir y de pulirse Pepita Jiménez.

Por lo que respecta á la naturalidad de las buenas poesías de Rueda, no solamente consiste en la dicha sinceridad, en que realmente sienta del modo que se expresa, sino también—y este es su pricipal mérito—en que resulta la expresión maravillosamente conformada con lo que representa. Esto, que no es tampoco limitar el arte á la imitación de la naturaleza, sino procurar lo mejor posible la condición de verosimilitud que el arte requiere, es lo que no ha sido, quizá, reconocido por los que tachan de afectado el estilo de Rueda, ni (sin quizá) por los trujimanes del colorismo, que buscan vanamente aquel efecto en su despilfarrado *estilismo*—y viene en verso.

Y es que no valen recetas en ningún arte: es muy fácil saber que los motivos de la decoración arquitectónica deben sacarse de la misma naturaleza de la cosa, pero la cuestión está en sacarlos; y así, la cuestión está en decorar la poesía de tal suerte.

Cierto que para conseguirlo le facilitan el camino á Rueda la gran riqueza de materiales que posee, de vocabulario y de giros, y, sobre todo, aquella exquisita delicadeza del gusto, que llega á veces hasta á dar á la frase vulgar ó basta, cierto valor artístico, como lo tienen, v. gr., en los jardines los toscos asientos ó muebles imitados á lo rústico: mas no por esto debe olvidarse que «sólo el verdadero sentimiento sugiere el rasgo bellamente expresivo».

* * *

Para acabar este superficial trabajillo diré que una de las mejores pruebas del mérito del escritor de quien trato, es que no falta quien con ojos de inquisidor registre sus obras y trate de zaherirlo; le critican aquellos *versistas* de salón y aprendices de *genio* sobre los cuales llegó á sacar la cabeza: otros, sin saberlo, emplean contra el género que cultiva Rueda una difamación peor: imitarlo. Pero Rueda puede asegurar de sí mismo lo que en un artículo de Clarín he leído que decía Alfredo de Musset: «Bebo en mi vaso, aunque mi vaso no sea grande».

También el autor de *El patio andaluz* bebe en su vaso, que no es sino la tallada, la elegante caña de manzanilla.

GABRIEL RUIZ DE ALMODÓVAR

Granada, Junio, 1891.

NOTA.—Mucho tiempo después de publicado este estudio, le hizo algunas correcciones su autor, que no alteran su esencia.—*(N. del E.)*

Cantos de la Vendimia.

Á MISA

I

—Escucha, Teresa, ¿has visto mi faja?
—¿Qué faja?
—La nueva con fleco de grana.
—¿La de los domingos? metida en el arca.
—Sácala, Teresa, y de paso saca
el justillo verde, el calzón de pana,
la chaqueta negra con cinta rizada.
—¿Dónde vas, Antonio?
—Voy á misa, hermana,
que ya el campanario su repique lanza.
—¿A misa, ó á *verla?*
—Si va, cosa es llana,
si en misa la encuentro tendré que mirarla.
—Tú vas por Inesa.
—No voy por su causa.
—Irás á que saque la jeta de á cuarta
y á que otra vez, tonto, desprecio te jaga;
si yo en tu pellejo me viera, ¡caramba!
desprecio ninguno me haría la ingrata.
—¡Si tu fueras hombre, sintieras el ansia
que yo siento y sufro mirando su cara!
—Porque eres un tonto, un cándido... Agacha,
que no puedo «asine» sacarte la raya.
—Del cuello bordado de flores y tablas,
los cinco botones abróchame, hermana.
—Abrócholos todos, y tengo tal rabia
que ¡Dios me perdone! con ellos te ahogara.
—Tan prietos los pones que poco le falta.
—Anda, y que la necia se ría en tus barbas;
anda, y que atraviese con rumbo la plaza,
moviendo su cuerpo vestido de galas,
sin dar á tu pena los ojos ni el habla.
—Quizás se conduela.
—No esperes su gracia,
más duro es su pecho que dura montaña.
—Vivir sin quererla no puede mi alma.
—Toma la chaqueta, allí están las calzas,
de aquellos claveles el más vivo arranca,
y tras de la oreja con tino lo engarza;
recoge el pañuelo, despliega la faja,
y ve á que esa necia se mofe en tu cara.
Y mientras bufando de cólera y rabia
Teresa masculla confusas palabras,
el hércules ciñe su cuerpo de galas
de Inesa, que adora, soñando en las gracias.

II

La plaza está llena de luz y alegría,
dan sendos repiques la gorda y la chica,
todo se enmaraña, todo se combina,
voces y campanas, pregones y risas.
Por el cauce de hombres que forman dos filas,
pasan las mozuelas puestas de mantillas,
y esencia de nardos y salvia exquisita
llevan en la veste galana prendida.
Salados requiebros al paso les tiran
que llenan de rosas sus puras mejillas,
y al suelo bajando turbadas la vista
el paso menudo ligeras repican.
—¡Olé mi morena!—¡Olé mi chiquilla!
—¡Que pase la gloria humana y divina!
Y mientras galantes los labios suspiran
y es todo un contagio de franca alegría,
vése allá á la Inesa por la calle arriba
que cadereando viene á oir la misa.
Con muchos más mozos se aprietan las filas
y entrar en la plaza gozosos la miran.
Al llegar al hombre que amante suspira,
él, la capa echando al suelo que pisa,
dícele—«¡mis labios la capa serían!»
y ella solamente respóndele—«¡quita!»
El duro desprecio de la diosa altiva
al mozo de pena le roba la vista,
y el hércules siente que la frase esquiva
del alma doliente destroza las fibras.

III

Se alumbra la iglesia con luces de gloria,
flota el incensario en nubes de aromas,
la gente apiñada contempla piadosa
el misal abierto, las flores hermosas,
y el altar brillante con sus luces rojas.
Nada hay que del mozo la tristeza rompa,
ni triunfal repique, ni sagradas Formas;
de un ángulo triste metido en la sombra,
parece que escucha, pero sólo llora.
Ante sus pupilas, como el agua entolda
el cristal brillante, la misa se borra.
Lacrimosos mira colores y notas,
dorados y luces, mantillas y ropas.
Cual si descendiera del templo la bóveda
sobre su cabeza, su sér se desploma.
El hércules rinde su firmeza toda
ante una palabra que el cielo le roba,
y fundiendo el bronce en lágrimas sordas,
echada en las manos la faz, llora, llora...

LA RIÑA

Por un moral gigante
que oculta un breve nido,
van á rastra-barriga
subiendo dos chiquillos.
Cada rapaz alegre
de una flauta provisto
parece que á dar música
sube al frondoso sitio.
Dejándose en girones
los trajes suspendidos
de la corteza tosca
y de los tallos rígidos,
ocupan fatigados
el tronco, dividido
en dos inmensas ramas
que dan á opuestos sitios.
—Oye, ¡si me encontrase
en el cogollo un nido!—
dice el rapaz más grande
al sátrapa más chico.
—¿Me lo darías?
—¿Darlo?
¡si acaso dos *metidos!*
—Es que sabes la fuerza
que tienen mis nudillos.
—Y yo tengo, ¡caramba!
más maña, y es lo mismo.
—En fin, toca si quieres
en tu horroroso pito,
yo tocaré en mi flauta
y déjate de nidos.
Y una maraña empieza
de rumores melífluos,
de escalas desacordes,
y notas, y sonidos.
—¡Eh, Miguel, mira, mira!—
exclama Ginesillo.
—¿Qué?
—Mira aquella rama.
—Y ¿qué hay en ella?
—¡Un nido!
—¡Verdad; quítate, deja!
—No he de dejar mi sitio;
antes la rama alcance
aquel que ande más listo.
Y empieza una carrera
de saltos y de brincos,
en que el moral desgaja
sus tallos quebradizos.
Por dos diversos lados
llegan á un tiempo mismo

al nido primoroso
de dos aves asilo.
Echa Miguel la mano
y échala Ginesillo,
y dos sendos cachetes
se dan en los carrillos.
—¡Suelta, maldito, suelta!
—¡No toques en el nido!
—¡Mira que te echo al suelo!
—¡Mira que te derribo!
Y armándose las manos
de frutos encendidos,
furiosos refregones
se dan ambos chiquillos.
Como si echaran sangre
por boca y por oídos,
prosigue la pelea
de los rapaces vivos.
Con un ramo de moras
da el uno al otro chico
por cuello y por orejas,
por ojos y carrillos.
El otro se defiende,
y en medio del peligro,
convierte en rojo mapa
la faz de su enemigo.
Hartos de pescozones,
echado al suelo el nido,
los trajes hechos trizas
y ardiendo en saña y brío,
al suelo de dos saltos
bajan los dos caudillos
y empiezan de cachetes
un más largo capítulo.
Cuando con más coraje
se zumban los hocicos,
tras el bardal cercano
les da el guarda un aviso.
Suspéndese la lucha,
habla el medroso instinto,
y antes que el guarda llegue
se alejan los chiquillos.

LA CANCIÓN DEL VINAGRE

Así dicen los átomos del odre en lo más hondo:
—Yo hiervo voltëando en el oscuro fondo
donde la espuma hierve cual agua de arcaduz;
mi fermentar ardiente, de la vendimia amena
canta con himno leve la rumorosa escena
que el sol caliginoso incendia con su luz.

Otra burbuja dice:—En la uva deliciosa
que chupa y saborea la abeja laboriosa

bebí la esencia pura del rico moscatel;
caigo en el plato rudo de tosquedad de jarra,
y floto en el gazpacho bajo la verde parra
que como palio abierto me sirve de dosel.

Otro átomo susurra:—Yo canto los amores
que nacen bajo el toldo de pámpanas y flores
entre labriegos rudos que se aman con pasión;
y escucho á la cigarra, de cuya lira rota
hiende la siesta de oro la soñolienta nota
que en cálidos anhelos enciende el corazón.

—Mi voz canta á las playas—otra burbuja entona—
cuando en la mar inquieta pliega su enjuta lona
la nave, con los palos trazando móvil cruz;
y miro los barqueros que tiran de la tralla,
prendiendo los pescados en la salobre malla
que enseñan las espumas al cándido trasluz.

—Yo sueño con el corro de fiesta bulliciosa
cuando el candil derrama su claridad dudosa
y canta una serrana de cuello de marfil,
y cuando en el fandango que tejen las mozuelas
resuenan las etruscas alegres castañuelas
al són del punteado arábigo y gentil.

—Yo de la higuera ardiente dormí en el recio tronco.
—Yo en la flotante parra.—Yo en el ceporro bronco.
—Yo en el racimo claro de perlas y coral.
Y todas las burbujas con furia volteando,
allá en el odre oscuro agítanse cantando
de la vendimia el himno magnífico y triunfal.

En tanto que las pasas retuestan los paseros,
baja cual chorro de oro el trigo á los graneros,
adorna la tijera el lecho con ardid;
y en el lagar de piedra donde se estruja el mosto,
bailan los hombres rudos el baile del Agosto
ceñidos con las pámpanas de la frondosa vid.

LA MARIPOSA

Vuela, vuela, vuela,
mariposa loca,
párate en las flores,
párate en las hojas.

Por el golfo de oro
de la ardiente atmósfera,
resbala trazando
figuras ilógicas.

Hélices del viento
son tus alas prontas,
que reman en mares
de lirios y rosas.

Polvo de colores
tu túnica entolda,
y el sol con sus hilos
la teje y la borda.

Párate en las flores,
párate en las hojas,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

* * *

De la pasionaria
bella y dolorosa,
pósate en los clavos
que el cáliz adornan.

Salta á los martillos
poblados de aljófar
que hay de la azucena
en la blanca copa.

Vuela á los jazmines
que en la reja asoman,
y sobre ellos tiende
tus alas sedosas.

De la campanilla
entra en la corola,
y en su azul columpio
mécete gozosa.

Pasa resbalando
por las zarzamoras,
salva las espinas
y toca las hojas.

Tiembla en los claveles,
titila en las rosas,
palpita en las juncias
y en los lirios flota.

Gira, corre, pasa
por las flores todas;
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

* * *

Cuida que en sus hilos
las arañas toscas,
no enreden tus alas
de piedras preciosas.

Cuida que las manos
que á prenderte corran,
no toquen el polvo
que tu cuerpo dora.

Cuida cuando cruces
por la bella obra
del pintor brillante,
que el pincel te coja.

Cuida no te encienda
la luz que devora,
no te pille el pájaro,
ni el aire te rompa.

Gira siempre rauda,
cruza siempre airosa,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

* * *

De la luz prodigio,
tus alas vistosas
se mueven y giran,
se alejan y tornan.

Flor-nave, te internas
del sol por las ondas,
y en ráfagas de oro
te pierdes y engolfas.

En tu cuerpo llevas
un himno de notas
doradas y azules,
moradas y rojas.

Si las alas juntas,
espíritu toda,
nada en el espacio
ocupa tu forma,

La luz te ha tejido
de sedas hermosas,
y la fantasía
tiene en ti su gloria.

Arte por el arte,
tu tendencia sola
es ser bella y pura,
es ser mariposa.

Gira, corre, pasa
por las flores todas;
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

RÍE QUE RÍE

Ríe que ríe; la rosa
en el capullo plegada,
se asoma leve riendo
por el botón de esmeralda.

Ríe que ríe; en el lirio
vierte la risa sus gracias,
y de la flor las despliega
sobre la copa morada.

Ríe que ríe; en el vivo
clavel de encendidas llamas
revienta alegre la risa
en explosiones de grana.

Ríe que ríe; mirando
perderse á dos tras las ramas...
¡suelta su risa á torrentes
la boca de la granada!

LA MARGARITA

Entre las flores del campo
tú puedes ser la gitana,
margarita primorosa,
margarita dedicada.

En torno al botón de oro
abierta está tu baraja,
que brindas á los que sufren
y tiendes á los que aman.

En la soledad del campo
la pura virgen te arranca,
y te cuenta sus suspiros
y te consulta sus ansias.

—¿Me ama?—pregunta á una hoja,
y á otra dice: «¿O no me ama?»
Y así recorre indecisa
una por una las cartas.

El mozo á quien no responde
el fuego de una mirada,
te hace en la naturaleza
horóscopo de su alma.

De tu lenguaje florido
pendiente está su esperanza,
y toma por evangelio
las hojas de tu baraja.

¿Quién no ha consultado ansioso,
¡oh margarita! tus cartas?
¿A quién tu buenaventura
no ha hecho verter una lágrima?

En el valle donde creces
despliega á la luz tus gracias
y guarda bien el misterio
que te da ciencia tan alta.

Margarita primorosa,
margarita delicada,
entre las flores del campo
tú puedes ser la gitana.

LAS GOTAS DE AGUA

Caen en el frágil yunque del manantial sonoro
las gotas como breves martillos de cristal;
para labrar la estatua gentil de la poesía
los trémulos buriles unos tras otros dan.

En las doradas horas de la callada siesta
labran su blanco seno, sagrario del amor,
y forman de sus labios en el botón risueño
el beso impetüoso que engendra la pasión.

Cincelan por la tarde sus lánguidas pestañas
como un dorado velo de misteriosa luz,
y ponen fugitivos temblores y desmayos
en sus pupilas hondas de entonación azul.

Bruñida su tez pálida con nieve de la luna,
cuando despierta el alba las hojas del clavel,
la gota que resbala como un buril de perlas
esculpe entre sus labios la risa del placer.

Caen en el frágil yunque del manantial sonoro
las gotas como breves martillos de cristal;
para labrar la estatua gentil de la poesía,
los trémulos buriles unos tras otros dan.

COLLAR

Como granos de rubíes
de encendidas y de hermosas,
entre las uvas sabrosas
son las uvas *marbellíes*.

No es su entonación trigueña
cual la del grano vistoso
lleno de jugo sabroso
que da la pasa *rondeña*.

Más luminosas y ufanas,
en ellas juntos se ven
el jugo *Perojimén*
y el de las cepas *tempranas*.

No sé si de *bello mar*
viene el nombre peregrino,
tomando del mar divino
que va *Marbella* á besar;

pero sé que los rubíes
son entre piedras hermosos,
como entre frutos sabrosos
son las uvas *marbellíes*.

Á las nobles *moscateles*
vencen en limpios cristales,
en tamaño á las *parrales*
y en color á las *cabrieles*.

Es mi fruto favorito
y mejor el labio moja
que la uva dulce *de Loja*
y el *corazón de cabrito*.

Ninguno ofrece los bienes
que él, entre finos manjares;
no valen uvas *mollares*,
doradillas, ni *lairenes*.

Lo digo; son los rubíes
entre las piedras hermosos,
como entre frutos sabrosos
son las uvas *marbellíes*.

PERSPECTIVA

Tasara está ceñida de parras y de flores
y da sobre las vistas de Málaga y del mar.
Peñón del oro un tiempo llamóse, y *Miraflores*,
y nada hay más hermoso que puédase mirar.

La vid frondosa y bella que cuaja perlas de oro
la cerca con paisajes bañados de esplendor,
y como alegres flautas en delicado coro
cantan las verdes cañas sus églogas de amor.

Abre la egregia cola junto á la vieja cerca,
mostrando sus cien plumas, el libre pavo real,
y el grueso caño tiende sobre la grande alberca
radiantes cortinajes de luz y de cristal.

En la bodega noble donde en tiniebla suma
escalan los toneles el negro paredón,
señala el vino nuevo con su canción de espuma
su anhelo generoso y arranque de pasión.

Se aventa en la era ardiente la parva luminosa
que flota en chispas vagas como un llover de luz,
colúmpiase en la rama la jarra lacrimosa,
y el toldo de hojas forma el nimbo de un capuz.

Cubren los altos muros fresquísimos parrales
con uvas como el ámbar en bella confusión,
y al huerto y á la fuente conducen los rosales
abriéndose en hileras como una procesión.

Sobre el paisaje alegre, lleno de luz dorada,
la atmósfera se extiende como un inmenso tul,
y Málaga parece una ciudad bordada
con torres y alminares sobre la mar azul.

¡Oh asilo delicioso! ¡oh mágica vivienda
en donde vive y crece mi afecto familiar!
feliz tú que te elevas como una blanca tienda
sobre los patrios montes y junto al patrio hogar.

Cuando en la corte vana recuerdo tu hermosura
quisiera de tus campos gozar el esplendor,
bañarme de tus noches en la fragancia pura
y acariciar mi oído con tu ideal rumor.

Por donde voy, me sigue como memoria tierna
tu imagen, que en mi pecho conduzco en un altar,
¡y mi cerebro canta como una estrofa eterna
el coro que tus árboles entonan á la mar!

EL RUIDO DE LOS ÉLITROS

Se dió en los lagares descanso á los cuerpos,
se echaron los toldos de tablas y lienzos,
apagóse, mustio, el sol en los cerros
y alzan en el campo, su ruido los élitros.

Ya del muerto día no brilla un reflejo,
lanzan las esquilas rumor soñoliento,
se van difumando peñascos, senderos,
cascadas y ríos, laderas y huertos.

Tras de los vallados medrosos y negros
zarzalea el büho y exhala su acento,
el sapo remueve su viscoso cuerpo
y tijeretean los leves insectos.

Todo toma visos de imposible sueño,
las cosas varían de forma y de aspecto,
la sombra es más densa, y todo está lleno
de rumor vibrante de confusos élitros.

* * *

Sobre la veleta de oxidado hierro
un duende parece que agita su cuerpo,
ronda el campanario con torcido sesgo
deforme aguilucho de plumaje negro.

En las rotas tapias del casuco austero,
los seres extraños que agítanse dentro,
las grietas ocupan, espantos fingiendo,
y hacen gestos mudos y carnavalescos.

Las hondas cañadas se pueblan de espectros
que van la hojarasca ruidosa moviendo,
y en el aire flotan y nadan revueltos
los medrosos ruidos de los broncos élitros

* * *

Las cosas del día que encerró el cerebro
aleja y disloca confuso el recuerdo;
de lejana fecha parecen remedo,
algo de otra vida, algo de otro tiempo.

Á esa hora levantan las fuentes sus rezos
y es la en que se queja más triste el enfermo,
midiendo, abrazado con ansia á su cuerpo,
de la obscura noche lo largo y lo eterno.

Las voces que exhalan los errantes perros
de lo lejos vienen cual débiles ecos,
y aturde el oído el vago concierto
y el vibrar constante de los broncos élitros.

* * *

Allá en las estancias del palacio viejo
cruje el maderamen de los altos techos,
y en la vidriera sin luz ni reflejos
pica atolondrado el pájaro ciego.

La noche diabólica sus raros misterios
pasea en desfile macábrico y negro,
y la extraña danza de cosas y sueños
prosigue al confuso rumor de los élitros.

LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,
y baile al són de tu cantar la mosca,
que ya la sierpe en el zarzal se enrosca
y lacia extiende su verdor la parra.

Desde la yedra que á la vid se agarra
y en su cortina espléndida te embosca,
recuerda el caño de la fuente tosca
y el combo muro de la fresca jarra.

No consientan tus élitros fatiga,
canta del campo el productivo costo,
ébria de sol y del trabajo amiga.

Canta, y excita el inflamado Agosto
á dar el grano de la rubia espiga
y el chorro turbio del ardiente mosto.

DESPOSORIO

Llena la sién de espigas y de rosas,
del rojo sol eterna apasionada,
la tierra, ruborosa desposada,
con él celebra dichas amorosas.

Ante el altar las manos temblorosas
enlaza la pareja emocionada,
y murmuran el *sí* con voz alada
céfiros y divinas mariposas.

De entre las galas de la ardiente esfera,
un himno hasta los cielos solitarios
todo exhala vibrando por doquiera.

Y entre el gemir de los acentos varios,
ondula la flotante enredadera
meciendo sus azules incensarios.

LA FIESTA

¿Qué cuadro es el que cubre
la fértil enramada
en cuyas frescas hojas
el aire ríe y canta?

¿Acaso de Penélope
junto á la rica estancia
los pretendientes bellos
hacen errar la crátera?

¿De Ulises en ausencia
beben, comen y bailan,
mientras la tela dócil
teje la esposa casta?

¿Qué gritos de alegría
arrojan las gargantas
por donde pasa el vino
en bocanadas áureas?

Al engendrar la risa
los tórax se dilatan,
mostrando el torso rudo
de sólidas estatuas.

Hay en los pechos brío,
amor en las palabras,
en el ambiente fuego
y en las pupilas ansias.

¿Quiénes son los que alegres
forman la fiesta clásica?
¿Griegos? No, campesinos
de la graciosa Málaga,

que en vez de fiesta griega
como en la Odisea magna
describe el grande Homero,
celebran viva zambra.

Se dió ya en los paseros
de mano á la jornada,
y el baile de la tierra
despliega luz y gracia.

Un mozo como un bronce
puntea y enmaraña

sus dedos en las cuerdas
de artística guitarra.

Otro los roncos crótalos
suena á compás que estallan
los de la linda moza
que á su presencia baila.

Otra mozuela entona
rondeñas y murcianas,
y todos los restantes
á coro baten palmas.

Cuando una copla empieza
otro cantar acaba,
no hay punto de reposo
y ríe el que no habla.

Todo en redor se agita
de la aceitosa llama
que da el candil haciendo
de mortecina lámpara.

Y rebosando vino,
de labio en labio pasa,
en vez del vaso griego,
la primorosa jarra.

LA CHUMBERA

Los verdes chumbos abren
sus flores amarillas
sobre corteza armada
de débiles espinas.

En derredor la abeja
su leve trompa vibra,
y círculos describe
con alas fugitivas.

De pronto sobre un pétalo
detiene su codicia,
callando el són agudo
de su campestre lira.

Intérnase en el cáliz,
copa que mieles brinda,
tras la que leve mana
en gota dulce y tibia.

Gozosa brujulea
dentro la flor amiga,

y duende de sus hojas,
las gusta y examina.

En esto, un niño alegre
que al cáliz se aproxima,
tras el chupón meloso
los dedos encamina.

La abeja que los siente,
el aguijón enristra,
y el índice de rosa
clava zumbado en ira.

Gime el rapaz goloso,
y nublas sus pupilas,
la mar, la tierra, el cielo,
tras de su llanto mira.

LOS HILOS DE ARAÑA

Sus toscos telares tienden las arañas
desde las chumberas á las cornicabras.

En la red brillante de hebras platëadas,
las moscas cerdean cautivas sus alas,
y el vampiro horrendo que su cuello clava,
de la sangre chupa hasta verla exhausta.

El nidal de nieve que los hilos atan,
el capullo enseña del ovario estancia;
millares germinan en su tela blanca
de arañas que prontas tejerán su randa.

Los niños recogen las fofas crisálidas
rompiendo el tejido con palos y cañas,
y abren el capullo que el misterio guarda,
y un tropel se agita de breves arañas.

En la siesta de oro ocupan su malla
las patas abiertas, colgando la panza,
columpio á su cuerpo haciendo las zancas
y abiertos los ojos que vivos irradian.

Del insecto leve que su nota lanza
miran si la trompa se enreda en la gasa,
y cuando los vuelos á las hebras ata,
corren por el lienzo á coger la caza.

En los hilos tenues la luz se derrama
y engendra matices y líneas doradas,
destellos pajizos por púrpura cambia,
por blancos carmines y verdes por grana.

En su tela agrupa la flotante hamaca
los bellos colores del vívido nácar;
y si el toldo tiembla, la luz por él pasa
rubí, perla y oro, azul, rosa y ámbar.

EN LOS OLIVARES

—¿Qué haces, linda Rosa,
sola en este sitio?
¿Qué hace aquí la reina
del cariño mío?
Cara más preciosa
nadie la ha tenido;
talle más cenceño
no lo muestra un lirio.
Nadie me convence
de que tus hechizos
en una pintura
yo no los he visto.
¡Vaya una garganta!
¡Vaya un pie bonito!
los ojos ¡qué grandes!
los dientes ¡qué chicos!
Celos de mirarte
tengo en este sitio.
—¿De veras?
—De veras,
por eso lo digo.
—Pues estoy mirando
la flor del olivo.

—De los olivares
en lo apartadito
un secreto, Rosa,
dejara en tu oído.
—Me da mucho miedo.
—En yendo conmigo...
—De los espantajos
menos me confío.
—¡Válgame Dios, niña,
cuánto gesto esquivo!
Sabes que estoy siempre
soñando contigo;
sabes que si aliento,
sabes que si vivo,
es porque te adoro,
es porque te miro.
—Y ¿qué es lo que quieres
decir á mi oído?
—Se llama el secreto
la flor del olivo.

—Toma de él un ramo,
Rosa, bien bonito;

póntelo en el pelo
en recuerdo mío.
—Mejor en la boca,
que en ella cogido,
así, entre los dientes,
le daré martirio.
—Como haces, ingrata,
como haces conmigo.
¡Ignora tu pecho,
que por él suspiro!
Pero yo te juro
por lo más divino,
Rosa de mi alma,
luz de mi albedrío,
que gustoso fuera
por tocar lo lindo
de tus labios frescos,
la flor del olivo.

—Una verdad nunca
los tuyos han dicho;
tú eres como todos,
logro, y luego olvido.
—Que me enclaven, Rosa,
lo mesmo que á Cristo,
si entera mi alma
en ti no la fío.
Así de tu boca
gustara lo fino
como que te guardo
mi entero cariño.
Deja darte un beso.
—¿Un beso me has dicho?
¡anda allá, goloso,
y límpiate el pico!
La flor que se arranca
del tallo nativo
jamás logró luego
volver á su sitio.
—¿No te doy el beso?
—¿Qué has de dar, inícuo?
cuando eche canela
la flor del olivo.

—¿Y si yo lo pongo?
—¡Apártate, ó grito!
—Déjame que acabe;
si lo pongo, digo,
no en tu fresca boca,
no en tus labios finos,
no en tu cuello blanco,
ni en tus negros rizos;
si yo pongo el beso
con dulce cariño

sin rozar el nácar
de tu rostro lindo,
sin tocar tu cuerpo,
sin ajar tu hechizo.
—¿Cómo entonces?
—¿Cómo?
pues es muy sencillo,
besando en tu boca
la flor del olivo.

—¡Graciosa ocurrencia!
—¿Lo quieres? insisto.
—Si fuese algo cierto
de cuanto me has dicho...
—¿Dudas que te adoro
igual que á Dios mismo?
—Si en mí no has de darlo,
el caso es distinto,
porque es la que besas
la flor del olivo.

—¿Consientes?
—Consiento,
pero es si sumiso
ante el cielo juras
casarte conmigo.
—¡Lo juro!... Ahora toma
un beso, tres, cinco...
Besos he de darte,
besos de cariño,
que al cuello te dejen
collares prendidos.
Cuenta, Rosa, cuenta,
uno, dos, tres, cinco...
. . . . . .
En cuanto á casarme,
me uniré contigo...
cuando eche cancla
la flor del olivo.

«CANDILAZO»

Por la erguida cresta de negra montaña
viene la tormenta ceñuda y airada;
le antecede el viento que dobla las cañas,
cimbrea los juncos y agita las parras.

Chispazos de lluvia vibrando se clavan
en el suelo ansioso de frescura y agua;
las tejas repican con voces cascadas,
y dan las veletas sus notas metálicas.

El duro granizo extiende y desata
de cables tendidos la sábana blanca,

y las fuertes cuentas rebotan y saltan
en árboles, piedras, paseros y casas.

Del plátano verde por las hojas anchas,
alzan los granizos sonoras escalas;
la parra es un tímpano que vibra y que encanta,
el sauce una lira y el álamo un arpa.

Las voces de auxilio que tristes se exhalan,
en ruido de vientos perdidas cabalgan;
deshecho su idilio, los pastores vagan
tras de sus dispersos rebaños de cabras.

Es todo un lamento, un llover de lágrimas,
batallan los vientos con la fuerza humana,
y la luz funesta del trágico drama
es la del relámpago que lívido pasa.

* * *

De la lluvia luego, pacífica y mansa,
el eco uniforme resuena en las ramas;
el iris brillante que enciende sus bandas
con arco de triunfo los cielos escala.

Brilla el *candilazo* en huertas, montañas,
collados y ríos, laderas y playas;
la mar resplandece á fuego dorada;
los lagos son oro, las crestas son llamas.

Muestra el horizonte candelas de grana;
el cielo se incendia; los montes se abrasan;
destellan las fuentes, y en ellas igualan
corales las piedras, rubíes las aguas.

* * *

Cuando lejos suena la recia tronada,
entre el *candilazo* que todo lo inflama,
sobre los granizos los niños se agarran
para hollar la alfombra de perlas nevadas.

LA CLUECA

Todo en la siesta
se rinde al sueño,
menos las mozas
en los paseros;

menos las mozas
y los polluelos,
que de la clueca
forman cortejo.

De los tejados
por los aleros,
de los chocines
bajo los techos,

entre las uvas
de claro seno,
y por las pasas
y los fruteros,

la avispa, el tábano
la mosca, el terco
sutil mosquito
de leve cuerpo,

todo lo llenan
de varios ecos,
de alas vibrantes
y abejorreos.

Quieto el canario,
mira suspenso
del campo verde
la luz y el fuego.

La vid compone
con sus sarmientos
mustia corona
de rostro ébrio.

Las madreselvas
mecen sus flecos
cabeceando
de dulce sueño.

De las paredes
en los extremos
las lacias rosas
se dan los pétalos.

Cansancio lúbrico
bate los pechos,
el campo duerme,
todo es silencio:

sólo la clueca
levanta un eco
llamando á veces
á sus polluelos.

* * *

La olla que hierve
con ritmo lento,
lanza á la vida
su canto eterno.

El perro enarca
su lomo crespo,
y al lobo imita
su desperezo.

Por la ventana
se ve á lo lejos
la tralla lenta
de los barqueros;

todos encorvan
el torso recio,
y tiran, tiran
del copo inmenso.

De entre las olas,
de tiempo en tiempo,
salobres átomos
conduce el viento.

Siguiendo el rumbo
del manijero
van las cuadrillas
á los paseros;

y cuando pasan,
van esparciendo
vigor robusto
y olor de cuerpos.

La siesta aviva
su fosco incendio,
y entra en los ojos
el blando sueño.

Las ramas tristes
penden cual velos,
el campo duerme,
todo es silencio;

sólo la clueca
levanta un eco
llamando á veces
á sus polluelos.

LA ZORRA

Es la medianoche,
los cortijos duermen,
olor á vendimia
inunda el ambiente.
Del campo los hombres
guardadores fieles

cerca de los frutos
sus camastros tienden.
Enseña la luna
su círculo leve,
que en el cielo claro
sereno se mece.
A lo lejos ladran
los hoscos lebreles
que en lóbrega ronda
las casas defienden.
Es la medianoche,
y empiezan alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

* * *

La zorra, que acecha
tras la mata verde,
escucha los ruidos
que del pueblo vienen.
Astuta y callada
del monte desciende
y pone el sigilo
en sus pasos leves.
Calles solitarias
y mudas paredes
encuentra en su marcha,
que apenas se siente.
Si algún eco triste
el aire conmueve,
su cuerpo azorado
cobarde estremece.
Ya mira la tapia
que el corral defiende,
antes examina,
duda, retrocede;
afronta el peligro,
y de un salto asciende
y cauta domina
los tapiales fuertes.
Blanquea la luna
los rojos claveles
que el fresco y ufano
corral embellecen.
En el pueblo todo
ni un ruido se siente,
su sueño profundo
el rústico duerme;
las rejas tan sólo
celebran alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

* * *

En largos renglones
las gallinas tejen
el hilo del sueño
fantástico y leve:
las crestas rojizas
bajo el ala meten,
y en el tosco palo
un pie las sostiene.
Del *serrallo* mudo
los lujosos reyes
los ojos abaten
y al sueño someten;
su túnica hermosa,
plegada aparece
como traje regio
tras fiesta solemne.
Nada el dormitorio
turba ni conmueve,
el reposo dulce
sus alas extiende;
las rejas tan sólo
celebran alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

* * *

De otro largo brinco
la zorra desciende,
y la leña cruje
al porrazo fuerte.
Temorosa un punto
su marcha detiene
y la puerta mira
que se cierra enfrente.
Luego, paso á paso,
medrosa se mueve,
y en el gallinero
callada se mete.
Nada en él al pronto
se escucha ni siente;
luego un cacareo
el silencio hiende;
después suena un eco
que el espanto acrece,
y cual si estallaran
tres mil cascabeles,
unos graves, otros
agudos y fuertes,
un estruendo surge
que el viento estremece,
cantos de agonía
y gritos de muerte.
Al inmenso ruido
ladran los lebreles,

los perros despiertan
al asno que duerme,
al dueño el pollino,
el amo á la gente,
y armados de trancas,
de filos que hieren,
los unos pistolas
mostrando valientes,
los otros trabucos
con carga de siete,
se lanzan los hombres
creyendo que vienen
ladrones en banda
á darles la muerte.
Del corral la puerta
á un empuje cede,
y se precipita
en medio la gente.
Más todo en vergüenza
y en risa fenece
viendo huir la zorra
con pisada leve,
que al trasluz enseña,
desde un caballete,
del hocico tosco,
dos aves pendientes.
Luego comentarios
sobre el caso vienen,
uno que vió zorras,
otro que vió duendes.
En tanto en las rejas
prosiguen alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

LA COLMENA

En su cláustro obscuro
poblado de celdas,
igual que las monjas
viven las abejas.
—Hermana querida—
exclama una de ellas—
permitid que salga,
que hay una azucena
esperando darme
no sé qué fineza.
—Pase—le responde
la hermana portera.
—En un huerto lindo—
exclama otra abeja,—
un lirio me aguarda
muerto de impaciencia.

—Pase, hermana, pase—
repite la vieja.
—Derramando olores
en una maceta,
me espera una rosa
á la luz abierta.
—Salga, hermana, salga,
y que pronto vuelva.
—A un clavel brillante
que un jardín recrea,
arreglarle tengo,
hermana portera,
pistilos y estambres
que ansiosos se enredan.
—¡Qué escándalo, hermana!
¡Jesús, qué vergüenza!
Vaya, y que termine
la amante contienda.
—A una margarita
que la muy parlera
ha echado las cartas
á una niña bella,
y la niña llora
contraria respuesta,
tengo que ir á darle
una reprimenda.
—Pase, hermana mía,
¡Dios me dé paciencia!
—Hay una magnolia
con aire de reina,
que el viento en su tallo
meloso cimbrea;
su cáliz no tiene
las hojas abiertas,
y el sol para abrirlas
carece de fuerza.
¿Voy á abrirlo, hermana?
—¡Bendito Dios sea!
¡Válme Jesucristo!
¡que esto aquí suceda!
Ande la mundana
y abra lo que quiera.
—Me tiene citada
para echar la siesta
en su lindo seno
una madre-selva.
—¿Por fuerza han de oirse
estas desvergüenzas?
Vaya, y que aproveche.
Nada, es cosa hecha;
esta tarde misma
ceso de portera.

Así están las vírgenes
dentro de las celdas,
dentro de su cláustro,
con la diferencia
única y precisa
de que en la colmena,
unas monjas salen
y otras monjas entran.

LA CAJA DE PASAS

Rimando los racimos de almibaradas pasas
están los llenadores junto á las verdes cañas;
el lecho es una estrofa que la tijera labra
como una sabia lira de la armonía plástica.

En él unos renglones á otros renglones calcan,
un hemistiquio dulce á otro hemistiquio iguala;
informa una cadencia los lechos de la caja,
y en ella son iguales las rítmicas estancias.

Gozando de la sombra de la paterna casa
que abrazan los rosales y besan las campánulas,
¡cuántas labré de lechos estrofas delicadas
antes de componerlas de músicas palabras!

Acaso la armonía por eso me es innata;
acaso su cadencia por eso va en mi arpa,
porque rimé á la sombra de la paterna casa,
que abrazan los rosales y besan las campánulas

LAS SEMILLAS AÉREAS

¿Dónde vais flotando,
semillas errantes,
cruzando las ondas
movibles del aire?

¿Buscáis, peregrinas,
nacer en distantes
remotos países
que no ha visto nadie?

¿Qué flores conducen
vuestros senos frágiles?
¿lleváis negras hojas?
¿lleváis blancos cálices?

¿Pararéis el vuelo
sobre el mar flotante,
y veréis la flora
que en su fondo nace?

¿Daréis en los picos
ceñudos y graves
que á los montes ciñen
corona triunfante;

y allí de una piedra
en las rotas fauces
una flor no vista
abriréis al aire?

Cruzar con vosotras
quisiera los mares,
y ver otros cielos
de estrellas más grandes.

Quisiera en las peñas
altivas y audaces,
más amplias auroras
mirar desplegarse.

¿Qué flores conducen
vuestros senos frágiles?
¿lleváis negras hojas?
¿lleváis blancos cálices?

LOS RASTROJOS

Se extienden en el campo
los áridos rastrojos
como una tosca randa,
como un bordado tosco.
Anémicos reciben
el sol vivo y furioso,
mostrando de su vida
los míseros despojos.
Por esas rotas venas
que hinchó Mayo amoroso,
subieron las espigas
de gránulos de oro.

Entre sus verdes matas,
llamando al macho afónico,
lanzaron las perdices
sus cacareos roncos.
Las blancas margaritas
de pétalos vistosos,
cambiaron en la noche
sus íntimos coloquios.
Ellos, entre los tallos
que muestran al sol rojo,
labraban sus espigas
de gránulos de oro...

Congestionada y bella,
como un gentil adorno,
vistióles la amapola
con su sanguíneo tono.
Ya no se peina y riza
del aire al blando soplo
la superficie undívaga
con su rumor sonoro.
Ya al viento no saludan
con cabeceo airoso
las trémulas espigas
de gránulos de oro.

En ellas la hostia duerme
su sueño religioso,
y sueña con el cáliz,
que es su divino tronco.
Al primoroso estuche
prendieron los rastrojos
gotas de luz cuajadas
como rubíes rojos.
La escala fueron ellos
por donde Dios piadoso
subió hasta las espigas
en gránulos de oro.

LA SIESTA EN GRANADA

Granada, en la siesta, doblégase al sueño,
la vega se baña con olas de fuego,
la cal resplandece los muros tiñendo
y ofusca los ojos con brillo de incendio.

La luz, exaltada cual ojo epiléptico,
alumbra las casas, abrasa los huertos;
á plomo el sol hiere repisas y aleros,
y sombras dentadas dibuja en el suelo.

Del húmedo aljibe la pared cubriendo
teje el *culantrillo* su enredado velo,
y está, sibarita, el agua en su lecho,
como en blanda cama de cristal durmiendo.

La fuente del patio arábigo y fresco
con son uniforme recita su verso;
canción aprendida de vate agareno
que puso á las rimas *leyenda del sueño.*

Allá, en el paisaje dorado y espléndido,
los álamos cantan no sé qué misterios;
parece que amantes están repitiendo
de Bïón y Mosco los pasajes griegos.

Engarabitada sobre el muro viejo
la parra sacude sus pámpanos trémulos,
y su monocordio la cigarra hiriendo,
le dice al racimo: «madúrate presto.»

La limpia garrafa del hombro pendiendo,
y al cinto el estuche de anises repleto,
van los aguadores en tropel vendiendo
«*¡agua de la Alhambra, fresca como el hielo!*»

Los chumbos pajizos, panales abiertos
de tonos de ámbar y pétalos recios,
extienden sus flores por valles y cerros,
orlando las pencas de extraño arabesco.

Doquiera del agua se escuchan los ecos
que van resbalando por sitios secretos;
parece al oirlos el alma en suspenso
canción subterránea de gnomos y genios.

En el bello carmen de esplendor cubierto
detrás de la hoja se ampara el insecto,
jadea en el nido el pájaro inquieto,
y zumba la mosca pasando y viniendo.

La ciudad dormita su forzoso sueño,
relumbran las calles, se extinguen los ecos;
y entre el sol que abrasa canta un pregonero:
¡Sandías del Soto! ¡rojás, como el fuego!

LOS MURCIÉLAGOS

Pardos, rabicortos,
anguliquebrados,
amigos de ruínas
y de campanarios,
los libres murciélagos
salen de su cláustro
apenas la noche
invade los campos.

De las anchas huertas
sobre los naranjos
enlazan y enredan
sus vuelos extraños;
desde un tramo giran
hasta el otro tramo,
siempre describiendo
su trémulo raudo.

Los niños que acechan
atentos su paso,
las cañas agitan
en el libre espacio;

y si un *ave* horrenda
derriban al cabo.
juntan á los gritos
los locos aplausos.

Mitad ave extraña,
mitad monstruo infausto,
viven con los duendes,
hablan con los trasgos.
En sus toscas grietas
siempre solitarios,
el sol es su noche,
las sombras sus rayos.

En los viejos muros
de los campanarios,
las ánimas lentas
escuchan temblando;
y del retorcido
caracol colgados
miran los cordeles
pender oscilando.

De la obscura iglesia
por los negros arcos
extienden inquietos
su vuelo fantástico;
baten la corona
de los mudos santos,
y el polvo levantan
de los viejos cuadros.

Son de la lechuza
compañeros caros,
y del hosco büho
medrosos hermanos;
con ellos se pasan
la noche volando,
y al llegar el día
se van á su cláustro.

LA SEQUÍA

Secóse el agua en la fuente
y sobre el campo la yerba;
un espectro calcinado
finge la naturaleza.

El sol derrama su lumbre
sobre las áridas peñas,
y los pájaros se abrasan
cuando se posan en ellas.

Agostados los arroyos
muestran su cálida arena,
donde la yerba se extingue
apenas el sol la besa.

A la sombra de los juncos
que los cínifes rodean,
la anfibia rana se oculta
y con los estanques sueña.

Los gusarapos obscuros
en el fango brujulean,
y los sutiles gusanos
que se nutren de la tierra.

Los pájaros en las ramas
abiertos los picos muestran,
y hace *palpitar* sus plumas
su respiración ligera.

Una ancha mosca que imita
á la cantárida bella,
zumba en el fuego dorado
del sol que sus alas tuesta.

Alzan del suelo ardoroso
los carrizos sus cimeras,
sus secas puntas las cañas
y los espinos sus crestas.

De los perros calurosos
que jadeantes rastrean,
parecen, al sol sacadas,
de largo fuego las lenguas.

En las puntas de las torres
chasca el pico la cigüeña,
el avïón se rebulle
en su estrechísima grieta.

La mar que al fondo se extiende
irradia inmóvil y muerta,
y finge arenas de plata
porque el sol se tienda en ellas.

Entre su pelo metidas
las agujas de la media,
la vieja tiene acostada
en su pecho la cabeza.

Un incendio prolongado
abrasa el cielo y la tierra,
no hay una brisa en las ramas,
no hay en el mar una vela.

Sólo la mosca que imita
á la cantárida bella,
baila en el fuego dorado
del rubio sol que la tuesta.

EL GUSANO DE LUZ

Como una estrella lindo,
luciente como un áscua,
va con su luz acuestas
del cáliz á la pámpana.

En su invisible cuerpo
no puso Dios su gracia,
pero le dió luz propia
que de su sér es alma.

Brillante hermoso y vivo,
á su rival agravia
que en los salones regios
vive con luz prestada.

Luz con divino espíritu,
por los jardines vaga,
y estrella de las flores,
las dora con su llama.

Tiene por bello asilo
los cálices de nácar
que le abren amorosos
sus mágicas estancias.

Su ambiente es el aroma
de flores delicadas,
y encima de los pétalos
con ellos se embriaga.

Él los misterios sabe
que en cada flor se guardan,
por qué es azul el lirio
y la azucena blanca.

Él sabe los secretos
y las amantes ansias
que los pistilos dulces
á los estambres atan.

Él sabe por qué impulso
la rosa se desata
en series yuxtapuestas
de pétalos de grana.

Por qué el clavel destroza
su broche de esmeralda,

y en el jardín revienta
de orgullo y de arrogancia.

Las fiestas que las flores
forman antes del alba,
él las alumbra y dora
con su bujía clara.

É' en la obscura noche
por las tinieblas pasa,
llevando á los insectos
á su gentil morada;

al resplandor dudoso,
bellísimas irradian
de los alados seres
las clámides bordadas.

Rondando por las hojas
que en la pared se enlazan,
se baña en la azucena,
se mece en la campánula.

Guardián de los amores
y de sus noches lámpara,
bordea el arabesco
que ciñe la ventana.

Por la andaluza reja
deslízase y resbala,
como un beso de fuego
que á linda boca aguarda.

Ya en lento andar recorre
las espinosas zarzas,
ya sube á los mastranzos,
ya la chumbera escala.

Sus resplandores de oro
encienden las cañadas,
y las medrosas cuencas
llenan de luz fantástica.

Baña, luz misteriosa,
las noches de mi patria,
y sé de los amores
la cariñosa lámpara.

Bordando el arabesco
que ciñe la ventana,
báñate en la azucena,
mécete en la campánula.

FIN DE «CANTOS DE LA VENDIMIA»

LO QUE NO MUERE

Cayó en tierra la lira
y estallaron sus cuerdas armoniosas;
las que en el arte admira
de Grecia y Roma nuestra ansiosa mente
bellezas ideales,
como granos de efímera simiente
cayeron en desiertos arenales.
«¡Profanación, profanación!» resuena
por donde el alma, ansiosa de armonías,
tiende la vista de terrores llena.
Los antiguos altares,
por angulosas manos sacudidos
desgranaron sus muros y sillares;
y ya en vez de las arpas elocuentes
llenas de fe de los pasados días,
dilatando su bárbaro estampido
en la fragua que informe se levanta,
golpeando en el hierro enrojecido
el tremendo martillo es el que canta.

¿Labra engendros ó dioses? ¡Quién lo sabe!
De las tinieblas de la noche fría
á veces sale preludiando el ave;
pero está, ruiseñor la poësía,
mejor que junto al yunque que ennegrece
bebiendo luz en la región del día.

Cuando osado á la piedra arrebataba
el heleno cincel rayos brillantes
arrancando á lo informe la escultura,
de sus golpes el coro acompañaba,
como á tremenda lid himnos guerreros,
la lira que sublime resonaba
tocada por los Píndaros y Homeros.

Hoy que la estatua del moderno culto
labra el martillo sobre el yunque fuerte
y los clásicos moldes se quebrantan,
en el concierto que el horror entona,
¿quién coloca á la estatua su corona?
¿qué Homeros y qué Píndaros la cantan?

La culta estrofa, de lo antiguo pasmo;
la elaborada con buril de fuego;
la que provoca el vívido entusiasmo
y de la patria el sentimiento ciego;
la que narra las fiestas regaladas
de los dioses helénicos vencidos,
y halaga los oídos
en las noches de Roma bulliciosa,

cuando el festín, sus risas desatadas,
cantando libre y delirante coro,
brilla al estruendo de las copas de oro
bajo el techo de bóvedas doradas;
la estrofa añeja como rancio vino
de gotas por la luz hechas colores,
en que Horacio divino
como en gallardo búcaro de flores
hace brillar su ingenio peregrino;
la que de Mantua gime en los vergeles
cantada por las fuentes rumorosas
y repite el pastor enamorado
que congrega el ganado
en el idilio con dosel de rosas;
la que espléndida y bella se desliza
como á los hombros túnica sujeta,
es músculo y es nervio en que analiza
el sutil microscopio del poeta.

¿Qué se han hecho los dioses de otros días,
los dioses que las selvas custodiaron
y en las fuentes alzaron
palacios de cristal y melodías?
Ya no mira Narciso su belleza
en los espejos trémulos del lago,
ni atraviesa la gran naturaleza.
Diana al recorrer los horizontes
que el mar azul abraza,
no despierta los ecos en los montes
con sus trompas magníficas de caza.
Ya la flauta de Pan no se estremece
al dulce soplo de la blanda siesta,
ni la ninfa del bosque se recuesta
en el lecho del agua en que se mece...
En su concha de nácar irisada,
no piensa en el amor, adormecida,
Venus como una estatua cincelada,
ni le sigue la escolta divertida
de tritones cercando á las neréidas
de la playa sin fin entre la bruma,
cuando la ondina aparta los cristales
para sacar el pecho de la espuma.
Todo lo hermoso, lo que el pecho llena
de nobles resplandores,
roto ó volcado lo contempla el alma
por espíritus torpes en su vuelo,
que ambicionan tirar, porque son bellas,
del pabellón magnífico del cielo
para arrojar al suelo las estrellas.

Pero no basta á la razón ignara
su vil encono y superior destreza
para los dioses derribar del ara;
¡les sostiene la ley de la belleza!

No importan los discursos esplendentes
de frase como el número precisa;
á compás de sus sones elocuentes,
muertas de risa correrán las fuentes
y los vergeles morirán de risa.
Escuchando las cláusulas hermosas,
estará con el vuelo recogido
parado el aire en las abiertas rosas;
pero enojado del discurso vano
reprobará los párrafos ardientes
y apóstrofes de llamas,
levantando silbidos estridentes
en las hojas flotantes de las ramas.

– «¡Muere el ritmo!»—dirá la voz tronante
del orador, mostrando su entereza;
y el ritmo palpitante
seguirá la canción de las canciones;
¡la del amor, á coro levantada
por todos los ardientes corazones!

—«¡Muere el color!»—y desde el rosa leve
de la flor del almendro, flor primera
que tímida corona
la dulce primavera,
hasta la rosa de matiz brillante
y obscuro terciopelo,
la escala de las tintas y colores
vibrará como canto sin sonidos,
y formará explosiones ideales
de tonos verdes, claros y encendidos.

—«¡Muere la nota!»—en el feraz ramaje
que rodea las cunas de los nidos
de verde cortinaje,
ora sonando el canto que en la siesta
de los gárrulos pájaros se exhala;
ora en la tarde al comenzar su fiesta
formando el ruiseñor plácida escala
que es dulce voz de la nocturna orquesta,
ya imitando el canario en los hechizos
de su reir sonoro
rumores de granizos
en cálices de oro;
cuanto insecto á la luz zumba su nota
lanzando breve y prolongado grito,
y cuanto dice el céfiro á las flores,
llenarán el pentágrama infinito
de preludios, arpegios y rumores.

¡No muere, no, la santa poësía!
Mientras conserven lágrimas los ojos
y el humano cerebro fantasía;
mientras la cuna que columpia al niño

como al nido de pájaros la rama,
se corone de besos y cariño
como de chispas la radiante llama;
mientras haya unos ojos que nos miren
con promesas de amor puras y hermosas,
y en los blancos capullos donde giren
las crisálidas tiemblen y suspiren
por volverse doradas mariposas;
mientras forjando nubes de colores
el crepúsculo triste y angustiado
haga entreabrir los labios al suspiro,
y el resplandor que en los espacios arde
dibuje entre las nieblas de la tarde
rotondas de oro y templos de zafiro;
mientras haya una flor que guarde el beso
de las luces del sol, y un niño cante,
y un ósculo nos dé madre querida,
y haga el dolor de la existencia mofa,
entonará, como al surgir la vida,
el Universo su inmortal estrofa.

¡Mirad la cuesta del esfuerzo humano!
Por las agrias veredas que conducen
á su cima inmortal, del hondo llano,
sobre cráneos y lúgubres escombros
de anteriores ejércitos señales,
buscando ansiosas las triunfantes palmas
con su mundo de anhelos en los hombros
Sísifos del dolor suben las almas.

En la cima elevada, genios, reyes,
celebrados poetas y pintores,
sabios artistas y apiñadas greyes,
la sién ceñida de inmortales flores,
os guardan la victoria
y el puesto merecido y señalado
que alcanza el fatigado
paso que lleva á la brillante gloria.

¡Sísifos de lo bello! nada arredra
la fe que al triunfo aspira:
¡arriba con la piedra!
¡arriba con la lira!

MÁLAGA

CANTO POPULAR

Málaga es «inglesa» y mora
á la vez que es andaluza;
Guadalmedina la cruza
y el Puerto la condecora;

Gibralfaro la avalora
y la Caleta sin par;
la emblanquece su azahar
y la dora su alegría;
en su torre se abre el día
y á sus pies se rompe el mar.

Esa es Málaga la bella
paraíso en que nací;
entre sus luces viví
y mi sér formóse en ella.
Dios quiso al crear mi estrella
darme la vida en su ambiente,
y llevo fijo en mi mente
su nombre que tanto quiero,
cual si llevara un lucero
en la mitad de la frente.

Allá van sus pescadores
con los obscuros bombachos
columpiando los cenachos
con los brazos cimbradores.
Del pregón á los clamores
hinchan las venas del cuello;
y en cada pescado bello
se ve una escama distinta,
en cada escama una tinta
y en cada tinta un destello.

Clavadas en penca verde
van las «biznagas» fragantes,
cuyas esencias flotantes
la brisa en sus ondas pierde.
No hay alma que no recuerde
de esa flor el movimiento;
la mujer mueve al son lento
la penca con sus olores,
la penca mueve las flores
y los jazmines el viento.

Ved allá la bailarina
con sus vueltas caprichosas;
sus pies, cual dos mariposas,
en raudos juegos combina.
Parece en la gasa fina
una espiral de arrebol,
un flotante caracol,
una sierpe que circula,
y un remolino que ondula
como una tromba de sol.

Acá y allá entremezclados
se oyen pregones á miles
con sus gorgeos gentiles
por música combinados.

Llena los aires dorados
un concertante sonoro,
y la ciudad canta á coro
su malagueña fermata,
por mil registros de plata
y mil registros de oro.

El lenguaje alegre y fresco
cual leve cinta se enreda
lo mismo que hacerlo pueda
el más flexible arabesco.
Es un hablar pintoresco
todo calados y cruces.
¡abalorios andaluces
hechos de escalas distintas,
que á veces rompen en tintas,
y á veces rompen en luces!

Oíd también su guitarra:
ella es la musa española
con su seno de manola
y su cintura de jarra.
Bajo el verdor de la parra
da á la brisa este cantar:
Llevo en el alma un pesar
del que tengo que morir;
ni se quita con reir,
ni se quita con llorar.

La enredadera guarnece
la reja, de que es esclava,
donde se «pela la pava»
hasta que el día amanece.
Detrás un rostro florece
sembrado de maravillas;
estalla un beso á hurtadillas,
y cual señal de victoria,
repica tocando á gloria
el cerco de campanillas.

Ved su catedral triunfante:
¡qué proporciones severas!
¡que columnas cual palmeras
y qué cúpula sonante!
Rasgan la mole gigante
largos vidrios de colores
con polícromos primores
y cien figuras cautivas,
que parecen por lo vivas,
hechas con sangre de flores.

Su esplendorosa Caleta
la ve mi mente ilusoria
cual calle real de la gloria
al borde del mar sujeta.

Ni el más brillante poeta
pudiera hacer su pintura:
cantara su arquitectura
y sus estilos diversos;
¡mas no el mar, porque no hay versos
para tan grande hermosura!

Entre cajas en hileras
que las prenden como franjas,
ved envolviendo naranjas
á las lindas faeneras.
De amar les salen ojeras,
y tienen en su hermosura,
de las pasas, la dulzura;
de los chumbos, lo punzante;
del plátano, lo arrogante;
y del limón, la frescura.

Málaga ciñe á sus sienes
uvas por claros rubíes,
«parrales» y «marbellíes»
y «tempranas y «lairenes».
Las «montúas» y «jaenes»
le forman regios collares;
sus zarcillos singulares
son «moscateles» severas,
y brillan en sus pulseras
«largas», «tintas» y «mollares».

La infernal algarabía
de las burbujas de aceite
brinda al olfato deleite
en la alegre «freiduría».
Con hervidora armonía
crujen sobre la fogata
salmonetes de escarlata,
lisas de azules colores,
brecas de cien resplandores,
y boquerones de plata.

Tiene una copla y un vino
con que se canta y se sueña;
la copla es la «malagueña»,
y el vino, un vino divino.
Mientras una lanza el trino,
otro derrama sus gotas;
ella vierte escalas rotas
y él destellos andaluces;
él emborracha con luces
y ella emborracha con notas.

Ved su Parque, maravilla
de luz, colores y esencia,
que no lo tienen Valencia
ni Granada, ni Sevilla.

Enrejados de mantilla
semejan sus divisiones,
y sus vivas variaciones
me recuerdan los matices
de los pérsicos tapices
y los chinescos mantones.

Ved su ambiente ¡qué alegría!
ved su Puerto ¡qué grandeza!
ved sus campos ¡qué belleza!
ved su cielo ¡qué poesía!
ved sus aves ¡qué armonía!
ved sus calles ¡qué graciosas!
ved sus jardines ¡qué rosas!
ved sus coplas ¡qué ternura!
ved sus hombres ¡qué bravura!
ved sus mujeres ¡qué hermosas!

Así es Málaga la mora
y la «inglesa» y la andaluza;
Guadalmedina la cruza
y el Puerto la condecora.
Gibralfaro la avalora
y la Caleta sin par;
la emblanquece su azahar
y la dora su alegría;
en su torre se abre el día
y á sus pies se rompe el mar.

LOS CONCIERTOS EN PRIMAVERA

Con el mes que cuaja
las flores de almendro,
en los amplios tëatros empiezan
á sonar los alegres conciertos.
La tierra desciñe
sus ropas de duelo,
y se viste de luz y alegría
de su propio vigor renaciendo.
Un himno sin notas,
un canto sin ecos
parece que brota de ramas y luces,
de brotes tempranos y troncos añejos:
oración sublime
de la vida que estalla de nuevo,
y que llena de leves susurros
la mente y el alma, la tierra y el cielo.
Dulce olor de violetas azules,
leves rastros de aroma de cuerpos,
esencias süaves de frescos narcisos
y hálitos sutiles de finos cabellos,

en la sala se mezclan y funden,
en la sala en que suena el concierto,
y el sol de la tarde, calando los vidrios.
los átomos de oro remueve en su fuego.
Sobre el escenario
el teclado sonoro está abierto,
y en atriles las líricas hojas
enseñan sus notas como un *hormiguero;*
hormiguero ó compacta bandada
de raros insectos,
que al golpe del ritmo las alas alzando,
zumba como enjambre sonoro en el viento.
Entonces la orquesta
marcando un *crescendo*,
á las trompas arranca gemidos,
con las flautas combina arabescos,
del gentil clarinete entrelaza
los sonidos nasales y bellos,
los obóes sus sones extraños
mezclan de los bajos al bárbaro estruendo,
y las hojas metálicas chocan
como en el combate reñidos aceros,
y fingen que cruzan en carros de plata,
llevados en triunfo, los héroes de un pueblo.
Después, una nota como hilo de oro
aislada en el aire transmite su eco,
y el arco en la cuerda se arrastra tan leve
como si la brisa lo fuese moviendo;
y parece la escala cromática
con que acaba el gentil instrumento,
mariposas en raudo desfile
que sobre la cuerda resbalan huyendo...
¡Oh, que gratas las tardes tranquilas
de alegre concierto!
El aire se esponja
de tibios reflejos,
y en la atmósfera hay gérmenes vagos
de algo que despierta y aviva el deseo:
de telas brillantes
las mujeres adornan su cuerpo,
y hay amor tan intenso en la tierra,
y hay amor tan ardiente en el pecho,
que á las ramas se asoman los brotes,
y á los labios se asoman los besos.

LA DILIGENCIA

Ya en el cupé me siento ¡riá, *Jardinera!*
ya voy para Benaque ¡tira *Serrana!*
ya mi madre me aguarda ¡trota, *Torera!*
ya resbalan las ruedas ¡eh, *Sevillana!*

De nuevo al ver la tierra que fué mi cuna,
te encuentro, diligencia, siempre rodando,
y á tus tiros atadas, por mi fortuna,
águilas, no corceles, vante arrastrando,
La extensión que recorres es mi delicia;
el mar azul á un lado y al otro el monte,
y al fondo los paisajes con que acaricia
los ojos la hermosura del horizonte.
Ya el circo de los toros quédase á un lado
y el puerto con sus buques, jarcias y velas,
y entre el *Elíseo Campo* y el mar rizado
cual romana cuadriga tronando vuelas.
Ya las cañas del *Palo* me dan su fronda,
¡el *Palo*, lindo pueblo de pescadores,
donde al romper el copo la frágil onda
se ríe y se divierte de los pintores!
Los robustos marengos el torso inclinan
liando á las maromas las recias trallas,
y gritan de entusiasmo si se avecinan
pletóricas de peces las tensas mallas.
¡Tira y galopa rauda, tira, *Morena!*
¡Da los brazos al aire, riá, *Primoroso*!
que el *Puente del Judío* surge á la escena
con su historia de muertes, triste y medroso.
Ya otra vez aparece la mar radiante
llena de sus misterios y sus hechizos;
Ulises se dijera ya en la flotante
nave que al viento tiende velas y rizos.
La Cala deliciosa nos sale al paso
mientras la mar guarnece la costa bella.
¡La mar, como una alfombra de inquieto raso
que tiembla, se hace bucles, canta y se estrella!
Lejos, allá de *Mijas* se ven los montes,
y en el aire una lluvia de luz brillante
llena de transparencias los horizontes,
por donde vaga absorta la vista errante.
Luego el *Rincón* se muestra puesto en dos filas
luciendo en cal bañados sus paredones,
y ante sus pies las ondas ruedan tranquilas
con susurros de risas y de canciones.
Y después, avanzando por la llanura
que aún el alma me llena con sus memorias,
un tropel á mis ojos pasa y fulgura
de casetas, nopales, huertas y norias.
Benagalbón extiende su seco río;
bajo al parar los brutos galopadores,
y asciendo por un monte largo y sombrío
que conduce á la aldea de mis amores.
La diligencia luego sigue ligera,
y aún á lo lejos oigo, ¡Tira, *Serrana!*
echa al aire los remos, ¡eh, *Jardinera!*
acelera esos cascos, ¡riá, *Sevillana!*

PALMA DE MALLORCA

LA EMIGRACIÓN DE LOS DIOSES

El *Jaime Segundo* veloz dividía
el mar en dos lienzos de luz y de oro,
y el aire del alba traer parecía
de Grecia riente las voces de un coro.
El cálido soplo del viento marino
con flautas, y sistros, y liras cantaba
igual que si blando trajera en su lino
la concha de Venus que en triunfo pasaba.
De cada colonia de Grecia, Favonio
trenzaba las voces en lírica fiesta;
y todas las islas del bello mar Jonio
formaban á Venus magnífica orquesta.
Desde que la Hélade quedóse sin hadas,
cuando cada aurora despliega su risa,
se sienten de Grecia las naves doradas
cruzar por las ondas y huir con la brisa.
Y es que ya los dioses caídos de Atenas
buscaron errantes morada más pura,
y ven de Mallorca las islas serenas
cual tierra sembrada de luz y hermosura.
Yo vi desde el barco que audaz dividía
el mar en dos lienzos de luz y de oro
pasar á los dioses, y oí su armonía
lanzar á los vientos las voces de un coro.
Todo su bagaje de ensueños y mitos;
todo su alto Olimpo de cumbre sagrada;
sus liras, sus mármoles, sus frentes, sus ritos,
vi buscar tu suelo, Mallorca inspirada.
Primero iba *Júpiter*, el dios fulminante,
al aire blandiendo su duro tridente,
que tiene las puntas del cerco arrogante
que forman tus montes, ciñendo tu frente.
Después, iba augusta la sabia MINERVA
alzada en la proa de alígera barca,
que el ínclito escudo gloriosa conserva
cual centro grandioso de gran patriarca.
Detrás, en esquife de rara belleza,
el perfil de JUNO la aurora encendía;
como un verso antiguo, su sobria cabeza
guardaba en las líneas la grave armonía.
VENUS otra nave gentil ocupaba,
y HEROS, á su lado, reía en su juego,
poniendo la flecha vibrante en la aljaba,
la flecha de punta dorada de fuego.
Su paso seguía la noble CIBELES,
de las estaciones llevando las llaves;

y APOLO, cargado de excelsos laureles,
con todos los ritmos y versos y claves.
Dionisos, las pámpanas ceñía á su frente
y alzaba la copa de bordes de oro
henchida de luces y espuma crujiente,
de pompas y risas del Chipre sonoro.
Ceres, otro esquife dorado ocupaba;
maduras espigas llevaba consigo,
y sobre las olas, triunfal desgranaba
candentes collares de sol y de trigo.
Y PAN, en sus patas felposas alzado,
del alba á la tenue vislumbre confusa,
un motivo eolio sacaba inspirado
de entre los canutos de su cornamusa.
Y todo seguido de locos tritones,
de danzas y juegos en viva oleada,
iba por las olas, en largas legiones,
buscando tu tierra, Mallorca encantada.
Volaron los dioses huyendo de ATENAS
desde tiempo antiguo, por mares y mares,
buscando en distantes, rientes arenas,
para alzar sus ídolos, más bellos altares.
Y este gran bagaje de fama remota
dió la vuelta al mundo, de fe dando ejemplo;
hasta que, ¡oh, Mallorca!, miró en ti la flota
su tierra y su patria, su hogar y su templo.
Sus grutas divinas les dieron moradas;
y allí, entre cristales y mármoles puros,
ofician ondinas, y diosas, y hadas,
en aras de jaspes y pórfidos duros.

* * *

Este ensueño grande de edades gloriosas
fascinó mi mente, llegando á tus lares,
mientras que mis lágrimas cayeron copiosas
desde mis mejillas al haz de tus mares.
La emoción más viva, Mallorca dorada,
turbó el alma, viendo tus islas de encanto;
no te vi primero de risas bañada,
te vi tras los rotos cristales del llanto.
Aun hoy, mientras muerden mi vida mis penas,
cuando reproduce la audaz fantasía
tu anillo de mares, tu cinta de arenas,
tus costas, tus torres, tu azul lejanía;
cuando en mi memoria mi ensueño te viste
con todas tus galas, ¡oh, tierra, que adoro!,
al verte tan bella y al verme tan triste,
calor de mis huesos, lloro, lloro, lloro.
Tierra de varones severos y sabios;
baraja de abismos y crestas hirsutas;
cuando Dios apague la vida en mis labios,
si nadie me quiere, descanse en tus grutas.
Allí, sus susurros y lloros internos
gemirán las piedras filtrando sus gotas,

y oiré en mi mortaja de vidrios eternos
sus coros y flautas, sus liras y notas.
¡Adiós, tierra insigne de glorias seguras;
quizá ya más nunca mi amor ha de verte;
tal vez nos enlacen las vidas futuras,
tal vez el reposo feliz de la muerte!

EL CAFÉ DE ZARAGOZA

El café me produce melancolía,
y en los cafés mi musa con nada goza,
pero hay uno que tiene mi simpatía
y es el café brillante de Zaragoza.

La popular plazuela donde se enclava
es clásica en la historia de los Madriles
porque en un tiempo en ella siempre sonaba
la rotunda descarga de los fusiles.

Al verla hoy tan alegre, nadie diría
que en épocas de enconos y de peleas
la señaló del pueblo la valentía
para campo de lucha de sus ideas.

Ha cruzado por ella la gente maja
que en los pasados siglos fué prez y gloria,
y en ella el pueblo fiero de la navaja
alcanzó muchas veces fama y victoria.

Era cuando en España quedaban bríos,
y llenos de entusiasmo, pechos valientes;
cuando la heróica sangre flotaba á ríos
y el honor se llevaba sobre las frentes.

Hoy al cruzarla el pueblo formando enjambres,
menos gloria en la plaza mi mente admira,
aunque vibra á los vientos el haz de alambres
que el progreso, por cuerdas, ató á su lira.

Mas si perdió sus timbres la invicta plaza,
el café es un prodigio de donosura:
el *moka* regalado llena la taza
y esparce en el ambiente su esencia pura.

Muestran á las miradas la faz perfecta
mujeres incitantes como ellas solas,
mujeres que descienden en línea recta
de la raza valiente de las manolas.

Sobre el rojo afelpado de los divanes,
en la cintura á veces puestas las manos,

se cuentan sus fatigas y sus afanes
las gallardas figuras de los gitanos.

El sabor de las copas mientras disfrutan,
tratan de sus corambres los vinateros,
y en tanto que unos rien y otros disputan
hablan de sus ganancias los recoveros.

—¡Café!—murmura un mozo de lista traza
cogiendo las vasijas con ambas manos,
y antes que el chorro llene la limpia taza
retiran el azúcar los parroquianos.

Como el que está aguardando que dé una hora,
en un lado sentada, mientras la espera,
habla de un fiero crimen la cambiadora
con la obesa persona de una prendera.

Discutiendo el arrojo de una estocada
de «Guerrita» á la orilla de los tableros,
en torno de una mesa bien preparada
riman los cantaores con los toreros.

Si la gente en tumulto se arremolina
por si—«ni tú me faltes»—«ni tú me ofendas»,
copiada en cien espejos la tremolina
parece que se traban dos mil contiendas.

Resuenan en los aires voces á miles,
y en torno de las mesas forman regueros
agentes de negocios con albañiles
y abogados ilustres con carniceros.

Está la vida entera representada
en los muelles asientos de los divanes,
y á tomar, ya unas copas, ya una tostada,
¡hasta van monaguillos y sacristanes!

Pero entre aquellas mesas esplendorosas,
á dar gloria á los ojos va una churrera
que tiene en su alto cuerpo de luz y rosas,
la flexible elegancia de una palmera.

¡Qué contornos los suyos tan soberanos!;
amasada su carne fué con jazmines;
los churros que en la fuente sueltan sus manos
de seguro los labran los serafines.

También á las escenas da colorido
el parroquiano antiguo, grave y moreno,
que todos los sucesos ha conocido
de que aquel rico cuadro se mira lleno.

Sabe del barrio entero toda la historia,
conoce de la vida todos los puntos,

archivo de experiencias es su memoria
y oráculo adivino de los asuntos.

Por librar á cualquiera de acerbos daños,
tercia en toda contienda y en todo extremo,
y en el café, al que asiste ya há veinte años,
dirimiendo cuestiones es el *Supremo*.

Pues por ese recinto que el ruido llena
entre rumor ardiente de bacanales,
las comparsas desfilan en Nochebuena
y después cuando llegan los Carnavales.

Al dejar una boda la sacristía,
el rumboso padrino de gozo late
invitando al concurso con bizarría
á tomar en las mesas el chocolate.

Después que á un nene el cura cristiano hizo,
y de seguir gritando la patulea,
en el café la gente que fué al bautizo,
tomando *media copa*, la paladea.

Y cuando al cabo llegan las elecciones,
es la *media tostada* voto seguro,
mientras truenan las vivas conversaciones
entre gresca y el grato cigarro puro.

No hay tema que en la estancia no se provoque;
y bajo los adornos del amplio techo,
toman los ganaderos el alboroque
y cierran los chalanes el trato hecho.

¿Cuándo de otro bullicio viéronse llenas
las mesas en que el pueblo se ríe y goza,
ni cuándo se admiraron otras escenas
en el café brillante de Zaragoza?

Fué cuando en nuestra España quedaban bríos
y, llenos de entusiasmo pechos valientes;
cuando la heróica sangre formaba ríos
y el honor se llevaba sobre las frentes.

¡Que la plaza en que el majo café se enclava
es clásica en la historia de los Madriles
porque en un tiempo en ella siempre sonaba
la rotunda descarga de los fusiles!

MARÍA GUERRERO

Ved su figura divina:
metido en su nombre grato,
está el excelso retrato
de su imagen peregrina.
Yo la llamo Mari-ondina,
Mari-musa, Mari-diosa,
Mari-perla, Mari-rosa,
Mari-nácar, Mari-bruma,
Mari-encaje, Mari-espuma,
Mari-luz y Mari-posa.

LAS ENTRAÑAS DEL REY SABIO

En urna cineraria de un templo levantino
están las pavorosas entrañas del Rey Sabio;
en Murcia la creyente consérvase el asombro
de esas pavesas ínclitas, de ese misterio trágico.
Pegué contra la urna mi oído palpitante
por un irresistible poder sugestionado,
y demandé un latido, un eco, una palabra,
al corazón que duerme detrás del alabastro.
Silencio, largo sueño, mudez maravillosa
del corazón que ha siglos vertió luz de sus labios;
un péndulo infinito creí notar que lento
medía el tiempo á Papas, á Reyes y á Vasallos.
¿Qué queda de la forma, qué queda de la frente
de un Rey grande y sublime, cuyo estupendo cráneo
fué perdurable lámpara que aún dora las centurias
aunque deshecho en chispas precipitóse el vaso?
Colgada de la bóveda del tiempo inmensurable,
aún es su comba frente triunfal globo voltáico
que eterno parpadea rasgando las penumbras
con las azules lanzas de sus violentos rayos.
¡Y para pena, el cáliz donde encendióse el óleo,
la concha del cerebro, la taza de incensario
donde quemó su alado perfume la resina,
quebró su haz de cadenas y se estrelló en el mármol!
Su corazón volvióse puñado de pavesas,
pero la luz aún sigue las almas alumbrando;
su luz arde ya sola sin lámpara y sin vidrio,
sin mecha y sin cadenas atadas de lo alto.
¡Oh Rey, oh Rey sublime! Tu ser es luz perenne
aunque tus mudas vísceras encierre negro cláustro;
ardes como una ingrávida candela de los tiempos...
ardes como una lámpara sin fin de los espacios...

EL POEMA DE LAS GRUTAS

(En la de ELS HAMS. Mallorca)

Á la alta encarnación de la palabra,
Juan Alcover.

Son las raras grutas
la tenaz paciencia, la viril constancia,
la labor de siglos que, por ser de siglos,
es dolor y lucha, y es sublime y santa.
De sus alambiques, las gotas lucientes
forman rubio ámbar,
salen cristalinas,
puras y sagradas,
y desde las bóvedas al caer al aire
y dar en los tallos de piedra que aguardan,
unas fingen leves temblores de besos,
otras resignados murmullos de lágrimas,
otras son la queja,
y otras la esperanza,
y algunas semeja que ríen
y algunas parece que cantan,
como silabarios de gotas divinas
que tuviesen alma.
Es toda la gruta
herramienta enorme que terca trabaja
con oscilaciones y palpitaciones,
y largos cinceles de afán religioso que esculpen la gracia.
Una estalactita
que simula un ágata,
solloza una queja cada vez que vierte
de su cuentagotas una perla clara,
y al oir que dice frases de lamentos
con intermitencias que el dolor alarga,
lleno de congoja
pregunto á la piedra que gime y que labra:
—«Tallo quejumbroso, tallo lacrimoso,
¿cuál es tu desgracia?»
Otra estalactita
ríe á carcajadas
al lanzar un vivo resbalar de gotas
que temblando ruedan y á estrellarse bajan,
é interrogo al tallo que titila y ríe
su cadencia clara:
—«Tallo de estilista, tallo de amatista,
¿quién te dió la risa que en tu piedra canta?»
Hay otro colgante
de una forma extraña,
que tras cada gota modula un suspiro
cual roce de un ala,
y digo á la aguja de piedra sonora
que cuelga del cóncavo de la gruta mágica:

—«Tallo del suspiro, tallo de zafiro,
¿por qué el son eterno que llora tu flauta?»
De un palio profuso
que chorrea lágrimas,
que destila luces
y música angélica de cuerdas de arpas,
pregunto á otro tallo que dulce gorgea
su canción de plata:
—Tallo que te ríes, tallo de rubíes,
¿quién creó los sones que hay en tu pentágrama?»
Y digo á otra piedra
que finge una lámpara
de una luz que ciega,
de un fulgor que mata:
—«Tallo fulgurante, tallo de diamante,
¿qué sol te ha infiltrado la luz que derramas?»
A otra estalactita
de amarillo tono cuya luz encanta
y que fué labrada por brujo invisible
con buril de perlas y mango de nácar,
interrogo absorto
viendo su colgante de agujas preclaras:
—«Gala del espacio, tallo de topacio,
¿cuándo te ha encendido Dios con mano santa?»
Por largas centurias, esas puras gotas,
que rezan ó gimen, suspiran ó cantan,
han elaborado con honda paciencia
rotondas, arcadas,
bóvedas triunfales cual lluvia de flechas,
arcángeles, aras,
órganos tallados en jaspes eternos
y trompeterías perennes y bravas.
Han hecho esos largos escoplos de gotas,
confusas batallas,
heroicos torneos, escudos de guerra,
rodelas y lanzas,
el tumulto inmenso de vidas que mueren,
clarines y trompas, escudos y mazas.
Y han hecho rizando virutas de piedra,
sólo con la gota cayendo pausada,
cacerías locas, caballos que corren,
gamos perseguidos, corzas azoradas,
liebres que describen brincos fabulosos,
tropeles de perros y cuernos de caza.
Y después, grandiosos
y austeros profetas de bíblica barba,
hoscos hermitaños de postura inmóvil
que desde los siglos rezan sus plegarias.
Un vasto hormigueo
de espesas locuras, por muros y salas
aturde la vista, fascina los ojos
con vivos temblores é innúmeras danzas.
Y apenas termina de verse un prodigio,
surge otro prodigio de gloria más alta,

y lo esplendoroso va á lo portentoso,
y lo portentoso va á lo milagroso,
y lo milagroso va á Dios, donde acaba.

. . . . . .

Sobre arisco fondo de rocas valientes
que fingen estar encantadas,
un lago desriza su líquido quieto
tan lleno de gracia,
de velo tan puro,
de luz tan extraña,
que el pie no sospecha
tocar en su lienzo de luz y de magia,
y pisa el espejo, y, entonces, las risas
de su superficie, se alargan y alargan,
igual que la blonda de un sueño divino
ó un velo de luna caído en un lago de encanto y de plata.
Como un clavicordio
de voces sagradas,
el lago susurra
llenando de arrugas su trémula sábana,
y así que se riza, se riza, y se riza,
á un reposo eterno retornan las aguas,
y finge un narcótico de paz y silencio
la gruta embrujada.

. . . . . .

Palacio de duendes, ciudad de espejismos,
alcázar de silfos, de gnomos y hadas:
en tu laberinto debido á los planos de los zahoríes,
sentí conmover mis entrañas
el terror supremo
que infunden las cosas sublimes y santas.
En un lado ideal de la gruta,
cual para cantarla,
miré con asombro las cuerdas cantoras,
las estalactitas salvajes de un arpa.
Toqué sus colgantes templados por música,
y arranqué de su seno una escala,
compuesta con notas divinas del cielo,
cual si un ángel, riendo, tocara
para ennoblecerlas,
con sus dedos de lira las almas.
¡El arpa asombrosa de piedra,
parece la lengua de Dios hecha flautas!

* * *

¡Oh gran Órgano del templo de las grutas;
son tus gotas suspirantes, tus palabras!:
si una llora, la otra llora; si una ríe, la otra ríe;
si una sueña, la otra sueña; si una canta, la otra canta.

De las naves de ese templo
donde innúmeros colgantes se entrelazan
cual trompetas fabulosas
apuntando á otras trompetas que del suelo se levantan,
la sutil estalactita, como lira intermitente,
una gota de luz clara
le desprende á la otra lira que en el suelo espera, espera
el porrazo de la perla en su punta congelada.
Afilando sus extremos
como dos fúlgidas lanzas,
dilatando sus dos crestas
cual floretes que se alargan,
así están siglos y siglos aguzando sus dos hojas
para hacer una columna soberana.
Esos largos corazones hechos punta
se trasmiten, atrayéndose, sus ansias
de fundirse en unas nupcias infinitas,
y trabajan, y trabajan
por besarse en lo remoto de los tiempos,
por fundirse en las edades milenarias.¡
Incesante actividad de agudas piedras
que no duermen, no descansan,
entretejen sus buriles
y golpean, y taladran,
y perforan, y diseñan, y dibujan,
y satinan, y aquilatan,
y hacen velos con el iris misterioso.
y lo cuelgan de las túnicas qué labran,
y lo infiltran en las gotas y en las piedras,
y lo encienden, y lo apagan,
y lo enhebran y deshebran,
y lo tienden por columnas y por aras,
y no cesan los escoplos de la gruta
de buscarse para unir sus puntas áureas,
bien así cual los escoplos del espíritu
y el buril irisador de la esperanza,
van la lenta estalactita laborando de las vidas
bajo el golpe de los pechos y las frentes que no paran.
¡Ideales de dos piedras amorosas
que por veros desposadas,
estais miles de centurias fabricando perla á perla
vuestras líricas agujas que se aman!:
sois de un Organo fecundo los mil tubos prodigiosos
que á la vez que piensan, cantan
con el ruido de sus gotas desprendidas
por las bocas de sus piedras hechizadas.
En el pecho de los hombres, talla, esculpe,
¡oh gran Organo! tu gracia,
tus lecciones de moral y de belleza
y de ti copien las almas
un millar de estalactitas portentosas
donde cuajen los amores á la Patria,
donde cuajen el respeto á la Justicia,
donde cuajen el cariño á la Desgracia,

donde cuajen el amor á la Pobreza,
donde cuajen las ternuras á la Infancia,
donde cuajen el amparo á los Caducos,
donde cuajen la Alegría, y la Esperanza,
y el Honor, y la Virtud, y el Heroísmo,
y un millón de altos cordajes, y un millón de excelsas flautas.

Palma de Mallorca, 1911.

LOS PÁJAROS QUE CANTAN MAL

(ESCALA DE VIDAS)

ESTUDIO DEL NATURAL

Lúgano humilde, pájaro sin notas;
no hay en tu cuello trinos ni cantares;
tu voz es persistente cuenta-gotas
como son cuenta-perlas los collares.
Mas si no tiene tu fugaz sonido
la varia ondulación de un arabesco,
da tu isócrona nota en el oído
cual son de lluvia juvenil y fresco.

Chirivita que sigues al arado
sin que el temblor de tu vivir te ahogue:
tu canto es como un ópalo nublado,
cual punto gris de temblador azogue.
Pero al herir el campo silencioso
esa nota que nada simboliza,
deja en el alma el roce misterioso
de un terciopelo de color ceniza.

Arcaudón poderoso, tu garganta
reta á la lucha al arrojar sus notas,
pues tu garganta cuando canta, canta
con el vibrar de las espadas rotas.
Pero al sonar entre el reir campestre,
templa y da fuego al corazón la sierra,
como si hiriera en pedernal agreste
el eslabón de tu cantar de guerra.

Pechuguito de vuelo no sentido
y canto triste que semeja al lloro:
sale á la luz un tétrico sonido
de tu pechuga azafranada de oro.
Mas es tan dulce tu lamento vano,
que lo recibe el alma que te adora
cual si cayera en el oído humano
una lágrima pura de la aurora.

Riblanca de pechuga más que blanca
y de lustrosa túnica de endrina;
tu canción monorrítmica, riblanca,
sólo tiene una nota cristalina.
Pero como es mecánico el sonido,
y es blanco y negro tu vestido ufano,
pareces á la vista y al oído
errante tecla que voló del piano.

Alzacola gentil que vuelas sola
y no enmedio de pródiga bandada:
al agitar cual mecedor tu cola
lanzas la misma nota destemplada.
Mas como son tus sílabas iguales
sin que resuene armónica ninguna,
eres reloj de plumas musicales
que siempre marca con su son la una.

Zarzalero de cómica cantata,
de pardas plumas y de aspecto tonto:
risa da tu simplona serenata;
tu trino es necio, más lo lanzas pronto.
Pero por ser tu espíritu inocente,
despierta tu cantar la simpatía,
y desarruga el arco de la frente
con el rayo de luz de la alegría.

Cogujada que vas empenacha la
y cual la alondra subes á la aurora:
tu canción cuando llueve desgranada,
es mañanera, pero no es sonora.
Mas como elevas los audaces vuelos
y subes á los golfos cristalinos,
suena como una risa de los cielos
tu sarta rota de inseguros trinos.

Verderón de plumaje bronceado
que tienes canto varonil y duro:
no eres el gran artista consumado
de varios temas y de ritmo puro.
Mas suena tu canción desenfadada
de tu prisión junto al ferrado gonce,
como en copa en acero troquelada
perlas tronantes de rotundo bronce.

Pardillo que los céfiros escalas
con la pechuga llena de carmines:
no va escrita con tonos en tus alas
la canción de los bellos colorines.
Pero hay en tu reir y en tus piares
tan fresca y retozante algarabía,
que cual tiembla la luz en los collares
en tu pechuga tiembla la alegría.

Oropéndola de írises prismada
donde domina el oro esplendoroso:
es tan rica tu clámide bordada
como es pobre tu canto quejumbroso.
Mas eres sabia en fabricar tu nido
si no arrullas con trinos las orejas;
tu hogar, péndulo al aire sacudido,
es un columpio en que mecer tus quejas.

Zumaya que no lleva en el plumaje
el crepúsculo lento que se apaga:
tu nota al titilar en el paisaje
ni la ilusión ni el sentimiento halaga.
Pero en torno del tronco el nido lías,
y al son que el astro rey va caminando,
mudas también bajo su luz tus crías
como un reloj de sol que va girando.

Corneta que te encumbras en la torre;
tu canto ni entristece ni consuela
cuando el espacio espléndido recorre
como grito de alado centinela.
Mas si no infundes pena ni alegría,
sueña la mente en la morisca zambra
y en la voz que el Almuédano extendía
desde las torres de la antigua Alhambra.

Andarrío que sólo en la tormenta
das al viento un gemido de coraje:
tu nota electrizada y turbulenta
es brava nota de bordón salvaje.
Mas si no tienes bandolín sonoro,
junto á los ríos cuando audaz resbalas,
la arena timbras con tus pies de oro,
tus pies que vuelan cual si fuesen alas.

Abejorruco que incesante gira
llevando en su canción sólo un sonido:
volcada sobre el tímpano tu lira
sólo vierte una nota en el oído.
Pero si es monosílaba tu nota
y no hay en tu garganta surtidores,
sobre tu egregia túnica va rota
el ánfora de todos los colores.

Todos sois en la vida soberana
si no un himno, una sílaba, un acento,
como los hombres en la orquesta humana
son, si no lira, un útil instrumento.

Pájaros y hombres por igual destino,
todos son arpas aunque no son plenas,
más lo bastantes con el son del trino
para endulzar sus cotidianas penas.

No cantan mal el ave ni la mente;
según es el dolor así es el llanto,
según es el pensar así es la frente,
según es la garganta así es el canto.

Y de miles de notas desgranadas
que alza la Humanidad cuando suspira,
surgen grandes orquestas acordadas
que hacen del Orbe concertante y lira.

Cantad con himno desacorde ó tierno,
cantad y trabajad en el combate;
¡que es uno solo el Orfeón eterno
aunque en millones de gargantas late!

EL ENJAMBRE

A la soberana inteligencia de Francisco G. Aguilar.

Colaborando cada cantora con su zumbido,
nutriendo todas el haz vibrante con su sonido,
teje el enjambre la alada música de su tropel:
de sus sonoros carretes líricos salen las notas,
y de la rueca de hilos armónicos surgen las gotas
que hacen riente, candela rubia, de la áurea miel.

Cien mil obreras, todas alegres, cuajan iguales
los huecos leves y logarítmicos de los panales
como una randa, como un encanje de la ilusión,
¡que en nada hay fuente más fecundante, más productora,
que el hilo rítmico de la armonía germinadora;
panales, rosas, óperas, versos: cuanto hace el son!

Giran, se enredan, pasan y ondulan entrelazadas,
como las cuentas de un hilo isócrono sinfonizadas,
y articulando la misma nota, van al trasluz;
y la maestra, con su batuta leve y divina,
por un pentágrama de inquietos círculos, va peregrina
ritmando abejas cual si ritmara notas de luz.

Sabias devanan sus remolinos las hilanderas,
—perlas con alas, perlas con música, perlas parleras,—
cantando eufónicas la egregia rítmica de su papel;
y cual si fuesen firmes acentos de una poesía,
de su engranaje, surge cual clave de la armonía,
el filarmónico panal eterno: Lección de miel.

Lección que enseña la Madre augusta, la Madre exacta;
frágil parece, y es irrompible su urdimbre abstracta;
echa por ritmo, de sus compases la forma está:

Cátedra lírica, muestra cual aulas de luz repletas,
su canon músico lleno de siglos, á los poetas;
ante los ojos de hombres y edades, abierto está.

¡Lección perenne, troquel sagrado, troquel numérico;
cuanto en la rítmica de ti se aparta, todo es quimérico;
tú eres turquesa, registro y pauta, norma y matriz;
y es tan fecundo tu molde eterno, panal de oro,
que te hace el vate, si en él se vierte, bronce sonoro
que echa en las almas y en las edades, flor y raíz!

Callad; oigamos á las abejas laboradoras;
buscando polen, van auscultando, susurradoras,
lechos de cálices, almas de pétalos, bocas de flor:
cuajan el polen como los vates cuajan los trinos,
y uno en la estrofa, y otra en la cera, vierten divinos
miel en la cédula, luz en el verso, y ambos amor.

En sus atriles deletreando van su armonía,
y á las edades la van cantando con la poesía,
ambos haciendo—vates y abejas,—verso y panal;
y como el fuego del Astro Padre beben sus fieles,
razas y siglos,—en cera y verso,—chupan las mieles
que son en ritmo de savia y verbo, don inmortal.

Como millones de gotas tiene la estalactita,
un panal lleva de todo un bosque la flora escrita,
y un vate encierra de todo un siglo la vibración.
Con miel y ritmo, bañad las penas, pechos humanos;
y haciendo coro donde se trencen todas las manos,
sabios, al libro; fuertes, al yunque; vates, al son!

EL ESCUDO DE AQUILES

Tu campana brutal de mazo rudo
aún llena el Orbe con su son guerrero,
bronce inmortal de la barbarie, escudo
donde retumba la canción de Homero.

Por la afligida Humanidad rodando
desde las grandes épocas remotas,
escudo de la guerra, vas cantando
himnos de pueblos y de razas rotas.

De la hecatombe helénica compendio,
vas en el brazo del tremendo Aquiles
fulgurando á las lenguas del incendio
y arrollando cadáveres á miles.

Pasa tu disco por la inmensa Roma
como candente y trágica pupila,

y á tu canción un mundo se desploma
bajo la tromba de la voz de Atila.

Francia te cuelga sin sentir espanto
del más vil monstruo que manchó lo puro,
y ve romperse en Niágaras de llanto
todas las razas en tu bronce duro.

Te enarbola el boér en la contienda
rememorando hazañas y vestiglos,
y en ti graba la lucha más tremenda
que absortos vieron los remotos siglos.

Y te cuelga el Japón de sus legiones
vibrar haciendo tu metal rotundo,
y en ti toca con balas de cañones
un somatén que aterroriza al mundo.

Colgando ¡oh disco! como audaz campana,
llegan á tu vibrar todos los vientos,
no como coros de la vida humana,
sino cual grandes ríos de lamentos.

Libro de sangre que morir no pudo;
troquel de la barbarie triunfadora:
es más grandioso que tu canto, escudo,
un corazón que de ternura llora.

Trompeta apocalíptica de guerra,
cuchillo universal, bronce guerrero:
si no engrandeces por amor la Tierra,
¡pobre es el himno del gigante Homero!

TRIBUTO DE AMOR

¡LA ESTATUA!

¡Oh, quién fuese la piedra romántica y sagrada,
el risco religioso, la roca inmaculada,
en que el cincel sublime dé vida á Campoamor!:
si mármol se pudiera volver la carne mía,
en mármol impecable mi forma trocaría,
porque de mí brotara la imagen del Cantor.
Y fuera milagroso que en piedra transformado,
por un millar de ariscos cinceles lacerado,
mi carne hecha jirones á rasgos del buril,
dolores no sintiera ni horribles mordeduras,
por ver de mi Carrara nacer las líneas puras
del inmortal filósofo, del lírico gentil.

Del escultor triunfante trocados por el estro,
mis labios volveríanse los labios del maestro,
mis manos fueran suyas, mis dedos fuesen de él;
mi desbordada frente que tanto ha batallado,
trocárase en la olímpica de un dios marmolizado,
y de ella penderían las ramas de laurel.
A cada rudo golpe, ¡qué salvas de alaridos!
¡qué espasmo el de mis nervios, de angustia retorcidos,
al dar sobre mi mármol el filo cortador!;
y luego los puntistas con hierros punzadores,
como un repiqueteo de innúmeros dolores,
irían carcomiendo mi cuerpo temblador.
Y así, por la blancura del mármol disfrazado,
yo fuera el alto lírico, de todos adorado,
fuera mi piedra, mármol del ritmo y del pensar;
enardecidas bocas cual ascuas de incensarios,
pasaran en cadenas lo mismo que en rosarios
para en mi sacro bloque sus ósculos dejar.
Pero al oir los himnos que en mi loor se harían,
mis líneas, de vergüenza, cual llamas arderían
por ser arrebatadas al mago pensador;
y entonces un rosado crepúsculo corriera
por todo el monumento, y en rosa lo encendiera,
en rosa, y luego en púrpura de oprobio y de rubor.
¿Vivir preso en tu gloria?... No, no, quiero la mía,
la inmerecida, inmensa, que dióme la poesía,
escrita con mi carne, parida con mi ser,
cuajada gota á gota con sangre castellana,
nutrida con los gritos de la pasión humana,
y amamantada en sueños de pena y de placer.
Mi carne fué sembrada con siembra de amargores,
con siembra de tormentos, con siembra de sudores,
mi lira es campo en surcos de risa y de dolor;
por su temblor de cuerdas, sin fin de veces rotas,
corrieron caldeadas de ardor todas las notas,
lo trágico, lo idílico, la furia y el amor.
Mi carne es profesora de penas y lamentos,
mi carne es profesora de arrojos y ardimientos,
las voces de las almas en mí todas están;
no aquellas que en tu lira fueron tranquilos sones;
las que hacen tatuaje de llagas y pasiones
y escritas por los látigos en nuestro cuerpo van.
Tu voz es la de un cisne divino y luminoso
que está triste, por lujo, en un lago armonioso
donde hay hadas de luna que invitan á sentir,
y traza con sus versos de ingrávida poesía
mil rayas tembladoras de azul filosofía
como un rodar de círculos de lírico reir.
No puede ser tu mármol mi carne hecha jirones;
mi carne es avispero furioso de pasiones,
es demasiado humana para manchar tu luz;
mas puede ¡oh padre noble de tantas maravillas!,
caer ante tu túmulo postrada de rodillas,
cual Cristo amoratado que tira de la Cruz.

Mis labios, que echan sangre, ya buscan tu escultura;
mis ojos, que echan llanto, ya anhelan tu blancura
al ir del alabastro que te haga eterno en pos;
por bueno, y manso, y dulce, un rey del canto eres;
¡adoren tu plumaje ¡oh, cisne! las mujeres!
¡le recen á tu estatua los hombres como á un dios!

Variaciones sobre un color

Un país de felpa verde
Asturias se me figura,
y una altura y otra altura
en ese color se pierde.
En sus montes, en su suelo
tan suave tono descubre,
que parece que los cubre
un ropón de terciopelo.
Desde el sulfato de cobre,
que es un azul-esmeralda,
hasta el que lleva en su espalda
el verdoso mar salobre,
coloran valles y crestas
todos los verdes distintos
y en ellos muéstranse tintos
tajos, barrancos y cuestas.
Cuando ligera resbala
por la pradera verdosa
la mirada codiciosa,
corre y juega por la escala.
Monótona sinfonía
de color el campo escribe,
y el ojo en su luz recibe
la uniforme melodía;
mas si la vista calcula
los tonos en que se quiebra,
la melodía es culebra
que gira, corre y ondula.
Para gustar la visión
de nota tan matizada,
la indagadora mirada
necesita educación;
y ha de saber los primores
que en un color pueden ir,
y ha de poder distinguir
en un tono cien colores.
Son las notas tan tranquilas,
que parece, al ver el suelo,
que atraviesa un terciopelo
rozando por las pupilas;
y hasta la línea salvaje
del peñón áspero y bronco,

toma los musgos del tronco
y rima con el paisaje.
Algo alado y musical
en los verdores palpita
y da dulzura infinita
al campo primaveral.
Y no sé por qué ilusión
yo *oigo* en las ramas verdosas
las largas notas llorosas
de una amorosa canción...

EL ANILLO DE NAPOLEÓN

Napoleón, el Monstruo más fiero de la vida
que cual bíblico azote llevó en alto su espada,
habla á un joven sublime, á un soldado poeta
sobre el campo espantable de una inmensa batalla,
Le trasmite una arenga de exterminio y de muerte
cuyas frases parecen remolinos de lanzas,
y le infunde el veneno que dardea en los ojos
de los tigres que acechan y las hienas que escarban.
La barrera de montes que la escena circunda,
retemblar se dijera con sus puntas más bravas
á la voz tremebunda del Vampiro estupendo
cuyo acento es zumbido de una tromba que brama.
Y á medida que el César del espanto y del odio
como un cráter erupta sus hirvientes palabras
cual si hablase tronando colosal cataclismo
ó de un trágico incendio las banderas doradas,
desde el Sol más remoto que corona los mundos,
por los orbes desciende cual por globos de plata
la infinita escalera de los cielos sin límites,
una luz de Dios mismo, como un beso de gracia.
Y esa luz que cien siglos consumió en ir cayendo
de su boca á la Tierra cual un himno de Pascua,
da en el claro diamante de un anillo del César
donde en chispas latentes descompónese y baila.
Es el mudo relámpago con que Dios nos saluda,
es su Verbo amoroso de caricias y llamas,
que desciende rodando por cien mil graderías
de hemisferios y mundos hechos luengas escalas.
Es de Dios el idioma, es su lampo de sílabas
con que besa los pechos y de amor los abrasa,
hablar ígneo, hablar hondo que unifica las frentes,
que los cráneos alumbra y entreteje las almas.
El soldado-poeta, oye al César, mas mira
el chispazo divino que en la piedra le danza,
y ante aquello que dicen las palabras eternas,
no percibe del Monstruo las feroces palabras,
Mira el trémulo anillo cual triunfal mariposa
que, al vaivén de la mano, gira y vierte encantada

los vivísimos trazos de una ardiente escritura
que proviene del cielo, de su esfera más clara.
Contradice brillando la candela divina
lo que el Hombre-tragedia terrorífico lanza;
dice el César: «*¡Destruye»!*, y la cifra de fuego
desde Dios desprendida, al temblar dice: «*¡Ama!*»
Lo que ruge el Vampiro, es la bárbara guerra
que rubrica zumbando con su bélica espada;
lo que dice la lumbre del anillo, es el Verbo
del ramaje de soles que los cielos abarca.
Y de todos los orbes al oir la armonía,
en el vivo relámpago que en la piedra resalta,
el soldado-poeta ve los labios del Monstruo
que cual boca de un Necio gesticula mecánica.
El Vampiro le increpa cuando nota iracundo
que no escucha su arenga de explosiones de brasas,
y el acero en la mano alza el torvo Gigante
para hundirlo en su pecho con altiva arrogancia.
Y al reir de la piedra donde Dios arde y brilla,
fascinado el poeta como alondra sagrada,
se arrodilla pidiendo coronar el diamante
con un beso en que hiervan sus candentes entrañas.
En el aire el acero se detiene de pronto,
y al poeta la mano el gran César le alarga
endiosado creyendo que por grande lo besa,
que por genio lo adora, que por rey lo proclama.
Y así dice el postrado mientras besa la joya
donde late el misterio de otras vidas más altas:
—«¡Oh palabra de lumbre, de los cielos venida!,
¡oh de Dios amoroso, vivo trazo de llamas!
¡oh del gran silabario de lo Eterno, una letra
que ha bajado á los hombres sostenida en sus alas!:
La escalera que forman muchedumbres de cielos,
has cruzado riendo mariposa diáfana,
y viajera de mundos y viajera de soles
eres cifra de fuego que mis labios contagia.
¡Oh, trasmite á mi pecho cómo son otras órbitas,
cómo son otras vidas, cómo son otras ansias,
cómo son otras piedras, cómo son otras frentes,
y cuál todo en un Coro con amor se entrelaza!
Universo que llevas trabajando en los siglos
tus escoplos de estrellas y tus limas de ráfagas,
tus martillos de soles y tus yunques de mundos
y á formar selecciones del Amor te consagras:
Universo, alambique que eliminas los odios
y laboras con ritmos, con enigmas y pautas,
en tus vastos crisoles y tus filtros inmensos
para dar Luz Suprema al diamante del Alma:
quema en mí la gangrena del rencor á los hombres,
siembra en mí la alta Síntesis del Amor y la Gracia,
y traspasa á mi mente de esta llama que beso
la remota, divina, tembladora Palabra.»
Así el himno gigante del soldado-poeta
llega á oídos del César que el anillo le alarga,

endiosado creyendo que por grande lo admira
que por genio lo adora, que por rey lo proclama.
Y el amor no entendiendo del inmenso discurso
con que el vate, no al César, sino á Dios ritma y canta,
el bestial Hipopótamo de la bárbara guerra,
¡alza el brazo, y lo tiende de una fiera estocada!.

LOS DOS CAMPANARIOS

Cuando abre á la aurora la ciudad sus ojos,
vierte el horizonte sus carmines rojos,
se empiedran los sauces de fresco rocío,
azula su toldo de nieblas el río,
con temblor de risa se mueven las cañas,
se ponen turbante de luz las montañas,
truena el verbo bronco de las herrerías,
lanzan las cornetas bruscas bizarrías,
las ciudades hierven con rumores vagos,
de sol se empavonan los líricos lagos,
la vida, cual rosa, sus hojas despliega,
la luz la matiza y el cielo la riega,
y es cada hora un pétalo que su oro deslía
en la flor inmensa del cáliz del día.
Dicen las campanas desde el campanario:
«vamos á la misa, vamos al rosario»;
y en las fundiciones cantan los martillos:
«al trabajo ruedas, hombres, y chiquillos».
Las madrugadoras místicas campanas
rezan: «ya anunciamos seis misas tempranas»!
y los yunques zumban: «ya hemos arrojado
miles de explosiones del hierro inflamado».
Truenan las campanas: «caminad de prisa,
que sin dilaciones se dirá la misa,
para que la escuchen pronto los creyentes
mientras se deshojen cruces en las frentes».
Y las negras fraguas con sus rudos mazos
rugen mientras lanzan súbitos chispazos:
«de este recio templo llenen los talleres
los que del trabajo cumplen los deberes;
nuestra roja misa, misa es sin sosiego,
habla con relámpagos vívidos de fuego,
arden oraciones de ascuas rutilantes,
hay palabras hechas de átomos errantes,
son los padrenuestros como llamaradas,
y hay salves grandiosas como lumbraradas;
de los áureos hornos vivo el tembloreo
dice con sus labios de carmín *¡yo creo!;*
son ascuas latentes las avemarías,
chispas deslumbrantes son las letanías,
de hojas incendiadas se hacen los breviarios,
de oro incandescente son los incensarios,

y son de los órganos las flautas tronantes
mil barras intensas de hierros quemantes.
Dice el campanario: «Dios mi canto encierra»;
dice el bronco yunque: «Yo canto á la tierra»;
«tengo santas voces», dicen las campanas;
y el yunque: «yo tengo las voces humanas».
No sé cuál parezca mayor santuario,
si el de los martillos, ó el del campanario.

LAS SERPIENTES

Adormecidas en sueño obscuro
que las retiene soporizadas,
sobre la arena del circo hirviente
las echa un indio con fuerza brava.
Resuena un vasto grito de asombro,
y las serpientes entrelazadas
un punto mueven al vocerío
las triangulares cabezas chatas.
Como de un opio de extraña fuerza
estar parecen hipnotizadas,
embrutecidas por la modorra
de una morfina que las aplana.
Sus pieles broncas de cien matices
túnicas fingen de tintas raras,
fundas de tonos deslumbradores
que se entretejen como una malla.
Como millares de pies sutiles
siembran su cuerpo bruscas escamas,
y aunque parecen todas inútiles
todas á un tiempo muévense y andan.
Como una tabla de logaritmos
desconocida suma las ata,
y sometidas á una cadencia,
hecha con cifras y matemáticas,
corre por ellas un equilibrio
que las empuja con fuerza mágica,
y haciendo restas, sumas, quebrados,
con deslizante rumor se arrastran.
Una es de Egipto; lleva en los lomos
recio blindaje de conchas áureas,
donde hacen visos y tornasoles
del venenoso Nilo las aguas.
Cuando á la arena la arroja el indio,
el circo todo de asombro brama,
y en un pandero, que Alejandría
llenó de cintas y de sonajas,
él toca el paso de un ritmo húngaro,
y la serpiente sugestionada
cual ondeante línea de arsénico
trazando vueltas se quiebra y baila.

Otra es de Asiria; lleva en su dorso
del calcinado Calvario, llamas;
del religioso Jordán, frescuras;
del vengativo Mar muerto, ráfagas.
A un milenario tronco de olivo
del sacro Huerto durmió enroscada,
y en la flor blanca de una azucena
reclinó horrible la testa chata.
A un religioso ritmo de templo
que el indio enuncia, gentil se alza,
y hace las líneas de un ataurique
de mil colores prismatizadas,
mientras bailando retuerce y gira
su piel de ricos prismas sembrada.
Otra culebra resplandeciente,
la más soberbia, vino de España;
nació del río que ata dos glorias,
una Sevilla y otra Triana.
Copia del velo de las mantillas
las áureas blondas que la abigarran,
y de los trajes de los toreros
las lentejuelas lleva incrustadas,
las lentejuelas de plata y oro
que en su piel brillan en vez de escamas,
y que la llenan de más temblores,
rizos y luces que tiene el agua.
Al són de un ritmo de castañuelas
que hace el pandero con las sonajas,
la prodigiosa serpiente brinca
y, como un rayo, la lengua saca.
De pronto, fiera, muerde la fusta
y á los tendidos febril se lanza,
la sangre ardiendo por el castigo,
llena la boca de roja rabia.
Un grito inmenso, bronco, profundo,
de todo el circo surge y se escapa,
al ver el torvo reptil que cae
como centella sobre las gradas.
Encierra el indio las otras fieras,
y la que busca la sangre humana
muerde rabiosa y alza un estruendo
como un zumbido de catarata.
Fingen los palcos cien remolinos
de carne loca que se desbanda;
trajes, tocados, todo se arrolla
y entre las puertas zumba y se atasca.
Rompe el encanto de mil idilios
la vaporosa serpiente trágica;
deja el amante su prometida
á la que nunca dejar jurara;
pierden las madres en la carrera
los tiernos hijos de sus entrañas;
ya no hay hermanos, ya sólo hay gritos
como explosiones de las gargantas.

De la revuelta sala redonda
sólo alaridos brotan y saltan,
y alza tumultos de carne ciega
la muchedumbre que grita bárbara.
Ya no hay finura, ya no hay respeto,
ya sólo hay rostros libres de máscaras,
donde el impulso del egoísmo
los blancos ojos de espanto rasga.
¡Ahí viene, ahí viene! tremendo suena
entre el zumbido de la batalla,
y hechos los labios trompas del miedo
tocan el bronco clamor de alarma.
Y la serpiente fascinadora,
por los voltaicos encandilada,
con un impulso de culebrina
como una fusta vibrando estalla,
mientras, cual lumbre, la boca enseña
donde la lengua finge una llama.
Muerde al avaro, muerde al hipócrita,
muerde al que vende, muerde al que mata,
muerde al Ministro de la Justicia,
que al corromperla vende á la Patria,
muerde al político que la deshonra,
muerde al guerrero que la desgarra,
muerde á la pluma que la envilece
y al sacerdote que la profana.
Cual si quisiera dar fin de un mundo
hecho de horrores y lepra humana,
para que surjan hombres más libres,
pechos más nobles, más puras almas,
mordiendo, ansiosa, se descoyunta,
se desacorta, se desalarga,
se reconcentra, se desentume,
se arremolina, se desbaraja,
se espiraliza, se desenrosca,
se pliega y brinca, se encoge y salta.
Vuélvete incendio que purifica,
vuélvete rayo que desbarata,
vuélvete río de ácido prúsico
y esta inmundicia social arrasa.

LA GRANADA

Todos los sabios del mundo
tendrán siempre que humillarse
por no llegar á saber
lo que una granada sabe.

(Del autor.)

Tiene la roja granada
en su seno una colmena,
pero es enjambre de granos
en lugar de ser de abejas.

Divididos en panales
están por frágiles telas,
como están en un convento
subdivididas las celdas,

y esa sociedad menuda
se abraza y se compenetra,
con más perfecta armonía
que los hombres en la tierra.

No hay un grano preferido
con cetro de oro en la diestra
que el mundo de la granada
rija cual rey que gobierna.

Todos son granos iguales
que tienen la misma ciencia,
que tienen el mismo impulso,
que tienen la misma ética.

Cada grupo de rubíes
vive en su propia vivienda
sin traspasar los umbrales
de la vecina frontera,

y con arreglo á justicia
y á equidad y á inteligencia,
disfruta de los derechos
que da la naturaleza.

Es á un tiempo cada grano
jurisconsulto que piensa,
divino vate que rima,
magistrado que interpreta,

político que dirige,
catedrático que enseña,
legislador que ilumina,
ciudadano que respeta,

y, cual á gusto se enlazan
en un collar las mil perlas,
ellos forman el trenzado
de una sociedad perfecta.

* * *

¡Hombres, detened los ojos
ante una granada abierta,
y ved tan grandioso mundo
con las rodillas en tierra!

LAS ALMAS ARDIENDO

En lo interior de transluciente vaso,
por su difunto esposo, la Condesa
echa una mariposa, suspendida
en flotante triángulo: la tersa
mano en que corren bajo el fino nácar
como azuladas víboras las venas,
alarga con un fósforo encendido
del rico vaso al interior; se incendia
la mariposa errante, y, sacudida,
dentro del muro alabastrino tiembla.

A su reflejo fúnebre, los largos
cortinajes tejidos de oro y seda,
los armarios de luna, las estatuas,
las cornucopias, las radiantes telas,
con el juego diabólico de danzas
de la luz jeroglífica, se pueblan
de repentinos trazos, que simulan
esqueletos en danza cadavérica.
Como una ojera de la luz, el nimbo
de la amarilla llama se refleja
en la estancia lujosa. De las torres
los graves instrumentos se lamentan
con fieros dobles, que parecen frases
de infinito dolor. Es la hora negra
en que á fundirse en las medrosas luces,
con que el recuerdo los hogares llena,
vienen las almas y á pasar la noche
junto á nosotros, mudas y siniestras.

Para ver un instante á los que viven,
Infierno y Gloria en torbellinos dejan,
y, su país buscando cada espíritu,
los círculos recorre de la Tierra.
El mundo en esas horas enlutadas
parece todo una bandada inmensa
de almas paradas sobre tantas luces
cual hay en noche de verano estrellas.
¿A qué volvéis al mundo, almas errantes,
á mirar de los hombres la tragedia,
á oir sus gritos de dolor y verlos
despedazarse en lucha sempiterna?

De aquel hogar entre los fríos muros,
tú, espíritu, que mudo reverberas
en la luz que encendiéronte afligidos
tus hijos amorosos en tu ausencia,
contempla el cuadro tétrico de angustia,
comtempla el cuadro lúgubre de pena,

que envuelve á los que fueron tu esperanza
y que adoraste con tu fe más tierna.
Desamparados del calor humano
en el rincón de lúgubre vivienda,
¡cual estruja el dogal en un patíbulo,
los ajusticia el hambre amarillenta!

Mira, también, desde tu luz medrosa,
alma, en su lecho de dolor enferma,
la hija entre cuyos brazos expiraste
al alzar tus dos alas de la Tierra.
Disipóse en sus manos tu fortuna,
disipóse en sus manos tu riqueza,
y se fué marchitando aquella frente
que era la luna de tus noches bellas.
Igual que una azucena, en su almohada
hoy pálida se inclina su cabeza,
y tú vienes á verla en su agonía
y á recoger sus lágrimas postreras.
No llores de dolor, alma invisible,
sobre la llama en que palpitas presa,
pues matarías con tu propio llanto
¡la única luz de la espantable escena!

Tú, que al asilo paternal retornas,
¡oh, espíritu de virgen! arde y tiembla
viendo á tu noble padre deshonrado
por meretriz que relevó tu ausencia.
La atmósfera inefable de ternura
que tibia derramaba tu pureza
sobre sus canas de blancor sereno
que le tejieron patriarcal diadema,
se convirtió en ambiente gangrenado
que su sangre encandila y la envenena.
En su pecho se clavan las pasiones
como irritado pelotón de abejas,
y todas dejan su aguijón zumbando
en su ardiente y satánica cabeza.

Tú, herido Conde, espíritu terrible
que en el misterio de la luz te quemas,
que en lo interior del alabastro flotas
y restallante el vaso golpeteas:
tu profanado tálamo divisa
y mira en tu almohada dos cabezas
juntas como palomas en el nido
que al blando arrullo del amor se besan.
De la mesa en el mármol cincelado,
dentro del muro trasluciente, elevas
para el idilio ver, tu roja llama
que más roja la vuelve la vergüenza.
Rozando el agua donde flotas, gritas,
y tu grito estremece sus conciencias,
y se cubren la faz con los cendales
para no percibir tus anatemas.

—«¿Oyes la luz? Su grito me horroriza—
dice con voz de espanto la Condesa;—
más que el crujir de lámpara que muere,
parece el són de un alma que se queja.
—Las almas no retornan á este mundo—
le responde su amante con vehemencia,—
no pienses en fantasmas misteriosos,
cierra los ojos y en mis brazos sueña.»
Y la luz, en su cárcel encerrada,
otro alarido da, grito de fiera,
porraceando el transparente muro
con ira loca y con extraña fuerza.
—¡Apágala, por Dios!—ella murmura,
bañado el rostro en palidez de muerta;—
es mi esposo quien llama; en mis oídos
su voz, que enciende la venganza, truena.
Lió el cuerpo á su amante temblorosa,
y él, sacando del lecho la cabeza,
de un frío soplo, cual con un cuchillo,
mató la luz, que sollozó tremenda.

El alba, á poco, derramó indecisa
sus palideces por la azul esfera,
y vió en el fondo del brillante vaso,
debajo de la luz, gotas sangrientas...

ENCAJES DE LÁGRIMAS

Si cerca de mi pecho pusieras tus oídos,
sintieses á mis lágrimas lanzar lentos sonidos
allá en lo más recóndito de mi afligido sér:
son los cinceles fúnebres de gotas diminutas
que forman cual las lágrimas que ruedan de las grutas,
relieves y columnas que cuaja el padecer.

Y como ya no salen en ritmos triunfadores
de mi angustiado pecho los versos de esplendores
para vestir temblando la página ideal,
mi corazón llenóse de arcadas infinitas,
retablos y cruceros de mil estalactitas,
como un templo doliente de llanto hecho cristal.

Tan sólo oirás, si escuchas, las lágrimas que oran,
las gotas lacerantes que esculpen y perforan,
los golpes que implacables prosiguen su labor;
y están cien mil buriles como un perenne canto,
¡bordando á mis ensueños su túnica de llanto!,
¡bordándole á mi vida su velo de dolor!

LA CIUDAD DE HIERRO

Es la ciudad del porvenir: grandiosa
alza en la mente su visión radiosa
mostrando el babilónico perfil;
y al derramar el sol sus fuentes de oro,
brilla imponente en el inmenso foro
llenando el aire con sus torres mil.

Es la ciudad futura; sus palacios,
milagrosa creación de los espacios,
calados se alzan desde el pie á la cruz;
más finos que el cristal y más sutiles,
más bellos que el encaje y más gentiles,
parecen blonda de impalpable luz.

Los techos de sus plácidas viviendas
cóncavos finjen de gallardas tiendas
revestidos de amable majestad;
por sus salas y alegres miradores
el hierro deja cinceladas flores
bañadas de riente claridad.

Los arcos poderosos de sus puentes
lo mismo que cariátides valientes
la espalda encorvan en viril tensión;
y por encima síguense rodando
vehículos que broncos retumbando
se acordonan en rauda procesión.

Sus depósitos, anchos como mares,
arrojan de sus diques singulares
óxido en ríos de eficaz virtud;
y en sus cavernas líquidas se fragua
el milagro clarísimo del agua
con átomos de hierro y de salud.

Sus músicas y bélicos tropeles
en sus patios de hierro los cuarteles
mezclan en deslumbrante confusión:
hierro los muros, hierro los cañones,
de hierro los valientes escuadrones,
de hierro el invencible corazón.

Las aulas, los ovarios donde labra
los cerebros, la luz de la palabra,
dándoles base y fuerza varonil,
mostrarán á la luz férreas verdades
y harán de las nacientes voluntades
heroico arranque y decisión viril.

Las catedrales, desgarrando velos,
dispararán sus torres á los cielos
de nuevas Tablas de la Ley en pos;
y sus naves, talleres portentosos,
alzarán sus altares religiosos
á un no venido y esperado Dios.

Es el Cristo de hierro incandescente
no coronada la sublime frente,
no amoratada la divina faz,
el Cristo del trabajo y de la idea,
el que en el yunque del taller golpea
y escribe el Evangelio de la paz.

El Riego de los Mundos.

De la frente del Sol sale
el río de luz soberbia
con que se riegan los mundos
y las distantes estrellas.
Del Sol sale el nacimiento
con tal ímpetu y tal fuerza,
que se rechazan las ondas
y por brotar se pelean.
Después de salir se abren
en miles de hirvientes trenzas
que, atravesando los cielos,
á miles de órbitas llegan;
y cada raudal fecunda
su laberinto de sendas,
de trayectorias gigantes
que enlazan á los planetas.
Un *resurrexit* sublime
parece el polen que rueda
haciendo temblar los astros
atados á sus cadenas;
y esos Niágaras pujantes
de luz hecha sondas, hebras,
van dando saltos grandiosos
de una estrella en otra estrella.
Riego triunfal del espacio,
todo esos ríos lo anegan
y hasta los cielos remotos
de vida y de seres preñan.
Van rodando, van rodando
las ondas que se atropellan,
y al penetrar en los orbes
de gozo sus ejes tiemblan.
Los hemisferios trasponen
y en nuevos astros penetran
que, como claustros maternos
ó matrices gigantescas,

reciben en sus ovarios
generaciones diversas,
las escalas poliformes
que van de Dios á la bestia.
A otros satélites saltan
y á otras órbitas se enredan,
estremecidas vibrando
de alegría las moléculas,
y en mares de amor palpitan
gérmenes, savias y células
en ese abrazo infinito
del Sol y la vida entera.
Cual de un abanico salen
los rayos en líneas rectas
el encaje atravesando
de la redonda vitela,
así de la inmensa pira
los mil ríos se despliegan
y del redondo Universo
por los golfos atraviesan.
Ese enorme varillaje
es de luz, de vida y fuerza,
y sin cesar salta y fluye
como de fuente perpetua.
Al paso de su hermosora
las órbitas se alinean,
los rojos soles se extienden
en infinitas hileras,
engárzanse en largas filas
cien mil collares de estrellas,
y el río de luz potente
los áureos bancales riega,
los surcos de ardientes mundos
febril fecundiza y besa,
y en el jardín infinito
se dilata y serpentea
como un diluvio de llamas,
como una cópula inmensa.

DESDE LAS ROCAS

(Escrita siendo casi un niño el autor.)

También ¡oh mar! soberbio y dilatado
cual otros llego ante tu altiva frente;
también arrebatado
con ansia viva y entusiasmo ardiente,
corrí hacia ti con mi pasión á solas
desde el confín lejano de Occidente,
por oir los ecos de tu seno hirviente
y el ronco son de tus gigantes olas.

Soñé tu voz; con ímpetu violento
te vi, en mis sueños, revolverte airado,
y temblar agitado
con recio empuje en tu profundo asiento;
vi tus ondas soberbias levantarse
cual montes de cristal, embravecidas,
descendiendo después á dilatarse
por las playas de conchas guarnecidas;
te vi también de vaporosas brumas
teñir el cielo allá por el Oriente,
y en encrespados cúmulos de espumas
cubrir las rocas con afán creciente;
delirante, confusa, arrodillada,
mi mente vió tu inmenso poderío,
y gozó prosternada
cual ahora goza, viendo enajenada
que te soñé pequeño ¡oh mar bravío!

Detén, detén tu batallar constante;
detén las olas que á mi planta crecen,
y la arena estremecen
hollando altivas con valor triunfante:
deja te admire con creciente anhelo;
calme tus iras la templanza grata;
mire yo un mundo retratando á un cielo,
movible espejo de rizada plata:
permite ¡oh mar! que á mi placer te admire;
escuche yo tus ecos celestiales;
déjame que suspire,
y que gozoso mire
de tu fondo las perlas y corales.

Mas ¡ay! que lejos de escuchar mi ruego
te revuelves con trágico estampido,
y tu fiero rugido
que airado lanzas en tu furia ciego
ensordece mi pecho y mi sentido.

Y esas revueltas, levantadas olas;
ese piélago inmenso y tenebroso
que se eleva arrogante
cual soberbio gigante
en torbellino hirviente y poderoso,
cruzó Colón sagrado
tras un mundo soñado,
con planta firme y con serena frente.
¡Gloria á su nombre y á su ciencia gloria!
¡prodigue el mundo á su saber altares!
¡¡la horrible lucha de su gran victoria
se sabe sólo al contemplar los mares!!

¿Y sabes lo que dicen tus bramidos
piélago rencoroso y levantado?
la existencia de un Ser que te sostiene,
la existencia de un Ser que te ha formado,

y que en el cielo mora
de luz vistiendo su inmortal palacio,
y dirige la marcha triunfadora
de esos mundos que pueblan el espacio.

¡Escépticos! venid del mar extenso
á contemplar las ondas irritadas;
negad que un Dios con su poder inmenso
no detiene sus iras desatadas.
¡Dios! resuena en el piélago iracundo;
¡Dios! resuena en el cóncavo azulado,
y ¡Dios! repite el eco dilatado
por los inmensos ámbitos del mundo.

ORIENTAL

(De la niñez del autor.)

Bullen en mis jardines lujosas aves;
tengo en ricas estancias copas de oro,
y de marfil cargadas mis turcas naves
libres hienden las olas del mar sonoro.

Prisionera en su cárcel de filigrana
resbala de mi ninfa la planta leve,
y en su túnica envuelta de azul y grana
va enseñando las formas de su pie breve.

Bordan la fresca orilla verdes rosales,
lanzan las claras fuentes blandos rumores,
y responde al concierto de sus cristales
la voz de las calandrias y ruiseñores.

Tengo prados de rosas y de alelíes,
tengo rojos cojines de seda indiana,
y sartas de corales y de rubíes
para adornar la frente de mi sultana.

Donde mi bien amado duerme y suspira
guardo en lechos de plumas gasas flotantes,
ricas blondas preciadas de Cachemira
y áureas cintas sujetas entre brillantes.

Cuando en la azul esfera brillan los astros,
me brinda el arpa amante notas divinas;
y en las fuentes de jaspes y de alabastros
bullen entre la espuma libres ondinas.

Tengo de mármol raro bello recinto,
guardo en mi harem luciente rico tesoro,
la sabia perfumada del terebinto
y el árbol corpulento del sicomoro.

De Venecia y Castalia, Persia y Hungría,
guardo en conchas de nácar flores de perlas,
y soberbias guirnaldas de pedrería
que las turcas y egipcias lloran por verlas.

Ven, sultana, que el cielo brilla esplendente
y el mundo se despierta con sus rumores;
ven, que ya te saluda la clara fuente,
y trinan las calandrias y ruiseñores.

Ya despiertan del prado los alelíes,
Ven á mi harem, mi reina, ven mi sultana...
¡Para ti son mis perlas y mis rubíes!
¡¡para ti mis cojines de seda indiana!!

LA BANDERA

La bandera está tejida con mil hilos delicados
de las almas y las frentes por la patria entresacados;
es un palio enriquecido por la gloria y el honor;
es un tul de hebras tejidas con divinos sentimientos,
es un lienzo recamado de sublimes pensamientos
y es un paño todo espíritu y es un velo todo amor.

En un hilo está la pena y está en otro la alegría;
en un hilo está la ciencia y está en otro la poesía;
vibra en éste el entusiasmo y en aquél llora la cruz;
uno abriga el heroísmo; otro encierra la venganza;
otro esconde lo inefable; otro oculta la esperanza;
¡y son todos el cordaje de un gran órgano de luz!

Como ruecas misteriosas, los ardientes corazones
hilan, hilan la bandera con activas pulsaciones,
y al impulso de la patria nunca cesan de girar:
en su curso rotativo, cada ovillo rueda y rueda,
y cual tejen los gusanos el capullo de la seda,
va tramándose la randa con las hebras del telar.

Toman parte cien mil husos en la malla del bordado,
y cien mil devanaderas en el rítmico trenzado
que un sutil hilo recibe desde cada corazón;
las corrientes de hebras raudas van labrando el velo rico,
y cual prende un haz de rayos en su extremo un abanico,
en un haz tiene prendida la bandera á la Nación.

Son también hebras distintas de la flámula bizarra
polifónicos bordones de melódica guitarra
dulces sartas de cantares que sollozan su sentir,
áureas sedas de mantillas y abalorios sevillanos,
tallos secos y crujientes de trigales castellanos
y mil cuerdas de bandurrias no cansadas de reir.

Se entretejen al orgullo volador de las banderas
bucles de ébano y de oro de españolas cabelleras,
largas fibras de palmares que dan Elche y Murcia al par;
tristes notas del zortzico y galáicos orfeones,
y los ecos de entusiasmo que Aragón en sus canciones
echa al son de sus rondallas á la Virgen del Pilar.

Á ese velo de la patria intercalan como flores
sus espíritus las vírgenes, los mancebos sus ardores
la niñez sus santos coros, su alegría y su candor,
los soldados sus hazañas, sus laureles y sus rosas,
y la anciana que recita tradiciones milagrosas,
sus arrugas consagradas y sus lágrimas de amor.

La bandera es Evangelio por la raza consagrado,
es el lienzo de sus glorias en el viento desplegado,
el relato de sus triunfos, su grandioso porvenir;
la bandera es nuestra vida, nuestra raza prodigiosa,
nuestro amigo, nuestro hermano, nuestra madre, nuestra esposa
y el sudario donde envueltos hemos siempre de dormir.

La bandera es nuestra frente, nuestro pecho, nuestra mano;
todo sabio, todo artista, todo niño, todo anciano;
á dos Madres bendecimos, y ella ondula entre las dos:
quien la ultraje, á sí se ultraja; quien la eleve, á sí se eleva;
quien su honor al sol levanta, su virtud en alto lleva;
quien la mancha, á sí se mancha; ¡quien la besa, besa á Dios!

LAS «XANAS»

(TRADICIÓN ASTURIANA)

Ya subiendo de los valles
por las frondosas laderas,
va á refugiarse en los picos
de las montañas la niebla.
En las olas de las fuentes
ya la luna nacarea
y baila la luz su danza
en los cristales que juegan.
En el ambiente palpitan
las tembladoras moléculas
que en la quietud de la noche
tienen su invisible fiesta.
El manantial en las rocas
hilos sonoros babea,
y sobre el peñón la rana
repica su castañuela.
Todo en silencio suspira;
y de las aguas inquietas

que entre marcos de verdura
se columpian soñolientas,
mostrando los verdes ojos
y las largas cabelleras,
salen las *xanas* cantando
para tejer sus madejas.
Son sus pestañas de oro,
y son sus dedos de perlas,
y su pequeña escultura
está de nácares hecha:
sobre sus cuellos relucen
collares de gotas frescas
donde la luz de la luna
centelleando rïela;
y á sus cuerpos vaporosos
de ideales transparencias,
por túnica primorosa
se ajusta un jirón de niebla.

* * *

Cuando está todo dormido,
ellas del sueño despiertan
y sus telares disponen
para empezar la tarea.
Ved cómo surgen del agua
finas agujas y sedas,
hilos de bellos colores
y dedales y tijeras.
En los ovillos süaves
fulguran tintas diversas,
desde el azul de los lirios
al rojo de las cerezas.
Sobre cojines de espuma
reclinadas con pereza,
traman y tejen la urdimbre
de sus levísimas telas.
Bordan los velos del alba
con carmines que rojean
y entrelazan el rocío
en el cruce de las hebras.
Las púrpuras de la tarde
pliegan sus manos pequeñas
y fijan con arte mágico
un blanco lucero en ellas.
El arco azul de las olas
de plata y nieve bordean
para que tiendan su encaje
sobre las blandas arenas.
El ala leve del cisne
con primor pulen y peinan
y la satinan rozando
sus mejillas marfileñas.

Las azucenas nevadas
que crecen en las macetas
ellas con filos suaves
las recortan y puntean.
Las *xanas* tejen el velo
cuajado de finas piedras
con que las vírgenes puras
en el tálamo penetran.
Ellas del incienso alado
la espiral rizan y elevan,
y hacen el traje brillante
de las hadas y las reinas.
Con los hilos luminosos
de sus largas cabelleras
forman los flecos de luces
de las distantes estrellas.
El foco que las alumbra
es la luna soñolienta,
que preside la velada
bajando á jugar con ellas.
Silençio en la clara noche,
silencio profundo reina,
y el trabajo misterioso
cunde en las fuentes inquietas.
A las bellezas del mundo
consagran su arte y su ciencia
y tejen las maravillas
con que se adorna la tierra.
Ya la velada se extingue,
ya el nuevo día clarea,
ya los picos asturianos
bañan las luces primeras.
Dormíos bajo las olas,
xanas graciosas y bellas,
que ya el sol viene clavando
sus flechas de oro en la niebla.
Bajad á vuestras moradas
en donde el lecho os espera,
y entornad los verdes ojos
que ya al cansancio se cierran.
Cuando otra vez de la luna
brille la lámpara eterna,
volved de vuestra velada
á comenzar la tarea.
Mientras, las ondas movibles
como una hamaca os sostengan,
y vuestros sueños arrulle
el son del agua en las peñas.

CATALEPSIA

Tiene mi naturaleza
por cada mes un invierno,
y en esas fúnebres horas
en mi interior estoy muerto.

Desde niño me circunda
este insondable misterio;
no sé por qué resucito,
ni tampoco por qué muero.

Aurora, tarde y ocaso
en mí se van sucediendo,
cuando está el sol en mi sangre
y la mañana en mis nervios.

Hallo al despertarme un día
mi espíritu amaneciendo
y el bello Abril de las almas
borda de flores mis sueños.

Otra mañana me miro
por el otoño cubierto,
y tropel de hojas caídas
siento rodar por mi pecho.

Ahora mi espíritu cubren
negros celajes de invierno,
y triste son de canales
acompaña mis recuerdos.

Yerto y pálido me miro
como un inmóvil espectro
y asisto á mi velatorio
dentro de mi ser, que ha muerto.

Algunos, cuando detienen
los ojos sobre mis versos,
«la primavera—murmuran—
parece que brilla en ellos.»

Es que, cuando me incorporo
en la tumba donde duermo,
mientras Abril por mí pasa,
canto á la luz y á los cielos.

Luego, en el glacial sepulcro
á hundirme torno en silencio,
y otra vez pasan las hojas
rodando sobre mi cuerpo.

Cuando amanezca en mi alma,
daré al aire cantos nuevos,
y verás en sus estrofas
cómo te adoro y te quiero.

Habla mientras yo dormito
y arrúllame con tu acento,
como la música halaga
el dormir del cataléptico.

Después, cuando vuelva á abrirse
la primavera en mi pecho,
para ti serán las rosas
con que Abril borde mis sueños.

«ESFOLLAZA»

Junto á las pipas
donde fermenta
la sidra rubia
que el alma alegra,
y al de mazorcas
de rubias hebras
montón dorado
formando rueda,
mozas y mozos
la luz congrega
que en turbios rayos
baña la escena.
Tirando torpes
de lino y rueca,
junto á las llamas
hilan las viejas,
y desde el centro
la anciana dueña
anima á todos
con su presencia.
—Anden las manos,
calle la lengua,
quien más trabaje
premio se lleva
de peras dulces
y nueces frescas,
dice la anciana
mientras que atenta
cogiendo el huso
lo zarandea.
Las secas túnicas
que leves velan
de los pajizos
granos las cuentas,

al suelo caen
pedazos hechas
y su hojarasca
cruje y resuena.
—No haya una mano
dormida y quieta
(con voz cascada
dice otra vieja);
la moza lista
que dé risueña
con la mazorca
que roja sea,
cosa es segura
que en Nochebuena
ha de casarse
con quien la quiera.
—Pues reparemos
quién la tropieza.
clama una rubia.
—Será Josefa.
—Será Francisca.
—Será Teresa.
—Será Ramona.
—Será Manuela.
—No; será Juana
la del tío Penas,
que dicen, dicen,
háblelo ella,
que está al casarse
con Juan Riquezas.
—¿Esas había?
—¡Vaya, y tan esas!
como que afirman
que se la lleva
cuando su fruto
dé la cosecha
y estén los granos
en las paneras.
—¿Es verdad, niña?
¡Ay, qué de priesa!
—Eso susurran,
habla al fin ella
mirando al novio
que tiene cerca;
mas de palabras,
que el aire lleva
y habladurías,
¿quién hace cuenta?
—Que Juan explique
qué es lo que piensa.
—Sí, sí, que hable,
gritan diversas
voces, alzando
ruidosa gresca.

Y como aguardan
todas suspensas
para que diga
Juan lo que intenta,
desde su sitio
canta la dueña:
—Anden las manos,
pare la lengua,
quien más trabaje
premio se lleva
de peras dulces
y nueces frescas.
—Ya trabajamos,
pero interesa
que Juan nos saque
de la impaciencia.
—Pues lo que digo,
Juan les contesta,
es lo que ha poco
clamó la abuela:
si la mazorca
Juana tropieza,
será... *posible*
que en Nochebuena
pueda casarse
con quien la quiera.
—Será contigo.
—Lo diga ella
si hablarlo gusta,
que bien pudiera
de la vendimia
que está bien cerca,
hasta el encierro
de la cosecha,
topar con otro
que amar le hiciera,
y yo *per istam*
quedar en éstas.
—¡Qué cosas tienes!
la novia expresa
bajando herida
la frente á tierra.
—Toma, quién sabe
de aquí á que venga
con sus ventiscas
la Nochebuena,
si el mundo, hermosa,
dará cien vueltas.
—¡Ay, qué orgulloso!
¿Ves, Indalencia?
clama una moza
con la voz queda.
—Sí, por supuesto,
la otra contesta,

de eso la culpa
la tiene ella.
¿Quién le ha mandado
que le quisiera
ahí porque tiene
cuatro pesetas?
Hombre más necio
no hay en la tierra.
—¡Vaya unos humos!
otras agregan.
—¡Jesús, qué tonto!
—¡Jesús, qué pelma!
—¡Qué presumido!
—¡Qué independencia!
Y entre el murmullo
canta la dueña:
—Anden las manos,
calle la lengua,
quien más trabaje
premio se lleva
de peras dulces
y nueces frescas.
—Lo que yo haría,
si tú que fuera,
es—dice al mozo
linda mozuela—
ir á la corte,
ver á la reina,
de mis tres vacas
y tres ovejas
ponerle en dote
lo que valieran,
y en seguidita
boda á la iglesia.
—¡Já, já! prorrumpen
á la ocurrencia
mozas y mozos,
viejos y viejas.
Muerde sus labios,
que colorean,
dolido el hombre
de la saeta;
y á alzar ligero
va con la diestra
la cachiporra
que tiene cerca,
cuando entre gritos,
risas y fiestas
gritan cien voces:
—¡Ya dió con ella!
¡Te casas, Juana!
¡Sea enhorabuena!
Corrido el mozo,
toma la puerta

y al irse exclama:
—¡Pues estás fresca!

* * *

Así en las noches
de obscuras nieblas,
la divertida
gente celebra
sus «esfollazas» regocijadas
de la asturiana preciosa tierra.

BORINES

De Asturias en los confines,
al pie de verdes montañas,
está el precioso Borines
entre brezos y espadañas,
cual nido de serafines.
Con diadema de castaños
corona su sien florida;
y á su suelo, años tras años,
les dan virgiliana vida
con su idilio los rebaños.
Paisaje más peregrino
no pudo el pincel trazar
ni componer con más tino;
Borines, por lo divino,
parece un campestre altar.
Flora de pálidas tintas
prendida entre los boscajes,
labra con hojas distintas
sartas de mágicas pintas
en policromos encajes;
y abriéndolos en la falda
llena de bosque frondoso
con que el monte se enguirnalda,
á Borines delicioso
se los cuelga por la espalda.
El encanto singular
de los más bellos jardines
brinda al alma aquel lugar:
id á admirar á Borines,
¡porque mirarlo, es sanar!

* * *

La tarde que lo admiré
no la olvida la memoria;
en su estancia penetré
y un momento imanigé
que me hospedaba en la gloria.
Cayendo del manantial
que le da gracia y virtud

cantaba el fresco raudal
la canción de la salud
en el vaso de cristal.
Por la vena misteriosa
que rasgó con ancha herida
Naturaleza piadosa,
daba su sangre preciosa
en transfusiones de vida.
Con generosa grandeza
daba su don soberano
á la mundana flaqueza;
¡que hace la Naturaleza
lo que no hace el pecho humano!
Sus claras gotas probé
con fe piadosa y sencilla,
y cuando el vaso elevé,
por sus tallados miré
la Virgen de la capilla.
Ella con tierno cuidado
vela los males ajenos,
y desde trono adorado,
los dulces ojos serenos
baña en el curso sagrado.
Allí el enfermo doliente
cobra la paz venturosa
al beber tranquilamente
la cristalina corriente
del agua maravillosa.
A las largas galerías,
llenas de ambiente y de luz,
llegan de las lejanías
buscando fe y alegrías
cada enfermo con su cruz;
y al refrescar afligidos
en el agua sus ardores,
sienten de gozo rendidos,
que en sus hombros doloridos
la cruz se vuelve de flores.
Allí el cuerpo macilento
halla la fuerza perdida
en el campestre aislamiento
y en los gérmenes de vida
de los efluvios del viento.
Mesa limpia y regalada
que mantiene la riqueza
de cien manjares colmada,
restituye la cansada
y endeble naturaleza;
que en admirable concierto,
cual si de Dios fuese hechura,
ofrece Borines, cierto,
al alma tranquilo puerto
y vigor á su envoltura.

* * *

¡Lugar de eterna fragancia,
casa de santa alegría,
que levantaste tu estancia
del amor y la constancia
con la enlazada armonía.
Para erigir tu hermosura
te dió la ciencia saber,
puso el alma su ternura,
la riqueza su poder
y el campo su galanura.
Los pueblos vayan á verte
como yo á mirarte fuí
ansioso de conocerte,
¡que quiso el cielo, al hacerte,
poner mil gracias en tí!
Y á quien trocó tu mansión
en paraíso de España
y arrancó al monte su don,
Dios le otorgó un corazón
más grande que la montaña.

DEL PUEBLO Á LA CORTE

(POPULAR)

En el talle luciendo galas y prendas,
y á los lomos cerriles de una potranca,
con su tío Andurriales, que es de Alcobendas,
vino la flor más linda de Polvoranca.
Quiso ver los Madriles haciendo dengues,
y por mejor rendirles pleito homenaje,
se colgó lazos, plumas y perendengues
y vino hecha una reina tosca y salvaje.
Es chata la vistosa polvoranqueña,
y ella está en el engaño de que es divina;
tiene la tez quebrada y aceituneña
y en dos partido el labio, porque es boquina.
Lleva una pañoleta de cien colores
hecha por ella misma con mil estambres,
y en los ganchillos luce como primores
cuentas de vidrio presas en los alambres.
Vela sus recios brazos ennegrecidos
entre bordados, charros por lo flamencos,
y los pies de la moza, que son crecidos,
van en los dos zapatos como en dos cuencos.
Ocho pares de enaguas huecas y orondas
lleva atadas al cuerpo por rico empaque,
y bajo de las sayas y de las blondas
la cúpula grandiosa del miriñaque.
Colgóselo gozosa, por más que antigua
fuese la inflada prenda, dócil al tacto,

para honrar á su abuela, seca estantigua
que en herencia dejóle tal artefacto.
—¿Vamos á la comedia, chica—le dice—
ansina que cenamos y que escansemos?
—Sí, que quió ver la fiesta que llaman Price
pa que luego contamos lo que miremos.
Y los dos, las miradas poco tranquilas,
en el Mesón del Peine dan admirados,
con iguales fijezas en las pupilas
que tienen los mochuelos embalsamados.
—Verás—dice á la moza—por más que es cara,
qué comía nos ponen, ¡cosa prefeta!
ca uno en plato aparte con su cuchara,
y á modo de babero la servilleta.
Un arroz y unas uvas fueron banquete
de los recién llegados al centro y corte;
y el *palillo* entre labios y de *bracete*,
echaron á la calle su egregio porte.
A la estrecha de Postas, no muy distante,
fueron á dar unidos en un momento,
y los llevó á la Puerta del Sol gigante
la vorágine inmensa del movimiento.
Dejaba por los cielos ensangrentados
el crepúsculo triste notas disueltas,
y azules terciopelos de oro manchados,
inflamaba en la lumbre de franjas sueltas.
Telefónicos hilos red esplendente
alargaban cruzando sobre el abismo,
y eran en la estruendosa ciudad hirviente
el sistema nervioso del organismo.
Tornaban de los anchos, grandes paseos,
por los normandos troncos arrebatados,
los rápidos vehículos con sus arreos,
rechinantes hebillas y aros dorados.
Ya el cuadro obscurecido por lumbre incierta,
llenábase de leve, flotante bruma,
y desgajaba en taza de ondas cubierta
la fuente su ramaje de luz y espuma.
Pletórico de gente, congestionado,
todo se entremezclaba sin armonía,
y en medio de su marcha paralizado,
su pitido estridente daba el tranvía.
Las luces, en sus urnas aprisionadas,
débiles se inflamaban una tras una,
y los globos voltaicos sus mil espadas
vibraban como azules lampos de luna.
Y un vals alado, alegre, vivo, brillante,
que recordaba el bello y *azul Danubio*,
lanzaba un organillo con voz vibrante
mientras fingía el cielo rojo Vesubio.
—Vamos, sube aquí arriba—dijo indulgente
el tío, desde un *Ripert* que ya partía;
ella pisó el estribo tirando gente,
y entrar quiso y sentarse, mas no cabía.

Yendo á las dos taquillas entre los coches,
el hombre, en la cintura la mano puesta,
dijo cuando hubo dado las buenas noches:
—Vengan dos papeletas pa mí y pa ésta.
Regateó, tomólas refunfuñando;
eran dos sillas; paso luego se hicieron,
y por entre la gente, como nadando,
al lado de la pista comparecieron.
Quiso ir ella á su asiento, mas cosa vana;
cayó de un caballero cogida al fraque,
y cual badajo dentro de la campana,
rodó su cuerpo dentro del miriñaque.
Fué grande la algazara, si el lance tonto,
y una dama elegante clamó:—¿Qué ha sido?
y un andaluz con gracia dijo de pronto:
—¡La cúpula e Zan Pedro que za caído!

LA FRESA

Ya aparece en las esquinas,
ya aroma el aire la fresa
que se crió en los jardines
de Aranjuez y de Valencia.
Como los lechos las pasas
y los joyeros las perlas,
la aprisionan entre mimbres
en sus óvalos las cestas.
El puesto donde se ofrece,
con su báscula pequeña,
su tarjeta fina y blanca
puesta á guisa de bandera
y su alegre vendedora
que agita cuartos y pesas,
por su agradable frescura
y su elegancia risueña,
parece que está idëado
para un dibujo de Huertas.
A Aranjuez el Tajo ciñe
y la mar trova á Valencia,
y frescuras de ambas aguas
lleva el jugo de la fresa.
De castellanas hermosas
y valencianas trigueñas,
besa los labios el fruto
que nació en zonas opuestas;
y no sé, siendo tan lindas
pálidas como morenas,
por qué la *aranjueña* tiene
en el fruto preferencia.
Bésenme todos los labios
de Extremadura á Valencia,

y desde el bello Galicia
hasta el confín de mi tierra,
que yo igualo los productos
y borro las diferencias,
siempre que llegue á mi boca
un beso por cada fresa.
¿Quién no ve en el vivo fruto
bañado en tintas bermejas,
rimas de labios sanguíneos
que entre nácares rojean,
de capullos que en las ramas
rompen brillando sus celdas,
de madroños naranjados
y de tempranas cerezas?
Un pleito en trámite tiene
la madre Naturaleza,
sobre cuál es más preciosa,
si la guinda ó si la fresa.
Para diversos sentidos
tiene delicias diversas;
para el tacto, terciopelo;
para el olfato, la esencia;
para el paladar, sabores;
para el mirar, tinta bella.
Embriagador su perfume,
dentro del alma penetra
y la fugaz fantasía
fragua imposibles escenas.
Bajo dosel valenciano
de guindos y de moreras,
entre pálidas mujeres
finjo que paso la siesta.
Presa en manteles de flores
se halla extendida la mesa,
y en las árabes vasijas
nada, entre el vino, la fresa.
Al son armónico y triste
de la huertana vihuela,
gustan los labios el fruto
que con los besos se mezcla,
mientras bailan dos hermosas
lleno el cabello de perlas
y el regio busto cautivo
en crespón de lentejuelas.
A la mudanza graciosa
canta una linda morena:
«Como el gusano enredoso
labra el capullo de seda,
así mi amor va labrando
los hilos de tus cadenas.»
Después la fiesta prosigue,
hasta que el aire refresca
con perfumes de la tarde
los senos y las cabezas.

Entonces el viento mueve
las frondosas alamedas
y se diseña la luna
en el confín de la huerta.
Para gustar tus delicias,
fruto de mágica esencia,
no me importa que te críes
en Galicia ó en mi tierra.
Si cada aromoso fruto
un rojo labio semeja,
¡bésenme todos los labios
de Extremadura á Valencia!

LA NIEBLA

Del Norte se desprende; es la ondulante niebla
ejército callado que las llanuras puebla
y viene de los montes allá por el confín.
Cogidas de sus colas avanzan las visiones
y envuélvense en sus amplios medrosos capuchones
sin ruidos militares ni toques de clarín.

Por tajos y por valles, por ramblas y por peñas,
surgiendo de los ríos, saliendo de las breñas,
cada escuadrón flotante se enlaza en otros cien.
Compacto el gran ejército resbala sigiloso
y escucha precavido y acecha cauteloso
si del opuesto bando las flámulas se ven.

Lejos van á la huída destellos y colores,
tornasoladas tintas y rojos resplandores,
corriendo del inmenso fantástico capuz;
y las revueltas huestes, vencidas y espantadas,
llevan carmín de sangre, banderas destrozadas,
y heridas dolorosas fingidas por la luz.

Del siempre fragoroso y audaz Despeñaperros
cruza el tropel brillante por los agrestes cerros
y da en la luminosa bellísima región;
y allí se posesionan matices y esplendores
del cielo de Murillo, del cáliz de las flores,
de huertas y jardines en viva confusión.

La niebla en tanto arrastra su velo por las sendas,
agáchase en los surcos, registra las viviendas,
y palpa los peñascos buscando muda lid;
y alárgase y rastrea metiéndose en las frondas,
enrédase en las cruces, difuma las rotondas,
y lenta paso á paso intérnase en Madrid.

No adornan al ejército de pálidas figuras
espadas ni broqueles, herrajes ni armaduras,
ni lanzas como rayos dispuestas á matar.
Hiere con la tristeza, de la que embarga el pecho,
y lleva bajo el manto, de luz y sombras hecho,
tentáculos que saben el alma aprisionar.

Y los revuelve y gira, y clava y prende en ellos,
cual en dogal de pena los angustiados cuellos,
los tiernos corazones como en inmóvil cruz;
arranca de los labios suspiros y sollozos,
y encierra los espíritus en hondos calabozos,
que avivan la doliente nostalgia de la luz.

Quiere el humano brazo luchar con las visiones,
y airado se alza y vibra, queriendo sus pasiones
de encono y rabia al punto furioso desatar.
Se tiende en lucha vana contra el dogal sangriento,
descarga el golpe rudo, y el golpe da en el viento,
y no halla ningún modo de herir ni de matar.

Los mantos opalinos flotantes arrastrando,
los escuadrones llegan las calles asaltando,
las plazas invadiendo en lóbrego tropel;
como macabra ronda la turba se adelanta
puesta en el suelo apenas la vaporosa planta
y al aire el cuerpo ingrávido que encubre el alquicel.

«¿Quién vá?» salir parece del séquito de bruma
bajo el aéreo embozo más tenue que la espuma,
al detener la niebla su débil ondular.
Nadie á la voz responde tras del espeso manto,
y siguen los fantasmas como en el Viernes Santo
la procesión camina con misterio andar.

Mas ya el contrario ejército sus fuerzas restituye,
ya la venganza ansiando por las llanuras huye,
trayendo entre sus huestes por general al sol;
tropas de luces parten de Málaga y Sevilla,
da sus reflejos Cádiz, del agua maravilla,
y de sus cielos Córdoba las tintas y arrebol.

Por montes y por llanos las tropas hormiguean,
y limpias las espadas al sol relampaguean,
lanzando haces de rayos que tiemblan al brillar;
pasan por las banderas cien vivos resplandores,
y avanza el gran ejército de chispas y colores
con rutilante marcha la niebla á desgarrar.

Y la batalla empieza; y arranca, purpurina,
chorros de sangre rojos la luz de la neblina
que escapa y se repliega del monte en el confín.
Los cuerpos se deshacen, se rompen las espadas,
y ruedan las coronas de lumbre salpicadas,
entre esplendentes llamas de púrpura y carmín.

Vence la luz radiante, y rota en mil jirones,
la niebla aniquilada se lanza á otras regiones
de cielo más obscuro y menos español.
Y deja de arreboles, que ardiente reverbera,
en cada aguda torre, clavada una bandera
la mano incandescente del victorioso sol.

RESURRECCIÓN

POEMA EN SIETE CANTOS

Al Consejo Nacional de Mujeres *de Buenos Aires, á quien debo gratitud eterna por los singulares honores de sus fiestas.*
Presidenta, ilustre Sra. Alvina Van Praet de Sala.

RESURRECCIÓN

POEMA

CANTO I

¿No conocéis á la elegante Flora,
la rubia joven cuya sangre ardiente
es mitad valenciana, mitad mora?
Finge su cuerpo un mármol transparente
donde, azuladas víboras, las venas
se retuercen con giros de serpiente.
Sus pupilas son verdes y serenas,
verdes como los mares tormentosos,
dulces como el cantar de las sirenas.
Mueven sus pensamientos ambiciosos
la moda, el lujo, el oro que deslumbre,
los trenes esplendentes y ostentosos.
Y viéndose en la eterna pesadumbre
de la honrada pobreza, quiso alzarse
del esplendor á la elevada cumbre.
Para en ajenas alas remontarse,
puso en venta su amor y formas puras
y pudo con su precio engalanarse;
y así, el cuerpo en la luz y el alma á obscuras,
de alegre fiesta en bacanal sonora
va eclipsando rivales hermosuras.
Veinte abriles escasos tiene ahora,
y cada abril parece que en su cara
dejó los resplandores de una aurora;
tiene aspecto de estatua de Carrara
impasible y serena, que un Cleomenes
con arte primoroso cincelara;
y dado al aire el seno alabastrino,
miradla allí en la orgía,
del incitante vaso cristalino
sorber la borrachera á bocanadas,
y repetir el tema peregrino
de ir echando unas perlas irisadas
como Cleopatra en el ardiente vino.

No hay en torno ni lunas biseladas
ni divanes de caro terciopelo;
de *Los Viveros* en estancia obscena,
sólo alumbrada por arañas frías,
quiso á Flora mirar su rico amante
con otras entregada á sus orgías.
Danzó *la Macarrona*, una gitana
reina del baile en toda Andalucía
y también en la corte castellana,
y después que el Marqués, dueño de Flora,
gozó viendo el girar de tanta vuelta,
—Que ahora baile mi rubia valenciana,
dijo, y que luzca su figura esbelta:
anda, baila el *bolero* ó la *chacona*
y retuerce del modo que tú sabes
las líneas de tu espléndida persona.
De *cañas* y de alegre manzanilla
la ancha mesa mirábase colmada,
y para verla desde orilla á orilla
de vino y de cristales despejada,
Flora arrancó de sus nevados hombros
un soberbio mantón lleno de rosas
que de una primavera se diría,
bordado con brillantes mariposas,
y tirándolo encima de la mesa
barrió con él las copas escanciadas,
y lo arrojó su mano de princesa
con las flores de vino salpicadas.
Subió luego arrogante
para bailar el andaluz bolero,
y en el supremo instante,
¡de andrajos lleno y lúgubre el semblante
apareció en la zambra un pordiosero!
—Una limosna, por amor, señores,
clamó con voz tristísima el anciano,
á quien el Cielo dió cuantos dolores
pueden caber en corazón humano.
Giró los ojos para verlo Flora,
y quedó en su actitud petrificada,
no de dolor ante la voz que implora,
sino de ira que el pecho le devora
al conocer á la visión odiada.
Era su padre el tétrico mendigo,
su padre abandonado,
de labios sin color, manos entecas,
y mirada de triste moribundo,
¡que al suelo echado cual las hojas secas,
va pegando porrazos por el mundo!
¡Oh! ¡Quién dijera al infeliz anciano,
cuando tomaba á Flora en su rodilla,
ella niña inocente y él ufano
de sostener tan grande maravilla,
que aquel capullo, al contemplarse abierto,
que aquellas manos, al crecer lozanas,

lo dejarían solo en el desierto
sin una piedra en que inclinar sus canas!
Muerta del viejo la adorada esposa,
él meció á Flora en la tranquila cuna,
él le sirvió de madre cariñosa,
y la adoró con exaltado anhelo,
y porque alzara hacia lo azul la frente
y echase á andar, la levantó del suelo.
Por él fué en los deberes instruída
y en santas oraciones ilustrada,
y millares de veces adormida
y millares de veces despertada.
Los cantos que las madres canturrean
al pequeñuelo rey de sus amores,
él entonó á la luz de sus entrañas
meciéndola con blando movimiento,
y al verla que entornaba las pestañas
la recostaba con callado tiento.
Después, de la niñez en los confines,
cuando su alma sintió la primavera,
él la vistió de velos y jazmines
para tomar la comunión primera.
Y esta flor por el viejo cultivada,
sonrisa y luz de todas sus auroras,
en mujer transformada,
abrió después las alas voladoras
cegada por el lujo y la riqueza,
y el nido abandonó y al triste anciano
¡dejando un torbellino en su cabeza
más grande que el furor del Océano!
Quien llegó á merecer del don divino
una hija sola, para el bien nacida,
y la llevó á través de su camino
alumbrando de amor toda su vida,
quien puso en ella su ventura toda
al trasmitirle el alma con su esencia,
y miró, enamorado, por sus ojos
el cuadro universal de la existencia,
y ve que esa mujer, libre en la vida,
es el juguete vil de todo necio,
es de cualquier borracho la adorada,
es de cualquier canalla el menosprecio,
es de cualquier cabeza la almohada,
ése sólo sabrá la angustia inmensa
que recibió el humilde desgraciado
al entrar en el sitio de la orgía,
y contemplar entre el obsceno coro
á su hija, al sueño de su vida entera,
sirviendo de bufón y de ramera
á bestias sin pudor y sin decoro.
Fué el golpe tan tremendo, que el mendigo
sintió bajo sus pies írsele el suelo,
faltar el aire á su pulmón cansado,
saltar su vida y desquiciarse el cielo.

Un enjambre espantoso de emociones
picoteó sus carnes de improviso,
y el desdén, la venganza, la ira, el odio,
cuanta pasión atormentarle quiso,
germinaron en llamas de coraje
para salir en rayos por la boca,
como en cólera rompe el oleaje
al deshacerse en la impasible roca.
Luego miró su forma delicada,
se ungió en el resplandor de su mirada,
inundóse de gloria
en su semblante, que le trajo al alma
los recuerdos pasados de su historia,
y deshecho el coraje de repente
y en ella toda su existencia fija,
al suelo se tiró como un demente
y clamó con la voz hecha un torrente:
—¡Una limosna de cariño, hija!
Quedó el Marqués atónito y perplejo
ante la escena trágica, mirando
por tierra echado al tembloroso viejo,
y no lo alzó en sus brazos, que, furioso
al ver que se turbaba la alegría
por un pobre caduco y andrajoso,
dijo á la joven:—Tienes, Flora mía,
un padre cual ninguno,
sentimental y de actitudes graves,
muy bien vestido y, sobre todo, ¿sabes?
sobre todo, oportuno.
—Vaya, añadieron varias *cantaoras,*
Dios le socorra, hermano,
y él mejore sus horas;
¡pues no le da muy fuerte al pobre anciano!
—Perdone usted por Dios, dijo al fin ella
con palabras de un frío penetrante
que recalaron en el triste viejo
como una espada rígida y cortante.
—¡Oh, malvada hija mía!, rugió el pobre,
como un fiero león desenjaulado.
¡Para ese pago, digno de los perros,
con gotas de mi sangre te he criado!
No has de quedar riéndote gozosa
en unión de tu infame compañía.
¡Toma!—y alzando el trémulo mendigo
el palo que sus penas compartía,
lo descargó terrible sobre Flora
después de tropezar en las arañas,
que despidieron lluvia tembladora
de lágrimas de luz sobre las *cañas.*
—¡A ver, mozo! llamad la policía
y llevarse este viejo escandaloso,
gritó el joven Marqués con energía.
—¡Pues no es floja jarana la que ha armado
de bofetadas, chica, el loco viejo!

—Ese debe de estar destornillado.
—Yo, si lo sé, no vengo.
—Yo tampoco.
—¡Porque Flora sea libre esa algazara!
—¡Ay, qué cosa más rara!
debe de estar el pobrecito loco!
Penetró una pareja, y agarrando
al anciano y á Flora, que reñían
cuerpo á cuerpo los dos forcejeando,
de Madrid emprendieron el regreso
para buscar la prevención distante;
primero ella camina
con su mantón espléndido y brillante;
detrás el padre hacia la tierra inclina
el rostro por las lágrimas bañado;
y murmuraba, viéndolos, la gente
este juicio purísimo y honrado:
—¡Mira el viejo insolente!
á la cárcel con él por indecente
y querérselas dar de enamorado!

CANTO II

Guripas, tomadores, asesinos,
borrachos, seres de infeliz historia,
distintas almas y diversos sinos,
cuanto es del alma fetidez y escoria,
formaban el cortejo pavoroso
de la antesala del cadalso horrendo,
y á su umbral tenebroso
Flora llegó con aire desdeñoso
y el padre que su paso iba siguiendo.
—Lo que debe usté hacer, dijo al anciano,
si es hija suya, un guardia compasivo
que era á la vez un digno ciudadano,
es meterla por gracia del Congreso
en la casa que admite á esas mujeres
allá por Pozas, en el Buen Suceso.
—Ya hablé á la directora
y lo dispuse todo; pero ¿acaso
fácil será que lo consienta Flora?
—Si quiere usted, lo sacaré del paso;
pasad la noche juntos, y á la aurora
vendré otra vez resuelto
á llevarla, diciendo que al juzgado,
y cuando acuerde, el pájaro ahora suelto
se encontrará seguro y enjaulado.
—Acepto ese servicio,
que Dios le pagará, y hasta mañana.
Y el padre y Flora, entre el soez bullicio
de aquella gente ruin y deleznable
parecida á un humano estercolero,
entraron en la sala miserable
como reses que van al matadero.

Al ver llegar á la mujer esquiva
envuelta en su mantón de mil colores
como en una bandera llamativa
de la juerga, del vino y los amores,
pendencieros y ratas la aclamaron
con *¡olés!* á la chula y á la diosa,
y hasta la gorra algunos le tiraron,
á falta del obsequio de una rosa.
Cesó de requebrar la gente aquella
á una seca razón del polizonte,
y en un extremo el padre y también ella
quedaron en su suerte meditando:
Flora, mil estrategias preparando
para escapar cuando viniese el día,
y él la oferta del guardia acariciando
para encerrar al ave que quería
abrir las alas y salir volando.
Cuando ya de Madrid sólo sonaba
allá á la medianoche,
algún errante coche
cuyo rumor muy lejos se borraba,
el mendigo sintió, dulce y latente,
la presión de una frente que caía
por el sueño rendida y derribada,
y al tocar y al sentir que era la frente
de Flora misma, de su pobre Flora,
del corazón subiósele un torrente
de lágrimas en lluvia bienhechora,
¡del corazón aquel, ya lesionado,
que pronto iba á quedar dentro del pecho
para siempre, al morir, paralizado!
¡Oh, qué ternura inmensa
por el alma cruzó del pobre loco,
loco de bienestar y de delicia,
al sentir en su cara el roce humano
de aquella frente blanca cual ninguna,
tan bella y blanca, que creyó el anciano
¡que descendía hasta su ser la luna!
Toda la historia, entonces, de su vida,
como por una evocación del Cielo,
vió el pobre aparecer restablecida
y dibujarle escenas y lugares
de cuando niña la inocente Flora
él solía llevarla á los altares,
ó de tiempo más bello y más remoto,
del tiempo aquel, ya para siempre ido,
en que, recién casado y anhelante,
por el amor de padre ennoblecido,
agarraba con súbita alegría
á su linda pequeña en un abrazo
y al lado de la cuna la dormía,
cual ahora duerme en su feliz regazo.
Pensaba el padre, entonces venturoso:
«Mi hija será una diosa afortunada,

á quien acaso un príncipe amoroso
le ofrecerá un palacio por morada;
será un alma sensible
para todo mendigo desgraciado,
huirá del vicio horrible,
y tendrá un corazón puro y honrado».
Así pensaba el padre, la mirada
dirigida á la luz del sol naciente
y llevando, cual lámpara sagrada,
el rayo de la fe sobre su frente.
Y ahora compara con aquellos sueños
la realidad de que se ve cercado,
y núblase de nuevo su mirada,
pues ve con amargura verdadera
¡que es la prisión la señorial morada,
y que tiene en su pecho reclinada
no á casta diosa, sino á vil ramera!
Procurando no hacer un movimiento
porque la hija infeliz no despertase,
pues iba á ser el único momento
que el Cielo compasivo le otorgara,
en que iba á ser bañado por su aliento
y á estar junta su cara con su cara,
como estatua impasible
toda la noche estuvo el desgraciado
vigilando cual mudo centinela
el dormir de la gente, entrecortado
por la conciencia á quien mantiene en vela
el aguijón agudo del pecado.
Oyó todos los ayes y lamentos
que en la alta noche piensan los sentidos
que van flotando en los lejanos vientos;
contó miles de veces los latidos
del propio corazón atormentado;
percibió los rumores
confusos y sin nombre que se enredan
en músicas levísimas y extrañas
y que giran y ruedan
despertando en la mente mil patrañas;
oyó toses distantes,
porrazos pavorosos bajo el suelo,
removerse de seres invisibles
que van tejiendo el incansable vuelo
en danzas misteriosas é imposibles;
y aunque ya su organismo no sentía
la vida andar, dormido en su postura,
era para él tan amorosa y tierna,
por retenerlo Flora con sus lazos,
que así estuviese en posición eterna
para jamás soltarla de sus brazos.
Sonó en las torres la oración del alba
que despierta á los hombres á la vida
y arranca al coro de las aves salva;
y la lengua de Dios, desde los templos

que abren sus puertas con gemir de gonces,
decir parece á la familia humana
al son robusto de los graves bronces:
«De nuevo arriba á entretejer tu historia
y á templar en la lucha tu conciencia,
que el trabajo es la escala de la gloria
y galardón su ruda penitencia:
como ocupa su puesto en la armonía
cada nota formando la plegaria,
es del mundo en la vasta sinfonía
cada espíritu nota necesaria».
Así Dios dice al hombre, y sólo aquellos
dados al robo, al vicio, á los placeres,
notas sobrantes de la gran orquesta
que, al disonar, rompieron los deberes,
no oyen la voz del alto campanario;
nadie oyó en la prisión su llamamiento
más que el viejo, que alzó su pensamiento
y rezó compungido y solitario.
—¡Pronto, vamos, que ya amanece el día;
usted y esa mujer vengan conmigo,
que vamos al juzgado en un momento!
díjole el guardia al mísero mendigo,
cumpliéndole el sentido ofrecimiento.
Abrió Flora los ojos asustada,
repeliendo á su padre con presteza
cual si hubiese arrojado la almohada,
y alzando la cabeza,
llena de encono y de furor salvaje,
púsose en marcha, hermosa en su fiereza,
devorada de orgullo y de coraje.
No pudiendo escapar, siguió el camino
con su pisar de corza no domada,
con su elegante andar nervioso y fino
de alta mujer arisca y delicada.
Llevaba los cabellos desatados
y unos claveles en las ondas presos,
por la mala postura reventados;
en un velo de flores
el mantón soberano la envolvía,
y mujer tan gallarda y hechicera,
toda llena de rosas, parecía
la imagen de la alegre primavera.
Llegaron á la casa que abrió al mundo
una dama sin par, de España gloria,
refugio santo en que lo más inmundo,
la pública mujer, suelta su escoria,
vuelve el alma á la luz, cobra el tesoro
de la perdida fe, y acrisolada
en la casta virtud y en el decoro,
torna á la vida, pura y rescatada.
Se abrió la puerta, y penetrando Flora
quedaron fuera el guardia y el anciano,
y se cerró la puerta redentora

y no escuchóse ni murmullo humano.
Cayendo de rodillas en el suelo,
á Dios bendijo por la gracia aquella
el viejo alzando una oración sentida:
¡con tal que pura se volviese ella,
qué eran las penas de su propia vida!

CANTO III

Micaela llamábase la dama,
que un título llevó de alta nobleza
y que alcanzó en la historia brillo y fama
por su alma grande y su ideal pureza.
Llena de ardiente amor, dió su fortuna
para educar con ella á las mujeres
que quieren en el lodo de la vida
dejarse su pasado y sus placeres,
y recobrar de la virtud perdida
la santa paz cumpliendo sus deberes.
Templo es la casa que les dió, dotado
de talleres y cátedras y escuelas;
les dió también su nombre venerado,
y por eso se llaman *Micaelas*.
Cuando Flora miró que de repente
encontróse en la casa bienhechora,
y que en lugar del juez y de su gente
la recibió una espléndida señora
que con cariño la besó en la frente,
creyó asistir á la visión de un sueño
que halagó sus sentidos delicados,
más al ver á la dama sonriente,
de ojos á bien mirar acostumbrados,
enlazar con un brazo su cintura
y darle gracias por haber querido
ir tan gallarda y celestial figura
á distraerla un poco de su olvido.
—Tienes un nombre primoroso, ¡Flora!
y en tu cara revelas
que bien pudieran designarte Aurora;
nosotras nos llamamos *Micaelas*
porque un tiempo dejamos de ser puras;
éste es nuestro refugio sosegado,
donde halla el corazón dichas seguras,
ni envidioso del mundo ni envidiado.
No sabes la alegría
que siento al contemplarte, niña hermosa,
porque vienes á darme compañía;
Dios te pague tu gracia generosa.
Dame una flor de las que vas luciendo,
en señal de amistad, si algo me quieres,
y pídeme tú á mí nuevos favores;
¡perdóname el antojo, pues las flores
nos seducen á todas las mujeres!

Comprendió Flora, al fin, el dulce lazo
tendido á su figura pecadora,
y en la grata cadena de aquel brazo
con que la ataba la gentil señora,
dejóse cautivar, y, apresurada,
sin rendirse razón de lo que hacía,
los dedos paseó por su cabeza
para buscar la flor que le pedía,
flor que al cabo encontró, mas sin belleza,
marchita y rota como su alma estaba;
y sintiendo la cara enrojecida
viendo la flor sin tintas é inodora,
regalo indigno de la real nobleza
de tan noble y magnífica señora,
con frase entrecortada y conmovida,
—Yo quisiera, exclamó trémula Flora,
en la frente llevar la primavera
con todos sus claveles olorosos,
para ante usté inclinarla, y que eligiera
el de tonos más lindos y vistosos.
—No enternezcas tu voz, hermosa mía,
que al contacto tranquilo de este ambiente,
verás cómo te nacen en la frente
las rosas del pudor y la alegría.
Entonces me darás la flor que quiera,
y será una hermosura
tener para elegir en tu figura
á toda una esplendente primavera.
Ven si gustas mirar nuestros talleres;
ve allí cuánto trasiego,
ve allá cuántas mujeres
entretenidas en el dulce juego
de sus leves y plácidos quehaceres.
Aquí todas las penas se desligan
que aferra al alma la traición del mundo.
—¿Se castigan las faltas?
—Se castigan
con un rigor profundo:
la más dura sentencia,
la que más mortifique al sentimiento
y cause más dolor en la conciencia,
se impone á todo infame pensamiento
como grave y terrible penitencia;
pero si faltas tú, yo te aseguro
no te he de castigar, niña adorada,
que me ha rendido tu figura hermosa
y la serena luz de tu mirada.
Fué recorriendo los talleres Flora,
donde encontróse á varias conocidas
que arrastraron la vida pecadora,
ya en el crisol de Cristo convertidas.
Notó que ante la dama
todas bajaban con amor la frente,
no por deber, por el cariño solo

que les prestó su espíritu clemente,
y que en ellas echó frescas raíces,
como plantas al lado de una fuente.
En un local radiante
enseñaba una diestra planchadora
á planchar una sábana flamante
á una joven de faz encantadora;
y viendo que dudaba en la tarea
la linda joven que aprender quería,
á ella llegó, riendo, la señora,
cogió la plancha, y llena de alegría
—Así—le dijo el hierro deslizando
por la tela sutil é inmaculada,
que fué su superficie satinando
sabiamente extendida y manejada.
Llegaron luego á otro taller, repleto
de afanosas mujeres
que cortaban patrones y vestidos
esgrimiendo tijeras y alfileres;
y viendo á la sublime Directora
que llevaba risueña y complaciente
de sitio en sitio á la aturdida Flora,
—Entre, por Dios, un poco en nuestro asilo,
solamente un instante:
se romperán agujas, telas, hilo,
si no vemos un poco su semblante.
Entró vertiendo angelical fragancia
y examinó un vestido de brocado
que no lo hace mejor por su elegancia
el taller de París más afamado.
A lo largo de alegres corredores
asomaban el rostro otras mujeres
que, al notar la presencia de la dama,
se dejaban desiertos los talleres;
la seguían ufanas por doquiera,
le rendían en terno su homenaje
llenas de amor y de pasión sincera;
ella aceptaba el puro vasallaje
con francas risas y con nobles bromas,
y entre jóvenes presa, parecía
que á través de la casa discurría
cercada por un bando de palomas.
¡Oh, poder de la gracia, que convierte
el matorral en rosas purpurinas,
y arranca del pecado y de la muerte
á las almas, tornándolas divinas!
Mira á la gran señora,
á medida que avanza por el templo,
con más asombro la encantada Flora;
va admirando el ejemplo
de la virtud más pura y más amante
en quien tiene de sobra, si quisiera,
para arrastrar carroza deslumbrante,
para llevar diademas en la frente,

para ser conducida
de triunfo en triunfo por la vana gente,
y desprecia la dama esa riqueza,
olvida los laureles y las palmas,
y busca solamente en la pobreza,
como Jesús, á las humildes almas.
—Si quieres ver nuestro jardín, iremos;
por nuestra mano misma está labrado;
treinta clases de rosas
en esta primavera hemos sembrado;
baja estas escaleras espaciosas
que van á dar al lado de la fuente;
mira cuánta arboleda, cuántas flores;
mira aquí cómo pasa la corriente
brindando de beber á los sedientos,
á esos pequeños cálices pintados
que llaman en el mundo pensamientos;
varios voy á ponerte en la cabeza,
porque quiero que vuelvas tu cariño
al seno de la gran Naturaleza:
este blanco, más blanco que el armiño,
lo pondré en este rizo primoroso;
éste, que es tan hermoso,
voy á clavarlo encima de tu frente;
estos rojos, aquí junto al oído;
estos de terciopelo, en el peinado;
y esos, en este bucle desprendido;
¡cómo enseña á las luces su tejido
la corona de amor que te he formado!
Toda es de pensamientos;
ellos te den la calma,
pues sólo quiero, mi adorada hermosa,
que se vuelvan divinos en tu alma.
Ahora verás nuestra bendita iglesia,
que va á empezar á preludiar el coro;
hay en la nave un órgano sublime
que grave suelta su raudal sonoro,
donde la voz del Cielo canta y gime.
Ven á escuchar las místicas cantoras.
¿Las ves ante el altar arrodilladas
exhalando las notas inspiradas?
todas ellas han sido pecadoras,
y ya están de sus culpas rescatadas.
Cayó entonces la dama de rodillas
y también Flora se postró de hinojos,
aturdida de tantas maravillas
y humedecidos de placer los ojos.
Frente de sí miraba á las mujeres
que fueron sus iguales compañeras,
alejadas del mundo y sus placeres;
escuchaba sus voces plañideras
en el comienzo de la salve alada
espaciarse cual ecos de la gloria
por la nave sublime y dilatada.

Todas las faltas de su alegre historia
en tumulto llamaron á su mente
con zumbar tan atroz, que parecía
que le daban porrazos en la frente;
del órgano la audaz trompetería
como huracán veloz lanzó á raudales
su tempestad de mística armonía;
y sintiéndose Flora en los umbrales
del Cielo mismo, á la emoción grandiosa
que en sus tirantes nervios trepidaba,
por su mejilla como blanca rosa
se deslizó una lágrima preciosa:
¡era la vez primera que lloraba!

CANTO IV

La nueva prisionera
el arte prefirió de bordadora,
de bordadora en pedrería y oro
sobre rasos y seda brilladora.
En el abierto bastidor, la dama
le daba pacientísimas lecciones
dibujando en los hilos de la trama
divinos corazones,
ángeles de dorada cabellera,
vírgenes con la palma del martirio,
santos con armadura y con cimera,
Cristos en cuya túnica de lirio
dejaba su esplendor la fantasía
trazando en los relieves primorosos
verdes hojas compuestas de esmeraldas,
claveles de rubíes encendidos,
deslumbrantes guirnaldas
de zafiros azules como el cielo,
jacintos guarnecidos
de amatistas prendidas en un velo
que fingían los pétalos radiantes,
tallos de claras perlas matizadas
y rosas de oro de esplendor bañadas
con pistilos de puntos de brillantes.
La aguja traspasaba los tejidos
enseñando paciencia á la novicia
y santa religión á sus sentidos.
De las hebras de oro
trabándose en el rico terciopelo,
y oyendo conmovida
como acento del Cielo
la voz de la sublime Directora
que le enseñaba la moral, vió Flora
surgir la vida mística, profetas,
patriarcas, arcángeles, poetas,
evangelistas con el libro abierto,
mártires, penitentes, redentores,

escuálidos ascetas,
mendigos devorados de dolores
acabando su vida en el desierto,
todo un mundo de vivos resplandores
que hicieron á la bella pecadora
gozar de las venturas del creyente,
y sentir elevarse de su frente
como una nueva y sacrosanta aurora.
Luego, la paz, la celda recogida,
el canto, la plegaria,
el cariño por grata recompensa,
la vida misteriosa y solitaria,
del órgano triunfal la voz inmensa
que se espaciaba en las solemnes naves,
el susurro tranquilo de las aves
en el fresco jardín, donde las fuentes
parecían lanzar como oraciones
y cánticos divinos y fervientes,
declinaron el alma enardecida
de la joven al plácido misterio,
y vió otros horizontes en su vida,
y á Dios rogó con alma conmovida,
y amó la soledad del cautiverio.
Se hizo tan sabia en el bordado Flora,
que alguna vez sus mismas compañeras
iban á verla entretejer el oro
formando con sus hilos cabelleras,
ó místicas figuras, en que el lloro
se fingía con perlas delicadas
que parecían gotas verdaderas.
Quedábanse abismadas en el juego
de las agujas, rígidas obreras
que, incesantes y tercas trabajando
en las telas espléndidas, hacían
irse en el oro rico diseñando
la vida de algún rey, niño primero;
joven después, diciendo sus amores
á una princesa de ademán severo;
luego sentado en su radiante trono
dirigiendo su reino, devorado
de rudas guerras por el fiero encono;
más tarde, triste viejo
á quien no le dejaron sus riquezas
ni su boato regio y soberano,
la dicha apetecida
que ansioso busca el corazón humano;
y por último, luz desvanecida,
cadáver, inmundicia, polvo grave,
cáliz roto caído de su tallo,
¡ante cuya ceniza nadie sabe
si fué rey de la tierra, ó fué vasallo!
Este trabajo de ideal cultura,
bañado de un perfume religioso
que se exhalaba de las áureas telas,

con frecuencia á la artística costura
atraía á las dulces *Micaelas*.
Y una tarde de broma y de alegría
en que en su estancia las miraba Flora
gozando de la hora
de libertad y fiesta de aquel día,
¡oh retroceso infame del pecado
dentro de un corazón ya convertido!;
después que hubo la joven contemplado
á sus otras amigas sonrientes
trabar distintos juegos candorosos
y hacer mil travesuras inocentes,
las colocó en un círculo extendido
que imitó de una plaza la barrera,
y atándose el vestido
y una gorra ciñendo por montera,
cogió un paño de altar donde bordaba,
el hierro arrebató de una cortina,
y avanzó con andares de torero,
imitando el vibrar de la corneta
con los dedos en forma de bocina,
luciendo por *castaña* en la *coleta*
una roja y brillante clavellina.
Llegóse hasta la orilla de un asiento
que colocó entre el círculo de gente,
y allí abrió la muleta recamada
de santos de oro y de divinas cruces,
que deslumbró de pronto la mirada
con un temblor espléndido de luces.
Empezó con un *cambio* la *faena*
magistral y elegante, al que siguieron
pases de frente y pases de abanico
con precisión y gracia dibujados;
y liando después el paño rico
con sus símbolos bellos profanados,
pronunció una grandísima herejía
al dar con ardimiento la estocada,
¡y levantó una enorme gritería
en la gente dispersa y consternada!
Sorprendida la joven de su obra
al comprender la falta irreverente,
que no pudo evitar, acostumbrada
á la vida que tuvo anteriormente,
rápida se alejó, sitio buscando
en que ocultar el rostro enrojecido;
y al lado de lejana vidriera,
desde la cual los montes se veían
escalonar sus crestas de manera
que fantasmas azules parecían,
encogida quedó por su pecado,
temiendo imaginar lo que dijera
la noble Directora
al ver que ella, su Flora
entre todas la más considerada,

le causaba el profundo sentimiento
de alborotar con culpa tan marcada
la tranquila ventura del convento.
Cesó de oir allá por los talleres,
donde la dama con terrible enojo
ordenó retirarse á las mujeres,
los gritos que acusaban su conciencia,
y todo en paz quedó: sólo oyó Flora,
después del incidente, los latidos
con que temblaba el corazón llagado,
como tiemblan al ceño del nublado
los pájaros medrosos en los nidos.
Nadie siguió sus pasos diligentes
á través de las largas galerías;
ningún aviso airado
de parte de la noble Directora
para que fuese pronto á su presencia
recibió la insistente pecadora;
ninguna diligencia
se hizo para arrancarla á su retiro,
y allí la halló de la oración la hora
exhalando suspiro tras suspiro,
presa de una ansiedad devoradora.
Entonó su solemne *Ave María*
la campana en la torre sollozando
por las exequias del doliente día,
ya en sudarios de púrpura expirando;
y fija en el crepúsculo de oro
y en los celajes con que el cielo ardía
derramando su luz hecha jirones,
Flora gustó el anhelo misterioso
que en ese instante de feliz reposo
sienten los lastimados corazones.
¡Ave María!, en la extensión lejana
donde se funde con lo azul la tierra,
donde no llega de la lucha humana
el fiero son de guerra,
vierte como un lamento la campana
el nombre amado de la Virgen pura,
ante cuya palabra, el campesino
que enseñaron á ser noble y creyente,
reza inclinando la curtida frente
y se para un momento en el camino.
¡Ave María!, en la ignorada aldea
perdida en la extensión de la montaña
donde trasmiten la sublime idea
de Dios y de la fe consoladora
los padres á los hijos, cual presea
de rico amor, los labios amorosos
entonan la dulcísima plegaria,
esa canción universal que siente
desde la voz de la ciudad rugiente
hasta el alma escondida y solitaria;
canción que vibra cuando están de acuerdo

para salir, en consonancia bella,
en nuestras almas, el primer recuerdo;
y en los espacios, la primer estrella.
¡Ave María!, en las llanuras solas
del gigantesco mar donde rodando
como un tropel de ritmos van las olas
las glorias de Dios Unico cantando,
la salve idealizada
entonan los errantes marineros
cuando allá en el confín del horizonte
no amenazado de tormenta alguna,
como á un azul altar, corona el monte
la eucarística forma de la luna.
¡Ave María!, y de las almas todas
sale ese acorde puro y religioso
como un himno ferviente;
himno que entona á su adorada ausente
el dolorido esposo;
himno que rezan al besar la frente
de sus hijos las madres bondadosas;
himno que dicen en la dura guerra
los que lejos están de sus hogares,
y que repite el cura en los altares,
el pastor en los riscos de la sierra,
la hija al lado del padre moribundo,
y que de ser en ser lleva la tierra
por la infinita redondez del mundo.
Flora dobló en el suelo la rodilla
y rezó la oración alada y pura
con un inusitado sentimiento;
y en la falta que torpe cometiera
tanto dió en meditar su pensamiento,
que pegada la halló á la vidriera
la nueva luz al dar en el convento.

CANTO V

Un trasiego lejano
de gente que va y viene escuchó Flora
allá por los talleres,
y la voz de la airada Directora
que mandaba buscar á la culpable
para imponerle dura penitencia
en pena de su instinto miserable.
De todas las mujeres en presencia
y después de filípica ferviente
que echaría á la prófuga la dama,
Flora tendría que arrojarse al suelo,
besar el polvo ante sus pies echado,
segura enmienda prometer al Cielo
y demandar perdón por su pecado.
Se iba en el templo á celebrar la escena
porque fuese más grande y elevada,

y mirábase todo revestido
de esa severidad noble y sagrada
que en un templo denota algún suceso
grave y extraordinario.
Siguiéndose cual perlas de un rosario,
y con el rostro lánguido y lloroso,
iban apareciendo las mujeres,
que se abrían en círculo anchuroso.
Desiertos los talleres se encontraban,
en soledad las celdas, las crujías,
los largos corredores,
y hasta el mismo jardín lleno de flores,
aun pareció quedar sin alegrías.
Ya estaban en el templo congregadas
todas las pecadoras,
en la bendita fe purificadas,
y tras pisadas lentas y sonoras,
la dama apareció noble y severa,
humilde el continente
y revelando en su expresión sincera
el peso del dolor sobre su frente.
Sólo faltaba una educanda, Flora;
los rostros impacientes se volvían
buscando con los ojos su figura,
y en medio de un rumor largo y doliente
como el que arranca enorme desventura,
se abrió paso la joven tristemente,
¡tan pálido el color, que su hermosura
parecía de nácar trasluciente!
No alzó la vista para ver la dama,
y en el centro quedó muda y sumisa,
de su dolor quemándose en la llama.
Tal piedad despertó, que hubo un momento
en que algunas la vida hubiesen dado
por librarla del bárbaro tormento;
y la solemne y grave Directora,
que tanto la quería,
se tuvo que borrar la abrasadora
gota de llanto que rodar quería.
—Estamos ante Dios, dijo pausada,
á quien hemos faltado en este asilo,
á la humildad tan sólo consagrado;
puerto es éste tranquilo
donde no se consiente algún pecado,
y quien peca, se inclina al suelo inmundo
y besa el polvo vil, también besado
por el sublime Redentor del mundo.
Mas ¿quién es ¡ay de mí! la que ha faltado?—
añadió, dirigiéndose hacia Flora
con voz entrecortada por el lloro;—
mi oveja más querida,
mi gloria, mi tesoro,
mi discípula amada,
la del cabello como nimbo de oro

en torno de su frente idealizada.
¡Qué mal hice en poner toda mi vida
en levantar su espíritu del suelo,
en verla convertida,
en darle fe y en ensancharle el vuelo!
¡Cuál será mi dolor!...» Dos hilos mudos
de lágrimas sentidas resbalaron,
al llegar hasta aquí la Directora,
por la faz de la joven, y rodaron
á sus dedos en cruz.
—¿Cuál será ahora
mi inconsolable pena,
mi amargo desconsuelo,
al ver bajar al polvo á la que quise
poner más alta que la luz del Cielo?
Pero yo prometí dejarla ilesa
de toda pena si á faltar llegaba,
y he de cumplir, solemne, mi promesa:
¡nulo queda el castigo que aguardaba!
Mas ese polvo frío
tiene que ser besado
por una boca, que la ofensa borre
del cínico pecado;
ha de sentir el ósculo amoroso
para que Dios nos vuelva su semblante,
el beso generoso,
cuanto mayor la culpa, más amante.
Su frente eleva el que ante Dios se humilla»,
con elocuencia prosiguió la dama,
que cuando el suelo toca la rodilla
es que se reza ó con fervor se ama;
no es afrenta el castigo, que es victoria
si él borra los agravios;
yo, en vez de Flora, alcanzaré esa gloria:
¡el polvo humilde besarán mis labios!»
Y arrojándose á tierra, arrebatada,
ante la gente que asombrada gime,
quiso el polvo besar transfigurada;
pero Flora la alzó, fiera y sublime,
la anegó en los raudales de su lloro,
derramó un mar de besos en su frente,
presa de un infinito desconsuelo,
y ella el polvo besó con valentía,
con tan ciega pasión, que parecía
¡que iba á romper sus labios contra el suelo!
—Lo esperaba de ti, dijo, elevando
á la joven, la tierna Directora,
en cuyo seno desató, llorando,
la amarga fuente de sus ojos, Flora.
¿Qué mayor bien para tu propia vida
que arrancar el orgullo de tu pecho,
esa yerba mortífera nacida
de la envidia, del odio y del despecho?
Porque bien la ha ganado tu ternura,

quiero que se celebre esta victoria;
al órgano subid, y á su hermosura
robad un himno de alegría y gloria.
Tu dulce corazón se ha dilatado
y han crecido los rumbos de su vuelo,
que al descender al polvo que has besado,
ha tocado tu frente con el Cielo.
Vierte, vierte en mi pecho tu ternura
y juntas celebremos tu victoria;
al órgano subid, y á su hermosura
robad un himno de alegría y gloria.
Desvanecido el trágico momento,
un goce inexplicable
se dilató en las naves del convento
de ese modo inefable
con que tras la tormenta extiende el día
su luz por el profundo firmamento.
Luego estalló del órgano imponente
un aluvión de notas enlazadas,
voz de Resurrección, canto ferviente
á las almas que tornan á su fuente
para en sus ondas ser purificadas.
¡Resurrexit! vibraban las trompetas
lanzando sus cascadas de armonía,
y el acento triunfal de los profetas,
de arcángeles y místicos poetas
parece que en sus músicas se oía.
El coro levantó miles de notas
de las voces humanas, que volando
repercutían en los amplios muros,
é iban la nave espléndida llenando
de acordes graves y de rezos puros.
Era la tierna voz de las cantoras,
de las que fueron como Flora impuras,
redimidas después de pecadoras.
Daban la bienvenida
al espíritu humano que triunfaba,
á aquella dulce vida
arrancada por siempre á la amargura,
bella resucitada en quien prendida
la llama se quedó de la hermosura.
Después del beso que le dió á la tierra,
de luz divina revistióse Flora
y quedóse su espíritu alumbrado
por el reflejo de sagrada aurora.
Que, como nuevo Lázaro, ya yerta,
y en polvo convertida,
rodó á las sombras, y después de muerta,
¡abrió los ojos y volvió á la vida!

CANTO VI

Han pasado dos años en un vuelo
y está Flora bordando,
mas no en paño de rico terciopelo,
sino en regio mantón donde labrando
va caras religiosas,
imágenes bellísimas del cielo
en las que el sol espléndido rutila
y alegre baña en chispas luminosas
las que antes fueron profanadas rosas
de su mantón soberbio de Manila.
Ha formado con él una casulla
y la está recamando con el oro
prendido en las agujas aceradas,
que convierten en místico tesoro
las que antes fueron rosas profanadas.
Deja por las orillas áureos hilos
en tallos primorosos transformados,
y á medida que borda nuevas flores
sobre la trama viva
de su antigua bandera llamativa
de la juerga, del vino y los amores,
recuerda de su vida disipada,
como detrás de un sueño muy lejano,
aquellas pornográficas escenas
en que cruzaba en ademán profano
á través de las públicas verbenas
recogiendo en su oído avaricioso
los requiebros galantes
y el hablar licencioso
con que al verla la gente se expresaba,
hablar que le envolvía los sentidos
como en nube de un hálito grosero,
bocanada caliente
que subía á su frente
como efluvio de inmundo estercolero.
Bordando y meditando en su otra vida,
recordaba su forma de gusano
la entonces mariposa convertida,
y acompañaba el juego de su mano
con restaurar la historia ya perdida
que allá dejóse entre el estruendo humano.
Asombraba mirar que, por su intento,
por espontáneo y generoso impulso
del propio sentimiento,
fuese trocando en prenda religiosa,
á su adorado Cristo consagrada,
aquel jardín de sedas que en sus hombros
fué símbolo de vida profanada,
y que entre sus torzales y labores
aún guardaba recuerdos de la orgía,
los ecos ardorosos de las fiestas,

las bizarras orquestas
de las guitarras, cuyo dejo moro
hizo lanzar á Flora en ocasiones
todo el alegre y musical tesoro
de andaluces cantares, con que el viento
lograba estremecer de sentimiento
su voz alegre de registros de oro.
Asombraba mirar aquellas manos
de mística y suave transparencia
que en festines mundanos
de rojos tonos y calientes brillos
se movieron inquietas
repicando los trémulos palillos
ó agitando las locas panderetas,
someterse gozosas
al trabajo penoso y persistente
de aunar hilos dorados
donde mezclaba castos sentimientos,
y manejar los símbolos sagrados
como antes los alegres instrumentos.
Fué recordando á todos sus amantes,
atenta del mantón á la costura,
y apenas conocía los semblantes
de tanto joven de gentil figura
como en su faz dejó besos galantes
para hundirla después en la amargura.
Uno le regaló ricos pañuelos
cual la vergüenza rojos; otros, cintas;
otros, áureos zarcillos; otros, velos;
otros, piedras de brillo delicado;
otros, trajes de espléndida riqueza
que resaltar hicieron su belleza
y su cuerpo de diosa cincelado;
y entre tantos obsequios deslumbrantes
con que vistióla la lujuria vana,
ni uno solo de todos sus amantes
le dió la perla de la dicha humana.
De todo el esplendor de aquellos días
¿qué le quedó en el alma? turbio cieno:
¡feliz ella, que halló sus alegrías
en el remanso místico y sereno!
Dando repaso á su feliz historia
mientras piadosa su mantón bordaba,
acudió á su memoria,
que tanto tiempo adormecida estaba,
una escena, una orgía
en un tugurio mísero y lejano.
«Era allá... en *Los Viveros*... y allí había
un Duque ó un Marqués... luego un anciano...
¿un anciano?... sí, justo... que pedía
una limosna con fervor cristiano:
«era mi padre, creo...
era mi padre, sí... pero ¡Dios mío!
¿cómo es que mi deseo

de verle, de buscarlo, de seguirle,
no ha vibrado en mi pecho como un rayo
y no he corrido pronta á redimirle
de su mortal y mísero desmayo?
¿En qué sueño he vivido
que hasta á mi padre, pobre y errabundo,
que acaso va perdido
entre las fieras cóleras del mundo,
dejé de recordar? ¿qué alma tan fría,
antes de recibir el alma nueva,
el norte fué de la existencia mía?
¡Pronto! ya consumé la dura prueba,
ya mi espíritu siento transformado,
y á la vida volver quiero que lleva
á mi padre en sus ondas arrastrado.»
Aturdida, febril como ya estaba
por aquella visión aterradora
que de su largo sueño la arrancaba,
corrió á la apercibida Directora,
que esperaba el suceso deseado
de la feliz transformación de Flora,
y con voz anhelante
le refirió su lucha, su tormento,
su afán resuelto de tornar al mundo
para correr del padre en seguimiento
y perseguir la sombra deseada,
y andar, y andar hasta perder su aliento.
—Sí, ya estás para siempre rescatada,
vuelve á la vida de donde has salido,
exclamó con dolor la Directora,
¡y acuérdate de mí, que quedo ahora
entregada al silencio y al olvido!
Yo te llegué á querer como se quiere
al hijo más amado,
y ahora que partes, mi alegría muere;
mi corazón se queda destrozado.
Acepta este recuerdo que te doy
para que ayudes á llevar tu vida,
añadió sollozando la señora,
y sacando una caja, conmovida
dió una gran suma á la afligida Flora.
Alguna vez aquí ven á buscarme,
pero ahora ve donde el deber te llama;
¡no llegues á olvidarme,
pues con fervor mi corazón te ama!
Hecha un río de llanto desbordado
Flora cayó á los pies de la señora;
¡que bajo el cielo puro y estrellado
jamás vió alma tan grande y seductora!
Luego se despidió de las mujeres,
sus amigas de rezos y plegarias,
émulas de trabajo en los talleres
que quedaban, sin ella, solitarias.
Entró al jardín, y lo corrió llorando,

entró en la celda, y se partió su pecho
viendo su Cristo pálido expirando,
la mesa humilde y el tranquilo lecho.
Entró luego en el templo, y silenciosa
rezó sus aprendidas oraciones,
absorta de una tierna Dolorosa
en las santas, dulcísimas facciones.
—Esta es mi pobre ofrenda, Madre mía,
exclamó, la casulla desdoblando,
que en el altar dejó con alegría,
una salve amorosa suspirando.
He aquí el mantón de galas deslumbrantes
de mi pasada vida de placeres;
todas sus rosas vivas y brillantes
me han enseñado el bien y los deberes.
En sus flecos até cuantos pecados
pudiera cometer un alma impura,
pero todos cayeron desatados
en este asilo eterno de ventura.
Al dejar para siempre esta morada,
brindadme ¡oh, Madre! pensamientos puros,
y tendedme en el mundo la mirada
á través de estos velos y estos muros.
Alzó del suelo Flora su figura,
más blanca que los copos de la nieve,
más serena que mística escultura,
y cogida á la dama
como á la propia luz de la hermosura,
le dió el último abrazo, largo, lento,
como infiltrando el corazón en ella;
después el llanto desgarró su acento
y de él dejando humedecida huella,
abandonó los muros del convento.

CANTO VII

La envolvió una brusquísima oleada
de sol, de viento libre, de agrias voces,
de estruendo y lucha con furor trababa,
ola caliente de ciudad que vibra
en sus propias pasiones caldeada;
y al transportarse Flora de repente
de la vida sagrada á la del mundo,
la ciudad engañóle los sentidos
y la juzgó recinto sin decoro
entregado á canallas y bandidos
que en su bandera escriben: *Vicio y oro*.
Oro y vicio parécenle los dioses
de la gente que, absorta, va mirando,
¡los contrarios de aquel cándido asilo
que allá quedó tranquilo,
las grandezas del mundo despreciando!
Oye un lenguaje obsceno

por todas partes, cual si el noble idioma
llenado hubiesen de asqueroso cieno.
Ve, encerrada en su pena y su mutismo,
que no hay hombre que al paso no la llame,
ni mirada ni rostro sin cinismo,
y oye silbar en torno el egoísmo,
la envidia, la traición, todo lo infame.
Un gran presidio en libertad, la vida
le pareció mirando el escenario
al cual ya retornaba convertida,
y cada inmundo ser de la partida
lo creyó un relativo presidiario.
Tuvo miedo de verse triste y sola
en medio de aquel mar de criaturas,
pronta á ser arrastrada por la ola
de sus viles traiciones y locuras.
Esta impresión del mundo ya olvidado
la joven recibió con honda pena
retornando al presidio abandonado,
donde ir miró sin grillos ni cadena
á tanto miserable disfrazado
que de apariencias de virtud se llena.
¡Su padre! ¿qué habrán hecho
de su padre infeliz, tanto insensible,
tanto superficial de duro pecho,
tanto embotado ser de alma imposible?
Dejarlo ir dando tumbos por la tierra
como basura viva,
como un residuo vil y deleznable,
sin hallar una mano compasiva
que le haya dicho «¡arriba,
pobre viejo adorable!»
En medio del inmenso torbellino
va con lo blanco de sus puras canas
azorado y sin tino,
pidiendo algo de amor ¡qué desatino!
á las almas humanas;
y ve el pobre andrajoso que es la vida
ante sus pies moviéndose incesante,
una espantosa y trágica quimera,
un lozadal sin fondo y sin ribera,
un horroroso círculo del Dante.
Sumado con la turba de mendigos
que flotan por Madrid, mundo de seres
que pululan y arrastran sus miserias
como si fuesen llagas y lacerias
de organismo social, va el triste viejo
en Flora eternamente meditando,
en aquella hija suya tan querida,
que su amor olvidando,
echó á la sombra la espantable vida
del anciano infeliz, que en la caída
del humano torrente va flotando.
El no olvidó un instante

á la hija ingrata que mirar espera,
pues cada día, el pecho jadeante
y tirando del cuerpo cual si fuera
un fardo vacilante,
después de mendigar para el sustento
de su existencia mísera y odiosa,
descansando mil veces, iba lento
á dar vueltas en torno del convento,
atraído por fuerza misteriosa.
¡Tan cerca cada día,
y no sospechó Flora la presencia
de aquella silenciosa compañía!
Un mes tras otro mes, años enteros
soñando en la posible bienandanza
de que Flora volviese á los senderos
en que al pobre dejó sin esperanza,
aquel sublime anciano,
donde la vida derramaba apenas
más que un reflejo trémulo y lejano,
en medio de su cuita
y de las penas de sus trances duros,
¡jamás faltó á la cita
que siempre daba á los amados muros!
Pero el tiempo su fe fué disipando;
sin hija, solo se quedó en el mundo,
doquiera tropezando,
como un despojo inmundo
que de patada en piedra va rodando.
Llamó á los hospitales,
y como á ellos llamó sin influencia,
permanecieron mudos sus umbrales
y de sí mismo fué cama y dolencia,
médico y enfermero de sus males.
Sometido á tan negras amarguras,
siempre soñando en encontrar á Flora
que el mundo le dejó solo y á obscuras,
sintió que ya la vida le faltaba;
donde quiera caía;
donde quiera estorbaba;
la sociedad, que su dolor no oía,
¡á muerte, sin piedad, lo condenaba!
Iba á dormir á un foco pestilente,
negra estancia sin lechos, sin abrigos,
donde revueltos con traidora gente
duermen los vagabundos y mendigos.
Sintiendo de la muerte la agonía,
una noche tiróse sobre el suelo
entre la gente aquella que dormía;
con los ojos del alma miró al cielo,
á Dios rogó con fervoroso anhelo,
y recobró un instante la energía.
Ante sí vió dormidos
á multitud de sucios pordioseros
sobre aquel suelo lúgubre tendidos;

eran muchos bandidos y rateros,
eran hez disfrazada
que imploraba con tonos lastimeros
la caridad dulcísima y sagrada.
Echados por la tierra
vió brazos desligados,
piernas con imitadas cicatrices,
dedos ensangrentados
como tundidos por punzantes dagas,
tendones imitados,
falsas postemas y mentidas llagas.
Miró el anciano, mudo,
aquel inmundo horror, cuadro afrentoso
en que vil se disfraza la materia,
y revolvió el espanto con la ira
viendo que el mundo hasta en su atroz miseria
era todo ilusión, todo mentira.
Sintió otra vez la muerte
volar en torno suyo, y anhelante,
cual si su mismo corazón hablara.
—¡Oh, hija mía! exclamó, ¡quién te besara
y viese una vez sola tu semblante!
¡Ya me siento morir!»
Flora, entretanto,
febril cruzando las ruidosas calles
con faz enrojecida por el llanto,
las plazas recorriendo cuidadosa,
entrando en los tugurios
con mirada latente y afanosa,
registrando Madrid arrebatada
por una fiebre viva
que con su fuego la dejó trocada
como en una demente fugitiva,
todos los escondrijos fué mirando,
todos los sitios donde van los pobres
la caridad del público implorando,
y á todos los mendigos preguntaba
por su padre con loco desconcierto.
—Sí, yo lo he visto, alguno contestaba,
mas ya tan viejo el infeliz se hallaba,
que acaso esté bajo la tierra muerto.
Volvió á mirar los antros pecadores,
por si en ellos su padre hubiese entrado
á derramar sus lánguidos clamores.
Nada, todo vacío, pues no estaba
el pobre viejo á quien con fe tan ciega
y con tan fieros ímpetus buscaba.
Al cruzar una calle, oyó un tumulto
donde sonaban gritos y lamentos,
y entre las voces del tropel inculto,
que de una casa en dormitorio oculto,
un anciano acababa sus momentos.
Corrió hacia allá la atormentada Flora,
la puerta traspasó, subió á la estancia,

y la hirió una visión aterradora:
como un pingajo inmundo
miró, rezando con fervor cristiano,
á un viejo moribundo
que exhalaba su espíritu creyente
desamparado del amor humano;
se abrazaron los dos, y ella, demente,
lanzó un inmenso grito sobrehumano.
—Pero ¿eres tú, mi Flora, la hija mía?...
el padre sollozó con un acento
como no ha traspasado todavía
fibras humanas el mayor lamento.
—Una limosna me pediste un día
de rodillas y en cruz, padre del alma,
y hoy te la vengo á dar grande y sincera;
es poco cuanto llevo,
más que mi corazón darte quisiera;
toma el alma inmortal, pues te la debo.
Y en un delirio de pasión, unidas
dejó un lazo de amor bocas y mentes,
como para ir al mar entretejidas
se funden en un río dos corrientes.

FIN DE «RESURRECCIÓN»

DESFILE DE CLAVELES

Tengo sobre la mesa donde concibo
los cuadros que mi pluma describe y traza,
en actitud yacente, como una muerta,
una dulce vihuela sugestionada.
Cataléptica extraña de la armonía,
obedece al mandato de mis palabras,
y todas las canciones que de ella evoco,
de los tristes bordones llorando saca.
Cuando de mis novelas y pöesías
en la labor mi numen débil se arrastra,
invoco cualquier canto de los que esconde
en los misterios músicos que hay en su caja,
y digo: «Sugestiva guitarra mora,
que encierras los brillantes aires de España,
toca aquel pasodoble que me seduce,
toca aquella guerrera valiente marcha.»
Entonces las clavijas crujen y lloran,
las cuerdas se estremecen y se atirantan,
y del fondo del alma saca la muerta
el primor arabesco de sus sonatas.
Ahora, al mediar de un libro, mi débil pluma,
como rueda en el lodo torpe se para,

y acudo á la vihuela, que es quien inspira
mi mente desplegando sus mustias alas,
y exclamo: «Cataléptica guitarra triste
que encierras los brillantes aires de España,
exhala de tus cuerdas revibradoras
el pregón de las flores de nuestra patria.»
Vedla; ya de sus notas la melodía
en vistosos claveles condensa y cuaja,
y encantados los ojos por el hechizo,
aparecer los miran con forma plástica.
En gallardo equilibrio sobre las cuerdas
desfilan los de manto de intensa grana,
con diadema bordada por el rocío
sobre el carmín ardiente color de llama.
Siguen los amarillos, donde coloca
el oro sus matices y notas claras,
de ambarinos reflejos iluminando
las pajizas hojuelas pespunteadas.
Van los disciplinados tonos rompiendo
en polvo de colores con que se esmaltan,
y su túnica viva finge radioso
sueño kaleidoscópico que raudo pasa.
Los de negra corona cruzan y enseñan
de su cáliz pequeño la fina mancha,
y vibran el menudo tallo nervioso
sobre la amante cuerda donde se agarran.
Les siguen los de á libra, salud vertiendo,
con las túnicas ricas desabrochadas,
y revientan de orgullo viendo lo hermoso
de sus hojas ardientes como las ascuas.
Los blancos se deslizan por los bordones,
y en ellos los cansados ojos se paran,
bañándose tranquilos en la pureza
de la nieve en que envuelven sus frescas galas.
Avanzan los que acuerdan triste martirio,
los de la dolorosa nota morada,
y los de la purpúrea lujosa túnica,
y los de las corolas tornasoladas.
La música, hecha flores, brota en claveles
del seno de la linda sonora caja,
y puntean la marcha las melodiosas
cuerdas sobre los trastes atirantadas.
Ya oyendo sus acordes vibra mi mente,
ya inspiración divina brota en mi alma,
y la cuartilla, á medias interrumpida,
á la animada pluma convoca y llama.
¡Sus! Salid del cerebro, bellas ideas,
imágenes ardientes y apasionadas...
¡epiléptica triste, para tu música,
que ya el brillante estilo pinta la página!

LOS DUENDES

Sobre las montañas que la niebla entolda,
y por los peñascos de las cuencas hondas,
y sobre las ráfagas con que el viento sopla,
ya la zarabanda de duendes galopa.
Son los genios leves, la agitada ronda
que en otoño sale de las grietas hoscas
para en las negruras de la noche torva
cabalgar errantes hasta ver la aurora.
Sobre un remolino de crujientes hojas
que como culebra serpea y se enrosca,
pasan dando brincos como cabra loca
dislocados duendes de cabeza gorda.
En las espirales de hojarasca ronca
las brujas, al lado, síguenles furiosas,
y espuelas de lumbre que rasgan la sombra
hunden en los *flancos* de su rauda escoba.
Oberón, el jefe de la extraña tropa,
al volante ejército con su voz convoca,
y esparcir les manda por las ruinas solas
y por los hogares, leyendas medrosas.
De la chimenea que la lumbre dora
del tronco que lanza su explosión de notas,
los ligeros duendes descuelgan su forma
por el *llar* que pende como negra soga.
Los niños que miran con pupila absorta
las llamas azules que tiemblan y flotan,
espantados buscan de la abuela chocha
el regazo tierno, con la faz llorosa.
En torno á la mesa donde el vate forja
con la alada pluma la brillante estrofa,
los duendes describen su invisible ronda
y de los papeles revuelven las hojas.
Del enfermo triste que sus males llora
mirando la noche sombría y penosa,
sacuden, bailando, las revueltas ropas
y beben de un vaso la pajiza droga.
Del corcel medroso, que azorado trota
cuando de la selva se interna en la fronda,
siguen las pisadas formándole escolta,
y en la libre grupa de un salto se montan.
Ellos en la torre de la iglesia gótica
entre los calados bullen y retozan,
y en los instrumentos de voces sonoras
dan, sobre el abismo, bruscas cabriolas.
De los cementerios por las tapias broncas
trepan, simulando procesión medrosa,
y en las sepulturas de piedras marmóreas
tejen una danza horrible y diabólica.

Dentro de la cueva que sobre las rocas
babea sus hebras de lágrimas rotas,
ocultan sus lechos, que el ágata adorna,
bajo los colgantes que ostentan las bóvedas.
Y cuando *Titania*, de *Oberón* la esposa,
al venir el día los ojos entorna,
manda que los duendes suspendan su ronda
y en el blando lecho les mire la aurora.
Entonces descansa la duendesca tropa;
y arrulla su sueño la gruta sonora,
como lira agreste que en el agua forma
cristalino canto con hilos de gotas...

LA MECEDORA

Tendido en la mecedora
que balancea mi cuerpo
y bajo el toldo de flores
del patio marmóreo y fresco,
en la ciudad donde cantan
con arte los pregoneros,
en Málaga, me adormilo
entre la siesta de fuego.
A mi espíritu que flota,
ni dormido ni despierto,
llegan mil voces lejanas
como venidas de un sueño.
Rodar de un coche distante,
vivo trinar de jilgueros,
una copla que palpita
en las ráfagas del viento,
presas cortinas que crujen
por escapar de los hierros,
todas las voces difusas,
todos los sones diversos,
en majerada que lleva
opio en sus ondas disuelto,
llega en halago amoroso
á dilatarse en mi pecho.
Mi espíritu separado,
como jirón, de mi cuerpo,
convertido en mariposa
va la ciudad recorriendo.
En las plazas donde rinde
la modorra á los cocheros,
con el tropel de las hojas
gira y cabalga un momento.
Sobre la erguida azotea
donde lascivos y abiertos
rosas y ardientes claveles
se dan los cálices ebrios,

párase un punto temblando
en los idílicos tiestos,
y de las bocas floridas
bebe los cálidos besos.
En el esmalte de lumbre
que dora el agua del puerto,
placa brillante en que vibra
rutilador cabrilleo,
fatigosa y jadeante
abre las alas de fuego
entre las aguas que ondulan
como las ondas de un seno.
Luego los campos recorre,
y en el pitón verdinegro,
para mirar las abejas
posa un instante su vuelo:
todas susurran alada
oración entre los pétalos
y van la miel cosechando;
¡son las cantoras de Himeto!
Debajo de los parrales
que dan dosel á los huertos,
loca circula rozando
racimos áureos y prietos.
Del plátano se guarece
entre la flor de ancho seno
que cual magnolia de cobre
abre su cáliz al viento.
En la pajiza corola
del higo chumbo entreabierto
tiende las rápidas alas
y da sombra á los insectos...
A un golpe súbito y bronco
salgo anhelante del sueño,
y oigo los largos pregones
que van sonando á lo lejos.
Uvas jugosas y claras;
brevas de meloso seno;
albaricoques dorados
de fina felpa cubiertos;
biznagas entretejidas
que aparentan en el pelo
constelación de jazmines
de platëados reflejos;
guindas que, rojas, simulan
bocas y labios sangrientos;
camarones que despiden
acres olores del puerto;
boquerones esmaltados
de nacarinos destellos,
y naranjas escondidas
en su túnica de fuego,
van cien voces pregonando
con mil distintos acentos,

y una música componen
que es la música del sueño...
Duerme, Málaga, tu siesta,
que yo percibo tu aliento,
al son de la mecedora
que balancea mi cuerpo.

VISIÓN QUE PASA

Banda de flores de almendro,
tul de corolas risueñas,
calado de ojos de plata
que á la luz no parpadean:
sois joyeros del rocío
que en vuestros pétalos tiembla
al caerse de los labios
de la tibia primavera.
Como una fecunda virgen
que al andar gérmenes siembra,
viene del lado de Oriente
con su corona de estrellas.
Su mano de sol, tendida
ante su imagen esbelta,
toca el árbol y lo cubre
de sutilísimas yemas;
roza la tierra, y la viste
de verde y tupida felpa;
toca al pájaro, y lo enciende
en arpegios y en cadencias;
mece el nido, y lo revive;
mueve el ramo, y lo despierta:
al lago mira, y lo azula;
mira al monte, y lo deshiela;
respira, y llena los aires
de entremezcladas esencias;
anda, y dejan sus pisadas
florecidas las praderas.
En torno de ella, espirales
de mariposas revuelan,
y á su paso abren las rosas
y los claveles revientan.
Sus dedos de sol, enrubian
del niño la cabellera,
y remueven del anciano
las cenizas, aún no muertas.
Llenan de sueños de oro
las frentes de los poetas,
y de los sabios fecundan
las descarnadas ideas.
Todos los ojos la siguen,
todos los labios la besan,

y todos los corazones
de gozo, al mirarla, tiemblan.
Ella, riente y sencilla,
llenas las sienes de estrellas,
vertiendo flores de almendro
como una visión se aleja;
y al transponer las distancias,
el alma humana contempla,
llenos de amor y de vida
el mar, el cielo y la tierra.

SEVILLA EN ABRIL

I

SEMANA SANTA

Sevilla la gallarda, la *española*,
la Atenas sonrïente de la gracia,
al rodëar Abril su sien de flores
brinda al mundo sus fiestas decantadas.
En sus cielos de luz, que el azul prusia
manchó de fresca tinta, el sol derrama
la copa de sus átomos de oro,
que en las llanuras indolentes cuaja
las avenas del trigo, y en las rejas
rosas de terciopelo. Por las plazas
orladas de olorosos limoneros,
en cuadro babilónico resbalan
razas y gentes que de opuestos mundos
vienen las glorias á admirar de España,
y se revuelven con el jaique moro
de Europa vieja las brillantes galas,
trajes con que la América se viste,
y policromas túnicas del Asia.

* * *

Con la entrada simbólica de Cristo
en la inmortal Jerusalén, señalan
su principio las fiestas, y circulan
bajo los arcos góticos las palmas.
En las capas pluviales, que conducen
canónigos severos, las bordadas
flores de raso y oro el sol matiza
entrando por la ojiva acristalada,
y envuelve la divina ceremonia
con el concurso que piadoso marcha.
y los graves salmistas que solemnes
lentos caminan á la vez que cantan.

Fuera, del aire bochornoso impregna
las vibrantes moléculas, la grata
tónica esencia que el naranjo vierte
como incensario generoso. Arrastra
manso el Guadalquivir, cual el Cefiso
claro y azul, las sonrïentes aguas,
y se aspiran los místicos perfumes
que de hogares y templos se derraman.

* * *

Por la torcida calle que se enreda
en el confuso laberinto, avanza
la del *Silencio* lenta cofradía
alzando al viento las rojizas hachas.
Ni avisos, ni plegarias, ni rumores
de la medrosa procesión se escapan;
cual mantos de fantástica neblina
las colas de las túnicas resbalan.
El Nazareno que la cruz soporta
en los llagados hombros, obra rara
de Montañés valiente, sudoroso,
aterrador en su postura trágica,
dirige al suelo la mirada vítrea
de profundos misterios impregnada,
y el fuego de la vida en las arterias
hiela al volver la congojosa cara.
Le ve pasar la gente cautelosa
desde entornados cierros y ventanas,
y allá se aleja fatigoso y triste
con su séquito vago de fantasmas.
Para verle también, la media luna
sube sobre el borrón de la Giralda,
y de la torre clávase en la cima
como un tricornio de bruñida plata...

* * *

Por donde quiera imágenes circulan
en los días de fiestas sacrosantas;
los pasos á los pasos se suceden
y cruzan muchedumbres enlutadas.
Desde las altas cumbres de la iglesia
llama á oficios, girando, la carraca,
y el ayuno los cuerpos enflaquece,
y á las almas perfuma la plegaria.
El órgano enmudece sus trompetas
de grandiosa armonía; las arañas
entornan sus millares de pupilas
y suspiran su sueño; las campanas
paralizan sus lenguas en que el bronce
mudo quedó; por tierra están las aras;
volcados los atriles; mustio el templo;
caídos los adornos en las gradas;

y el sepulcro que encierra á Jesucristo,
mientras las voces *¡miserere!* cantan,
se alumbra como el Rey de Babilonia
con el fulgor de cuatrocientas lámparas.

* * *

Pero ya por las calles en que el pueblo
se mezcla y funde en asfixiantes masas,
las procesiones su último desfile
hacen con grave y perezosa marcha.
No es Dios humilde quien venir parece
tras los pasos sin fin. Roma pagana,
Grecia con sus festines licenciosos,
Egipto con sus juegos y sus danzas
ante el glorioso Faräón que viene
á su palacio entre triunfantes palmas,
son menos deslumbrantes y soberbios
que el cuadro inmenso de la fiesta sacra.
El valor de un imperio representa
cada lujosa túnica; bordadas
en florones de oro que salpican
la púrpura encendida y recamada,
del hombro de los tardos nazarenos
caen al suelo rodando por la espalda,
y el carro fuerte con sus ruedas cruje
á la presión de la tremenda carga.
El manto de las vírgenes, parece
un constelado cielo; flores áureas
truecan sus pliegues en jardín de oro
que enorme cuelga de las ricas andas.
En sucesión que aturde los sentidos
santos y cruces fulgurando pasan,
la voz del pueblo entona una *sãeta*
triste como un preludio de guitarra,
y el desfile prosigue renovando
galas brillantes por lujosas galas,
montones por montones de riquezas,
y oro y perlas en fúlgida cascada.

* * *

Con el repique á gloria derramado
de la torre gentil, la iglesia enlaza
los cánticos postreros que pronuncia
antes de entrar en la solemne Pascua.
El elegante y de bordados lleno
elevado alminar, lenguas desata
de resonante bronce; bambolea
en los seguros cepos las campanas;
estremece cadenas y cordeles
que elevan del metal música bárbara;
y la lira gigante de la torre,
arpa de piedra que retumba y canta,
de Dios tronando á la sublime gloria
dice en robusto concertante: *¡Hosanna!*

II

FERIA

Dame tu vaso, viejo Anacreonte,
el griego vaso que sintió tu beso
y recibió las gotas rutilantes
del Falerno y el Chipre; vinos nuevos
quiero en el escanciar, vinos mejores
que los que hicieron fulgurar tu genio.
Jerez abre á mis ojos la bodega
polvorienta y caduca. Sus sarmientos
estruja sobre cañas cristalinas
Sanlúcar generoso, que risueño
derrama como líquido topacio
Manzanilla olorosa. Sacro fuego
ofrece al labio *Málaga* radiante,
del mar tendida ante el azul espejo;
y la patria de Góngora procura
rico *Montilla* al paladar sediento.
Para cantar las fiestas de mi patria,
como cantaste los amores, tengo
la sombra de tu musa que me inspira,
preclaros vinos y andaluces versos.

* * *

Ven y contempla las lujosas galas
de que Sevilla vístese; tus huesos
reanima y traba con engarce de oro
y apóyese en mi brazo tu esqueleto.
En el misterio de la luz que pinta
los lienzos animados; en el bello
trino que afiligrana punteando
la guitarra morisca; en el ameno
confesonario del amor, la reja
que envuelven los rosales de misterio,
yo te haré penetrar. Patios lujosos;
perspectivas brillantes; macarenos
bailes en que retuerce y descoyunta
la escultural Terpsícore su cuerpo;
escenas de la nómada *Sibila*,
que cual Daniel los súbitos letreros
de leyenda enigmática, columbra
sobre la mano el porvenir incierto;
andaluces cuadrúpedos vestidos
de ricas mantas y flotantes flecos
el *castellano* musical cantando,
más que grabando, con los nobles remos;
todo lo que á la fiesta celebrada
brinde carácter ó matiz diverso,
haré pasar ante tu excelsa sombra
en panorama rápido y espléndido.

* * *

Junto á la mesa de luciente pino
rueda á las cañas de cristal haciendo,
mira á los insaciables bebedores
á quienes junta el árabe instrumento.
Uno escancia de alegre manzanilla
en la alargada copa; otro los dedos
pasa sobre la armónica guitarra,
sentimental y reidora á un tiempo;
las palmas amarrando á la cesura
del sonoro compás, toca un tercero;
y otro entona las clásicas *jaberas*
de ardientes notas y de ritmo lento.
La bacanal, del *eritaño* cuadro
las líneas baña de color de fuego;
y apartada en el fondo, entre las hojas
de enredadera que enredó sus pechos,
una pareja está, besos de mieles
y alcaparrones ácidos comiendo.
A la tristeza contagiosa, al dulce
son de las cuerdas que recoge el viento,
canca una voz que *riza* las fermatas
al acabar los quejumbrosos versos:

Yo no sé qué tienen, madre,
las flores del cementerio,
que cuando el viento las mueve
parece que están gimiendo.

* * *

De la acuarela luminosa, gira
la atenta vista al callejón estrecho;
la soledad derrama su dulzura
por la desierta calle; largo velo
la madreselva tiende en el tejido
de la florida reja, y por los hierros
las manos enlazadas, y entonando
el *Gloria amante*, el *in excelsis Deo*,
con voz que es un susurro melodioso
del aire entre los verdes limoneros,
los amantes, de gozo suspirando,
pelan la pava en el feliz misterio.
Cambian los labios que las almas mueven,
las frases de Julieta y de Romeo,
y dicen con los ojos enlazados
como están los rosales en los huertos:
—Aún es temprano, aguarda.
—No, ya brilla
del nuevo día el resplandor primero.
—No ha cantado la alondra.
—Sí, ya canta
junto al naranjo de azahar cubierto.
—Es el celoso ruiseñor quien trina.
—Es la alondra, mi bien, ¿no oyes los ecos?
Y en medio del lenguaje *sespiriano*,
como lejano y lúgubre lamento

dice una voz: *¡Ave María Purísima!...*
y la hora canta el rondador sereno.

* * *

Mas afina la cuerda gemidora
de tu brillante monocordio griego,
y envuélvete en las gracias de tu musa
para tocarlo con saber maestro.
Has de elevar de la tirante cuerda,
las notas al mezclar, vivo arabesco,
que la cancela ante nosotros abre
sus labores finísimas de acero.
Del limpio patio en el marmóreo fondo
las jaulas se columpian en el viento,
y los vivos floreros se desbordan
en colgaduras vegetales. Preso
el tronco de la arábiga columna
en la red del follaje, el alto techo
soporta con su enorme pesadumbre
en el labrado capitel, cubierto
de bordados tan finos y tan blancos
como de encajes y de espumas hechos.
El piano y la indolente mecedora
y lámparas cubiertas de destellos,
embellecen el cuadro y se dibujan
dentro de los magníficos espejos;
y la fuente en que nadan como esquifes
los brilladores peces de oro y fuego,
tras la cancela el surtidor desata
que loco agita su collar risueño...

* * *

Pero asciende conmigo á la azotea
con su pretil de florecientes tiestos,
y mira los lejanos horizontes
esfumarse en los trigos y en los cielos.
Los seculares caños de Carmona
se van en sus soportes sucediendo,
opuestos á la plaza en que se aplaude
á *Guerra* triunfador, rey del toreo.
San Juan de Aznalfarache enseña adusto
las ruinas de su anciano monasterio
frente á los campos que *Tablada* tiende,
por los que va Guadalquivir gimiendo.
El puente de Triana se dibuja
cerca del puente de macizo hierro;
y la estación, oculta entre jardines,
la antigua *Macarena* recorriendo,
despliega sus vagones, que simulan
operación geométrica en el suelo...

* * *

La feria al fondo, en el distante prado,
abre y dilata su grandioso lienzo;

juicio final de la alegría, luce
sus millares de seres contrapuestos.
Los gitanos, que vagos horizontes
de Egipto llevan en los ojos negros,
hacen pasar por potro jerezano
el moribundo y flácido jumento.
En grupos diferentes, las yeguadas
dan su relincho, contestando al eco
de la copla ronflante del fogoso
asno, que brinca con el labio vuelto.
Alternando las copas del *Cazalla*
con *polvorones* de dulzor espeso,
riegan el trato en clásico alboroque
los nobles andaluces ganaderos.
Echa la buñolera en las sartenes
la hebrosa masa de alargados flecos,
y al sentirla el aceite burbujea
y á la orilla la impulsa el movimiento.
Las gitanas, ornadas de claveles,
agrupan en las fuentes los buñuelos,
y con graciosa cháchara brillante
invitan, insistentes, á comerlos.
En la caseta, cuyo frente adornan
dentro de admiraciones los letreros,
hace el *titirimundi* las piruetas
del dislocado repertorio, al pueblo.
Los puestos de diversas baratijas
se van con su bullicio sucediendo,
y cien pregones en tumulto cantan:
«¡Sonajas, pitos y tambores vendo!»
De la tienda de lona en que incesante
mueve, á vapor, un órgano su estruendo,
las figuras de cera anuncia osado
un charlatán, contando sus portentos.
Las casillas encierran la algazara
de miles fiestas resonando á un tiempo,
donde rueda la alegre manzanilla
y en la danza persíguense los cuerpos.
Todo en el lienzo colosal se funde,
todo arroja sonidos y destellos,
un grandioso delirio finge el cuadro
de gracia, luz, color y movimiento;
y dando elevación á la pintura,
presas las crines y los brazos sueltos,
corceles tan airosos y gentiles
cual los que nombra en la Odisëa Homero,
y los que Fidias con cincel valiente
labró en el friso al Parthenón soberbio,
por el ferial con majestad augusta
pasan en arrogancia compitiendo,
igual que si salieran de los cantos
del exaltado Píndaro, revueltos.

* * *

Tú, viejo Anacreönte, el que la copa
alzó por los amores en sus versos,
escancia en tu cristal la manzanilla
que rima con lo alegre y lo risueño.
Las viñas de Sanlúcar son más locas
que las viñas de Chipre y de Falerno,
y su zumo provoca á la alegría
de los brillantes y andaluces cielos.
Sobre el alto alminar de la Giralda,
el de *Manila* triunfador pañuelo,
clavaremos cual fúlgida bandera
que bese el sol al desrizarla el viento.
Y antes de que regreses á la tumba
más alegre y bëodo que un pellejo,
invocaremos al amor ardiente
que tiene el paladar del vino nuevo,
por las uvas brindando y las pupilas
que hay en las parras y en los ojos negros.

LA «JUERGA»

Asunto, una fiesta alegre;
lugar de la escena, Málaga;
tapiz del suelo, la arena;
y dosel, verde enramada.

* * *

En torno á una blanca mesa,
que no es de mármol de Italia,
donde incitan á los ojos
llenas de vino las cañas
en cuyos limpios cristales
tiembla la luz irisada,
cambiando amantes promesas
con más amantes palabras,
se encuentran tres *percheleros*
con tres bellas *trinitarias*.

Estrella, que así la nombran
en el barrio las muchachas,
canta con voz que semeja
á la alondra cuando canta.
Sobre sus hombros morenos
un chal pintado descansa,
donde mano primorosa
por el arte aconsejada
bordó con hilos de seda
colorines y calandrias.
De un lindo collar pendiente,
luce en la tersa garganta,

un corazón donde escrita
se ve de «amor» la palabra;
en las rosadas orejas
que á breves conchas se igualan,
lleva, inquietos oscilando,
ricos aretes de plata;
muestra en el pecho, una rosa;
en el pie, cárcel de grana;
en los dedos, perlas finas;
en el cuerpo, lindas galas;
y la graciosa cabeza
con tantas flores esmalta,
que lleva una primavera
sobre sus ondas rizadas.

Enfrente de ella, *Casildo,*
un mozo de rompe y rasga,
el que mata si le ofenden
y de amor al mirar mata,
el que esgrime cual ninguno
la pendenciera navaja
y usa calañés sombrero
sobre la ceja enarcada,
mientras principian los brindis,
mientras las risas estallan,
y las palabras se cruzan,
y se cruzan las miradas,
con la una pierna pulida
sobre la izquierda cruzada,
y encima de la derecha
la melodiosa guitarra,
templa y pulsa el instrumento
que dulces notas exhala;
y mientras uno sonríe,
y la otra toca las palmas,
y el otro las copas llena,
y la otra las copas vacia,
entornando de los ojos
las negrísimas pestañas
y parándose después
en mil y mil circunstancias,
escupe, mira al soslayo,
«¡Ole!» dice, y así canta:

«Mira si es mala mi *estrella*,
mira si mi *estrella* es mala,
que no hay *estrella* que rompa
las nubes que hay en mi alma.»

Todo es bulla y movimiento;
todo broma y algazara;
sobre la mesa, relumbran
llenas de vino las cañas.

Este, grita y baila á un tiempo
con otra que grita y baila;
aquél, dice á una morena
frases que el viento arrebata;
Este, anima con sus coplas;
aquélla, con sus miradas;
el otro, con sus suspiros;
cual, con sus tiernas palabras;
y crece el rumor y crece,
y luego en bullicio estalla,
y luego en ruidoso estruendo,
y luego en bronca algazara,
y hacen, cundiendo sus ecos
por la atmósfera abrasada,
las botellas que se rompen
en honor de Baco salvas.

Estrella, la de ojos negros
y las pupilas de llamas,
con aire de reina altiva
hacia el centro se adelanta.
Todos en ¡vivas! prorrumpen,
todos á un tiempo la ensalzan,
y éste y aquél la requiebran,
y todos baten las palmas.
en tanto que ella subiendo
con gracia y garbo la falda
que á la cadera suspende
bajo la mano de nácar,
mientras enseña del pie
la breve punta preciada
y en flexibles movimientos
luce las formas gallardas,
con voz que imita en lo dulce
á los arpegios del arpa,
y al murmullo de la ola,
y á las músicas del aura,
así expresa, y así siente,
y así dice, y así canta:

«No hay *estrella* que no rompa
nubes de penas amargas,
si es en un cielo de amores
donde las nubes se fraguan.»

Nuevo estrépito sucede,
nuevos requiebros se cambian,
y nuevos brindis se escuchan,
y nuevas copas se vacian.

En esto, un *curro* que viste
justillo con borlas grana
bajo cuyo extremo asoma
radiante y limpia navaja,

tomando en fina apostura
para brindar una caña,
cuyo claro contenido
que al ligero ambiente lanza,
finge al desgranarse en gotas
brillante collar de lágrimas,
mientras que el líquido suelto
coge otra vez en la caña,
—«Brindo, dice, por mi niña,
y por los mozos de gracia,
por Estrella, por el vino,
por quien toca, y por quien baila!»

—¡Olé!—¡Viva tu persona!
—¡Salero!—¡Viva quien habla!
—¡Bien por tu boca, serrano!
—¡Y por el vino!—¡Y por Málaga!
—¡Vengan botellas!—¡Y risa!
—¡Muchacho, toca las palmas!
—¡Vengan coplas!—¡Y jaleo!
—¡Y bullicio!—¡Y algazara!

Todo es gozo; todo vida;
todo luce; todo salta;
del líquido, por la mesa
ruedan las olas doradas;
todo es confusión y estruendo,
todo colores y ráfagas,
y estrépito, y vocerío,
y risa, y placer, y danza.
Y coronando la orgía,
sobre el altar en que irradia,
el genio antiguo de Roma
gozoso cierne las alas.

Enero, 1883.

Á VER LA NOVIA

I

Por los llanos de Sevilla
al declinar de la tarde,
á caballo cruza un hombre
del Guadalquivir la margen.

* * *

Potro cordobés conduce,
cordobés de pura sangre,
más negro que noche obscura
y más que el raso brillante.

Sentando el casco lustroso
sobre la arena mudable,
al levantarlo, parece
que va en la cincha á tocarse.
Resuella, y mares de espuma
arroja al pretal flotante,
donde hay pájaros y flores
tejidos por manos hábiles.
Por la nariz dilatada
donde entra zumbando el aire,
despide gotas y brumas
que ambiente y polvo deshacen;
de trecho en trecho, sacude
y alza el mosquero ondulante,
donde tropel de espejuelos
vierte reflejos fugaces;
relincha, caracolea,
salta, corre, bufa, late,
y cuando al paso camina,
van claramente marcándose
de un correcto castellano
los bien medidos compases.

* * *

Más que de dorada silla
los bruñidos correajes,
cubren al potro las sedas
de los ropones flamantes.
Su crin, que á no ir suspendida
fuera en los cascos á darle,
se recoge en larga trenza
que adornan lazos brillantes.
Su cabeza, que se mueve
con la malicia de un ave,
la envuelve rico bocado
lleno de hebillas y ojales.
Su larga cola rizada
que pudiera compararse
al girón de negra ola
arrancado á negros mares,
va arrollada por un nudo,
sobre el que cinta granate
serpea, ondula, se enrosca,
gira, sube, y al remate
suelta en tropel agitado
raudal de borlas flotantes.
Circunda el pretal su cuello;
roja cincha, sus ijares;
su cruz, manta cordobesa;
su casco, hierro brillante;
y completan su atavío,
fina albarda de Linares,
y encima, paño lujoso;
y luego, adorno de estambres;

después, enjalma vistosa;
luego, ropón de alamares;
por fin, cubierta de raso;
y en ella dos iniciales,
que deshechas del abrevio
dicen así: *José Gálvez.*

* * *

¿Qué hombre es aquél y qué busca?
¿qué hacia Sevilla lo trae,
y qué proyectos combina
y dónde va el mozo Gálvez?
Negras patillas adornan
su bien enjuto semblante,
tan dotado de blancura
como de pupilas grandes.
Relampaguea en sus ojos
el fuego de los volcanes,
hierve la sangre en sus venas,
convulso su pecho late,
y por lo que acciona, y mueve
moños, bridas y rendajes,
bien su inquietud se percibe,
ó que algún pesar le abate,
ó que arde en llama de celos,
ó en llama de amores arde.

II

Frontera á lo azul del río
que la copia en sus cristales,
y de la hermosa Sevilla
ni escondida ni distante,
una casa se descubre
que bien pudiera tomarse
por copo de blanca nieve,
por sonrisa del paisaje,
por flor de nevadas hojas
ó por el nido de un ave.
Enredaderas silvestres,
escaladores rosales,
y madreselvas frondosas
y trepadores ramajes,
la aprisionan y la envuelven
y la ciñen enlazándose,
figurando aquel asilo
donde gime y canta el aire,
paraíso diminuto
ó recinto de las náyades,
al que estrechan y acarician
los abrazos del follaje.

* * *

El jardín que le rodea
con sus flores ideales,
y sus cascadas rizosas,
y sus bruñidos estanques,
manto lujoso parece
sobre el que pisan las aves,
sobre el que penden los nidos
rebujados en los árboles,
sobre el que aromas ondulan,
sobre el que el viento se esparce,
y al que adornan y abrillantan
y enriquecen con su esmalte,
arabescos de claveles,
guarniciones de rosales,
festones de margaritas,
y fimbrias de tulipanes.

* * *

En la reja á la que cubren
tapices de hojas flotantes,
una mujer cuyo seno
lleno de impaciencia late,
se dibuja intermitente
á través del cortinaje,
con sus formas de escultura,
con sus ojos celestiales,
con su obscura cabellera,
y su hermosura de imagen.
Suspiros acongojados
de sus rojos labios salen,
y se levanta, y se agita,
volviendo luego á sentarse;
aplica atenta el oído
en él puesta el alma amante;
aparta la enredadera
que acaricia los cristales,
y rasgando sus pupilas
el crepúsculo süave,
dos sondas de amor sus ojos
palpan las sombras y el aire.

* * *

¿A quién busca y qué desea?
¿quién sus miradas atrae,
y quién su pecho conmueve
y por quién gime anhelante?
Se agita, y tórtola finge
que tierna las alas bate;
habla, y ruiseñor parece
que trina tras el ramaje;
asoma el rostro divino,
y entre las hojas fragantes

abierta flor asemeja
prendida al verde follaje;
y si entonces rudos celos
por ella cruzan fugaces,
pasan por sus negros ojos
dos relámpagos brillantes.

* * *

¡Pero escuchad! A lo lejos
y ensordeciendo la margen,
como de un corcel resuena
el galopar incesante.
¡Es él! el hombre adorado,
que del bruto en los ijares
clava las firmes espuelas
hechas de estrellas radiantes.
Es él que avanza y sacude
los recamados rendajes,
dejando vencer al bruto
del viento el furioso embate.
¡Vedle! La nube de polvo
de donde finge que sale,
colgada queda al ambiente
como una faja ondulante.
Ella entretanto en la reja
con ambas manos amantes,
al corazón aprisiona
que va de gozo á saltarle.
Avanza el corcel brioso,
salva espesos matorrales
y quiebras y cortaduras
y recodos del paraje,
mientras ella enamorada
y tímida y palpitante,
aplica el atento oído,
hasta que pronto acercándose,
el resollar se percibe
de la bestia formidable,
que agita las manos, hiende
de la noche los cendales,
y como engendro de sombras
llega rauda y espumante.

* * *

Ladra el lebrel que vigila;
refrena el jinete, y bájase;
ata el caballo á una reja
de *otra reja* no distante;
aparta el manto de hojas
que le recata su imagen,

y—«¡Mi amor!»—tierno diciendo,
y ella—«¡Mi bien!»—contestándole,
aquel cuadro delicioso
lleno de dicha inefable...
¡lo envuelve en luz misteriosa
la blanca luna que sale!

Madrid 14 Marzo 1883.

Á MI EMINENTE MÉDICO

el Doctor Huertas.

Por tu ciencia mi forma revivida,
feliz miro el venir de cada aurora;
la mano con que pulsas al que llora
está con óleo milagroso ungida.

Luz de un sol inmortal hay esparcida
en tu frente sublime y pensadora,
y tu mirar que todo lo transpora
sonda inspirado el fondo de la vida.

Donde dirige el rayo tu mirada,
brota una fuente de salud sagrada
cuyo raudal al corazón conduces.

Y entonces vierten al poder que empleas,
amor las almas, el cerebro ideas,
los labios risas y los ojos luces.

LA PRIMAVERA

Ya renace, riendo, la primavera,
génesis infinito de creaciones;
sus llamas misteriosas son la bandera
que siguen deslumbrados los corazones.

El suyo es ascua hermosa de tono vivo,
que en derredor esparce caliente flama,
y en ese sano ambiente lleva cautivo
cuanto en el mundo sueña, suspira y ama.

Es su pecho cascada de frescas rosas,
donde fija los ojos nacen violetas,
y hay en su andar cadencias más melodiosas
que las que hay en los ritmos de los poetas.

Rayo de sol ardiente lleva en las manos,
con el que besa tierras, mares y cielos,
y con él atraviesa bosques lejanos
y de lagos tranquilos dora los velos.

Fijándolo en un trozo de roca dura,
la roca se estremece, fecundizada,
y arrojan sus entrañas á la luz pura
una flor por mil tintas abrillantada.

Ya dirige su mano la luz de oro
á un ribazo que viste con amapolas,
y les manda un enjambre que va sonoro
merodeando mieles por las corolas.

Ya al monte la dirige dorada y leve,
y al tenderla del hielo por los cristales,
trueca sus quietos rizos la blanca nieve
por rizos bullidores de manantiales.

Pasa por la arboleda corriendo el rayo
y se llenan de flores las verdes ramas,
y á su carrera nacen Abril y Mayo
lanzando besos, trinos, risas y llamas.

Gira el pincel de oro la Primavera
por la extensa llanura que allá se pierde,
y desata los arcos de la palmera
y del plátano curva la pompa verde.

Lo tiende sobre el hueco del nido blando
sus briznas encendiendo de raudos brillos,
y hace que sobre el borde salgan piando
un tropel boquiabierto de pajarillos.

Después el vivo rayo pasa corriendo
sobre una gusanera presa entre rosas,
y de pronto en los aires forman, subiendo,
un surtidor de tintas las mariposas.

Noble cinceladora la Primavera,
el rayo de oro gira por los vergeles,
y, cincel impalpable de luz ligera,
modela el ramo rico de áureos claveles.

Luego al celaje blanco la faja sube,
atravesando brumas y azules velos,
y se echa á arder en notas la alada nube
y se agranda inflamando los amplios cielos.

Y después los distantes altos crestones
va el pincel prodigioso resucitando,
y decora sus cimas con pabellones
y turbantes de añiles que arden temblando.

Dirigiendo su llama germinadora,
con su pincel el mundo llena de vida,
y es su pecho paleta deslumbradora
que en incendios vitales lleva encendida.

Por su pincel resbalan lirios morados,
gotear de claveles, fusias hermosas,
collares de jacintos embalsamados
y un desgranarse rojo de abiertas rosas.

Si al mar dirige el rayo, saltan de gozo
los millares de vidas que hay en su seno,
cual si entrara en las sombras de un calabozo
de Dios el dedo puro, de estrellas lleno.

Si á la noche lo gira, pronto agitadas
se ven en los espacios indiferentes,
los astros removerse como bandadas
ú oleajes de mundos resplandecientes.

Si en la tierra lo clava, van germinando
jugos de vegetales reminiscencias,
que al salir á la vida van estallando
en cálices y en tallos, tintas y esencias.

Y la creación entera resucitada
por la diosa que vierte sus resplandores,
fija luego lo intenso de su mirada
en el tropel humano y en sus dolores.

Del anciano ya frío besa la frente
y la toca con leve mano indecisa,
y en el pecho caduco va el rayo ardiente
removiendo las ascuas de una sonrisa.

De los niños disipa la pesadumbre,
derramando en sus ojos dulces hechizos,
y se arranca á sí misma sartas de lumbre
para hacerles un casco de ardientes rizos.

El pecho de la virgen madura pleno,
como un rubio racimo de verde parra,
y el amor abrasante mete en su seno
como el ascua sonora de una cigarra.

Toda la vida lanza mil explosiones,
es un arder crujiente la vida entera,
y maniatados lleva los corazones
á su carro de llamas la Primavera.

Su mirada es al pecho triste y helado
la sonda de la vida que hinche los huesos,
y el mundo con amores deja regado
al recrujir glorioso que hacen sus besos.

Ella es Dios: lo que mira queda encendido;
si en un rosal se fija, brotan sus galas;
si contempla una rama, le forma un nido,
y al mirar cualquier ave, le hace las alas.

Á MI HÁBIL DENTISTA

Ramón Alcaide.

Es toda boca para ti un joyero
donde el rojo coral de cada encía,
muestra cual deslumbrante orfebrería
perlas en brillantísimo reguero.

Tus manos son dos duendes milagrosos
que cuidan del joyero peregrino
y ellas son el artífice divino
que las prende en sartares luminosos.

Despiertan viva admiración al verlas
tus áureas obras de afinado artista:
¡labrador en marfil; no eres dentista;
eres un rico engastador de perlas!

CAMINO DE VÉLEZ

Andando hacia Vélez por la tierra mía
para despedirme de sus horizontes,
de sus locas viñas, de sus caseríos y las dulces cañas
que enfranjan los mares de verdes festones,
amigos amados de la infancia pura
dábanme alegría, cabalgando al trote
de las mansas bestias que serpenteaban
ya por las laderas, ya sobre los montes.
Iban dos á lomos de un solo caballo
y eran cantadores,
en cuyas gargantas puso Andalucía
todas sus canciones,
como si pusiera con manos sublimes
¡su santo Evangelio escrito con notas de sus ruiseñores!
Mi alma iba tan triste
como la del hombre
que deja la tierra que le dió la vida,
y que en ella esconde
las cenizas caras de seres amados
que le dieron sangre, consistencia y nombre.
Iban caminando las bestias tenaces
por los pizarrales de pardos colores,

entre los nopales, por entre los ríos,
y por las gargantas y cóncavos hondos de los *cañaones*.
Allá de Comares el pueblo lejano,
veíase el borde
asomar arisco sus casas de nieve
por la multiforme
dentadura brava de cumbres salvajes,
engarabitadas cual dientes enormes.
Y, enfrente, la línea de Sierra Tejeda,
de un azul fasciuante que absorbe,
desplegaba el tremendo abanico
de su cordillera de altivos crestones,
como si quisiera tapar á Granada
y encerrarla en su cuna de flores.
Mi alma iba de amarga como las adelfas,
de entre cuyas sombras las víboras corren,
y en sus rojos cálices guardan la locura,
y con sus colgantes de pétalos dobles
atraen las vidas de los caminantes
para enajenarlas con sus tornasoles.
Lloraba mi pecho mi niñez perdida,
mis muertos amores,
mis amigos, que allá me enviaban
sus largos adioses
desde las montañas que atrás encendían
sus líneas informes
y al Africa miran rodar y extenderse
los mares cantores.

Bebimos el zumo febril de las parras
en Iznate, de arábiga torre,
con sus casas ciñendo en collares
la ruda garganta del monte.
Y también bebimos licor de la cepas
en Benamojarra que tiéndese noble
con sus higuerales de rara ambrosía
y sus moscateles más bellas que risas, más dulces que mieles,
Y allá descendimos [más rubias que soles.
por los callejones
que se asoman al río de Vélez
tendido en sus valles y cumbres bifrontes,
y que entre su guardia de cañaverales
arrastra sus ondas de luz y alegría y al mar brinca y corre.
Siempre que ese río contemplan mis ojos,
se ensancha mi pecho de goce
mirando sus álamos, sus fuentes, sus norias
que rezan con música acorde
la salve del agua purísima
al son del rosario bronco y rotativo de sus canjilones,
y también mirando las quintas rientes
como nube de cisnes que corren
y trepan los valles, las lomas, las crestas,
con sacudimientos de plumas que fingen triunfales blancores.

* * *

De pronto, una copla
como una saeta,
que lleva en la punta veneno divino
y embarga de dulce tristeza,
se oyó lenta alargar en los aires
sus versos de pena,
y así dijo, vibrando en las ondas
su vaga cadencia:

«Adiós, tierra mía;
adiós, noble tierra;
cual pliegos de un libro, me voy deshojando
el alma en tus sendas.»

El lento remate
de la quejumbrosa canción gitanesca,
se quedó en el viento tendida y llorando
dulces gotas de música enferma.
De la otra garganta
otra copla salió en competencia
más llorosa, más grave, más triste
que su compañera,
y un momento tuvimos el paso
para oir el chorro de música fresca
que desperezaba sus alas de notas
y empapaba en morfina la siesta.

Era por Agosto,
y ornando las cepas,
las moscateles lucían sus ámbares
de velo de oro y halagos de felpa,
que huelen á seno de nido
y á seno de virgen morena.
Las libélulas de forma larguísima,
tejidas con aire, sutiles y aéreas,
sobre blancos y secos charcales
volaban ligeras,
hasta dar con la gota de agua
de la que bebían frescura y cadencia.
Un can asfixiado
en su sed y trotando sin tregua,
pasó con los ojos henchidos de rabia,
cual chorro de lacre sacando á los aires la fúlgida lengua.
Las perdices, ahogadas, erguían
los cuellos del nido de yerbas,
y los alacranes al sol rebrincaban
en la ardiente ponzoña que llevan,
mientras entre juncos su rúbrica verde
liaba con trazos de torvo veneno la aciaga culebra.

La voz melodiosa
que cantó primera,
con ecos de llanto
rompió en malagueñas,

y se estremecieron los cañaverales
con la copla aquella,
que oyó el andaluz Paraíso
cual si el primer ruiseñor la plañiera:
«La virgen de la Piedad,
que está á la entrada de Vélez,
rió una vez de bondad,
y se llenó de claveles
el aire de la ciudad.»

* * *

Y al oir los cantos
de la tierra mía,
y ver que quedaban lejanos los montes
que de niño encerraron mi dicha;
al ver que pasaban los sitios amados
que fueron mis sueños y fe de otros días,
riscos, cuencas, valles,
prados, fuentes, villas,
anubló mi llanto
mis tristes pupilas,
y nombré á mi madre que formó mi cuna
de troncos nacidos en estas orillas,
y arrulló mis sueños de niño inocente
en estas montañas benditas.
Lloraba, lloraba con honda amargura,
aunque aparentaban mis labios la risa,
mientras entre el ruido de la cabalgata
entramos en Vélez en medio del día.
¡Adiós, dije entonces, amigos, montañas,
juventud remota, mi infancia, mi vida;
adiós, santa sombra de mi padre muerto;
adiós, madre mía!

Madrid, 20 Octubre 1912.

EL VINO DE MÁLAGA

Si deslumbrados por el terso brillo
de las copas radiantes donde tiembla
refugiada la luz; si entusiasmados
del vino ante la clara transparencia
vieron del Manzanilla en los cristales
la sevillana y clásica belleza;
en el Borgoña los antiguos cuentos;
en el Champán la resonante fiesta;
en el Falerno báquicos festines;
en el Chipre los cánticos de Grecia;
en el Rhin las fantásticas baladas
y en el Jerez los timbres de la guerra,

del Málaga sabroso que se oculta
en el fondo, sin luz, de la bodega,
para cantar la esclarecida fama
del arpa templo las solares cuerdas.

En el suelo feraz en que apacible
el Guadalhorce extiende sus riberas;
donde es del sol cada impalpable rayo
la vida rota en luminosas hebras;
donde emjambres de pájaros cantores
en arpegios y trinos se contestan
y desliza la mar olas de raso
que se transforman, al quebrarse, en perlas,
la vid sus brazos con amor levanta
donde racimos trasparentes cuelgan,
sobre los cuales, cuando tiernas crecen
y luego encubren la rugosa cepa,
del aire al soplo, temblorosas fingen
las verdes hojas esmeraldas trémulas.
En aquel suelo en que, al andar, no hay modo
de no ir pisando sobre flores bellas,
el Málaga circula por las vides
como mudo raudal bajo la tierra.
¡Ved! Trasportados los racimos claros
á la pesada y vigorosa prensa,
¡cien torrentes de vida les arranca
el lento caminar de cada pieza!
Despéñanse los chorros en los cántaros
como auríferas cintas que espumean;
trasládanse á los senos en que duermen;
fermentan en las lóbregas bodegas,
y son, al paso que los años lentos
sobre sus ejes de diamante ruedan,
¡licor luciente que supera al Chipre,
que añade gloria á la triunfante Grecia!

El color de la púrpura de Tiro
refleja en su cristal; su grata esencia,
envidia de las rosas orientales,
en el alma, suavísima penetra;
él enciende el valor y el heroísmo
y engendra sin cesar mundos de ideas;
alienta en él la vida en cada gota;
en él la inspiración bebe el poeta,
y en la copa radiante encarcelado,
cristalino y diáfano semeja
disolución brillante de rubíes
donde reflejos irisados tiemblan.

Arda en el vaso el transparente vino;
el entusiasmo inflame nuestras venas,
y brindando gozosos por la patria,
alzad la copa, y que los labios beban!

LA SOLEDAD ES LA FUERZA

Al admirable poeta Félix Gavito, en su soledad.

I

¡Oh egregio vate! ¡oh filtro silencioso
de vida, y paz, y ciencia, y hermosura!:
es salterio de gotas tu alma pura
de un gotear callado y milagroso.

Tu corazón es talismán poroso
que filtra, perla á perla, la amargura,
pero el alma enterrada en tu figura
la vuelve luz y verso religioso.

No llores ser la gruta retraída
que contiene las claves de la vida
y elabora su templo solitario.

Encerrado en tu paz, te reverencio;
¡sé más bien filtro de inmortal silencio
que orquestal y grandioso campanario!

II

¿Qué importa que entre cúspides bifrontes
des á la soledad versos amados,
y se pierda tu voz por los collados
y por los mudos y hondos horizontes?

Siempre que el vuelo lírico remontes
tendrás por fondo cielos inflamados,
bosques por el turbión desmelenados,
guardia sublime de atrevidos montes.

No por más solo Dios, de entre la nada
dejó alzarse al calor de su mirada,
de sus pestañas al abrir los velos,

hombres, mares, estrellas encendidas,
¡más vidas, y más vidas, y más vidas,
más cielos, y más cielos, y más cielos!

III

Canta en la soledad á tus altares;
á cada instante de tu esencia brota;
¡que no se pierde la ignorada gota
ni entre el hervor de los inmensos mares!

Deslía cual sinfónicos collares
ríos de rimas en que el alma flota,
y canta, canta, hasta que herida y rota
caiga tu Iglesia y trunque sus pilares.

Y aunque sola suspire tu garganta,
en tu adusto retiro canta, canta,
cual ruiseñor sin ojos, á tu empresa.

Pues cuanto más Jesús en el Calvario
es mudo, y pobre, y triste, y solitario,
¡mejor su Voz los siglos atraviesa!

IV

¿Qué poeta inmortal solo se siente
si está de cuanto vive acompañado?;
el Universo y todo lo creado
lleva metido en medio de la frente.

Orbes y vidas en su genio siente:
su cerebro por Dios iluminado,
en su seno sublime calentado,
es Ovario de mundos y de gente.

Su lira por la fuerza estremecida,
es el ramaje entero de la vida
que del cielo á los hombres va rodando.

Suyo es el mundo desde polo á polo,
y aunque parece que camina solo,
¡lleva en su ser la Inmensidad cantando!

V

Labra, labra tu ritmo susurrante
como la abeja música y perdida
que recorre las flores de la vida
vagando aislada como nota errante.

Hecha en la soledad pura y amante
está la miel que es gracia bendecida,
y está en hondo silencio construída
la santa forma del panal brillante.

Si no hubiese sagrada Eucaristía,
el panal su virtud reemplazaría;
él es la santidad. Poeta canta.

Y como un sabio enjambre, con tus versos
laborarás panales y Universos,
¡porque es la Vida entera tu garganta!

El Ciego de los Romances.

Poco lucido de zancas,
mal estirado de piernas,
en jirones y en harapos
la triste figura envuelta,
la guitarra á las espaldas
y el báculo en la derecha,
llevado de un lazarillo
que le habilita la senda,
el ciego de los romances
se encamina á la plazuela.

* * *

Está la gente animosa
pues está el pueblo de fiesta,
que es la feria de la Virgen,
y se celebra la feria.
Circundan los turroneros
el pórtico de la iglesia,
donde coro de chiquillos
los gratos dulces contempla;
y balcones y ventanas,
inclusos los de la escuela,
están de colchas colgados
y de sábanas diversas.

No exactas, según indican
el sol bañando la esfera
y el reloj del boticario,
podrán ser las once y media,
cuando tras rudos tropiezos
en las puntas de las piedras
y tras de dar con el palo
cien mil veces en la tierra,
llega á la plaza el mendigo,
tan saturado de penas,
¡que descuelga la guitarra
por no cavilar en ellas!

«¡Dos cuartos vale el romance!»
dice con voz plañidera,
mientras la gorra se quita
el muchacho con presteza,
y á manera de platillo
la pone sobre la tierra.
Luego de un zurrón lustroso
con más puntos que una media
y muchos más desollones
que en otoño las cortezas,

saca un vistoso estandarte
que de un palo lo sujeta,
y luego enarbola el palo
como si fuese bandera.

* * *

Terminada ya la misa
sale el pueblo de la iglesia,
y al ciego y al lazarillo
con ansia viva rodea.
Echando el último nudo
á una *cuarta* que se quiebra
y apretando la clavija
hasta en su tono ponerla,
principia á templar el ciego
la destrozada vihuela,
que más tiene de alma humana
que dolorida se queja,
que de acordado instrumento
donde duerme la pereza.
Un óvalo de caoba
sobre la tapa se observa,
donde los lánguidos golpes
van á marcar la cadencia;
arañazos y hendiduras
por todas partes la llenan;
la luz penetra en su fondo
por sinnúmero de grietas,
y es el mísero instrumento
guitarra de tal pobreza,
que muestra en la superficie
por filarmónicas cuerdas,
una cuarta, dos bordones,
y una prima que cerdea.

* * *

Después de templar mil veces
y de toser mientras templa,
á relatar el mendigo
largo romance comienza.
Según que avanza la historia,
las caras terror expresan,
y absortas al lienzo miran
con tantas bocas abiertas.
De tiempo en tiempo el mendigo
mueve y estira las cejas,
y murmura, acompañando
las palabras con las cuerdas:
«¡Dos cuartos vale el romance!
¿quién lo compra? ¿quién lo lleva?»
Pero se aumenta el concurso,
y á medida que se aumenta,

en torno del lazarillo
va engrandeciendo la rueda.
Con el llegar de los unos
también los otros se acercan,
y ya la gente se empuja,
y se funde, y se codea.
Allí está la campesina
engalanada de fiesta,
con su pañuelo de raso
y sus pendientes de perlas;
allí se ve al guapo mozo
con el sombrero á la ceja,
los pespuntes en el traje,
y el bordado en la pechera;
allí está la boticaria,
allí la noble alcaldesa,
allí el ricacho famoso
con la abultada cadena,
y por medio del gentío
los muchachos se dispersan,
y por mirar la pintura
se empinan sobre las piedras!

* * *

—«¡Un romance de amoríos!»
dice una linda mozuela
enseñando los dos cuartos
sobre la palma morena.
—«¡Otro de robos y sustos!»
añade una enjuta vieja
que lleva al cuadril terciada
una dulce nietezuela.
—«¡Otro de celos y riñas!»
prorrumpe un imberbe apenas
dando un gallo que le pone
colorado de vergüenza.
—«¡Otro de brujas y duendes!»
—«¡Otro del listo Candelas!»
—«¡El del Cid!»—«¡El del cautivo!»
—«¡El del payo!»—«¡El de la abuela!»
Y tal la venta prosigue,
y tal redobla la venta,
que el activo lazarillo,
sin dar á las manos tregua,
alargando los romances
y cogiendo las monedas,
sólo grita dos palabras:
—«¡Vaya y venga!» «¡Vaya y venga!»

* * *

Sigue el mendigo la historia,
y en los rostros se revela

ya el terror ó el entusiasmo,
ya el asombro ó la tristeza.
Pero rugiendo la ira
á todos los pechos llega,
cuando un feroz asesino,
—según el relato expresa.—
alzando á un niño en los brazos,
con desusada fiereza
¡contra el duro pavimento
desaforado lo estrella!
Sordo bramido en la gente
entonces surge y aumenta;
y en ruidosa algarabía
prorrumpen, dando mil quejas,
en lamentos los chiquillos,
en lágrimas las mozuelas,
en reniegos los galanes,
y en alaridos las viejas.

Mientras tanto, siempre atento
al temple de la vihuela,
y apretando las clavijas,
y armonizando las cuerdas,
en su atiplado falsete
clama el ciego con triteza:
«¡Dos cuartos vale el romance!
¿Quién lo compra? ¿quién lo lleva?»

* * *

Mas ya declina la tarde,
y entre cruces y entre velas
empieza á salir, despacio,
la procesión de la iglesa.
La manga desvencijada
lleva el monaguillo acuestas,
y el cura luce ceñida
la sagrada vestimenta;
sobre las andas vistosas
la pura Virgen se eleva,
y seis mozos la conducen
puestos en traje de fiesta;
cien campanillas de plata
dan metálicas cadencias
colgadas en los adornos
de las labradas maderas;
sigue á la imagen el pueblo,
y también sigue la orquesta,
que la forman dos violines,
un trombón y una corneta;
dos hileras de personas
llevan delante las velas,
y en la punta al cohetero
locos chiquillos rodean;

en los lucidos balcones
el señorío descuella;
hienden tronidos los aires;
el sol alumbra la escena,
y un cargamento de flores
por ventanas y azoteas
desciende en lluvia brillante
para alfombrar la carrera.

Vuelta á su templo la imagen,
desde el atrio de la iglesia
su bendición á los campos
otorga dulce y serena;
de rodillas el concurso
el cuadro hermoso contempla;
lanza entretanto girando
sus tronidos una rueda;
deshácense las campanas
entre repiques de fiesta;
estallan mil oraciones;
alzan un himno las cuerdas,
y en la nave iluminada
que resplandece desierta,
con palio, mangas y luces,
Virgen y pueblo penetran!

Llega medrosa la noche,
y como es noche de fiesta,
el ciego y el lazarillo
en la posada se hospedan.
Arde un castillo de troncos
en la enorme chimenea
donde aterida la gente
á la lumbre se congrega.
Mientras cruzan las parrandas
resonando por la puerta,
el ciego dice un romance,
ó el viejo una hazaña cuenta;
con un soplador de esparto
uno atiza la candela,
á tiempo que otro las manos
una con otra restriega;
atropellándose el humo
la estancia lóbrega llena,
y el rapaz embebecido
los ademanes observa;
con las frescas risotadas
alegres chistes alternan;
hace su curso la bota
con largas intermitencias,
y entre lluvia de refranes
sazonada de pimientas,
fluye el idioma sembrado
de donaires y sentencias.

Rueda pausada la noche;
todo en silencio bosteza;
alarga la tibia luna
las sombras sobre la tierra;
del gato allá en la ceniza
los ojos fijos observan,
y en el campo solitario
que de rumores se puebla,
la fantástica lechuza
de tumba en tumba tropieza.

* * *

Estira al venir el alba
el ciego brazos y piernas,
y dispuesto el lazarillo
atrás el zurrón se cuelga;
veinte cuartos de hospedaje
recibe la posadera,
que, el candil en una mano,
les alumbra hasta la puerta.
Con rumbo al pueblo vecino
toma el ciego la vereda,
cuando aún visible la luna
las altas cimas blanquea;
á la espalda la guitarra
y el palo dando en la tierra,
primero bajan al llano
y luego suben la cuesta;
paso tras paso inseguro,
pausadamente se alejan;
y allá, cuando van trepando
la cúspide de la sierra,
roza el viento la guitarra,
y arrebata de la cuerdas
notas de triste armonía
que hondos sollozos semejan.

LA ROMERÍA

Cuadro, Málaga en desorden;
dosel del festín, la higuera;
por contorno, las montañas;
y por tapiz, la floresta.

* * *

Arde Málaga en anhelos
de reprimida impaciencia,
y todo es música y danza
y risa y jolgorio en ella.

Alístanse los galanes,
compónense las mozuelas,
y de los barrios famosos
por sus riñas y pendencias,
y de la ciudad que ufana
contempla el mar que la besa,
en caravanas alegres
que en desorden se atropellan,
de *Las Barrancas* acuden
á la anchurosa pradera.

Raya el sol en el ocaso,
y por las largas riberas
que traza el Guadalmedina
recostado en sus arenas,
de sonoros instrumentos
óyense vibrar las cuerdas,
y los cantos populares
que á sus acordes se mezclan.

Va el *trinitario* provisto
de inmensa bota repleta,
que á cada paso la empina
y mira hacia las estrellas;
el *perchelero* le sigue,
que á la cintura sujeta
lleva la faca traidora
que le sirve en la pelea;
va también el *capuchino*
con amorosa pareja
entregándose al arrullo
de la plática más tierna;
detrás, mozos diferentes
persiguen á las doncellas,
de los demás arrabales
escapados á la fiesta;
todos marchan confundidos,
y entre el bullicio que reina,
y las ondas que relucen
de la luz que se deshebra,
en ruidosos carruajes
donde los rayos se quiebran,
marcha también á la orgía
lo elegante: *La Alameda.*

Llégase al campo, y los haces
de humanas olas que ruedan,
á torrentes desembocan
en la explanada soberbia.
Muestran allí sus encantos
las victorianas bellezas
que del amor como diosas
ofician tras de la rejas;

la aristocrática dama,
sobre abierta carretela,
á la vez del rico traje
luce la faz de azucena;
hembras de opuestos matices
dan variedad á la fiesta;
entre todas descollando
por lo graciosa y lo bella,
la trinitaria famosa,
de cuya imagen morena
pudiera hacerse el retrato
pintado de esta manera:

* * *

Sobre dos pies diminutos,
viene una falda hechicera,
que en sueltas tablas termina
y que, al andar, se despliegan;
guarniciones primorosas
unas sobre otras sujetas,
van á escalar la cintura
terminando en las caderas;
encubre el cuerpo garrido
sobre el corsé que lo besa,
sabiamente abotonada
una pulida chaqueta;
da la vuelta á la garganta
collar de brillante felpa,
donde una cruz es martirio
de aquel que á mirarla llega;
zarcillos de oro enriquecen
las sonrosadas orejas;
flores, el bello peinado;
el seno, gasa ligera;
y de los hombros cayendo,
un rico mantón la estrecha
con pájaros de colores
y un fleco que arrastra y cuelga!

* * *

Preludian los instrumentos,
y al sonido de las cuerdas
cien mil grupos se improvisan
donde se baila ó se juega;
en alto oscilan los brazos
se escuchan las castañuelas,
y ya al son de un medio polo
que se aplaude y se jalea,
ó de cántico murciano,
ó de alegre malagueña,
todas las manos ondulan,
bullen todas las cabezas,

todos los cuerpos se doblan,
y giran todas las piernas.
Embriagados por la orgía.
unos siguen y otros cesan,
y éste brinda por su rubia
y el de allá por su morena!
Grita el hambre, y á su acento
difundido por la fiesta,
cubren el suelo manteles,
platos, copas y meriendas.
Bajo la sombra del bosque
á comer todos se aprestan;
y mientas uno levanta
cual cáliz la copa llena,
y éste canta, y otro ríe,
y otro baila, y aquél juega,
en lugar donde el bullicio
redoblan danza y verbena,
y chasquido de cristales
y romperse de botellas,
hacia una mesa que brilla
de estrechas cañas cubierta,
una moza se adelanta
con la mano en la cadera;
y cuando es mayor el baile,
y más libre el vino rueda,
y cunde más el desorden,
y los brindis se acrecientan,
arrancando de los hombros
su chal de brillante seda
y airosamente limpiando
con él la luciente mesa,
mientras los vasos derriba
que vibrando se atropellan,
erguido el talle gallardo
canta al son de una vihuela.

* * *

En esto, de opuesto lado,
entre el fragor que resuena,
estallan desgarradores
los ayes de una pendencia.
La gente se arremolina,
gritan y corren las viejas,
huyen todos espantados
haciendo rancho á la gresca,
y entre una nube de polvo
alzada por las carreras,
¡dos gitanos frente á frente,
se miran sobre la arena!

Descompuestos los semblantes,
en el cinto las tijeras,

atrás los altos sombreros
y separadas las piernas,
en las manos las navajas
y en el codo las chaquetas,
con la fuerza y el coraje
del que rabia y se impacienta,
como trombas irritadas
se acometen con fiereza.
Uno al otro se abalanzan,
vuelven luego con cautela,
recios tajos se dirigen
que en el codo los sujetan,
tornan, giran, adelantan,
retroceden, culebrean,
¡hasta que el uno vencido,
lanzando ronca blasfemia,
cubierto de roja sangre
rueda cual tronco por tierra!

Cien y cien exclamaciones
el aire ardoroso pueblan,
mientras la gente se agolpa
formando maciza rueda;
acuden á la algazara
esbirros y gente seria
que de datos y de nombres
forman estricta reseña;
toca la gente á desorden
viendo que el cuerpo se llevan;
se da el suceso al olvido...
¡y torna á reinar la fiesta!

* * *

Pero ya el sol expirante
sus rayos manda á la tierra,
en cuyas luces de oro
el polvo brillante juega;
mansamente por el llano
el concurso se dispersa,
melancólicos cantares
dejando por la ribera;
chirrea el grillo en la sombra,
el ave azorada vuela,
gusanos de luz rutilan
en las fragantes macetas,
y al par que del monte bajan
las esquilas soñolientas,
suena el toque de oraciones,
á cuya plegaria eterna,
su frente el hombre descubre
y entona un rezo la vieja.

La ciudad allá en el fondo
á iluminarse comienza,

lanzando por sus ventanas
las claridades primeras;
suenan los altos relojes
en las augustas iglesias;
bajo la parra en los patios
las jóvenes se congregan,
y al reflejo de la luna
que sobre el monte se muestra,
el cielo brilla y se cuaja
de esplendorosas estrellas!

EL SACORIO

I

En pie sobre el duro trillo
de pedernales sembrado;
el látigo por el viento
y las riendas en la mano;
sobre el semblante ardoroso
el sombrero derribado,
y en la novia el pensamiento,
y una copla entre los labios,
el trillador Juan Calores
hace girar sus caballos
sobre el tapiz que combinan
rubias espigas y granos.
La tarde cierra sus luces
tendiendo sobre los campos
largas y débiles sombras
de montes y campanarios,
y las mozuelas entonces
con las vasijas al lado,
camino van de la fuente
y va con ellas Rosario.
Ama á esta linda mozuela
el trillador afamado
que en cien parrandas alegres
probó el valor de su brazo;
pero opuestas una y otra
sus familias, á casarlos,
la relación impidieron
de los dos enamorados;
y es de ver cómo en la fuente,
en la iglesia, y en el campo,
cambian los dos sus sonrisas
á espalda del mundo vano;
y cómo, aunque ante la gente
nada se dicen sus labios,
sus corazones de fuego
se están de amor abrasando.

Quebrada salta la espiga
cubriendo el suelo empedrado,
y cerca, en la clara fuente,
llénanse á chorro los cántaros.
—¡Míralo, es él, Juan Calores!
grita el femenino bando,
y al momento se apresura
á ver trillar los caballos.
En torno de la ancha pista,
entre carreras y saltos,
las mozas una por una
sube el mozuelo á su lado.
A cada pliegue que el viento
abre en la falda jugando,
un estadillo de risas
alegra rostros y labios.
Si tiembla una moza, hay gritos;
si el mozo la ciñe, aplausos;
y hay estruendo y hay jolgorio
si á ambos derriba un abrazo.
Así subiendo á unas mozas
y á otras mozuelas bajando,
al trillador se le acerca
la que es su sueño adorado;
y pisando el móvil trillo
con pudor y con recato,
mientras los labios entonan
seguidillas al verano
y de amor palpita el mozo
de la joven al contacto,
así la dice al oído
con acento apasionado:
—«Lo tengo todo dispuesto,
padrinos, gente y caballos;
mañana será el *sacorio,*
que estés, mi bien, preparado.
Al dar las diez en la torre
tras tu corral te esperamos;
sal por la puerta secreta
y corre luego á mis brazos.
El mismo juez *en persona*
será tu depositario;
los padrinos, mis amigos;
y el pueblo, los convidados.
Ya sabes dónde te espero,
no faltes á lo tratado;
prudencia, fe, disimulo,
y compostura y recato.»
Y en tanto que estas palabras
dice con trémulos labios,
deshácense las gavillas,
hieren las piedras los cascos,
y de la parva crujiente
saltan brillantes rosarios.

II

Con fiestas en la explanada
anímanse los lagares,
cuando el tajo en la vendimia
deja cortado la tarde.
En torno de los paseros
la gente empieza á alegrarse
con el rumor de la copla
que fué despertando el aire.
Sabrosos cuentos se escuchan
y sentencias, y refranes,
y donde expira una risa
un chiste palpita y nace.
Al dulce olor de las uvas
se une el grato del vinagre,
y al de fuego de la tierra
el de la fronda sonante.
En el pueblo resplandecen
los candiles al cruzarse;
sentadas junto á las puertas
hablan mozas y comadres;
los perros de los cortijos
ladran allá en lo distante,
y en las umbrosas laderas,
entre pitas y *chumbares*,
resplandecen los paseros
llenos de toldos flotantes.

III

En cercano caserío,
del pueblo á una legua escasa,
se oye murmullo de gente
que se remueve y prepara.
Es la gente del *sacorio*
que, siendo las nueve dadas,
hacia el pueblo se encamina
en bien precavida marcha;
y es de ver á Juan Calores
lucir trencillas y randas,
para agradar á la novia
cuando la lleve á las ancas.
Sobre zapato de cuero
bordado de sedas varias,
botín primoroso enseña
que del tobillo le arranca.
Ciñe luego su rodilla
pantalón de rica lana,
que arriba corre á ocultarse
bajo el doblez de la faja.

Chaleco de fina tela
sobre su pecho se clava,
y envuelve su airoso cuerpo
en chaquetilla de pana.
Encima de la pechera
enseña ojales, y tablas,
y bordados, y labores,
y arabescos de puntadas.
Toda su persona brilla
tan vívida como un ascua,
y completando su adorno,
roza un sombrero su cara,
con negras moras por fuera
y dentro forro de plata.
El caballo que conduce,
con la crin suelta y rizada,
muestra ceñida la cola
por un vendaje de grana.
Un aguacero de sedas
le cuelga de banda y banda,
y á los movibles caireles
une el primor de las mantas.
Subiendo al pretal las manos
y alzando airoso las ancas,
un castellano anda el potro
mejor que pluma lo traza;
y este conjunto soberbio
hacen completo en la marcha,
la copla que lanza el mozo,
y el aire que el potro marca.

Hasta unos quince caballos
en el calvario se paran,
mientras que novio y padrinos
el pueblo arriba adelantan.
Es de escuchar á las viejas
al divisar gente extraña,
en los cercanos corrillos
sonar el grito de alarma.
Es de ver cómo las mozas
echan números y cábalas
sobre los hombres que cruzan
con tanto rumbo la plaza.
Es de oir á los chiquillos
siguiendo á la cabalgata,
hacer cundir poco á poco
de las personas la entrada.
Cómo á medida que llegan
de Rosario tras la casa,
la voz de alerta y aviso
toma cuerpo y se propala.
Pero es inútil que cunda;
Rosario, toda asustada,

con misterioso sigilo
cruza el corral de la casa;
empuja luego la puerta
que se halla medio entornada;
súbela al punto el padrino
del guapo novio á las ancas,
y á tiempo que tras del muro
suenan gritos y amenazas,
dejando las duras piedras
llenas de chispas doradas,
los caballos se deslizan
como ligeros fantasmas.
—¡Un sacorio!—grita el pueblo.—
¡Rosario es á la que sacan!
y añade una astuta vieja:
—¡Cuando yo me lo pensaba!
—¡Qué callado lo tenían!
—¡Dios nos libre de agua mansa!
—Y el padre, ¿no habrá sabido?....
—No ha debido saber nada.
—¿Y es Juan Calores el novio?
—El mismo que viste y calza.
—Pero ¡al calvario, señores!—
Y hacia el calvario se lanzan,
á punto que el aire vibra
con las primeras descargas.
—¡Vivan los novios!—prorrumpe
á voces la cabalgata,
y nuevos roncos disparos
se escuchan en la distancia.
Corre el padre de la novia
armado de todas armas
para ocasionar mil muertes
con su plomo y con su rabia;
pero en medio del bullicio,
una voz de las que hablan,
saliendo por malagueñas,
con sorna y malicia canta:
«No te canses en seguir
lo que no guardó tu casa,
porque el amor cuando corre
no le coge ni una bala.»

* * *

Por la lejana vereda
lucen vivas llamaradas;
relinchos dados al viento
unen su estruendo á las salvas;
en los lagares vecinos
los perros brincan y ladran;
toda la gente del pueblo
se hace lenguas de la hazaña,
y allá, entre el rumor confuso
que forma la cabalgata,

el mozo dice á su novia
en voz misteriosa y baja,
mientras el padre á lo lejos
blasfema, maldice y rabia:
—¿Me quieres?—y ella afanosa
responde:—¡Con toda el alma!

El Árbol de las Estrellas.

Lleno de cálices blancos
desde el tronco á la cimera,
el almendro me parece
el árbol de las estrellas.
En él, con furia soplando,
entreabrió Marzo sus yemas,
y en collares de luceros
trocó sus ramas espléndidas.
¡Arbol del cielo, árbol claro
que anuncias la primavera:
parecen risas de niño
tus florecillas abiertas!
Bajo el ramaje de plata
hecho de nieve y de perlas,
que te viste de blancura
y de impecable pureza,
muchachas de quince abriles,
allá en mi niñez risueña,
iban á cortar tus tallos
para adornar sus cabezas.
La tradición, que no muere,
les refirió la leyenda
de que si en torno al almendro
bailaban formando rueda,
rondadores les saldrían
llenos de amantes finezas,
que las harían esposas
al caer las flores secas.
Ellas alzaban entonces
hacia el ramaje las diestras,
y con tallos adornaban
sus sedosas cabelleras;
y coronadas de flores
después formaban cadena,
y en torno al árbol brillante
bailaban danza ligera.
Cada vez que sacudían,
dando las rápidas vueltas,
el esplendente ramaje
con las manos en cruz puestas,
un aguacero de flores
descendía sobre ellas

como en noche azul y clara
se ve una lluvia de estrellas.
Eran frescas ilusiones,
eran esperanzas frescas
que caían en sus almas
anegando sus cabezas.
Soltaban, locas, la risa
al sentir las flores trémulas,
y de risas y de flores
salpicaban aire y tierra.
Después del rito amoroso,
al morir la tarde lenta
entre derrames de púrpura
y velos de azules felpas,
hacia el pueblo, entrelazadas,
regresaban las doncellas,
flores de almendro llevando
en las frentes por diademas;
y en un coro, cuyas notas
aun dentro del alma tiemblan,
esta canción entonaban
por las floridas veredas:

* * *

Almendro oloroso, que un novio me salga;
un novio que vista justillo y chaqueta;
que tenga los ojos muy grandes, muy grandes;
que tenga la boca muy fresca, muy fresca;
que sepa en el campo mover una azada;
que sepa las armas mover en la guerra;
que quiera á su patria, que quiera á su madre,
que quiera al Dios justo de cielos y tierra,
y que más que á madre, que á Dios y que á patria,
á mí, aunque es pecado, me mire y me quiera.

* * *

Hoy que á mi ser impasible
la edad del dolor se acerca
y de cuanto amé en el mundo
muy poco ó nada me queda,
por no llorar, los dos ojos
cierro á la vida de fuera;
y más me entristece el alma
ver dentro de mí la rueda
de juventud y alegría,
de amor y de gentileza,
que brilla girando en torno
del *árbol de las estrellas*.

El Baile de las Muñecas.[1]

(A una niña)

La muñeca doña Clara,
su palacio de Carrara
de flores viste y prepara
para dar una función;
y á ella irán lindas y huecas
sus amigas las muñecas,
á bailar haciendo muecas
el brillante cotillón.
Invita con cortesía
á la muñeca María,
á la muñeca Sofía,
á la muñeca Salud,
y á otras que al baile de trajes
llevarán piedras y encajes
y abanicos de plumajes,
con infantil inquietud.
Cada muñeca graciosa
vestidura caprichosa
á su escultura preciosa
pone coqueta y gentil,
y en las ricas salas entra,
donde saluda y encuentra
la sociedad que concentra
á la *crema muñequil*.
Va de reina de Golconda
una de cara redonda
envuelta en la frágil onda
de un ropaje de tisú,
y otra cruza por la sala
con vestido como Atala
y breve talle, que iguala
á la forma de una V.
Otras arrastran por colas
gasas rizadas en olas
ostentando infladas golas
en los cuellos de marfil,
y las copian á lo lejos
entre lluvia de reflejos
los magníficos espejos
con su porte señoril.
Una de Safo se viste;
otra su cuerpo reviste
con el traje bello y triste
de Margarita inmortal;

(1) Esta forma poética, como la análoga de la composición siguiente y otras muchas del autor, fué aceptada y usada en toda España, en los géneros más distintos, por notabilísimos poetas.—*(N. del E.)*.

otra de Dux veneciano
ciñe su cuerpo profano,
y la otra de un rey prusiano
ostenta el casco triunfal.
Las diversas posiciones
de los lindos rigodones
van marcando en los salones
con menudo y raudo pie;
y muñecos estirados,
circunspectos y atildados,
las requiebran alternados
en la danza del *minué*.
A los sones de la orquesta,
cada leve dama apuesta
baila y goza de la fiesta
hasta el alba ver lucir;
y al venir la aurora fría
obscurécese la orgía
al temblar la luz del día
que ya empieza á sonreir.
Vanse, entonces, fatigadas
las muñecas demacradas
á sus mágicas moradas
á dormir bajo dosel;
y del *tren* tiran ansiosas
ocho blancas mariposas
que aletean bulliciosas
persiguiéndose en tropel...

MASCARADA

Entre el girar de mil tropeles,
pasan ropajes y caireles,
pasan *pierrots* con cascabeles,
pasan disfraces en montón,
y abigarrando el torbellino,
van lo vulgar y peregrino,
van lo profano y lo divino
en delirante confusión.
Vese á una maja de Sevilla
con su peineta y su mantilla,
con su mirar que ríe y brilla,
y en su garganta breve cruz;
y de un torero avanza al lado
cuyo ropaje iluminado
lo deja en chispas erizado
como una estatua de oro y luz.
A la del vate amada Celia
ó á la gentil y blonda Ofelia,
con las mejillas de camelia
y en las pupilas el candor,

sigue de Oriente un rey lujoso,
policromado y ostentoso,
en cuyo traje esplendoroso
se admira un triunfo del color.
Presa de duda que la incita,
va melancólica y contrita
la fascinada Margarita
entre el diabólico tropel,
mientras Luzbel que la recata,
dando á escuchar su serenata,
muestra los cuernos de escarlata
como pistilos de un clavel.
Junto á Rosina picaresca
con la sonrisa alegre y fresca,
que en lo graciosa y lo goyesca
es española encarnación,
va Don Quijote el exaltado,
lacio el semblante amojamado,
lacio el aspecto fatigado,
vivo el inmenso corazón.
A la odalisca deslumbrante
de vestidura de diamante
y elegantísimo turbante
como un adorno sensual,
sigue un Lohengrin, que en la carrera
lleva una luz que reverbera
en el crestón de la cimera
como un relámpago triunfal.
Tras de Cleopatra soberana,
mezcla de egipcia y de gitana,
que de la errante caravana
lleva en los ojos el ardor,
va un japonés engalanado
de colorines salpicado,
y el quitasol disciplinado
como el ensueño de un pintor.
Sigue un Tenorio pendenciero
aún más rufián que caballero,
en la cintura fuerte acero
y en el birrete pluma real;
y va á su lado la profesa
que de su amor fué dulce presa,
y en cuya tez de leche y fresa
hay las dulzuras del panal.
Cada figura, idealizada
por lo sublime ó depravada,
á quien dejó inmortalizada
la inextinguible tradición,
del oleaje de la gente
pasa flotando en el torrente,
dando color á la esplendente
carnavalesca procesión.

. . . . . .

Un tiempo vió regocijada
á la atronante mascarada,
la que también llevé adornada
alma, de rosas y de luz;
pero hoy su encanto ya no existe,
hoy ya de rosas no se viste,
¡hoy sólo está lánguida y triste
como las ramas del sauz!.....

EL ADIÓS DE LAS AVES

Con rumbos fijos á tierra extraña,
ya las brillantes aves de España
vuelven inquietas á desfilar,
y van en busca de nuevos soles
para que siembren de tornasoles
sus vivas plumas detrás del mar.
Dice una alondra de la bandada:
—Adiós por siempre, mi loma amada,
mi verde loma donde canté.
Queda en ti el nido sin la voz mía
como una cuna triste y vacía
á la que nunca ya más veré.
Con voz doliente dice un jilguero:
—¡Oh fresca copa de limonero!
¡Oh verdes tallos de viña en flor,
y agudas puntas de los espinos,
y pitas verdes de los caminos
en los que alegre canté mi amor!
—Cuando se caiga tu hoja cansada—
trina volando la cogujada—
¡oh mata mustia donde viví,
y cuando rueden en espirales
las secas hojas de los parrales,
caeráse el nido que puse en ti!
Luciendo el lujo de sus matices,
canta entre un bando de chamarices
uno rasgando del aire el tul:
—Alamo blanco de hojas de plata,
ya no te arrulla mi serenata
entre la gloria del alba azul.
—Adiós, Alhambra llena de flores,
cantan llorando los ruiseñores
siguiendo el giro de su volar;
y adiós, orillas del Darro umbroso,
en cuyo cauce dulce y frondoso
nos desvelamos para cantar.
—Adiós, Alcázar, rico hospedaje,
que es de Sevilla regio paraje—
la golondrina dice al huir;—
tus artesones tienen mi nido,

y á tus jardines, donde he nacido,
volver quisiera para morir.
—Torres de Burgos, altas y bellas,
sobre vosotras vi las estrellas
del horizonte blancas brotar,
y cual lucero por un celaje,
miré la luna tras el encaje
de vuestros muros atravesar.
—Valles de Asturias, huerta murciana,
la de Galicia zona galana,
de Elche ardoroso palmar gentil;
de La Montaña tierra eminente,
Bierzo que llevas claro y riente
por lecho de oro rodando el Sil;
cuanto ilumina la luz de España
y sus reflejos de gloria baña,
adiós, y acaso no os vuelva á ver»;—
dicen las aves al ir volando,
y en la distancia se van borrando
las lejanías al trasponer.
—¡Adiós!—ansiosa, dice, y sin calma
con desolada tristeza el alma,
alas pidiendo con qué volar.
Verán las aves distintos cielos,
y suspendidas entre sus vuelos,
el panorama de tierra y mar.
De errantes buques sobre las velas,
verán de noche de las estelas
el luminoso fosforecer,
y á cada aurora de luz triunfante,
sobre el espejo del mar gigante
al sol inmenso resplandecer.
¡Oh, quien tuviera sus libres alas
para lanzarse por las escalas
de un cielo y otro que oculto habrá!
¡Las sigue sólo la fantasía,
y son las notas de una armonía
que por los aires cantando va!....
. . . . . .
. . . . . .

LA BODA

I

Acicalándose el rostro
para salir á la calle,
se halla el mozo Juan Lorenzo
en vísperas de casarse.
En concilio su familia
estuvo toda la tarde,

para tratar de la boda
por ser el asunto grave.
Entre encontradas razones
y opiniones discordantes,
cada cual expuso al novio
su sarta de disparates.
Pero con tanto discurso
y tanto enojoso lance,
resultó lo que á la postre
resulta de asuntos tales:
que el padre encendióse en ira,
vertió lágrimas la madre,
y el mozo alzóse diciendo:
¡Me caso porque me place!

* * *

Junto al hueco de una reja
tratando está de afeitarse,
y un trozo de espejo roto
copia, á medias, su semblante.
Cubre una blanca toalla
sus hombros de parte á parte,
y con el agua caliente
principia el rostro á bañarse.
—«¡Me he de casar por la fuerza,
y han de querer que me case,
y ha de ser tan solo mía
lo estorbe quien lo estorbare!
¿No es recatada y humilde?
¿no es de probado linaje?
¿es acaso aficionada
á paliques y á comadres?
¿lleva el moño retorcido?
¿gusta de apuestos galanes?
¿usa al hablar de melindres
ni apunta necios refranes?
¿no me quiere? ¿no la quiero?
Pues entonces... ¡voto á sanes,
que he de casarme á la fuerza
y han de querer que me case!»—
Y mientras jura y perjura
al pronunciar estas frases,
está con la dócil brocha
sin parar, dale que dale,
envolviéndose en espuma
el enojado semblante.

* * *

Las siete dan los relojes
en la iglesia del Arcángel,
cuando arreglado Lorenzo
está al espejo mirándose.
Zapato con orejeras
y labores de torzales,

oculta el abierto estribo
de una calceta flamante.
Sobre el cerco de la liga
que va á la pierna á enroscarse,
un negro calzón de paño
en hojas abiertas cae.
Ocultando del chaleco
los colorines brillantes,
una faja con cien vueltas
oprime su airoso talle.
Una chaqueta adornada
de vistosos alamares
por cada bolsillo arroja
un pañuelo con donaire.
Usa corbata de seda;
y á completar van su traje,
un calañés con morillas,
un cuello con tres ojales,
y una capa asaz torera
que enseña al quedar flotante,
las vueltas de terciopelo
de tonos verde y granate.

* * *

En el umbral de la puerta
parado está hace un instante,
desde los pies hasta el pecho
con disimulo observándose.
Revuelve, inquieto, los ojos
movidos por el coraje,
y hacia dentro, de soslayo,
mira un momento á la madre;
hácese luego el embozo,
echa el sombrero al semblante,
de los balcones de enfrente
mira los blancos encajes,
y el pie poniendo en la acera
y diciendo «buenas tardes»...
con pausado contoneo
empieza á cruzar la calle.

II

Es Carlota la doncella
moza de humilde prosapia,
tan lejos de la fortuna
como cerca de las gracias.
Es rubia como una espiga,
con la alondra se levanta,
y peina su cabellera
á los reflejos del alba.
No hay fiesta donde se mire,
ni casorio adonde vaya,

ni reja donde se asome,
ni escándalo donde salga.
Tantos quehaceres la cercan
y la entretienen en casa,
que desde el alba á la noche
con mil asuntos batalla;
y únicamente el domingo
ceñida de bellas galas,
entre la gente del pueblo
atraviesa por la plaza,
y á tiempo que da en la torre
su repique la campana,
penetra en el viejo templo
seguida de las miradas.

* * *

También en largo concilio
donde á más de cien bravatas
no faltaron los sollozos,
los suspiros ni las lágrimas,
la familia de la hermosa
deliberó, congregada,
si casar á la doncella
ó si, al revés, no casarla.
Pero, al fin, siendo la novia
más que el novio afortunada,
lo que empezó por pendencia
pronto acabóse por chanza;
razón por que está la niña
poniéndose de mil galas,
para dar á su Lorenzo
la noticia inesperada.

* * *

En una larga cocina
á cuyo fin se levanta
la negruzca chimenea
con sus peroles cargada,
está la novia esperando
con dos pequeñas hermanas,
y del padre y de la madre
á la vez acompañada.
Tiene la joven la vista
fija en las letras que labra,
y el corazón dentro de ella
hace veces de campana.
Las dos hermanas menores,
con todo esmero peinadas,
sin hablar, sobre dos sillas
no mueven cuerpo ni cara.
Un gato junto á la lumbre
juega al temblor de la llama,
y un canario picotea
los alambres de la jaula.

Completando las figuras,
la madre mira las ascuas,
y mientras ella suspira,
el padre en su asiento calla.

* * *

No llevan de tal manera
sino una pequeña estancia,
cuando unos pasos anuncian
de Lorenzo la llegada.
Todos vuelven al oirlos
hacia la puerta la cara,
tose el padre sin quererlo,
mueve la madre las ascuas,
la doncella en el bordado
equivoca una puntada,
y apareciendo Lorenzo
en la puerta de la casa,
saluda, baja el embozo,
hacia la lumbre adelanta,
y acomoda su figura
entre la rueda formada.

Después de sacar el cuello
y de estirarse la faja,
da el novio fácil principio
al asunto que le embarga.
Pide la novia á su suegro,
hay profusión de palabras,
llora la madre afligida,
el padre suda y trabaja,
y la doncella entretanto
escucha ruborizada
haciendo marchar discordes
dedal, aguja y puntadas.

Después del ronco tumulto
las fieras iras se calman,
y accede, al fin, á los ruegos
la madre desconsolada;
todo se arregla en seguida,
de boda luego se trata,
queda el acto convenido
para la entrante semana,
y despídese Lorenzo
llevándose de quien ama
una amorosa sonrisa
y en ella toda su alma.

III

Como una taza de oro
fulgura el templo cristiano;
tiembla la luz en los vidrios,
muestran sus aras los santos,

lanza el órgano sus notas
por las naves resonando,
y entre un grupo de galanes
alegre y ataviado,
un sacerdote recita
la epístola de San Pablo.
¡Qué adornada está la novia!
¡qué bello el novio y bizarro!
y los testigos ¡qué serios!
y los padrinos ¡qué majos!
¡Qué bien luce entre las hembras
la falda de medio paso,
la pañoleta vistosa,
y la castaña, y el lazo!
¡Qué bien entre los mozuelos
en el chaleco los ramos,
las galgas en el tobillo
y en el cuello los calados!
¡Cómo en las jóvenes brilla,
ya el alfiler plateado,
ya el abanico de plumas
ó el coralino rosario!
La ceremonia prosigue,
danse los novios las manos,
y cuando el *sí* pudoroso
dejan salir de los labios,
hay guiños y cuchicheos,
hay sonrisas por lo bajo,
y hay muchos ojos ansiosos
sobre la novia clavados.

* * *

Salen al fin de la iglesia,
y marcha paso tras paso
la espléndida comitiva
al domicilio cercano.
Allí todo es algazara,
todo broma y despilfarro,
y rumoroso bullicio,
y bailar desenfrenado.
Entre el girar y el mareo,
no hay sin licor ningún vaso,
ni mano sin castañuela,
ni figura sin desgarro.
Aquí se cimbra la novia
bellas mudanzas bailando
con el novio que le sigue
los rapidísimos pasos.
Allí la abuela sacude
los seculares zancajos,
con el abuelo que ríe
mientras repica los palos.

Más allá suelta un discurso,
sobre una silla un borracho,
llamándole los oyentes
sacamuelas y falsario.
Lanzan cantares los unos,
brindan los otros en tanto,
los de aquí vierten requiebros,
los de allá doblan los tragos,
y entre el rumor de la orgía
y el resonar de los vasos,
sólo hay triste una figura:
¡la madre que está llorando!

* * *

Termina el loco bullicio;
cesan rumores y aplausos;
lentamente se despiden
los alegres convidados;
agonizando las luces
se estremecen á intervalos,
y en derredor de la llama
quedan por fin platicando
de cosas indiferentes
los personajes del cuadro.

El cuco anuncia las doce
en el reloj con su canto,
y los dos novios se miran
con pensamientos extraños.
Las sillas están revueltas,
yacen revueltos los vasos,
un gato lame y relame
sobre las mesas los platos,
y tras pasar una hora
de mil asuntos hablando,
se levantan de sus sitios
y se despiden al cabo,
la novia, turbada y bella;
el novio, serio y turbado;
la madre, llorosa y triste;
¡y el padre, tieso y huraño!

. . . . . .

IV

Á la mañana siguiente
entra el viento suspirando
en una alcoba risueña,
nido de alegres encantos,
y en la corona y el velo
que hay sobre el lecho tirados,
hojas de luz ruborosas
del sol derraman los rayos!

SONETOS

DESAFÍO POR UN POETA

Al gran escritor Ramón F. Mato

Porque una voz para lo vil templada
hirió mi nombre á tu presencia un día,
de su funda que estrecha la oprimía
pegando un brinco, se salió tu espada.
Resplandeciendo en alto levantada
se vió por tu suprema valentía,
y á la vez que relámpagos vertía
con otro acero se sintió cruzada.
Recrujieron las hojas fulgurantes,
y la tuya arrancó chispas triunfantes
al lograr para mí gloria completa.
¡Heroico paladín de alto plumero:
Dios dejó ungido en santidad tu acero,
al dar tu sangre por la de un poeta!

Febrero 1.º de 1913.

Á DORMIR

Rendida por la lucha y la fatiga
de acarrear el generoso grano,
hacia su cueva por el tronco ufano
regresa, deteniéndose, la hormiga.
Bajo la mata de la verde ortiga
canta el grillo su trova de verano,
zumba el mosquito con sonido vano
junto á la cepa que su cama abriga.
Sobre el lago, la flor observa el cielo
retratado en el círculo tranquilo,
el murciélago aturde con su vuelo.
Y cambiando de ramas y de asilo,
de la punta del álamo hasta el suelo
se descuelga la araña por el hilo. . .
. . . . . .

La elocuencia.

Entre escuchar los versos del poeta;
entre mirar al lienzo transportada
por el pintor, la imagen adorada
que arrebata el pincel á la paleta;
entre sentir la inspiración secreta
que deja al mármol el cincel grabada,
y percibir la nota delicada
que á ley divina el músico sujeta,
avara el alma de mayor tesoro,
de la elocuencia en el raudal sonoro
yo prefiero bañar mi fantasía;
pues á medida que el progreso labra,
es, del arte compendio, la palabra,
trova, pincel, buril y melodía.

A media noche.

Bate el remo con golpe soñoliento
las cristalinas lágrimas del lago;
en el ramaje misterioso y vago
cuelga su lira el perezoso viento.
Besa el río callado y macilento
las dormidas riberas con halago,
y la fronda confusa ofrece en pago
desmayado dosel á su elemento.
Todo duerme; los astros que declinan,
los torrentes, las selvas, las cascadas,
los mares que en las playas se reclinan.
¡Y allá sobre las tumbas olvidadas,
los sauces melancólicos se inclinan
dando extrañas y lentas cabezadas!...

Las piedras preciosas.

Las cuaja Dios en ritmos de cristales
de cada limpio sol á la luz nueva,
como los sueños que en su mente eleva
cuaja el poeta en ritmos musicales.
Son dos cadencias en el fondo iguales;
lo bello en ambas vive y se renueva;
mas la cadencia de la estrofa, lleva
el alma con sus luchas ideales.
Dentro de mí cuajó la fantasía,
en el rubí, la luz de mi alegría,
en la turquesa azul, mi sentimiento,
en el ópalo vago, mis suspiros;
mis lágrimas, en trémulos zafiros;
y en diamante inmortal, mi pensamiento.

MÁRMOLES

I

MOISÉS, DE MIGUEL ÁNGEL

Sobre el gigante cuerpo desplegada
la vestidura bíblica; en la frente
la luz divina; y suelta cual torrente
la barba, sobre el pecho despeñada,
hunde Moisés la omnímoda mirada
en el profundo cielo transparente,
y retiene su brazo omnipotente
la Ley entre relámpagos dictada.
Fijo en su pedestal, vuelve el coloso
el semblante sublime y asombroso,
de toda humana creación distinto.
Y al girar la magnífica cabeza,
tiembla el suelo del dios á la grandeza
y roto salta el resistente plinto.

II

LOS CABALLOS DEL CARRO DEL SOL

En un frontón del edificio griego
que de Fidias trazó la maestría,
Minerva nace, al asomar el día
en su carro magnífico de fuego.
Los cuatro brutos, con empuje ciego
tirando van en bárbara porfía,
y el rubio Sol que la carrera guía,
sus riendas dora y los reprime luego.
Al inflamar el alba sus pinceles,
se alzan, encabritados, los corceles
vertiendo espuma en cristalinas pompas.
Y lanzando relinchos desiguales,
suenan sus ocho círculos nasales
cual ocho ardientes y guerreras trompas.

III

EL CEFISO

Ni en las metopas, ni en el alto friso
que da la vuelta al Parthenon famoso,
labró el genio de Fidias milagroso
obra mayor que el inmortal Cefiso.
Finge el río del Atica sumiso
el derribado y épico coloso,
de cuyo cuerpo, el pecho prodigioso
casi se apoya en el marmóreo piso.
En pentélico bloque trabajado,
su torso de grandioso modelado
baña la luz de resplandor intenso.
Y como río de hermosura griega,
la gran estatua el corazón anega
con la emoción sublime de lo inmenso.

IV

EL HERMES

Vigor, frescura, juventud, nobleza,
en tu forma engendraron los cinceles,
y concibió tus líneas Praxiteles
en un sueño de gracia y gentileza.
Está pidiendo tu ideal cabeza
una egregia corona de laureles,
y tu cuerpo la púrpura y doseles
que se deben al rey de la belleza.
Antes de tú nacer, arte no había;
la rara perfección, muda dormía
del mármol pário en la materia dura.
Y del martillo al inspirado choque,
sacó el maestro del intacto bloque
el tipo varonil de la hermosura.

V

EL FRISO

Ya labraron las jóvenes el velo
á la diosa Minerva, y se dilata
del templo tras la regia columnata
la procesión, bajo el riente cielo.
Van incensarios de oscilante vuelo,
reses de sangre al sacrificio grata,
frutos, *kaneas*, ánforas de plata,
y ofrendas mil del ateniense suelo.
Figuras, y ropajes, y corceles,
desfilan en magníficos tropeles
por el alegre y resonante piso.
Y en confusión espléndida y hermosa,
parece dar la vuelta esplendorosa
Atenas toda por el largo friso.

VI

EL LAOCONTE

En tiempos de la vieja Alejandría,
Laoconte, en quien se inspiran los creyentes
lucha contra el poder de las serpientes
que altiva Palas con furor le envía.
Recia culebra en sus anillos lía
el cuerpo de sus hijos inocentes,
y él escucha sus gritos impotentes
en medio de la bárbara agonía.
Traspasa el corazón su faz sublime,
su atroz dolor que sin palabras gime,
la angustiosa expresión de su mirada.
Triunfó el hábil cincel de la pintura,
y dió al aplauso de la edad futura
una tragedia en mármoles labrada.

VII

EL FAUNO CON LOS PLATILLOS

Sujetos los platillos de ambas manos
como quien toca, al sátiro se mira,
y á su alrededor dijérase que gira
una danza sus círculos livianos.
Quizás van en tropel genios paganos
á agitarse en la fiesta que delira,
cual se mueven en torno de la pira
en noche de San Juan, gnomos enanos.
Los platillos el sátiro tañendo,
parece que á su son va entretejiendo
la rueda alegre que insegura vuela.
Y el pie derecho en el cordón cautivo,
del *scabellum* arrebata vivo
rumores de atronante castañuela.

VIII

LAS PARCAS

(Kloto, Lachesis y Athropos.)

En el frontón de Oriente, embellecía
de las Parcas, el sol, las tres figuras,
en cuyas líneas clásicas y puras
el oro de sus átomos vertía.
Modeladas con suma valentía
las tres incomparables hermosuras,
son del arte tres ínclitas alturas
que de ser Dios un hombre, envidiaría.
Si á la Belleza un templo se elevara
hecho en mármoles blancos de Carrara,
en prez y gloria del planeta entero,
de sus cuatro columnas seculares
Fidias complementara los pirales
con *Séspir*, *Hugo* y el grandioso *Homero*.

IX

CABEZA DE JÚPITER

(Zeus.)

Su ceguera sublime de escultura
vierte más luz que todas las miradas,
y de su noble frente en las arcadas
está la inmensidad de la hermosura.
De sus carnosos labios la hendidura
guarda de un dios las cláusulas sagradas,
y sus barbas hermosas y rizadas
dan solemne esplendor á la figura.
El reflejo de un sol no imaginado
vierte sobre el soberbio modelado
una amplia luz de paz y de sosiego.
Y tiene más vigor y más grandeza
la enorme inspiración de esa cabeza,
que todo el arte del Olimpo griego.

X

LAS METOPAS

Pirítoo goza de sus bodas bellas;
en sus juegos y fiestas infinitas,
ríen, cantan y beben los lapitas
al vivo resplandor de las estrellas.
Tornan los regocijos en querellas
los centauros con voces inauditas,
que en turbas espantables y malditas
corren poblando el suelo de centellas.
Cada lapita heróico de amplio pecho,
hacia un monstruo dirígese derecho
y lo vence, cubriéndose de lauros.
Y las falanges de revueltas tropas,
van componiendo bélicas metopas
al luchar con los híbridos centauros.

XI

NIÑOS DANZANDO EN TORNO DEL DIOS PAN

En medio de la gran naturaleza
Pan adiestra los niños en la danza,
y al trazar cada giro la mudanza
llevan sus pies más viva ligereza.
El círculo de gracia y de belleza
que baña el sol en luces de esperanza,
torpe, á veces, lo rompe la tardanza,
y alza un coro de risas la torpeza.
Acaso un niño con enojos vanos,
aparta de la rueda sus dos manos,
y suelto en lloro, de bailar se excusa.
Pero al corro feliz torna deprisa,
cuando con notas de placer y risa
preludia Pan la alegre cornamusa.

XII

CRÁTERA

En la crátera insigne que convida
con el vino de Grecia soberano,
Baco el tirso gentil tiene en la mano
y en la frente la yedra florecida.
Toda la copa mírase esculpida
con las escenas del cincel pagano,
donde en poder del sátiro liviano
se mira á la bacante enardecida.
Brindad con ese vaso de hermosura
por los genios que honraron la escultura
y al arte dieron sus eternas pautas.
Y la copa, en honor de su talento,
de sus relieves estremezca al viento
panderos, liras, crótalos y flautas.

FIN DE «MÁRMOLES».

ESCRITO SOBRE UN TONEL

A mi gran amigo Julián Morales.

Este es el grato vino de Hortaleza
embeleso del alma y los sentidos,
que acelera del pecho los latidos
y enciende en alegrías la cabeza.
Vino ninguno le igualó en pureza,
ni el *Málaga* de tonos encendidos,
ni el *Champán* con sus luces y estampidos,
ni el *Jerez* con sus timbres de nobleza.
Como el cáliz elévase ante el ara,
cojo la copa deslumbrante y clara
y en ella el vino perfumado elevo.
Resuenan, al alzar, las campanillas;
mis amigos se postran de rodillas.....
¡y yo entretanto el líquido me bebo!

Hortaleza, 1.º Enero, 1897.

HERÁLDICA

I

GERARDO DOVAL

Su escudo de impecable caballero
es campana de timbre tan sonoro,
que hecha está su canción de bronce y oro,
y el firme mazo de rotundo acero.
Implora por el niño lastimero,
por el anciano sumergido en lloro,
por la virgen herida en su decoro,
por cada vida y por el Coro entero.
Siempre que un golpe su clamor levanta,
el corazón de la campana canta
dando á los hombres íntimo consuelo.
¡Campana de grandeza no medida:
cabe bajo tu bóveda la Vida
cual si fueses la Cúpula del cielo!

II

LUIS APONTE DE MIGUEL

Tu escudo es un vivísimo diamante
tan luminoso en su interior, que ciega;
el sol en sus aristas salta y juega
lanzando un parpadeo deslumbrante.
Con ser tan puro su esplendor triunfante,
á tu divino corazón no llega,
que un corazón en el que Dios se anega
apaga hasta al cristal más rutilante.
Pero al no haber materia más divina,
es tu escudo un diamante que fascina
y que está por la luz de gracia lleno.
Tú eres más limpio que su brillo raro,
eres más puro que su fondo claro,
y eres más transparente que su seno.

LA «PAELLA»

Bajo el parral de entretejida fronda,
de amarillez los granos revestidos,
aparece á los ojos sorprendidos
la cazuela magnífica y redonda.
Brinda su cuenca barnizada y honda
con una *enciclopedia* á los sentidos,
asociando á las aves de los nidos
conchas y peces de la móvil onda.
Asciende la cuchara de madera
coronada de arroz al labio hambriento
que codicioso la arrebata entera.
Y mientras traga el rico condimento,
¡salve, rey de los platos, vocífera!
¡salve, español é insigne monumento!

EL «SOLERA»

En grandes cubas viértese el «Solera»
y el sol dando en su seno cristalino,
hace tomar al vino, aun siendo vino,
lenta y caliginosa borrachera.
En el líquido ardiendo, reverbera
la luz como un escudo diamantino,
y transformando el zumo peregrino,
lo vuelve al fin abrasadora hoguera.
Gotas de sol en el cristal lacradas,
son de la vid las gotas inflamadas
que canta el son de la cigarra bella.
Cada sarmiento, es ascua vigorosa;
cada racimo, llama esplendorosa;
¡y es una insolación cada botella!

VICO

Sus sublimes arranques castellanos
tenían la magnífica fiereza
del león que amodorra la cabeza
entre las recias zarpas de las manos.
Como él, nutría con ensueños vanos
su negligente y real naturaleza,
hasta que despertaba su grandeza
al son de sus acentos soberanos.
Entonces, como lánzase imponente
fiero león en el anillo hirviente
con ojos que rutilan como escamas,
él se lanzaba trágico á la escena
y, torbo, alborotaba la melena.
¡También la tiene el genio, y es de llamas!

TRES CAMAFEOS

I

(OVIDIO)

Entre un cerco de ninfas regocijadas
que de Partenios velan la pura fuente,
Diana hunde su cuerpo resplandeciente,
en las ondas que tiemblan alborotadas.
Si el viento que sacude las enramadas
promueve en los boscajes ruido estridente,
temorosas las ninfas alzan la frente
y á la selva interrogan con las miradas.
El cuerpo en la onda fría mueve la diosa,
y la real cabellera larga y sedosa
tiende sobre los pliegues del haz sonoro;
y si su pie resbala con la marea,
de su corza querida, de Cerinea,
se agarra á los brillantes cuernos de oro.

II

De pronto hasta la fuente rápido avanza
Acteón, que, cazando, se halló perdido,
y en el agua á la diosa ve sorprendido
bailar entre las luces alegre danza.
Encendida ella entonces por la venganza
al ver su misterioso pudor herido,
—De contar mis secretos á algún oído
no te solaces, dice, con la esperanza.
Ante el coro de ninfas deja la fuente,
y á Acteón, que á sus plantas da como reo,
mira la altiva diosa con ira ardiente.
Y entonces lo transforma bajo los lauros,
mitad hombre robusto como un Anteo,
mitad híbrida forma de los centauros.

III

Lanzado á una carrera vertiginosa,
ya hecho fiera del bosque, va como el viento,
y la propia jauría que oyó su acento
le sigue por los riscos rauda y furiosa.
El la triste mirada vuelve llorosa
donde van las señales del sufrimiento,
y si la libre marcha para un momento
el tropel de lebreles terco le acosa.
—¡Acteón!—van, á tiempo de ir disparando,
los demás cazadores vociferando
para que acuda y siga la fiera alada.
«¡Acteón!» con mil ecos dice la sierra,
y por fin sin aliento da sobre tierra
con la piel de venablos acribillada.

EL POEMA DE LAS ROSAS

«Florete quasi lilium.»
Frase de Jesús

I

LAS ROSAS

Sois la gran negación de la tristeza,
¡oh rosas! en los tallos replegadas;
al capullo magnífico asomadas
sois la risa del sol que á abrirse empieza.
Perfumó la ideal Naturaleza
vuestros rimeros de hojas acordadas,
y esperan á romper en carcajadas
á que abráis vuestro seno á la belleza.
Y cuando estáis abiertas á la brisa,
sois el cáliz sagrado de la risa
que se llena de gracia milagrosa.
¡Sacerdotes: si el cáliz se os rompiera,
alzad á Dios á la celeste esfera
en el tazón glorioso de una rosa!

II

LAS ROSAS Y LA MUERTE

En manos de las vírgenes difuntas
sois, rosas, como místico tesoro,
y oís precipitarse desde el coro
voces de triunfo y de dolor conjuntas.
Reís al cielo, como bocas juntas,
de los pajizos dedos entre el oro,
mientras despeña el órgano su lloro
de las trompetas por las largas puntas.
David truena en las flautas pavorosas,
y vosotras reís, cálidas rosas,
cual sangre de la vida roja y fuerte.
Y ardiendo en los marfiles de las manos,
sois, sobre el pecho henchido de gusanos,
¡llamaradas que brotan de la muerte!

III

LAS ROSAS Y LOS HEROES

De columna á columna, la cadena
hecha curvas colgantes en el viento,
circunda el consagrado monumento
que asciende al sol con majestad serena.
Constelación de nombres dora y llena
los mármoles de blanco pulimento,
y abrazada á un soldado sin aliento
se alza la patria herida por la pena.
La epopeya de mármoles labrada
reverdece los pechos de su Iliada
de Mayo entre las savias hervorosas.
Pues resurgiendo en forma de rosales,
gritan «¡Patria!» sus heroes inmortales
¡por los labios redondos de las rosas!

IV

LAS ROSAS Y LAS MUJERES

Y vais en el cabello sostenidas
como grandes y rojas llamaradas,
lo mismo que si fuesen incendiadas
las trenzas en que vais entretejidas.
Sobre el seno tembláis plenas de vidas
y en sus azules venas veteadas
mecéis vuestras corolas abrasadas
al vaivén de las ondas impelidas.
También vais prisioneras en las manos
cual racimos de luces soberanos,
que á veces ruedan hasta el suelo airosas.
Y la mujer que os lleva sonriente,
más bien simula caudalosa fuente
que va cantando y derramando rosas.

V

LAS ROSAS Y LAS PROCESIONES

Y lucís en las sacras procesiones
cuando viene el Señor, y, desplegadas,
os reís en las manos, que asomadas
están al barandal de los balcones.
Colgaduras en regios pabellones
entremezclan sus tintas combinadas,
y crujen las banderas desatadas
que se llenan de mil ondulaciones.
Ya se acerca el Señor. Ya los violines
cantan como acordados serafines,
y la orquesta subyuga con sus sones.
Lanzadas sois al viento por hermosas,
y caéis sobre el palio, ¡oh, santas rosas!,
¡como una tempestad de corazones!

VI

LAS ROSAS Y LOS MANTONES DE MANILA

De torzales que ciegan la pupila
sois soberbio bordado, nobles rosas,
inundando de tintas fastuosas
el mantón deslumbrante de Manila.
Labradas en realce que encandila,
mostráis vuestras sonrisas luminosas,
donde posadas van las mariposas
en los pistilos donde el sol titila.
Y al ver la maja de rosada nieve
con tantas rosas hechas al relieve
caer por el mantón en oleadas,
fínjola en mi ilusión diosa de diosas
bajo un sublime escándalo de rosas
que se abren como rojas carcajadas.

VII

LAS ROSAS Y LAS CASULLAS

En las casullas áureas y sedosas
donde besó el Espíritu Divino,
abrís, riendo, el cáliz peregrino
como incensarios de ascuas fervorosas.
Hecho pincel de tintas religiosas
traspasa el sol el templo cristalino,
y colora con luz que de Dios vino
vuestras candelas místicas, ¡oh rosas!
Vuestros senos litúrgicos abiertos
en los bordados, como en santos huertos,
hablan de un cielo que la mente quiso.
Y finge la casulla rosa y gualda
tendida por lo largo de la espalda,
¡un jirón del jardín del Paraíso!

VIII

LAS ROSAS Y LAS CAPAS DE LOS TOREROS

En las capas de triunfo del torero
que en lujo eclipsan al ropaje moro,
os abrís como incendios ante el toro
que se revuelve amenazante y fiero.
Los rameados de torzal ligero
enjaezados por la luz de oro,
semejan rumbosísimo tesoro,
bandera popular de aire altanero.
En la reja del palco desplegadas,
son las capas de luz de los espadas
celosías de sedas primorosas.
Y al brindis de arrogante valentía,
parece que retiembla de alegría
la capa entera cual montón de rosas!

IX

LAS ROSAS Y LOS APÓSTOLES

En la Cena Apostólica, las flores
ebrias también de luz, se entretejían,
y con intensa juventud ardían
quemando sus divinos resplandores.
Eran rosas de místicos colores
las que en la Cena de Jesús se abrían,
eran rosas de Oriente que traían
de la inmortal Jerusalén fulgores.
No penséis que Jesús, por extrahumano,
no amó el vino y las rosas del verano;
El fué Vino y Espigas ardorosas.
Aprovechad la juventud florida,
cantad, bailad, reid, gozad la vida:
¡Cristo es el gran amigo de las rosas!

X

LAS ROSAS Y LAS VERBENAS

En las locas verbenas populares
presidís el torrente de alegría
que une en lazo de brava poesía
al Pueblo con el Dios de los altares.
Del órgano los líricos flautares
entretejen su trágica armonía
con la triste y profana melodía
de la guitarra hirviendo de cantares.
La Iglesia y las verbenas luminosas
ata un cordón de familiares rosas
con sus puros y rojos eslabones.
Coged esa cadena con las manos,
y al ser entretejidos como hermanos,
encadenad también los corazones!

XI

LAS ROSAS Y EL ESPÍRITU SANTO

En el ígneo Cenáculo, cayeron
llamaradas, ó rosas, en las frentes
que venidas de largos continentes
las palabras proféticas oyeron.
Llenáronse los aires, que rieron,
de luces cual temblores transparentes,
de ráfagas de amor incandescentes
que las almas de vida estremecieron.
El Espíritu Santo en vivas llamas
llenó campos, ciudades, pechos, ramas,
negras frentes sin luz, seres y cosas.
No fueron lenguas las que vió el ambiente;
de los labios de Dios hechos torrente,
¡bajó un diluvio universal de rosas!

XII

LAS ROSAS DE OLOR

Sois las rosas de olor, rosas sencillas
para amadas en todos los instantes;
sois igual que luceros de abundantes,
y más fecundas son vuestras semillas.
El pueblo os entreteje á sus mantillas
en los días de fiesta rutilantes,
y os recuesta en sus pechos palpitantes,
y os adora en el templo de rodillas.
Sois las rosas humildes de la aldea
en que el sol de los pobres se recrea
llenándolas de amor y besos rojos.
Y en el libro inmortal por Dios escritas,
sois lo mismo que el trigo de benditas,
¡pues sois el pan diario de los ojos!

XIII

LAS ROSAS GIGANTESCAS

Ved su rojo grandor; regios borlones
sus cálices magníficos parecen
que las cálidas brisas estremecen
como si fueran grandes corazones.
Pudieran ser orgiásticos tazones
para beber la luz en que florecen,
para libar el sol bajo el que mecen
sus altivos y espléndidos pompones.
Rosas asustadoras por enormes,
rosas como de cíclopes deformes,
tenéis de un rito antiguo la grandeza.
Tal vez fuisteis en viejo poderío
vasos redondos llenos de rocío
para brindar á Dios y á la Belleza.

XIV

LAS ROSAS DE PITIMINÍ

Son un dije de Dios las breves rosas
con sus hojas menudas y sedeñas:
¿serán más primorosas que pequeñas?
¿más pequeñas tal vez que primorosas?
Apenas llega Abril tienden briosas
por los tapiales sus floridas greñas:
¿serán más olorosas que halagüeñas?
¿serán más halagüeñas que olorosas?
Han apostado pájaros y fuentes
si son más diminutas que rientes,
ó son más que rientes peregrinas.
Y aún discutiendo están los manantiales
si más divinas son que celestiales
ó son más celestiales que divinas.

XV

LAS ROSAS NEGRAS

Metidas en el haz de vuestras fundas,
con sagrado placer miráis al cielo,
rosas negras de casto terciopelo
que parecéis rezar meditabundas.
Vuestras tintas sangrientas y profundas
cantan con gemebundo desconsuelo
al que elevando el milagroso vuelo
subió á esferas más altas y fecundas.
Rosas de religiosos cardenales
que parecéis las fúnebres señales
que Dios dejó con sus heridas plantas;
sois llamas negras de color no visto,
sois hechas de la túnica de Cristo,
cual Cristo puras, como Cristo santas.

XVI

LAS ROSAS DE ORO

El festín de Petronio, que retrata
la abyección de su raza corrompida,
alza su mesa de esplendor vestida
que bajo el áureo techo se dilata.
Y mientras el estruendo se desata
sin decoro, sin freno y sin medida,
vueltas da en torno de la mesa henchida
un esqueleto de brillante plata.
Rosas pajizas de sus manos vierte,
recordando á los hombres que la muerte
ha de extinguir el festival sonoro.
Os profanó Petronio, rosas bellas;
¡yo en vosotras bebí sorbos de estrellas
como en copas de luz, de vida y oro!

XVII

LAS ROSAS BLANCAS

Como el bloque impoluto de Carrara
hay unas rosas de ideal blancura,
que al virgen alabastro y su hermosura
vence, si con su blanco se compara.
Blancor que al de los cisnes eclipsara
y al de la nieve en la inviolada altura;
blancor de luna, y lirio, y leche pura,
parecido á los mármoles del ara.
De esas rosas, mi amor modelaría
la impecable mujer que fuese mía
toda belleza como mármol griego.
Y entre tanto blancor y donosura,
le pusiera por boca á la escultura
¡la roja luz de un clavelón de fuego!

XVIII

¡ROSAS, ROSAS, ROSAS!

Más que toda la gran filosofía
de sabios y sublimes pensadores,
vale el alto portento de las flores
con su luz, su enseñanza y su alegría.
Cada cual es un libro de armonía
con ideas talladas en colores;
«ni Salomón cubierto de esplendores
de una sola igualara la poesía» (1).
De la vida en que culto les consagro,
cada flor prodigiosa es un milagro
de acordes mudos y de sabias cosas.
¡Oh Dios! ¡oh Fuente de que todo emana!:
¡deja caer sobre la frente humana
un sempiterno Niágara de rosas!

Madrid, Mayo, 1912.

(1) Hipérbole de Jesucristo.

Los lirios.

Sois blancos cual marfil pulimentado,
blancos como los cisnes esplendentes,
blancos cual las espumas que las fuentes
tienden sobre su velo acristalado.
Sois los otros de cáliz azulado,
tristes como crepúsculos dolientes,
tristes como el mirar de los dementes
donde el dolor es nimbo amoratado.
Unos son del martirio la grandeza,
otros son de las almas la pureza,
y á Dios, en ellos, la ilusión ha visto.
Pues nacen á la vida idealizada,
de los blancos, la Forma consagrada;
de los morados, el sayal de Cristo.

El ramo de claveles.

Bajo los pies de un Cristo amoratado
que respirar parece todavía,
un ramo de claveles se rocía
con las gotas que manan del costado.
Forma, al caer, el manantial sagrado,
puntos de religiosa pedrería,
y queda el ramo al entreabrirse el día,
con sangre de Jesus disciplinado.
Hiende la policroma vidriera
del Padre Creador la luz primera
trocada en haz de trémulos pinceles,
Besan los pies del Hijo agonizante,
y entonces finge el ramo rutilante,
¡la mirada de Dios hecha claveles!

Amores vegetales...

Bajo el velo del agua transparente
impregnada de rayos luminosos,
estambres y pistilos pudorosos
se citan, para amarse, en el ambiente.
Atravesando el líquido luciente,
asómanse los tallos amorosos,
y á los himnos del viento rumorosos
los desposa la luz resplandeciente.
A la vez en las frondas escondidos,
¡cuántas dulces escenas misteriosas
entre los bosques formarán los nidos!
El lento desplegarse de las rosas,
el crujir de los granos, los latidos...
¡oh concierto invisible de las cosas!

La Tierra.

¡Quién fuese como tú, Naturaleza,
cuanto más desgarrada, más fecunda!
siempre de lo que seca ó lo que inunda
resurge más triunfante tu grandeza.
Cada golpe del hacha en tu firmeza,
de una hermosura nueva te circunda,
y mientras cada herida es más profunda
arroja por tus tallos más belleza.
Haces de los gusanos mariposas,
del lodo inmundo cálices de rosas,
fruta del jugo, de la rama incienso.
¡Ella es madre inmortal que el bien ofrece,
y al ver lo grande de su amor, parece
la tierra toda un corazón inmenso!

Las bodas del Mar.

Ya acudes á tu cita misteriosa
con el inquieto mar, luna constante,
y asoma por las playas de Levante,
hostia de luz, tu cara milagrosa.
En la onda azul, cual nacarada rosa
se abre tu seno con pasión de amante
y dibuja un reguero rutilante
tu pie sobre la espuma en que se posa.
El agua, como un tálamo amoroso,
te ofrece sus cristales movedizos
donde tiendes tu cuerpo luminoso.
Y al ostentar desnuda tus hechizos,
el mar con un abrazo tembloroso,
te envuelve en haz de onduladores rizos...

AMÉRICA LATINA

I

Las palmas son la gloria, y los palmares
cubrir de gloria á América parecen;
los mares son lo inmenso, y la guarnecen
vastos espejos de estruendosos mares.
Los ríos son poesía, y con cantares
las liras de cien ríos la ensordecen;
los montes son grandeza, y la enaltecen
cimas de cordilleras seculares.
Raza que, cara al sol, libre camina,
hunde su apocalíptica retina
del tiempo venidero en lo profundo.
Y á sí misma se mira triunfadora
la hostia ascender sublime y redentora
que ha de adorar arrodillado el mundo.

El templo latino.

II

Con futuras ideas están hechos
de ese templo los bloques resistentes,
y entre sus mil columnas elocuentes
santo culto reciben los derechos.
Bajo sus grandes y enarcados techos
pueden entrar las almas á torrentes,
y en sus altares nobles y rientes
tienen su comunión todos los pechos.
Ya sube como un sol la hostia latina;
caed bajo la bóveda divina
antes que el disco, al descender, se esconda.
Y al postrarse cogidos de las manos,
cobije pueblos para siempre hermanos
la universal y altísima rotonda.

La batalla de flores.

I

Da el cañón la señal, y de jardines
los espacios espléndidos se esmaltan:
al cielo ascienden y brillando saltan
curvas de dalias y arcos de jazmines.
Vehículos, monturas y cojines
olas de flores sin cesar asaltan,
y en las tribunas tiemblan y resaltan
nubes de entremezclados colorines.
Toman parte en la lucha cien vergeles,
y preside la lid coro de diosas,
y por la liza van ciegos tropeles.
Y llenan con sus salvas caprichosas,
cada sitio del cuadro, mil claveles;
cada punto del aire, cien mil rosas.

II

La bandera es el iris; los soldados
son las flores de todos los jardines;
mostrando su alquicel van los jazmines
entre escuadrones rojos y morados.
Embrazan los geranios exaltados
sus rodelas de fuertes colorines,
y luchan como heroicos paladines
los claveles de tonos irisados.
Revuelto el aire en polvareda de oro,
estalla en salvas el cañón sonoro,
y arcos de rosas vierte la metralla.
Y están como en su concha los amores,
presidiendo las reinas de las flores
la viva confusión de la batalla.

El clavel disciplinado.

En su carro de fúlgidos corceles
la diosa de la luz viene riendo,
y ante sus pies se va desenvolviendo
una brillante alfombra de claveles.
Roza, al pasar, la diosa sus pinceles
en las corolas que se van tendiendo,
y de matices vase revistiendo
el florido rodar de sus tropeles.
Con nota viva el de carmín entona,
con púrpura diseña el de corona,
viste el pajizo de color dorado,
baña el de fuego con ardiente tinta,
y sacudiendo sus pinceles, pinta
el profuso clavel disciplinado.

La fuedà de nofià.

A los imitadores.

En pos de originales invenciones
van falsos escritores y poetas,
creyéndose magníficos atletas
y movidos de ciegas ambiciones.
Mas son sus libros huecos cangilones,
tazas que al engranaje van sujetas;
un agua misma déjalas repletas,
todas marcan iguales rotaciones.
De un genio á veces en la rica fuente,
bebe la luz la literaria gente
mostrando el brillo de la ajena gloria.
Y ánforas sucesivas sus cabezas,
se trasmiten conceptos y bellezas
cual perforados búcaros de noria.

LOS DOS CREPÚSCULOS

I

AMANECER

Abrió su cáliz la naciente aurora
como una flor en búcaro de grana;
y al sonreir, sobre la mar lejana
se disipó la luna soñadora.
Los verdes prados que el Abril colora
se ciñeron la frente soberana
de esas perlas que lleva la mañana
en el rubio cendal que se evapora.
Rasgó el Oriente su rosado velo,
lanzó la tierra su cantar sonoro
y huyó la noche con medroso vuelo.
Vertió la luz su virginal tesoro,
y al desplegar sus párpados el cielo,
¡rodó una perla de candente oro!

II

ANOCHECER

La tarde huyó como invertida aurora
arrastrando su túnica de fuego,
y fué extendiendo por los campos luego
el crespón de la noche soñadora.
Los verdes prados que el Abril colora
entregaron su espíritu al sosiego,
y volvió de los campos el labriego
echando al aire su canción sonora.
Vibraron en los valles las esquilas,
el grillo preludió bajo la mata,
y las auras quedáronse tranquilas.
Plegó la luz sus velos de escarlata,
y al apagar el cielo sus pupilas,
¡rodó una perla de brillante plata!

EL MALVADO

No eres más que un zarzal en lo rastrero;
como él, tienes arañas y serpientes;
y para desgarrar, llevas más dientes
que espinas su boscaje traicionero.
El hace presa en todo pasajero;
tú en el honor y brillo de las gentes;
él enreda sus tallos inclementes,
tú te revuelves hosco y altanero.
Como al zarzal, te falta valentía;
como al zarzal, te sobra hipocresía;
son, cual los de él, punzantes tus abrazos.
Andando á rastras tu vivir mantienes;
traidor y vil, como las zarzas tienes
para agarrar y destruir, mil brazos.

EPITAFIO

Fuese de pedrería rutilante
este blanco sepulcro, y no tuviera
el resplandor de su virtud, que era
más que el del sol, divino y deslumbrante.
Fué su figura mármol palpitante,
Páros donde la gracia se esculpierá,
al que la santa castidad pusiera
nimbo de luz suavísima y amante.
Al pronunciar su nombre con dulzura,
se anhelaba exclamar ¡Salve María!,
tan noble fué, y angelical, y pura.
Antes de ella reir, no hubo alegría;
antes de ella adorar, no hubo ternura;
antes de ella nacer, no hubo poesía.

La musa humana.

De oídos y retinas está llena
para auscultar y ver la vida humana,
y con luz de su frente soberana
del mundo alumbra la infinita escena.
Para ordenarlo, todo lo encadena;
para sentirlo, todo lo desgrana;
y á cuanto impulso del vivir emana,
como la estatua de Memnón resuena.
Con los pies apoyados en el suelo
y las alas tendidas hacia el cielo,
fustiga, ensalza, alégrase ó suspira.
Lleva en su corazón sones diversos;
su sangre dicta el ritmo de sus versos;
sus nervios son las cuerdas de su lira.

Las flores de almendro.

Debajo de un almendro florecido
con ramas como sartas de luceros,
de tus pesares íntimos y fieros
yo escuchaba el relato, conmovido.
Con el trágico acento enfurecido
como chocar de rígidos aceros,
juraste de enemigos traicioneros
tomar venganza, ó sucumbir vencido.
—¿Qué hicieras tú? Y al agitar tu mano,
diste al almendro un golpe soberano
que le arrancó sus cálices mejores.
—Lo que ese almendro, dije, hago en la vida;
si recibo una brusca sacudida,
suelto una lluvia de brillantes flores.

El nacimiento de la Virgen.

Todas las primaveras se juntaron
para hacer el rocío de su lloro,
y dieron á su voz timbre sonoro
las arpas de los cielos que cantaron.
Su tez de obscuras rosas aclamaron
todos los mares en inmenso coro,
y en dos huecos de cálices de oro
sus dos senos de luz se modelaron.
Para encender sus ojos brotó el día;
hebras dió el sol para tramar su cuna,
y su pelo tejió noche sombría.
Se alzó su imagen blanca cual ninguna;
y creando, el andar, la poesía,
surgió la sombra de su ser, la luna.

HUERTOS DE MURCIA

(Agradeciendo fiestas en jardines)

I

EL HUERTO DE «MANÚ»

Este es el Paraíso. Sus tapiales
vierten rosas en vivos redondeles,
cual los floridos flecos y caireles
llenos de luz de manileños chales.
Y pienso al ver corolas á raudales
inundar los ramajes y planteles,
que deliran las matas de claveles
y que se han vuelto locos los rosales.
Y aún dudan engañados, los sentidos,
si son más bien los girasoles nidos,
ó los nidos se truecan malvarosas,
ó si al cambiarse en almas los olores,
las hortensias se vuelven ruiseñores,
y los divinos ruiseñores rosas.

II

EL HUERTO DE «CADENA»

Los nísperos dan sombra contra el muro
á las intensas matas de alelíes
que se abrasan cual ascuas de rubíes
de un incensario vegetal y puro.
Arremolina el viento á su conjuro
los rosales de senos carmesíes,
los nardos sensuales y zagríes
y los borlones de carmín obscuro.
Crece del aire el blando movimiento,
y todo el gran jardín sacude el viento
como un mar infinito de colores.
Y ante mis pies, desde el confín rodando,
vienen ondas de luces que cantando
¡rompen sus arcos de triunfantes flores!

III

EL HUERTO DE «DON GONZALO»

Claveles y naranjas á porfía
se suceden en viva llamarada;
como sangre de toros coagulada
vibra cada clavel que enciende el día.
Muestra cada naranja su energía
como un clavel redondo modelada;
naranjas y claveles son tramada
cadena de oro, de ascuas y alegría.
Una batalla en el jardín se ofrece:
bombardear el naranjal parece
á los claveles de turbante moro.
Y en vez del revibrar de las espadas,
parecen los claveles lumbraradas
y las naranjas proyectiles de oro.

IV

EL HUERTO DE PATRICIO

Recibí un gran clavel, gloria del día,
y quise que su llama prodigiosa
fuese para la cara más hermosa
de todas las mujeres que Dios cría.
Recorrí con la libre fantasía
la redondez del mundo milagrosa,
buscando el rostro de perfecta diosa
más lleno de esplendor, luz y armonía.
Y al ver que España la del triunfo fuera,
dije: Clavel que vale una bandera
logrará un seno real como compaña.
Merece un cetro su penacho rojo,
¡y á la reina de España se lo arrojo
como si un beso le arrojase España!

V

EL HUERTO DE REMIGIO

Cercan á Beniaján los naranjales
como una aurora boreal. Glorioso
he visto en un jardín el más hermoso
y el más amplio de todos los rosales.
Como un parral de pompas estivales,
él cubre un patio ungido de reposo,
y en profuso aguacero luminoso
abre al viento sus rosas ideales.
Bajo el dosel, de un corazón el brío
latió un instante junto al pecho mío,
¡un corazón que ignora que le adoro!
De entonces, llena las tristezas mías
un naranjal con sus cien mil bujías
que el alma alumbra de faroles de oro.

VI

EL HUERTO DE DON JOSÉ GARCÍA MARTÍNEZ

El chal inmenso de la Huerta rica
tiene por gran jardín la torre aquella
donde, al pasar, el río se querella
y con altas palmeras se abanica.
Su para-rayos, que el azul rubrica,
se abre en la punta como mano bella
que subiera á alcanzar alguna estrella
que la celeste bóveda salpica.
Para vivir, ¡qué asilo delicioso!,
para morir, ¡qué sitio tan hermoso!,
para vagar, ¡qué edén tan indeciso!
Para admirar, ¡qué altura luminosa!,
para cantar, ¡qué jaula milagrosa!,
y para amar, ¡qué eterno Paraíso!

VII

EL HUERTO DE LA VIRGEN DE LA LUZ

Un silencio infinito. El huerto amado
está en un valle enorme y escondido
cual si el monte se hubiera dividido
en doble concha, al ser desabrochado.
De un sublime pinar endiademado
el Monasterio al pie surge atrevido,
en cuyo seno santo y recogido
«viviera ni envidioso ni envidiado».
Hay renglones de líricas colmenas
que de plegarias misteriosas llenas
labran en una paz maravillosa.
¡Alma, vuélvete abeja de alegría
y devana tu ovillo de armonía
entrando en Dios como en inmensa Rosa!

VIII

CLAVELLINERO

Quiero, cuando yo muera, Murcia mía,
que formes con mi cráneo una maceta,
y de sus ojos por la rota grieta
eches la tierra que tus flores cría.
En su interior que tuvo la armonía,
deja una mata de clavel sujeta,
y ese clavellinero de poeta
dará claveles de color del día.
Por mi boca, mis ojos, mis oídos,
brotarán clavelones encendidos
con que de gloria quedaré cubierto.
Cuando en Abril reflorecer me veas,
¡aún lanzaré claveles como ideas
para besarte hasta después de muerto!

(Al ser declarado hijo adoptivo).

EL POEMA DE LOS ÁTOMOS

I

SOMOS LAS AGUAS

Agrupados en sumas fabulosas,
que la rauda corriente desbarata,
colgamos de la enorme catarata
sus sábanas de espumas hervorosas.
De los lagos las islas misteriosas
de sosiego y de luz, islas de plata,
simulamos el fondo que retrata
el palio azul de estrellas luminosas.
Describimos el arco del torrente
como rodar de cristalino puente
del que, rotos, cayeran los pilares.
Y fingiendo algaradas y motines,
con agua hacemos las salvajes crines
de los blancos corceles de los mares.

II

SOMOS LOS CIELOS

Somos la concha que cobija el suelo,
somos lo azul; nuestro divino encaje
aparenta el redondo cortinaje
de la estupenda cúpula del cielo.
Somos lo azul; prendido á nuestro velo
llevamos el incendio del celaje,
y nos cruza el relámpago salvaje
cual ave inmensa de rojizo vuelo.
Somos lo azul; con átomos sutiles,
como quien labra túnicas gentiles,
del aire hacemos la ilusión celeste.
Y elaboramos con azul bendito,
el manto de los cielos infinito
que lleva Dios por deslumbrante veste.

III

SOMOS LAS LLAMAS

Del templo en la penumbra solitaria
leves lucimos con fulgor medroso,
y el faro hacemos cíclope grandioso
de nocturna pupila visionaria.
Los miembros de la hercúlea maquinaria
agita nuestro aliento poderoso,
é impulsamos al tren vertiginoso
á lanzar su carrera temeraria.
Desparramando vivas claridades,
somos las luces de cien mil ciudades
hasta que el día por Oriente asoma.
En el rojo volcán, somos cimera;
en el incendio, larga cabellera;
y enorme pira en la inflamada Roma.

IV

SOMOS LA SANGRE

Somos ritmo y calor, somos las venas
que encauzan el torrente de la vida;
del corazón á cada sacudida,
van de entusiasmo y de pujanza llenas.
El leve son que se percibe apenas
de nuestra leve música escondida,
renueva la pasión desvanecida
y esclarece la sombra de las penas.
Nuestro impulso es motor que raudo mueve
desde el ave hasta el hombre y que se atreve
á lanzar la ilusión por mil escalas.
Somos el fuego de los labios rojos,
somos el movimiento de los ojos,
somos el movimiento de las alas

V

SOMOS LAS MONTAÑAS

Como rudos é inmóviles guardianes
mirad esas altivas cordilleras
que coronan las águilas austeras
y las antorchas de sus cien volcanes.
De Dios inmenso inacabados planes,
aterran con sus cumbres altaneras:
pues de leves moléculas ligeras
formado está el grandor de esos titanes.
Todo en la creación, como divisa,
gracia tiene, ó sentir: la luz, la risa;
el hombre, el alma; su color, las rosas;
el agua, sus murmullos melodiosos;
¿no tienen corazón esos colosos?
sí, son su corazón ¡piedras preciosas!

VI

SOMOS LAS FLORES

Ese clavel de púrpura rizado
que abre á la luz sus pétalos lucientes,
es un conjunto de átomos vivientes
hecho por un buril no imaginado.
Esas rosas de seno nacarado
cual de un hada joyeros refulgentes,
son átomos sutiles y rientes
donde el sol se recuesta enamorado.
Con nuestras telas mágicas de flores,
Abril combina el manto de colores
que da á la tierra con el nuevo brío.
Y lo cuelga á su frente enamorada,
cual velo de una regia desposada
empedrado de gotas de rocío.

VII

SOMOS LAS FIERAS

De las fieras salvajes en la escala
somos melena en el león de Nubia,
oro en el pelo de la hiena rubia
y listas en el tigre de Bengala.
En el color de la pantera, iguala
nuestro dibujo salpicada lluvia,
y al oso gris que abrévase en la zubia,
nuestro reflejo su matiz regala.
Del cuerpo de la pérfida serpiente
tejemos en la piel resplandeciente
luz y colores en bizarra pompa.
Y sobre tanta bárbara fiereza,
elevamos cual signo de grandeza
del elefante la terrible trompa.

VIII

SOMOS LOS PÁJAROS

Desde el ave selecta y elegante
que abre su cola en forma de una lira,
hasta el águila audaz que lenta gira
trazando augusta su espiral gigante,
componemos la escala deslumbrante
de alas lucientes donde el sol se mira
y en cuyas plumas de colores tira
su tornasol espléndido y cambiante.
A las aves de todas las naciones
les colgamos del pico las canciones
igual que un don armónico y fecundo.
Y en tierra y aire entrelazando el vuelo,
somos la alegre música del cielo
y la divina música del mundo.

IX

SOMOS LOS VIENTOS

Nuestro cuerpo es la elástica serpiente
que recorre los montes, las llanuras,
los desiertos, las bravas espesuras,
y las ciudades de bullicio hirviente.
Ella empuja la comba del torrente
sobre las simas lóbregas y obscuras,
y silba entre las místicas negruras
de la mole del templo resistente.
Sembrando incalculables maravillas,
esparce por la tierra las semillas,
que al renacer, las grana y las revienta.
Ella casa las palmas y las flores,
é imita con sus trágicos clamores
el bronco retumbar de la tormenta.

X

SOMOS LOS ÁRBOLES

Hechos selvas, al sol idolatramos
y hacia su luz tendemos nuestras hojas
buscando un beso de sus llamas rojas
que allá en cielos remotos contemplamos.
Como á Dios los espíritus, rezamos
misteriosos suspiros y congojas,
y en nuestras ramas lánguidas y flojas
los nidos, con amor, balanceamos.
Cual almas de los árboles, las flores
bordan nuestras agujas de colores
en los tallos flexibles y ligeros.
Y cuando mueve el céfiro el boscaje,
se agitan las estrellas del ramaje
cual perfumada lluvia de luceros.

XI

SOMOS LOS PECES

En los palacios de cristal sonoro
que el sol penetra con su lumbre pura,
somos peces de regia vestidura
esmaltada de azul, nácar y oro.
Como volar de raudo meteoro,
nuestro bando en los mares se apresura
y cual tropel de góndolas fulgura
al ritmo blando del neréideo coro.
Entre el cristal opaco de las olas
relumbran agitadas nuestras colas
bajo la luz que en ellas se dilata.
Y cuando lentos vamos por la orilla,
parece el agua que nos mece y brilla,
gentil columpio de zafiro y plata.

XII

SOMOS LOS INSECTOS

Pulverizando el aire de colores
somos la viva pedrería errante
que conduce en su vuelo susurrante
música y repentinos resplandores.
Nuestros menudos cuerpos bullidores
hacen del seno de la tierra amante,
un regazo sublime y fecundante,
un infinito tálamo de amores.
El cuaja abejas, libres mariposas,
luciérnagas, cigarras calurosas,
los seres microscópicos y alados.
Y del sol á la cúpula potente,
los pólenes inundan el ambiente
en diluvios de insectos irisados.

XIII

SOMOS LA LUZ

De divinos y eternos manantiales
que son mundos y soles, descendemos
y en los golfos sin límites tendemos
nuestros veloces rayos siderales.
Como ríos que tejen sus raudales,
nuestros ríos lumínicos tejemos,
y cruzando el espacio, parecemos
trayectorias de estrellas inmortales.
Por miles firmamentos resbalando,
va la luz portentosa atravesando
del mudo espacio los medrosos velos.
Y aumentada por fuentes á millares,
baja cubriendo en luminosos mares
la inmensa escalinata de los cielos.

XIV

SOMOS LOS COLORES

Como un blanco inviolado, se desprende
de su origen la luz inmaculada,
y al pasar por la atmósfera inflamada
rasga los cielos y en su azul se enciende.
Llega á los mares, y en las olas tiende
celeste tinta bella y nacarada;
y al caer en la tierra alborozada
los campos baña y en verdor los prende.
A nuestra luz, se irisan los plumajes,
se colorean de flores los ramajes,
se inflama la radiante pedrería.
Y se forman con vivos resplandores
esos grandes incendios de colores
donde arde y tiembla el moribundo día.

XV

¡NO SOMOS EL ALMA!

Sobre tanto prodigio de hermosura
como encierra la esfera cristalina,
modelamos la estatua peregrina,
la humana y nobilísima escultura.
Su corazón es cáliz de ternura;
su egregia frente, lámpara divina;
y en el fondo de luz de su retina,
el genio, cual relámpago, fulgura.
Nuestra materia, donde está la norma,
fabrica con los átomos su forma,
como hace flores, pájaros ó palmas.
Pero al llegar á la divina esencia,
muda se postra nuestra inútil ciencia:
¡somos los cuerpos, pero no las almas!

XVI

¡¡NO SOMOS DIOS!!

No somos Dios: la red maravillosa
con que abarcamos la creación gigante,
no aprisiona su espíritu flotante
formado de una esencia milagrosa.
Filtrada en nuestra urdimbre misteriosa
su luz como un aroma penetrante,
la creación es sólo la oscilante
lámpara de su mano portentosa.
El es lo inmaterial, gloria, hermosura,
bondad, justicia, bien, virtud, ternura,
cuantas alas despliega la poesía.
Y es donde el Reino del Amor empieza,
de no soñados cielos la grandeza,
de no vistas creaciones la armonía.

FIN DE «EL POEMA DE LOS ÁTOMOS».

LAS MOMIAS EGIPCIAS

A nadie es dado retener la vida
muda y eternamente amortajada:
no es la escoria, materia inanimada
ni en estado infecundo adormecida.
Del alma misteriosa desunida
y con el polvo universal mezclada,
fructifica de nuevo, transformada
en flor, ó insecto, ó savia estremecida.
¡Momias! ¿qué ley contraria á lo existente
parar la vida os dió, cuyo torrente
lleva en evolución seres y cosas?
Sois millones de impulsos retenidos,
sois enjambres de insectos no nacidos,
y no inflamada floración de rosas.

MADRIGAL

Soñé que me volví tu cabellera,
mas no una cabellera ensortijada,
sino, por un misterio, transformada
en los tallos de azul enredadera.
Recogida en tu frente cual cimera,
te formé una bellísima enramada,
y en trompetas celestes dejé ornada
tu blanca sien de diosa primavera.
Desanudé mis vegetales brazos
para envolver tu cuerpo con cien lazos
y besar tus desnudas maravillas.
Me abrí como un cohete en tu cabeza
y vestí tu magnífica belleza
con mil chorros de azules campanillas.

La cinta de un entierro.

Al insigne Doctor Campello.

Iban unas pupilas apagadas
dentro de cuatro fúnebres maderos,
é íbamos en la nave seis remeros
remando con seis cintas enlutadas.
Producían, medrosas, las paladas
espumas de tinieblas en regueros,
abriendo misteriosos derroteros
al través de las ondas ignoradas.
Pararon los seis remos su son grave;
Dios en su seno recibió á la nave
como señal de triunfo y de victoria.
Genio de la ciudad que está llorando:
te doy la cinta con que fuí bogando;
¡guárdala con un remo de la gloria!

EL «COPO»

Tíñese el mar de azul y de escarlata;
el sol alumbra su cristal sereno,
y circulan los peces por su seno
como ligeras góndolas de plata.
La multitud que alegre se desata
corre á la playa de las ondas freno,
y el musculoso pescador moreno
la malla coge que cautiva y mata.
En torno de él la muchedumbre grita,
que alborozada sin cesar se agita
doquier fijando la insegura huella.
Y son portento de belleza suma,
la red, que sale de la blanca espuma;
y el pez, que tiembla prisionero en ella.

Al partir un vaso de vino.

Del Málaga, que es púrpura encendida,
bebo un sorbo de luz y de esplendores,
y el vaso orlado de risueñas flores
te alargo con el alma conmovida.
Bebamos su fragancia apetecida
como una claridad de los amores;
sus ráfagas son sueños seductores,
su jugo es el perfume de la vida.
Pongamos en el borde cristalino
nuestras bocas de amor y mieles llenas
como en un cáliz de licor divino.
Así se borren nuestras mutuas penas,
y del mismo cristal el mismo vino
cante el mismo sentir en nuestras venas.

ANTE LAS PIRÁMIDES

Si en el hueco que forma nuestra mano
de César cabe la ceniza leve,
y un Orbe roto á derrumbar se atreve
la inmensa gloria del ingenio humano;
si la grandeza del Poder romano
se pulveriza como sueño breve,
y el hombre avanza en su infortunio aleve
encerrando en sí mismo á su tirano,
no fatigues ¡oh ciencia! tu energía
en prolongar del corazón despierto
la fatigosa y bárbara agonía.
A qué alargar nuestro destino incierto,
¡si las mismas pirámides un día
en polvo rodarán por el desierto!

La corona de lirios

A su rubia diadema de cabellos,
la joven que los campos recorría,
blanca corona entretejer solía
haciendo sartas de los lirios bellos.
Cual ellos casta y juvenil cual ellos,
mirándose en las fuentes se reía,
y diosa de la gracia parecía
del tibio sol de Mayo á los destellos.
Hoy que torno á estos campos florecientes,
interrogo á los lagos y á las fuentes
por los ojos que vieron retratados.
Y aquellos lirios, sé con amargura,
que de la virgen en la frente pura
besó la muerte, ¡y los volvió morados!

Los Coros Clavé

Cantar y trabajar, eso es la Vida.
El que canta, labora y se recrea
y mejor fecundiza su tarea,
pues con el canto hasta el dolor se olvida.
Canta y trabaja, Patria esclarecida,
como los Coros de Clavé, y emplea
voz musical y brazo que golpea
en ser alta, y ser grande, y ser temida.
En medio de la regia Barcelona,
de un pedestal por voz y por corona
Clavé se eleva hacia el azul intenso.
Y alzando su batuta, se dijera
que guía á la Nación, ¡como si fuera
España toda un orfeón inmenso!

Contradanza

En un tiempo por ti fuí preferido
como después de preferido odiado;
he vuelto luego á ser el más amado
y luego he vuelto á ser aborrecido.
Más tarde torné á ser el más querido
y nueva vez el más menospreciado,
y en miles de momentos proclamado,
y en miles de momentos preterido.
Tu ser que finge mariposa vana,
se mueve más que rápida campana
y cambia más que hierro de veleta.
Yo al mirar tanta danza y tanto giro,
digo exhalando cómico suspiro:
¿esto es mujer, ó es una pandereta?

ZACONI

Un actor es la piel de su semblante,
piel que se mueve como viva tela,
donde es cincel el gesto, que cincela
en mil formas el alma interesante.
Ella es calidoscopio deslumbrante
que en cien matices la pasión revela;
¿se frunce? es que interroga ó que recela;
¿se extiende y ríe? es que se muestra amante.
¿Se dilata en los labios? es que goza;
¿se pliega dolorida? es que solloza;
¿chispea gracia y luz? vierte el ingenio.
Alegre ó triste, quieta ó expresiva,
la cara del actor es tela viva.
¡Es una tela, mas la mueve el genio!

LO QUE DICE ASTURIAS

Al ilustre poligrafo D. Julio Gavito, orador insigne, abogado, astrónomo, crítico, filósofo...

Dicen sus cantos: *aprended ternura;*
dicen sus robles: *aprended firmeza;*
dicen sus cumbres: *aprended grandeza;*
dicen sus héroes: *aprended bravura.*
Sus manantiales: *aprended frescura;*
sus mansas vacas: *aprended nobleza;*
sus raras aves: *aprended belleza;*
su hablar de mieles: *aprended dulzura.*
Dice su gaita: *aquí está la armonía;*
su sidra de oro: *aquí está la alegría;*
su niebla azul: *aquí está lo indeciso.*
Y sus selvas, sus mares y rompientes,
dicen con ríos y ágilas y fuentes:
¡Aquí está Dios y aquí está el Paraíso!

DE MI SEGUNDO VIAJE A AMÉRICA

¡ADIÓS!

I

En este sorbo de amargura humana
que tengo que pasar,
estoy sin ti, consoladora hermana,
sin poderme en tu pecho reclinar.

Como se rasga un lienzo, cruje y grita
mi acento de dolor;
no me queda siquiera la infinita
compaña de tu amor.

Todo lo que en la vida hube soñado,
todo lo que adoré,
siento, por las raíces, arrancado
de mi profunda fe.

Se ensombrece mi vida toda entera
como un templo sin luces y sin Dios;
hermana, hermana mía, ven siquiera
y lloremos los dos.

Ya no tengo la mano que endulzaba
con su amor inmortal,
el fuego que la frente me abrasaba:
¡murió la santa sombra maternal!

Y pues tú reemplazaste, hermana pura,
su excelso resplandor,
templa, cual nuestra madre, mi amargura
con tu noble calor.

II

Es que pienso dejarte, y lloro y muero
al sentir en el alma tu orfandad;
pronto habrá de volar al extranjero
para siempre, tal vez, mi libertad.

No volveré quizás á ver á España,
tierra con cuyo barro me formé;
tierra que, desde niño, en luz me baña,
y es mi Cáliz, mi Altar, mi Dios, mi Fe.

Pronto habrá de agitarse mi pañuelo
sobre la azul desolación del mar,
y mediará la inmensidad de un cielo
entre dos frentes que nubló el pesar.

Cuando se pierda el buque en la distancia,
será cual si perdiera mi ilusión
toda la tierna historia de mi infancia,
toda mi vida y toda mi razón;

las santas sombras de mis padres idos,
los altares que oyéronme rezar,
los héroes que exaltaron mis sentidos,
los sabios que enseñáronme á pensar;

todo lo que formó mi esencia humana
y de Dios en el fuego se inflamó,
todo se borrará, divina hermana,
en la distancia: ¡en mi conciencia, no!

Llevaré de estas selvas los clamores,
de estos mares sublimes el rugir,
de estos anocheceres los colores,
de estos amaneceres el reir;

de estos campos lujosos los matices,
de estos pájaros bellos el cantar,
de estos árboles patrios las raíces,
de estas claras campanas el sonar;

la fe de nuestros ínclitos abuelos
que llevaron por brújula la cruz
y ensancharon los mares y los cielos
y alumbraron dos mundos con su luz;

me llevaré, como divinas prendas
de nuestra rica y noble tradición,
en un cofre de oro, las leyendas
que supo imaginar la inspiración;

y la ciencia profunda y peregrina
que alzaron nuestros sabios al pavés,
reteniendo la Esfera cristalina
absorta y en prisión bajo sus pies;

el eco vibrador de las espadas
que el tiempo puso en la Panoplia Real,
y el genio de las plumas consagradas
que llevó España por airón triunfal;

todo lo llevaré por tierra extraña,
donde se habla y se reza en español,
¡cual si un Vaso de vida fuese España
que regara otros mundos como el Sol!;

exprimiré la esencia de las cosas
y llevaré á otros cálidos vergeles
toda España en mi lira de claveles
con siete cuerdas de divinas rosas.

* * *

Cuida de nuestro hermano, que ha bebido
savia en el mismo seno que tú y yo,
y tiene el santo pecho dolorido
de tanto como, heroico, trabajó.

Cuando sufra su espíritu doliente
penetra su recóndito pesar
y pon tu mano en su sublime frente,
pálida de latir y de pensar.

Y si hace falta sangre de mi vida
para dársela en noble transfusión,
yo vendré á derramarla de la herida
que me abriré en mi mismo corazón.

Que no aflijas tu pecho, que no llores,
ni padezca tu amor pensando en mí:
¡si han de enterrarme entre extranjeras flores
yo quiero que me traigan junto á ti!

Bajo tierra asiremos nuestras manos,
cual dos raíces que el amor juntó,
y seguiremos siendo los hermanos
que ni vida ni muerte separó.

Que tus hijos te quiten los abrojos
de tu corona y tu pesada cruz;
y si mueres sin mí, cierren tus ojos
como dos lirios de morada luz.

Adiós; llegó la triste despedida;
divina hermana, que te guarde Dios;
si más no hemos de vernos en la vida,
¡alma del alma, para siempre adiós!

EL CORRER DEL CIELO

El pasaje duerme
mi espíritu vela,
deslízase el buque por la superficie del mar infinito
como una centella.
Borróse ya España
en el horizonte cerrado de niebla,

Europa quedóse escondida
tras la raya trémula
que oculta el inmenso horizonte
cual redonda puerta:
solo á media noche,
solo y suspirando de vaga tristeza,
miro cómo corre sobre el combo espejo del mar de dos mundos,
la nave que vuela.

Los labios del alma
un adiós sollozan á su antigua tierra,
¡viendo que una línea del mar evapora
una vida entera!
¿Dónde quedó el viejo solar de la raza?
¿dónde sus proezas?
¿dónde sus altares y sus Evangelios?
¿dónde sus espadas, dónde sus espuelas,
y sus remolinos de frentes gloriosas,
y sus altas torres y sus mil banderas?

Así suspiraba con voz afligida
llena del amargo dolor de la ausencia,
al dejar las ciudades insignes
del jardín que mi vida meciera;
y cuando creía que solo bogaba
por el Gran Atlántico de roncas cadencias,
y que solo avanzaba mi espíritu
desde Europa al confín de la América,
buscó á Dios mi angustiosa mirada
arriba en las altas esferas,
y vi con insólito asombro
que no estaba sola mi pena:
me seguía veloz, me seguía
con todos sus vivos temblores de estrellas,
con todos sus vivos chispazos de soles
y toda su vasta grandeza,
la comba sublime del Cielo de España
erizada de santas hogueras,
llena de escrituras y de jeroglíficos,
cual si fuesen palabras supremas,
y el Cielo corría, corría
con sus hervideros de lumbres excelsas,
con sus torbellinos de moles radiantes,
con sus anchos ríos de chispas que tiemblan,
y volaba, y volaba, y volaba
siguiendo del buque la loca carrera,
lo mismo que un palio grandioso de mundos
que desenvolviese sus flecos de luces y sus cataratas de hirvientes
[milagros sobre mi cabeza.
Y al ver ese pasmo sublime,
al ver á la Patria que el alma venera
irme acompañando
como un deslumbrante rodar de cometas,

el llanto borróme de pronto
aquella visión gigantesca,
y caí de rodillas llamando
á mi pecho con ruda violencia,
y exclame:—¡Salve, oh Cielo de España,
que me sigues, me alumbras y besas!

Y aquí traigo el Cielo en carrera tendida:
mirad su divina elocuencia;
es el Libro abierto donde balbucientes habéis presentido
al Espíritu Santo hecho lenguas.
El cubre los techos de vuestros hogares
donde vuestros hijos llorando os esperan,
y cubre el sagrado sepulcro
donde vuestros padres aguardan inmóviles en postura eterna,
oir exaltados
del Juicio Final la trompeta,
para rebullirse, saltar de las tumbas
y buscar vuestros seres queridos abriendo los brazos por toda la
[Tierra.

Levantad al Cielo
las nobles cabezas;
ved cómo nos siguen las raudas *Cabrillas*
que parecen idilio de ovejas
en rediles de luz, que hemos visto
desde que de niños á Dios contemplamos por la vez primera.
Y cual trazos de lumbre sagrada,
ved los *Astillejos* que siguen la huella
que atrás deja el buque partiendo el Atlántico
al trazar su ruta con las circulares mariposas raudas de sus tres
[estelas.

La *Estrella del Norte* nos sigue
como una mirada de justicia austera
que nos manda hasta el fondo del pecho
su luz de deber y nobleza.
El *Lucero* que alumbra la tarde,
allí viene cual ascua que rueda;
él bañó con su luz nuestra infancia
sobre los valles que abrigo nos dieran.
Viene la *Luna* cual disco guerrero
de un arcángel de ardiente melena,
que lo esgrime valiente en los aires
cual si fuese encendida rodela.
El *camino* que traza *Santiago*
como enorme Ovario del Cielo chispea;
es el Lecho nupcial de los mundos
en donde germinan futuros sistemas.
Todo el Cielo viene corriendo, rodando
como incendio de chispas que ciegan,
y fingen los ojos abiertos
de la Raza y sus áureas leyendas,
ojos de sus Héroes, ojos de sus Mártires,
ojos de sus Vírgenes y de sus Exégetas,

ojos de sus Próceres y sus paladines,
ojos de sus Sabios y de sus Poetas,
que nos siguen, nos siguen, nos siguen
para ver si honramos en patria extranjera
sus libros, sus báculos, sus palmas de triunfo,
sus crisoles, sus ígneas cimeras,
sus bisturíes, sus liras de oro
y su balumba de grandes prodigios y glorias inmensas.

Españoles que amais la Argentina
y en Buenos Aires plantásteis la tienda
y vivís á la sombra que tiende
su hospitalaria y sublime bandera:
no os traigo riquezas; fué pobre mi cuna;
no os traigo el poder; es humilde mi diestra;
no os traigo la gloria; es obscura mi frente;
ni sabiduría; es indocta mi lengua;
os traigo el portento del Cielo de España,
os traigo la Patria hecha estrellas,
¡para que os cubrais cual con templo infinito,
las altas cabezas!

(Sobre el Atlántico. A bordo del *Infanta Isabel de Borbón*. 20 Abril de 1913).

BRINDIS

(ENTRE AMERICANOS Y ESPAÑOLES)

Dentro de los cristales de sol cuajado
del vaso efervescente de la poesía,
estrujo los racimos que España cría
en su parral ardiente de sol cargado.

Y sobre el mar que á Iberia prende de un lado
en el manto infinito de su armonía,
y de otro lado á América sus brazos lía,
alzo la copa en doble brindis sagrado.

No hay vino más heroico; cien razas pesa;
bebe, América noble, tu sangre es esa;
partamos de este vino la misa santa.

Al brindarte mi vaso de ritmo acorde,
va un ruiseñor de España sobre su borde;
¡mientras que bebe América, ruiseñor, canta!

¡Al gran pueblo argentino, salud! [1]

He leído los acentos fragorosos
como rudos cañonazos de batalla
que en apóstrofes valientes lanza el genio
de Argentina sobre Hispania;
he leído las estrofas de centellas
que magnífica modula la Señora de las Pampas,
al cantar la independencia
que rompió los eslabones que á su tronco la enlazaban;
y al sentir las torrenciales armonías
de palabras
en que forman explosión los adjetivos,
en que surgen de los verbos lumbraradas,
en que arrojan culebrinas los pronombres,
y en que silban y se enroscan como llamas
los feroces alaridos
de las bélicas estrofas inflamadas;
al leer esos apóstrofes de incendio
de una guerra, no á la Patria,
sino guerra de sublimes ideales,
ha gozado como en éxtasis mi alma,
pues por una inmensa acústica de siglos
he creído que á mi espíritu llegaban
los acentos del león con que al planeta
aterró el brío gigante de la Raza,
al hacerse la Señora de dos mundos
y oprimir el globo entero con las llaves de sus garras.
Ha sentido mi cerebro
que del fondo de la historia me llegaban,
cual por un viejo fonógrafo encantado,
los rugidos imperiales de la patria,
los aullidos del león, que no contento
con tener un Continente ante su planta,
trazó un brinco sobre el lomo del Atlántico
sacudiendo su melena de metrallas,
y abordó otro Continente misterioso
que sacó virgen y grande de la cuna de las aguas.
Del león que así rugía,
tú aprendiste los apóstrofes que lanzas;
eres hijo de un león, Himno guerrero,
y por eso cuando increpan tus palabras,
me parece que estremécese la Tierra
como en siglos ya remotos de grandezas legendarias.
De una estirpe de valientes
llevas fuego belicoso en tus entrañas,

(1) A instancias del *Consejo Nacional de Mujeres* de Buenos Aires, escribió el autor al Himno argentino, este otro Himno, que fué leído en la gran fiesta del *Teatro de Colón*, el 11 de Mayo de 1913, entre inmensas aclamaciones del público.
El Presidente de la República, llamó á su palco á Salvador Rueda para felicitarle y abrazarle en nombre de aquélla Nación.—(*N. del E.*)

y lo mismo que oye un padre las bravuras
de los hijos amorosos que engendrara,
y celebra que manejen con denuedo
las espadas,
y se goza en que prolonguen de la Estirpe
los gloriosos pergaminos donde escriban sus hazañas,
así goza con tu brío
quien te dió el temple inmortal y la prosapia,
y te puso los aceros en las manos,
¡los aceros de las hojas toledanas!
Releyendo las estrofas de ese himno,
yo he sentido los estruendos y las armas
de los héroes que salieron de Castilla
á tender un varillaje de caminos que crearan,
y alargaron sus heroicos derroteros
sobre todas las remotas lontananzas,
ocultando con el épico abanico
¡todo el Mapa!
Yo he pensado percibir en sus cadencias,
las magníficas hazañas
que llevaron por el orbe
sus lanzones, sus corazas,
sus espuelas, sus escudos,
sus triunfales oriflamas,
sus lorigas, sus rodelas,
y el Idioma de hermosura soberana
¡que como una mariposa de divinos resplandores
fué posándose en los labios y parándose en las almas!
Al cantor que escribió el himno belicoso
con el brío de sus zarpas,
y al que dióle melodías inmortales
de su espíritu arrancadas,
bajen juntas dos banderas:
la de España
que nació del rojo y oro de una aurora
que alumbró veinte Naciones castellanas
y las hizo sucesivas epopeyas
de los trágicos fulgores de Sagunto y de Numancia,
y el sagrado lienzo azul de la Argentina
que en su lucha con las tintas de aquel alba,
partió el cielo en dos mitades estupendas
que enlazó una cinta blanca,
y formóse la bandera que es el Cielo
¡en que, dando luz al mundo, se abre el Sol de la Mañana!

Buenos Aires, 11 de Mayo de 1913.

Al ver los jazmines en América

De Sevilla olorosos jazmineros:
¿os vinisteis detrás de mis pisadas
y os trajeron en vivas oleadas
las hélices cual ríos de luceros?

Dicen que al emprender sus derroteros
Colón hacia estas tierras ignoradas,
os puso como cifras consagradas
en el pomo inmortal de sus aceros.

Al trocar realidad sus esperanzas,
desgranó vuestra cálida semilla
en estas tropicales lontananzas.

¡Jazmineros divinos de Sevilla;
vinisteis en las puntas de las lanzas
de los héroes gloriosos de Castilla!

Buenos Aires, Mayo, 1913.

EL AVE INVISIBLE

Al divino corazón del gran español y gran argentino, colaborador espiritual mío, señor Manuel Durán.

Como un ave invisible, el alma mía
quedóse en tu palacio luminoso,
donde le diste un nido tan hermoso
que un príncipe quizás no lo tendría.

Cantándote en el hombro su armonía
te ofrendará su pico religioso,
si padeces, un trino doloroso,
si eres feliz, un himno de alegría.

Si estás tranquilo, cantará serena;
si estás postrado, velará tu pena
tras la pantalla de fulgores rojos.

Y si ciego quedaras algún día,
¡ciega también el ave quedaría
al arrancarse para ti los ojos!

Oyendo al doctor Joaquín V. González.

(EN EL BANQUETE DE LOS VALENCIANOS)

Como hablara á los hombres desde Siria inspirada
el acento tranquilo de Jesús amoroso,
he sentido tu verbo derramarse anchuroso
de tus labios sublimes en corriente pausada.

Ancha y honda, y serena, es tu frase sagrada;
ancho, y hondo, y sereno, es el río grandioso;
no es de ti el imponente retemblar pavoroso
con que canta, y no riega, la estruendosa cascada.

Tu palabra es aquella que escuchó Palestina,
la que ardió en el Cenáculo como luz peregrina,
confortable de aromas como santo alcanfor.

Y creí los acentos que hasta el alma conduces,
¡blancas hostias de gracia, vivos besos de luces,
pinceladas de un yodo que abrasaba de amor!

EL MILAGRO DE LAS FLORES

A las nobilísimas Damas argentinas y españolas que en el palacio de Manuel Durán, me honraron con sus fiestas solemnes para entregarme dos medallas de oro.

Santa Rita, la bella penitente,
la que pidió á Jesús de su diadema
la espina más atroz para su frente
y El se la dió por doloroso emblema;
la que rotos sus lazos familiares
fué monja tras milagro prodigioso
predicho por los labios inmortales
de Agustín, Nicolás, Juan el glorioso;
la que en olor trocó del Paraíso
la pústula hedionda de su cara,
y un resplandor vió hacerse de improviso
la herida que la carne le rasgara,
recluída en su celda del convento
se dispone á morir: tras los cristales
se queja el son tristísimo del viento
llorando del jardín los funerales.
Las secas hojas, con sus mustias galas
llenan de frío y muerte los caminos,
y fingen aves de aturdidas alas
al rodar en crujientes remolinos.

Como Santa Cecilia la bendita
que vió el milagro de sus flores hecho,
quiso la moribunda Santa Rita
flores también para su casto pecho.
Y con la voz del que morir espera,
pidió cálidas flores del verano
para entrar en la Patria verdadera
con un ramo de flores en la mano.
Ya al creerla en el éxtasis eterno,
le contestaron voces asombradas:
—«Hay nieve en el jardín; ya es el invierno
y están todas las flores apagadas!
—«Hay flores, sí, sobre el jardín inerte:
traedla cual montón de resplandores,
y se vuelva este lecho de la muerte
foco de luces, de alas y de flores».
Bajaron la escalera presurosas,
y hallaron con asombro nunca visto,
que iba encendiendo un rielar de rosas
al ir pasando, el pie de Jesucristo.
Su túnica al barrer hojas distintas,
en explosión los cálices abría,
é iluminaba en fascinantes tintas
todo el jardín con ramos de alegría.
Allí resucitaba de su sueño
el lirio melancólico y morado,
como si un dedo de Jesús risueño
desbarajase su botón plegado.
Allí la madreselva revivía,
allí la fusia de color ardiente,
y el redondel de su abanico abría
la margarita en el jardín riente.
Desplegábanse al sol los alelíes,
y las hortensias, y los nardos luego,
y los amplios borlones carmesíes,
y las achires de estallante fuego.
Cual llamas de color en los balcones
en negra noche de verbena y gala,
se abrían los grandiosos clavelones
como mágicas luces de bengala.
Y los rosales que el botón rompían,
también cual en verbenas luminosas,
por las hileras del jardín ardían
como una *traca* de rotundas rosas.
Mirando aquel milagro prodigioso,
subieron las mujeres la escalera
llevando en el vestido luminoso
á faldares la alegre Primavera.
Y al llegar hasta el lecho de la Santa
que en la risa de un éxtasis moría,
su voz se abrió cual flor en su garganta
y dijo con angélica armonía:
«Con esta de morados resplandores
envolved mi cabeza penitente;

¡es la flor que prefiero de las flores
porque clava sus dardos en mi frente!»
Y era la planta que al martirio invita,
la espinosa y morada enredadera,
que *Flor* llamó Jesús *de Santa Rita*
y coronó al morir su cabellera.
Pregonen con la Santa los clarines:
¡almas sin fe, cegadas de dolores;
aunque mireis nevados los jardines,
para el que en Dios las busca, siempre hay flores!

* * *

Vosotras que lleváis alma latina
damas á que dan triunfo vuestras palmas:
¡también como la santa peregrina
revivís los jardines de las almas!
Llamáis á un pecho que el amor no siente,
como Jesús á una corola yerta,
y dejáis sobre el pecho indiferente
la casta flor de la piedad abierta.
Tocáis á un corazón empedernido
cerrado á toda llama de hermosura,
y lo dejáis de pronto convertido
en un cáliz de amor y de ternura.
Tocáis en unos ojos anulados
por la sal de las lágrimas eternas,
y hacéis dos focos cual por Dios besados
de aquellas dos tristísimas cisternas.
Llamáis á unos herméticos oídos
muertos para las santas alegrías,
y los hacéis dos fuentes de sonidos,
dos campanas latentes de armonías.
Tocáis la boca de impiedades llena,
y apenas vuestro espíritu la toca,
hacéis saltar la risa de la pena
como Moisés el agua de la roca.
Flores hacéis brotar de los desiertos;
de la santa pobreza, resplandores;
luces, del fondo de los ojos muertos;
de las espinas del martirio, flores.
Y por ser en dulzura cual María,
y por ser en piedad cual Jesucristo,
yo os alzo por la voz de la Poesía
al rango de un Linaje nunca visto.
Pido una nueva ley al pensamiento
en que os llame una nueva Aristocracia,
Marquesas por virtud del sentimiento,
Duquesas por derecho de la gracia.
Y ese poder que el tiempo no amortigua,
trasmita á vuestros hijos la diadema
que no proviene de la Europa antigua,
¡¡sino de Dios, que es la Bondad Suprema!!

Á LA REPÚBLICA ARGENTINA

(LA «ESCALA») (1)

Desde un Hemisferio hasta el otro Hemisferio
vine sobre el vasto rodar de las aguas;
hendía la proa
los espumeríos con golpes de hacha,
y rotas se abrían las partes inmensas
del velo infinito que cubre la Atlántida.
Cielos raros y estrellas no vistas
de los horizontes en sombras brotaban,
como si asistiera
mi frente asombrada
al momento supremo, sublime,
de crear la Divina Palabra.
Olas imponentes
cual montes que andan,
á veces dejaron mis pies en las simas
ó á besar los labios de Dios me elevaban.
No temí á la muerte;
era el Gran Océano magnífica hamaca
ondulando del Cielo al Abismo
con violencia trágica,
y yo como un dios me mecía
en el estupendo temblor de su trama.
Aprendí de los mares solemnes
la música magna,
de que son orquesta las olas terribles
rompiendo en los riscos y costas lejanas.
Pasaron los monstruos deformes
de la azul soledad oceánica
subiendo del fondo insondable
á los velos de espumas trenzadas;
sus lomos sombríos
con medrosidades salobres y extrañas,
rompieron un punto las ondas
con brincos que espantan;
eran los delfines, que por los ecuestres
trapecios no vistos, veloces saltaban
con agilidades tan locas, que al verlos
¡los ojos de asombro su cerco agrandaban!
Ramajes pajizos
cual islas flotantes de exóticas algas,
desfilaron por días y días
hacia países que ignoran las almas,
y cual pueblos que emigran, los velos
vegetales y libres, nadaban

(1) Escrita al representar á España el autor, en la gran solemnidad de la inauguración, en Buenos Aires, del monumento de Querol á la República Argentina.—(*N. del E.*)

sin saberse á qué gente, á qué clima,
á qué playa...
Del mar hecho plano sin límites
era el cielo aplastante la tapa,
redondel infinito, uniforme,
que una pesadilla grandiosa encerraba;
y entre los tedios solemnes y lentos
del narcotizante reposo, saltaban
de los lados del buque á los aires
veloces bandadas
de atemorizados peces voladores
que el aire rasgaban
chorreando de gotas marinas
las recias membranas
de sus plumas de trémulo vidrio
que se recogian y se desrizaban.

De pronto, en el ancho horizonte
trazó su contorno un fantasma;
crecía, crecía,
como buque que intrépido avanza;
era su cabeza de grandor enorme,
su boca una sima cerrada,
y cual dos rodelas sus ojos ardientes
relampagueaban;
y este horrible monstruo del mar, prodigioso
se anunció levantando en su marcha,
¡de sus trompas nasales al cielo
dos torres de agua!
Como luenga mole de carne viviente
pasó entresacando la espalda,
sobre cuya curva asustante se abrían
osarios de conchas gastadas
como lepra de siglos; costrones
de herméticas lapas
revestían su piel de lacerias;
las ostras parásitas
reencarnaron sus crías fecundas
en toscos nidales de infectas entradas;
y miles de seres horribles
semejantes á un manto de sarna,
se abrían formando viviendas y pueblos
lo mismo que un mapa.
Pasó el monstruo: mis nervios temblaron
con violencia brava,
como si se diera con duro martillo
su trastazo tremendo en un arpa.

Luego, soledades medrosas y vírgenes
su misterio sin fin dilataban,
y días y días oyendo la música
de Dios en los lienzos de espumas que braman,
aprendí la gigante argonía
de todos los mares que cantan,

el Acorde grandioso que elevan
á cada momento, tres olas más altas,
á cada reposo, tres olas más fuertes,
á cada sosiego, tres olas más largas,
á cada minuto, tres ondas más libres,
á cada intervalo, tres ondas más trágicas,
é igual en el Mar con riberas
que en el de la Historia que todo lo abarca,
oí siempre ese Acorde estupendo
que es como el resuello de Dios cuando habla,
y en todo el planeta que viven los hombres
se nombra «La Escala».

¡Salve, Ritmo eterno,
que das á los Mares cuadrículas sabias,
y timbras la Historia de Genios sublimes
que son cual las ondas más claras,
que son cual las ondas más recias
de todas las vidas humanas.
Como en la poesía
por mi musa salvaje creada
en que á cada momento tranquilo
hay versos de corta distancia
que breves se enroscan
y se entrerreengranan
dejando sus sílabas
engarabitadas
para dar el brinco veloz de la síntesis
que se desarrolla como una bandera que tiembla y que ondula,
así entre las frentes [se riza y se alarga.
de extensa centuria, supremas se lanzan
sobre todas las frentes humildes,
otras frentes que son más diáfanas,
que suben más rectas,
que ascienden más amplias,
y son como un faro de altura asombrosa
que envía á lo largo de un siglo en tinieblas la luz de su llama.
Y esas frentes, en sólidos Templos,
en Hechos, en Libros, ó en Piedras, se cuajan:
tal el Friso marmóreo de Fidias,
tal el vasto clamor de la Iliada,
tal la luz del incendio de Troya,
ó el rayo terrible de Dios cincelando su Ley en las Tablas.
Se ve transformarse el Invento,
se ve convertirse en Hazaña,
se ve transmutarse en Poema,
en Bisturí, Microscopio ó Espada.
¡Salve, Acorde del Mar y los Hombres,
salve, Escala!

Alzó Grecia divina en el Tiempo
una ola gigante, una raya,

y en su acorde entraron
cien voces tan anchas,
que aún llenan los siglos
igual que cien ríos de luces eternas que alumbran las almas.
Alzó también Roma
su frente hasta el cielo cual onda encrespada,
y entreeslabonaron sus legisladores
con manos ungidas de gracia,
la cadena de Leyes sublimes
que en ellos comienza, perfora los tiempos, y aún corre y se [alarga.
Y desbaratóse el Imperio Latino,
y Roma parió, desgarrada,
Naciones robustas que pueblan Europa
y dieron al mundo otra savia.
Y de esas Naciones, la augusta entre augustas,
España,
en su alumbramiento grandioso dió al Orbe
Veinte Estados de Luz Castellana,
que salpican la América libre
de veinte Repúblicas que el cielo cobija con palios de palmas.

Enteco el senil Continente
de Europa cansada,
en otro Hemisferio la Vida comienza,
la Vida que teje y no para
y desde el principio del Hombre y del Mundo,
anda, anda, anda...
Aun siendo perennes los pueblos,
construyen Imperios y los desbaratan,
se trasforman y luego reviven
trocando las viejas por nuevas crisálidas.
Ya anuncia la Vida
otra carne humana,
un hombre distinto que surja brioso
del detritus que endeble se apaga.

¿Eres Tú, prodigiosa Argentina,
—la Mayor de las Hijas de Hispania—,
eres tú, atronador Buenos Aires,
donde entran en libre avalancha
los ríos de hombres
que llenan tus pueblos, tus Pampas,
eres tú la gigante Turquesa,
el Troquel prodigioso, la Maza
y el Yunque potente de fuerza invencible
donde el Hombre futuro se plasma?
¿Eres Pandemonium?
¿Esfinge que guarda
de la Vida, aún no abierta, la Clave?
¿Caja de Pandora llena de Esperanza
que encierra la llave del Mundo Moderno
con que abrir sus puertas vestidas de ojos que esperan el alba?
Llego desde el fondo de otras latitudes
á detenerme en tus Puertas sagradas,

y te traigo escritas
en mis nuevas Tablas
con mis sibilíticos versos, tu Ley
y tu Norma, hecha piedras labradas
por Querol inmortal que alzó fuerte
este Monumento que á Ti se consagra,
donde están grabados á son de martillo
para que perduren eternas sus máximas,
tus Ideales grandiosos y libres
dignos de que bronces y mármoles duros tengan por palabras:

Entre cuatro Gigantes de Fuerza
hechos cuatro esculturas humanas,
—tu Chaco imponente, tu Pampa infinita,
tus Andes altivos, tu Río la Plata,—
eleva el Poema de mármoles
su firme silueta, basada
sobre el plinto ingente
de series marmóreas de gradas,
y suben teorías y símbolos
que el fuego perfuma de un Ara,
de entre cuyas gomas y ardientes resinas
que en tu honor, Argentina, se abrasan,
surge la humareda de gloria que envuelve
el triunfal Monumento en las gasas
de olores azules
que cual una niebla gentil é impalpable columpia sus ondas que
[el cúmulo insigne saturan y escalan.
Dando vuelta á la base, en relieve,
describiendo una lírica danza,
las manos cogidas y sueltos
los ropajes de tules movibles que en tirabuzones que llevan los
se desarrolla una larga cadena [aires sus cintas dilatan,
de Diosas, y Musas, y Gracias,
que representan las Veinte Repúblicas
libre-Americanas,
que nacieron en Cuna de oro
detrás de la Atlántida,
y recibieron el santo Bautismo,
la Cruz, la Cultura y el Habla,
que Colón, y Cortés, y Pizarro
trajeron en nombre de España
á América entonces ignota
presas en las puntas de bosques de espadas,
y también trajeron
ensartados al fin de las lanzas,
la retina ideal de los mares,
la brújula sabia;
el peso impoluto
que es de la Justicia la lengua preclara;
el huso que teje las telas
y mágico baila;
el libro de ciencias astrólogas
que interpreta del Cielo las causas;

la clepsidra que mide las épocas
y su arena en los siglos desgrana;
y el cincel, y el pincel, y la estrofa,
y el Idioma estupendo en que cantan
por santos flautares sonoros millones
de unidas gargantas,
que en los Veinte Estados de Origen Ibérico
componen el Coro triunfal y soberbio de toda la Raza.
Esa noble cadena de Musas
por las manos de luz enlazadas,
son el alto símbolo
de las veinte Naciones Hermanas,
que tienen un Dios, una Iglesia,
y en el mismo Idioma se entienden y hablan.

Subiendo el audaz monumento
las emigraciones de tierras lejanas,
á leer se detienen atónitas
la frase arrancada
del Genio argentino,
que dice estas grandes Palabras:
... y asegurar con la paz de la Vida,
la Libertad para todas las almas,
para todos los siglos que vengan,
y todos los hombres que lleguen del Mundo buscando ampararse
Y brindando el elixir ardiente [*bajo nuestras alas.*
de esa Frase magna
á todos los hombres que cubren el Globo,
sobre el Monumento se yergue una Estatua
que representa la Tierra Argentina,
como un raro prodigio labrada,
y extiende los brazos augustos
á las lontananzas
de toda la inmensa República,
ofreciendo ríos, selvas, territorios, ciudades, montañas.
La Libertad alumbrando la Tierra,
junto á la Victoria, sacude una llama,
cual si fuese de todos los hombres
la altísima Lámpara;
y al frente del vasto Poema,
un Angel su frente enguirnalda
teniendo en la frágil rodilla
un libro que entreabre sus páginas,
y representa la Lengua en que hablamos
los que de Dios recibimos la gracia
de ser Españoles, y ser los que vieron
con retinas gigantes de águila,
el Mundo asombroso que virgen dormía
detrás del Misterio remoto y profundo donde antes Dios sólo
[flotaba en el combo temblor de las aguas.

Y bien: á ti llego, sublime Argentina,
como Abeja que prende en su magia

el polen de todas las Ciencias
que Europa divina creara,
el polen de todos los himnos
cantados por todas las voces humanas,
todas las vacunas y reencarnaciones
de todas las frentes preclaras
que se han transporado por filtros protéicos
para hacerse más libres y amplias.
Soy la Abeja lírica,
soy la Abeja varia,
soy la Abeja múltiple
que tiene millones de plumas doradas,
y te traigo en ellas el jugo diverso,
la luz politécnica y áurea
de todos los tiempos que lleva vividos
Europa sagrada,
Europa la excelsa,
Europa la sabia,
que ha estrujado sus Huesos divinos,
y su Cerebro de anchura que pasma,
para dar á los siglos presentes
su Pauta.

Te traigo el Espectro y el Prisma
de todos los Signos, de todas las Claves, de todas las Causas,
y en tu Cáliz inmenso me poso
para sacudir mis millares de alas,
¡y dejarte caer toda Europa
encima del Alma!

Tu serás, Argentina fecunda,
la Presidencia triunfal donde vayan
á unirse las Veinte Banderas
libre-Américanas,
á formar los Estados Unidos
de Luz Castellana.
Tendrás el Senado
de tus Veinte robustas Hermanas,
y transformarás en los tiempos el Ritmo
de la Especie Humana,
creando otra Carne, otro Hombre,
otro Plasma.

Te traigo èl abrazo infinito
de tu antigua Madre de testa inviolada,
que parió con dolores tu Vida
y te dió su Sangre, te dió sus Arterias, y te dió, hechas amor,
Soy tu carne augusta, [sus Entrañas.
soy tu propia savia,
tenemos unísonas risas,
tenemos idénticas lágrimas,
iguales las frentes,
iguales las caras,

semejantes de altivos los sueños,
parecidas de grandes las almas;
y hasta las hileras de aceros gloriosos
que Toledo en su cuño forjara,
son también, Argentina potente,
de tus Abuelos las ígneas espadas;
y como tenemos
por gloria sagrada,
en los labios las mismas trompetas
que en el mismo Idioma resuenan y cantan,
¡decimos Fe, Libertad, Ciencia, Gloria,
Patria y Dios, en las mismas Palabras!

Descuelga, Argentina, del alto Trofeo
tus series de lanzas,
y haz la Hombrada Inmensa
que hizo en tiempo heroico con grandes Caudillos el genio de [España:
por cinturón de Naciones al Mundo
para que en ellas posando sus alas,
la luz las recorra triunfante
cual mariposa infinita de llamas,
y tampoco se ponga un momento
el Sol en la firme cadena de Estados que sumen tu Patria.

Se una Voz enorme
de este Acorde Sumo tejido con cuerdas de todas las razas:
Ménfis mostrando el Papiro,
Atenas formando la Estatua,
Alejandría fundando el Comercio,
Roma las Leyes Humanas,
Sevilla creando otro Mundo,
Londres forjando sus Garras,
París dando á luz la Alegría,
Milán consagrando el Pentágrama,
Berlín cimentando la Ciencia,
Nueva York convirtiéndose en Lámpara,
Buenos Aires, abriendo las Hojas
del Futuro, que aun tiene entornadas...
Todas ellas son ondas sublimes,
pero hay otra Onda más alta:
¡¡la de Dios, el Final y el Principio de toda la Vida, de todos los [Tiempos, de todos los Hombres, de toda «La Escala»!!

Buenos Aires, Mayo, 1913.

ADIÓS Á BUENOS AIRES

Adiós, Ciudad, que tanto me has querido;
al repetirte *¡adiós!* mi pecho llora;
alejarse es morir cuando se adora
y es nuestro corazón correspondido.

Tu Presidente, que mi Rey ha sido,
tus Centros de enseñanza redentora,
tu Juventud donde tu nueva aurora
abre el sol que nos tienes prometido.

Tu Aristocracia, toda sentimiento,
tu Prensa, acaso tu mayor portento,
todo me amó con vida verdadera.

Soy tuyo; en ti he reído, en ti he llorado;
en tu luz y en tu fe me has bautizado;
¡beso, al irme, tu frente y tu bandera!

(FIN «DE MI SEGUNDO VIAJE Á AMÉRICA»)

LA ORGÍA DE ESQUELETOS

Es un festín junto al mar.
Sobre la alfombra de arena
que va la espuma á bordar,
choque de copas resuena
que apaga la onda al rodar.
De la luna á los fulgores
lanza el mar su cabrilleo,
y canta estrofas de amores
en torno al gentil Pireo
que se adormece entre flores.
En sus riberas sagradas
la bruma tiende su tul,
y les da cintas rizadas
el ceñidor de agua azul
de las ondas nacaradas.
Donde el agua transparente
desmaya sin fuerza alguna,
cubre á una mesa luciente
bello tapiz esplendente
hecho de rayos de luna;
y entre los giros secretos
que van formando las brisas,

hacia ella avanzan inquietos
entre canciones y risas
blancas filas de esqueletos.
Saliendo van de la mar
que los forma de su espuma,
y con lánguido mirar
entre el velo de la bruma
van el festín á aumentar.
Canta el fantástico coro
himnos de dulce armonía,
y con voz de risa y lloro
levanta su mano fría
Falerno en conchas de oro.
Mas ¿qué en su loco placer
buscan dispersas y solas
aquellas formas sin ser,
dejando el mar cuyas olas
á Venus vieron nacer?
Son del amor las deidades,
sus diosas son, que al rumor
de las vivientes edades,
en aquellas soledades
celebran fiesta de amor.
Ved á Elöisa avanzar
de las espumas dormidas
sacudiendo sin cesar
las claras gotas del mar
á su esqueleto prendidas.
Julieta siempre adorada
sigue pensativa y sola;
y en la cuenca iluminada
finge su extraña mirada
una divina aureöla.
Siguen después Magdalena,
Lucrecia, Safo, Raquel,
y la hermosísima Elena,
hollando todas la arena
en bullicioso tropel.
Tambien al festín camina
presa de amoroso dardo
Judith, la flor peregrina,
y la Cava, y la Stuardo,
y Cleopatra, y Mesalina.
Y este concierto de amor,
sin freno, ley, ni decoro,
brinda y brinda sin temor,
y las copas del licor
forman chasquido sonoro.
Elevando las de nieve
formas lánguidas y esbeltas,
dice Cleopatra en voz leve:
—¡Por la ardiente orgía!—y bebe
perlas en vino disueltas.
Se alza después Elöisa,

y con divina sonrisa,
—¡Brindo por el tierno amor!—
dice, imitando el rumor
que hace en las flores la brisa.
Siempre sollozando inquieta
y siempre en vivo deseo,
al hablar dice Julieta:
—¡Por el amor de Romeo,
que es el amor del pöeta!
Y Safo, mientras que gira
entre aquella regia tropa,
—¡Por el amor que delira!
dice, en la izquierda la copa
y en la derecha la lira.
Luego con honda efusión
van exclamando en tropel:
—¡Por la juventud!—Ninón.
La Cava—¡Por la traición!
—¡Por la modestia!—Raquel.
—¡Por la virtud de amor llena!—
grita Lucrecia divina.
—¡Por los placeres!—Helena.
—¡Por los goces!—Mesalina.
—¡Por el llanto!—Magdalena.
Y cada cual entonando
al amor tiernas canciones,
van las copas apurando
y la playa coronando
de fantásticas legiones.

* * *

Con sus notas argentinas
turba de pronto el reposo
de las ondas cristalinas
un concierto melodioso
de nereidas y de ondinas;
y á aquellas notas aladas
donde hay suspiros y quejas,
por las manos enlazadas,
las figuras animadas
forman lucientes parejas.
Rompe un acorde vibrante
la onda dormida del viento,
y el ejército gigante
gira cual sierpe ondulante
en compacto movimiento.
Corre luego fugitivo
dando alegres cabriolas,
y baila con pie festivo
el vals primoroso y vivo
que van tocando las olas.
Pártese en largas hileras
el escuadrón resonante,
y junta las calaveras

que de sus órbitas hueras
lanzan reflejo brillante.
Luego raudo se arrebata
y semeja torbellino,
ya presto se desbarata
y en las arenas de plata
forma blanco remolino.
Ya las espumas rodea
y se para á contemplar
mientras la vista recrea,
el rayo que cabrillea
sobre las olas del mar,
ó del suelo se desprende
cual niebla de la laguna,
y en tanto que el aire hiende,
disuelto en la luz asciende
por los rayos de la luna.
Ya corre y se precipita
formando movible encaje,
ya gira en rueda infinita
y dulces versos recita
al compás del oleaje.
Y siempre vagando inquietos
por la ribera sin fin,
cuéntanse amantes secretos
y de nuevo hacia el festín
acuden los esqueletos.
Vuelven la mesa á asaltar,
y la bronca algarabía
atruena de nuevo al mar,
que entona su melodía
no cansado de rodar.
Corre el vino desbordado
en hervoroso torrente,
y de conchas coronado
finge el mármol cincelado
joyero resplandeciente.
La espantosa gritería
atruena el amplio confín,
y se prolonga la orgía
hasta que despliega el día
sus ropajes de carmín.
Cantan las olas en coro
al ver el alba brillar,
se borra el festín sonoro,
y el tropel de conchas de oro
rueda hasta el fondo del mar.

LAS CATARATAS DEL NIÁGARA

Al sublime corazón de mi hermano en espíritu, Arpe.

A diez leguas de distancia
del estrépito espumante de melenas,
del desplome de alaridos y de asombros,
ya el oído lo recoge con su acústica trompeta,
y en el órgano auditivo, en su caja vibradora,
como bronco son penetra,
como el son de un abejorro inmensurable
de infinitas alas negras,
que atronando el Continente con su trompa terrorífica,
todo el vasto Continente conmovido zumba y tiembla.
A diez leguas ruge y canta
del timbal del abejorro la cadencia,
y una danza imperceptible de llanuras y de montes,
de hondonadas y de crestas,
bailar hace, trepidando,
á la comba del Planeta.
A más próxima distancia,
el zumbar del abejorro ya es tormenta;
ya es un trueno prolongado de ciclón, que, de hace siglos,
en su vasto parche cóncavo redoblando porracea.
Ya se siente más rotunda por debajo de la planta
esa música tremenda,
como un ruido de millares de tambores
que transmiten al cerebro los estruendos de una orquesta.
Nuestros nervios estallantes
cual cordeles sensitivos que se estrenan,
nos sacuden latigazos dolorosos
á lo largo de las venas;
y al andar hacia el Prodigio
para verle sus espumas y sus barbas estupendas,
la emoción es tan gigante,
que nos finge la conciencia
que en lugar de ir á la fiesta más grandiosa del espíritu,
vamos presos entre garfios que nos rasgan y laceran.
Yo no canto tu armonía imitativa
solamente por cantarla, Padre enorme de la Fuerza,
cuando bajas desbordante con tus gritos y tus palios,
de los bordes fabulosos de tu copa berroqueña:
yo te canto en el asombro que produces á los hombres,
yo te canto en los anhelos de las frentes que te sueñan,
y á la vez que alzo en la estrofa los clamores de las almas
como en un cáliz de música, voy tramando con las hebras
del flexible cuatrisílabo hecho juegos musicales,
de tus bárbaros escándalos las magníficas cadencias.
Aún á más breve distancia,
ya transmítese á las piedras

una acción que las disloca,
un latir que las subleva;
y observando los ramajes sobre el cielo
entre azules transparencias,
los contempla tenazmente
la pupila fija, atenta,
trepidar con un cernerse tembloroso,
titilar con un reir como de estrellas,
y bailando, y más bailando, y más bailando,
nunca paran, nunca duermen, nunca cesan.
El oído entre el estruendo se desgarra
con el son descuartizante que lo llena,
como llena el alto Niágara sublime
del abismo la vasija sempiterna:
una fuente es el Prodigio inacabable,
una fuente que del tajo se destrenza;
son el grifo, sus caídas de tres combas;
y es el cántaro, la curva de la Tierra.
Como un gran arco voltaico,
el cerebro en luz se incendia
presintiendo que el Asombro
ya se acerca, ya se acerca.
Unas ráfagas de frío y emoción desramalada,
cual manojo de tentáculos que estrechan,
por el pecho, por los nervios, por la frente,
nos enlazan temblorosas y vibrando serpentean.
Dios se acerca, algo sublime lo denuncia;
Dios avanza, algo estupendo lo revela;
ya los ojos se dilatan espantados
y es la frente recio yunque que martillan las arterias;
la mirada, duda; el pulso, en carrera va; la boca,
el asombro redondea,
¡y aparece con sus arcos tremebundos el Portento
hecho tres combas inmensas,
que después de derrumbarse en los abismos,
del rebote inconcebible sube á dar en las estrellas!
Van al fondo los tres saltos
escapados de los bordes de tres ánforas homéricas,
que fecundas se derraman por edades sin medida
de una arteria milagrosa de la gran Naturaleza.
Escapándose del colmo de las tres copas triunfales
se dividen en tres combas de mil sábanas que ruedan,
y cual tres Jordanes bajan de los búcaros enormes
á besar todos los campos y á bañar toda la Tierra.
Son tres pilas bautismales de Vigor, Fe y Entusiasmo,
son tres tónicos perennes de Alegría, Arrojo y Fuerza,
y tres fuentes empotradas en el muro de los siglos
con sus tres caños eternos que son Vida, Luz, Belleza.
¡Oh arpa enorme de tres fibras como tres bordones bárbaros!
¡Oh gran lira de tres arcos, de tres cuerdas,
que en sí lleva la palabra de los bosques,
y es el Verbo de los ríos, de las cumbres y cavernas!:
Caracol maravilloso me pareces
con turbante retorcido de melenas

y la boca de tres fauces,
donde, inflando los carrillos, sopla hirviendo la tormenta
arrancando de tus locos torbellinos
los fragores de una arenga,
que dilata eternamente con sus épicos escándalos
por las razas que circundan el contorno del planeta.
También finges á mi mente
una araña gigantesca,
de tres patas fabulosas
que bailando, que bailando, se columpia entre su tela,
y esa araña de tres zancas colosales
enredada en su telar tiene á la Esfera,
como mosca que zumbando estrangulada
se revuelve en las espumas de las sábanas que ruedan.
Y también te me apareces
cual la forma de tres husos de una Rueca,
de una rueca inmensurable coronada de albos linos
que va hilando el engranaje de las épocas,
que va hilando en los carretes de los siglos
las historias de las razas con sus triunfos y sus guerras,
que va hilando y desliando Babilonias
como un juego en el que el tiempo lo que teje lo desfleca,
que va hilando y deshilando Alejandrías
como randa que hace un hilo, y al tirar del hilo mismo, se des-
Una gran trompetería [hebra.
de un gran órgano de fuerza,
de un gran órgano de asombros que resuena en tres teclados,
también pienso que en ti ruge y al abismo se despeña.
Dios lo toca recorriendo con sus dedos polifónicos
el enorme intercolumnio de trompetas,
cuyos tubos asombrosos, como aleros de un cordaje,
se prolongan encorvándose desde el Cielo hasta la Tierra.
Es la música soberbia de los mundos,
es el triple campanario de una Iglesia,
del Gran Templo entre los templos erigido
de que el Cielo es la corona sempiterna.
A él ascienden como nubes policromas de incensarios
remolinos de iris locos que del ara se descuelgan,
y se siguen cual peldaños de colores
en escalas fugitivas que se trenzan y destrenzan.
Con su inmensa alba de espumas
Dios reviste en ese Templo su presencia,
y la Misa de las misas entonando
lee á un tiempo los Misales de las tres combas perpetuas.
Lo que todo un haz formado de infinitas religiones
no consigue de las frentes que en las aras se doblegan,
lo consigue Dios vestido con el Niágara por manto,
mientras pulsa apocalíptico los tres arcos de trompetas,
y levanta hasta los Cielos en el Sol maravilloso,
¡la Hostia Eterna!

Las Carreras de Cintas.

Lleno está el circo de gente
y de tocados lujosos,
y bajo un sol esplendente
chisporrotea el ambiente
en átomos luminosos.
En las gradas luce y brilla
cuanto es de Sevilla emporio,
y casan á maravilla
la flor con el abalorio
y el cairel con la mantilla.
En pescante horizontal
están las cintas bordadas
y enfrente, en un pedestal
se mira un ramo ideal
de flores tornasoladas.
Coger cinta y coger flores
lanzados á la carrera
en corceles voladores,
á los jinetes espera
entre aplausos y entre honores.
Y á quien venza en ambas cosas
darán, previos pareceres,
premio las manos preciosas
de un tribunal de mujeres
que son más bellas que rosas.
Ya abierto el ancho portón,
dan en el circo, montados,
los caballos en montón,
cual si fuesen escapados
del friso del Parthenón.
Las crines negras ó blondas
llevan con arte trenzadas,
y en las culatas redondas
las colas empenachadas
tuercen en arcos sus ondas.
El brillante *carrusel*,
sus giros y evoluciones
encadena á un ritmo fiel,
cual si ondulasen en él
bajo un compás los bridones.
Sus movimientos á miles
se desenvuelven á trechos,
y según marchan gentiles,
se contemplan cien perfiles,
ó cien ancas, ó cien pechos.
A Píndaro arrebatara
el fiero bajorrelieve,
y Fidias lo cincelara
sobre las piedras de nieve
del deslumbrante Carrara.

De otros jinetes triunfante,
uno que cruza delante
de la mujer que enamora,
cinco bandas atesora
arrancadas del pescante;
y cuando obtiene su estrella
ramo de frescos colores,
lo echa á los pies de la bella
y corre á alcanzar por ella
nueva cinta y nuevas flores.
Todos se fijan en él,
y con envidia y amor,
del abanico traidor
ellas hacen un dosel
para mirarle mejor.
Ya sólo una cinta queda,
que es de elegancia tesoro;
traza el jinete la rueda,
y entre sus dedos enreda
el fleco de luz y oro.
Por triunfador aclamado
pasa al magnífico estrado
del tribunal de hermosura,
y obtiene por su bravura
el rico premio alcanzado.
Luego el cuadro disemina
sus figuras y colores,
¡pero aún guarda la retina
tanta gala peregrina,
tanto lujo y tantas flores!

El Sueño de las Crisálidas.

Entre los sopores
del invierno helado,
gozan las crisálidas
su dormir cataléptico y largo.
De ese dulce sueño
las despiertan las luces de Mayo,
las mismas que cuajan
los jardines de lirios nevados.
—«Aún hay vida en la tierra—les dice
el sol, á sus cuerpos dormidos llamando;—
aún hay alas de oro y hay rosas,
campánulas bellas y cielos dorados.
¡Surgid! Ya está el aire
por mis besos de fuego templado;
ya vistió la savia
la lujosa arboleda de ramos;
ya el césped tapiza
las alegres llanuras del campo,

y la sangre en las venas ardientes
con glóbulos nuevos palpita rodando.»
Mueven las crisálidas
los cuerpos postrados
en la noche del sueño, y sacuden
con pereza el profundo letargo;
y al ver en las ramas
las flores brillando,
y, esplendente, salir sonriendo
otra primavera por troncos y tallos,
dudan del divino,
del nuevo milagro,
y asombradas murmuran: «¿Aún sigue
en sus ejes el mundo girando?
Primero *semillas*
ó germen confuso de seres extraños,
oímos en sueños
quejarse á la tierra de frío y de espanto.
Vendavales roncos
pasaban soplando
arrancando á las almas lamentos
y arrastrando las hojas del árbol.
Luego percibimos
el eterno llanto,
el repique eterno
de las tercas canales sonando.
Después, de la nieve
sentimos el largo
sudario de muerte caer, revestido
de matiz cadavérico y blanco.
Luego, nada; la sombra perpetua,
desfilar de tiempos medrosos y vagos,
y un sueño tan hondo, que así, si durmiese,
el sueño sería de hierro pesado.
Ahora nos sacude
sonriendo Mayo,
y vemos que sigue girando la esfera
prendida al espacio
y que hay alas de oro y hay rosas,
campánulas bellas y cielos dorados.»

* * *

¡Almas, sí! Nuevas fuerzas palpitan
que provocan al vivo entusiasmo;
aun del pecho hay que alzar otros sueños
cual de los ramajes se elevan los pájaros.
Con dormir de crisálidas gime
el espíritu á veces postrado;
pero vuelven á abrirse sus rosas,
como se abre la flor en el ramo.
Ya ha llegado el instante divino
que á la mariposa despierte el gusano;
¡recobre el espíritu sus alas de oro,
y lance á la vida que empieza, su canto!

VASO DE ROCÍO

IDILIO EN TRES CANTOS

(PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN)

. . . . . .

«Los versos del genial Salvador Rueda son rutilantes como soles y luminosos como cascadas. Es la constitución poética más resistente que tiene la España actual. Es un instrumentador formidable, maravilloso. Su prodigioso genio lírico, es un don otorgado como gracia de Dios; hace versos como la fuente canta y como el ruiseñor trina.

¿Recordáis aquellas deliciosas y sencillas estrofas de Francisco Jammes:

Un poéte désait que, lorsqu'il etait jeune,
il fleurissant des vers comme un rosier de roses?

Pues así es Rueda. Más aún; se puede decir de él lo que Moreas dice de Verlaine: Poeta, no es más que eso; nada más que poeta, que da versos y rimas, como el rosal da rosas. El gran Salvador es una fuerza insustituible en nuestra poesía actual.

—Sin embargo, de esa admiración por Salvador Rueda ¿también admira V. á Ruben Darío?

—Sí; y compaginan muy bien ambas admiraciones. Uno, es un poeta sabio; y otro, un poeta natural.

. . . . . .

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

(*El Nuevo Mercurio.*)

CANTO PRIMERO

PERSONAS

Gracia.	Salicio.
Andrónico.	Ariadna.
Rey.	Anteo.
Teseo.	Servidor.

Enviados griegos, doncellas eupátridas, bailarines, acompañamiento.

Derecha é izquierda, las del espectador. Epoca imaginaria; sin embargo, á pesar de conscientes anacronismos, y para localizar trajes y decoraciones, hacia el siglo v antes de Cristo. (Se dicen arbitrariamente las palabras Dios, alma y otras.)

DECORACIÓN

Un paisaje á cuya derecha se ve el mar. Es al caer de una tarde de Mayo. Acaba de llover, y de las hojas de los árboles y de las cañas, están todavía pendientes las gotas. A la izquierda, en primer término, vese una colmena entre rosales.

ESCENA I

Ariadna *y* Teseo, *custodios de* Gracia. *Llegan sacudiéndose la lluvia.*

Teseo. Estoy harto de correr.
Ariadna. De caminar estoy harta.
Teseo. Yo calado por la lluvia.
Ariadna. Yo por la lluvia calada.
Teseo. ¡Cielo que arroje más gotas!...
Ariadna. ¡Cielo que llore más agua!...
Teseo. ¿Y Gracia, dónde habrá ido,
á ti y á mí encomendada
por el Rey?
Ariadna. ¡Por nuestro Rey!,
que nos hizo custodiarla
por ser vida de su vida,
¡mira si fué confianza!
Teseo. ¿Pero cómo la dejaste?

ARIADNA. Siendo la vuelta mañana
á Atenas, pues Gracia pudo
recobrar salud y gracia,
«Hoy quiero sola, me dijo,
á mi gusto abrir las alas,
y volar por esos campos
que ya no veré mañana.»
TESEO. ¡Dejar la hija del Rey!
pues aunque quiere el Monarca
que ella ignore que es su hija
hasta hacerla ilustre y sabia,
si no hallamos á la joven
¡es cierta nuestra desgracia!
ARIADNA. Con tu furia me encocoras.
TESEO. Con tu furia me arrebatas.
ARIADNA. Siempre la contraria llevas.
TESEO. Siempre llevas la contraria.
ARIADNA. Si tú no cambias de modos...
TESEO. Si tú de modos no cambias...
reñiremos.
ARIADNA. Reñiremos.
TESEO. Vamos.
ARIADNA. Vamos.
TESEO Calla.
ARIADNA. Calla.

(*Vanse buscando á Gracia, derecha.*)

ESCENA II

Gracia y Andrónico, izquierda El entra cautelosamente viendo alejarse á los servidores. Ella viene sosteniendo en ambas manos puestas en alto y con exquisito cuidado y equilibrio, un trozo de caña, que es una flauta pastoril, llena de gotas de lluvia, las cuales pueden imitarse colgando á lo largo de la flauta una hilera de cristales. Lleva Gracia la cabellera abrumada de flores. El trae los libros de lección poética de ambos, metidos en el lado izquierdo del pecho.

ANDRÓNICO. Ya se fueron; ven deprisa;
¿qué tiene dentro esa caña,
que la elevas, cual Minerva
alza el oro de su lanza?
GRACIA. No es la lanza de los héroes,
es la música, es la flauta.
La solté sobre una piedra,
y al caer la lluvia clara,
á lo largo de las fibras
le colgó un renglón de lágrimas.
ANDRÓNICO. Es que fuera se han salido
las mil notas que encerraba,
como se salen las perlas
de la concha que las guarda.
GRACIA. ¡Mira, mira cuántas tiene!
ANDRÓNICO. Son un collar, una sarta.

GRACIA. ¿Y qué dicen los sonidos?
ANDRÓNICO. Lo que tú cuando me hablas.
GRACIA. ¿Quieres que formemos música?
ANDRÓNICO. Lo que quieras tú, mi alma.
GRACIA. (*Dándole con cuidado un extremo de la caña.*)
Pon tu boca en ese extremo
cual si fueses á tocarla.
ANDRÓNICO. ¿Así?
GRACIA. Justo: con cuidado,
que las notas no se caigan.
ANDRÓNICO. Y tú coge la otra punta,
cual si fueses á besarla.
GRACIA. Tú y yo somos corazones
por remates de una escala,
y las notas se persiguen
en un trenzado de plata;
¿á ver? bebe.
ANDRÓNICO. Tú, mi vida,
y trinará tu garganta;
será un rodar de granizos
en una alegre campana.
GRACIA. Beberé; vengan las notas.
ANDRÓNICO. Vacio en tu pecho la flauta.
(La inclina sobre los labios de ella, que canta una escala armoniosa, riéndose ambos á carcajadas. Los cristales colgados de la caña á modo de lluvia, resbalan á las manos de ella, simulando beberlos).
GRACIA. (*Por la flauta*) ¡Mira, se ha roto, no toca;
¿no aprendiste tú á cortarlas?
ANDRÓNICO. Aprendí, pero...
GRACIA. ¿Qué miras,
que á veces de pronto callas
y observas fijo las piedras
cual si las piedras hablaran?
ANDRÓNICO. *(Revelando con afán misterioso su vocación de artista.)*
Sí, las miro; y es que creo
que las piedras tienen caras,
que las piedras tienen ojos,
que las piedras tienen almas.
GRACIA. ¿Y qué ves en ellas?
ANDRÓNICO. Veo,
como tú has visto en la flauta,
un mundo entero de cosas
que de gozo me embriagan.
Para mí, un monte no es monte,
es una legión de estatuas,
que aún no son, mas lo serían
si algún poder las labrara.
Para mí una roca negra
de ese mar que brilla y brama,
no es la roca solamente,
es cabellera encrespada,
es cabeza de Medusa,
llena de serpientes trágicas,

es un cerebro que piensa,
es una cabeza brava
que tiene ideas sublimes
si el cincel se las prestara.

GRACIA. Hay algo grande en tus ojos
cuando así hablando te exaltas;
parece que en ti se esconde
un hombre extraño; habla, habla.

ANDRÓNICO. Yo miro un trozo de mármol,
no como una piedra blanca;
para mí allí dentro vive
una reina aprisionada,
ó un Apolo luminoso,
ó una diosa pura y mágica,
que de la prisión de piedra
por deshacerse trabajan,
luchando como titanes
en convulsiones que espantan;
y es porque nadie á la mole
con haz de cinceles llama,
y dice al ser no nacido:
«¡genio, levántate y anda!»

GRACIA. No dejes de hablar, que escucho
aunque tenga la mirada
en esta ciudad grandiosa
de hormigas que se entrelazan.

ANDRÓNICO. Yo pienso que en cada piedra
vive un hombre que odia y ama;
¡ya ves cuántos hombres presos
entre filos que desgarran!;
y me da misericordia
no poder romper sus trabas
y hacerles salir del bloque
con luz, y vida, y palabra.
Cuando, cual ahora, anochece,
¿ves aquéllas cimas altas?
pues sus crestas me imagino
un desfile de fantasmas,
túnicas de héroes que ondulan,
rudos cíclopes que marchan;
y es lo más raro, que todas
las piedras de líneas varias
que voy mirando en la vida,
pienso escuchar que me hablan,
pienso entender que me miran
con pupilas alocadas,
y que las manos me tienden
sin poder desenredarlas,
para que yo con las mías
les dé vida, cuerpo, y alma.

GRACIA. Irás á ser escultor;
las esculturas me encantan;
tomas un nombre que suene
como una música grata,

y en lugar del nombre tuyo,
lo llenas de gloria y fama.

ANDRÓNICO. ¡Quién pudiera! ¿Tú, qué miras?

GRACIA. *(Dando á su relato un tono de exquisita espiritualidad.)*
Miro que Grecia marchara
mejor, si tomase ejemplo
de este hormiguero con alas.

ANDRÓNICO. Es tu afición, gobernar.

GRACIA. Por igual todo me agrada,
la grave filosofía,
el arte, que es luz y gracia,
todo, mas eso que dices
¡quién realizarlo lograra!
¿Serán felices los Reyes?

ANDRÓNICO. Yo que nací en la desgracia,
me los figuro felices
con tronos, cetros y espadas.

GRACIA. *(Señalando al hormiguero.)*
Estas son recaudadoras
de lo que al Reino hace falta;
la justa contribución,
que es una cosa sagrada;
y como nadie consiente
en pagar si no le embargan,
las hormigas se dirigen
donde ven que se trabaja,
y se traen de aquél un grano,
del otro una espiga arrastran,
de otro cogen la simiente
antes de verla trillada,
y sin pasar el recibo
de lo que toman ni sacan,
tiran del robo con furia,
y con el óbolo á casa.

ANDRÓNICO. Son vulgares las hormigas.

GRACIA. Sólo son las que recaudan;
¿tú comes? tú contribuyes;
¿tu respiras? pues tú pagas.
si cada espíritu diera
lo que no cede por nada,
en el mundo las hormigas
serían innecesarias;
pero como nadie cumple
con la ley, la lucha estalla
entre el amo que lo niega
y la hormiga que lo agarra.
Mucho más legisladoras
son las hormigas aladas,
que los hombres con tener
cultura, genio y palabra!

ANDRÓNICO. Por aquí viene Salício;
que él nos escoja una flauta,

ESCENA III

Gracia, Andrónico, Salício. Este es pastor.

GRACIA. Mira, partor; ya no toca
este pedazo de caña
SALÍCIO. ¿La que formé el otro día?
GRACIA. Es la misma; está quebrada.
SALÍCIO. ¿Pues cómo quieres que toque?,
lo que está roto, no canta.
ANDRÓNICO. ¿Quieres hacernos dos nuevas?
porque nos vamos mañana,
Gracia, á Atenas; yo, muy lejos;
y quisiéramos llevarlas
como recuerdo que guarde
el amor de nuestra infancia.
SALÍCIO. (*Va hacia unas cañas, de las que corta dos remates.*)
Las cortaré. ¿Pero entonces
ya no veré más á Gracia,
ni á ti?
GRACIA. Seremos amigos
á través de la distancia.
SALÍCIO. ¿Tú, dónde vas?
ANDRÓNICO. A Sicione
á aprender á hacer estatuas.
SALÍCIO. (*Mientras conversa, hace las flautas con un cortante tosco.*)
¿Y tú, por qué vas á Atenas?
GRACIA. Allí me enseñan las causas
de mil cosas, los maestros.
SALÍCIO. ¿Y por qué te enseñan tantas?
GRACIA. No lo sé.
SALÍCIO. Serán muy ricos
tus padres, cuando te pagan
los profesores que tienes;
será un palacio tu casa.
GRACIA. ¿Mis padres?... no los recuerdo,
sus nombres siempre me callan;
mi casa sí, es un palacio
con gentes que me agasajan
y me besan, y me quieren,
mas prefiero correr franca
por los campos, porque enseñan
más que los hombres, las plantas.
SALÍCIO. Serás como hija de un Rey.
GRACIA. ¡Hija de un Rey? ¡anda, anda!;
¡de buena gana sería!,
¿verdá Andrónico? ¡no es nada!
Aquí há tiempo me trajeron
porque estuve triste y lánguida,
pero ya buena me puse.
SALÍCIO. Corriendo por las montañas.

ANDRÓNICO. Es verdad; y al mar tirando
piedras con honda lanzadas,
y subiendo por los nidos
á las puntas de las ramas.
SALÍCIO. No hay receta como el sol
que del mismo cielo baja.
ANDRÓNICO. Ni como el aire que llena
con su salud toda el Atica.
GRACIA. (*Por la flauta*).
¿Cuántos boquetes le pones?
SALÍCIO. Ninguno ya le hace falta;
ya tenemos esta lista.
(*Empieza á hacer la otra*).
GRACIA. ¿Y quién te enseñó á tocarla?
SALÍCIO. Los pastores, y el lamento
que forma el aire en las cañas,
en los juncos de los ríos
y en las floridas retamas.
ANDRÓNICO. ¿El aire fué tu maestro?
SALÍCIO. Me enseñó un pastor la maña
de modular los sonidos,
y el aire á poner la magia.
GRACIA. ¡Como que el viento ha enseñado
el canto á todas las almas!
de él aprendieron los músicos
arpegios, trinos y escalas.
ANDRÓNICO. ¿Tocas de muchas maneras?
SALÍCIO. De muchas; toco á la usanza
eólia y lídia, frígia y jónia
y otros estilos que encantan.
GRACIA. La flauta es la voz de Grecia,
ella es su fresca garganta.
ANDRÓNICO. ¿Y qué oías en el viento
cuando aprendiste á tocarla?
GRACIA. Lleno está el aire de risas
en los montes de la Arcadia.
(*Imitando los ecos.*)
Si un cantar echas al aire,
los sonidos te lo alargan,
y va esparciendo sus notas
por las azules montañas.
Yo no sé qué hay en el viento,
que si tú llamas, él llama;
que si tú ríes, él ríe;
que si tú cantas, él canta.
SALÍCIO. ¡Y las fuentes? ¡qué lecciones
hay en los trinos que enlazan!
Allá abajo, entre unas ondas,
una ninfa se recata,
y las canciones que dice
las va repitiendo el agua.
Yo me siento enfrente de ella
viendo sus rizos de plata,
y empiezo á imitar la fuente

con el reir de la flauta;
las ondas, risa que risa;
risa que risa la caña
que entre mis dedos sujeta
se deshace á carcajadas;
hasta que haciendo retozos
brincan y topan las cabras,
y yo al verlas me figuro
que al compás del canto, bailan.
Me voy, que va anocheciendo.

GRACIA. ¿Ya acabaste las dos cañas?

SALÍCIO. Ahí están sobre la yerba.

ANDRÓNICO. Hazles también una marca.
para saber que son tuyas
estas dos rústicas flautas.

SALÍCIO. Una letra de mi nombre,
ya que queréis conservarlas.
Ya están.

ANDRÓNICO. (*Abrazándole.*) Adiós noble amigo;
que Apolo feliz te haga.

SALÍCIO. (*A Gracia.*) Tú, mujer, ¿nada me dices?

GRACIA. Yo no sé decirte nada,
mas te lo dicen mis ojos,
que se me llenan de lágrimas.
(*Vase Salício.*)

ESCENA IV

Gracia y Andrónico.

ANDRÓNICO. Me parece que se acercan.

GRACIA. ¿Quién?

ANDRÓNICO. Teseo y Ariadna;
es que no dan con nosotros;
burlemos su vigilancia.
(*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA V

Teseo, Ariadna y Salício.

(*Los tres por la derecha; Salício buscando su zurrón olvidado.*)

ARIALNA. Oye, pastor; ¿tú no has visto
por esos campos á Gracia?

SALÍCIO. (*Señalando á la izquierda.*)
Por allí debe haber ido
por que ahora acabé de hablarla;
me olvidé de mi zurrón
y allí está sobre la grama.
¿Quieres algo?

ARIADNA. Y tú, ¿qué quieres
si es que llegas á encontrarla?

SALÍCIO. ¡Que qué quiero! ¡que qué quiero!
ser Señor de alta prosapia

y de todos estos montes
de la región de la Arcadia;
cansado estoy de ser pobre,
cansado de guardar cabras;
todos se van á su tierra;
¡yo solo en estas montañas!

ARIADNA. No te entristezcas; escucha;
si es que logras encontrarla,
te voy á dar una seña,
para cuando á Atenas vayas,
que en palacio te presentes.

SALÍCIO. (*Extrañado*).
¿El palacio del Monarca?

ARIADNA. Justo; la señal ostentas;
te llevarán á mi cámara,
y yo haré que Gran Señor
de esta tierra, el Rey te haga.

SALÍCIO. ¿Tú? ¡Mentira! ¿Tú quién eres?

ARIADNA. Quien no te importa; tú, guarda
esa seña, y serás mucho
si encuentras á la muchacha.

SALÍCIO. Venga la seña. ¿Un anillo?
¡de aquí á que al Rey á ver vaya,
de seguro que buen pelo
habrán hechado las ranas!
(*Vivamente.*)
Por allí va la que buscan;
por allí. (*Vase derecha mirando el anillo*).

ARIADNA. ¡Es verdad!

TESEO. ¡En marcha!
Si no la hubieras dejado...

ARIADNA. Me vas á cegar de rabia.

TESEO. Tú tienes de esto la culpa.
Corre.

ARIADNA. Corre.

TESEO. Calla.

ARIADNA. Calla.
(*Vanse derecha.*)

ESCENA VI

Gracia y Andrónico, por la izquierda.

ANDRÓNICO. Ven aquí; pasa ligera
que no sientan las pisadas.

GRACIA. Hacia allá siguen corriendo.

ANDRÓNICO. ¡Ya la ausencia nos separa!

GRACIA. Nos sentaremos un poco
á escuchar eso que cantan
las abejas; es la hora
en que del día descansan.
¿Dónde guardaste mi libro?

ANDRÓNICO. Aquí va junto á mi alma.
(*Se lo saca del pecho y se lo da.*)

También el mío está aquí;
¿qué trozo es el que te encanta?

GRACIA. Estas endechas de Safo;
son divinas las estancias:
se titulan *Las Abejas.*

ANDRÓNICO. (*Encontrando la lección en su libro.*)
Aquí están; lee en voz alta.

GRACIA. Y tú también; la leeremos
entre los dos, si te agrada.
(*La poesía que leen alternadamente, viene á expresar la situación amorosa de ambos.*)

GRACIA. (*Lee*) Aunque lejos de ti viva,
amado de mis entrañas,
para ti ha de ser mi pecho
colmena que mieles labra.
¿Qué importa que estés ausente,
si de mi frente se escapan
como abejas invisibles
las ideas inflamadas,
y van á picar tus labios
á través de la distancia?»

ANDRÓNICO. Cada pensamiento mío
será una abeja dorada,
y para hacer su panal
de ti me traerá en sus alas
polen de tu boca fresca,
cera de tu tez de nácar,
miel de tu risa de oro
y gloria de tu mirada.
Seré colmena dulcísima
llena de abejas aladas,
que volarán tras los mares
y treparán las montañas,
buscando rosas divinas
en el jardín de tu cara,
buscando los nardos frescos
de tus dos manos nevadas,
buscando las dos violetas
de tus dos pupilas claras,
y de los dos cálices breves
de tus orejas rosadas.

GRACIA. No regalaré una gota
de esta miel por mí labrada
en los panales redondos
de mis dos senos de ámbar,
y porque no se desborden
sus mieles acumuladas,
con dos capullos de almendro
me cerraré las dos ánforas.

ANDRÓNICO. Que te acuerdes de mis ojos
cual de dos vívidas llamas.

GRACIA. Que te acuerdes de mi boca
que parece una granada.

ANDRÓNICO. Que te acuerdes de mis labios

cuando de amores te hablan.
GRACIA. Que te acuerdes de la luz
cuando el sol dora mi estatua...»
(*Cierran los labios.*)
Es hermosa esta poesía.
ANDRÓNICO. Hermosa y apasionada:
han de ser nuestros dos pechos
colmenas de esa copiadas,
y me has de guardar tus mieles
cual yo te las guarde, intactas.
GRACIA. Y serán los pensamientos
de los dos, tras la distancia,
abejas que hacia mí vengan...
ANDRÓNICO. Y abejas que hacia ti vayan.
¿Sonarán dulces y puros
los instrumentos de caña?
Tocaremos la canción
con que te llamo y me llamas.
(*El toca en la flauta una breve canción de corte pastoril, que se repetirá en el segundo canto.*)
GRACIA. Muy bien la sabes, Andrónico;
¡qué alegre, y qué delicada!
ANDRÓNICO. Es ya de noche; el misterio
abre sus frágiles alas,
y convierte en religiosos
el aire, el cielo y las aguas.
GRACIA. Mira de la antes llovida,
copiar el cielo esa charca.
(*Desde aquí al final, Gracia y Andrónico hablan con misterio, asomados primero al fondo del agua, y después al cielo, dándose cita en las estrellas, que contemplan con las caras hacia lo azul.*)
ANDRÓNICO. Asomémonos unidos
á ver el cielo. (*Se asoman al cristal del agua, y andan á su alrededor.*)
GRACIA. ¡Qué claras
resplandecen las estrellas!
¡parecen notas de plata!
ANDRÓNICO. ¡Semeja música el cielo
es todo una inmensa flauta!
GRACIA. ¡Que oye el espíritu!
ANDRÓNICO. Oigamos
el gran himno de las almas.
GRACIA. (*Aplicando el oído al lago.*)
Sí, se oye; escucha.
ANDRÓNICO. Lo siento
aquí en mis mismas entrañas:
atracción y simpatía
allá á los astros enlazan,
y simpatía y amor
atan las vidas humanas.
¡No hay más que amor!
GRACIA. (*Mirando al cielo real.*) Mira al cielo;
¡qué palio!

ANDRÓNICO. ¡Bajo él, Dios pasa!
Mira Venus qué riente;
tal noche como ésta plácida,
cuando pase el tiempo, mírala;
yo estaré también mirándola,
y allá en la estrella remota
se juntarán nuestras ansias.

GRACIA. Ve allí Sirio; ¡qué matices
centellean en sus ráfagas!
Tal noche como esta noche,
cuando cerca brille el alba,
mírala también, que yo
miraré su viva llama.

ANDRÓNICO. Aquella azul es testigo
de que al decirte «¡Adiós, Gracia!»
se me anega el corazón
en una lluvia de lágrimas.

GRACIA. Y aquella pura y divina
que está sobre nuestras caras,
sabe que tengo una pena
que el pecho me despedaza.

ANDRÓNICO. Júrame, ilusión divina,
por aquella estrella blanca,
que te has de acordar siquiera
de estos labios que te hablan.

GRACIA. Y también júrame tú
por la que brilla más alta,
no adorar á otra mujer
más que á mí; jura no amarla.

ANDRÓNICO. ¡Lo juro!

GRACIA. ¡Adiós, compañero!

ANDRÓNICO. ¡Adiós, alma de mi alma!

GRACIA. (*Tornando á inclinarse con misterio sobre el lago.*)
Por última vez oigamos
al gran abismo de plata;
todos los luceros suenan.

ANDRÓNICO. Todas las estrellas cantan.

GRACIA. Es una música inmensa
cuanto cielo y tierra abarcan.
No hay más que amor infinito,
y su voz es la palabra.

ANDRÓNICO. ¡Todo el cielo es una Lira!

GRACIA. ¡Toda la Creación, un Arpa!...

. . . . . .

(TELÓN)

CANTO SEGUNDO

Deslumbradora estancia del palacio del Rey. En el centro hay un estanque y en derredor de él, plantas vivas y flores. Gran suntuosidad. En una ventana, una jaula de oro con un pájaro. En el borde del estanque, habrá una flauta pastoril. Junto al foro se alza la escultura colosal de la Atena Aréia, de Fidias, de oro.

ESCENA I

Gracia y Ariadna.

La primera se ha convertido en una bellísima mujer; y la segunda, es distinta de como era en el canto primero. Ambas se ocupan en arreglar la jaula.

GRACIA. Vuelca el ánfora en el vidrio
y agua al pájaro pondremos;
mejor será del estanque,
del caño sonoro y fresco.

ARIADNA. (*Tomando el agua del caño de la alberca.*)
Si no fuese de la Arcadia,
no cuidaran esos dedos
esta avecilla preciosa
cogida en aquel terreno;
¿verdad?

GRACIA. Verdad, Ariadna;
todo lo que es de aquel suelo
donde pasé mi niñez
sin soñar que con el tiempo,
como hija del Rey que era,
mi fin sería el saberlo,
todo lo que es de los sitios
que vi de niña, lo tengo
tan apegado á mi alma
como la piel á mi cuerpo.

ARIADNA. (*Cogiendo la flauta del borde del estanque.*)
Ese pájaro, y la flauta
que tienes como recuerdo
de aquel idilio en que fuiste
pastora un poco de tiempo,
pienso que no los darías
á cambio de todo un Reino.

GRACIA. (*Tomando el instrumento pastoril.*)
El tiempo vuelve sagradas
las cosas que valen menos,
y como al marfil antiguo
les da un histórico aspecto,
y más si el amor las baña
con esa luz de misterio,
que es ánima de las cosas
y que idealiza el cerebro.
Otra flauta hay en el mundo
hermana de este instrumento:
¡su canción recordaría
aun á través de lo eterno!;
donde está esa flauta, está
¡aquel por quien vivo y muero!

ARIADNA. ¡Pobre Andrónico! ¡qué suerte
le habrá la vida dispuesto!
De la escuela de Sicione
escultores mil han vuelto;
¿no preguntaste?

GRACIA. ¡Y ninguno
me contestó nada cierto!
La muerte acaso, la muerte...

ARIADNA. No hagas augurios funestos.

GRACIA. (*Señala á la estatua de Fidias.*)
¡Y él soñaba en crear obras
como ese trozo soberbio!
Al hablar, su vista ardía
en relámpagos del genio,
y hasta á su frente bajaba
luz inmortal de otros cielos.

ARIADNA. Si es que arrojó los cinceles,
mejor está sin tenerlos
pues mira lo que hace el mundo
¡con los Fidias, los maestros!,
por envidia difamarlos
y por encono perderlos.
¿Para qué emular á Fidias
el amado de tu pecho?
¡mientras volara más alto,
fuera el golpe más tremendo!
Fidias quiere ver al Rey
para pedirle consuelo
en su desgracia.

GRACIA. También
ánsio á mi vez conocerlo,
á ver si él trajo noticias
de Andrónico, de allá lejos.
Ha regalado á mi padre
esa estatua, su talento,
para pedirle justicia
y que se apiade su pecho.

ARIADNA. ¿Y el Rey?...

GRACIA. No sé lo que piensa,

procuraré convencerlo,
para que salga triunfante
el dios del cincel helénico.
¡Quién sabe si á aquel que adoro
logro encontrar con el tiempo,
y Fidias pueda infundirle
un rayo de su cerebro.
¿Han venido ya los pobres?

ARIADNA. (*Asomándose á un mirador.*)
Allí en la plaza los veo.

GRACIA. Pues da aviso de que suban
que yo misma adoro verlos.

ARIADNA. (*Asomándose á una puerta y dando la orden.*)
¿Vas, cual siempre, por tu mano,
á darles limosna?

GRACIA. Cierto.
Se compone la limosna
no tan solo de dinero;
se forma, si es noble y grande,
con oro y con sentimiento.
Observa cómo se ponen
cuando toco con mis dedos
en sus manos; ¡no les cabe
la gratitud en el pecho!

ARIADNA. Así no puedes salir
á la calle, porque el pueblo
te victorea y te aclama
y el paso te va siguiendo.

GRACIA. Mejor; como fuí pastora,
á los humildes prefiero,
y aunque estoy en este sitio,
mi alma está donde están ellos.

ARIADNA. Aquí se acercan.

ESCENA II

Gracia, Ariadna y los pobres. (*Estos, sólo desfilan por el fondo.*)

GRACIA. (*Con alta sencillez espiritual*).
Sois nobles
y de vosotros me acuerdo;
¿verdad? (*Les da limosna*).

POBRE 1.° ¡Señora nos dais
la vida!

GRACIA. ¡Tristes hambrientos!

POBRE 2.° Dejad que os bese la mano.

GRACIA. Bésala, si es tu deseo.

POBRE 3.° Y yo.

POBRE 4.° Y yo.

GRACIA. Lo que quisiera
en ella, es tener un reino
que daros á cada uno.

POBRE 5.° Vale el amor más que eso.

POBRE 6.º Contento estoy de ser pobre
por la ventura de veros.
GRACIA. Gracias. Toma.
POBRE 7.º Y yo, Señora,
dichoso también me creo.
ARIADNA. *(ap.)* ¡Parece un panal de miel,
y los pobres los insectos!
GRACIA. *(Vivamente emocionada).*
¿Ves, Ariadna?
ARIADNA. ¿Qué?
GRACIA. Mira.
la cara de ese mancebo:
¿cuál te recuerda?
ARIADNA. *(Pensando.)* Ninguna.
GRACIA. La de Andrónico.
ARIADNA. No creo...
GRACIA. *(Llama al pobre, el cual recuerda algo la cara de Andrónico.)*
Ven, joven.
POBRE 8.º A vuestros pies.
GRACIA. De rodillas, en el templo
ante Atena; ante lo humano
bastan cariño y respeto.
¿Cuál es tu nombre? Contesta.
POBRE 8.º Mi humilde nombre, es Anteo.
ARIADNA. (*A Gracia.*) ¿Ves cómo no?
GRACIA. ¿Tú has estado
en la Arcadia hace ya tiempo?
POBRE 8.º No, Señora.
GRACIA. ¡Se parece!
igual que un cielo á otro cielo!
Toma.
POBRE 8.º ¿Tanto?
GRACIA. Para ti *(Vase el pobre).*
¡Si fuera quien yo deseo!
ARIADNA. Estás loca; hay que calmar
esa inquietud y ese fuego.
GRACIA. ¡Qué tristeza! Acaba tú
la limosna, yo no puedo! *(Vase).*

ESCENA III

Ariadna y los pobres, que siguen desfilando.

ARIADNA. Tomad; está fatigada
la Princesa.
POBRE 9.º ¡Que el mareo
nada sea!
ARIADNA. Terminad:
vaya; toma; pasad presto;
tú; para ti; ¿queda el último?
pues vaya.

ESCENA IV

Ariadna y Salício.

(Este no reconoce á la primera, y viene en traje de pastor, con su cayada. Al dar Ariadna la última limosna, la recibe Salício sin querer.)

SALÍCIO. (*Aturdido.*) Pero ¿qué es esto?
ARIADNA. La limosna, como á todos.
SALÍCIO. Muchas gracias; yo no vengo
á pedir limosna.
ARIADNA. ¿No?
me figuré que eras de ellos.
(*ap.*) ¿Sí será un loco?
SALÍCIO. ¿No es
este gran palacio, el mesmo
de nuestro Rey?
ARIADNA. Es el mismo;
pero tú, ¿con qué derecho
entras aquí? ¿qué te guía?
SALÍCIO. Porque traigo en este dedo
una señal.
ARIADNA. ¿Una seña?
SALÍCIO. Sí, señora, y de oro neto.
ARIADNA. (*ap.*) Esta voz no me disuena,
yo esta cara la recuerdo,
(*alto.*) ¿Y para qué es la señal?
SALÍCIO. Para que digan si puedo
ver á una tal Ariadna.
ARIANDA. ¿Para qué, puedo saberlo?
SALÍCIO. Traigo un anillo, que es suyo,
y el Rey me ha de hacer, al verlo,
El Gran Señor de la Arcadia,
pues fué lo que me ofrecieron.
ARIADNA. (*ap.*) ¡Es Salício! ¡él es, no hay duda!
(*alto.*) ¿Con que eres tú?...
SALÍCIO. Yo me pienso
que sí... si no me cambiaron
por otro, sin yo saberlo.
ARIADNA. ¿Y quién te dió la sortija?
SALÍCIO. Una mujer, que era un sueño...
de fea; pero simpática.
ARIADNA. (*ap.*) ¡Es galante el caballero!
SALÍCIO. Por buscar á una pastora
en la Arcadia, me dijeron
que me harían Gran Señor,
y por el título vengo.
ARIADNA. (*ap.*) ¡Es divertido este hombre;
si Gracia estuviese oyendo!...
¿Sabrá noticias de Andrónico
tal vez? (*alto*) ¿Qué hiciste ese tiempo?;
cuenta; sepamos que fué
de tu vida.

SALÍCIO. Se rieron
los pastores, cuando dije
que el anillo era un pretesto
para ver al Rey, mas yo
de la burla no hice aprecio.
Luego, pensando y pensando
si fuese mentira ó cierto,
mientras estaba á mis solas
me devanaba los sesos
un día tras otro día,
á veces viéndome hecho
Gran Señor de grandes tierras
y así de inflado el pellejo,
(*Señalando una rotunda salud*).
Y otras veces encarnado
de vergüenza, en el supuesto
que de mí se reirían
desde el Rey hasta el portero.
Así los tiempos pasaron,
y luchando en mis adentros
entre si voy, si no voy,
entre si torna y si vuelvo,
aquí estoy porque he venido,
y vengo por lo que vengo.

ARIADNA. (*ap.*) Este hombre es una delicia;
en Palacio ya tenemos
risa de largo. (*Alto*) Aquí espera.
(*Vase.*)

ESCENA V

Salício.

(*Sin soltar su porra de pastor, examina, temeroso y encantado, la estancia.*)

A avisar irá, de cierto,
á la dueña del anillo:
¿esto es realidad, ó sueño?
¡Qué mujer! ¿será de oro? (*por la estatua*)
Aquí, debajo del cielo, (*Mirándolo*)
hay una alberca con peces
como barquitos de fuego;
allí un sillón: ¿si será
en donde el Rey tome asiento?;
aquí, una jaula; ¡qué linda!;
pero, ¿qué miro? ¡si hay dentro
un pájaro de los mismos
que vuelan por mi terreno!;
¡adiós, amigo! ¿qué tal
lo pasas en ese encierro?;
¡siempre, encontrarse á un paisano,
le da al corazón contento!
¿Quién te trajo? ¿por qué estás
tan pensativo y tan serio?;

¿no estás en casa del Rey
adornando su aposento?
¡Estás triste; tú has nacido
no para palacios regios;
para tener, como yo,
prados y montes por hierros,
por espacio, todo el mundo;
y por jaula, todo el cielo!
(*Viendo aparecer á Gracia y á Ariadna y aludiendo á la primera.*)
¡Debe ser la del anillo;
divina mujer se ha hecho!

ESCENA VI

Gracia, Ariadna y Salício.

SALÍCIO. (*Ingenuamente.*)
¡A vuestros pies, Gran Señora!
ved vuestro anillo aquí puesto;
vengo á que me hagáis la gracia
que prometiste hace tiempo.

GRACIA. (*ap. á Ariadna.*)
Tampoco á mí me conoce,
pero yo sí le recuerdo.
(*alto*) Siéntate.
(*Siéntanse las dos, pero Salício, después de ver que el asiento que le señala Gracia, es demasiado rico para él, se sienta en el suelo, colocándose al lado la porra.*)

SALÍCIO. Ya estoy sentado;
pondré á mis pies el sombrero.

GRACIA. (*Irónicamente.*)
¡Un Gran Señor de la Arcadia
sentado en el pavimento!
(*Pónese de pie, después de hacerse un lío.*)
Dime: ¿tú acaso recuerdas
de Andrónico, un compañero
mío, que allá, por tu tierra,
tú debiste conocerlo?

SALÍCIO. (*Conmovido.*)
¿Andrónico? Un buen amigo,
un amigo verdadero,
como pocos generoso,
noble, y con mucho talento.

GRACIA. (*A Ariadna, ufana del elogio.*)
¡Vaya, y lo bien que se expresa;
no parece un hombre de esos
sin estudios; tiene luces;
me gusta.

SALÍCIO. (*Siguiendo el relato.*) Su padre, un viejo
honradote y compasivo,
vivía allá en mi terreno;
era su afán y su gloria
el muchacho; quiso hacerlo

de esos que labran estatuas,
pues mi amigo era un portento
según decían, sacando
del barro gloria y provecho.

GRACIA. (*Jubilosa á Ariadna.*)
Pero ¿no oyes á este hombre?
¡qué explicación, qué cerebro!

ARIADNA. (*ap.*) ¡Como que elogia al que amas!;
¡me dijo fea el plebeyo!

GRACIA. Y ¿no fué, al cabo, á Sicione
un joven de tanto mérito?

SALICIO. Allí fué; también sus padres
marcharon donde el mancebo
y...

GRACIA. (*Ansiosa.*) ¿Qué? ¡Sigue!... ¿qué?

SALICIO. (*Con sentimiento.*) Hasta hoy:
no sé más de lo que hicieron.

GRACIA. ¿Moriría?

SALICIO. ¡Qué sé yo!;
pero estará sano y bueno:
el día menos pensado
se nos presenta trayendo
una carga de laureles
y otra carga de dinero.

GRACIA. (*A Ariadna,*)
¡Qué elocuencia! Esto no es
un pastor!

ARIADNA. ¡Pues ya lo creo!

GRACIA. Por haber tan bien hablado
de Andrónico, te concedo
que hagas todo cuanto gustes
en Palacio como dueño.

ARIADNA. El Rey se acerca hacia aquí.

GRACIA. (*A Ariadna, por Salicio.*)
Vete con él; yo me quedo.

ESCENA VII

Gracia y el Rey.

GRACIA. Buenas noches, padre mío.

REY. Es verdad, va anocheciendo.
(*Detrás del Rey viene un servidor con luces, que deja en la estancia, y desaparece.*)
Me vengo aquí á meditar
en mis asuntos.

GRACIA. ¿Te dejo?

REY. No, quédate; quiero hablarte,
aquí los dos en secreto,
sobre un caso de conciencia
que activo late en mi pecho.

GRACIA. Dí lo que gustes.

REY ¿Conoces,
sólo el nombre por supuesto,

del autor de esa escultura,
copia de la otra del templo
de Platea?

GRACIA. Regalada
te la manda el sentimiento
del magno escultor de Grecia,
de Fidias, el gran maestro.

REY. ¿Luego conoces su fama?

GRACIA. ¡Quién no adora su talento!

REY. De hurtador está acusado,
y dar mi sentencia espero.

GRACIA. (*Señalando á la escultura.*)
¿Hurtador dices, quien hizo
ese milagro soberbio?
¡hurtador, sí; pues la mano
robó á Dios para hacer eso!
Si es que merece castigo
el que se lanza á los cielos,
y al mismo Dios arrebata
sus grandezas y portentos,
descarga el golpe terrible
del gran Fidias en el pecho,
porque robar á Dios mismo
es colosal y es inmenso;
más si de otro robo acusan
á su enorme entendimiento,
quema las lenguas que manchen
con inmundo balbuceo,
al que de piedras y bronces
cincela dioses excelsos!

REY. Tú juraras...

GRACIA. Yo lo juro;
(*Yendo, exaltada, á la escultura*)
no hay más que ver ese sueño
de hermosura; en esa frente
está el saber de un gran pueblo;
palpita el alma de Grecia
en esos ojos serenos;
sonríen en esos labios
bosques, ríos, mares, cielos,
y arde en toda esa figura
la religión de los griegos.
¡Cómo quieres, cómo piensas
que haya caído hasta el suelo,
el que se eleva tan alto
que tiene al sol por asiento!

REY. Parece que está probada
su culpa.

GRACIA. Los que mintieron
para manchar la grandeza
de Fidias, serán sus émulos.
Pienso que los envidiosos
son caracoles rastreros
cuya gloria es ver el mundo

todo de babas cubierto.
Hazle justicia ¡oh gran Rey!,
tú eres noble, tú eres bueno,
tú sabes también que el arte
es de todo lo supremo.

SERVIDOR. Señor, unas Comisiones
de las Colonias.
(*Vase.*)

REY. Te dejo.

GRACIA. ¿Con esperanzas?

REY. No sé,
es delicado el proceso.

ESCENA VIII

Gracia.

(*Cae en un asiento, mirando á lo azul.*)

Vosotros, ¿qué me decís,
mil enjambres de luceros?
mientras aquí sufre Fidias,
¡qué es de mi Andrónico, oh cielos!
¿Cuál de vosotras sostiene
su vista en este momento,
flores del azul jardín
que arriba brillar os veo?
Pálidas rosas de luces,
jazmines blancos y trémulos,
claveles hechos de rayos
que llenáis el palio negro:
nos dimos cita en vosotros
con el amante recuerdo
¿dónde está su ser divino?
¿dónde está que no lo veo?
(*Vase.*)

ESCENA IX

Fidias y Servidor.

SERVIDOR. Descansad, Señor, si os place,
en esta estancia un momento,
que á anunciaros voy al Rey
y aquí pronto podéis verlo.
(*Vase.*)

ESCENA X

Fidias.

Desde la gloria más alta
caí al fondo más siniestro;
¡mirad arriba, felices!;
¡yo á lo profundo, á lo negro!
(*Queda al borde del estanque mirando al fondo.*)

Engañadoras estrellas
que abajo os copiáis riendo,
y os deshacéis cual las hojas
de mis tristes pensamientos:
¿dónde está la estrella mía,
la que tiene su recuerdo,
que en todo un cielo la busco,
y no brilla en todo el cielo?
¡Tanto han llorado mis ojos
mirando vuestro hormiguero,
que el cielo se me figura
un lacrimatorio inmenso!

ESCENA XI

Fideas y el Rey.

SERVIDOR. (*Anunciando; vase.*)
El Rey.
FIDIAS. Señor, yo os saludo,
y los pies, humilde, os beso.
REY. (*Conteniéndole.*)
Sólo soy un ciudadano,
no soy Júpiter, ni debo
hacer que ante mi corona
hinque su rodilla el genio.
Yo tan solo he de juzgarte.
FIDIAS. A pediros gracia vengo.
REY. Los sacerdotes de Zeus,
allá de Olimpia en el templo,
te dieron para esculturas
oro y marfil, que pusieron
en tus talleres de artista
á merced de tu talento.
FIDIAS. Es verdad; es imitada
la estatua que al frente veo;
sólo es bañada en el oro,
y por no ser de oro, puedo
ofrecérosla: las otras
que adornan los monumentos
y los altares de Atenas
y que mis manos hicieron,
son de marfil y oro puro,
oro y marfil que sin cuento
me dieron los Sacerdotes
de Olimpia, y yo con mis dedos
de la materia hice dioses
que hoy son el culto de un pueblo.
REY. De hurto te acusan.
FIDIAS. ¿Qué es hurto,
que no lo sé?, estoy oyendo
esa voz en todas partes
como un estigma funesto.
REY. Se te acusa de que tiras
oro sin forma ni objeto.

FIDIAS. ¿Que oro tiro? Mucho más
derrocho de sentimiento,
y nadie viene y me acusa
de lo que doy con exceso.
Si se llama hurtar, quedarse
con lo que es del bien ajeno
sin pagar antes lo justo
que avalora todo objeto,
sepa el Rey que no se pagan
mis estatuas con un Reino,
porque en ellas está Dios
que no se compra con cetros,
y si no pagan lo justo
que ante la ley yo merezco,
yo acuso como hurtador
de mi gloria al mundo entero.

REY. Arranques de fantasía,
mas no razones de peso.
Dicen que tiras el oro
por tirarlo.

FIDIAS. (*Con arrebato.*) Cuando ciego
por la fiebre de crear
vibran valientes mis nervios
y modelo con mis manos
algún coloso soberbio,
para hacer la cabellera,
yo no cuento los cabellos;
para hacer el rico traje,
los pliegues no sumo y cuento;
ni voy marcando los hilos
para hacer el manto regio;
sino que loco, en la llama
de la inspiración ardiendo,
tiro á puñados el oro
sin saber que lo disperso,
pues no se labran colosos
con la medida del metro;
¡y hace el mar igual, tirando
olas sublime y soberbio,
la noche tirando estrellas,
y el sol torrentes de fuego!

REY. Hay que ser parco, y medir
los arranques del cerebro;
La mesura y la armonía
son las alas del talento.

FIDIAS. La mesura es equilibrio;
lo atinado es lo discreto;
no hay peso para los montes,
para el mar, ni para el cielo.
Interrogad á un crepúsculo
por qué es brillante y espléndido;
decid que tasado sea
su tono rojo y violento;
pedid que parcos se ostenten

los cien verdes de su incendio;
suplicad á sus azules
que se precien de correctos;
interrogad á los oros
por qué son tan opulentos;
á los carmines decid
por qué fulguran ardiendo,
y multad á los añiles
por tener tantos reflejos.
La mesura y la armonía
son el dibujo correcto,
pero no la inspiración,
la fantasía, ni el estro;
y sobre líneas de estatuas
y sobre líneas de lienzos,
ha de abrirse el corazón
como un crepúsculo espléndido.
(*El Rey queda pensativo.*)

SALICIO. (*Asomando temerosamente.*)
Dicen que se halla aquí el Rey
y aún no pude conocerlo:
los dos me parecen Reyes,
mas ¿cuál será el verdadero?
(*Repara en la flauta que está al borde del estanque.*)
¿Una flauta? La recojo
para tocarla. (*Vase.*)

FIDIAS. En silencio
os quedáis.

REY. Es que medito.

FIDIAS. (*ap.*) ¿Herí al Rey?... ¡Acaso!

REY. (*Yéndose meditabundo.*) Os dejo.

ESCENA XII

Gracia y Fidias.

FIDIAS. (*ap.*) ¡Irreverente habré estado!

GRACIA. (*ap.*) Es Fidias; verle deseo,
á ver si sabe de aquel
por quien vivo, y por quien muero!
(*alto.*) ¿Sabéis, Fidias, si en Sicione
logró alcanzar nombre y puesto
como escultor, un artista...
(*Quédase desconcertada.*)

FIDIAS. (*ap.*) Esa cara y ese acento...
(*alto.*) Seguid, seguid, que os escucho
regocijado de veros.

GRACIA. (*ap.*) Esa voz y ese semblante...
la emoción nubla mi pecho...
(*alto.*) Si alcanzó puesto de artista
como escultor, un mancebo...

FIDIAS. ¿Su nombre?

GRACIA. Andrónico.

FIDIAS. ¿Así
se llamaba?

GRACIA. Lo recuerdo
con toda mi voluntad,
memoria y entendimiento.
FIDIAS. ¿Con tanto ardor? Dispensadme
la pregunta.
GRACIA. Sois muy dueño
de saber cuanto gustéis;
de ese modo lo recuerdo.
FIDIAS. (*ap.*) ¡Qué sospecha tan audaz!
(*alto.*) Y... ¿quién sois, si no os ofendo?
GRACIA. Soy Gracia, la hija del Rey.
FIDIAS. (*ap.*) ¡Qué locura, esto es un sueño!
(*alto.*) Pues en Sicione, no ha habido
más que un Andrónico, haciendo
líneas de estatuas.
GRACIA. ¿Y á ese,
lo tratásteis?
FIDIAS. Soy yo mesmo.
Me llamo Andrónico; y Fidias
es sobrenombre que llevo.
GRACIA. ¿Vos?
FIDIAS. Yo mismo; cierta joven
que es la ilusión de mis sueños,
de niña me aconsejó
ponerme un nombre supuesto,
y yo que por ella vivo,
y yo que por ella muero,
troqué Andrónico por Fidias,
y puso la fama el resto.
GRACIA. (*Señalando á la estatua que hay en escena.*)
¿Luego esa escultura?...
FIDIAS. Es mía.
GRACIA. ¿Y estuvisteis hace tiempo
en la Arcadia?
FIDIAS. De allí viene
este amor que oculto llevo
(*Con mucho arrebato hasta el final.*)
GRACIA. ¿Luego sois aquél?
FIDIAS. ¿Y vos,
sois aquella por quien sueño?
GRACIA. Vos me disteis varias citas
en lo azul.
FIDIAS En ese cielo,
¡que ya gastaron mis ojos
de buscar en él los vuestros!
¿Luego sois hija del Rey?
GRACIA. ¿Luego sois hijo del genio?
FIDIAS. ¿Es que se rasga la gloria?
GRACIA. ¿Es que se rasgan los cielos?
Os busqué en todas las luces
que pueblan el firmamento.
FIDIAS. De ese espacio abrillantado
os busqué en los siete velos.
GRACIA. Hace poco, en él miraba

sin esperanza de veros.

FIDIAS. Hace un instante, inquiría
en el fondo de ese espejo.
Vos llegasteis á Princesa.

GRACIA. Vos á Rey del sentimiento.

FIDIAS. ¿Aún me quieres? ¿aún me adoras?

GRACIA. ¡Yo estoy ciega!

FIDIAS. ¡Yo estoy ciego!

GRACIA. ¡Cuánto en hallarte soñando!

FIDIAS. ¡Yo en hallarte, cuánto tiempo!
¿Me amarás toda la vida?

GRACIA. Con un amor que es eterno.
(*Suena distante la flauta que toca Salicio: es la canción pastoril del canto primero.*)

FIDIAS. Esa canción... ¿no la escuchas?...

GRACIA. Es la misma, la recuerdo.

FIDIAS. Llevo sus notas grabadas
en lo interior de mis huesos.

GRACIA. Yo la llevo en mis entrañas
y en mi espíritu la siento.
Oigámosla.

FIDIAS. ¡Qué armonía!
finge que viene de un sueño.

GRACIA. Es un vaso de rocío
que se derrama en el viento:
¡es la inmortal y es la pura,
flauta del idilio griego!
(*Sigue sonando dulcísimamente la flauta, mientras, cae lento, el telón.*)

CANTO TERCERO

DECORACIÓN

El escenario representa la estancia más suntuosa del Palacio real. Cierra todo el foro un gran cortinón de púrpura, que se descorrerá oportunamente.

ESCENA I

Ariadna y Salício.

(*Ella arregla los objetos de la estancia y él la escucha.*)

ARIADNA. Pero dí, ¿cómo es posible
que con los años que cuentas,
no hayas visto todavía
la procesión de Minerva?

SALÍCIO. Sólo sé que es esa Virgen
diosa de la inteligencia
y que la adoran los griegos.

ARIADNA. Con mucho ardor la veneran.
Y... ¿no sabes más?

SALÍCIO. No sé;
pero yo, allá por mis tierras
guardando cabras, ¿qué quieres
que sepa, ni que no sepa?

ARIADNA. Verás: cada cuatro años
las más ilustres doncellas
bordan el *péplos*, un velo
que á la gran diosa le llevan,
y para entregarle el manto,
vienen de las Islas griegas
enviados que se juntan
con lo más rico de Atenas,
y todos van componiendo
la procesión. Van en ella
también ovejas y cabras
al sacrificio dispuestas.

SALÍCIO. Si también pasa ganado,
metido entre las ovejas,
quizás también yo podría
ir de pastor en la fiesta.

ARIADNA. Tú la verás desde aquí;
lo quiere así la Princesa.
SALÍCIO. Y ¿cuál es? que todavía
no he logrado conocerla.
ARIADNA. Ya lo sabrás; pues escucha;
verás en la estancia ésta
entrar luego Comisiones
de las Colonias de Grecia
para saludar al Rey,
y verás también en ella
las hijas de los Eupátridas,
vírgenes todo belleza,
y personajes gloriosos,
y gentes de altas esferas.
SALÍCIO. ¿Y para llevar un velo
tanta gente y tal riqueza?;
yo era capaz de llevarlo
en un brinco.
ARIADNA. Es una idea
la de agruparse esas gentes;
son la unión y son la fuerza
de toda una sociedad
que lo mismo siente y piensa.
Andar, es también votar;
y dice más la presencia
de cien mil seres que marchan
detrás del dios que veneran,
que todo lo que dirían
esos seres con la lengua.
Hoy está Grecia conforme,
toda junta, toda entera,
en que es bella, y noble y culta,
y en que idolatra á Minerva.
SALÍCIO. ¡Lo que se aprende en Palacio!;
pero, dime; ¿quién se empeña
en no dejarme partir,
ya hecho Señor, á mi tierra?;
¿quién tiene que darme el Título?
¿no es el Rey?
ARIADNA. Es la Asamblea,
pero la Asamblea acata
aquello en que el Rey se empeña,
y el Rey también viene á hacer
lo que quiere la Princesa;
de consiguiente, tú estás
como al pie de una escalera,
y de peldaño en peldaño
te ha de venir lo que quieras.
SALÍCIO. Pues lo que quiero, es largarme
ya con mis cabras y ovejas,
que quizás cuando yo torne
irán á estar todas muertas.
ARIADNA. Tú ya empiezas á estar triste,
y nada, nada te alegra;

¡los palacios, para el Rey;
para el pastor, las praderas!
¿Verdad? ¿verdad...? (*Vase.*)

ESCENA II

Salício y Servidor.

(*Este trae una bandeja llena de panales.*)

SERVIDOR. ¡Qué hermosura!
¿no ves, Salício?
SALÍCIO. ¿Qué llevas?
SERVIDOR. Miel que en tu tierra, cantando
esprimieron las abejas.
SALÍCIO. ¿Es verdad?
SERVIDOR. Estos panales
tus verdes campos los echan.
SALÍCIO. (*Animándose por el recuerdo de su país.*)
Los recorrí con mis cabras;
y en Abril, cuando comienzan
á florecerse las ramas
y á salpicarse las yerbas,
de tonos, como un rocío
de florecillas abiertas,
oyes por el campo todo,
si en el campo te recuestas,
una música de insectos
que no sabes si está cerca,
que no sabes si está lejos,
que no sabes si resuena
á tus pies entre las matas,
ó encima de tu cabeza.
Todo el campo es una música
de mil notas que cerdean,
y oyes por aquí sonidos
y por allá hojas que tiemblan,
por todas partes cantatas
que al aire dan las abejas;
y te parecen las flores,
si curioso las observas,
con los insectos ocultos
en medio de las hojuelas,
flores que son de sonidos,
flores que, según las cuerdas,
unas zumban con voz grave,
otras lloran con voz queda,
otras te parecen flautas
en lo alegres y ligeras,
y esas flores musicales
parecen por Dios dispuestas,
para que canten al alma
la canción de primavera.

SERVIDOR. Mucho piensas en tus ríos,
en tus valles, y en tus selvas.
SALÍCIO. ¡Que si pienso! ¿Y las mil fuentes
que se filtran por la yerba
enredando entre las guijas
madejas y más madejas?
SERVIDOR. ¡Para agua, los manantiales
de la Arcadia!
SALÍCIO. Por las piedras
ves bajar hilos temblones,
ves descolgarse las hebras
formando locos tejidos
que se rompen y se enredan,
y esos mil chorros de flecos,
y esas mil sartas de cuentas,
van juntándose hilo á hilo,
van corriendo trenza á trenza,
van atando gota á gota
las que bajan por las grietas,
y tan bien cantan sus sones
y tan alegres gorgean,
que dudas si dentro hay pájaros
de las aguas cuando ruedan,
pues todo se vuelven trinos,
carcajadas y cadencias;
y cuando aplicas la boca
para beber agua fresca,
al par que bañas los labios
en los espejos que tiemblan,
te estás hartando de música
y oyendo el son de una fiesta.
¡Quién estuviese allí ahora!
SERVIDOR. Mucho quieres á tu tierra;
ahora mismo volarías
si aquí la jaula te abrieran.
SALÍCIO. (*Por el pájaro.*) Con mi *paisano* ahora mismo
emprendía la carrera,
y no paraba hasta dar
en mis llanos y en mis sierras.
SERVIDOR. ¡Tu paisano!... ¿dónde está?...
SALÍCIO. Metido en la jaula esa,
¡triste como está mi alma,
y negro como mi pena!
SERVIDOR. El Rey se acerca.
SALÍCIO. (*Asustado.*) ¡Dios mío!
¿Qué haré? ¡Escaparme allá fuera!
(*Vase.*)

ESCENA III

Gracia y el Rey.

GRACIA. ¡A tus plantas, padre mío!
REY. ¿Qué es lo que quiere mi Reina?
GRACIA. Hoy debes estar alegre,

porque es día de gran fiesta:
¡deja que te ate una cinta
de besos en la cabeza!

REY. Se me aligeran los años
cuando tu boca me besa.

GRACIA. Dicen que los besos puros
que ofrecen las almas buenas,
si se dan sobre las canas,
las canas se vuelven negras:
deja que bese la nieve
que te sirve de diadema,
y acaso la juventud
de nuevo anime tus venas.

REY. Tu palabra es un aroma
que los huesos me penetra,
y satura mis sentidos
y embalsama mi materia.
¡Dulce hija mía; á excepción
de las mujeres de Grecia,
yo he querido hacerte sabia
que es adorno de ser buena.

GRACIA. Y te pago tus bondades
siendo amor para tus penas,
miel para tus amarguras,
luz para tus horas tétricas.
Quién pudiera así, abrazada
á ti con loca vehemencia,
calcar en tus viejos ojos,
los míos que vivos tiemblan;
en tu boca, que es invierno,
la mía que es primavera;
en tu frente que es arrugas,
desilusión y pavesas,
la mía que es esperanza,
vida, voluntad y fuerza;
quién pudiese en tus dos manos
que penden lacias y enfermas,
calcar mis manos que esconden
calor de la vida nueva;
y así, en un gigante abrazo,
como un licor que se vuelca
de una copa en otra copa,
dilatarme por tus venas,
y darte con mi heroísmo
vida inmortal, vida eterna.

REY. Me enterneces de ventura
cuando así hablando te expresas:
y para ti, ¿qué dejabas
de tu graciosa existencia,
espíritu que me alumbras
y en torno de mí revuelas?

GRACIA. Para mí que nada soy,
nada quiero; tú que llevas
las vidas todas pendientes

de tu gran inteligencia,
necesitas fuego y brío
para llenar de firmeza,
con tu discurso, las almas;
con tu sentir, las conciencias.
Pendientes van de tu vida
tantos seres que gobiernas,
y tras tu dedo extendido
camina la raza griega.
Como un fluido invisible
llenaría tu materia
y en ti me revolvería
con vigores de centella,
y ese cuerpo fatigado
alzarse otra vez hiciera
con la corona de Rey
en la segura cabeza.

REY. Me enterneces con la gracia
que Dios puso en tu alma buena.

GRACIA. No suspires, que un latido
cada lágrima se lleva.

REY. También se lleva, hija mía,
cada lágrima una pena.
Déjame llorar así
en ti echada la cabeza,
ahora que solos tú y yo
ningunos ojos observan,
que también los Reyes lloran
entre profundas tristezas!

GRACIA. Una cosa he de pedirte.

REY. Pídeme las que tú quieras.

GRACIA. La absolución para Fidias.

REY. Veré si puedo obtenerla.

GRACIA. Con que quieras, también quiere
la nación que te venera.

REY. (*Retirándose.*)
Déjame pensar un rato.

GRACIA. ¿Sin esperanza?

REY. Con ella. (*Vase.*)

GRACIA. Ya conseguí la justicia;
sus labios no me la niegan;
¡haciendo llorar á un Rey,
triunfó el amor de la fuerza!

ESCENA IV

Gracia y Salício.

(*Este asoma cautelosamente.*)

SALÍCIO. (*ap.*) ¿Se fué ya Su Majestad?;
sangre no tengo en las venas
del gran susto que he pasado.
(*Reparando en Gracia.*)
¡La del anillo; qué bella!

GRACIA. ¿Eres tú, Salício?
SALÍCIO. Pienso
que yo no soy ya quien era;
yo vine aquí por tu causa
y arrepiéntome de veras.
GRACIA. ¿Qué te arrepientes? ¿por qué?
¿tú no mandas? ¿tú no ordenas?
SALÍCIO. Parezco un duende vagando
por estas mansiones regias,
y como á un tonto me traen,
y como á un tonto me llevan.
Si callo, todos se ríen;
si hablo, las risas aprietan;
si ando, estorbo; si me siento,
me hacen alzar y me echan.
Yo creí que en un Palacio
fuese más fácil tarea
andar como andan los Reyes,
hablar como las Princesas,
sentarse como los Príncipes,
accionar como las Reinas,
pero estoy ya convencido
que no nací para Alteza,
¡porque ni sirve un pastor
para las altas esferas,
ni tampoco sirve un Rey
para guardar las ovejas!
Toma tu anillo.
GRACIA. No es mío.
SALÍCIO. ¡Vaya si eres embustera!
es tuyo; tú me lo diste
para que al venir, me hicieran
el Gran Señor de la Arcadia,
¡y valientes trazas llevan
de hacerme á mí Gran Señor!
¡Si seré tonto!
GRACIA. Si esperas,
lo serás.
SALÍCIO. ¿Quién va á nombrarme?
GRACIA. Mi padre.
SALÍCIO. (*Irónico.*) ¡Grande Excelencia
será tu padre!
GRACIA. (*Dignamente.*) ¡Es el Rey!
SALÍCIO. Pero ¿sois vos la Princesa?
GRACIA. Yo soy.
SALÍCIO. (*Arrodillándose.*) ¡Perdón!
GRACIA. Alza y dime:
¿pero tú, no me recuerdas?
SALÍCIO. ¡Recordar! ¿estáis de risa?
¡no parece, buena es esa,
sino que vos y este pobre
hayamos ido á la escuela
juntos, ó hayamos estado
los dos en mi misma tierra

haciendo flautas de caña
para alegrar las praderas!

GRACIA. ¡Pues de eso somos amigos!

SALÍCIO. ¿Os reís?

GRACIA. Estoy bien seria,
es decir, seria no estoy,
que no puedo, aunque quisiera.
En Palacio hay una flauta
hecha por ti.

SALÍCIO. (*Al vérla.*) ¿Quizás ésta?

GRACIA. La misma.

SALÍCIO. Ya la he tocado.

GRACIA. ¿Y no notaste que es ella?

SALÍCIO. Se parece á las que invento,
pero no caí en la cuenta.

GRACIA. (*Señalando en la flauta.*)
¿Esta letra, la conoces?

SALÍCIO. Sí que conozco esta letra,
¡¡la de mi nombre!!

GRACIA. Por ti
está en esa caña puesta.

SALÍCIO. ¿Por mí?

GRACIA. En dos flautas iguales
dejaste esas cifras hechas
ha mucho tiempo.

SALÍCIO. (*Recordando.*) ¡Por Baco!
¡qué temeraria sospecha!
¿Sois aquella niña vos?

GRACIA. Soy la misma, soy aquélla.

SALÍCIO. ¿Y el otro... el de la otra flauta?

GRACIA. ¡Es gran artista de Grecia!
¡Fidias!

SALÍCIO. ¡¿El que hace los dioses?!
(*Aparece Fidias.*)

GRACIA. ¡Mira, estás en su presencia!

SALÍCIO. (*En el más alto asombro.*)
¡Ella y él, mis dos amigos!
¡qué emoción, yo voy á tierra!
(*Cae en un asiento.*)

ESCENA V

Gracia, Fidias y Salício.

GRACIA. Al suelo fué de alegría.

FIDIAS. ¿Qué sucede?

GRACIA. La sorpresa;
acabo de revelarle
que yo fuí su compañera
de la niñez en la Arcadia
y que tú también lo eras.

FIDIAS. Vuelve en sí.

SALÍCIO. ¡Yo codeándome
con dos grandes de la tierra!

FIDIAS. Pues por esa vida tuya
mi vida toda te diera;
cambiara por ser pastor
esta vida que me pesa.
SALÍCIO. Y yo os aceptaba el cambio.
con todas sus consecuencias.
FIDIAS. Veredas más empinadas
que las que suben tus sierras,
hay que subir en la vida
con un peso enorme á cuestas,
y cual Sísifo que asciende
hasta la cumbre la peña,
y se le cae de los hombros,
y otra vez baja por ella,
hay que bajar al abismo
por nuestra fama deshecha.
GRACIA. (*A Fidias.*) Alégrate, que ya estoy
de tu perdón casi cierta.
FIDIAS. Será una triste esperanza.
GRACIA. Realidad acaso sea:
hablé al Rey, lo conmoví,
y lo incliné á la clemencia.
Esperemos.
FIDIAS. Esperemos
si lo quieres.
SALÍCIO. ¿Y qué es esa
pena que os tiene tan triste?
¿quién osó ofender siquiera
al amigo de mi infancia
en traición á su grandeza?
Si llego á saber quien fué
el que os manchó con su lengua,
con mi porra de pastor
le sacudo en la cabeza.
Que me digan quién ha sido.
GRACIA. (*Asomándose á un mirador.*)
Ya el movimiento comienza
para el desfile.
SERVIDOR. (*Con un pliego en una bandeja de oro.*)
Señora:
Enviados de Eritrea,
de Efeso, de Chipre y Milo,
de Naxos, Lésbos y Creta,
ver al Rey quieren, y todos
bajo del pórtico esperan.
GRACIA. Que pasen aquí. Y al Rey
avísales su presencia.
SALÍCIO. (*ap.*) ¡Váya un nublado; del susto
me están temblando las piernas!
SERVIDOR. (*Alargando á Salício la bandeja de oro en la cual va su título.*)
De parte del Rey.
SALÍCIO. (*Deslumbrado.*) ¡El Título!
SERVIDOR. ¡Sois Gran Señor!

SALÍCIO. *(Después de leer para sí.)* ¡Soy Alteza!
¡Ya soy el Rey que domina
en mis valles y en mis sierras!
¡Sin abrazos que he de dar
á mis piaras de ovejas!
(*Vase dando brincos salvajes.*)

GRACIA. *(A Fidias.)* Recobren la luz tus ojos
y alza la firme cabeza.

FIDIAS. Sin dignidad, no me halagan
arte, cinceles ni piedras.

SERVIDOR. (*Anunciando.*)
El Rey.

ESCENA VI

Gracia, Fidias y el Rey.

GRACIA. (*Yendo, suplicante, al Monarca.*)
Señor, lo primero
es que tus labios se muevan
para otorgarme la gracia
que ya te pidió mi pena.
¿Qué dices?

FIDIAS. ¡Señor!...

REY. (*A Gracia.*) Triunfaste,
pero á pedirme no vuelvas
imposibles.

GRACIA. ¡Oh, qué dicha!;
¡de amor el cielo y la tierra
se unen en inmenso abrazo!

FIDIAS. Gracias, Rey, á tu grandeza;
por ti recobra su brillo
mi honor.

SERVIDOR. (*Anunciando.*) Las Colonias griegas.

ESCENA VII

Dichos, y los Enviados de las Colonias con sus hijas. Visten los trajes del desfile (*Friso del Parthenón*). El rey ocupa el trono, teniendo á su izquierda á Gracia. Los Enviados y sus hijas, hacen reverencias al pasar por delante del Rey.)

REY. Dan esplendor á mi trono
y agradezco la presencia
de tan nobles Enviados
y tan hermosas doncellas.
Tomad asiento. Y ¿qué suerte
corre la espléndida Creta,
la isla gentil y famosa?

ENVIADO 1.° Señor, el cielo la premia
con la luz de una alegría
que la hace divina y bella.
Sobre la mar recostada,
mecida por la cadencia

y el ritmo azul de las olas,
parece una concha abierta.

REY. ¿Y Naxos? ¿tienen sus viñas
aún la misma fortaleza
de dar juventud al alma
y vigor á la materia?

ENVIADO 2.° Sabe el Rey, porque lo dicen
los versos de los poetas,
que sátiros y bacantes
prefieren para sus fiestas
ceñir su frente con pámpanas
de Naxos, verdes y espléndidas,
y un racimo de sus uvas
es un racimo de perlas.
Aceptad, Señor, la hídria
que os traigo de vino llena.
(*Pasa la elegante vasija á manos del Rey, que la examina complacido.*)

REY. Preciosa vasija; iguala
al vino que dentro lleva;
la ilustró un pincel insigne
de encantadoras escenas
de la Iliada, y la enriquecen
grandiosas luchas homéricas.
¿Y Milo? ¿la bella Milo?
¿aún como siempre amaestra
cinceles para la gloria
y el culto esplendor de Grecia?

ENVIADO 3.° Sabéis, Señor, que lo dice
esta estrofa en su cadencia.
«Milo tiene los cinceles,
que dando el tiempo cien vueltas,
ha de modelar la diosa
más divina de la tierra:
será Venus Afrodita,
será la diosa perfecta,
é irá su mármol triunfante
llenando de luz las épocas.»

SERVIDOR. (*Anunciando.*)
Señor, unos bailarines
ante el Rey verse desean;
bailarán la danza pírrica.

REY. (*A los Enviados.*)
Bailarán, si no os molestan.

ENVIADO 1.° Gracias, Rey; es grande honor.

REY. Hoy es día de Minerva,
y debe haber alegría
por igual en toda Atenas.

ESCENA VIII

Dichos, y los bailarines.

(Entran los bailarines con sus armaduras de un metal deslumbrador. Traen los escudos sujetos á los brazos izquierdos y las lanzas en la derecha. Al son de una música elegantísima, bailan la danza pírrica, dándose á cada compás con las lanzas en los escudos, y produciendo sones extraños. El original aparato de la danza, ha de imprimir grandiosidad al cuadro. Una vez terminadas las evoluciones, vanse los bailarines, haciendo, como al entrar, inclinaciones ante el Rey. Como ésta no es una obra histórica, sino fantástica, cabe en esta escena mucha libertad, á fin de acumular todo el esplendor concebible.)

ENVIADO 2.° Señor, se acerca el instante
de tomar parte en la fiesta
del desfile, y á él podremos
incorporarnos.

REY. Bien: sea.

(Los Enviados y las doncellas, hacen inclinaciones ante el Rey, y desaparecen. Vase también el Monarca.)

ESCENA IX

Gracia y Fidias.

GRACIA. ¡Gloria á los dioses! ¡por fin
tu honor limpio reverbera!

FIDIAS. A los dioses y á tus labios
que aclamaron mi inocencia.
Todas mis grandes estatuas
las revestí de pureza,
soñando en tu amor sublime,
viendo tu figura excelsa
iluminarme el espíritu
como una lámpara eterna.

GRACIA. Yo también tu ser soñando,
apuré todas las penas,
y de repetir tu nombre
jamás se cansó mi lengua.

FIDIAS. Los cinceles con que hice
salir hadas, dioses, reinas,
rompo al hallarte, pues miro
no supe qué era belleza:
¡qué más belleza que tú,
maravilla de la tierra!

GRACIA. ¿No modelar con tus manos
otras estatuas maestras
para darles con la vida
luz, movimiento y esencia?
Si me adoras, ha de ser
con la llama que en ti llevas,
con tu espíritu, con todo

lo inmaterial, que te eleva
desde gusano hasta genio,
y desde larva hasta estrella.

FIDIAS. ¡Arriba, al cielo!

GRACIA. ¡Me enciendes
con tu arrebato! De Grecia
has de ser mucho más digno,
sacando de sus canteras
un sueño que me has contado.

FIDIAS. (*Con arrebatada inspiración.*)
Un templo alzado á Minerva;
el Parthenón; y en su friso,
el desfile que se acerca.
(*Señalando al exterior del Palacio.*)
¡Oh, sí; es mi visión perenne,
mi gran sueño de belleza!

GRACIA. Pues realizarlo es el premio
para alcanzar lo que anhelas.

FIDIAS. Ser tu esposo.

GRACIA. Lo será,
pero ese sueño cincela.

FIDIAS. Sí, siento aquí las figuras
(*Golpeándose la frente.*)
formando largas hileras,
corriendo en torno de un templo
tras columnas como cuerdas,
como cuerdas de una lira,
de la grande lira griega.
A veces, con los cinceles
me hendiría la cabeza,
diciendo á las mil figuras:
«¡brotad, brotad de la piedra!»

GRACIA. Desposorio de dos almas
es el nuestro, mientras llevas
al friso el mundo de seres
de ese portento que sueñas.
(*Va, exaltada, al foro, y descorre el gran cortinón de púrpura, apareciendo una magnífica plaza de Atenas, por la que cruza el desfile de la procesión de las Panateneas.*)
¡Mira allí tu fantasía
hecha realidad soberbia!

FIDIAS. (*Yendo, fascinado, al mirador.*)
¡Como lo pinta mi sueño!
¡el desfile! ¡qué grandeza!
Mi esposa ideal, enciende
en mí tu lámpara excelsa,
para yo admirar las líneas
de tanta magnificencia!

GRACIA. Es la luz, es la poesía,
es la juventud perpetua,
es la flor inmarchitable
del alma inmortal de Grecia.
(*Señalando al mirador donde están asomados.*)

De ese mirador enorme
¿ves la forma?

FIDIAS. Cinco cuerdas.

(Serán las cinco columnas; los lados del mirador son dorados como las columnas, y adoptan el contorno de una lira.)

GRACIA. Las de la lira; y sus bordes,
también la lira semejan.
Pues como ves ese asombro
detrás de la lira griega,
¡al través de la Poesía
hay que ver la vida entera!

(Suena una grandiosa marcha triunfal, mientras cruzan por el fondo fascinante de la plaza ateniense é iluminándose por vivísimas mutuaciones de color, los primeros grupos del desfile de las Panateneas en esta forma: Los *Arcontas*, las *Canéforas*, los *Citaristas* y los *Auletas*, las *Doncellas Eupátridas*, los *Escaféforos*, los *Espondóforos*, y, entre una inmensa aclamación del pueblo, una cuadriga de oro, pintada de un modo deslumbrador, con los cuatro caballos lanzados al cielo y pataleantes de soberbia.)

TELÓN

FIN DEL IDILIO

EL INVIERNO DE LAS MARIPOSAS

I

Vuestro invernar es largo, profundo es vuestro sueño;
desde el opaco Octubre, hasta el Abril risueño,
yacéis en el sepulcro del germen que os da ser;
un germen invisible tenéis por breve fosa;
mas se abre cuando llama vuestra ala vagorosa,
y al sol volvéis de nuevo los vuelos á tender.

II

Tú, blanca mariposa, voluble como un niño,
que vences á la nieve, la leche y el armiño,
y tienes la impecable pureza del altar;
cuando la tumba rompas y escapes, rauda, de ella,
parecerás el alma de un lirio ó de una estrella,
ó espíritu que sale del Cáliz al alzar.

III

Tú, negra mariposa, más negra que el tormento,
cuando de tu sepulcro te eleves hasta el viento
como un insecto fúnebre de trémulo fulgor,
simularás idea que vaga y que suspira,
y un corazón no hallando donde pararse, gira
vestida con los tonos de sombra del dolor.

IV

Tú, la de verdes tonos, extraña mariposa,
que al florecer de Mayo removerás tu fosa
como esmeralda viva que lánzase á volar;
tendrás del amplio bosque las bóvedas por tienda
y llenarán de espejos los lagos tu vivienda
para que en ellos mires tus alas verde-mar.

V

Tú, mariposa bella de clámide pajiza,
que un ámbar luminoso te esmalta y te matiza
y te hace forma leve con alas de marfil;

cuando en Abril imites de Lázaro el ejemplo,
será cuando las palmas ondulen en el templo,
y entre sus arcos de oro revolarás gentil.

VI

Tú, la disciplinada que encanta los sentidos,
que espléndida te adornas con írises tejidos,
y tienes las escalas completas del color;
cuando fugaz desates los lazos de la muerte,
te tomarán los ojos que giren para verte,
por un clavel errante que vuela en derredor.

VII

Y tú, la mariposa que llena las edades,
la que las almas viste de eternas claridades,
tú Cristo, Mariposa nacida de la Cruz:
al quebrantar tu fosa los duros cautiverios,
ascenderás bañando de amor los Hemisferios
con tus inmensas alas, que son ríos de luz.

PRIMAVERA

Ya salen del capullo las bellas mariposas,
ya brotes y racimos y pámpanas frondosas
en los dormidos troncos comienzan á bullir.
Ya asoma sus encantos la dulce primavera,
y del azul radiante de la encendida esfera
colores y reflejos empiezan á salir.

El ave es la armonía cautiva entre dos alas;
el campo es chal morisco que adornan verdes galas·
vestido con sus nieves el crudo invierno huyó.
Las fuentes son espejos que copian las estrellas,
y son tus claros ojos armados de centellas,
la cárcel amorosa donde suspiro yo.

Ya fértiles verdean los bosques y collados;
ya ruedan por la arena los mares destrenzados
con más lánguido arrullo, con son más ideal.
Los cielos estremecen sonoras melodías,
y al rayo que precede la aurora de tus días
la tierra es á mis ojos recinto celestial.

¡Oh! cubra con su manto la alegre primavera
la selva y la colina y el valle y la pradera,
y déjense las aves armónicas oir:
y esté yo embelesado y ante tus pies de hinojos,
por el espejo viendo de tus divinos ojos
las flores y los ramos en confusión salir.

Madrid, 10 de Abril de 1883.

CANCIÓN MELANCÓLICA

Por el fondo confuso de la calle
que el cielo cubre con celeste palio,
atraviesan en rápidos tropeles
muchedumbres radiantes de entusiasmo.
Castañuelas, y flautas, y violines
van al templo magnífico marchando,
en concierto de gritos y de voces
de guitarras, panderos y triángulos.

* * *

Por el cañón de la alta chimenea
habla el viento de duendes y de trasgos;
en el hogar se abrasan los sarmientos
exhalando gemidos prolongados.
En batalla las sombras y las luces
indecisas se pliegan en los ángulos,
y diseños y líneas misteriosas
derraman en los muros solitarios.
Todo tiene el recuerdo de otros tiempos;
el pan humilde; los manteles blancos;
los cristales vestidos de fulgores;
los panales de miel; el vino rancio
cosechado en la cálida vendimia
y recogido en los lustrosos cántaros;
todo tiene el recuerdo de otras horas;
todo cautiva y embelesa el ánimo;
la Noche-buena con sus santas fiestas
llega por fin: ¡á su rumor bebamos!

* * *

Sobre la cruz de hierro enmohecido
con que termina el roto campanario,
la lechuza de augurio tenebroso
lanza al aire las quejas de su canto.
Bajo los arcos de la obscura iglesia
tejen su vuelo los funestos pájaros,
que en la lámpara mojan con ahinco
el corvo pico de perfiles trágicos.
Enlazan en los viejos panteones
finas redes de luz los fuegos fatuos,
como errantes pupilas de los muertos
que miran el festín de los gusanos.
En la charca podrida y macilenta
coronada de insectos plateados,
la fantástica luna se adormece
sus fosfóricos hilos enlazando.
Mustio el sáuce sumerge en la laguna
su cabellera de flotantes ramos,

como el árbol del sueño que se abisma
soñando flores de país lejano.
En derredor del fuego misterioso,
mientras giran los nietos á su lado,
cuentan las viejas á la gente moza
plácidos cuentos, bíblicos relatos.
Por todas partes en alegre estruendo
se entrechocan las risas y los vasos;
por todas partes el bullicio reina
y los gritos estallan en los labios;
pero ¿por qué cuando las almas sienten
el fuego del amor y el entusiasmo,
sin causa alguna que mi pecho aflija
la copa tiembla en mi convulsa mano?

* * *

Por el balcón donde el rosal sin rosas
tiende á la luz los espinosos tallos
y entrelazan sus troncos los jazmines
á los hierros obscuros y labrados,
cien raudales de música divina
libres entran en ondas palpitando,
y sonoro estallido de botellas
trinar de risas, y crujir de vasos.
A través de los vidrios trasparentes,
vese al frente el salón engalanado
donde la luz deshácese en reflejos
y en pétalos que ruedan titilando.
Bajo las grandes lunas de Venecia
que alternan con las luces y los cuadros,
se destacan las flores primorosas
sobre el mármol espléndido de Paros.
Lucen sobre la alfombra recamada
de aves vistosas de colores varios,
orientales y rojas colgaduras
que se despeñan como incendio trágico.
Ante mi vista deslumbrada y ciega
trajes, seres y luz pasan flotando;
gratas canciones en los labios vibran,
loco placer derrámase en el cuadro,
y mientras pasan las lucientes olas
de oro y destellos, rosas y brocados,
á mi mesa sentado y pensativo
la copa llevo con temor al labio,
y el dulce jugo de la vid sabrosa
deja mi brusco paladar amargo!

* * *

En esta noche de misterio y ruido
poblada de recuerdos y de encantos
en que roza la púrpura orgullosa
de la miseria el funeral andrajo,

mientras todos los pechos enloquecen
al resonar del fervoroso aplauso,
yo con la mente á recorrer empiezo
sin saber tras de qué, suelos extraños.

* * *

A tales horas, en la gran Venecia
que se emboza en el velo de sus lagos,
por primorosa góndola mecido
los canales recorro solitario.
Al son del remo que las aguas rompe,
voy las coplas del pueblo recitando
y recuerdo mi musa sevillana
tras la reja de flores y calados.
Trasportado al Egipto misterioso
cruzo los arenales abrasados,
y la dormida y lenta caravana
de los camellos, sigo con mi paso.
Las altivas pirámides contemplo,
gigantescos sepulcros del pasado,
y ambiciono la lira de las liras
para entonarles mi grandioso canto.
Llego á Jerusalén, gloria del mundo,
y recorro gimiendo su calvario,
y contemplo las arpas de los cedros
que acompaña la música del rayo.
Oro después en el sagrado huerto,
oigo á Herodes hablar, oigo á Pilatos,
y el polvo huello de las grandes ruinas
y recorro los bosques y los campos.
Grecia también con atractivo inmenso
me conduce á su seno regalado,
á cuya orilla las celestes olas
por las playas extiéndense cantando.
Montado sobre un águila valiente
subo ansioso á la cumbre del Parnaso,
y allí miro las musas seductoras
gallardísimos versos recitando.
Las estatuas contemplo de los dioses
con sus coronas de esplendente mármol,
y los olivos y granados rojos
que sombrean las fuentes y los lagos.
Torno después á mi ciudad querida,
torno á los goces de mi hogar amado,
y el coro de las risas me entristece
y el resonar de los sonoros vasos.
La alegría ruidosa de la fiesta
llega á mi oído como son de llanto,
vibran cantos de júbilo, y sus ecos
¡son para mí clamores funerarios!
. . . . . .

LAS ALFOMBRAS

Debajo de los gruesos cortinajes
que abrigan y embellecen los salones,
extienden las alfombras sus paisajes
y el cuadro halagador de sus ficciones.
Ya la urdimbre enrollada del tejido,
en cuya lana nuestros pies imprimen
pisadas sin rumor y sin ruïdo,
muestra al tenderse por la estancia fría
cual ola que despliega sus cristales,
tonos de invierno, escenas de alegría,
ó amorosos idilios estivales.
Jardines de fantástica opulencia,
primaveras sin jugos en los tallos,
rosales sin frescura y sin esencia,
odaliscas que habitan sus serrallos,
jinetes que dibujan en las telas
los estambres, casando los colores,
con estrellas de oro por espuelas
y por gualdrapas aluvión de flores;
cabalgatas con bélicos arneses
simulados por vívidos torzales,
campos vistosos de bordadas mieses
cercados por azules manantiales;
gamos á quienes sigue la jauría
trepando los escollos y los cerros,
levantando una *muda* algarabía
cuernos y cascos, címbalos y perros;
regios desfiles con marciales pompas,
donde van en literas custodiadas
por heraldos que soplan en sus trompas,
princesas de los cuentos de las hadas;
todo lo que la mente se imagina
en escenas de amor y galanteos,
todo lo que deslumbra y que fascina
como lances, batallas y torneos,
bajo la luz que su fulgor reparte
y lo abrillanta ó lo sumerge en sombras,
vive en los hilos que entrelaza el arte
sobre el mundo que puebla las alfombras.
Mundo sin vibraciones, en que nada
denota el sentimiento ni la risa:
se pisa una cabeza coronada,
y no vuelve, iracunda, la mirada
para advertir la planta que la pisa.
Si Aquiles, preparándose al embate,
desde el troyano muro en que se apoya
excita á sus guerreros al combate,
ni heroico grita, ni su pecho late,
ni su carro retumba, ni *arde Troya.*

En el sangriento festival romano
que á veces fingen los estambres vivos,
echa el pueblo á las fieras, inhumano,
los infeciles mártires cautivos.
Los tigres apostados en la arena
con las pieles manchadas de colores,
miran á una mujer llorar su pena
bañada en amarguísimos dolores;
mas no tienden las garras con bravura
aunque á sus ojos el furor asoma,
¡y en esto es más humana la pintura
que la costumbre bárbara de Roma!
A cuanto monstruo las alfombras llena
me gustara, de pronto, darle vida,
y que fuesen la hiena, viva hiena,
y el león una fiera enardecida.
¡Fuera de oir el grito que lanzara
el mundo al revolverse amenazado,
el miedo reflejándose en la cara,
el pecho de terror alborotado!
Y después de correr sin direcciones
la humanidad igual que los enjambres,
que otra vez fuesen seda los leones,
torzal los tigres, y la hiena estambres.

DIOS PASA...

Ya viene el Dios grande, ya viene;
ya anuncia la banda su paso;
en carroza de gala vestida
con borlones y altivos penachos
de que tiran trotando por música
seis nobles caballos,
va el Disco de espigas,
glorioso Pan ácimo
que entrará como Luna divina
del enfermo infeliz en los labios.
Detrás se persiguen
los dorados varales de un palio
sobre cuyo techo
descienden temblando
los brazados de rosas abiertas
que viste de luces el cielo de Mayo.
Cada acacia otro palio parece
vestido de blanco,
que derrama una nube de esencias
en las vestes lujosas de raso.
Dios baja al enfermo
para bendecirlo, para embalsamarlo,
y como un susurro le dice al oído
palabras de ensalmo,

palabras celestes
de místico encanto,
que recalan los huesos de aromas
cual si el Paraíso meciera sus ramos.
En las hondas cuencas
rodeadas de anillos morados,
el enfermo sin luz gira triste
los ojos cansados,
los ojos marchitos
de un remoto mirar visionario,
y con las ajadas pupilas se posa
en el Disco Santo.
Y penetra la Forma impoluta
en los secos labios,
que reciben la Luz temblorosos
de un deleite inefable bañados.
Luego se adormecen sus ojos extintos
en éxtasis largo,
tan largo y tan hondo,
que en el sueño eterno penetran cerrados,
mientras que por dentro la vida futura
se quedan perennes mirando...
. . . . . .

Ya viene el Dios grande, ya viene;
ya anuncia la banda su paso;
en carroza de gala vestida
con borlones y altivos penachos
de que tiran trotando por música
seis nobles caballos,
va el Disco de espigas,
sublime Pan ácimo,
que entrará como Luna divina
del enfermo infeliz en los labios.

Isla de Tabarca, Noviembre 1912.

LA MUJER DE RUBÍES

(CAPRICHO SOBRE LA CERVEZA)

Yo miro á una *alemana* que es mi alegría
de una copa española por los cristales;
no hay en sus venas fuego del Mediodía,
sino del Norte frío nieves glaciales.

—

Viste túnica roja de felpa obscura,
del color de esas rosas ensangrentadas
que parece que han hecho su vestidura
de hojas por un incendio tornasoladas.

—

Rojas son sus pupilas como rubíes,
sus labios son adelfas que abrió la brisa,
las yemas de sus dedos son carmesíes
y es un temblor de luces su fresca risa.

—

Sus zarcillos son ascuas de muerto ocaso,
sus pestañas hileras de luz sutiles,
y en su curva garganta de fino raso,
gotean sus collares chispas á miles.

—

Lleva leves pulseras de resplandores
que en sus muñecas fingen vivas escamas,
y encendida diadema de ardientes flores,
con pétalos que oscilan como las llamas.

—

Del crepúsculo finge ser alma y diosa
con su cetro de cintas arrebolado,
y el velo que idealiza su faz hermosa
con visos de rescoldo casi apagado.

—

Roja suma de gotas unificadas
es de este ser extraño la forma pura,
que al echarlas al viento desparramadas
dibujan el contorno de su hermosura.

—

Pero al vaso volviendo la sarta airosa,
sus perlas el contacto junta á millares,
y otra vez replegada brilla la diosa
al fundirla de nuevo tantos collares.

—

Líquido ser formado de pedrería,
rizo y luego desrizo su forma rara,
y numérico exacto de la poesía,
sumo cuántos rubíes forman su cara.

—

Ajusto los granates que hay en su seno
deduzco los granates que hay en sus manos,
cuántos forman un bucle de tintas lleno,
cuántos traman el velo de encajes vanos.

—

Multiplico el alero de las pestañas
por cientos de rubíes fascinadores,
y los dientes que forman líneas extrañas
por ascuas en sartares deslumbradores.

—

A mirarla me pongo presa en la copa,
en sus rojos colores ensimismado,
viendo en púrpuras vivas arder su ropa
al trasluz de una puesta de sol cansado.

—

El misterio en el vaso vive escondido,
la mujer que ve sólo la fantasía,
la del velo en mil ascuas todo encendido,
la visión impalpable de la poesía.

—

Ella sacude el alma de su tristeza,
y á su juego de pompas entrelazadas,
con la mágica danza de la belleza
va dejando las penas purificadas.

—

Asomándose al borde del vaso frío,
parece de la vida luz y compendio
al soltar de su frente cual áureo río
sus rizos que palpitan como un incendio.

—

Entreabiendo los labios, murmura: «Bebe,
yo refresco las venas acaloradas,
y en mi rojo pañuelo de espuma leve
enjugo las tenaces frentes cansadas.»

—

«Yo del trabajo noble soy compañera,
y la cólera aplaco que el pecho cría
cuando siente el zarpazo como de fiera
que la humana injusticia torva le envía.»

—

«Yo sereno las iras que al ser abrasan
al ver el bandidaje puesto en un trono,
mientras que las virtudes tímidas pasan
llorando de los hombres el abandono.»

—

«Distraídos los ojos del que medita,
quedan en mis burbujas fijos mirando,
y cual mi red de pompas, que es infinita,
á él otra red de ideas le va brotando.»

—

«Para el juez soy templanza, luz y reposo;
para el pintor, matices y movimientos;
para el niño soy juego maravilloso;
para el poeta, un mundo de pensamientos.»

—

«Soy metida en la copa, gracia y belleza;
soy corriendo en las venas, paz y alegría;
soy la mujer de gotas, soy la cerveza,
y en mí hierve la llama de la poesía.»

El árbol de la música.

Hay un árbol todo flores,
todo flores sonrosadas,
todo flores desde el tronco
á las puntas de las ramas.
Cuando Abril llega vertiendo
leves lirios de su falda,
con su túnica esplendente
el vegetal se engalana,
y su viva florescencia
de mil insectos se cuaja,
de mil abejas que zumban
como una orquesta lejana.
Llenas de polen pajizo
tornan, revuelan y pasan,
y como duendes pululan
en las flores fecundadas.
En cada cáliz pequeño
entra una abeja dorada
buscando las ricas mieles
que entre las hojas se guardan,
y callando un solo instante
mientras cosecha la carga,
otra vez lanza de nuevo
su nota que no se acaba.
De activas trabajadoras
están repletas las ramas,
igual que flores de música
que sonoras se entrelazan,
y parece el árbol bello
tener dos cosechas gratas:
una de flores de notas
y otra de flores rosadas.
Debajo, en amante idilio,
quedas se arrullan dos almas,
que Abril adornó con brotes
de ilusiones y esperanzas.
En el árbol, gota á gota,
el dulce panal se fragua;
y debajo, beso á beso,
panal de amores se cuaja.
Mientras se dicen ternezas,
las abejas labran, labran;
y cuando estallan los besos,
las abejas cantan, cantan.

HIMNO

Inmutable y sublime, profunda y sabia,
dando de nuevo leyes á la belleza,
ofreciendo á los hombres su eterna savia,
se alza otra vez la Madre Naturaleza.
Ya arrojó de su frente la niebla triste
y colgó del almendro finos primores,
ese *árbol de la noche*, porque se viste
de apiñadas estrellas en vez de flores.
Ya abrió por los senderos breves hojillas
que forman con sus tintas un hormigueo,
y esparcen por los bordes de ambas orillas
un brillante y alegre chisporroteo.
Viendo de esa vistosa fimbria el tejido
por mil varios matices disciplinado,
á la flor más pequeña me he dirigido
y así, audaz y curioso, le he preguntado:
—«En medio del grandioso renacimiento
de la tierra estallando de nueva vida,
¿qué quieres frente á frente del firmamento?
¿qué buscas en el mundo, nota perdida?»
Y la flor invisible, cual si juntara
á su noble palabra firme entereza,
así me ha respondido con voz tan clara
que me ha inflamado en luces alma y cabeza:
—«Soy para ser pisada la flor nacida,
una gota de lluvia puede anegarme,
puede un duro granizo dejarme herida,
y un soplo de la brisa puede arrancarme.
Aun cuando muestran brío mis tintas rojas,
es lo débil mi cáliz de formas bellas,
y son tan pequeñitas sus leves hojas
que un cínife sonoro no cabe en ellas.
Pues es ser tan pequeña, ser infinita,
aunque mires mi cáliz menudo y terso,
porque Dios en sus hojas tiembla y palpita
como en la flor más grande del Universo.
Aunque soy de las flores la más pequeña,
amo cual las de seno grande y hermoso,
¡porque el sol su torrente de luz despeña
de igual modo en lo humilde que en lo grandioso!
Está de perspectivas todo formado:
lo noble es necesario como lo abyecto,
no hubiera lo profundo sin lo elevado,
fuera el águila menos sin el insecto.
Mi tallo, aunque pequeño, mira gozoso
al sol, de donde viene la lumbre pura;
por eso, aunque no tengo cáliz pomposo,
sé amar la luz eterna de la hermosura.»

LA GIRALDA

(GUAJIRAS PARA LA GUITARRA)

Giralda, torre triunfante,
real mirador de Sevilla,
prodigiosa maravilla
que tiene al sol por turbante.
Odalisca deslumbrante
pareces con tus prendidos,
pues brillan del sol heridos
tus muros de filigranas,
tus zarcillos de campanas
y tus collares de nidos.

—

¡Oh Giralda esplendorosa,
columna inmensa del cielo
por Dios clavada en el suelo
con su mano milagrosa!
La arquitectura preciosa
su arte imprimió en tus sillares,
sus plegarias los altares,
las leyendas sus primores,
el árabe sus colores
y el andaluz sus cantares.

—

Giralda, pilar bendito,
tronco de sacra palmera,
gigante en cuya cimera
hay luces de lo infinito.
De tu frente de granito
cuelgan las nubes sus velos,
las aves pliegan sus vuelos
en tus calados de encajes:
¡hay á tu pie mil paisajes
y en tu cúpula mil cielos!

ENJAMBRE

Es la guitarra, colmena
donde un enjambre se agita,
y abeja susurradora
es cada nota que vibra.
Como en los largos alambres
se paran las golondrinas,
en cada cuerda se esconden
miles de notas dormidas;

y para hacerlas que vuelen
de las melódicas fibras,
es necesaria la mano
que las ordena y combina.
De esa sonora colmena
en la caja sugestiva,
las abejas son recuerdos,
esperanzas y alegrías.
El alma entera de España
está en la caja metida
y habla con notas de llanto,
ó habla con notas de risa.
Esa colmena, en su forma,
un pecho sonoro imita
y en ese pecho se esconde
la musa de Andalucía.
Es pequeñuela y graciosa
y está de notas vestida
que cuelgan de sus volantes,
de su pelo y su mantilla.
Cual un duende misterioso
el musical seno habita,
y duerme, como en hamaca,
sobre las cuerdas tendida.
Cuando el tocador puntea
tercera, segunda y prima
y los rotundos bordones
rumboso estremece y vibra,
la microscópica musa
el enjambre arremolina,
y teje con las abejas
mil encajes de armonía.
¡Enjambre, divino enjambre,
dulce colmena morisca;
tú labras para una raza
la miel de la pöesía!

EL BIERZO

¡Ponferrada de mi vida!
¡Villafranca de mis sueños!
¡Bembibre que en mi memoria
tienes altar de recuerdos!
¡Delicioso paraíso,
dulce Bierzo, dulce Bierzo!:
á la plácida frescura
de la sombra de tus huertos
que tienen del Mediodía
el sol brillante y espléndido,
quisiera mirar de Cloe
por el ramaje entreabierto,

el idilio de la vida,
siempre igual y siempre nuevo.
La música de tus ríos
llevar parece los ecos
que Pan en su cornamusa
lanza al son de un ritmo griego;
y entre tus verdes rosales
que orlan tus lagos risueños,
parece que suena el canto
de las abejas de Himeto.
Quién cogiera, valle hermoso,
caireles de tus cerezos,
borlas de airosa mantilla
con que engalanas tu seno.
Quién mirase la nevada
de tus floridos almendros,
cuando Marzo los corona
de blanquísimos luceros.
Quién oyera en tus nogales
el rumor del aire fresco,
que viene de la campiña
olas de trigo moviendo,
y comiera de tus guindos
el fruto color de fuego,
y tus egregias *pavías*,
dignas de un canto de Homero.
Ahora que extiende sus galas
tu paraíso soberbio,
yo vagara en tus jardines
versos de Mosco leyendo;
y de tu Sil á la orilla
viera su curso sereno
con fulgores del Cefiso
y arenas de oro en su lecho.
Sí, tendido en su ribera,
¡quién se durmiese, sintiendo
la alegre flauta de Dafnis
lanzar sus notas al viento!...

CAMINANDO Á VALENCIA

Al CENTRO VALENCIANO *de Buenos Aires, agradeciéndole sus fiestas.*

Detiene el tren en Játiva su curso poderoso
y surge un panorama tan bello y tan valiente,
que el alma piensa, viendo su seno prodigioso,
si en medio de un milagro despierta de repente.
Y á Játiva, que es pórtico sublime de Valencia,
cantando viene el viento no sé qué cosa extraña,

que el corazón brioso redobla su cadencia
oyendo un son de gloria que dice: *¡España, España!*
Su greña de relámpagos el tren abre briosa,
enhebra montes, ríos, llanuras, peñascales,
é igual que en una eléctrica carrera portentosa
desfila ante el ejército de mil cañaverales.
Y luego la llanura se extiende sin orillas;
la Huerta surge: en ella cayóse Dios de cara;
el alma queda atónita, suspensa, de rodillas,
ante el inmenso cuadro de su grandeza rara.
Un pañolón glorioso de sedas milagrosas
bordado de arrozales, de acequias y jardines,
la tierra de las fresas, la tierra de las rosas,
parece entre su marco de montes y confines.
Con sus lucientes hojas donde la luz se enreda
abren sus verdes ramas, lujosos, los morales,
donde el gusano pone su fábrica de seda
para tejer sus blancos capullos de torzales.
Y allá del cauce al borde, revientan las granadas
en risas que producen colores carmesíes,
y enseñan al abrirse por grandes carcajadas,
sus dientes en flamantes ringleras de rubíes.
Las cálidas chumberas de pinchos insidiosos
se miran en la alberca de bucles movedizos,
y elevan en las pencas los chumbos espinosos
su idílica corona de pétalos pajizos.
Allá rojos revientan los grandes clavelones,
son de Valencia gloria, son de sus campos gala,
y arden en los jardines, igual que en los balcones,
en noches de verbena, las luces de bengala.
Sembrados en lagunas se ven los arrozales
en lunas venecianas de líquidos espejos,
donde la noche mira las rosas siderales
abrir su ignoto cáliz de incógnitos reflejos.
Las guindas como labios de novias y sultanas
rasgan el verde obscuro con su carmín pomposo;
olores salomónicos despiden las manzanas
y acuéstase en las pámpanas el sol caliginoso.
Y en la morena tierra de brío soberano
Dios sacudió su gracia llenándola de grecas,
y le salieron chufas al suelo valenciano,
que son chisporroteos bellísimos de pecas.
¡Oh sacro Paraíso! ¡mantón maravilloso!
¡cendal hecho al realce con álamos ligeros!
¡casulla que te extiendes cual manto luminoso
bordado de palmeras y verdes limoneros!
¡Valencia, real Valencia, gloriosa en mil hazañas!
yo vi de tus mujeres la palidez de Paros
que tienen cien puñales de muerte en las pestañas
y nitidez de arroces sobre los senos claros.
Yo me embriagué en las rosas que alzaste en mi camino,
Valencia, flor del mundo, y eché un haz de laureles
encima de tus aras de pórfido divino
y encima de tus liras, tus lienzos y cinceles.

Cuando mi cuerpo muera repica tus campanas,
Ciudad que tanto quiso mi fe de visionario,
¡y oiré desde otras vidas más puras y lejanas
llorar por mí ¡oh Valencia! tu insigne campanario!

LA «TRACA»

(DE VALENCIA)

¿Alguna vez oísteis
las bombas de la *traca*?
En el cerebro suenan
con ruido de metralla.
La imitativa música
de su triunfal descarga,
remeda los fragores
de horrísona batalla.
De recto alambre asida
la resonante carga,
por la Alameda hermosa
de tronco á tronco pasa;
y da la larga vuelta
oculta entre las ramas
con sus colgantes *truenos*
que harán explosión bárbara.
El pleno de la feria
contiene cien mil almas
que esperan ver en torno
surgir la hirviente llama.
Rüidos y pregones
se mezclan y enmarañan
en mareante estruendo
que los oídos rasgan.
Una aguadora linda,
en la cintura el ánfora,
cruza por el bullicio
diciendo: «¡Fresca el agua!»
Otra pregona flores,
cual de Valencia, gratas;
otra sabrosas chufas
y dulces y avellanas.
Los pueblos ribereños,
luciendo ricas galas,
absortos en la feria
contemplan la velada,
y esperan el momento
de que la mecha rauda
contagie el artificio
de fuegos con su llama.
Por fin un trueno ronco
anuncia la *batalla*

y empieza en la Alameda
el *traca-que-te-traca*.
Un vivo clamoreo
arrojan las gargantas
en explosión de júbilo
al empezar la salva,
y corre el pueblo todo
al sitio en que desgaja
su bronco tiroteo
la pólvora inflamada.
¡Qué borbotar de gente!
¡qué de animosas caras
por los chispazos fúlgidos
de súbito alumbradas!
Sopla rabioso el chorro
de la furiosa llama
que fugitiva y fiera
por el alambre pasa,
y un repicar de bombas
como en tronante fragua
donde martillos músicos
de vario son, trabajan,
sube por el paseo
soltando sus descargas
desconcertando el aire
que conmovido brama.
Ya como rosa abierta
de luz radiante y mágica,
arden la laca roja
clorato y estronciana.
Ya muda el manganeso
las notas encarnadas
y de otro tono pinta
la rosa iluminada.
Ya azufre y antimonio
engendran la luz pálida,
que en verde luego muda,
y en vïoleta cambia.
La química esplendente
luce sus fiestas gratas
de tonos y colores
relámpagos y llamas.
Se escucha el tiroteo
más recio al par que avanza,
y el fiero olor á pólvora
los ánimos contagia.
Al resonar tremendo,
la sangre caldeada
se siente en las cabezas
latir con fuerza brava;
y en pelotón la gente
como en feroz batalla,
tras del reguero corre
de la crujiente traca,

y avanza en tropel ciego
envuelta entre las ráfagas
con que la luz el fondo
de las tinieblas rasga.
El suelo se conmueve
con ruido de montaña
que el terremoto trunca
y ronco despedaza.
Cristales y edificios
trepidan á las salvas
y los sentidos piensan
que el mundo se desgaja.
Por fin la última bomba
su cañonazo lanza
como un final de guerra
que los oídos pasma.

* * *

Luego el alambre cruza
ave de fuego rauda,
capricho del artífice
donde prendió la gracia,
y deja tras la huella
de sus veloces alas,
¡¡toda la feria ardiendo
en luces de bengala!!

VALENCIA

(POPULAR)

Cerca del mar de Levante,
que por su espléndida historia
más bien es mar de la gloria
que entona un himno triunfante,
está la ciudad galante
que realizó tanta hazaña,
la que de flores se baña
y brilla como tesoro
entre el magnífico coro
de las provincias de España.

Con un manto de arrozales
cubre todos sus confines,
manto á la vez de jardines,
de moreras y parrales.
Parecen arcos triunfales
las ramas de sus palmeras,
y forman largas hileras
al ir vistiendo los llanos,
fresas, chufas y avellanos,
altramuces y chumberas.

Parecen nidos de amores
surgiendo entre ramas frescas,
las barracas pintorescas
con sus cañizos de flores.
Entregada á sus labores,
en ellas sueña la moza;
vive feliz con su choza,
con su jilguero y su parra,
y el reir de la guitarra
que sus noches alboroza.

Vive en ti toda hermosura,
¡oh ciudad bella y riente,
que de la arábiga gente
conservas dejo y cultura!;
aún el cántaro te dura
que el pastor llevó al aprisco,
aún el calzón berberisco,
aún la faja fastüosa,
y aún la canción melodiosa
de sentimiento morisco.

Tú tienes nobles poetas
y músicos populares,
y como das azáhares
das cinceles y paletas.
Tus aulas están repletas
de inteligencias hermosas,
y son tan esplendorosas
y tantas las que en ti crías,
que arrojas más fantasías
que arrojan tus campos rosas.

En tus fiestas de luz llenas
hay un sello soberano,
algo del mundo pagano,
algo del gusto de Atenas.
De tus veladas serenas
se queda el alma cautiva,
y contempla pensativa
entre el hervir de tus seres,
¡abajo tantas mujeres,
tantas estrellas arriba!

Como labras con tu seda
túnicas de mil colores,
te entretejen tus cantores
versos, que el iris remeda.
Fijo el pensamiento queda
en su armonía galana,
y puedes estar ufana
de tener para ti sola,
tres lenguas, en la *española*,
lemosina y *valenciana*.

Tus fuegos artificiales
revelan tu origen moro,
y el estrépito sonoro
de tus *tracas* infernales.
Fuentes de rojos raudales,
chispas de luz diamantinas,
explosiones purpurinas
é inflamados surtidores,
son los encantos mejores
de tus árabes retinas.

En tu circo esplendoroso,
de España el más celebrado,
se ve al pueblo alborotado
lucir su ingenio donoso.
Un cuadro maravilloso
se extiende en palcos y gradas,
y se admiran enlazadas,
dosel poniendo á las frentes,
las peinas resplandecientes
y las mantillas caladas.

Tu celebrado Ateneo
es foco de inteligencia
en donde el arte y la ciencia
alzan su noble trofeo.
Aún parece que le veo
mostrando sus oradores,
sus músicos, sus pintores,
y su público ilustrado
que escucha regocijado
la voz de sus trovadores.

Tanto el arte en ti fulgura,
que tus regias cabalgatas
no ostentan para ser gratas,
más que tu misma hermosura:
van en la bella pintura
los frutos de tus mercados,
tus bueyes engalanados,
tus lanchas de pescadores,
y tus mujeres mejores
con trajes de oro bordados.

Son tus *batallas* famosas,
alardes de tus vergeles,
una lluvia de claveles,
un aguacero de rosas:
mil salvas esplendorosas
cruzan el ancho paseo,
crece el galante torneo
mientras se lanzan más flores,
y estallan largos clamores
entre el vivo *bombardeo*.

Es tu feria maravilla
de nunca visto boato,
con más lujo y aparato
que la feria de Sevilla;
tienes también la mantilla,
el baile y las castañuelas,
y una mata de mozuelas
que recuerda los planteles
de las matas de claveles
con que te adornas y velas.

Tus errantes pregoneros
cantar parecen canciones,
y formulan con sus sones
cien acordes placenteros.
Tus ágiles garraferos,
bajo el árbol que al sol zafa,
baten la fresca garrafa,
y en forma de blanca cresta
sirven la horchata, compuesta
con chufas de la Arruzafa.

Bajo tus parras flotantes,
llenan tus noches hermosas
las orquestas primorosas
de guitarras suspirantes:
tienen tus coplas amantes
ecos de melancolía
que alzan en mi fantasía
recuerdos que la estremecen,
porque tus cantos parecen
los cantos de Andalucía.

Tu catedral portentosa,
tu magnífica Alameda,
tu río que lento rueda
hacia la mar ondulosa,
tu Lonja maravillosa,
tu torre llena de nidos,
tus fábricas, tus tejidos,
tu puerto henchido de naves,
¡son, Valencia, bien lo sabes,
suspensión de los sentidos!

¿Y tu Virgen? ¡Tu Patrona!
hay que escribir de rodillas
las sublimes maravillas
con que el mundo la pregona:
es la luna, su corona;
su palio, noche esplendente;
su voz, susurro de fuente;
gotas de luces, su llanto;
jirón de gloria, su manto;
y hostia sagrada, su frente.

MOTIVOS VALENCIANOS

Quien quiera regalarse con la opulencia
del país que en vergeles más alto raya,
vaya á ver la hermosura con que Valencia
recuesta sus jardines junto á la playa.
Como un arco de triunfo, Játiva hermosa
le alza el palio valiente de sus parrales,
y el tren pisa con marcha vertiginosa
la vega en que Valencia sienta sus reales.
Tiene de limoneros tocado bello,
y lleva por zarcillos rojas naranjas,
y avellanas por perlas llenan su cuello,
y el moral la listea de verdes franjas.
Valencia en sus campiñas que el río cruza
tiene huertas con flores en filas puestas;
es levantina á un tiempo que es andaluza
y también la guitarra vibra en sus fiestas.
Su cuchillo desciende de la gumía,
su pañuelo á las sienes es el turbante,
es alquicel la manta donde se lía,
y el calzón ampuloso jaique flotante.
Arcaica y modernista, su historia amena
luce en la rica feria que la engalana;
cuando quema sus fuegos, es sarracena;
cuando teje sus bailes, es valenciana.
En la margen del Turia, que se defiende
con plátanos del seco calor de estío,
entre asiático lujo la feria tiende
sus luces y banderas que copia el río.
En las tiendas que corren formando juego,
vese en velada culta la aristocracia,
y las bellas mujeres de torso griego
y rostro en que sonríe tranquila gracia.
Los brazos sobre el rico barandillaje,
miran los caballeros enamorados
la corriente pausada de oro y encaje
de los ricos vestidos y los tocados.
Allá en el que simula fuerte castillo,
pabellón que enaltecen los militares,
á uniformes vistosos de ardiente brillo
dan pálidos destellos los luminares.
Entre tiendas y tiendas, de la Arruzafa
la chufa echada al hielo, con mano presta
baten los horchateros en la garrafa
y en el vaso la sirven formando cresta.
Las fuentes con sus puntos de mil colores
dejan ir las espumas de sus corrientes
bajo el arco que trazan los surtidores
desgranando sus gotas resplandecientes.

Solloza en un suburbio triste guitarra
á cuyo son un mozo de porte y rango
baila con una moza bajo la parra
una especie de soso, lento fandango.
Cantan las aguadoras su mercancía
que el ánfora en su seno guarda y refresca,
y pregonan «¡de balde si no está fría,
doy el agua de balde si no está fresca!»
El fuego de artificio chispas arroja
en medio de la noche serena y cálida;
la laca y la estronciana vierten luz roja;
antimonio y azufre vierten luz pálida.
Sujeta como á base de muda esfinge
de tronco á firme tronco de la arboleda,
combate empaquetado la *traca* finge
que truena y gira en torno de la Alameda.
De la árabe pupila fué fiesta grata
ver las de los colores notas divinas,
y Valencia, que es mora, también retrata
arabescos de luces en sus retinas.
Arabescos y toros: sobre el tendido,
los pueblos comarcanos juntan sus trajes,
y las mujeres lucen como prendido
la mantilla de leves, blancos encajes.
Cabalgatas lujosas pasan luciendo
sus carrozas de triunfo, flores y galas,
las músicas sus notas van esparciendo
y estremecen el aire con sus escalas.
Tiroteos alegres de ramos vivos
alegran la *batalla* con sus cambiantes,
y van los coches raudos y fugitivos
soportando la lluvia de hojas brillantes.
Valencia, con sus huertos como trofeo,
sus fiestas deslumbrantes y su alegría,
truena con el vibrante cascabeleo
de una ciudad alegre del Mediodía.
Yo volveré á admirarla: de sus primores
se enamoró mi mente junto á sus mares,
y para requebrarla y echarle flores
perfumarán mi lira sus azahares.

MIS AMORES EN VALENCIA

A mi orgullo le bastan leves honores,
no el estruendo del triunfo, que daña acaso;
pero sé que en Valencia sobran las flores
y por eso las echa por donde paso.
Me basta la amorosa correspondencia
de ver estas lujosas pompas bizarras,
los huertos en que, orlada, ríe Valencia
y el sol que se reclina sobre las parras.

Admirar ese cielo que la avalora,
ver de sus bellos campos la flora viva,
y contemplar la vega que la decora
en engarce de conchas presa y cautiva.
Su honor deje para otro más alto ingenio
este culto Ateneo, donde se labra
con labios y con plumas que enciende el genio,
el arte de las rimas y la palabra.
A otro ofrezca los lauros del triunfo honroso,
y deme á mí el cariño que me promete;
¡yo, como el valenciano, soy venturoso
con estar á la sombra del Miguelete!

* * *

Pero ya que entre flores tiene sujeto
mi corazón, que de ellas goza y se ufana,
quiero contar la historia, pero en secreto,
de una novia que tengo, que es valenciana.
Una novia gallarda de origen moro,
que don Jaime, creyente, volvió cristiano;
se expresa con acento dulce y sonoro,
y el lemosín entiende y el castellano.
Para inclinar las sienes llenas de rosas,
policroma alcatifa le extiende el suelo,
y en sus pupilas negras, que son preciosas,
con un pincel ha puesto su luz el cielo.
Su palidez anima dulce decoro,
y en su cuello que al mármol vence y humilla,
con naranjas que enlazan puntos de oro
lleva la de madroños regia mantilla.
Oriental en su traje, su alzado pecho
envuelve en valencianas sedas ligeras,
y se está abanicando sobre su lecho
con el verde abanico de las palmeras.
Es creyente y al cielo piedad invoca,
su corazón adora los desgraciados,
y es el culto á que amante reza su boca
la *Virgen* de los tristes *desamparados*.
Yo la adoro, y no quiere que yo la quiera
quien evitar podría nuestros amores,
y robarla en *sacorio* mi intento fuera
entre una cabalgata de labradores.
Irán sobre corceles enjaezados
los jinetes que al caso tengo dispuestos;
para hacer broncas salvas irán armados,
y llevarán sus trajes de gala puestos.
En el plan cuyas líneas tengo trazadas,
el sol será el testigo de mis amores
con mujer que se cuelga por arracadas
cacahuet y semillas de mil colores.
Vestida á la andaluza mi jaca airosa,
irá del suelo alzando los cascos huecos,
y moverá en la marcha gentil y hermosa
el tren de sus caireles, mantas y flecos.

Haré grupa con rosas de los jardines
donde mi amada luzca gracias y hechizos,
y la orlaré con hojas de los jazmines
que enredan las barracas á los cañizos.
Al ir mi cuerpo preso por sus dos brazos
formularán las armas son de victoria,
desgarrando la noche con fogonazos
y salvas esplendentes de amor y gloria.
Así será el *sacorio*, de origen moro,
con que robar pretendo mi diosa amada;
esta tierra la guarda como un tesoro
y en mi trono quisiera verla sentada.
Se sentará: rendido por su presencia
de todos sus caprichos seré vasallo;
la novia que esclaviza mi fe, es Valencia,
¡y se vendrá en la grupa de mi caballo!

Los fuegos artificiales.

(SEVILLA)

En la Puerta de la Carne,
más allá del muro viejo
donde vierte su alegría
la feria de los muñecos,
en las puntas de los postes
están atados los fuegos
que habrán de hacer desbordarse
el entusiasmo del pueblo.
Entre la gente que ondula
con olas de mar revuelto,
van vendiendo sus productos
los errantes pregoneros:
—¡«Aguardiente, cuajaita,
caramone de loz buenoz,
langutinoz, abeyanaz,
¡almendraoz, agua *yeloz*!»
repiten los *comerciantes*,
del brazo colgado el cesto,
y cruzan y se entrelazan
en un rebullir perpetuo.
De la viviente pintura
en el fondo casi negro,
las parejas amorosas
se hablan en lenguaje quedo,
y en la sombra que dibuja
cada rama sobre el suelo,
se halla encerrado un idilio,
al que da encanto el misterio.
Lanzando un chorro de chispas,
con rapidez rasga el viento

un cöhete luminoso
que con fragor va subiendo,
y á su potente estampido
estalla el clamor inmenso
de cien mil voces que surgen
de cien mil bocas del pueblo.
Sobre los pies empinarse
es el primer movimiento,
y extender al aire toda
la longitud del pescuezo.
Se corre de uno á otro lado
para buscar mejor puesto,
y se deja el sitio último
para tornar al primero.
Otra serpiente rojiza
lanza en la altura su trueno,
y en el ambiente dispara
mil gusarapos de fuego.
Nuevo surtidor de oro
raya el ancho firmamento
y deja una *estrella fija*
que se sostiene en el viento.
Otra sonda de luz parte
las lobregueces del cielo,
y rompe en las vivas notas
de un policromo arabesco.
Luego dos ruedas que giran
con distintos movimientos,
apresuran de sus círculos
el voltear loco y presto,
hasta que al cabo se abren
en un heráldico lienzo
que dice *no* 8 *do* (1)
escrito en tonos diversos.
Luego, á un aplauso que estalla
y va á extinguirse á lo lejos,
en la sombra se dibuja
una *flamenca* del pueblo
con los zapatos de llamas,
con la garganta de fuego,
con un peinado en que oscilan
unos claveles bermejos,
y con un mantón bordado
en que al moverse del cuerpo,
tiemblan brillando en el aire
hilos de luces por flecos.
De una en otra *maravilla*
y de uno en otro *portento*,
la fiesta de luz derrama
en la noche sus reflejos,
hasta que al cabo aparece
estallando y recrujiendo,

(1) «*No me ha dejado.*»

una Giralda que brilla
desde el remate al cimiento.
Sus inflamadas campanas
giran echadas á vuelo
y en vez de arrojar sonidos
lanzan colores al viento.
Toda la fábrica tiembla
como un colosal incendio,
donde hay millones de luces
como pupilas ardiendo.
Por fin apaga la hoguera
un estampido tremendo
é iluminan cien bengalas
el desbandarse del pueblo.
Y recuerdan las antorchas
brillando en el cuadro negro,
las grandes fiestas romanas
con sus desfiles soberbios.

Las mariposas nocturnas.

A las luces que despiden
los voltáicos del paseo
las mariposas del bosque
vienen volando á lo lejos.
Vienen en leves bandadas
hacia los vivos destellos,
que en los faroles simulan
del alba el albor primero.
Cual lluvia de lirios blancos
esparcidos en el viento,
rasgan, huyendo veloces,
de la noche el fondo bello.
Las altas bombas prendidas
á las columnas de hierro,
las fascinan y las llaman
con rápido parpadeo,
y en torno de los cristales
bullen locas de contento,
alborozadas de verse
bañadas por los reflejos.
Sonámbulas seducidas,
piensan que está amaneciendo,
amaneciendo con luces
de sol pálido y enfermo.
Todas blancas, todas blancas,
trazan círculos ligeros,
rozando el arco voltáico
en la espiral de su vuelo.
A veces, por la codicia,
contra el cristal dan sus cuerpos,

y heridas cruzan el aire
revolëando hasta el suelo.
Entonces los locos niños
salen gritando á su encuentro
para dejarlas cautivas
en las puntas de los dedos;
y quedan al contemplarlas
riendo y pensando á un tiempo
cómo una cosa tan chica
pueda elevarse hasta el cielo.
Luego registran sus alas,
movidos por el misterio,
para ver en qué consiste
que se tengan en el viento.
De las blancas mariposas,
mientras registran los vuelos,
el leve polvo de plata
va cayendo, va cayendo;
y cuando inútiles quedan
después del largo tormento,
los inocentes verdugos
dejan sin vida sus cuerpos.
Las arrojan, y otras pillan
para mirarlas de nuevo,
y escudriñar en las alas
el misterioso secreto.
¡Volar, qué raro prodigio!
¡qué sublime privilegio!
¡ser como pluma en el aire!
¡ser como nube de incienso!...
Embelesados los niños,
quedan un solo momento
llenando de poesía
el asombrado cerebro...
Detiene el paso la gente
ante los focos eléctricos,
y ve la gasa movible
que les forman los insectos.
Al son de un vals, que allá tocan
melodiosos instrumentos,
parece que van bailando
en torno de los reflejos.
Bailan su *danza macabra*,
porque á cada movimiento,
se hiere una mariposa,
y tiembla, rota, en el suelo.

El sofisma de un borracho.

(METAFÍSICA CÓMICA)

Lleva Pedro Tragamosto
cuatro días de año nuevo,
abstenido de amoríos,
de bebida y de jaleo,
y camino de su casa,
de sí mismo satisfecho,
le va echando este discurso
á su propio pensamiento:
—«Así me gustas, Perico,
así quiero verte, Pedro,
nada de amores ni bulla,
nada de copas ni juego.
Nueva vida te has trazado
y eres hombre digno y serio,
que cumplirá lo que ha dicho
así le cueste el pellejo.
Ya no hay para ti más cosas
que á turbar vengan tu sueño,
que tu casa, que tus hijos,
que tu esposa y que tu lecho.
Se acabaron los jolgorios,
la amistad del tabernero,
el cariño á las *cuarenta*
y el velar con los serenos.
A las copas dicen *nones*,
á las faldas, *vade retro*,
la baraja te incomoda
y el verla te da tormento.
Ya han pasado cuatro días
que entraste á ser hombre bueno,
y si de esta noche pasas
es que triunfas por completo.
Mas, por ser la cuarta noche,
como pago y como premio
de lo bien que te conduces,
convidarte á un trago quiero.
Es en premio á tu constancia
el convite que te ofrezco,
porque, chico, lo mereces;
¡cuatro días sin beberlo!
Te dará el premio entereza
contra tus vicios añejos;
¿qué me dices tú, Perico?
¿qué respuesta me das, Pedro?»
Y encontrando que era justo
su discurso el majadero,
con el *otro yo*, así dijo
el mismísimo sujeto:

«Si tú piensas que me porto
cual se porta un hombre recto,
pues que llevo cuatro días
sin catarlo y sin olerlo;
y si ves que es mi conducta
la de un hombre sano y cuerdo,
venga el premio que me dices,
pues se ve que lo merezco.»
Al umbral de una taberna
los *dos yo* se detuvieron,
los *dos yos* en *uno solo*,
y repuso el *yo* primero:
—A *éste*, dale un medio chico
por mi cuenta, tabernero.
—Ahí va el vaso, pero, dime,
¿quien es... *éste?* No lo veo.
—*Este, es yo*, que lo convido
pues se está portando al pelo.
—Lo traerás bajo la capa,
¿un amigo?...
—Soy yo mesmo.
—¿Tú eres *dos?* Vaya una broma,
¡*alumbrado* vienes, Pedro!
—Yo bien sé lo que me digo.
—Lo sabrás no te lo niego;
pero tú, ¿quién eres, *otro*,
ó eres *tú?*
—Soy *dos* á un tiempo:
uno el que paga este vino,
y el otro, el que va á beberlo.
Es que *éste... se porta* ¿sabes?
y como yo lo comprendo,
medio chico de lo rancio
quiero darle como premio.
—Y ¿por cuál de *ambos* gaznates
va á caer el refrigerio?
¿Por el *tuyo*?
—Por el *otro*,
—¡No, será por el de en medio!;
tu vienes malo, Perico.
—No vengo malo, mastuerzo.
En fin, venga el vaso, y cobra;
éste y *yo* nos entendemos.

TARDE DE VERANO

Revuelan los *aviones*
en torno de las iglesias,
enlazando mientras chillan,
unas vueltas á otras vueltas.
Rondadores de cimborrios,
de campanas y veletas,

la cruz les sirve de guía
para sus raudas carreras.
Se levantan con la aurora
y después que el sol se acuestan
y sólo un rato descansan
para gozar de la siesta.
Con los murciélagos moran
y á las lechuzas tutean,
gorriones les persiguen
y golondrinas les cercan.
Al declinar de la tarde
por los cielos se pasean
entre el balancín valiente
de las alas con que vuelan.
Entonces en el espacio
miles de insectos voltean
abrasándose en la flama
de la luz roja y espléndida.
Un polvo de pedrería
el amplio horizonte llena
y forma una ardiente gasa
hecha de chispas que tiemblan.
En una fiesta de luces
giran las leves moléculas
sacudidas por las alas
que la áurea bruma atraviesan.
Hacia rumbos ignorados,
buscando remotas tierras,
dando vueltas por el aire,
van las semillas aéreas.
Entre ropajes de oro
el sol, despacio, se acuesta
y se agranda al esconderse
detrás de lejanas crestas.
Un torbellino de insectos
alborozado aletea
y gira dentro del rayo
que sus cuerpos transparenta.
En esa escala dorada
hilan su extraña madeja
y mueven con alegría
los círculos de su rueda.
De lejos, viendo su baile,
un *avión* les acecha
y se desliza piando
hasta tenerlos de cerca;
y abriendo entonces el pico,
chato, como su cabeza,
entra en su buche girando
la tropa leve y ligera.
Regresa luego á la torre
buscando su obscura grieta,
y la campana sensible
con las dos alas restriega.

Siente el instrumento el roce
de los dos vuelos de seda,
y preludiando un susurro,
como un alma se lamenta...

Los estruendos del Cantábrico

Ya se va nuestro recuerdo
hacia las playas volando,
y la *auditiva* memoria
oye el tumbo del Cantábrico.
Arpa de miles de cuerdas,
trovador, mar soberano,
que, con ondas por estrofas,
te agitas siempre rodando:
De tus rotundas orquestas
el terrorífico escándalo,
quiere escuchar el oído
lleno de asombro y de pasmo,
y ver tus arcos de triunfo
ir en tu furia arrastrando
á las cadenas de rocas
donde vives amarrado.
En tus audaces escorzos
de arenas y de peñascos,
vas los escollos erguidos
con ira abofeteando.
Cual luchador sempiterno,
tienes tu yunque y tu mazo
y tu tropel de martillos
en incesante trabajo.
Está la altiva oratoria
en tus mil leguas vibrando,
y tus ideas de perlas
lanzan hirviendo tus labios.
Cantas la fuerza, la vida,
de majestades bañado,
y así clama tu elocuencia
al son de tu ritmo trágico:
—«Venid á mí los heridos
en el gran tumulto humano
que los combates del alma
con heroísmo arrostraron;
los que el pensamiento vivo
sintieron, como relámpago,
caer silbando en los nervios
como en el alambre el rayo.
Venid á escuchar mi música
los que en el fuego sagrado
de la pasión, habéis sido
gloriosamente abrasados.

Los que abristeis al progreso
de los hombres vuestros vasos
y disteis la sangre propia
en bien del género humano.
Los que vais de la alta ciencia
con los sillares cargados
á levantar el gran templo
del saber y el entusiasmo.
Los que esprimís vuestro jugo
en la estrofa y en el cuadro,
en el pentágrama armónico
y en la blancura del mármol.
Cuantos amáis lo sublime
venid á dar en mis brazos;
¡yo soy el mar de la fuerza
y los vigores restauro!
Yo amo también; mis amores
son la luna del espacio
y elevo mis cresterías
para jugar con sus rayos.
Un solo beso le pido,
y ella, en mi dorso erizado,
el haz de su cabellera
echa relampagueando.
Bajo sus bucles palpito
cual bajo trémulo palio,
y por llegar á su rostro
perpetuamente trabajo.
Es mi ideal; nunca llegue
á mí el beso de sus labios,
¡que al ideal conseguido
sigue el tedio sollozando!
Trabajad, como yo lucho,
por un fin, seres humanos,
y á mí venid por las fuerzas
de vuestros miembros cansados.»

* * *

Estos fragores sublimes
el mar está recitando,
llamando con recios tumbos
desde su eterno escenario.
Y desde Cádiz al Norte,
de Barcelona al Atlántico,
de toda España, van gentes
á oir sus versos al trágico.

LA CRUZ DE MAYO

Su chal de tonos más vivos
gustosa ha dado Manuela,
la preciosa trinitaria
para adornar la cruz bella.
Dolores, la altiva rubia
que anda y parece que vuela,
según es de vaporosa
y de flexible y aérea,
ha prestado de claveles
dos magníficas macetas,
de esos claveles *de á libra*
que de orgullosos revientan.
Lola ha traído el más lindo
de sus pañuelos de seda,
uno con aves pajizas
sobre fondo de grosella.
Isabel ha conseguido
saque del arca su abuela
una mantilla de blondas
que da alegría de verla.
Han obtenido los mozos
cortar de una rica huerta
ramas de frescos naranjos,
de mastranzo y hierbabuena.
Y con más finos presentes
de otras alegres mozuelas
que al altar los han traído
en rumbosa competencia,
se ha armado una cruz de Mayo
tan peregrina y bien puesta,
que cautiva por lo hermosa,
y deslumbra por lo bella.
Debajo del cielo raso
donde está el chal de Manuela
abierto y echando al aire
lluvia de flecos de seda,
se hallan las sillas en orden,
y están sentadas en ellas
cuatro viejas Celestinas
y una mata de mozuelas.
Suspirando está *el Canario*
una airosa malagueña,
y le dice á la que baila
yo no sé qué impertinencia.
Ello es que un mozo que *pisa*
de la guitarra las cuerdas,
á la *fresca* del que canta
responde con otra *fresca;*
y la alegría que puso
golpes de luz en la fiesta,

hasta que el hosco *Canario*
echó la copla rastrera,
desaparece de pronto
porque hay barrunto de gresca,
y salir puede un cuchillo
de alguna faja bien puesta.
El provocador del lance,
el *asaura*, el babieca,
canta de nuevo, y arroja
al aire otra desvergüenza.
Entonces, un guitarrazo,
por única diligencia,
uno al otro contendiente
le sacude en la cabeza,
y surge una tremolina
en que los dos se atropellan,
revolviendo los cuchillos,
que en el aire centellean.
Un tropel de flojos lazos,
de agitadas cabelleras,
y de flecos, y de galas
sacudidas y revueltas,
se promueve en las mujeres
que se cruzan y se enredan,
de los fieros enemigos
sujetando las dos diestras;
hasta que cediendo el uno
tras de larga y ruda brega,
vienen las íntimas paces
que calman la *pelotera*.
Después la fiesta prosigue,
y á poco surge otra gresca,
y otra vez la calma viene,
y otra vez la riña empieza.
Y así, entre caña y suspiro,
entre mudanza y pelea,
es como á las veces suelen,
entre un corro de mozuelas,
celebrar la Cruz de Mayo
los mocitos de mi tierra.

EL GAZPACHO

(CAMPESINA)

Se halla dispuesta la mesa
bajo la parra del patio,
sobre la mesa el lebrillo,
y en el lebrillo el gazpacho.
Corro de gente curtida,
que ya cesó en el trabajo,
arma sus manos callosas
con la cuchara de palo,

y aguarda á que el más antiguo
con ella se santiguando,
«¡en el nombre de Dios!» diga
y la sumerja en el plato.
Después del cristiano *rito*,
adelantan treinta brazos
y se llevan treinta sopas
de las que giran nadando;
y mientras las *tragantadas*
se oyen por el cuello abajo,
en el ambiente, de nuevo
quedan tendidas las manos.
Más que comer, la *cuadrilla*
parece que está remando,
extendiendo hacia la mesa
una vez y otra los brazos.
Vaga una sopa en el líquido,
gran atracción del gazpacho,
desprendida del cantero
de un pan de trigo dorado,
y en medio se pavonea
sobre sí misma girando
en la espiral que producen
los *remos* batiendo el caldo.
—«¡Date presa!»—silabea
cada cual para su sayo,
al dar la presta *palada*
en el cuenco barnizado;
pero la sopa, escurriendo
el bulto flotante y vago,
su rotación caprichosa
redobla, el remo burlando.
Corre en seguida á su encuentro
otro remo atrabiliario
que «¡date presa!» repite
y se interpone á su paso;
mas la sopa ante el impulso
baila un *vals precipitado*
y se ríe del intento,
del impulso y de la mano.
—«¡Entra, rubia!»—con la idea
otro dice y echa el brazo;
la sopa vacila un punto
y otra vez sigue bailando.
Del cuadro protagonista,
mueve el interés humano;
nadie dice «yo la pillo»
y todos la están pillando.
Como no hay entre la gente
uno que sea zocato,
no puede, remando en contra,
cambiar su curso al gazpacho.
En igual sentido gira
con vinagre, aceite y ajo,

y cuando el líquido merma
crece el interés dramático.
¡Qué afán por cogerla entonces!
¡qué estrategias y qué asaltos!
pero una voz dice: —«¡Cola!»
y se suspenden los brazos.
Con la alcuza el *manijero*
en el resto del gazpacho
derrama un chorro de aceite
como un chorro de topacio,
y diluída la sopa
se borra y pierde en el caldo,
que *á dedo limpio* y á *pulso,*
con pan apuran las manos.
—«Ahora una copa de mosto
no estaría mal, nostramo»,
dice después del sopeo
un predilecto de Baco.
No copa, pero racimos
vienen de postre dorado,
mas la cuadrilla prefiere
untar en mosto los labios;
y exclama, viendo las uvas,
un mozo con desparpajo:
—«¿Vino en píldoras? no gusta;
¡venga vino, pero en vaso!»

LA ARMONÍA DEL MAR

¿Qué dicen, qué cantan
las olas que ruedan,
las líricas olas que siempre repiten
del mar misterioso la misma cadencia?
La razón humana
no sabe más lengua
que la que hablan los seres distintos
de su especie mezquina y soberbia.
Los idiomas sin número; el lazo
que une á cuanto late, que une á cuanto alienta;
frases que en las luces
rutilando tiemblan;
palabras de aromas
que pronuncian las flores abiertas;
expresiones vivas
al color sujetas;
vocablos que forman por medio del ritmo
cuajado en cristales; las piedras selectas;
todos los lenguajes
que vibrando lleva
la del Universo
magnífica orquesta,

son cerrado enigma
para el alma, miope perpetua
que en el cuerpo tiene para ver el mundo
¡sólo cinco pobres y míseras puertas!
¿Quién sabe si ocultan
una lógica extraña á la nuestra
las voces que lanza
el tropel de las olas que ruedan,
y son un idioma
que afectos encierra
sujeto á las leyes de rara sintaxis,
de metro y cadencia?
Cuanto vibra, vive:
cuanto vive, á su modo se expresa,
y las olas que pasan cantando
su trova perpetua,
¡en lágrimas rompen al ver que en la playa
el hombre no entiende su exótica lengua!
Mirad los tumultos
de hervorosas crestas;
ved las algaradas
que alzan rebramando las aguas inquietas;
cascos, lanzas, banderas, broqueles,
fingen los combates de espumas violentas.
¿Habla el mar airado
de terribles guerras?
¿Es su acento la historia infinita
de luchas añejas?
¿Será su lamento
la antigua leyenda
del vaivén de la vida, en que todo
nace, triunfa y rueda,
y otra vez se incorpora y asciende,
y da nuevos tumbos batiendo la arena?
Del encaje de lenguas que abre
el mar en la costa tendida y roqueña,
que cortas expiran
de cólera ciegas
ó largas desrizan sus pliegues flotantes
sobre lecho bronco de conchas y arenas,
nadie las palabras
ni las músicas hondas penetra,
ya el mar bata furioso, ó ya finja
sereno y brillante cristal de Venecia.
Hubo un pueblo antiguo,
la artística Grecia,
que culta y sensible,
vió flotar en las olas risueñas
ligeros tritones,
gallardas nereidas,
ondinas en camas de rojos corales
sutiles y aéreas;
y tirando de cintas de espuma,
del mar sacó el carro, la concha entreabierta

donde Venus Urania traía,
amable y egregia,
en dos blancas urnas, los senos redondos
cual ondas gemelas,
el amor provocando á la risa,
y la gracia marmórea y espléndida.
¿Será el mar un mundo
poblado de vagas visiones etéreas,
cual lo vió en lo antiguo
la intuición helénica,
y hablarán en las olas que pasan
los leves espíritus que viven en ellas?
¡Oh, quién sabe! Lo cierto es que el hombre,
en las tardes de estío se sienta
en la roca en que suena del cíclope
el trajín de furiosas cadenas;
y piensa en su canto
oir un idioma de extrañas cadencias
sometido al compás gemebundo
de la onda que rueda,
y que va por la playa tendida
de estrépitos músicos llenando las peñas.

¡TRABAJAD!

Como el volante brioso,
después de abierta la mano
que le prestó movimiento,
se queda luego girando;
como al querer detenerse
en su carrera el caballo,
siguen, sin poder pararse,
sobre la tierra los cascos;
como del baile en las vueltas
los cuerpos entrelazados,
siguen, después de la música,
el vivo compás marcando,
así, cuando del cerebro
termina el rico trabajo,
el *volante* que lo mueve
sigue en las vueltas lanzado.
Imágenes fugitivas,
ideas como relámpagos
desprendidas de la lógica,
entonces pasan de largo,
como ruedan y se pierden,
desprendidas de las manos,
las perlas, deshecho el hilo
del collar en que brillaron.
A veces llena el cerebro
un pensamiento tan claro,

que la mente fatigada
ansia siente de alcanzarlo;
pero es tarde para hacerle
vivir en el mundo plástico,
porque el estilo, ya débil,
no puede arrojarle el lazo;
y aquel fulgurar del genio
se hunde del alma en el caos,
como en el mar una piedra,
como un soplo en el espacio.
¿En algún punto invisible
del Universo en que vamos,
repercutirá esa fuerza
desprendida del trabajo,
y tomará forma y vida
bajo un aspecto ignorado,
prestando el bien que no pudo
al escaparse vibrando?
Onda que empuja á otra onda
la hace rodar á algún lado;
semilla que lleva el viento
resurge y florece al cabo;
virtud que el amor practica
sigiloso y reservado,
vibra en alguna conciencia
y deja en ella algún rastro;
y si en la Creación no hay nota
sin ser parte de algún canto,
y está el grandioso Universo
por equilibrios formado,
esa fuerza que se escapa
del cerebro casi exhausto
acaso no se evapore
y fecunde otros espacios.
¡Trabajadores de todo
lo que forja el ser humano:
trabajad, que del cerebro
no se pierde un solo rayo!

LA PARTITURA

¿Vísteis en Julio y Agosto
á las hormigas inquietas,
ir vagando entre los trigos
y las tostadas avenas
y alinëarse en rosarios,
todas negras, todas negras,
desfilando cada hormiga
con una simiente á cuestas?
Pues cuando miro las notas
en el pentágrama presas,

de la sabia *Partitura*
dar á las hojas la vuelta,
y desfilar por el libro
todas negras, todas negras,
me parecen hormigueros
que en caravana atraviesan
hacia sitios ignorados
donde nunca, nunca llegan.
A esos renglones de *insectos*,
donde duerme la cadencia,
alas les da la armonía,
alas vibrantes y bellas.
Como los granos de trigo
se oprimen y compenetran
y van formando la espiga
con el orden en que alternan,
esos signos, esas notas
que se siguen y entremezclan,
forman la ópera brillante
dentro del ritmo en que tiemblan.
Esos *insectos* sonoros
saben compás y aritmética
y aunque revueltos parecen,
cada cual su punto llena.
Esclavizados se miran
entre líneas paralelas,
como el ave en los alambres
que la tienen prisionera;
pero apenas la batuta
brilla alzada por la diestra,
por romper lo que les ata
impacientes forcejean.
Ya el grandioso coliseo
su regio lujo despliega,
ya en los tallados diamantes
los rayos vivos se quiebran,
ya de los arcos voltáicos
cascadas de luces ruedan,
y en un ambiente de plata
todo relumbra y chispea.
Sobre el atril del maestro
la partitura está abierta,
como un exótico libro
escrito en confusa lengua.
El telón, lento, se riza,
ya la batuta se apresta,
y traza serie de *cruces*,
hechas con mano frenética.
Asustados los *insectos*
entonces se alzan y vuelan
y á cada golpe del brazo
por los aires se dispersan.
De las hojas extendidas,
notas, y notas se alejan,

y en bandadas se persiguen
por la extensa sala regia.
Tal del árbol cuando zumba
en él disparada piedra,
los pájaros aturdidos
salen y revolotean.
Y cuando la ópera acaba
y el canto lírico cesa,
como vuelven las palomas
al punto de que salieran,
el enjambre de sonidos
que aún en el aire resuena,
¡otra vez torna á fijarse
en las líneas paralelas!

HOJAS RODANDO

Mira cómo se siguen
las hojas secas
en un extraño baile
de cosas muertas;
mira sus contorsiones
sobre la tierra
imitar los anillos
de la culebra.
Son las hojas ajadas
de las higueras,
las del álamo blanco
mustias y enfermas;
las del sauce que mira
las aguas tersas
encerradas en marco
de ariscas breñas.
Van en el vals errante
las hojas trémulas
que al amor ocultaron
tras de la reja;
van las que florecieron
las azoteas
y ornaron los pretiles
de tintas frescas.
Los pomposos parrales
que amarillean,
componen con sus hojas
ruidosa trenza
que sobre el suelo alarga
su libre estela,
y brinca y se revuelve,
salta y tropieza.
Van las del algarrobo
breves hojuelas,

las largas de las cañas
pedazos hechas;
van las de los rosales
en lluvia espesa,
las de nardos y dalias
lauros y adelfas.
Fantásticos tropeles
todas remedan
describiendo su danza
de giros llena,
y ya las abre y tiende
la ventolera,
ya locas espirales
forma con ellas.

* * *

Así las ilusiones
tristes y yertas
arrancan de la mente
vientos de pena,
y las llevan bailando
sobre la tierra
una danza de muerte
callada y tétrica.
Hojas de la esperanza
que lució abierta
como una verde rosa
de luces llena;
hojas de la alegría
que orló risueña
al alma, alborozada
de poseerla;
hojas de los amores,
cuya diadema
se ciñó á nuestra frente
libre de penas;
hojas de los ensueños
que en noches bellas
perfumaron el alma
con sus esencias:
¿dónde os fuisteis volando
como las secas
hojas que otoño en alas
del viento lleva?
Como rama desnuda
donde se albergan
las aves del invierno
tristes y yertas,
en la rama desnuda
del alma enferma
las rotas ilusiones
lloran su pena.
Hojas que vais bailando
bajo las selvas,

del otoño sombrío
la *tarantela*:
¡no arrastréis con vosotras
las que me quedan,
ilusiones que, leves,
por irse, tiemblan!

La Comparsa Popular.

Por el fondo de la calle
viene la errante comparsa,
punteando un paso doble
que es un derroche de gracia.
Antes de Carnestolendas,
las populares parrandas
van alegrando la Corte
cruzando calles y plazas.
Cuando las mira á lo lejos,
la gente un punto se para,
¡porque yo no sé qué tienen
las cuerdas de la guitarra!
Allá la nutrida orquesta
poco á poco se destaca,
y avanzando lentamente,
á su propio compás anda.
Un pelotón de hombres mozos
delante rompen la marcha,
á guisa de amplios manteos
trayendo envueltas las capas.
Vienen después las bandurrias
sobre los pechos colgadas
y las sonoras vihuelas
con el boquete en las tapas.
Después camina una turba,
por sí misma convidada,
de chiquillos y personas
de todo género y laya.
Y ese conjunto ruidoso
alegre avanza y avanza,
y la música que vibra
cada vez suena más clara.
Ya está cerca, ya está cerca
la vagabunda comparsa,
y del brillante Maestro
se oye el viril «¡viva España!»
Ya se miran á las luces
de los faroles las caras,
ya las facciones se advierten,
ya están de perfil, ya pasan;
ya por la espalda la orquesta
se ve alejarse gallarda,

al vaivén rítmico y bello
de piernas, cuerpos y capas...
Poco á poco se amortiguan
arpegios, trinos y escalas,
y se hace más vago y triste
el eco de la parranda.
Allá se aleja confusa,
dejando pena en el alma,
como si el pueblo en su fiesta
llevase nuestra esperanza.
Y sólo un rumor sonoro
se oye al fin en la distancia,
¡como si fuera un enjambre
dentro de cada guitarra!....

La Bandera Española.

Audaz y conquistadora,
aventurera y romántica,
amiga de cascos, plumas,
cotas, espuelas y espadas,
roja como el heroísmo,
como el rayo del sol gualda,
inmortal por su grandeza,
épica por sus batallas,
tela en que todos los vientos
cantaron glorias de España,
siempre apuntó á la victoria
al ser del aire rizada,
y fué á clavarse en las cimas
donde se posan las águilas.
Sudario del enemigo
que audaz osó desgarrarla,
igual que un crespón de luto
cobijó á distintas razas,
mientras que fué en los combates,
para orgullo de la patria,
colgadura de victoria,
lienzo egregio y cifra santa.
Descubridora de mundos,
sintió las vírgenes aguas
abrirse ante su bravura
en espumosas montañas,
y en el cristal infinito,
digno espejo de copiarla,
fué mirando su grandeza,
libre, intrépida y gallarda.
Todos los cascos de guerra
tienen señal de sus balas,
y todo acero de lucha
tiene mella de sus armas.

Con cañones dijo al orbe
su epopeya soberana,
que estremecidos oyeron
todos los puntos del mapa.
Supo todos los caminos,
venció en todas las hazañas,
la luz de distintos cielos
viéronla en gloria bañada,
y fué tan alta y tan noble,
que en la lid al tremolarla,
postrado el mundo decía:
«¡Es la bandera de España!»
España palpita en ella
y está su tela labrada
con fibras de nuestros pechos
y fibras de nuestras almas.
Su amarillo, es oro puro;
rojo, valor y arrogancia;
y porque encierre más brío,
tiene dos partes de grana.
Nuestra tradición sublime
en sus pliegues flota y canta,
y astá digna de ella, es sólo
nuestra soberbia Giralda.
La bandera simboliza
nuestras costumbres bizarras,
nuestras parrandas alegres,
nuestras mujeres amadas.
El zortzico vibra en ella
y el gemido de la gaita,
y la jota aragonesa
y la andaluza guitarra.
La luz más clara del mundo
da en su seda desplegada,
y los vientos de tres mares
llegan cantando á rizarla.
Las grandes fiestas pregona
sobre las torres clavada,
y es clámide de los reyes
y de los héroes mortaja.
Con los vinos españoles
está por Dios bautizada,
y forma trilogia egregia
con el manteo y la capa.
Es esplendor del desfile,
del arco, arrogante flámula,
memoria del ser ausente
y encarnación de la patria.
Cubridla siempre de gloria
valientes hijos de España,
que están sus ondas de triunfo
tejidas y entrelazadas,
¡con fibras de nuestros pechos
y fibras de nuestras almas!

ÉXTASIS

Soñando con un beso de tu boca
he pasado una parte de mi vida
llevando de pasión enrojecida
mi vehemencia que abrasa cuanto toca.

Como un corcel, mi fantasía loca
fué tras de esa ilusión, suelta la brida,
como corre á estrellarse enfurecida
la onda del mar en la inmutable roca.

Tu alma, todo bondad, le abrió los brazos;
y en vez de hacerse mi pasión pedazos,
en ellos se retuvo de improviso.

Conseguí de tus labios la victoria,
¡y vi á mi frente descender la Gloria
y ante mis pies abrirse el Paraíso!

¡SANGRE!

EN LA GUERRA

Madres dolientes, madres españolas
que en las olas mirais vuestros pesares:
¡con qué dolor contemplareis los mares,
los mares de sangrientas amapolas!

Cuando Julio desate sus corolas
á los rayos del sol caniculares,
derramareis suspiros á millares
viendo temblar sus incendiadas olas.

Pensando en vuestros hijos adorados,
sangre vereis tiñendo los collados,
sangre en el monte que la altura escala,

sangre en el mar y en el espacio terso,
¡como si el sol que alumbra el Universo
fuese una luz inmensa de bengala!

Dentro de tus ojos.

Azules como el humo vagoroso
son tus ojos de luz, amada mía,
y abismado en su vaga pöesía
he pasado mi tiempo más dichoso.

Cuando á los míos mires con reposo,
haz que dulce tu rostro se sonría,
y en mi interior, tu cándida alegría
sienta latir mi espíritu gozoso.

Estar dentro de ti, mujer, quisiera,
y aunque en tus ojos me descubro impreso,
no estoy dentro de ti, que vivo fuera.

¡Oh si lograras al grabarme un beso,
copiar con ansia mi figura entera,
cerrar los ojos y cogerme preso!

EL RÍO

Estruendosa campaña de peleas
desde tu origen sosteniendo vienes,
y ruedan más coronas de tus sienes
que de todos los reinos que rodeas.

Ya la brutal musculatura ondeas
y en tumbos bajas y á morir te avienes,
ya aglomerando espumas y vaivenes
triunfante en el escollo centelleas.

Es tu paso carrera de victorias,
cargado vas de tus inmensas glorias
creyendo audaz que tu poder no muere.

Y cuando nada á tu ambición se oculta,
¡llegas al mar que tu esplendor sepulta
y te entona su ronco *Miserere!*

EL BUEY

En la explanada bulliciosa, lento
contemplando la feria alborotada,
monumento impasible, en su mirada
refleja el buey del cuadro el movimiento.

Isla entre mar de fondo turbulento,
remanso entre la fuerza desbordada,
no desconcierta de su esfinge nada,
ni horrible furia, ni febril contento.

La vida sin cesar de estremecerse,
le envuelve con empuje soberano
y provoca al impávido á moverse.

Y él, sin sentir el rebramar cercano,
deja en su dorso colosal romperse
el oleaje del delirio humano.

EN SECRETO

Cual se aman dos estrellas luminosas
en el azul del cielo cristalino
y al hallarse en su curso peregrino
se entienden con sus luces misteriosas,

así nuestras dos almas amorosas
se entienden al hallarse en su camino,
y se abren ambas al amor divino
como en vaso gentil se abren dos rosas.

Nadie habrá de saber que yo te adoro
ni que en mi vida fundas tu tesoro
y en la pasión que ante tu altar elevo.

Baste saber á nuestro propio culto,
¡que tú me llevas en el alma oculto,
y yo en el ara de mi fe te llevo!

En la cumbre del «Santo Pitas».

IMPROVISADO

Á Perla.

En la alborada de San Juan, postrado
sobre esta inmensa elevación, mi frente
se baña en mil auroras de repente
como si el mundo hubiérase incendiado.

Es que del sol el Cáliz desbordado
sublime asoma en el altar de Oriente
á dar su comunión incandescente
y su salud á todo lo creado.

Ante ésta de prodigios coronada
misa del Sol ¡oh Perla inmaculada!,
canta tu excelsitud el alma mía.

Y en nombre de San Juan yo te bautizo
sobre esta cumbre eterna, que Dios hizo
¡la inmensa pila bautismal del día!

Alborada de San Juan de 1905.

PUBERTAD

En estéril arenal
que lecho de abrojos era,
pobre y de humilde manera
nació un modesto rosal.
Por entre piedras mezquinas
el invierno lo mostró,
y solo y triste elevó
su ramaje, todo espinas.
Soñando con los matices
de Abril galano y risueño,
fué alargando con empeño
su red de enfermas raíces.
Calmaban su sed las lluvias,
el viento le acariciaba,
y en sus tallos enredaba
el sol sus madejas rubias.
Al abrirse placentera
la aurora de cada día,
se alzaba, por si veía
venir á la primavera.
Cuando asomó, ¡qué colores
nacer el rosal miró!
El mismo se engalanó
con un turbante de flores.
En sus ramas ideales
vió al cabo rosas nacer;
¡que así viene á florecer
la pasión en los rosales!
Abril de galas hermosas
ornó sus sienes divinas;
y aquel rosal, todo espinas,
fué al fin rosal, todo rosas.
Como esa planta, ángel mío,
tu corazón misterioso
de su invierno tenebroso
sufrió la calma y el frío.
Mas llegó su primavera,
y el tibio y fecundo rayo
despertó el florido Mayo
que en tu pecho reverbera.
Abrió el cáliz tu hermosura,
te dió la pasión su norma,
y el gran himno de la forma
cantó toda tu escultura.

SOMBRAS

—¡Plácido arroyo que rumoroso
por entre flores corres fugaz!
¿dónde está el término de tu camino?
¿de dónde vienes? ¿á dónde vas?

Siendo tu senda la más florida;
siendo tu linfa libre cristal;
siendo tú espejo del mismo cielo,
dime, ¿no sabes á dónde vas?

—Siendo mi senda la más florida;
siendo mi linfa libre cristal;
siendo yo espejo del mismo cielo,
sé... que mis pasos van hacia el mar.

Pero tú, siendo la misma ciencia;
tú que el misterio sabes borrar;
tú que los astros medir consigues;
tú que caminas con ciego afán;

tú, en fin, la obra más acabada
que el Sér Supremo quiso formar;
tú, ¡El Hombre! acaso podrás decirme
¿de dónde vienes y á dónde vas?

(Escrita por el autor á los 15 años.)

Á una joven de trece años.

Todo está por formarse en tu figura,
como ahora están los brotes replegados;
son tus labios dos pétalos cerrados
donde no entró del sol la llama pura.

Del sagrario que encierra en su clausura
tu manantial de afectos delicados,
no hinchó el amor los cálices sagrados
llenándolos de fuego y de ternura.

Tus trece abriles, virgen inocente,
aún no ciñen al arco de tu frente
las rosas del rubor de las doncellas.

Las flores del almendro son tus flores,
y arrojan en tus sienes resplandores
como un círculo espléndido de estrellas.

El último abrazo de mi madre [1].

Al venir la primavera
toda vestida de gracia,
toda vestida de gloria,
mi viejecita lloraba;
lloraba porque creía
que siendo ya tan anciana,
al volver yo para verla
la encontraría enterrada;
y allá en sus picachos sola
me aguardaba, me aguardaba,
con el oído latente,
con el espíritu en guardia,
y el corazón repicando
en unas vísperas santas.
Desde la aurora al crepúsculo,
vuelta hacia Oriente la cara,
fija en el ancho horizonte
por donde verme esperaba.
—«¿Vendrá, vendrá?—repetía;
mirad bien en la distancia
á ver si baja corriendo
el filo de la montaña;
mirad desde el valle al monte,
desde la cumbre á la playa,
y registrad las veredas
las trochas y las cañadas.»
Y al venir el rubio día,
en que una voz anunciara
«ya viene haciendo señales
con una bandera blanca;»
una risa milagrosa
de sus tuétanos brotaba
que la erguía en el asiento
igual que una llamarada,
lo mismo que una candela
que en alto relumbra y baila.
Yo me prendí en su lumbre
para saltar hecho brasas
cual pedrería de estrellas
que una espiral le formara,
y entre un temblor de alegría,
entre un temblor sin palabras,
como dos enredaderas
enredábamos las almas.
¡Qué de besos tronadores,
qué nudos en las gargantas,

(1) Por creerse perdida esta composición, no figura en el poema *El Libro de mi madre*, que va incluído en el tomo *Poesías completas*.

qué confusión de gemidos
de exclamaciones y lágrimas,
qué fiero dolor mirando
su marchita carne flaca,
ver sus tendones caducos,
ver sus arrugas sagradas,
ver en sus ojos más lirios,
ver en su frente más canas,
verla más triste, más triste,
más anciana, más anciana!
Como sarmientos nudosos
sus dedos me aprisionaban,
abarrotados y fríos,
hechos diez míseras lástimas.
Eran sus ojos dos ópalos
de pupilas resignadas,
de turbias luces caducas
que miran y no ven nada.
Era su boca un sepulcro
que encerró música y gracia,
que fué un joyero de risas,
que fué una copa encantada.
Su pecho como el cordaje
hecho pedazos, de un arpa,
entre mis brazos crujía
cual haz de frágiles cañas.
Replegadita á mi pecho
de él no podía arrancarla
y con un temblor de muerte
á mi cuerpo se incrustaba.
¡Pobre mujer, pobre vida,
harapo de carne humana,
relicario de amarguras,
bandera en trizas rasgada,
vidrio de una mariposa
que alumbras tus boqueadas,
misal de mi rota misa
que en sombras dejas tus páginas,
evangelio que te cierras
cogiendo en medio á mi alma,
paloma que buscas nido
en mis latentes entrañas,
corderito que á mí viene
y contra mi seno balas,
madre de todas mis penas,
madre de corona blanca,
que para mí has sido Virgen
Tierra y Cielo y Mar que canta:
igual que un dolor eterno
te llevo claveteada,
y aquel abrazo infinito
¡nunca cesa, nunca acaba!

LA EPOPEYA DEL TEMPLO

EN TRES CANTOS

Á la alta inteligencia de mi ilustre amigo D. Antonio Espinosa, en cuyo hermoso palacio de Cabo de Palos, escribí este poema.

PERSONAJES

Inspiración.
Poeta.
Escultor.
Organista.
Arquitecto.
Sacerdote *(que no sale á escena)*.
Saula.
Campanero.
Doncella.
«Tragedia» *(genio del Mal)*.
Dama 1.ª
Dama 2.ª
Dama 3.ª
Dama 4.ª
Caballero 1.º
Caballero 2.º
Caballero 3.º
Caballero 4.º
Nobleza.
Poder.
Prensa.
Oro.
Aristocracia.
Bordadora.
Modista.
Servidor.
Voces; de 1 á 41.
Columna de Las Vidrieras Góticas.
Columna del Pan Acimo.
Columna de La Cristalería.
Mil bailarinas.
Turbas populares.
Obreros.

La acción en Cosmópolis.
Epoca, cualquiera, después de Jesucristo.

CANTO PRIMERO

Suntuosa sala en el palacio de Inspiración. El fondo cúbrese totalmente por un gran cortinón de púrpura. Entre los objetos que decoran el salón, hay una panoplia llena de armas.

ESCENA PRIMERA

Inspiración y Saula.

SAULA. Inspiración, malos tiempos
corren para las creencias,
malos tiempos para Cristo,
menguados para su Iglesia.
En un volcán de locura
arder parece la tierra,
como si otra vez de espanto
se entrechocaran las piedras,
y la maldad y el cinismo,
la ignorancia y la demencia,
incendian, matan y roban
con un clamor de tragedia.

INSPIRACIÓN. Pero no tiemblo. Lo mismo
en veinte siglos, hicieran
bambolearse los templos
otras muchedumbres ébrias.
Mas cuando piensan audaces
que saltó la Cruz deshecha,
más segura abre los brazos,
más triunfante y más excelsa.
Desde el mar de la barbarie
viene, á veces, la onda negra,
y como enorme rasero
dobla frentes, torres, crestas,
pero pasada la tromba
que hizo doblar la palmera,
otra vez yergue arrogante
su penacho á las estrellas.
Así es la Cruz victoriosa,
un huracán la doblega
pero otra vez se levanta
hacia Dios, como una flecha.

SAULA. Es cierto, sí; mas no debes
entre esta lucha sangrienta,
inaugurar tu palacio
y abrir en triunfo sus puertas.
Te baste haberle incluído
la grandiosa Biblioteca,
el Teatro portentoso,
y las sublimes Escuelas.

INSPIRACIÓN. También el templo.

SAULA. Obra es tuya,
plan que soñó tu cabeza
y hoy sus trescientas columnas
á las bóvedas se elevan.
Pero aguarda á que la lucha
pavorosa se disuelva,
y luego inaugura el Templo
con Teatro y Academia.

INSPIRACIÓN. ¿Volver á Cristo la espalda
cuando la lucha acrecienta,
y cuando está vacilante
la Divinidad?

SAULA. Espera,
aún el tiempo no es venido.

INSPIRACIÓN. ¿Aguardar cuando debieran
todos los pechos que sienten
alzarse como una hoguera,
y esa barbarie sacrílega
dar al viento hecha pavesas?

SAULA. Te anticipas á los tiempos;
aún no hay luz en las conciencias
para hacer de sus amores
una Familia Evangélica
con Templos ni con Teatros,
con Artes, Libros ni Ciencias.

INSPIRACIÓN. Han de sumarse las almas
en el cuadro, en la cadencia,
en el cincel, en el verso,
en el color y en la idea,
y ha de alzarse sobre todos
como cúpula perfecta,
Cristo extendiendo los brazos.

SAULA. Tendrás que sentir con esa
locura sublime. Mira
los diarios, ¡cuánta mengua!
¡cuánto espantoso cinismo!

INSPIRACIÓN. Lee; mi pecho no tiembla.

SAULA. (*Leyendo.*)
«En Cosmópolis, las hordas
»cuanto pillan pisotean,
»se meten en los conventos
»atropellando las celdas,
»y ahuyentan despavoridas
»las religiosas austeras.
»Han arrancado las manos

»á un sacerdote, que en ellas
»alzaba la Forma Santa.
»Han saqueado una iglesia
»destrozando altares, púlpitos,
»adornos y vestimentas.
(*Dando mayor sentido á la lectura*)
»También en barrio distante
»han hecho arder con violencia
»el palacio de una dama,
»por tener en él expuesta
»dando á una plaza, una imagen
»que de antiguo se venera».
¿Ves?

INSPIRACIÓN. No importa si abrasada
muero por Dios; su clemencia
murió en la Cruz por mi vida;
¡qué más si muero por ella!

SAULA. (*Leyendo.*)
«Quien los desmanes dirige
»de esas partidas siniestras,
»es el traidor conocido
»por el nombre de *Tragedia*».

INSPIRACIÓN. ¡Qué horror me inspira ese hombre!;
si yo alcanzarlo pudiera,
así lo extrangularía
entre mis garras de hiena.
El es *el Genio del Mal*
que lucha contra la Iglesia
y que encarna cada siglo
en un monstruo de la gleba.
Su carne, es carne de víboras;
toca, y cuanto toca, quema;
mira, y mancha lo que mira;
ríe, y su risa envenena;
sus brazos, cuando los mueve,
se agitan como culebras;
habla, y parece que salen
alacranes de su lengua.
Pero si él es el veneno,
yo soy la brava candela
donde las víboras arden
y cual virutas se encrespan.
Si lo Divino peligra,
se ha de dar la vida entera.
Ofrecer lauros y glorias,
ofrecer fama y hacienda,
dar los ojos arrancados
del fondo de nuestras cuencas,
dar la sangre como un hilo
que libre manche la tierra,
dar arterias, nervios, músculos,
dar corazón y cabeza,
¡si es por Dios, es no dar nada,
pues cuanto la vida encierra,

no vale una santa astilla
de la divina madera
de Aquél que engendró de un soplo
el Sol, y su lumbre eterna!

SAULA. Eres tú la Inspiración
y por eso arde tu lengua,
y te saltan cual relámpagos
de la frente las ideas.
(*Besándola dulcemente.*)
Calma; sosiega el espíritu;
te lanzas á las estrellas,
y consume mucha vida
la altura.

INSPIRACIÓN. Tú me consuelas.

SAULA. Con la jaula de tus pájaros,
viene hacia aqui tu doncella;
ellos con su algarabía
apacigüen tu cabeza.

ESCENA II

Inspiración, Saula, Doncella.

DONLLA. Aquí está ya la jaula con su alegría;
limpios están tableros, vidrios y alambres.

INSPON. ¡Siendo de cien Naciones, la simpatía
los une como abejas en los enjambres.
¿Ha habido alguna riña?

DONLLA. Ni una pelea.

SAULA. Parecen en la jaula todos hermanos.

INSPON. Este, morado, vino de Galilea;
aquellos de alas rosa, son italianos;
de Nápoles trajeron su melodía;
tienen patas azules y moño rubio;
el azul tembloroso de la bahía,
y el oro que á los cielos alza el Vesubio.

DONLLA. ¿Y aquel de plumas verdes?

INSPON. Es de los Andes.

SAULA. ¿Y el de collar dorado?

INSPON. Del Cairo vino.

DONLLA. ¿Y ese del largo moño?

INSPON. Trajo de Flandes
esa pluma en la forma de airón divino.
Ese, color de crema, color magnolia,
es de Rusia distante; sueña en la nieve;
y este rojo, es del cielo de la Mongolia
y un incendio en sus plumas colores llueve.

SAULA. ¿Son muchos los de América?

INSPON. Muchos; su oído
oye innúmeras aves de forma extraña;
nacieron en Iberia, pero en su nido
no supo retenerlas la madre España.

Se fueron, emigraron con otros nombres
del mar por los desiertos mudos y graves;
el rumbo de los pájaros siguen los hombres;
¡no quedarán á España ni hombres ni aves!

SAULA. ¿También hay de las Indias, hay de la Galia?...

INSPON. Hay de cuantas Naciones alumbra el día;
de Nueva York vinieron como de Italia,
del Danubio, del Ganges, y de Etiopía.
Del Japón son aquellos de veste rubia;
éste, de Pensilvania silba una copla;
ese, color de lirio, vino de Nubia;
y éste de la brillante Constantinopla.

SAULA. Es azul como el Bósforo.

INSPON. Tiene las galas
de cuanta flor Turquía mece en sus tallos;
abanicos sedosos fingen sus alas
para abrirse á la sombra de los Serrallos.

DONLLA. ¿No hay pájaros de España, de Andalucía?

INSPON. Más bellos los cinceles no los modelan;
su Sol, pájaros vivos volvióse un día
y desde entonces fingen llamas que vuelan.
Este que entre temblores y brillos late,
es el gilguero músico de son divino;
su plumaje de endrina, de oro y granate
es digna vestimenta de su áureo trino.
Esta es la golondrina dulce y piadosa;
ungida va de aceites tornasolados;
fué la amiga de Cristo, que melodiosa
cantó sus cardenales amoratados.
Ave de un oro vivo, ved el canario
que abre sus esplendentes vuelos pajizos;
canta cual si en un cáliz diera un rosario
cuyas cuentas sonantes fuesen granizos.
Y esta es la alondra; sube de la colina
y altísima descorre del alba el velo;
¡en esta fragil ave de luz divina
tiene España la llave de abrir el cielo!

SAULA. ¿Y tienes ruiseñores?

INSPON. Tres de voz pura
como á tener ni España quizás ya vuelva;
de pecho milagroso, casta ternura
y voz ancha y grandiosa que huele á selva.
De una greña de sauce colgó su nido
una de las tres aves, de Dios remedo,
y se miró en el Tajo que retorcido
aprisiona, ondulando, la real Toledo.
Cuando escucho su trino, presiento acaso
oir como un tributo de la belleza,
los deleitosos versos de Garcilaso
cuando canta á la madre Naturaleza.

DONLLA. ¿El otro es granadino?

INSPON. Sí, de Granada;
canta con sentimiento que maravilla;
dicen que es una copia su voz dorada

de la voz de oro y gloria del gran Zorrilla;
y cuando de la tarde la hora discreta
me descorre los sueños que el alma quiso,
pienso que canta versos de aquel poeta
este ave inmaculada del Paraíso.

SAULA. ¿Y el ruiseñor tercero?

INSPON. Nació en Sevilla.
solloza como Bécquer el doloroso;
su canto no es la llama que tiembla y brilla;
es gotear de lágrimas lento y penoso.
Se me figura un largo son de clamores
de otras vidas que errantes gimen inquietas;
¿serán tan sólo, acaso, los ruiseñores
las almas inmortales de los poetas?
De todas las Naciones aves nacidas
hay entre los alambres que las recatan;
¡las aves, con ser aves, cantan unidas!
¡los hombres, con ser hombres, se odian y matan!
Del Espíritu Santo lenguas de fuego
parecen en la forma de puras aves,
y enseñan á las almas con voz que es ruego
del Amor Infinito las leyes graves.
¡Quién pudiese en cenáculo trocar la vida;
florecer los espíritus como las ramas,
y poner en la Tierra de luz vestida,
sobre todas las frentes, lenguas de llamas!
Concédeme ¡oh Dios mío! la recompensa
de hacer yo ese milagro de amor fecundo,
¡y salga de mis manos la jaula inmensa
que cobije á los hombres de todo el mundo!

ESCENA III

Inspiración, Saula, Organista, Servidor, Doncella.

SERVIDOR. El músico ha preguntado
si estais visible, Señora. (*Vase.*)

INSPIRACIÓN. Que pase aquí de contado.
(*A la doncella.*)
Tú, llévate ese dorado
mundo de gente cantora. (*Llévase la jaula.*)
Adelante el organista,
el grande y supremo artista
que hace los templos vibrar
en cada sublime altar
y en cada radiante arista.

ORGANISTA. Bésoos la mano, Señora;
si yo tengo ese poder,
vuestra inspiración me dora;
vos me haceis divino ser
con vuestra luz bienhechora.
Vuestra maravilla es tanta,

que al que dais vuestra virtud,
se ilumina y se agiganta
y eleva un son del laúd,
ó pinta, ó modela, ó canta.
Y es que sois la inspiración,
y de cualquier corazón
que ríe, tiembla, ó suspira,
haceis una noble lira
desbordada de pasión.

INSPIRACIÓN. Gracias por los madrigales
del músico que á raudales
derrama luz y armonía.
Cerca está ya el magno día
de oir las flautas triunfales.
¿No es cierto, Saula?

SAULA. (*Al organista.*) Se empeña
de esa turba que despeña
por las calles su furor,
corresponder al clamor
echando al fuego más leña.
Con toda riqueza y gala
quiere el templo inaugurar,
cuando á gritos se propala
que de pie no ha de quedar
una iglesia buena ó mala.
Debiera ceder.

ORGANISTA. Por mí
ya la gran misa escribí
que me encargasteis, Señora;
el órgano conmoví,
y el órgano canta y llora.

INSPIRACIÓN. ¿Y os atreveis á tocar
aunque llegara á rodar
entre el fragor de las notas
el templo con naves rotas
y con la Cruz del altar?

ORGANISTA. Vos me infundís decisión,
y os debe mi adoración
hasta su último latido;
¡tocaría aunque partido
rodara mi corazón!
¡Aunque el templo se doblara;
aunque el fuego me abrasara;
sòy de vos y tocaría!
¡tocaría aunque saltara
toda la trompetería!
Vos me teneis subyugado
y quiero por Vos morir
pues el genio me habéis dado;
por Vos y mi Dios amado
¡qué más morir ó vivir!

INSPIRACIÓN. ¿Oyes, Saula?

SAULA. Es que si toca
tu mano una ruda roca,

en llama viva la prendes,
y cuanto enuncia tu boca
en una explosión lo enciendes.

INSPIRACIÓN. (*Al organista.*)
No habreis el ritmo olvidado
del baile noble y sagrado
que, al ser de la Iglesia alumnas,
han de bailar las columnas
del templo á Dios levantado.

ORGANISTA. Ya los compases están,
y en el solemne momento
en que fin al rito dan,
en un paso grave y lento
las columnas bailarán.
Es vuestra gran creación;
dar á la humana visión
con claridad asombrosa,
lo que en la Iglesia grandiosa
las firmes columnas son.
Ya muy pronto se han de ver;
por concepción tan genial
mereciérais genio ser,
si más luz pudiera haber
en vuestra frente inmortal.

ESCENA IV

Inspiración, Saula, Músico, Arquitecto.

(*Este llega familiarmente con la túnica de trabajo.*)

ARQUITECTO. ¿Se habla en secreto?

INSPIRACIÓN. Venid;
llegais oportunamente.

ARQUITECTO. Bésoos la mano. Decid.

INSPIRACIÓN. Hay que quedar triunfalmente...

ARQUITECTO. O perecer en la lid.

SAULA. (*Al arquitecto.*)
¿Verdad que es una locura
abrir las puertas sagradas
que alzó vuestra arquitectura,
á las feroces miradas
de tanta canalla impura?
Rodarán galas y altares,
saltarán áureos collares,
no quedará ni un ex-voto,
y todo se hundirá roto
entre los altos pilares.
Rogadle Vos que desista,
que no luche ni resista;
Vuestra es la Iglesia labrada,
y mirareis destrozada
vuestra gran obra de artista.

ARQUITECTO. Es mía la ejecución,
pero de ella la invención;
aquel que sólo interpreta,
ni es músico, ni poeta,
ni arquitecto; nada son.
SAULA. Pero os debeis oponer
á que emprenda esa locura.
ORGANISTA. No es demencia, que es cordura
si hay peligro, contener
al que el peligro procura.
INSPIRACIÓN. (*Arrebatadamente.*)
La música ensayaremos,
la danza entretejeremos,
todo á prepararse va;
y cuando el plazo acordemos,
el templo á Dios se abrirá.
Fuera la acción más impura
en este trágico instante,
volver la espalda perjura
cuando Cristo vacilante
se despeña de la altura.
(*Abriendo una puerta.*)
¡Sus! Acudid los obreros,
los que labrais las aristas
con los cinceles severos,
los fundidores, tallistas,
artífices y canteros.
(*Se llena el escenario de obreros que trabajan en la Iglesia. Traen los instrumentos de labor en las manos. Vase Saula.*)

ESCENA V

Inspiración, Organista, Arquitecto y Trabajadores.

INSPON. Vosotros que el trabajo nutrís con vuestra vida,
los que regais con sangre vuestra labor humana
por dar á vuestros hijos beber de vuestra herida
cultura, y pan, y fuerza, con vuestra fe cristiana:
Oid: habeis erguido con vuestras manos fieles
ese solemne templo, luchando cual caudillos
con picos, palas, cuerdas, andamios, y cinceles,
y escoplos, y palustres, y escuadras, y martillos.
Y cuando están ya listas para girar las puertas
y alzan campanas y órganos su lujo nunca visto,
sabeis que estan las calles de la ciudad desiertas
porque las turbas gritan: *¡Que muera Jesucristo!*
(VOCES DEL GRUPO) ¡Horror!
(OTRAS VOCES). ¡Ellos perezcan!
(OTRAS). ¡Son viles mercaderes!
INSPON. ¡Morir Aquel que dijo: *los hombres sois hermanos*
y, *para el otro quiere lo mismo que tú quieres*,
é hizo un cordón el mundo de entretejidas manos!

Su Amor, con su Palabra que es íntima concordia,
hizo del alma un templo de innúmeros pilares;
JUSTICIA, FE, CONSUELO, BONDAD, MISERI-
[CORDIA,
y cien y cien columnas lo mismo que palmares.
Esos sostenes firmes que al techo habeis alzado,
aunque los veis de piedra, son símbolo y ejemplo
de cada virtud pura, y el palmeral labrado
fué sólo para darle visible forma al templo.
¿Y han de caer por tierra sus sólidas arcadas?

VOCES. ¡Jamás caerán!

OTRAS VOCES. ¡Luchemos!

INSPON. ¿Y han de rodar deshechas
con vuestras propias vidas, columnas estriadas,
trompetas clamorosas, y bóvedas, y flechas?
Jurad que dareis toda la sangre que os enciende,
jurad por vuestros hijos luchar frente á los otros,
por defender á Cristo que de los clavos pende
y dió también su sangre primero por vosotros.
¿Jurais?

ORGA. Juro si llega la lucha encarnizada
morir, tocando á gloria, las flautas expresivas,
aunque en mi frente diera la Iglesia desplomada
y ardiera en espantoso montón de llamas vivas.

ARQUIT. Juro también en nombre del que sufrió el suplicio
dar mis entrañas rotas, dar mis deshechas manos,
dar corazón y frente cual noble sacrificio,
por Quien le dijo al hombre: ¡Quereos como hermanos!

INSPON. ¿Jurais vosotros?

JEFE DE LOS OBREROS. Juro con todos los obreros
luchar de Vos al lado venciendo en las empresas
y no arrojar las armas de nuestros puños fieros
sino después de vueltos montones de pavesas.

INSPON. Yo misma juro. Juro por tus divinos brazos
que veinte siglos llevan manando de la herida,
que cuando todos caigan, mi ser haré pedazos
y le daré á tu gloria mi sangre con mi vida.
(*A un ademán de Inspiración se alejan los obreros.*)

ESCENA VI

Inspiración, Poeta.

SERVIDOR (*Vase.*) Señora, el Poeta
os ruega su entrada.

INSPON. Sin vano permiso, la santa Poesía
entra hasta nosotros y nos llega al alma.
(*Adelanta el Poeta: ella va á su encuentro con efusión dulcísima. Inspiración ha de hacer con el Poeta, de madre, de enamorada, de sacerdote y de inspiración.*)
En buen hora vienes,
en buen hora llamas:

Ven, Luz, Fuerza, Vida,
elixir divino que curas y sanas.

POETA. Déjame, estoy triste.

INSPON. ¿Triste? ¿por qué causa?

POETA. Los hombres no adoran la excelsa Poesía
ni á Cristo que ostenta su cifra más alta.

INSPON. No adoran á Cristo, ¡qué horror, qué amargura!
y á ti te desprecian también ¡no te aman!;
de toda la vida del Cielo y la Tierra
¡no quieren los hombres las dos grandes alas!

POETA. Me lloran los huesos de pena infinita.

INSPON. Ven, duerme en mi falda;
ven, mi amor dulcísimo; si nadie te quiere
tu madre te adora, tu amante te aclama,
y tu sacerdote de gloria te unge,
y tu inspiración de rocío te baña.
¿Te acuerdas, divino hijo mío, te acuerdas
quizás de tu España,
de tu tierra distante? Aquí miles
de obreros activos que el templo levantan,
son de tu ardorosa nación, de la tierra
de las catedrales, por eso las labran
mejor que los otros obreros del mundo,
por eso los traje del suelo de Hispania.
Juraron ha poco por Cristo severo
dar por El su vida si á herirle llegaran.
Para enardecerlos, hazme la poesía
más fiera y ardiente que vibre en tu arpa.

POETA. ¡Murió ya en mis labios el ritmo armonioso.

INSPON. Yo daré á tu lengua la suma palabra.
La jota es un himno triunfal y valiente
de un ímpetu heroico, tú mismo la sabes, tú mismo la cantas.
Encarna en el verso su sabia que quema,
su jugo que abrasa;
témplate en el grito de guerra que arroja
cuando sale ardiendo desde las guitarras.
(*El, seducido, coge la pluma y escribe. Ella le inspira, mientras habla y gira á su alrededor.*)
Entera la vida
palpita en su caja;
hombres y mujeres hablan en sus cuerdas,
y contiene todas las voces humanas.

POETA. (*Absorbido, escribiendo.*)
Es cierto, una arenga
es la jota que enciende y arrastra.

INSPON. Y como españoles serán los que escuchen
su música brava...

POETA. Sí, justo...

INSPON. Es el canto
de toda una raza.

POETA. Un himno guerrero...

INSPON. Los héroes proclama,
los hechos heroicos, las huestes insignes,
los choques de espadas,

los lamentos, los gritos de muerte
y los remolinos de locos caballos que botan y pasan.
(*Ella le cobija dulcemente con su brazo para susurrarle al oído, mientras lee y comenta con frases sueltas lo que escribe el Poeta.*)

INSPON. Así; queman, arden los versos que escribes.

POETA. Cuando tú me inflamas;
bésame la frente; verás como un río
de música y fuego mis versos enlaza.

INSPON. (*Sin dejar de protegerlo con los brazos y susurrar á su oído.*)
¡Cuánta loca furia
das á las palabras;
desgreñadas corren, como en un incendio
las lenguas de llamas!...
Justo; la española,
la epopeya ardiente, señora del mapa...
¡Oh, si, La Armería, muestrario de siglos,
compendio de lanzas...

POETA. (*Terminando de escribir la poesía.*)
Larga es la poesía.

INSPON. Yo en cambio quisiera que nunca acabara.
Recítala ahora.

POETA. Tú, porque no sólo la dices, la lanzas,
la arrullas, la rezas, la ruges, la enciendes,
la ríes, la truenas, la lloras, la cantas.
Recita la jota, que quiero acordarme
de Dios y mi Patria.

INSPON. (*Declamando magistralmente.*)
Ningún instrumento de cuantos suspiran
tiene forma humana,
ningún instrumento de fondo sensible
más que la guitarra.
Y es que la vihuela
de la vida toda las voces enlaza;
prima, dos, tercera, voz son de mujeres;
y voz de los hombres, sexta, quinta y cuarta.
Con esas seis cuerdas
ríe, llora y ama;
tres son transparentes y están retorcidas
con hebras tirantes de fibras elásticas,
y los tres bordones, son seda por dentro
y por fuera plata.
Recorriendo el mástil de trastes armónicos
y el pecho que siente, se alargan y alargan,
pasan por el talle de hueco redondo
de donde la fuente de música mana,
y van á anudarse donde las caderas
rotundas se enarcan,
quedando el cordaje que ríe y que llora
tendido en la caja
desde las clavijas al amarradero,
¡igual que seis lenguas sonoras que cantan!
Dentro de ese cuerpo de mujer melódica
palpita la raza,
se esconde la musa rebelde y bravía

del genio de España.
Llora con los presos,
zumba en las batallas,
gime en los zortcicos,
ríe en las parrandas;
y aunque junta y prende las varias regiones
en su rica gama,
y entreteje el Norte con el Mediodía,
sobresale en ella la jota bizarra,
porque vuelve la sangre un incendio
despertando el amor de la Patria,
y duelen los huesos de gozo al oirla
y retiemblan de ardor las entrañas.
Dentro de ese cuerpo de madera música,
dentro de esa caja,
está el explosivo triunfal de la jota
como un alarido de guerra y venganza.
Cantad, españoles, la jota invencible;
cantadla, cantadla;
está desprendida del Pilar divino
de Aragón valiente, y es fiera y sagrada.
Los cuatro renglones que arroja á los vientos,
no son cuatro versos, que son cuatro espadas
de aquellas bruñidas por los forjadores
cuando era Toledo la reina del mapa.
Suena á cañonazos la jota soberbia,
á espuelas, á arreos y á choques de lanzas,
y piensan los ojos mirar al sentirla
cuando ardiendo sale desde las gargantas,
los aceros de tiempos heroicos,
crineras, celadas,
petos, borgoñotas, lanzas de torneo,
pretales, gualdrapas,
escudos, coronas, penachos, rodelas,
chambergos de Flandes y plumas de Italia.
Cantad, españoles, la jota que es vida
y es vaso de llamas
que incendia los cuerpos, reaviva las frentes,
caldea los ojos y enciende las almas.
Ella tiene el paso de los guerrilleros
de edades pasadas,
cuando cuerpo á cuerpo caían con gloria
ó erguían la frente teñida de pólvora y en luz coronada.
Ella tiene el paso de los escuadrones
que del enemigo rompiendo la marcha,
crecían, crecían como cataclismos
y al son de las músicas feroces, triunfaban.
Ella tiene el eco de las salvas reales
del gran Carlos Quinto que el sol comtemplaba
dar la vuelta al mundo sobre territorios
de la antigua Hispania.
La jota recuerda los épicos triunfos
de tiempos gloriosos entre las escuadras
que á luchar venían de toda la tierra

para hundir su frente bajo nuestras aguas.
¿Visteis asombrados la Real Armería,
como una Epopeya de gloria que pasma,
compuesta de espadas insignes,
de cascos, frontales, banderas gallardas,
literas que fueron asientos de reyes,
manoplas y mazas,
armaduras cual joyas de siglos,
y altivos guerreros bajo sus celadas?
Pues eso es la jota candente y terrible,
la voz inmortal de la Patria
con héroes, tragedias,
tumultos de lanzas,
y triunfos tan grandes y glorias tan puras
que nunca las vieron los hombres más altas.
La jota es la mecha,
la candela bárbara,
la mano que lleva la antorcha
hacia polvorines contrarios que aguardan,
volando ciudades y ejércitos
con lo gigantesco de su llamarada.
Cuando muera un héroe,
cantadla, cantadla;
ella es más severa que canto litúrgico,
más recia y más brava.
Cuando nazca un niño,
tañed sus escalas;
tiene la alegría de pájaros nuevos,
de locas bandurrias y trémulas flautas.
Cuando pase un rey
al aire lanzadla;
es mas imponente que marchas augustas;
más fuerte y más amplia.
Si muere un poeta,
puntead la jota sobre las guitarras;
no hay del *Miserere* sobre los dolores
un dolor más hondo que hay en sus plegarias.
Reid con sus risas,
arded con sus llamas,
llorad con sus penas,
celebrad los triunfos con sus notas magnas;
y si vacilase sentada en su trono
de Cristo la imagen sagrada,
y apagado el espíritu, en sombras
estuviesen dormidas las almas,
quietos los impulsos y los corazones,
quietas en sus fundas las ígneas espadas,
entonces, por calles y templos,
por foros y plazas,
corran muchedumbres cantando la jota
como el que á rebato toca las campanas,
pasen muchedumbres lanzando los himnos
de Aragón y su Virgen bizarra,
y veréis de las rígidas piedras

surgir lumbraradas;
veréis removerse los huesos
en los ataudes bajo las mortajas;
veréis extender los caballos
las crines de horror espantadas
deseando mezclar sus relinchos
al estruendo feroz de las armas;
oiréis desfilar los cañones
como un río de bronce que pasa;
y en pie los ejércitos,
y en pie las ciudades al son despertadas,
desbordarse cual río grandioso
y luchar por su Gloria más alta,
la de Cristo inmortal y divino
á quien la bandera cubrió de la Patria,
como un palio triunfal que sostienen
columnas de pechos, aceros gloriosos y puntas de lanzas.
¡Españoles, la jota enloquece;
cantadla, cantadla!

ESCENA VII

Inspiración, Poeta, Escultor.

ESCULTOR. (*Que ha oído, oculto, la poesía.*)
¡Soberbia composición.
POETA. Ella la vuelve explosión
en que su espíritu late.
ESCULTOR. Recitada en un combate
su voz sería el cañón.
¡Quién como Vos consiguiera
los mármoles inflamar;
mi cincel la llama fuera
digna de Dios, y pudiera
sus dos ojos modelar!
El Cristo que Inspiración
me encargó, para con El
dar al templo devoción,
es Cristo; es su Rostro fiel;
¡pero sus Ojos no son!
No son los Ojos sagrados
que miran y sugestionan,
que aman y son adorados,
que suspiran entornados
y que besan y perdonan!
INSPIRACIÓN. (*Animándole.*)
Tú al mármol haces latir
como él al verso divino;
Dios pudo en su beso unir
al vate que hace sentir
y al escultor peregrino.
POETA. En Cosmópolis se cuenta

que es un sublime dechado
vuestra escultura sangrienta
donde el amor representa
á Cristo crucificado.

INSPIRACIÓN. ¿La admiraste?

POETA. No la he visto.

INSPIRACIÓN. (*Yendo á descorrer el cortinón de púrpura del fondo. El Escultor la contiene con un ademán.*)
¡Mira el grandioso portento...

ESCULTOR. ¡Aún falta un trazo...

POETA. No insisto.

ESCULTOR. ¡Falta darle sentimiento
á los dos Ojos de Cristo!
No puedo tras del cristal
de las pupilas cerradas,
desatar el manantial
y con su amor inundar
de luz las cosas creadas.
Y al verme delante de El,
Cristo y yo á solas los dos,
siento el suplicio cruel
que es dar luz con un cincel
á los dos Ojos de Dios.

INSPIRACIÓN. Pues cógelo en el instante;
vendrán ya los invitados
á ver el Sumo Semblante
con el cielo agonizante
en los Ojos apagados.
Antes de ser conducido
desde el taller al altar,
varias gentes han querido
que el suceso han conocido,
tu gran obra contemplar.

POETA. Volveré pronto. Ahora, adiós.
Tened confianza Vos (*Al escultor.*)
Si ella toca en el cincel, (*Por Inspiración.*)
saldrán milagrosos de él
los mansos Ojos de Dios (*Vase.*)

ESCENA VIII

Inspiración, Escultor.

INSPIRACIÓN. (*Incitándole al entusiasmo.*)
Llega tú al Cristo enclavado,
tú que dudas y vacilas;
hiere en el mármol sagrado,
y del cincel inspirado
surgirán las dos pupilas.

ESCULTOR. ¡A Dios mi mano tocar,
sus santos Ojos rasgar
con este duro cincel...
Inspiración, toca en él

y hazlo de genio vibrar!
Mi espíritu se estremece,
duda mi mano, y resisto;
con tal verdad resplandece,
que me figuro que es Cristo
y estar vivo me parece.
Pude labrar la escultura
del mármol en la blancura
con la corona de abrojos;
pero tocar á sus Ojos!
¡me da un terror que es locura!

INSPIRACIÓN. (*Arrebatadamente.*)
Vano horror al que te entregas;
vana duda en que navegas;
avanza firme á la Cruz,
y en las dos pupilas ciegas,
llama, golpea, y da luz.
Esos párpados morados
haz manantiales sagrados
con tu inspiración de artista,
y sé tú el San Juan Bautista
de esos Ojos aún cerrados.
Y verás cómo el portento
ilumina en el momento
la vida entera al mirar,
toda el alma, todo el viento,
todo el mundo, todo el mar!

ESCULTOR. Me exaltas, me fortaleces;
dame el cincel atrevido
que en tus manos estremeces;
dámelo de amor ungido,
tú que todo lo floreces!

INSPIRACIÓN. (*Tomando el cincel y haciéndose con él la señal de la Cruz.*)
En el nombre sacrosanto
del Padre á todos clemente
que el alma venera tanto,
en nombre del Hijo ardiente
y del Espíritu Santo,
beso el cetro peregrino,
el cincel extradivino
de la excelsa inspiración,
que enlaza en hervor divino
mi boca y tu corazón.
Y ahora que ya no vacilas
y en sacro fuego rutilas,
derecho llega á la Cruz,
y sé al rasgar las pupilas
el Moisés de la luz! (*Le da el cincel.*)

ESCULTOR. ¡Alma, arriba! (*Piérdese tras la cortina del fondo.*)

INSPIRACIÓN. (*Viéndole alejarse.*) A abrirse va
la noche en los Ojos puros;
la Vida en ellos está:
al romper los cercos duros
el Día, prorrumpe *¡¡Ya!!*

ESCENA IX

Inspiración, Saula, Damas y Caballeros que van llegando.

INSPIRACIÓN. (*Recibiendo á los invitados.*)
¡Cuánta luz en mi morada!
DAMA 1.ª ¡Tú eres la luz verdadera!
DAMA 2.ª ¡Allá zumba la algarada!
CABALL. 1.º ¡Cosmópolis toda entera
está al pillaje entregada!
DAMA 3.ª ¡Creí no poder llegar!
DAMA 4.ª ¡Nunca pude imaginar
que era difícil venir!
INSPIRACIÓN. ¡No se ha de temer morir
si por Dios hay que luchar!
CABALL. 2.º Dicen que allá en las afueras
se suman y se combinan
esas hordas traicioneras
y á la ciudad se avecinan
con un furor de panteras.
SAULA. Persuadid á Inspiración
que aplace su decisión
de abrir el templo á la gente.
INSPIRACIÓN. Yo sola luchara enfrente
de los que hicieran traición!
DAMA 1.ª No es muy propicio el instante..
DAMA 2.ª Fuera la lucha arrostrar...
CABALL. 2.º Acaso más adelante...
DAMA 3.ª Aún se pudiera aplazar...
CABALL. 4.º No es de interés palpitante...
INSPIRACIÓN. Volver la cara sería
cuando empieza esa jauría
los templos á profanar,
la más negra cobardía
hecha á Cristo y á su altar.
Vosotros sois la Nobleza,
la Ciencia, el Arte, el Poder,
cuanto es brío y es riqueza;
¿Y queréis dejar de ser
vigor, talento y grandeza?
CABALL. 4.º Que vengan si han de venir!
CABALL. 1.º ¡Luchemos hasta morir!
CABALL. 2.º ¡Nos tendreis al lado Vos!
INSPIRACIÓN. ¡Para morir ó vivir,
delante nos tiene Dios!
CABALL. 3.º Es verdad; fuera menguado
dejar al Cristo enclavado
que dió por todos su vida,
cuando relumbra encendida
la centella en el nublado.
INSPIRACIÓN. ¡Sí; los brazos levantemos,

y sobre ellos sostendremos
para salvarla la Cruz;
y aunque al abismo rodemos,
dé en su Cabeza la luz.

ESCENA X

Dichos, Campanero.

SERVIDOR. El Campanero, Señora,
hablaros quiere un momento. (*Vase.*)
INSPIRACIÓN. Que pase.
DAMA 1.ª ¿Ya las campanas
en la torre se pusieron?
INSPIRACIÓN. Ya están en el campanario
con su amigo el campanero.
CAMPANERO. (*Sobresaltadamente.*)
Señora, he visto en la torre,
allá por el barrio extremo,
correr, correr mucha gente
como si hubiese un incendio;
y creyendo que lo hubiera,
tocó San Francisco á fuego
con son tan arrebatado
que tembló el aire y el suelo;
y al creer que en otro barrio
fuese tal vez el siniestro,
tocó á fuego Santa Brígida
alzando un horrible estruendo.
Pasó un instante tan sólo,
y creyó el barrio de en medio
que acaso fueran las llamas
en su interior, y se oyeron
los sones roncos y graves
de San Juan Nepomuceno,
cuya torre retemblaba
desde la Cruz al cimiento.
Escucho hacia la derecha,
y allí también se creyeron
que las llamas deshacían
bóvedas, muros y techos,
y empezó San Luis el Grande
á derramar en el viento
la voz de su campanario
que alborotaba los cielos.
Así escuché que corría
aquel tocar de los templos
desde San Juan á San Bruno,
desde San Roque á San Telmo,
de Santa Inés á Santa Ana,
y así corriendo y corriendo
como si los campanarios

se hubiesen puesto de acuerdo,
extendióse el son profundo
de un extremo al otro extremo,
y todas, todas las torres
avisaban el incendio
como si ardieran palacios,
calles, plazas, circos, templos.

INSPIRACIÓN. ¿Y qué ha sido?

CAMPANERO. Que las turbas
lanzadas al desenfreno,
la ciudad han ocupado
en lucha con el ejército
¡y han prendido fuego al mundo,
y hay treinta iglesias ardiendo! (*Vase.*)

DAMA 1.ª ¡Horror!

DAMA 2.ª ¡Jesús!

DAMA 3.ª ¿Lo habrá visto?

DAMA 4.ª ¡Imposible!

DAMA 1.ª ¿Será cierto?

DAMA 2.ª ¿Pero es verdad lo que dice?

CABALL. 1.º ¡Calma, callaos, sosiego!

CABALL. 2.º ¡Precisa tener cordura!

DAMA 3.ª ¡Nos tienen acaso presos!

DAMA 4.ª ¡Pegarán fuego al palacio!

DAMA 1.ª ¡Y todos pereceremos!
(*Se desarrolla un clamor inmenso.*)

ESCENA XI

Inspiración, Saula, Damas, Caballeros, Poeta.

PORTA. Está ardiendo la ciudad,
mas no temais nada aquí.

DAMA 3.ª ¡Luego fué cierto!

DAMA 2.ª ¡Es verdad!

DAMA 4.ª ¡Sálvame, Dios de bondad!

SAULA. Apiádate, oh Dios, de mí!

INSPIRACIÓN. Describe, relata, cuenta.

POETA. Va como un río de horror
la innoble canalla hambrienta,
que cuanto pilla ensangrienta
y lanza al fuego traidor.
Viles, Judas y Sayones
entre gritos y amenazas,
corren en locos turbiones
cantando obscenas canciones
por las calles y las plazas.
Y les siguen cien y cien
de ese pueblo temerario
que sin ley, ni amor, ni bien,
asesina en el Calvario
y aclama en Jerusalén.

Y ese pueblo Iscariote,
si prende á algún sacerdote,
hace una pira de ramas
y grita al blandir su azote:
¡á las llamas, á las llamas!
Van en ríos desbordados,
y en los templos profanados
rasgan ricas vestiduras,
roban cuadros y esculturas,
rompen los vasos sagrados.
Y lanzada al vilipendio
esa canalla infernal,
enseña como compendio,
en una mano el dogal
y en otra mano el incendio.

DAMA 1.ª ¡Qué horror!
DAMA 2.ª ¡Jesús!
INSPIRACIÓN. ¡Lucharemos!
POETA. (*A Inspiración.*) ¡Juntos iremos los dos!
DAMA 3.ª ¡No hay salvación!
DAMA 4.ª ¡Moriremos!
DAMA 1.ª ¡Para morir, nos pondremos
bajo los brazos de Dios!
DAMA 4.ª ¡Cristo nos defenderá!
DAMA 3.ª (*A Inspiración.*) ¿En dónde está tu escultura?
INSPIRACIÓN. (*En un grito de ansiedad al Escultor.*)
¿Brotó la luz viva?
ESCULTOR. (*Victoriosamente desde dentro.*) ¡¡Ya!!
DAMA 1.ª Haznos mirar su hermosura.
DAMA 2.ª ¿Dónde está Cristo?
INSPIRACIÓN. (*Descorriendo el cortinón del fondo.*) ¡¡Aquí está!!
(*Instatáneamente el escenario y todo el teatro quedan en sombra. Cristo, de tamaño colosal, aparece en el fondo con los brazos en Cruz. Los obreros acuden también, atraídos por el suceso.*)
CABALL. 1.º ¡Qué prodigio!
CABALL. 2.º ¡Qué portento!
CABALL. 3.º ¡Es suceso milagroso!
DAMA 1.ª ¡El rostro, qué macilento!
DAMA 2.ª ¡Vacila mi entendimiento
si es Dios Todo Poderoso!
(*En la distancia óyese un coro que canta una canción irrespetuosa. Muy cerca, después, se oyen terribles detonaciones y un imponente estruendo que se acerca y pasa.*)
CABALL. 4.º ¡Es un canto de impiedad!
DAMA 3.ª ¡Son las turbas!
DAMA 2.ª ¡Oh Dios mío!
DAMA 1.ª ¡Sálvame!
DAMA 4.ª ¡Tennos piedad!
CABALL. 1.º ¡Cerca zumba el vocerío!
DAMA 3.ª ¡Protéjanos tu bondad!
CABALL. 2.º ¡Detonaciones también!
CABALL. 3.º ¡Las calles están tomadas!
CABALL. 4.º ¡Tienen ojos y no ven!

CABALL. 1.º ¡Son las turbas desalmadas
que entran en Jerusalén!

INSPIRACIÓN. (*En tono de arenga cogiendo una espada de la panoplia.*)
¡Compañeros, escuchad;
sin Dios, nunca más vivir;
El es eterna verdad.
A luchar hasta morir;
¡¡Viva la Divinidad!!
(*Suenan grandes vivas y aclamaciones.*)

TELÓN

(*Repentinamente el teatro se llena de luz vivísima.*)

CANTO SEGUNDO

Inmenso salón con puerta al fondo. A la derecha, vese un arpa. A la izquierda, un órgano de iglesia, como en espera de traslado. En el centro, primer término, una gran mesa con labores de mujer. Y á izquierda y derecha, dos puertas anchísimas, detrás de una de las cuales (la de la izquierda, única que hay abierta), se supone que está esperando ser trasladado á la Iglesia, el Cristo en que trabajaba el escultor durante el canto primero.

ESCENA I

Inspiración, Saula, Modista, Bordadora.

SAULA. ¡Vestir más de mil columnas,
pues á mil columnas llegan!
INSPIRACIÓN. Hubo que inventar los trajes
del mayor número de ellas,
que entre las naves del templo
bailarán la danza excelsa
bajo las naves.
MODISTA. Las otras
que han de bailar en la fiesta,
¿vestirán todas de blanco?
INSPIRACIÓN. Lucen blanca vestimenta
que les baja de los hombros
como una túnica griega.
Escurrido el leve lino
en el cuerpo que lo lleva,
cada enjuta cariátide
finge una columna aérea
que va y viene entrelazando
su danza á las compañeras.
Vos, bordadora sublime,
habéis bordado las telas,
los trajes que los Oficios
y las Industrias remedan.
Y vos, Modista admirable,
trazásteis con la tijera
los trajes esplendorosos
que simbolizan las Ciencias.
Ya todo á punto dispuesto,

hoy el ensayo comienza
del baile maravilloso
de las mil columnas regias.

MODISTA. (*Mirando tras la puerta lateral izquierda y luego al órgano.*)
¿No trasladaron al Cristo
desde el taller á la Iglesia,
ni el órgano trasladaron?

INSPIRACIÓN. Ahora lo harán. Marchad presías,
que las calles estos días
están de algaradas llenas.

BORDADORA. Se creyó que esto asaltaran
los rebeldes.

SAULA. Fué muy cerca
la batalla, pero pudo
vencer al motín, la fuerza
militar, y se alejaron
las turbas lanzando *¡mueras!*
¡Nos vimos en trance horrible!

MODISTA. Pero dicen que *Tragedia*,
el monstruo espantoso, quiere
entrar aquí como pueda,
y tras robar, arrastraros.

BORDADORA. Vigilad, que bien pudiera
ese aborto, entrar oculto
y hacer lo mismo que piensa.

INSPIRACIÓN. Me defendería; puedo
luchar con él.

SAULA. Pero, ¡alerta! (*Vanse.*)

ESCENA II

Inspiración, Dama 1.ª, Dama 2.ª

INSPIRACIÓN. ¿Gente llega á visitarme?

DAMA 1.ª Aquí nos tienes dispuestas
á ayudarte en cuanto digas.

DAMA 2.ª Y á morir cuando tú quieras.
Nos tienes fanatizadas
con tu sublime vehemencia,
y tu causa y la de Dios
hacemos la causa nuestra.

INSPIRACIÓN. Gracias en nombre de Cristo;
El os mira y El os besa.

DAMA 1.ª (*Reparando en la mesa de labores.*)
¡Cuánto ropaje lujoso!

INSPIRACIÓN. Son las túnicas de seda
que vestirán las columnas
principales de la fiesta.

DAMA 2.ª ¡Qué disfraz tan admirable! (*Examinando uno.*)

INSPIRACIÓN. Son *góticas vidrieras*
lo que finge; una poesía
dirá la que el traje lleva,
antes de empezar la danza.

DAMA 1.ª Gozaría en conocerla.
DAMA 2.ª Será hermosa.
INSPIRACIÓN. Cuando llegue
la mujer que la interpreta,
voy á leer la poesía
para lograr que la aprenda.
Hay otras composiciones
que han de leer cuando entran
bailando las cariátides
bajo las naves severas.
DAMA 1.ª ¿Y son muchas las columnas?
INSPIRACIÓN. Mil son las columnas bellas;
menos que son los trofeos,
símbolos, cifras y emblemas,
frentes de santos Doctores
que son sostén de la Iglesia,
figuras de Evangelistas
y figuras de Profetas,
que le sirven de pilares
á las bóvedas inmensas.
En las columnas grandiosas
la gente ve sólo piedras
que se engarzan y se engarzan
en renglones de palmeras;
pero son esos sostenes
que por los siglos se trenzan,
verso, paleta, escultura,
órgano de voz inmensa,
policrómia, teología,
moral, historia, belleza,
talla, bordado, plegaria,
fundición, vaciado, telas,
orfebrería, oratoria,
declamación, libro, imprenta,
¡todos, todos los prodigios
que inventó la inteligencia!
DAMA 1.ª Esos son, sí, los sostenes
en donde el templo se asienta.
INSPIRACIÓN. Y yo quiero que los ojos
admiren por vez primera,
llenos de luz religiosa,
ese visible Poema,
esas series de columnas
que como hermanas gemelas,
en un amor se entrelazan
como en la cinta las perlas,
lo mismo que si las Artes,
y todas, todas las Ciencias,
fuesen un mágico juego
y una magnífica fiesta,
que está á Dios regocijando
en una danza perpetua.
DAMA 2.ª Y quieres plástica darles
con estas lujosas sedas,

para que hieran las almas
y mejor los hombres vean.

INSPIRACIÓN. (*Arrebatadamente, mostrando los trajes que enumera.*)
Aquí está el traje de Pedro
como una viva candela,
á cuya voz se alzó el templo
como un surtidor de flechas.
Aquí el de Pablo, que finge
divina llama que tiembla,
é ilumina los misterios
de la cristiana leyenda.
Y el de San Juan, con la concha
bautismal, donde las hebras
fingieron el agua santa
que sobre Cristo gotea.
Estos son los Evangelios
con sus túnicas espléndidas;
Marcos, Lucas, Juan, Mateo,
¡las columnas gigantescas!
Y aquí de los Santos Padres
deslumbran las vestimentas;
Tomás, Agustín, Ambrosio,
¡tres soberanas palmeras!

DAMA 1.ª ¿Una túnica romana?

INSPIRACIÓN. Constantino representa;
y ésta, á Recaredo insigne
que vió á Dios en su conciencia.
Del grave San Isidoro
esta es la túnica luenga,
donde se enlaza y se funde
todo el saber de la tierra.
Y aquí están de las Cruzadas
las figuras estupendas;
Godofredo, San Bernardo,
San Luis ¡columnas excelsas!
Aquí de Santo Tomás
la rica veste riela,
que muestra en *Suma* grandiosa
cuanto el saber concibiera.
Y allí la túnica de oro
de San Fernando. Y la egregia
del Sabio Rey. Y la insigne
del gran Colón, que en la diestra
la Cruz de Cristo inefable
llevó hasta lejanas tierras.
E Isabel la de Granada,
esposa sublime y reina.
Cisneros, ropaje grave
de austeridad y grandeza.
Aquí está la Aristocracia
española, que en defensa
luchó de Dios y su templo
por ensanchar su bandera.

DAMA 2.ª ¿Y estas telas admirables?

INSPIRACIÓN. Son túnicas de poetas;
Fray Luis de León divino,
la grave Santa Teresa,
el casto Juan de la Cruz,
¡liras de celestes cuerdas!
DAMA 1.ª ¿Y los sagrados ropajes
de mujeres evangélicas?
INSPIRACIÓN. Esos, míralos. Se guardan
en este estuche de perlas;
Marta, la hermana de Lázaro,
la humilde, sencilla y buena.
A María de Cleófas
esta túnica interpreta;
ella lloró á Jesucristo
con infinita tristeza.
Ved el ropaje asombroso
de María Magdalena;
deslumbra agitado al aire
igual que un chorro de estrellas.
Y esta es Berenice pura;
la Santa Faz aquí impresa (*Muestra el lienzo al público.*)
¡con los ojos extrahumanos
perdona, bendice y besa.
Ese mundo de columnas
es el que afirma la Iglesia;
por eso, ni los tumultos,
ni las terribles tragedias,
ni los regueros de sangre,
ni el veneno de las lenguas,
ni el ácido de las plumas,
ni el golpe de las piquetas,
ni el temblor del cataclismo,
ni el retumbar de la guerra,
pueden contra los cimientos
de esas figuras egregias,
¡donde abre á todos los brazos
Cristo en actitud eterna!

ESCENA III

Inspiración, Saula, Damas 3.ª y 4.ª y Caballeros 3.º y 4.º, que han oído el relato.

DAMA 3.ª ¿Quién no se deja arrastrar
por tu divina elocuencia?
INSPIRACIÓN. ¿Escuchábais?
CABALL. 3.º Hemos visto
ahora por la vez primera
el templo con sus columnas
que son genios de la tierra.
DAMA 4.ª El baile que has inventado
es un grandioso Poema.

INSPIRACIÓN. Es danza, porque la danza
todo lo teje y lo trenza,
como están trenzadas todas
las columnas de la Iglesia:
desde las Artes á Dios,
todo es tramada cadena.
Saula, llévate esos trajes;
que se los pongan, y vengan.
Entre primero la arpista;
la enseñaré á herir las cuerdas.
(*Saula llévase el montón de trajes, desapareciendo por la puerta del foro. Desde ella hasta primer término del escenario, adelantarán las figuras, conforme las vaya llamando Inspiración. Cada una tiene impreso en el traje, con grandes letras de oro, el símbolo que representa.*)

ESCENA IV

Dichos y la Arpista, que adelanta desde el foro con un bellísimo traje, en cuya falda va estampada la palabra *Música*. Procurará, en cuanto sea posible, conservar su postura hierática de cariátide.

INSPON. (*A la Arpista, mostrándole el arpa.*)
Es el arpa prodigiosa,
es el arpa de mil cuerdas,
cual si fuesen las columnas
de otro templo de belleza.
Instrumento milagroso,
los arcángeles lo suenan,
y también su voz preludian
los que miran desde el mundo á las estrellas;
y por eso el arpa es santa,
porque á un tiempo es su grandeza,
la que enlaza con los ángeles los hombres
y une el Cielo con la Tierra.
Como aquel que el ara toca,
que tocar hay los cordajes de esta lengua
que posee dos idiomas inmortales,
el idioma que en los hombres canta, reza,
y el idioma con que Dios habla á los cielos
y lo entienden en sus ritmos melodiosos las esferas.
Admirable el Organista,
ha dejado en un silencio al arpa egregia,
expresar, mientras la misa
un instante calla, espera,
el dolor que Jesucristo á Dios levanta
por la boca de los hombres de la tierra.
Y el espíritu del arpa peregrina
es de gracia tan excelsa,
que aunque alegre su voz trine,
ó aunque triste el canto sea,
su armonía, que es ecuánime, dice á Dios cuanto en las [almas
llora ó ríe, canta ó sufre, calla ó tiembla.

¡Bendecido el instrumento extradivino,
bendecida el arpa sea!
(*Pausa.*)
Ahora escucha la armouía deslumbrante
de estas cuerdas.
(*Inspiración, ejecuta una pieza brillantísima. Puede ponerse al lado de un bastidor, y dentro tocar un profesor el arpa.*)

DAMA 1.ª ¡Qué soberbio!
DAMA 2.ª ¡Qué brillante!
DAMA 3.ª ¡Cuánto dice!
DAMA 4.ª ¡Cuánto expresa!
CAB. 3.º Vuestros dedos, más que dedos melodiosos,
son estrellas!
INSPON. (*A la Arpista.*)
Ahora, aprende en el papel lo que has oído;
¡pon el alma toda entera!
(*Llévase el servidor el arpa; vase con ella la Arpista.*)

ESCENA V

Dichos, y la mujer-Vidriera Gótica.

INSPON. Viene allí la viva, gentil vidriera.
DAMA 1.ª ¡Qué traje riente!
DAMA 2.ª ¡Qué luz peregrina!
INSPON. Parece la imagen del sol, que viniera
envuelta en un manto de lumbre divina.
Ventana en que pinta la luz sus dilemas,
recoge del cielo sus tintas gloriosas,
y viste con ella sus sacros emblemas,
sus símbolos puros, y místicas rosas.
¿Trajiste los versos?
VIDRI. Son de serafines;
parecen de un ángel; no sé poseerlos.
INSPON. Mejor los dirían los dulces violines.
CAB. 4.º Decidlos. (*A Inspiración.*)
INSPON. Escucha; podrás aprenderlos.

(*Declama.*)

LAS VIDRIERAS GÓTICAS

¿Qué sueñas tan alta, gentil Vidriera?
¿qué sueñas tan alta, melódica ojiva,
toda melancólica, toda lastimera,
toda interesante, toda pensativa?
De escuchar las flautas del órgano grave,
te has ido volviendo romántica y pura;
te has ido nublando de un sueño suave
que un vidrio te vuelve de casta hermosura.
Ya tus tintas bravas no son alaridos,
un polvo de siglos quebró sus rigores,

y dejó tus tonos de salmos vestidos,
de credos de luces y salves de flores.
Cristales en éxtasis, dormidos cristales
parecéis arriba, claras vidrieras,
cual si se asomaran á los ventanales
rosas peregrinas de otras primaveras.
El templo idealiza los tonos violentos,
educan las lámparas y los incensarios,
casi tus colores ya son sentimientos
y luces y prismas de nobles rosarios.
Quien limpie del polvo que dan las edades
la gótica ojiva, que ruede á sus plantas;
los tules del polvo son idealidades
que vuelven las cosas sublimes y santas.
¿Qué gran sacerdote de frase severa
dirá lo que dice la angélica ojiva,
toda ensoñadora, toda lastimera,
toda interesante, toda pensativa?
Cual hojas de un libro de eterna dulzura
abren las ojivas sus puros cristales,
y una pascua alegre de paz y hermosura
llueve de los vidrios sus risas triunfales.
En ellos hay presas largas letanías,
trémulas salmódias, líricas escalas,
viven replegadas hondas profecías,
y abren los arcángeles, llamando, las alas.
Y desde sus áureas, gloriosas banderas,
tejidas con tonos de un sueño indeciso,
parece que mana de las vidrieras
gracia en flor venida de otro Paraíso.
Como las alondras van fanatizadas
hacia las linternas nocturnas y vivas,
torbellinos de almas van encandiladas
hacia las teológicas, mentales ojivas.
Del templo sublime bajo los palmares
hay dobles sagrarios de luz y esplendores;
unos son la hilera de santos altares;
y otros, la alta cinta de ojivas de flores.
¿No oís cómo cantan los vidrios arriba
un son de armonías y voces sagradas?
cual una colmena retumba la ojiva
con cien mil abejas en flores bordadas.
Todas labran, labran, celosas y fieles
las divinas celdas de un panal no visto,
de un panal que llena los siglos de mieles,
de un panal eterno: la boca de Cristo.
Abríos perennes, vidrios evangélicos,
cual sublimes páginas de santa poesía;
sois los ventanales, cantos arcangélicos,
libros de alta gracia, libros de armonía.

(*Cesa la declamación.*)

DAMA 1.ª ¡Parece un ángel quien habla!
DAMA 2.ª ¡Qué melodiosa!
DAMA 3.ª ¡Qué bella!

CABALL. 1.° ¡Una voz finge venida
desde Dios hasta la tierra!
DAMA 4.ª En tu boca el verso de oro
llora y ríe, canta y reza.
INSPIRACIÓN. No es mi voz, es la poesía
la inefable, la suprema;
¡Dios hizo otro panal santo
la boca de los poetas!
Pero... aunque corren las horas
el Organista no llega.
DAMA 1.ª ¿Ha de ensayar ahora el órgano?
DAMA 3.ª Tócalo tú.
DAMA 4.ª Así no esperas.
CABALL. 1.° Tocadlo Vos, y que baile
la columna que se acerca.
INSPIRACIÓN. Porque el tiempo así lo impone,
preludiaré la cadencia.
(*Como en el anterior número del arpa, puede haber en éste un profesor, que dentro toque el órgano.*)

ESCENA VI

Dichos, y la Columna del Baile.

INSPIRACIÓN. ¿Ensayaste el baile?
COLUMNA. Puedo
bailarlo á vuestra presencia.
INSPIRACIÓN. Es mejor que dancen otras
también. Avisa que vengan. (*A Saula.*)
(*For la puerta del foro, avanzan infinidad de parejas de bailarinas, vestidas de blancas y alargadas cariátides: cada una mostrará en el traje, como antes se dijo, é impresas en grandes letras de oro, las palabras* Baile, Grabado, Modelado, Orfebrería, Cerámica, Bordado, Indumentaria, Ornamentación, Imprenta, Tallado, Incrustación, Esmalte, Litografía, Vaciado, Cristalería, Policromia *y muchos más nombres de Artes Industriales y Oficios, que sirven de belleza y utilidad al templo. Son mil las figuras, aunque pueden suprimirse muchas, si no quitan grandiosidad al conjunto. Inspiración (ó el profesor oculto) ejecutará un severo ritmo al órgano, y las bailarinas, hieráticamente, tejen la danza sagrada, enlazando y desenlazando las manos en series de figuras. Este baile ha de resultar revestido de una infinita majestad.*)

ESCENA VII

Dichos, menos las bailarinas. El Pan Acimo.

(*Del fondo del escenario, adelanta la Columna del Pan Acimo, cubierta con traje de espigas bordadas en oro.*)

INSPIRACIÓN. ¡El Pan Acimo!

CABALL. 1.º (*Todos se inclinan levemente.*) Doblemos
la cabeza y la rodilla.

CABALL. 2.º Es el trigo, á quien debemos
que de su grano saquemos
la sagrada maravilla.

DAMA 1.ª Es el Pan, todo virtud,
y amor, y solicitud,
que Dios nos da á cada aurora.

DAMA 2.ª Es la espiga granadora
de la divina salud.

INSPIRACIÓN. También dice una poesía
el *Pan*, que es luz y alegría,
enalteciendo al Señor
que nos brinda de su amor
el pan nuestro cada día.
(*A la columna del trigo.*)
¿Aprendiste el verso alado?

COLUMNA. Aprendí el ritmo sagrado
al *Pan*, que á Dios atesora,
pero la oiría extasiado
mi pecho de Vos, señora.

DAMA 3.ª La aprendería mejor
oída una vez de ti.

COLUMNA. Lo ruego de vuestro amor;
recibiré como honor
escucharla.

INSPIRACIÓN. Dice así:
(*Declama.*)

EL PAN.

En nombre del Padre de toda armonía
que amasa los hombres, los astros, las cosas,
yo elevo la hostia del pan, que es poesía,
comunión de espigas y gracia de rosas.
¿Qué boca merece tocarlo? la lengua
que noble reciba del pan la hermosura,
no ha de haber sus frases manchado la mengua
y ha de ser diamante de clara y de pura.
El es sacrificio sublime que calla,
la hoz lo destroza, lo trilla la era,
los puños le imprimen terrible batalla,
y el horno hace místico su ser en la hoguera.
¿Qué lengua merece comerlo? ¿qué boca?
él es un extracto de inmensos dolores,
y es cuerpo formado de trigo, en que choca
todo son de lágrimas y humanos sudores.

El pan es dorado como una patena,
es copón de granos de seno fecundo;
el pan es sol santo que todo lo llena,
y su ara es la esfera redonda del mundo.
Tendiendo á él las manos el rey y el mendigo,
temblando le piden calor y energía;
y el disco de espigas, el sol de áureo trigo,
les manda en sus rayos virtud y alegría.
Pero el que perciba del pan la fragancia
ha de trabajarlo para merecerla;
no basta á los hombres comer su sustancia,
han de hacerse dignos también de comerla.
Quien el pan sostiene feliz en sus manos,
mira en él un cáliz de forma precisa;
con él hace á todos los hombres hermanos,
y dice en su mesa, que es ara, su misa.
Nadie al pan ultraje, que es cosa sagrada;
yo cuando á mi boca gozoso lo llevo,
pienso, estremecido, que es hostia dorada
y cual sacerdote que oficia, lo elevo.
Ganar el pan noble de todo redime;
el acta la suma de cien maravillas;
su cuerpo es presente tan alto y sublime,
¡que el pan se debiera comer de rodillas!

(*Cesa la declamación.*)

DAMA 1.ª ¡Es la voz de un ruiseñor
del cielo, tu voz que canta!
DAMA 2.ª ¡Yo me siento religiosa
cuando escucho tu palabra!
CABALL. 1.° ¡Sois la santa Inspiración!
CABALL. 2.° ¡Y lira, y órgano, y arpa!

ESCENA VIII

Dichos y *Tragedia* (sagazmente disfrazado de *Cristalería*. Traje deslumbrador.)

INSPIRACIÓN. Llegue la *Cristalería*
que es también columna sacra,
pues en las arañas arde
su luz perenne ante el ara.
Pero, aguardad un momento;
¿Colgaron del templo, Saula,
la lámpara gigantesca
que desde el suelo esperaba?
SAULA. Está en tierra por difícil
que es á la altura elevarla;
la cadena da en las losas
sujeta arriba en la grapa
y á la lámpara aguardando
está su firme lazada.

INSPIRACIÓN. Ahora, venga la Columna
vestida en vidrios de plata.
(*Esta adelanta pausadamente.*)
DAMA 3.ª (*Extrañada.*) ¡Es un hombre!
DAMA 4.ª ¡Ha equivocado
su disfraz!
DAMA 3.ª ¡Cosa más rara!
INSPIRACIÓN. Vos no sois esa Columna;
tomásteis equivocada
la túnica. Una mujer
es quien habrá de llevarla.
TRAGEDIA. (*Imperiosamente.*)
¡La visto yo porque quiero!
CABALL. 2.º ¿Es un ébrio?
INSPIRACIÓN. No, soltadla;
no es la vuestra.
TRAGEDIA. Sí es la mía;
¡Son mentira sus palabras!
INSPIRACIÓN. ¡Qué escucho!
CABALL. 3.º ¿Qué es lo que dice?
CABALL. 4.º ¿Es loco que se disfraza?
TRAGEDIA. Llevo este ropaje puesto
porque es el que á mí me cuadra.
INSPIRACIÓN. ¿Pero quién sois?
TRAGEDIA. La Tragedia.
INSPIRACIÓN. La Tragedia es encarnada;
una túnica de fuego
con rojas lenguas bordadas.
TRAGEDIA. Digo que soy *el Trayedia;*
¿Nunca habeis visto mi cara?
(*Descúbresela. Inmensa sorpresa en el auditorio.*)
DAMA 1.ª ¡Horror!
DAMA 2.ª ¡Espanto!
DAMA 3.ª ¡Dios mío!
DAMA 4.ª ¡Jesús!
TRAGEDIA. (*Aludiendo á Cristo.*) No creo en su gracia.
Con gentes que traigo ocultas,
vengo á romper esa estatua, (*Señalando á la de Cristo que está detrás del bastidor.*)
á tirarla contra el suelo,
y á patearle la cara.
(Arroja el disfraz de cristales, que levanta gran estruendo al caer. Vanse despavoridas las mujeres.)
CABALL. 1.º ¡Sacrilegio!
INSPIRACIÓN. (*Con estupor.*) ¡Tú!
TRAGEDIA. ¡Yo mismo!
DAMA 1.ª ¡Huyamos! (*Vanse todas.*)
SAULA. ¡Socorro!
INSPIRACIÓN. ¡Calla!
TRAGEDIA. ¡No llames. Todas las puertas
tiene mi gente tomadas!
INSPIRACIÓN. ¡Esto es un asalto! ¡Huid! (*A los Caballeros.*)
CABALL. 2.º ¡Lucharemos!
INSPIRACIÓN. Lucha vana;

dejadme con él. (*Ellos insisten.*) Dejadme;
¡lo exijo; lo mando; salgan!

CABALL. 3.° (*Al alejarse con los demás.*)
¡Sola¡ ¿Que intenta su arrojo?

SAULA. ¡Loca está!

INSPIRACIÓN. ¡Tú también, Saula! (*Vanse todos.*)

ESCENA IX

Inspiración, Tragedia.

INSPIRACIÓN. (*Aparte.*) Ya estoy sola con el monstruo;
no tiemblo. Dios me acompaña.
¿A qué vienes?

TRAGEDIA. A aplastarte,
estorbas mucho á mi causa.

INSPIRACIÓN. ¿Cuál es tu causa?

TRAGEDIA. Romper,
desgarrar las cosas santas;
me gusta el horror. Yo soy
la *Maldad.*

INSPIRACIÓN. ¿Por qué la amas?

TRAGEDIA. Porque es mi alegría ver
palpitar unas entrañas;
ver revolcarse en los vicios
la Inocencia; ver manchadas
las cosas puras; ver rotas
las torres; coger las alas
de la virtud, y escupirlas;
tirar por tierra las aras;
deshacer con un martillo
las frentes; á bocanadas
beber sangre de los pobres;
maldecir; tiznar las canas
de oprobio; manchar los nombres
que llenó el honor de fama;
todo lo vil y rastrero,
todo lo que enferma ó mata,
todo lo que es podredumbre,
asco, vicio, y mal, me encantan,
¡y escupir á Dios, la fiesta
más divina es de mi alma!

INSPIRACIÓN. Ese es el sueño del sapo,
romper las estrellas altas,
porque sabe que la estrella
es luz, melodía y gracia.
Pero no te temo. Puedes
partir mis propias entrañas
si gustas; puedes saltarme
los ojos; puede tu rabia
arrancarme las dos manos
dedo por dedo; tu audacia

puede asaltar mi palacio
y pegar fuego á sus salas:
á mí, puedes traicionarme;
volver mi nombre una mancha;
rasgar mi mísero pecho;
echar mi carne á las brasas;
pero tocar la escultura
de Cristo; tocar la estatua
de Dios, y escupir en ella
y manchar tus pies su Cara,
eso, ni tú, ni tu impulso,
ni el veneno que te abrasa,
ni la envidia que te nutre,
ni el furor que te avasalla,
ni la maldad que te enciende,
ni el despecho que te inflama,
á tocar se atreverían
la Faz de Dios, mientras haya
un solo germen de vida
en mi aliento, en mi palabra,
en mi pecho, en mis arterias,
en mi frente, en mis entrañas.
Y si eres capaz, ahí tienes
ese hierro que desgarra;
aquí estoy yo, y allí Cristo;
¡si eres capaz, tira, mata! (*Le arroja el arma á los pies; él se contiene.*)
Y ahora, para que contemples
que esa chusma que tú mandas
tampoco es capaz la Cruz
de herir ni pisotearla,
¡mira!

ESCENA X

Dichos y el Poeta, que entra violentamente.

POETA. ¿Qué es esto? Ese hombre
¿quién es?
INSPON. Obedece y calla.
(*Entrando con el Poeta un solo instante tras la puerta donde está el Cristo, Lateral izquierda.*)
Coge los brazos de Cristo;
yo cojo sus pies que sanan: (*Saliendo á escena.*)
tendamos aquí en el suelo,
Dios mismo, ¡hacia el Sol la cara!
(*Colocan, tendido, el Cristo, en medio del escenario.*)
Así, en medio. Y ahora, pronto
abre esa puerta sitiada, (*Lateral, derecha, El Poeta la abre.*)
y entre esa chusma á pisar
á Dios: ¡¡Tendido la aguarda!!

ESCENA XI

Queda repentinamente en sombra el teatro. Cristo solo brilla en la obscuridad con luz intensísima. La ola del pueblo entra con inmenso griterío; llega al prodigio, y se detiene atropellándose á sí mísma por no pisar la sublime Visión. Los gritos se apagan; el furor vacila; el asombro llena los ojos.

INSPON. (*A Tragedia.*)
No pisarán; ¿ves? Jesús
vive en sus mismas entrañas;
¡son veinte siglos de siembra
lo que El floreció en sus almas!
Su raíz, enreda y suma
todos sus huesos, los ata,
y los besa, y los enciende,
y de vida los recala.
El vive sembrado en ellos
como una flor soberana,
que rebrota por la carne
de los hombres, hecha gracia.
No son fieras estas turbas;
tú eres quien las haces malas;
los hombres todos son buenos;
todos, menos tú, ¡canalla!
(*Tragedia, vencido, se aleja retorciéndose de impotencia y prometiendo venganza con el ademán.*)

ESCENA XII

Todas las figuras escénicas, hasta entonces ocultas, subyugadas por la escena, acuden llenas de estupor, así como los obreros de la iglesia; fascinados por el resplandor de Cristo, forman un marco grandioso al compacto grupo de plebe, que, transfigurada, ve á Jesús y cae de rodillas.

INSPIRACIÓN. (*A las turbas.*)
¿Véis?; es Dios; es Jesucristo,
que dió su sangre en las gradas
del Calvario; el escupido
en las calles; el de llagas
cubierto; el vilipendiado
en Jerusalén la infausta.
Sus Ojos, son hervideros
de luz; su Boca, es la clara
fuente de sabiduría;
trigal rubio es su Palabra.
Decid conmigo. Yo creo.
TODOS. Yo creo.
INSPIRACIÓN. En Dios.
TODOS. En Dios.

INSPIRACIÓN. Y en su Gracia.
TODOS. Y en su Gracia.
INSPIRACIÓN. El me dió la Luz, la Vida.
TODOS. El me dió la Luz, la Vida.
INSPIRACIÓN. A un soplo de su Palabra.
TODOS. A un soplo de su Palabra.
INSPIRACIÓN. Mi sangre es la Sangre suya.
TODOS. Mi sangre es la Sangre suya.
INSPIRACIÓN. Mi carne es su Carne santa.
TODOS. Mi carne es su Carne santa.
INSPIRACIÓN. Mis ojos sus mansos Ojos.
TODOS. Mis ojos sus mansos Ojos.
INSPIRACIÓN. Mis manos sus Manos castas.
TODOS. Mis manos sus Manos castas.
INSPIRACIÓN. Mis dolores sus Dolores.
TODOS. Mis dolores sus Dolores...

(*Baja el telón entre un inmenso tumulto de rezos, de voces fervorosas, de llantos, de palabras que prorrumpen en gritos de amor, de fe, de misericordia, componiendo todo un cuadro de infinita grandiosidad.*)

FIN DEL CANTO SEGUNDO

CANTO TERCERO

Telón que representa los tallados, cajones, armarios y ricos muebles de una severa Sacristía. A izquierda y derecha hay, también pintados, sillones lujosos sobre los cuales se hacinan montones de ropajes sagrados, casullas, albas, capas pluviales. En el instante oportuno, este telón desaparece repentinamente, dejando ver otra decoración de más esplendor y magnificencia.

ESCENA I

Inspiración, Poeta.

POETA. Vacila mi frente,
se llena de triste zozobra mi alma;
son duros los tiempos para Jesucristo;
¿por qué la apertura del Templo no aguarda?
Recruje la tierra de espanto; la sangre
salpica las piedras; el odio las mancha;
las bocas maldicen, y un grito de guerra
acalla los órganos, conmueve las aras,
cierra los misales sobre los atriles,
y en el campanario sella las campanas.

INSPON. Pero si tú callas, si tú quedas mudo,
tú, Poeta, la Luz, la Palabra,
y no cantas la paz de los hombres
en tu lírica trompa sagrada;
si tu ritmo enmudece, hijo mío,
si las lenguas y plumas no hablan
con la Lira, y la Prensa, y el Púlpito,
y vuestros cerebros son urnas cerradas;
si la Aristocracia reprime el impulso
de sus timbres y glorias preclaras,
y enfrena su esfuerzo, que es río potente
partido en raudales que todo lo trenzan y todo lo abarcan;
si la noble Riqueza no abre
para Dios combatido sus arcas,
soltando sus ríos triunfales de oro
como cataratas;
si la Agricultura no viene al combate
con sus azadones, sus picos, sus palas,

ni la Industria defiende los pechos
con las barricadas
de telares, de ruedas, de émbolos,
de hornos y martillos, motores y planchas,
y no hace que tramen á sus lanzaderas
del futuro la tela dorada;
entonces ¿qué tiene en la vida
por muro y coraza
el Dios á quien todos debisteis ser hombres
y de cuyas manos salieron creadas
frentes donde hierve la gracia divina,
manos fecundantes, risas, esperanzas?
¡No, Poeta! Difunde en tu verso
una sementera de trigo que nazca
en espigas que nutran las frentes,
y aviven las ansias,
y siembren á Dios en el hombre
como sangre eterna, cual perpetua Pascua.

POETA. Hice ya los versos de luz y armonía;
tomé por la pluma la palma
que es la paz, y señalo al futuro
la era nueva de amor que esperaba.
Pero tiembla mi pecho; maduras
no están las palabras
de Jesús; aún no echó la cultura
su reja de arado surcando las almas;
¡veinte siglos, y aún no ha florecido
el Verbo Divino de Dios en la rama!

INSPON. Si tu incendio se apaga de un soplo,
la vida se apaga;
representas la arenga, la pluma,
la imprenta y el libro, la lira y la espada.
¡Poeta, golpea en tu pecho;
surge, vibra, canta!

POETA. Esta es la poesía
que tú me inspiraste; me oirás recitarla
por si innovaciones de idea ó de ritmo
necesitan sus sílabas áureas.

INSPON. Tú después, en la altura del púlpito
cuando el sacerdote la Forma levanta,
la dices, la viertes como un aguacero
que llueva en las almas.
Así llevas la voz de la vida,
la voz que de fuera trascienda ante el ara
en la misa moderna, y exponga
las luchas, los gritos, los dramas
de los tiempos.

POETA. Escucha sus cláusulas.

(*Declama magistralmente.*)

CANTO DE AMOR

Dadme, palmares de oro, la palma más ligera,
la palma que del bosque palpite en la cimera
como una larga pluma curvada en móvil haz;

Porque con esa lanza de revibrar sonoro,
porque con esa pluma de gracia, y luz, y oro,
yo escriba en mi Evangelio los salmos de la paz.
Quiero cortar mi pluma del palmeral sagrado
que está por Dios ungido, por Dios santificado,
para trazar mis himnos cual páginas de amor;
aguas de cumbres sean mis cláusulas rientes
donde á abrevarse vengan las tormentosas frentes
y siéntanse inundadas de música y frescor.
Y así como cruzando sus rutas sempiternas
sepultan los camellos su sed en las cisternas
entre el incendio vasto del cálido arenal,
hundan las ígneas almas sus labios de improviso
en mis estrofas llenas de luz del Paraíso,
escritas con la palma sublime y virginal.
Dadme del áureo bosque la palma más divina;
la que parezca un arco de puerta peregrina;
bajo mi pluma, pase la humana procesión;
bajo su ojiva de oro, pase la vida nueva
y haré que de los cielos sobre las almas llueva
una grandiosa Pascua de audaz Resurrección.
Seré el Evangelista del nuevo amor del hombre
hecho familia humana de excelsitud sin nombre;
mi pluma, ni rencores ni guerras narrará;
como un triunfal Domingo de ramos florecientes,
hojas de noble oliva derramará en las frentes
y con el oleo santo de Dios las ungirá.
Y cuando envuelva en himnos los hombres troquelados
en la turquesa nueva, por siempre libertados
de los infames grillos y la opresora cruz,
seré el pastor que guíe la voz del amplio coro,
y haré de mi áurea pluma mi báculo de oro
que elevaré en mi mano como un lanzón de luz.
Precisa que sin odios agrúpense las frentes,
precisa que serenas maduren las simientes,
que azadas, ruedas, émbolos, realicen su ideal;
y armónica la vida sus olas desenvuelva,
y el sístole y diástole su brío le devuelva,
cual dos grandes portentos, al Corazón social.
Bajo la inmensa cúpula del cielo azul latino
Cristo su pan de nuevo nos brinda con su vino
lleno de eterna vida, pleno de santo hervor;
bajo la enorme cúpula de la azulada tienda,
celebra en paz, oh raza, tu bíblica merienda,
y haz la Naturaleza tu gran mesa de amor.
Maduros ya los tiempos vendrán de otra armonía;
hiláran las colmenas la miel de otra ambrosía;
las aguas del espíritu cambiáran de arcaduz.
¡Futuro, abre tu rosa; mi ardiente fe la canta;
ya de la palma cojo la pluma sacrosanta
y tiembla entre mis dedos como un lanzón de luz!

(*Cesa la declamación.*)

INSPON. Como siempre, ha acertado tu ritmo,
con la idea clara,
con la frase noble, con la imagen viva,
con el verso ungido de ardor y de magia.
Ven á mí, hijo mio,
tu frente es sagrada;
yo la inspiro, y entonces se trueca
un cáliz de llamas
que brinda la vida de Dios á la tierra
hecha inmortal melodía que sana.

POETA. Madre, musa eterna,
que inundas mi pecho de una fuerza santa;
tú sumas completa la vida
y con ella riegas de luz mis palabras.

INSPON. Al través de los tiempos, venimos
yo Inspiración, tú Poeta que canta,
infundiendo la vida á los pueblos;
¡sin ti, qué serían las cosas más altas,
la voz de los siglos, la voz de la historia,
la voz de las razas!

POETA. Pero tu candela
es la que me enciende, es la que me abrasa;
tú eres el espíritu que temblor me vuelve,
tú quien me arrebata,
tú quien me transforma, quien me transfigura,
y hace que en mis labios broten las estancias.
Tú tocas mis nervios,
y los vuelves cuerdas sonoras que claman;
tocas en mi pulso, que se vuelve ritmo;
tocas en mis labios, que se vuelven llamas;
tocas en mi pecho, que se vuelve arenga;
tocas en mi frente, que se torna un ara;
tocas en mis ojos, y los vuelves hostias;
tocas en mis manos, y las vuelves arpas.

INSPON. Y tú, lo que en mi sólo es vida impalpable
sin forma ni nada,
de carne sonora lo vistes,
de idioma expresivo lo bañas,
lo vuelves visible, y le prendes
su organismo de luz: la palabra.
Haces tú con mi fuerza invisible
panal melodioso de lírica sabia.
¡Soy la miel de la Vida, que cae
dentro de tu ánfora! (*Vase el Poeta.*)

ESCENA II

Inspiración, Saula.

INSPIRACIÓN. ¿Quedó la lámpara de oro
de la bóveda sujeta?
SAULA. Para contener su peso
es muy débil la cadena
que desde el techo á las losas
con su gran lazada cuelga.
Ya de elevarla no hay tiempo.
INSPIRACIÓN. Que así espere, á un lado puesta;
después de la ceremonia
haremos que arriba penda,
cambiando los eslabones
por otros de más firmeza.
¿Está todo preparado,
altares, tribunas?
SAULA. Hechas
están tus órdenes todas;
el templo deslumbra, ciega.
También las invitaciones
se hicieron á mi presencia
ya que por fin consentiste
en que público no sea
el acto de innaugurar
con todo esplendor la Iglesia.
INSPIRACIÓN. Consentí, pero abriré
si llega el caso las puertas;
vosotros temeis de todo,
nada teme mi conciencia,
pues sé que si entrara el pueblo,
como amenaza *Tragedia*,
y á manos de esos traidores
mi roja sangre corriera,
grato el morir me sería,
pues morir en la defensa
de Dios, es muerte gloriosa,
muerte insigne y muerte excelsa.
Dí al Campanero que pase.
SAULA. Esperando se halla fuera. (*Vase.*)

ESCENA III

Inspiración, Campanero.

INSPIRACIÓN. ¿Se nota grande tumulto
desde arriba?
CAMPANERO. Se oyen mueras
que uno primero los dice,
y los otros le contestan.
Están tomadas las calles
del barrio de la derecha,
y de los barrios extremos
que se extienden á la izquierda.
Pero dicen...
INSPIRACIÓN. ¿Qué, qué dicen?
Dí lo que sabes, no temas.
CAMPANERO. Dicen que el tener tan lejos
las tropas así sujetas,
es un ardid de las gentes
que ebedecen á *Tragedia*
para tener distraído
al contrario, y por sorpresa
venir hacia aquí de pronto
las turbas en son de guerra.
Tened cuidado, señora.
INSPIRACIÓN. A nada temo; que vengan.
Y si viniesen, y el templo
rodase deshecho en tierra,
yo tan sola me alzaría
llevando á Jesús á cuestas
para salvarlo de todas
las zarpadas de las fieras.
A templo roto, otro templo;
á iglesia rota, otra iglesia;
Cristo es fénix que renace
de entre sus propias pavesas.
CAMPANERO. De mí disponed, señora;
mi vida es la vida vuestra.
INSPIRACIÓN. En nombre de Dios la tomo
por si falta á Dios hiciera.
Cuando el teléfono escuches
arriba en la torre enhiesta
porque llegara el momento
terrible de la contienda,
si te digo *¡toca!*, tocas
como una grandiosa orquesta,
todas, todas las campanas,
la más dulce, la más recia,
la de más claro sonido,
la de más grave elocuencia,
la más tenue, la más ronca,
la más dulce, la más plena,

todo, todo el campanario,
cual si en las manos tuvieras
las selvas llenas de pájaros
los mares llenos de lenguas,
la tierra ardiendo de músicas,
y el cielo ardiendo de estrellas.
Si á Dios derriban del ara,
será entre la voz inmensa
de un gran repique de triunfo
del mar, del cielo y la tierra,
de un gran repique de gloria,
como si al caer, surgiera
más portentoso en las almas,
más firme entre las conciencias,
más alto en todas las frentes,
más vivo en todas las lenguas.

CAMPANERO. ¡Tocaré hasta que trepiden
los cimientos de la iglesia! (*Vase.*)

ESCENA IV

Inspiración, Organista.

INSPIRACIÓN. (*En el mismo tono exaltado, viendo llegar al Organista.*)
Y á Vos...

ORGANISTA. Oí el arrebato
de vuestra mística arenga...

INSPIRACIÓN. Y á Vos también os suplico
si estallara la refriega,
tocar, tocar á victoria
con las grandiosas trompetas
del órgano prodigioso
hecho sublimes cadencias.
Si surgiese la batalla
y retronase en las puertas
el son de la plebe ronca
como un torrente que llega,
á una señal de mi mano,
á un mandato de mi diestra,
tocad, tocad los registros,
herid, herid las hileras
de flautares imponentes
que en el órgano se trenzan.
Sonad la flauta más dulce,
que es de Cristo la inocencia;
sonad la flauta más grave,
que es de Cristo la grandeza;
sonad el tubo más bronco,
que es de Cristo la tragedia;
sonad el tubo más triste,
que es de Cristo la pobreza.
Cante á gloria inmarcesible
del órgano la elocuencia,

como expresando á las almas
con sus aleros de lenguas,
que si muere Jesucristo,
del suelo otra vez se eleva;
y si rueda el templo santo,
otra vez se alzan las piedras
y ellas mismas en tumulto
forman de nuevo la Iglesia.

ORFANISTA. Ya empezó la ceremonia;
ya las naves están llenas
de gente invitada.

INSPIRACIÓN. Aguardo
á que lleguen la Nobleza,
el Poder, la Prensa, el Oro,
cuanto es luz.

ORGANISTA. Mirad; ya llegan. (*Vase.*)

ESCENA V

Inspiración, Damas 1.ª, 2.ª, 3.ª 4.ª, Caballeros 1.º, 2.º, 3.º, 4.º

NOBLEZA. (*Dignamente.*)
Inspiración, cuanto somos
lo ponemos en tus manos.

INSPIRACIÓN. Agradezco á la Nobleza
lo sublime de su rasgo.

PODER. Dispón de mí, el Poder soy
y á Dios adoro y amparo.

INSPIRACIÓN. Grato ejemplo el que recibo
de tu valer y tu rango.

ORO. Soy el Oro, y de tu genio
quiero vivir maniatado.

INSPIRACIÓN. Eres el oro del mundo,
y Dios es Oro más alto,
pero acepto el poderío
de tu impulso soberano.

PRENSA. Yo soy el río de luz
de la Prensa; yo te amo.

INSPIRACIÓN. Entre todos los poderes
tú eres el poder más claro,
eres ala, brida, espuela,
voz del mundo, luz, milagro.

ARIST. Soy la Aristocracia; llevo
á Dios en mí; te proclamo.

INSPIRACIÓN. ¿Y el Pueblo? ¿no vino el Pueblo,
voz de Dios?

DAMA 1.ª Oye á lo largo; (*Óyese confusamente.*)
¿escuchas su vocerío?

CABALL. 1.º ¡Viene, mas viene matando!

INSPIRACIÓN. También hay pueblo que siente;
yo le quiero.

CABALL. 2.° Son disparos
los que suenan.
CABALL. 3.° ¡Se aproximan
las turbas vociferando
de nuevo á Jerusalén
para subir al Calvario!
INSPIRACIÓN. Las detendré y haré oir
su injusticia, su arrebato.
DAMA 2.ª ¡Y rodará tu cabeza!
INSPIRACIÓN. No rodará. De lo alto
viene la luz á mi pecho,
y alumbraré al Pueblo, alzando
sobre él los brazos de Cristo.
CABALL. 4.° Clavará otra vez sus manos.
INSPIRACIÓN. Las besará como rosas
del Paraíso.
CABALL. 1.° Los clavos
pondrá otra vez en sus pies.
INSPIRACIÓN. Con amor ha de besarlos.
DAMA 2.ª Traerá otra vez la corona
de espinos entrelazados.
INSPIRACIÓN. Los espinos hará blancas
azucenas su contacto,
y orlarán las castas sienes
del Maestro.
DAMA 3.ª En torpe palo
traerá el Pueblo la agria esponja
de hiel y vinagre.
INSPIRACIÓN. En jarro
de jaspe, de luz, y oro,
traerá un licor extrahumano,
que al beberlo el Gran Judío
sanará de pies y manos.
CABALL. 1.° De nuevo traerá la clámide
para enviarle á Pilatos.
INSPIRACIÓN. Traerá un manto entretejido
con la Aurora, y ese manto
lo colgará de sus hombros
como un torrente de rayos.
DAMA 4.ª Lo mostrará en el Pretorio
de nuevo acardelanado.
INSPIRACIÓN. Lo mostrará sin espinas,
dulce, excelso, sano y salvo.
DAMA 1.ª Y porque no resucite,
sobre el sepulcro sagrado
arrojará un monte.
INSPIRACIÓN. Rosas
arrojará sobre el mármol,
rosas de Jerusalén
como un incendio dorado.
Sin Dios, sin alma y sin ley,
lo sabe el Pueblo que aclamo,
es imposible la vida
de los hombres, pues el barro

lo aclara el alma con luz,
la ley lo eleva de rango,
y Dios lo vuelve oro puro
al revolverlo en sus manos.
¿Temblais tal vez? ¿es que el miedo
os paraliza los labios?
¿es que adorais vuestras vidas
más que á Dios? ¿Queréis acaso
huir lo mismo que ciervos
por la jauría asustados?
(*Suenan entusiastas protestas de adhesión á la causa divina.*)

ARIST. ¡A la lucha!
PODER. ¡Sí, á la lucha!
ORO. ¡A morir por libertarlo!
PRENSA. ¡Viva Cristo!
DAMAS. ¡Viva Cristo!
INSPIRACIÓN. Ahora, al templo, que mediado
está ya el acto divino;
nosotros sólo faltamos.
El sermón ahora termina;
¡de rodillas á escucharlo!
(*Repentinamente desaparece el telón que simula la Sacristía, y surge el templo de las mil cariátides, de las mil columnas que sostienen las bóvedas. La decoración ha de ser deslumbradora. Las naves aparecen llenas de gentío de clases elevadas que, invitado, acude á la inauguración. Las puertas del templo están cerradas. La cadena de la lámpara, aún no suspendida, pende de lo alto y llega al suelo, con una escurridiza lazada en la punta. A la derecha, vese un lujoso púlpito; al cual tiene que subir el Poeta. A la izquierda, se supone otro púlpito, desde el cual, sin ser visto, declama un sacerdote el sermón. Las columnas, tendrán la forma de las figuras que bailaron en el Canto II, con la diferencia de que serán de tamaños gigantescos. Mucha grandiosidad y esplendor.*)

ESCENA VI

Silencio absoluto. Suena mágica y muy lejanamente la palabra del sermón, sin verse al sacerdote.

SAC. .....y como la vida, la vida del hombre
es rosa que apaga la muerte,
como habrá de apagar cuanto vive
porque todo termina y fenece,
debemos morir como heroicos
paladines; caer como fuertes
capitanes; rodar ascendiendo
á Dios, que es la Fuente,
lo Inmutable, el Amor, la Justicia,
lo que es Luz y arrebata y enciende.
Luchar entregando las almas
á Aquel de quien nacen, á Aquel de quien vienen,

es tan sólo tornar nuestras vidas
al manantial de que todas descienden,
y volver las palomas maestras
al feliz palomar donde duermen,
á Dios, que las cria, las lanza,
recorren los cielos, y á Dios mismo vuelven
cubriendo sus manos, sus hombros,
sus pies, su cabeza, sus brazos, sus sienes,
mientras revestido de tantas palomas
que á adorarlo vienen,
ríe, ríe, ríe, viendo que las almas
se acuerdan de verle,
tornan á su pecho,
chocan en su frente,
y en millones de círculos blancos
lo besan y escalan, lo arrullan y envuelven.
Menos Dios sublime
todo es accesorio, pues todo perece.
Y si es Dios el origen divino
que nos dió las luces de su Luz; la frente
como imán venido de su frente misma;
la lengua que es libro sonoro; y rientes
puso á nuestras almas otras mil columnas
que son las virtudes en que se sostienen,
por El verteremos la sangre gloriosa
que nos hace fuertes,
que nos alza á dioses,
que nos torna en héroes.
Suban nuestras almas hasta Jesucristo
con inmensos aullidos de fiebre;
suban nuestros pechos, aunque se interponga
á ríos la muerte.
¡Una espada, una espada, y los hombres
á luchar en guerrero torrente!
(*La muchedumbre prorrumpe en gritos y aplausos. Después, el órgano, preludia una melodía de tono grandioso, en que predomina el registro de la voz humana. Al terminar, sube al púlpito el Poeta. El gentío que llena el templo, vuélvese hacia él para verle mejor, y lanza voces ahogadas de* ¡el Poeta, el Poeta! *que corren de boca en boca, como una ola de emoción. Viste elegantísimo traje sagrado, de oro y sedas, de una forma original y única. En las manos lleva unas cuartillas, que no llega á leer.*)

ESCENA VII

POETA. (*Desde el púlpito.*)
Al dar, desde hoy, la Iglesia su voz á la Poesía,
para que con la lengua del verso melodioso
traiga el rumor del mundo cual lazo de armonía
entre la voz del hombre y el templo fervoroso,
quiero que mi palabra, que mi encendido canto
sea el amor que selle con fuego nunca visto,

el corazón del pueblo, que es lucha, y risa, y llanto,
con el amor eterno, que es el amor de Cristo.
Oid, mas con los pechos; oid, mas con las frentes;
oid con el espíritu que Dios os ilumina;
las fúlgidas palabras de Cristo son simientes
que abren dentro del alma su ardiente flor divina...
(Al llegar á este punto, clava la mirada en uno de los lados del templo, que no ve el público, y como sugestionado, grita presa de rara emoción.)
¿Pero, qué observo? ¿qué miro?

INSPON. *(Desde una tribuna.)*
¿Por qué vacila?...

UNA VOZ. ¿Qué pasa?...

POETA. *(Señalando á un altar. El público vuélvese para mirar hacia aquel lado.)*
¡Mirad! ¡mirad! ¡El Incendio!

INSPON. ¡Traición!

POETA. ¡Huid, son las llamas!
¡Arde el altar!

Voz 2.ª ¡Fuego!

Voz 3.ª ¡Fuego!
(Se produce un terror indescriptible. La muchedumbre se lanza á las puertas cerradas buscando la salida, y no hallándola, se revuelve, se atropella, y emprende carreras desatentadas entre un griterío ensordecedor. El incendio empieza á teñir de lumbre las columnas, los capiteles, las bóvedas.)

Voz 4.ª ¡Romped las puertas cerradas!

Voz 5.ª ¡Socorro!

Voz 6.ª ¡Jesús!

Voz 7.ª ¡Dios mío!

Voz 8.ª ¡Abrid!

Voz 9.ª ¡Abrid!

Voz 10. ¡Venga un hacha!

Voz 11. ¡Mejor es quemar las puertas
para que rotas se caigan!

Voz 12. ¡No correr!

Voz 13. ¡Juicio!

Voz 14. ¡Entereza!

Voz 15. ¡Callad todos!

Voz 16. ¡Quietud!

Voz 17. ¡Calma!

Voz 18. ¡Empaparemos las puertas
con aceite de las lámparas!

Voz 19. ¡Venga!

Voz 20. ¡Aquí está!

Voz 21. ¡No, que así
redoblaremos las llamas!

Voz 22. ¡Y alzaremos otro incendio!

Voz 23. ¡Socorro!

Voz 24. ¡Cristo nos valga!

Voz 25. ¡Ya arde la puerta, saldremos!

Voz 26. ¡Gran Dios!

Voz 27. ¡Oid!

Voz 28. ¡Son descargas!

Voz 29. ¡Estamos entre dos fuegos!
Voz 30. ¡Esto es que el mundo se acaba!
Voz 31. ¡Madre mía! ¡Jesús mío!
Voz 32. ¡Sálvanos Virgen de gracia!
Voz 33. ¡Auxilio!
Voz 34. ¡Venid; ya caen
las puertas despedazadas!
(*Caen las puertas del templo derribadas por los golpes de fuera y por el incendio. La muchedumbre se precipita á ellas y lucha con las turbas que entran atropellando y arrasándolo todo entre un tumulto inmenso. Las Damas, Caballeros y Símbolos de la anterior escena, luchan denodadamente con las turbas, que al penetrar bajo las naves, cantando canciones canallescas, derriban candelabros, misales, atriles, reclinatorios y cuanto encuentran al paso. Inspiración lucha con arrojo en primer término.*)
Voz 35. ¡Huyamos!
Voz 36. ¡Entran matando
las turbas!
Voz 37. ¡Rompen las aras
los misales, los atriles,
los candelabros!
Voz 38. ¡Y rasgan
las telas y los altares!
Cab. 3.º ¡La plebe desenfrenada
penetra en Jerusalén
y á Dios de nuevo degrada!
Inspon. ¡Viva Jesús, viva Cristo!
M. voces ¡Viva!
Otras. ¡Muera!
Inspon. (*Dando una bofetada en la boca á uno que grita* ¡Muera!)
¡Toma, raza
maldita, sayón horrible,
boca de gangrena!
V. de mando. ¡Armas,
apunten, fuego! (*Suena una descarga.*)
Voz 39. ¡Dios mío!
Voz 40. ¡Yo muero!
Voz 41. ¡Mi vida acaba!
(*Al tronar la descarga, huye el gentío con Damas, Caballeros y turbas populares. El templo, desierto, se alumbra con resplandores trágicos. Queda sola Inspiración.*)

ESCENA VIII

Inspiración.

Inspiración. ¡Sola, oh Dios mío! Arda yo
también por ti, por tu causa;
quiere mi vida, que es tuya,
por ti morir abrasada.
(*Fijándose en el fuego.*)
Corre el incendio hacia allí,

hacia el palacio. Sus salas
rodarán pronto por tierra.
¡Oh las riquezas guardadas!
¡oh la Academia sublime
para esplendor de las almas!
¡oh la santa Biblioteca
henchida de obras preclaras,
y el Teatro prodigioso
que tanto amé! ¡Barajadas
rodarán tantas grandezas!
¡Arda yo también!
(*En un grito de terror.*)
¡La jaula
con los pájaros traídos
de las Naciones lejanas...
¡Aves divinas... Por ellas
entro á través de las llamas!
(*Desaparece entre el incendio. Dentro se oyen sus gritos desgarradores. A poco, medio encendidas sus ropas, transfigurada, aparece con la jaula llena de pájaros.*)

INSPIRACIÓN. (*En son de triunfo.*)
¡Aquí están todas ilesas!
¡Naciones, estais salvadas!
(*Acércase á una de las rotas puertas del templo para ir soltando los pájaros uno á uno.*)
Volad, pájaros cautivos
que os pedí á tierras extrañas;
ibais á morir; ya libres
podéis desplegar las alas.
Vuela tú á quien tanto amé,
ave divina de Italia,
con el oro del Vesubio
en las plumas de escarlata.
Ve en busca de tus colinas
pájaro alegre de Francia;
aquí no hay más que dolores,
desolación y desgracia.
Y tú de América insigne,
ave de túnica blanca,
en tu pico armonioso
lleva un suspiro á tu patria.
¡Oh pájaro de Inglaterra
de túnica aristocrática!
llévate mi corazón
entre tus plumas de plata.
Ave en Portugal nacida,
que Oporto meció en sus auras;
di á tu Nación afligida
que esta es su Nación hermana.
Y tú ruiseñor sublime,
ruiseñor dulce de España,
que aprendiste á ser divino
en un laurel de la Alhambra;
(*Se le nubla la voz por el sentimiento.*)

tú de la Nación caída
por las guerras enlutadas
que sabe llorar sus penas
el eco de sus guitarras,
todo el amor de mi vida,
todo el fuego de mi alma,
te lo llevas, te lo llevas
entre la luz de tus alas.
Volad todos, Volad todos,
los de plumaje de grana,
los de collar de zafiro,
los del penacho de llamas,
¡Dios sabe cuándo, Naciones,
hareis la grandiosa jaula
donde canteis todas juntas
la gran redención humana!
Ya se fueron, ¡Sola, sola!

TRAGEDIA. (*Apareciendo de detrás de una columna.*)
Sola no.

INSPIRACIÓN. (*Aterrada.*) ¿Quién es? ¿quién habla?

ESCENA IX

Inspiración, Tragedia.

TRAGEDIA. Soy *Tragedia;* estamos solos
frente á frente y cara á cara.

INSPIRACIÓN. ¿De dónde sales, malvado,
genio del Mal?

TRAGEDIA. De las brasas;
soy la *Traición*, y te busco
para hundirte las entrañas.
Te juré venganza horrible
y aquí tienes la venganza.

INSPIRACIÓN. Sapo, canalla, asesino.

TRAGEDIA. Mis nombres son; te doy gracias.

INSPIRACIÓN. Hombre de lepra.

TRAGEDIA. Eso soy;
y verdugo. Mira. (*Mostrándole un cordel.*)

INSPITACIÓN. Calla,
traidor, sacrílego.

TRAGEDIA. (*Mostrándole siempre el cordel.*) Mira.

INSPIRACIÓN. Quita, que apestas á llagas
inmundas. Déjame.

TRAGEDIA. (*Con frialdad lúgubre.*) Mira;
esta cuerda, á tu garganta
la voy á echar, y á colgarte
del fuego para que ardas.
¿No te protege Jesús?
llámalo, á ver si te salva.

INSPIRACIÓN. No me das miedo; me das
asco, viscosa alimaña.

Vete, lagarto, culebra.

TRAGEDIA. Son requiebros que me agradan;
tú sabes todos mis nombres,
y el que más justo me cuadra,
es el de verdugo. Mira. (*Mostrándole el cordel.*)
Aceché á que te quedaras
sola en el incendio, y quise
dirigirte la palabra.

INSPIRACIÓN. Me das frío, me das frío,
aborto, pozo de infamia.
Vete de aquí, vete.

TRAGEDIA. (*Enseñándole implacablemente el cordel.*) Mira.
Pero antes de ahorcarte, falta
ahorcar á Cristo. Tú misma
vas á tirarle con ansia:
de este cordel en la punta
hecha está ya la lazada.
Toma.

INSPIRACIÓN. (*De repente quítale el cordel y lánzase á su cuello.*)
Será de tu cuello,
hombre vil.

TRAGEDIA. De tu garganta.
(*Bregan valerosamente.*)
¡Rueda al suelo, mala víbora!
(*La tira y le pone el pie sobre el pecho.*)
Ahora, el cordel.

INSPIRACIÓN. (*Incorporándose de un brinco salvaje, tíralo y patéalo furiosamente.*) Baja, baja
al suelo tú, Iscariote,
monstruo, reptil. Con mi planta
mira, te pateo el rostro,
te pateo las entrañas. (*Lo patea trágicamente.*)
Vas á morir; el cordel
voy á atarte con mi rabia.

TRAGEDIA. (*Extrangulado.*)
¡Socorro! ¡Auxilio!

INSPIRACIÓN. No grites.
Se me escurre la lazada;
no puedo asirla.

TRAGEDIA. (*Ronco.*) ¡Socorro!

INSPIRACIÓN. ¡Oh, que idea!

TRAGEDIA. ¡Quita! ¡Aparta!

INSPIRACIÓN. Esta lazada de hierro
de la cadena que baja... (*La de la bóveda, que llega al suelo.*)
(*Enganchándole con ella el cuello, y tirando con furia como si el ahorcado fuese la araña que había de subirse á la bóveda.*)
Así.

TRAGEDIA. Suéltala, me ahogas!

INSPIRACIÓN. (*Con júbilo satánico.*)
Ya estás preso. ¡Arriba, lámpara!
(*Tira entre gritos de triunfo y carcajadas de inmenso arrebato.*)

¡Arriba, ahorcado; já, já!,
¡arriba, arriba la araña!
¡Já, já, já, já! ¡Arriba, arriba!
¡Más alto, más! ¡Ahora, canta!
¡Já, já, já, já! ¡Eres la luz
que el templo de gloria baña!
¡Y ahora, á mecerte yo misma!
¡Já, já, já! ¡Péndulo, baila!
Campanero, *¡toca, toca!* (*Gritando por el teléfono y luego señalando al órgano.*)
¡Lance el órgano su *Hosanna!*
(*Coge una cuerda delgada que está sujeta á la punta de la cadena, y tira de un lado y otro, hasta hacer al ahorcado dar mecidas pavorosas desde el foro al público, sobre el cual gravitará el cadáver cada vez que venga sobre la concha la mecida del cuerpo lúgubre. El campanario y el órgano levantan un inmenso tumulto de gloria.*)

INSPIRACIÓN. (*Con cara de loca, tirando de la cuerda.*)
¡Mécete, péndulo horrible!
¡mécete, mécete lámpara!
¡Já, já, já, já, já, já, já!
Triunfó la Iglesia de ti;
la Divinidad se salva;
¡quien quiera tapar el Cielo,
del Cielo hará su mortaja!
(*Baja el telón entre el estruendoso clamor del órgano y del campanario, las imponentes carcajadas de Inspiración, las llamas del incendio y las mecidas trágicas del ahorcado.*)

FIN

Palacio de Espinosa.
Cabo de Palos. Murcia.
24 Diciembre 1911 á
6 de Enero de 1912.

HOMENAJE Á LA PRENSA ARGENTINA

APÉNDICE

Poesías, juicios, frases, pensamientos y notas entresacadas brevemente de los grandes relatos hechos por los magníficos diarios de Buenos Aires, con motivo del reciente, desinteresado viaje de Salvador Rueda á aquel gran país.

El mismo entusiasmo que Buenos Aires, demostró Montevideo por España y por el poeta durante las breves horas que pudo detenerse en esta hermosa capital, pero los cultos periódicos de aquella Prensa, no han podido llegar á nuestras manos.

Por la recopilación,

EL EDITOR

DISCURSO DEL FAMOSO POETA DON RAFAEL OBLIGADO

EN LA FIESTA DEL COLEGIO NACIONAL SUR DE BUENOS AIRES (1913), DADA EN HONOR DE SALVADOR RUEDA

Bien venido sea Salvador Rueda a la tierra de Carlos Guido y Spano.

Fuera inoportuno entrar a juzgar la obra y a medir la talla intelectual del poeta que nos visita; bástanos saber que la una es soberanamente hermosa y alta la otra.

Imágenes serán mis palabras para que me entienda mejor el aeda errante, símbolo transparente para su gay saber.

La curiosidad pregunta: ¿Por qué Rueda fué ayer a Cuba y hoy llega a la Argentina? ¿Qué americanismo le atrae? ¿Qué soplo abrió el ala de sus emigraciones hacia contrapuestos rumbos de Hispano-América? Y la verdad responde: viento de aurora en primavera, el mismo que impele al ruiseñor del norte hacia los cármenes meridionales, ansia de cobijarse en nido recién labrado, amor al capullo por lo que tiene de misterio y de promesa...

Cuba se entreabre a la soberanía y a la libertad, y por eso el genio de la raza progenitora vuela a darle la bendición sacerdotal de la estirpe, a cantarle «el himno gigante y extraño» del siglo de oro, que fué himno de vida, de audacia y de gloria, de sonoridad tan alta, que marcó el paso del recio conquistador en la empresa de abrir al mundo la formidable América. Cuba lo oyó de nuevo íntegro en sus notas, perenne en sus matices, en la lira de Rueda, y se conmovió dentro de su adolescencia, y arrancó palmas de sus palmares y las ciñó a su frente.

Eso, no lo dudéis, aconteció una aurora de primavera, de aquellas que entreabren el pico de los ruiseñores, las flores en capullo y los nidos recién colgados.

Y he aquí que el mismo soplo impulsa las mismas alas, pero esta vez hacia nosotros. ¿Por qué hacia nosotros? ¿Qué se inicia, qué está a punto de romper su envoltura en la nación primogénita de la independencia y la soberanía en Sud América? ¿Un pueblo? No. Un amontonamiento de pueblos; un asalto humano sobre las pampas, las selvas y las cumbres, guiado solamente por «ella», por la azul y blanca!

Poeta: repite el himno gigante y extraño del siglo de oro, el que alzaste en Cuba, que oídos tenemos para oir, y si no ofrendas del trópico, vientos que batirán tus palmas triunfales, pamperos propicios a las églogas fecundas, a las odas audaces, a los cantos de los payadores y a las «trompetas de órgano»! ¡Rocíos del alba argentina, del amanecer más amplio de nuestra América, bauticen tu frente, en el nombre de San Martín, de Rivadavia, de Sarmiento, de Mitre, de Echeverría y Andrade.

A SALVADOR RUEDA

Señor y Salvador mío, dios y hombre verdadero,
blindó tu pecho la vida con invulnerable acero
donde se estrellan los plomos de la envidia y la ambición;
encerró el cielo tu numen bajo rígida osamenta
donde el turbión de los odios sus tempestades revienta
en islote de ternuras aislando tu corazón.
Y sepultó en tus entrañas el arpa de los poetas;
y abrió en tus carnes dolientes con sus divinas saetas
las dulces llagas que fluyen la sangre del Ideal;
y á las cuerdas de tu lira sumó cien nuevos bordones
de metal desconocido donde duermen nuevos sones
que despiertan al punteo de tu plectro magistral.
La luz que brilla en tu frente es luz de antorcha latina,
los pinares levantinos exudaron la resina,
jamás los climas del Norte vieron igual resplandor;
tal incendio de matices prende la tea gloriosa,
que si conjuran tus versos á la noche tenebrosa,
para pintar sus negruras vas derrochando color.
Tu inspiración impetuosa brota de un viejo granito
y su venero de oro, como raudal infinito
por el azul se despeña del seno de Eternidad;
por eso, como los vientos resbalan perpetuamente
por la redondez del mundo, así baja de tu frente
esa linfa generosa de ritmo, luz y piedad.

Aseguran.....—no lo creo,
decir de murmuradores—
que el bardo de mis amores
dejará el suelo español.
¿Cómo el íbero Parnaso
va á quedar triste y á obscuras
porque en busca de aventuras
marche á otros cielos el Sol?

No busques por los mares,
noble argonauta,
una gloria que llevas
dentro del alma.
Tu vellocino
á bordo de la nao
irá contigo.
¡Quién la nave amarrara
de una cadena
que ni el mar ni los hombres
quebrar pudieran!
¡Corazón mío,
forja sus eslabones
con tu cariño!

—

No marches, bando, recela las perfidias de la onda;
cuando los faros del puerto la curva del mar esconda
¿cómo sufrirá la nave tu pesadumbre, Titán!
Más que un flete de oro virgen pesa el oro de tus versos,
bajo tu combada frente llevas tantos universos
que las espaldas de Atlante con tal peso se hundirán.
Pero... ¿marchas? Pues perdona lo pueril de mi advertencia;
fué inspirada en mi amargura que anticipa ya tu ausencia.
¡Argonauta del Ensueño, entra á bordo sin temor!
Que á tus grávidos pensares dará la estrofa sus alas
y levantarás un mundo hasta las azules salas
asiendo los continentes con tus garras de condor.
No temas contrarios vientos ni emboscadas de la bruma
por los campos de turquesas y blancas rosas de espuma
grácil volará tu nave cual ibis de la ilusión...
El huracán de tus trompas impondrá silencio á Eolo,
lloverán sobre cubierta las bendiciones de Apolo,
Favonio será tu siervo, tu custodio Poseidón.
Guardará el rayo en su estuche el dios de las tempestades,
coros de blondas sirenas y de marinas deidades
desgranarán sus sonrisas sobre los lirios del mar;
al oir la lira de oro, legado del padre Homero
del que en nuestro siglo impío armó Apolo caballero
porque fuera de su muerte los dioses á despertar.

Cuando arribes á la hermosa
Federación Argentina
con tu carga peregrina
de canto, flores y luz.
Dí que llevas para unirlas
á sus australes centellas
en tus versos las estrellas
que ornan tu cielo andaluz.

¡Adios! Con mi fantasía iré siguiendo tu viaje;
cuando el mar mesce la prora con su rítmico oleaje,
cuando en los ciclos australes se enciende la Cruz del Sur,
cuando el sol del mediodía dore las marismas crestas,
en las rosas aurorales y en la sangre de sus puestas,
tras la estela de tu nao irá el alma de un astur.
Ella acompañe tus pasos por las playas argentinas
por la pampa sin fronteras, sobre las cumbres andinas,
cuando el Eterno y tu numen estén á solas los dos.
¡Salve!... Siempre tu devoto, en las horas angustiosas,
en los minutos felices, entre abrojos, entre rosas
en la vida y en la... ¡siempre! ¡Salve, Rueda! ¡Adios!... ¡Adios!

Félix Gavito.

* * *

SALUTACIÓN

Á Salvador Rueda, al visitar nuestras tierras atlánticas.

Noble señor del plectro de oro y el verso todo florecido,
viajero ilustre, que á una secta diste el aliento precursor:
á nuestras tierras encantadas del sol y mar sé bien venido;
grande es, señor, el entusiasmo; pero más grande fué el honor.

Honor que todos te debemos por merecidos de tu alteza...
Tú, que supiste—¡oh, gran caudillo!, de nuestra raza antemural
con la honradez de tus doctrinas, soldar en una sola pieza
un vasto ensueño de poeta y una virtud sacramental.

Llegas aquí cuando la tierra florece toda en armonía;
los viejos árboles se adornan con su uniforme juvenil
y en las recónditas urdimbres del arpa viva de la umbría
se inicia el eco rumoroso de los salterios del Abril.

El viento tiembla amedrentado sobre los trojes campesinos,
el agua clara entre las cañas teje su fabla musical,
todo el sendero está de rosas, todo el boscaje está de trinos,
y ayer surgió la Primavera de la floresta de un rosal...

Gentil parece para el acto de tu visita engalanada,
el viejo Horacio la amaría para ajustarla á su rabel;
entre sus manos resplandece, bajo la luz de su mirada,
una simbólica guirnalda de hojas de roble y de laurel.

Monologando entre las frondas pasaba el alma del latino...
y al sol candente, en el alarde de su brocado vesperal,
se iban hundiendo los rebaños en las revueltas del camino
con la serena mansedumbre de una leyenda pastoral...

¡Qué gran cantar para tu lira! Ella que, ardiendo en altos bríos,
supo también de los dulzores el sacratísimo fervor,
pues fué forjada á la ternura de una cantata de amoríos,
que al redoblar de los martillos iba cantando el forjador...

¡Qué gran visión para tu musa!, que al vendimiar el nuevo rito
surtió sus odres caudalosos en el hispánico tonel.
¡Oh, Musa tuya, Musa tuya! Siempre de cara al infinito,
cual la quimera que remata la aguda proa de un bajel...

Noble señor: de su elocuencia muéstranos hoy el don supervo,
y ante el unánime concurso, como un estrépito orquestal,
á sus fastuosas sinfonías desate al fin tu «Organo Verbo»
la maravilla de sus flautas sobre el estruendo comercial.

Ante tu vista el gran Atlántico se extiende todo en campo abierto,
donde el sol rudo de estos climas vierte su roja irradiación.

El sol tonante que vió un día nacer hierático el Desierto
del gigantesco epitalamio que hubo la Esfinge y el León...

En él te inspira; y cuando huídas sean las horas meridianas
y te cautive del cansancio la perezosa esclavitud,
duerme al efluvio que te brindan las claras noches africanas,
que ellas serán para el poeta como un venero de salud...

Y mientras velan las estrellas, bajo el amparo de su egida,
grave reposo halle tu cuerpo, que de la Luna el puro ardor
para inspirarte ensueños gratos vertió en su lámpara encendida
el óleo triple que engendraron la Paz, el Sueño y el Amor...

Esta es, señor, la voz de todos que por mi boca se ha expresado..
Ahora, el amigo te hace un ruego pleno de espíritu cordial.
Ven; en mi casa y en mi mesa lugar tenemos sosegado
donde gozar serenamente de la dulzura convivial.

TOMÁS MORALES.

* * *

Á SALVADOR RUEDA

Hoy España en la cumbre de su egregio Parnaso,
coronada la frente de laurel triunfador,
te comtempla glorioso sobre el áureo Pegaso
en que viaja magnífico tu gran genio creador.

Y también hasta América llega el canto grandioso
de la ardiente cigarra de tu gran corazón
y las veinte Repúblicas con fervor religioso,
en tu cáliz reciben la ideal comunión.

Con tu verbo que es oro musical en el trigo,
y es perfume en las flores y en la luz es temblor,
que corona con rosas de piedad al mendigo
y hace de almas y seres un collar de ilusión.

Has querido, con lazos fraternales, que unidos
marchen todos los pueblos que el idioma hermanó,
y en el seno fecundo de la paz, confundidos,
del progreso levanten el triunfal pabellón.

Y así va tu palabra cadenciosa y extraña,
ondulando en el ritmo con elástico son.
ya pregona las glorias y grandezas de España,
Ya de América el día de futuro esplendor.

Ella escala en tu lira tan soberbias alturas,
que audaz quiere en sus vuelos remontarse hasta Dios,
y si dulce preludia sus filiales ternuras,
¡da sublimes y eternas vibraciones de amor!

Lleva oculto el secreto, milagroso prestigio
de arrancar á lo inerte su enigmática voz,
despertando las almas, por inmenso prodigio,
que las piedras ocultan en su vida interior.

Es tu «Enigma» un derroche musical de armonía,
donde el hálito esparces de un profundo terror,
al sondar el misterio de la muerte sombría
que hará polvo tu cuerpo que tan hondo sintió.

De mis nervios se escapan gritos de sentimiento,
al contacto de tu alma plena de inspiración,
y pueblas de visiones de luz mi pensamiento
cual si un incendio trágico ardiese en mi interior.

La noble España ciñe tu frente de laureles,
América sus palmas desgaja en tu loor,
ya es un inmenso templo tu gloria, donde fieles,
los pueblos reverencian al ínclito cantor.

Que perdure en el tiempo tu palabra que es lumbre,
que es amor y esperanza, caridad y perdón,
y que brillen perennes de tu fama en la cumbre,
las estrofas de fuego que tu ser incendió.

GONZALO G. OSPINA,
(Colombiano.)

Octubre de 1913.

* * *

A SALVADOR RUEDA,
O GRANDE MESTRE DO LYRISMO MODERNO

Canóro pouxinól, cantor ousado
das verdes selvas bastase fecundas;
incomparavel pássaro encantado,
rasgae da tréva as cavidades fundas!

Lançae as vossas luzes ao passado;
ao futuro atirae as tão jocundas
canções de fogo—rúbido trinado—
que ás gerações aclararão, profundas!

Evangelho fazei da poesia
que manejaes com tanta maestria,
que governaes com único valór;

para que tombe a torpe inveja morta
emquanto á Idolatria—á vossa porta—
se confunda num paio de esplendor!

SYLVIO JULIO,
(Brasileño).

Novembro, 1913.

* * *

El vate es redentor:—Baja del cielo.
La tierra con tus cánticos inflama.
Sé pan, vida, salud, amor, ¡derrama
bullente el corazón por todo el suelo!

¿Que murmura la crítica de hielo?
¿Que la envidia de lodo que difama?
¡La América ante ti se vuelve llama!
¡Surge española por tu santo celo!

Ya se realiza la fusión sublime.
Ya el amor todo obstáculo suprime.
¡Ya no existen Atlánticos profundos!

Retorna al éter puro desde el barro,
y asciende triunfador, en ese carro
cuyas ruedas gigantes son dos mundos.

SALVADOR SELLÉS.

* * *

VIAJE DE INCÓGNITO

(RUEDA)

En automóvil lleno de elegancia,
bajo un cielo bellísimo y risueño,
recorría un poeta malagueño
los amados caminos de su infancia.

Y al deslizarse por la azul distancia
hasta que fué del horizonte dueño,
todo lo que adoró desde pequeño
le impregnó de ilusión, vida y fragancia.

Aquí, miró su mar; allí sus prados;
al fondo, entre montañas y collados,
su casa que en la fronda se envolvía.

¡Y yo ví con respeto religioso,
que por la cara del cantor glorioso
la fuente de las lágrimas corría!

GERARDO MINGO.

Málaga 14 Septiembre 1913.

* * *

Poeta da terra da luz y-a alegría;
poeta da patria das frores y-o sol;
poeta o máis grande que pousa hoxe en día
o pé no soberbo Parnaso español;

poeta que cingues â testa groriosa
coroa de césar, loureiro trunfal;
poeta da lira d'ouro vitoriosa;
poeta da raza; poeta inmortal:

andando pl'o mundo ceibando cantigas
qu'os nenos deprenden com'unha oración,
qu'os homes repiten e qu'as raparigas
gardan garimosas no seu corazón,

pr'a verde Galicia botache unha ollada,
e viche unha moza com'unha mazán,
ô pé d'unha fonte poñendo a ferrada
y-o cano de tella tapando co-a man.

«¿Qué fai esa moza?», dixeche curioso.
¡Qué fai!... Pois agarda, tremendo d'amor,
por certo mociño, galán e xeitoso,
qu'é a volvoreta de tan linda fror.

E viches qu'o mozo chegou cabo d'ela
e deulle nas follas d'aquel caravel
que tiña por beizos a meiga doncela,
un bico moi longo, que sóupolle á mel.

O idilio arrolando, soave e parleira,
ceibaba unha gaita ô vento soán
as tépedas notas da nosa muiñeira,
qu'á tí pareceuche tocada por Pan.

O teu estro forte hachou n-aquel cadro
motivo pra unha fermosa canción
que lía unha moza nantronte no adro,
no medio de grande ademiración.

E todol-os mozos cantos escoitamos,
así qu'a mociña de ler concluiu,
ceibando aturuxos, á unha berraromos
«Bendito de cote quen iso escribiu;

bendito o poeta máis grande da terra;
bendito, alaudado quen escribiu tal.
Levemos axiña do val hastr'a serra,
da vila hastr'o campo seu nome trunfral.

Bendita esa lira, d'as musas delicia;
bendito o poeta de gran corazón,
que n-unha fontela da verde Galicia,
bebeu, fresca e pura, süa inspiración.»

. . . . . .

Mociñas da Suevia, as máis ledas frores
que Deus por enriba da terra espallou,
amade ô poeta qu'os vosos amores
cal naide cantara, cantar vos cantou.

Avelino Rodríguez Elías.

* * *

POR TU MUSA

Caracol sonoro de voces triunfantes
portavoz heroico de raza gloriosa,
que en lindas estrofas de vivos cambiantes,
como antorchas vivas de luces brillantes,
como joyas raras de ricos diamantes,
solemne nos muestras tu musa gozosa.

—

La Musa que tienes que es mora y gitana;
tu musa, que ríe como una diablesa,
mitad Granadina, mitad Jerezana;
mitad Cordobesa, mitad Sevillana,
que tiene colores de rosa temprana
y rojos los labios como vampiresa.

—

Gitana es tu musa, gitana y valiente;
mujer vaporosa, mujer ideal;
fogosa, terrible, violenta y ardiente,
que siente su alma lo que tu alma siente,
y lleva un escudo que brilla en su frente,
que es símbolo augusto de su estirpe real.

—

Tu verso la llama, tu verso la evoca;
tu verso, tu copla, tu viva canción...
Tu verso le pone placer en la boca,
y cuando sus labios á tu frente toca,
ya tu fantasía rueda como loca
con la algarabía de tu inspiración.

—

Se desborda alegre, y es tu fantasía
potro desbocado; trueno de cañón;
caja melodiosa; caño de armonía;
manantial clarísimo de la poesía;
fuente de belleza; río de alegría;
pájaro sin nido; barco sin timón.

—

Ola, viento, llama, llanto, carcajada,
faro luminoso, ronco caracol...
zortzico, saeta, rosario, alborada;
tu voz tiene dejos de dulce tonada;
tu voz tiene el ritmo de una gallegada;
voz de luz, de aurora, de vida, de sol.

—

Voz apocalíptica de titán glorioso;
voz hecha girones, copla de pasión...
Verso pluma; verso idea; luminoso
verso fácil de sonido melodioso;
himno santo de belleza victorioso;
himno fuerte que salió del corazón.

—

Catarata torrencial de consonantes,
tu cerebro portentoso es un volcán;

prisma aurífero de luces rebrillantes;
catapulta de ecos rudos y vibrantes
que en escala de mil notas resonantes
formas una carcajada de titán.

—

Es tu verso misa santa de una aldea;
paz del alma; monorrítmica canción.
Eres tú poeta santo de la idea.
Con tu musa, tu alma ardiente se recrea;
tu cerebro es el martillo que golpea,
y es el yunque tu amoroso corazón.

ENVÍO

A tu frente de poeta luminoso;
á esa musa que te inspira con su amor
á esta fiesta que es un grito clamoroso,
que es un lazo donde se ata el luminoso
dulce afecto del Murciano cariñoso
con tu fe que es la armonía y el color.

—

Van mis versos despojados de armonía;
despojados de atildada entonación.
Perdonad á mi alocada fantasía
que ahora brinda por el rey de la poesía.
Yo te envío apasionado el alma mía;
con mi estrofa, va también mi corazón.

* * *

Salud, poeta insigne, que á la divina lira
Arrancas á millares poemas esplendentes:
La espléndida visita que en días aún recientes
Viniste á dedicarnos, honora esta mansión;
Al lado de las páginas de nuestra amada historia
Inscribe en sus gloriosos lumínicos anales
Olímpicos recuerdos y fechas inmortales,
Registra vuestra honrosa, casual visitación.

Recibe el santo afecto que nuestros corazones
Unidos os dedican ansiando vuestro bien;
Valche, que reverencia vuestros excelsos dones,
Desea unáis el ramo de nuestras afecciones
A la inmortal diadema que cubre vuestra sien.

P. Pastor Macia.

* * *

SONETO

Pobre, abatido, desolado, triste,
este humilde rincón de Andalucía
no modula los cantos de alegría
que en dulces ecos cuando niño oiste.

Fué en un tiempo vergel, donde naciste
para encanto y honor de la poesía,
que derrama entre perlas y ambrosía
el fulgurante numen que en ti existe.

Amante vienes á escuchar el lloro,
con alma pura de inocente niño,
que es tu madre y tu patria tu tesoro.

Deja que esculpa sobre el blanco armiño
de duro mármol, con buril de oro,
tu hermoso ejemplo de filial cariño.

ANTONIO ESCAÑO VIDERIQUE.

* * *

«Si Malaga te admira y te venera,
porque es tu madre y como madre te ama,
su orgullo habrá de ser cantar tu fama
como ya la ha cantado España entera.
Y España, que es tu patria, considera
que tu gloria más grande la proclama
la América latina que te llama
y te corona bajo su bandera.
Pisó tu planta el último peldaño
para alcanzar la inspiración divina,
y así como reinábamos antaño
desde el golfo de Méjico hasta Flandes,
reinas desde la costa Levantina
hasta pasar las cumbres de los Andes.»

LUIS CAMBRONERO.

* * *

Del magnífico estudio titulado, *Salvador Rueda, su significación, su vida, sus obras.*

Si atendemos al número, pocos son en la España actual los representantes de la Poesía. Y, sin embargo, por obra y gracia de uno solo, la hermosa lengua castellana sigue modulándose rítmicamente con mayor lozanía y florecimiento que nunca. Ese poeta único, no por estar solo, sino por emerger de cuantos le rodean cual monolito gigantesco es—¿habrá que decirlo?—Salvador Rueda. En él se compendian los méritos de nuestros grandes poetas contemporáneos, á los cuales aún parece superar merced á su inagotable vena creadora: es romántico á veces, como Zorrilla; profundo otras, como el autor de las *Doloras;* siempre impecable y grandiosamente sonoro, cual el cantor de *Fray Martín.* Dijo una vez, ha tiempo, el insigne Leopoldo Alas, *Clarín,* con gráfica y atinada frase, que Campoamor era robusto *por dentro,* en tanto que Núñez de Arce lo era *por fuera.* Compenetrando ambas afirmaciones, puede asegurarse que la robustez lírica de Salvador

Rueda comprende el fondo y la forma, la idea y el lenguaje, la concepción y su desenvolvimiento.

Pero, aparte de esto, es de admirar en él otra circunstancia característica suya, que hace inconfundibles cuantas producciones brotan de su fantasía: me refiero á la *espontaneidad* que brilla siempre en sus versos, de tal manera, que al leerlos, en virtud de leve esfuerzo imaginativo, creemos estar junto á una fuente, cuyo caño, en vez de agua va manando lenguaje rítmico en que burbujean los adjetivos pintorescos, las imágenes felices, toda la gama luminosa formada al chocar la vena líquida contra los rayos solares.

Il fleurisant des vers, comme un rosier de roses.—Ninguna imagen más feliz que ésta: produce sus versos como el rosal sus flores, obedeciendo al conjuro mágico de la naturaleza, que imperativamente á ello le compele. He aquí el gran mérito de Rueda: lo que hace de él un sér aparte, un hombre superior, priviligiado.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.

* * *

Esas figuras, precisamente son el recurso de su fantasía de enorme poeta.

Porque en lo espontáneo, en lo sentido, donde canta el poeta y no labora el artífice, realmente es magistral Salvador Rueda. Basta leer su visión de la «Armería Real» para venerarle como inmenso: las composiciones en alabanza de su madre, para tenerle por exquisito sentimental: los romances andaluces, para reconocerle como poeta fácil y fresco.

Yo confieso que no conocía á este Rueda magnífico y fuerte.

* * *

El modernismo es de tres clases: *el cáotico* de Unamuno, *el galaico* y *el castizo* de Salvador Rueda.

El galaico, de Gustavo Khan (inventor del verso desarticulado y de la supresión de la Lógica) Mallarme, Laforgue et Cie., traducido por innumerables latosos, que se dejaron la melena, y que poco faltó para que nos volvieran locos con las horrendas imitaciones de sus modelos, se va con la música á otra parte.

JUAN BRAVO.

* * *

Salve, divino poeta, cuya lira expande tesoros de luz y harmonías, salve!

Para hacer un brindis digno de ti, sería preciso tu estro maravilloso. Yo te admiro; yo veo en ti á un elegido de Dios que opera el milagro de hacer que las palabras al salir de tu pluma no suenen á lenguaje humano, sino que vivificadas y transmudadas por

tu inspiración sublime suenen á canto de ruiseñor, á música suave, á murmurio de arroyo, á soplo de brisa... y que nuestra alma, suspendida y subyugada por el canto de tu poesía, llore cuando tus versos llevan lágrimas, ría cuando tu musa está alegre, ame lo que tú amas, sienta contigo...

Yo soy de los tuyos; yo fuí siempre, desde niño, de los tuyos; yo te he rendido durante muchos años callado homenaje. El primer libro de versos que puso en mis manos mi padre de mi alma fué, tus «Renglones Cortos»; yo he seguido paso á paso tus triunfos; yo siento hoy tanta alegría como tú, poeta, porque veo á mi ídolo en el altar.

GARMENDÍA.

* * *

Salvador Rueda no es el poeta de todos, no es tan sólo el vate de nuestro pueblo; es el todo hecho poeta, el cantor de una patria, el paladín de una raza. Con su estro poliforme, ha hecho una labor tan fecunda que representa un esfuerzo de titán, con el que ha conseguido que todos los españoles conozcan y admiren en lo que vale el espíritu luchador del poeta malagueño que se ha manifestado con tal variedad de colores, que aun los más lerdos en poesía son los más entusiastas admiradores de la labor del genio.

Rueda es tan grande en su obra poética, que en *Fuente de salud*, *Trompetas de órgano* y en todas sus producciones, se manifiesta como un observador de la vida y un pintor de la realidad con asombrosa pulcritud de detalles, unido todo esto á una viril expresión y á la más valiente y demostrativa elocuencia, que hacen de su labor la más grande y fecunda de la historia contemporánea.

Cuantos hemos leído el *Friso del Parthenón;* los que en *La Cópula* admiramos la sublime expresión de los actos de la vida descritos como la más bella idealidad; al ver el llorar del poeta á la muerte de su madre, hemos sentido la triste nostalgia del ser perdido, con tan grande manifestación del vivir sincero que es capaz de hacer concebir la belleza como el ideal sublime de nuestros amores más sagrados.

L. BENAVENTE.

* * *

De *El Diario Español*, de Buenos Aires, 24 Sep. 1913.

Se anuncia la próxima llegada de Salvador Rueda, el maravilloso cantor de la tierra andaluza, el que en versos vibrantes de emoción y en artística prosa, cincelada como una orfebrería, ha dicho los encantos supremos de su tierra de sol, de amor y de belleza.

Salvador Rueda, cantor de las Españas, maestro inimitable de nuestro idioma, viene á la Argentina á cumplir una misión de alta confraternidad: viene á decir el significado de esa obra magnífica que en bronce y en mármol plasmó el genio de Querol, sintetizando el amor de los españoles residentes en la Argentina á la patria de sus hijos; viene á oficiar, como sacerdote de la belleza, ante

el altar de los cariños fraternales, diciendo la estrecha unidad efectiva que concreta maravillosamente el regalo de los españoles en el Centenario.

Salvador Rueda debe ser recibido con todos los honores de su alto rango intelectual. Debe ser recibido como á su nobleza de cerebro corresponde, no sólo por nosotros, los españoles, que veremos en él una gloria indiscutible de la patria, sino por todos cuantos hablan nuestra lengua y en nuestro mismo ideal comulgan.

Aquel muchacho soñador y altivo, que con un soneto conquistó el Madrid ruidoso y bullanguero de las Peñas, el Madrid temible de la «Cacharrería», el bárbaro Madrid de los corrillos, donde el chiste sangra en carne viva; poeta por naturaleza, representa dentro de la literatura de nuestro idioma la renovación absoluta. Maestro de modernismo, no por teorización, sino por impulso natural, él fué quien enseñó los ritmos nuevos; quien ahondando en la generosa alma popular, extrajo el secreto de aquellas maneras de Juan Ruiz y de Berceo. Y cuando los espíritus, inquietos de novedad, con Rubén á la cabeza, emprendieron su expedición á Francia en busca de cosas nuevas, Salvador Rueda probó la inutilidad de lo extranjero, pues él había sabido encontrarlo todo sólo con ahondar dentro de sí.

Salvador Rueda ha sido el verdadero innovador del verso hispano.

* * *

La comisión que funcionará en el Club Español, quedó constituída en esta forma:

Presidente, doctor Rafael Calzada; vicepresidente, arquitecto Mariano Belmás; tesorero, don Rafael Eseriña; secretario, don R. Monner Sans; vocales: doctor Avelino Gutiérrez, don Alfredo Méndez Caldeira, doctor Carlos Malagarriga, don Manuel Durán, don Eduardo López Bago, doctor Martín Dedeu, doctor César Calzada, don Gonzalo Sáenz, don José B. Casás, don Rafael Mercado, don Juan Más y Pí, don Francisco Camba, don Manuel G. Llamazares, don José Torondell, don J. J. Ibáñez, doctor J. B. Troncoso, ingeniero Federico Correa.

Esta comisión acordó que varios de sus miembros se trasladasen á Montevideo con objeto de saludar al poeta designándose para ello á los doctores Rafael y César Calzada, doctor Carlos Malagarriga, don Mariano Belmás y don Francisco Camba.

La popularidad de que goza el señor Rueda entre nosotros y el entusiasmo de la comisión que organiza los actos de homenaje en su obsequio, hacen esperar que la presencia del señor Rueda en Buenos Aires constituya un verdadero acontecimiento.

* * *

Dadle vítores sin tasa
al cantor de los cantores
que va sembrando de flores
los sitios por donde pasa.

Z. R. A.

Llega hoy á nuestras playas, el más robusto, el más lírico, y el más castizo de los poetas cervánticos, que, como preciada reliquia viene de la Madre Patria á hacernos gustar las armonías de su estro luminoso, convertido en raudal de nítidas perlas por arte de mágica inspiración.

* * *

De *El Diario Español.*

SU LLEGADA Á BUENOS AIRES

La llegada del eximio poeta español ha constituído un verdadero acontecimiento. Desde las primeras horas de la mañana esperaba al señor Rueda una gran muchedumbre de admiradores, en la cual, si bien predominaba el elemento español, veíanse numerosas representaciones de centros sociales argentinos.

Poco después de las ocho atracaba el «Infanta Isabel de Borbón», de donde desembarcó al poco tiempo el viajero ilustre, acompañado de los doctores Rafael y César Calzada y el arquitecto Mariano Belmás, que habían ido á recibirle á Montevideo llevándole el saludo de todos los españoles residentes en la Argentina.

El público, que hasta entonces le había victoreado entusiastamente, le hizo una manifestación conmovedora, rodeándole, lanzando vivas estentóreos y queriendo llevarle en hombros hasta el automóvil que la comisión organizadora tenía prevenido para conducirle á la ciudad.

La banda de policía, que había asistido al acto, ejecutó entonces la Marcha Real Española; y al terminar, el público repitió sus vivas al poeta y á España, que fueron contestados por Rueda con otro viva á la Argentina y á los españoles que aquí tanto enaltecen el nombre de España.

Pasado algún tiempo, en el cual Rueda tuvo que estrechar entre sus brazos á centenares de admiradores, el secretario del Comité Nacional de la Juventud, señor Horacio Martínez, saludó al poeta en nombre de la juventud argentina, deseándole, con palabras hermosas y hermosamente dichas, una grata permanencia en esta ciudad.

Inmediatamente la banda ejecutó el Himno argentino, que el señor Rueda, como todas las personas que le acompañaban, escucharon descubiertos. Después, á los acordes de la Marcha Real Española, pasó el poeta á la sala de espera donde recibió á las comisiones enviadas por la Asociación Patriótica, Juventud de Mayo, Escuela Superior de Comercio, el Club Español y el Ateneo Hispano-Americano. También se acercaron á saludarle los señores don Manuel Durán, presidente de la Comisión del monumento de los españoles á la Argentina; doctor Fermín Calzada, Juan Torrendell, López Bago, Soiza Reilly, Cayetano Vergara, José Rueda, primo del poeta, Malagarriga, Luis A. Maleplate, doctor A. Isella, Horacio Martínez, Amadeo de Facio, Carlos García, Benjamín Bonifacio, Raúl B. Badaraco, Luis Partuferi, L. A. Dorré, Atilio Guerdile, Pacífico Rodríguez Villar y Francisco Cañataro.

Poco después la comitiva se puso en marcha hacia el Hotel Cas-

tilla, donde se había dispuesto la habitación para el poeta, teniendo que desecharse la idea de hacer el trayecto en automóvil, porque el público, entre aplausos y vítores, manifestaba su deseo de acompañarle. Precedía á la comitiva un escuadrón á caballo y le rodeaba un gentío enorme.

Antes de esto, al registrar en la Aduana el equipaje de Rueda, ocurrió esa escena cómica que jamás falta en los actos de gran importancia. Fué que el poeta traía la corona de oro regalada hace poco tiempo en Cuba por sus admiradores, la cual fué considerada por el empleado de la Aduana, como un objeto de arte sujeto á pago de derechos.

Esto produjo la consiguiente hilaridad, hasta que el empleado, dándose cuenta de quién era el poseedor de la corona, unió sus risas á las de los otros señores.

Durante el trayecto el público no interrumpió un solo instante sus manifestaciones de simpatía al ilustre viajero. Este marchaba emocionadísimo. Al fin, no pudiendo contenerse, se detuvo y gritó: «¡Viva España! ¡Viva la República Argentina!», llevándose luego el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas.

Al llegar al Hotel Castilla la multitud se agolpaba á la puertas pidiendo que hablara el poeta.

Salvador Rueda emocionadísimo subió á un balcón del piso primero y balbuceando, embargado por el llanto, apenas si pudo pronunciar algunas palabras de gratitud para el pueblo, repitiendo vivas entusiásticos á la República Argentina.

* * *

Se encuentra en Buenos Aires este eminente poeta español. Es el más genuino representante de la lírica española. Salvador Rueda llega rodeado de inmenso y merecido prestigio, y aquí encontrará el homenaje que sus compatriotas rinden á sus méritos.

Ya desde hace días quedó constituída una selecta y nutrida comisión compuesta de distinguidos españoles que harán los honores debidos al insigne vate.

* * *

De *El Diario Español.*

A bordo del magnífico vapor «Infanta Isabel de Borbón», llegará hoy á este puerto el poeta español don Salvador Rueda, que se dirige á Buenos Aires.

Rueda es una personalidad literaria tan eminente y popular, que sobra todo comentario periodístico. Rueda no necesita de estas presentaciones casi obligadas del periodismo. Como Dikens se presentaba solo al público que asistía á sus conferencias, Rueda puede entrar en el Río de la Plata y ser saludado por todo un pueblo, aunque calle el periodismo. Por eso es que *El Diario Español* elude toda inútil presentación, limitándose á dar á conocer, con motivo de la llegada del eminente compatriota, algunos de los muy favorables juicios que han emitido sobre la personalidad de

Rueda, figuras descollantes de la intelectualidad hispano-americana. Que el gran poeta reciba el saludo de *El Diario Español*.

* * *

De *La Vanguardia*.

Dentro de pocas horas será nuestro huésped el gran poeta español Salvador Rueda. Es uno de los representantes más gloriosos de la lírica castellana y sostiene hoy, con emotividad é ideas distintas, el cetro poético que tuvieron en sus manos Núñez de Arce y Campoamor. Rueda es en la poesía española un soplo de naturalidad y de frescura. Hombre de imaginación estupenda, de un lenguaje sencillo y al mismo tiempo rico en colorido y música, ha hecho vibrar en sus versos todas las grandes y bellas cosas humanas: los encantos de la naturaleza y los grandes sentimientos del hombre. Su poesía tiene siempre un rasgo característico: cierto trascendentalismo, cierta grandilocuencia, que domina y arrastra.

* * *

Del *Diario del Plata*.

EL CANTOR DE MI PATRIA

Ningún poeta español contemporáneo tan popular en España, como el genial vate que en estos momentos está arribando á estas playas de leyenda y de luz, de armonías y de amor. Y cuenta que cuando por allá decimos, «nuestro poeta», queremos expresar el poeta del pueblo, el comprensible del pueblo, el que desde las altas cumbres de su inspiración sabe descender hasta el pueblo para cantar con él, para reir con él, para amar y odiar con él; para recoger en su lira todas las vibraciones de la verdadera alma de la patria que en la gloria como en el infortunio vivió y vive siempre cobijada en lo más íntimo del corazón del pueblo.

E. de Bilbao.

* * *

De *La Argentina*.

Una enorme multitud concurrió á recibir al poeta Salvador Rueda, llegado ayer.

Entre apretos de manos pasó el poeta con los doctores César y Rafael Calzada, y el ingeniero señor César Balmás, que acompañan á Rueda desde Montevideo á la sala de espera, donde fué atacado por los fotógrafos y se formó un grupo compuesto por los indicados y los señores de la comisión de recepción.

SALIENDO DE LA DÁRSENA

Una escena más entusiasta y conmovedora esperaba al poeta al transponer las verjas del desembarcadero.

En la calle se había reunido una multitud que, al ver al poeta, prorrumpió en un estruendoso y entusiasta ¡viva el poeta Salvador

Rueda! ¡Viva España!, á lo cual el poeta, con voz debilitada por la emoción y los ojos arrasados en lágrimas, contestaba continuamente: ¡viva la Argentina! ¡Viva la Argentina!

POR LA CALLE

Se decidió, en vista de la mucha gente reunida en el puerto, proseguir á pie por la avenida Rosales, paseo de Julio y avenida de Mayo hasta el Hotel Castilla, donde se aloja el poeta.

Continuas eran las manifestaciones de simpatía y de entusiasmo que recibía el gran poeta de parte de la multitud que le esperaba.

EN EL HOTEL

Así se llegó hasta el Hotel Castilla.

En la calle quedó la manifestación, y entraron al hotel, Rueda y sus acompañantes.

La multitud exigió su presencia con continuos aplausos y vítores entusiastas, exigencia á la que hubo de acceder el poeta, saliendo al balcón de la habitación que ocupa.

Una ovación delirante acogióle, ovación á la que Rueda no tuvo otro remedio que contestar; pero tanta y tan profunda era su emoción que apenas, después de balbucear algunas palabras, pudo gritar, como si acabara de desatarse un nudo de su garganta: «¡Gracias! ¡Viva la gran República Argentina!» A lo cual la multitud contestó con un estruendoso: ¡Viva España! ¡Viva Rueda!

Entró luego el poeta á sus habitaciones y la multitud se dispersó lentamente.

* * *

De *El Diario*.

La dársena norte presentaba aspecto animadísimo; la banda de policía hacía oir sus notas sonoras y la multitud se agolpaba anhelosa ante la verja.

El gran poeta español Salvador Rueda acababa de desembarcar y desde el sitio donde revisan los equipajes dirigía miradas afectuosas al público que deseaba tributarle una ovación.

Al fin entre los doctores César y Rafael Calzada y el ingeniero señor César Belmás, que acompañan á Rueda desde Montevideo, pasó á la sala de espera, donde fué retratado en grupo entre los señores de la comisión compuesta por los presidentes de la comisión del monumento, señor Manuel Durán; el del Club Español, F. Calzada; el del Ateneo Hispano-Americano, señor Torrendell y el de la Juventud señor Maleplate; los señores López Bago, Soiza Reilly, Cayetano Vergara, su primo D. José Rueda, el Sr. Malagarriga (hijo) y otros muchos.

En el momento de retratarse el poeta la banda ejecuta el Himno argentino y la Marcha de Cádiz; al oir las alegres notas de la marcha española el simpático Rueda dedicó frases cariñosas á su patria; la banda volvió á ejecutar el Himno argentino que el poeta escuchó descubierto, dando luego un viva entusiasta á la república.

Se dudaba si esperar en la dársena las comisiones que estaban anunciadas, pero después de varias discusiones acordaron que el ilustre Rueda pasara al Hotel Castilla, donde se hospeda y reci-

biera allí á todos, y se puso en marcha la comitiva, precedida por un escuadrón de la guardia municipal á caballo y rodeada de inmenso público.

Al traspasar la verja de la dársena resonó una salva estruendosa de aplausos y vivas á España, á la Argentina, al poeta español, á Salvador Rueda, al embajador del arte y la belleza y al ruiseñor español: el poeta se hallaba emocionadísimo, se le caían las lágrimas, y al mismo tiempo que sacaba el pañuelo para enjugárselas, repetía efusivamente: «Gracias, señores. ¡Viva la República Argentina!»

Dió una nota graciosa un chico del pueblo: tenía en su mano una revista en la que se hallaba retratado el gran Rueda y después de separar las columnas, se puso delante de la comitiva, pretendiendo conocer á Rueda por el retrato; su empeño fué inútil.

—¿Cuál es? me preguntó azorado.

—Este, le dije señalándoselo.

—Soy español, contestó el muchacho y me entusiasma este recibimiento á un compatriota, y con su voz chillona medio infantil, lanzó un viva al poeta, que entusiasmó á las personas que le rodeaban.

A pie continuó la comitiva por el paseo de Julio hasta llegar á la Avenida de Mayo, siendo objeto el insigne vate de continuas manifestaciones de simpatía.

Pocas veces se ha visto una manifestación más espontánea ni un entusiasmo más delirante.

Al llegar al Hotel Castilla la multitud se agolpaba á las puertas pidiendo que hablara el poeta.

Salvador Rueda emocionadísimo subió á un balcón del piso primero y balbuceando, embargado por el llanto, apenas si pudo pronunciar algunas palabras de gratitud para el pueblo, repitiendo vivas entusiásticos á la República Argentina.

—Y bien, Rueda, ya que estamos tranquilos, quiero recoger alguna impresión de usted para «El Diario».

—Mis impresiones son de grandiosidad sin límites, ¡ésta es una ciudad prodigio! Admirable labor de progreso y adelanto en tan poco tiempo... Este es un país que tiene alma propia, propio colorido, ha recogido lo mejor, lo superior de todas las civilizaciones lo ha adaptado á su idea, estilizándolo, argentinizándolo, dándole propios matices.

* * *

De *Caras y Caretas*.

De España nos llega, como heraldo de la Poesía, el cantor más vibrante del alma española.

En los mágicos cantos de su lira, toda luz, color y alegría, vive la España de la fuerza, de la gracia y de la virtud.

* * *

Desde el martes último, el ilustre poeta español don Salvador Rueda es nuestro huésped. El poeta creador de una forma nueva, que ha dejado en sus estrofas, rítmicas y galantísimas, todo el sentimiento de su alma, viene con un entusiasmo intenso á estu-

diar nuestro ambiente literario, para dejar en una obra que piensa escribir, la impresión que le ha de producir nuestro movimiento intelectual.

La Idea, en homenaje al autor esquisito de «Trompetas de órgano» le dedica el presente número, como prueba de profunda admiración.

* * *

De *Fray Mocho.*

LLEGADA

Ya está en Buenos Aires Salvador Rueda. Llegó el martes. Viene trayendo la hermosa investidura de representante de España á la inauguración del monumento que los españoles residentes dedican á la República Argentina. La pluma puede correr libremente en el elogio de Salvador Rueda, poeta y una de las pocas celebridades que desinteresadamente nos visitan, que es más, vienen con una insospechable nobleza de propósitos. Su recepción estuvo llena de espontaneidad. Entró en Buenos Aires rodeado de la juventud estudiantil.

* * *

LA CORONA DEL POETA

Nunca falta la inflexión cómica en las cosas graves de este mundo. En el entusiasta y merecido homenaje tributado al esclarecido poeta español, que es hoy nuestro huésped, la autoridad aduanera con sus tablas de aforos, reñidas con las pragmáticas de la poesía y de sus naturales privilegios, fué la encargada de proporcionar la nota pintoresca de rigor.

Hete aquí que el representante del fisco, al revisar el equipaje del panida, hallóse con la corona con que el pueblo cubano decoró á la antigua usanza su frente.

Las ordenanzas de la Aduana, que tenemos á la vista, no hacen distingos entre los artículos, efectos, mercaderías y productos que se introducen del extranjero. Para las leyes aduaneras, todo es materia impositiva con su correspondiente aforo, ya se trate de la áurea corona de un poeta ó de las coronas de similar que tienen las compañías teatrales para uso de los reyes de teatro y emperadores de opereta.

El criterio aduanero es formidablemente inexorable en este punto. La renta fiscal no debe dejar escapar ninguna ocasión de acrecentarse, y la mínima infracción á las disposiciones reglamentarias en vigor, ha de ser enérgicamente reprimida.

Ante la corona del poeta, el vista, que quiso aplicarle el derecho de importación, habrá razonado, seguramente, en estos ó parecidos términos: He aquí uno de esos casos no previstos por las ordenanzas aduaneras; pero como hay analogía entre este símbolo de la soberanía poética y las alhajas preciosas, habrá que equipararlo á un artículo de lujo. En todo caso, se trata de un producto extranjero importado. Protejamos los intereses de la industria nacional.

Y bien: trátase, en efecto, de un artículo importado del extranjero. Corona de oro, gajo de laurel ó lira, ¿de dónde tenía que

proceder sino del exterior cuando entre nosotros no se estila, por carencia de cultura poética ó por deliberado desconocimiento del valer de nuestros homérida, la gaya ceremonia de la coronación de un sér de armonía?

A fe nuestra, que estamos con el vista de Aduana; pero no aceptamos el aforo que intentó aplicar á la corona del autor de «Trompetas de órgano». El valor, asignado por el agente del fisco al atributo de la realeza lírica, es puramente específico, esto es, pignoraticio del noble metal de que está compuesto. Y tiene, innegablemente, un valor mucho más alto que, por cierto, no figura en las leyes aduaneras.

El día en que el poeta Rueda regrese á su país, entre las impresiones agradables recibidas en su viaje triunfal, narrará al público, que le quiere y le admira en España, lo mismo que aquí, el conato de profanación que estuvo á punto de perpetrar la Aduana de Buenos Aires. Y se dirá de ésta que sería capaz de cobrar al mismo Apolo el derecho de entrada, como lo hubieran hecho probablemente los breacios y los tracios.

* * *

Ave.

Al entrar á Buenos Aires, que de memoria de hombre, en Salvador Rueda ve un gran poeta español por primera vez, que los que antes llegaron á sus ámbitos, que no limitan fortificaciones, pero tampoco risueñas ni abruptas montañas, eran menores, nos sentimos como en presencia de un espíritu familiar.

Es que, para nosotros, lo es el del gran poeta que llega, no sólo por la intimidad en que hemos vivido con él, sino por la conjunción en que nuestro espíritu menor está con el suyo, altísimo y hondo.

El poeta de las ternuras intensas y delicadas de «Mi viejecita», el de las visiones modernas y futuristas de la humanidad sin descanso; el de tanta helénica; aquél, sobre todo, de los fugitivos y tenues fulgores, que bajando de los «vitraux» van á iluminar las losas de las iglesias góticas, ha sido y es causa de intensas sensaciones de naturaleza y arte para nosotros, por lo que, saludándolo Grande de España, le presentamos, á la vez, nuestros sentimientos de gratitud, al llegar á nuestras playas, sin más armonías que las que producen, ya flébiles ora resonantes, las olas de nuestro gran río.

* * *

ENTRE RUEDA Y AVELLANEDA

Hay un lazo de unión telepática entre las almas, á través de los mares y las distancias. Los castellanos que cruzan el Océano en pos de ensueños de grandeza, amparados por la Cruz y la espada de Santiago—nuevo arcángel guardador del paraíso ibero—arrastran en las llamas de su genio, todo el fuego de sus trópicos;—y á la distancia, bajo nuevos cielos, mecidos por nuevas auras, reproducen los tonos todos, de luz, de la leyenda antigua y la epopeya.

El hidalgo soñador que reivindica Córdoba ó Sevilla, Cádiz

Granada, de la Egira de Islam, continúa en nuestras umbrosas selvas la batalla comenzada, remontando ríos ignotos ó escalando desfiladeros abruptos, hasta hacer tremolar bajo el sol que dora de oro y grana las altas cumbres, los estandartes de Castilla y Aragón.

Tal así, los artistas y pensadores que pululan por occidente, al favor de las caonas de las repúblicas de Venecia y Génova, hasta hinchar sus velas, más tarde, bajo las potentes alas del RENACIMIENTO, no son sinó la resurrección del genio heleno y del crucero fenicio, encaminados ambos por la luz de Alejandría, que ensancha la acción bajo nuevos ciclos y nuevas tendencias, al favor de aquella ley inexorable que determina la marcha progresiva del humano espíritu!...

Y es así como RUEDA, floración del trópico ibero, cantando al alba azul y blanca de nuestro clarear de gran nación á la vida libre, después del luminoso centelleo, por siglos de siglos, del rojo y gualdo de la madre patria, desde Asturias á Palos, se enlaza con el alma de AVELLANEDA, equinoccio griego sesgado por perfiles góticos, tribuno de la moderna democracia con brazos y melena del león de Numancia y de Sagunto!...

Y es así cómo á través de los mares y los tiempos, las almas y los pueblos se enlazan en admirable conjunción: el poeta español descubre en nuestra canción nacional todo el ronco jadear de las antiguas lides castellanas, desde el torreón feudal hasta el infinito azul lejano; y el orador argentino, y sud-americano, en el ciclópeo golpear de su elocuencia, en la vibración de su genio majestuoso, parece haber robado todas las llaves maestras de Hércules, que cuida las puertas señoriales del huerto de oro; todas las gamas de su *estro secular*, desde el idilio monástico hasta la luna morisca, que avanza ufana por entre bosques de azahar;—todas las fortalezas de su falange tribunicia, desde la infancia ancestral de los primeros reyes y cabildos visigodos, hasta la apoteósis magnífica de Castelar y la República sideral de sus ideas!!!.....

Tan cierto es lo que decía Avellaneda: «Hay una patria donde se encuentran las almas!...»

Y, así, las almas se abrazan en mística conjunción, á través de los mares y los tiempos, bajo los soles de Hércules y la eterna floración de nuestros trópicos, ramificación infinita de sus arcadas de luz siempre viva: TUCUMÁN es nuestra inmortal Andalucía!..

FERNANDO LÓPEZ.

República Argentina, Salta, Julio de 1913.

* * *

De *La Razón*.

El poeta llega á su casa, en la cual tiene asiento por derecho propio, y ocupa un lugar muy alto en la admiración de los argentinos.

El ilustre escultor Querol nos ha dado la más exacta y acabada definición de la obra poética de Rueda, representándolo como una columna de la naturaleza, vale decir, como un ser armonioso con raíces en la tierra.

Esta concepción panteista de la personalidad de Rueda cuadra á la índole sensual, orgiástica y solar de su lira, hecha para cantar el deslumbramiento de la tierra andaluza y la violencia cromática de los paisajes tórridos.

Rueda ama, comprende y celebra, como ningún poeta contemporáneo de España, la magnificencia y desbordante naturaleza tropical. La pompa de la forma, en que vierte sus impresiones de artista, es más que la expresión de su temperamento poético, una manifestación de la suntuosidad de la naturaleza que impresiona sus potencias y sentidos. Así lo vemos desatarse en un clamoroso torrente lírico en su oda á la cigarra, amiga de los poetas desde los tiempos de Anacreonte. Procura dar siempre la sensación verbal del panorama que hiere su sensibilidad y espolea su fantasía, fértil en imágenes pintorescas y rica en observaciones sorprendentes.

Ya hemos dicho en otra ocasión que se halla entre dos corrientes, la clásica y la moderna, de la literatura española. Cuando su espíritu se remonta á la poesía del siglo de oro, sabe darnos impecables sonetos, como el admirado que lleva por título «A una mujer»; cuando se pone en contacto con su siglo, no desdeña escribir estrofas, según la poesía al uso. Pero es siempre, en todas las ocasiones, un poeta en la alta acepción de la palabra, esto es, un creador de belleza.

Entre nosotros, se le admira como merece y se le respeta como se debe; de suerte que viene á una casa amiga, donde no encontrará sino afectos.

Sea bienvenido y halle entre nosotros nuevos motivos para arrancar á su lira inspirada acentos de fraternidad y de armonía.

* * *

Altísimo poeta cuya lira
por el sol andaluz fuera encordada;
trovador de la vida, alma templada
en el volcán de la celeste pira.

La regia pompa de tu arte inspira
el ansia de vivir bajo la arcada
gentil de tu poesía, cincelada
por el cincel de un dios que en ti respira.

Para cantar tu genio soberano
hay que tener tu acento de Oceano
tu voz de Sinaí... Mis labios callen.

Que suenen para ti tus propias voces,
que tus *Lenguas de fuego* ardan veloces,
tus *Trompetas de órgano* que estallen.

Aureliano del Castillo.

* * *

De *La Libertad.*

Fuí amigo de D. Salvador Rueda sin conocerlo. Hace mucho tiempo. Leí, ha algunos años, sus poesías, y esto bastó para que le admirase y me considerase su amigo.

Siempre, siguiendo los consejos que me dieron mis viejos maestros, he buscado la amistad de los grandes hombres, ya sea en sus escritos ó en su amistad personal. Más tarde tuve relación por medio de correspondencia. ¿De cómo esta amistad? No interesa conocerlo. Basta con decir que me escribía cartas amables, como sólo Rueda sabe hacerlo. Sus cartas están empapadas de belleza, de luz, de amor, de poesía... Siempre soñaba con venir á Buenos Aires. Era eso un «sueño tenaz» de su vida.

Quise conocer á Rueda en persona. Quise oir sus palabras. Quise escuchar su voz, estrechar su mano.

Con nuestro joven poeta Lamenza, le visité en su alojamiento del Castilla. La entrevista fué corta, rápida. No dejé por eso de admirar al gran hombre. El orgullo de la España moderna.

Tienen razón quienes dicen que es el hombre más sencillo que existe sobre la tierra. Todo en él es sencillo. Su traje, sus maneras, sus palabras, todo, absolutamente todo. Si alguien os preguntara cuál es la característica principal de Rueda, respondedle sin vacilar, sin temor: «la sencillez».

La verdadera sencillez es propia de los grandes hombres. Rueda es un grande hombre. Es ella su adorno. Es su marco. Es su aureola.

Rueda es aldeano. Es oriundo de Benaque. Nació sobre las montañas. Demasiado próximo al sol. Alguien dijo, en cierta ocasión que «cuando niño bebió demasiado sol». ¡Cuánta verdad!

En el curso de nuestra breve conversación le dijimos:

—Muy fatigado con tantas entrevistas ¿verdad?

—Me han visitado una enormidad de personas. Tengo una gran cantidad de cartas que leer. Mi vista ya no resiste; está cansada. Ya no veo. Quisiera...

Y aquí hizo una pausa.

—¿Descansar, por cierto?

—Sí, estoy muy nervioso, muy nervioso. Me encuentro algo mal. Quisiera irme...

—¿Tan pronto?—con sorpresa le interrumpimos.

—Sí, desearía descansar unos días...

Esta noche—continuó—debo asistir al Club Español, pero... me encuentro muy fatigado, muy fatigado—nos volvió á repetir.

—Asistiré.

Rueda tiene mucha razón de estar fatigado. Todos quieren conocerlo. Todos los periódicos y revistas quieren publicar su autógrafo. La amabilidad de Rueda le obliga á acceder con todos.

—Quisiéramos saber—le interrogamos—si es verdad que visitará á Pedro B. Palacios.

—Palacios... ¿Almafuerte...? ¡Ah es un gran poeta!—nos respondió.

Efectivamente, quiere el ilustre lírico español conocer á Almafuerte. Tuvo palabras elogiosas para con el autor de «El Misionero». Bien las merece.

Deseábamos preguntarle á Rueda por su poema «La Divinidad». Deseábamos conocer aunque fuera un fragmento. Preferimos—para no seguir molestándolo con nuestro interrogatorio—dejarlo para otro momento.

Nos despedimos. Nos manifestó el ilustre amigo, sus deseos de que le volviésemos á ver. Le prometimos volver. Así lo haremos.

R. Ed. Pierini.

Abril, 27-1913.

* * *

Todos los homenajes que se hagan á Rueda son merecidos. Es la mayor grandeza de Arte que nos envía España. Es el corazón de oro más legítimo que viene hacia nosotros sin ansias personales, á saludar la vida americana, con toda su alma española.

Es tiernamente adorable este poeta, apocalíptico en sus imágenes, y niño en la sencillez de sus afectos.

Salvador Rueda en Buenos Aires simboliza el abrazo de fuego de la poesía á la fría palidez del utilitarismo.

Se cumple una ley de la necesidad.

«¡Saludemos al gran poeta!»

Julián de la Cal.

* * *

De *Unión Hispano-Americana.*

Está en la Argentina el excelso poeta, príncipe de la rima, trovador de estro insuperable, embajador espiritual de la madre España.

Un simbolismo de la honda poesía, de fraternal atracción, es su viaje á tierra americana, la del caudaloso Plata, la del gigantesco Andes, de la Pampa feraz y extensa, del Iguazú.

Rindió saludo gentil á Guido Spano, en la tribuna del Ateneo, habló al alma anhelosa y las letras argentinas tributaron homenaje al bardo hispánico.

Salud, poeta.

* * *

De la Revista *P. B. T.*

SALVADOR RUEDA, EL VIRTUOSO DE LA LIRA

Llegó á nuestro puerto un inmigrante que trae una piedra preciosa dentro de la frente. Es un peregrino de la región del ensueño. Es un hombre que piensa música de ideas; que tiene encantado el cráneo.

Viene á sentir la Pampa.

Como mayorista de la Belleza, por hoy lleva la firma en la razón social «España, Apolo y Compañía». Tiene cuenta corriente en el Banco de la Emoción, en el de la Luz y en el del Rumor. Es caballero Gran Cruz de la Orden de la Flor Natural, Gentil-hombre de Cielo y Alma y Llanura y Comendador de la Legión de Honor del Sentimiento. Viene como enviado especial de sus augustas hermanas las estrellas.

Rueda por el mundo en su carroza lírica. Y se detiene, como se detuvo aquí, en todos los lugares en donde halla hermosos obstáculos de cariño.

¿Que cómo se gana este hombre la vida?... ¿Y él qué sabe de eso de ganarse la vida?... El la liba, como las mariposas.

El virtuoso de la lira recién llegado es un creyente de la gimnasia ideal. Mira cintura arriba. Rumbo al sol. Hacia ese trapecio de aire en donde los exquisitos gustan de jugar la gladia iris de las sensaciones y de las ideas; hacia ese coliseo de ilimitado escenario turquí, en donde actúa la suprema belleza incorpórea.

Lleva un cuarto de siglo desgranando la granada del léxico. Sabe bordar con oro verbal encajes policromos, trajes de torero y casullas sacerdotales. Sabe pintar con la fantasía. Sabe rezar el suave evangelio de las espiritualidades. Además es tenedor de libros.

Tenedor de libros de versos.

Auras gauchas; eso anhela respirar. Ese oxígeno castizo es el que busca ahora su pulmón. Sé que trae sed virgiliana.

No viene precisamente á vivir Buenos Aires, ciudad que tiene una sabida vida londinense. La magnitud metropolitana no tiene, por ejemplo, la grandeza que la magnitud pampera del campo ni la magnitud hidrográfica del Plata. Más gustará el viajero de las bellezas naturales de la república, que de las bellezas artificiales de la urbe. Un lomo de los Andes reviste más grandiosidad que este montón enorme de palacios porteños, construídos con la mano y con la fantasía arquitectónica del hombre.

Y el virtuoso de la lira, más que de presidir un congreso de doctores ó de hombres de significación social, gustaría presidir un congreso de hombres de insignificación social, un sencillo congreso de payadores...

El alma criolla lo recibe con cariño.

Y Buenos Aires le acoge con besos hospitalarios.

En lo sucesivo, el virtuoso de la lira española sabrá cantar la vidalita de los amores argentinos. Y en el poema de su vida personal de poeta, tendrá una estrofa azul y blanca.

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

* * *

EL POETA Y EL PRESIDENTE

La más alta autoridad del país deberá disculpar nuestra falta de respeto, que no es tal, porque nosotros entendemos que la poesía tiene derechos de prioridad. Por esto no titulamos este suelto: «El presidente y el poeta». Además, podría parecer una adulación al poder.

Rueda visitó ayer al doctor Roque Saenz Peña. Le acompañó el ministro de España. Y el primer magistrado de la Argentina se apresuró á recibir al vate, considerando que esa visita no era de las comunes. Rueda tenía en este caso, además de su poesía, indiscutible ventaja: no iba á pedir nada; iba á llevar... Iba á llevar al primer magistrado su saludo de español y su entusiasmo de

hombre. Saludó al jefe de una nación, hermana de su patria y en la que tienen su hogar millares de españoles. Su entusiasmo de hombre por los adelantos maravillosos de este país, rico, próspero y fuerte, honra de la estirpe.

De la visita salieron todos complacidos. El poeta por haber cumplido con un deber de su espíritu. El presidente por haber estrechado la mano del que ha escrito tan bellas páginas.

Los sorprendidos fueron los ordenanzas. ¡Eso de que consiga ser recibido un hombre por el presidente y no le pida nada!... Poeta, al fin y al cabo...

* * *

Del banquete del *Círculo Valenciano.*

FRAGMENTO

Inmediatamente, se comenzó á servir el almuerzo, cuya característica fué la paella, magistralmente condimentada por Blas Torrejón, inimitable para la preparación de este suculento plato regional.

El propio Torrejón sirvió las primicias de su obra á Salvador Rueda, en un plato sobre el que campeaban las banderas argentina y española.

En la cabecera de la mesa principal ocupaban los puestos de preferencia, el poeta, que tenía á su derecha al doctor Joaquín V. González y á su izquierda á don Salvador Alfonso y el doctor Fermín Calzada, don Manuel Durán, el coronel Calaza, el doctor Malagarriga, el doctor J. S. Ibáñez y los señores Serrano Clavero, Monner Sanz, Ortiz y San Pelayo y otros muchos.

Al destaparse el «champagne», Serrano Clavero en nombre del Círculo, leyó la siguiente sentidísima composición, improvisada unos momentos antes de comenzar el almuerzo.

Huertanos, prended la traca;
tirad murta y albahaca,
¡derrochad flores y luz!
que hoy ha entrado en la barraca
el ruiseñor andaluz.
Dejó en el carmen florido
sus amores y su nido;
tendió el vuelo, cruzó el mar
y por la puerta, sin ruido,
entró y se puso á cantar.
Canta de amor y alegría
y entre nosotros se ufana...
¡Qué bien suena tu poesía
en la huerta valenciana,
ruiseñor del mediodía!
Si jazmines y parrales
dejaste atrás en la ausencia,
con verdes cañaverales
y aromosos naranjales
hoy te recibe Valencia.

Valencia, noble y sencilla,
que te ofrece, alborozada,
sobre la blanca mantilla
los claveles de Sevilla
y las rosas de Granada.
Valencia, que muestra alzado
el típico campanil
de su «Micalet» mellado,
como un viejo enamorado
de tu Giralda gentil.
Valencia, la tierra hermana
de tu solar andaluz,
que es mora, siendo cristiana,
porque luce la sultana
sobre el albornoz, la cruz.
Valencia, que se extasía
—igual que tu Andalucía—
con el arte y el amor,
y es en los celos sombría,
y pródiga en el favor.
Pueblo que, del tuyo al par,
sabe sentir y querer;
y en su pasión singular,
por traiciones de mujer
sabe morir ó matar.
Pueblo que, del tuyo hermano,
fijando su ardiente exceso
en el Arte soberano,
impulsó con sabia mano
la palanca del progreso.

—

Canta, pues, con alegría
y une tu dulce poesía
á nuestra ruidosa traca,
¡porque es tuya esta barraca,
ruiseñor de Andalucía!

Salvador Rueda comentó esta composición de Serrano Clavero, diciendo que era una poesía hermosísima, escrita con el tallo de un clavel.

* * *

De *La Noticia*.

NUESTRO APOLO VISITANTE

El exquisito orfebre de las rimas sutiles y hondamente sentidas, don Salvador Rueda, que desde hace unos días respira nuestro ambiente y recoge impresiones personales de este suelo, principalmente en lo que se refiere á su movimiento intelectual, ha recibido del periodismo metropolitano un amplio y gentil saludo, tal como su talento lo merece.

Nosotros á nuestra vez, lo enviamos modesto pero muy sincero, al Príncipe de la actual euritmia hispana, en cuya frente brillan

las áureas radiaciones que arrancan los rayos de su fama, al reflejarse en su cabeza, dos veces coronada por la admiración que inmortaliza su gloria.

* * *

La repercusión de un beso, y la confraternidad hispano-argentina.

CÓMO SE EMOCIONA Á UN PUEBLO

El mundo del trabajo y el mundo de la poesía.

SALVADOR RUEDA nuevo conquistador de América.

En vez de lanzas ni rodelas, trae claveles andaluces.

EL ALMA LATINA HENCHIDA DE GOZO

LOS GRANDES GENIOS DE LA RAZA DEJAN ESTELAS DE LUZ A SU PASO

Nuestra felicitación sincera.

El Comercio abre hoy un paréntesis á su labor diaria, en lo tocante á nuestros deberes, en prestigiar á las clases productoras.

Hoy, ni nuestras habituales campañas por la fundación de las Cámaras de Comercio confederadas, ni los grandes intereses del país que defendemos asiduamente, mueven nuestra pluma.

Quédese eso para nuestra labor perpetua, pero hoy dediquemos el editorial y á dos columnas, al entusiasta comentario que despierta el primer acto realizado por el gran poeta andaluz Salvador Rueda.

Mucho, muchísimo se ha hecho en favor de la confraternidad hispano-argentina.

Aquí han venido los primeros genios de la madre Patria: Legisladores, novelistas, los grandes educadores de la universidad y de la escuela, alma de la moderna pedagogía, y cada uno ha conseguido un gran triunfo, un íntimo acercamiento de la intelectualidad española con la intelectualidad argentina.

A España hemos mandado nuestras primeras figuras de la intelectualidad del país, y también allá en aquel ambiente de cariño hacia nosotros, han repercutido los ecos y los llamados á la confraternidad con nobleza de ideales y pureza de sentimientos.

Pero á pesar de todo, parecía que se notaba un vacío, algo así como una emoción más intensa, algo que no puede darlo ni las *tiesuras* protocolares de la diplomacia, ni el formulismo académico del profosor austero; faltaba sí una vibración más sentida para acabar de fundir en una el alma española con el alma argentina.

Y esa vibración la ha producido el poeta de la luz y de las bri-

llantes imágenes, Salvador Rueda, al dar un beso en la inmaculada frente de Guido Spano, el poeta de nuestro pueblo.

Ese beso ha repercutido con sonoridades de clarines de los ángeles del Cielo, y parece que algo así como en el ambiente de todo Buenos Aires, se escuchasen los sublimes y melodiosos trinos de los ruiseñores de la esplendorosa Andalucía y como si en el rojo de los claveles marchitos por la travesía del Océano, se reverdecieran todas las brillantes flores de aquella tierra incomparable, toda luz y espléndidas bellezas de nuestra madre Natura.

Nimbos de divina aurora circundan la frente augusta de Guido Spano, de aquella aurora incomparable del horizonte de Andalucía, desde que Salvador Rueda le rindió el más puro homenaje y también el más sincero y sentido de la poesía española á la poesía argentina, en el beso que ha repercutido en el alma emocionada de los dos grandes pueblos.

Maravilloso es el numen de Rueda, sublime el sentimiento delicado de su poesía que es siempre la expresión de los más puros ideales; grande y majestuoso su genio cuando canta las augustas majestades de la Naturaleza, tierno y delicado como brillante mariposa cuando describe las preciosidades de las flores, y todo eso en síntesis ha rendido homenaje al poeta del pueblo en un beso que ha hecho latir todos los corazones, con latidos tan emocionantes que tardará mucho, muchísimo tiempo á calmar nuestros nervios afectados y que como *beso histórico*, pasará á la posteridad con verdaderos contornos de leyenda, para solaz de las futuras generaciones.

Hay que ver y percatarse del efecto del beso.

Nuevo conquistador de América, porque ha conquistado el alma poética de la América latina, Salvador Rueda, viene á sellar con el ósculo de paz, lo que no han hecho ni la diplomacia en sus frivolidades protocolares, ni los discursos académicos por muy aplaudidos y felicitados que hayan sido sus autores.

Loor, pues, á Salvador Rueda que nos ha sacado en un momento de emoción intensa de las monotonías prosaicas de la diaria vulgaridad que nos abruma.

Bien haya el poeta andaluz que llega portador de tanta majestad como simbolizan sus delicadas estrofas.

Argentino de corazón y español de nacimiento y malagueño como él y hermano por una antigua amistad de esas que no borra ni el tiempo ni las distancias, es el autor de estas líneas que estampa aquí su nombre más que con tinta con un raudal de lágrimas, dedicadas al recuerdo de nuestra juventud, en aquella incomparable y divina Málaga.

SALVADOR IBARRA Y ESPAÑA.

* * *

De *Tribuna*.

Entrevistamos ayer á Salvador Rueda. Nada de preámbulos y formulismos; apenas uno ha cambiado las primeras palabras, ya el poeta os recomienda, que esteis cómodo, que os sintáis como en casa, y una corriente de simpatía, comienza á afluir de aquellos labios que hablan cosas bellas, y aquella voz suave y armoniosa,

termina por completar el fenómeno de atracción irresistible que ejerce en quienes la escuchan.

Joven, muy joven aun, á pesar de sus cincuenta y seis años, transparenta sin embargo, el paso que algunas horas de dolor, cruzaron por su espíritu dejándole un sedimento de tristeza, que en vano su alma optimista trata de vencer á cada instante.

Rueda, que ha cantado con idolatría la luz, el sol, la creación en cuanta forma se presentan, él que vió con espíritu religioso desde el cincel de Querol, los claveles de su Andalucía, la canción de las cañas, hasta la aterrante maravilla del Niágara, la música bárbara del tren que perfora las montañas; este poeta niño á veces, con encantadoras ingenuidades, y en otras atronante y severo como las notas más graves del órgano que cantara, tiene no obstante, en la comisura de sus labios, en sus ojos, una expresión de amargura indecible, que deja sin duda á todos los espíritus superiores, el ansia de belleza, de verdad, de bien y la atormentadora Esfinge...

* * *

El viernes se realizará en el teatro Nacional de la calle Corrientes, el festival organizado por la Asociación de Artistas Dramáticos y Líricos nacionales, en honor del poeta español Salvador Rueda.

Con este objeto se ha preparado un variado é interesante programa, en el que tienen parte la mayoría de los artistas nacionales y españoles que actúan en los teatros de la capital.

Sus números principales son los siguientes:

«La montaña de las bujas», interpretada por la compañía de Jerónimo Podestá; monólogo, por Parravicini; «Sin querer», comedia, por la compañía Plana-Llano; «El anzuelo», de Roberto Cayol, por la compañía Pablo Podestá, y al final, los elementos de las compañías españolas que actúan en la Avenida, Comedia, Mayo y Apolo, cantarán bajo la dirección del maestro Barrera, «Repatriados», de Caballero, y «¡Viva España!», de la zarzuela «La marcha de Cádiz».

Al empezar el espectáculo, la banda de policía ejecutará el himno nacional y la marcha real española.

* * *

Pues á América ha venido
tengo á honor en saludar
y mi bienvenida dar
á español tan distinguido.

Al vate más inspirado
que nació en la patria mía.
Al hijo de Andalucía,
mi hermoso suelo adorado.

Salvador Rueda es el vate
de más grande inspiración.

En cada composición
su sangre española late.

Sus versos son concebidos
en los supremos momentos
en que son los pensamientos
por ángeles bendecidos.

En él es cada canción
un poema santo y grandioso,
¡en que el Todopoderoso
ha puesto su inspiración.

Bienvenido el vate sea
como su fama predice
y el suelo por donde pise
cubierto de flores vea.

EDUARDO CARMONA.

* * *

GRAN RECEPCIÓN

Realizóse esta mañana como estaba anunciado, la recepción en honor del insigne poeta español don Salvador Rueda, que ofreció el rector del Colegio Nacional Sur, doctor Mariano de Vedia y Mitre.

Dicho señor inició el acto, comenzando su brillante discurso con las siguientes palabras:

«Saludamos en vos al maestro; maestro en el decir, en el pensar y en el sentir; maestro en la mágica facundia de vuestros versos; maestro en el pensamiento que os anima y que se vuelca en cada letra de vuestra obra; maestro en el sentimiento exaltado de vuestra alma y en la sugestión de vuestra palabra que hace amar la vida, que nos pone en contacto ideal con la naturaleza, que sabéis volcar divinamente, humanamente, en raudales de armonía y de luz.

»Honor insigne es para esta casa acoger en su seno á quien ejerce á tan alto título la plenipotencia del alma española; que expresó sus palpitaciones en una soberbia expresión de belleza; que ha visto llegar para sí la inmortalidad y que fué capaz de permanecer sereno ante ella, con esa suprema sencillez propia de los que se descatan sobre los demás aun sin quererlo, mas sin que les sea dado desconocer la legitimidad del veredicto irrecusable. Y no he encontrado forma mejor de responder á la singular distinción que importa esta visita del más grande de los poetas españoles que hoy viven, que solicitar especialmente la presencia en este acto de don Rafael Obligado, nuestro más genuino é inspirado cantor de las tradiciones argentinas. Así Rueda se sentirá más en su hogar entre nosotros al juntarse al calor de afecto y respeto con que lo rodeamos, el perfume de exquisita poesía que Obligado irradia largamente».

Se ocupó luego el orador de puntualizar las causas de la emancipación americana, que si estaba fundada en acritudes y se llevó

á cabo como dijo Echevarría «en nombre de la soberanía del pueblo», no ha dejado odios ni rencores, ni ha creado divisiones entre ambos pueblos.

* * *

De *La Prensa*.

EN EL COLEGIO NACIONAL SUR

Ayer por la mañana se realizó en el colegio nacional Sur, la recepción del poeta Salvador Rueda, organizada por el rector de ese establecimiento, señor Mariano de Vedia y Mitre. El poeta español fué saludado por una salva de aplausos al penetrar en el salón de actos públicos en compañía de Rafael Obligado, y acto seguido el señor de Vedia y Mitre dirigió la palabra á la concurrencia y saludó al escritor en nombre de sus compañeros de tareas y los alumnos del colegio.

El discurso del rector fué interrumpido en diversas ocasiones por los aplausos. Con frase galana reflejó su pensamiento sobre la obra de Rueda, y significó la distinción que importaba para el colegio nacional Bernardino Rivadavia poder tributar al poeta ese homenaje en la forma de una calurosa demostración. Estudió la evolucion que la poesía de Rueda señala en la literatura española y dijo que ella marcará época ya que perfila nuevas maneras en la expresión del sentir y el pensar.

El señor Vedia y Mitre intercaló en su discurso algunas estrofas del poeta, que fueron saludadas con entusiastas aplausos.

Terminado que hubo el rector su discurso, Rueda leyó su poesía titulada «El Pan», y después el señor Rafael Obligado dirigió la palabra con inspiradas frases.

Para terminar y á pedido de los concurrentes, el poeta Rueda leyó su soneto «A los estudiantes».

Terminada la ceremonia, el rector del colegio y los profesores le ofrecieron un almuerzo.

* * *

De *Andalucía*.

Rueda contaba cosas que al ser adornadas con la melodía de sus frases humildes, eran escuchadas por nosotros con la atención más grande que puede prestarse al ritmo de un poema á la vida. Sus palabras infantiles embargaban nuestros sentimientos. El niño viejo hablaba, y cuando su amena charla era transportada á uno de esos parajes donde él sabe imprimir su gesto inimitable, dejaba suspendido de nuestras almas un algo que no sabemos explicar.

Cuando unas lágrimas de emoción pugnaban por salir de nuestros ojos que seguían ávidos queriendo descentralizar de su alma todo lo que de bello tiene, hizo volar la última estrofa de su conversación la presencia del hombre de galones dorados que anunciaba una agradable visita.

* * *

VISITAS

La metrópoli está acostumbrada ya á las visitas ilustres. Grandes oradores, grandes políticos, grandes sabios, grandes artistas han hablado al público bonarense desde las tribunas populares y universitarias. Y eso, con frecuencia, ha quitado á la venida de los hombres representativos de las viejas sociedades el carácter sensacional que tenía antes. Ya es un fenómeno normal. Tan lógico resulta que Anatole France diserte sobre Gargantúa en el Odeón, como Jaurés exprese su fe de combatiente y Clemenceau haga síntesis de política republicana, en esta tierra, que no es sino una concreción de una idea democrática hecha fuerza activa. Hasta aquí se prolongan Sorbonas y Salamancas, añadiendo á nuestros rudos trigos y á nuestras compactas reses el resplandor de su noble sabiduría. Esta vez no viene un político, no viene un sabio, viene un poeta, doblemente poeta por ser español, pues siendo tal, la idealidad es su condición definitiva. Y por ser poeta, el interés de su venida va más allá del círculo intelectual, del grupo corto de los que se ocupan de libros y escritores. Sólo los poetas traspasan el límite de las aristocracias mentales, pues su idioma, al tocar las almas las nivela en lo alto con el soplo de su música. ¿Quién no habrá recitado, en una hora de divino enajenamiento, una estrofa de Rueda al vagar junto á un balcón? ¿Quién no habrá consolado su angustia ó retemplado su esperanza fuerte con un verso de ese trovador, para quien abren su misterio la naturaleza y los hombres? En su espíritu revive entonces la memoria de ese cantor cuya musa de ojos candentes disipa sobre los corazones una lluvia de sol. Pues helo aquí, confundido en el tumulto callejero, con las pupilas dilatadas por el asombro. Su silueta se disimula entre los transeuntes apresurados que quizás no le ven; quizás ignoran que este hombre, al parecer distraído, posee el más admirable de los secretos, el secreto de la armonía, del encanto supremo.

* * *

De *La Prensa*.

EL DIA SOCIAL

EL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES Y EL POETA SALVADOR RUEDA

La señora Celia Freyer de Blanco recibió ayer una hermosa carta del poeta Salvador Rueda, nuestro distinguido huésped en estos momentos, en la que saluda á las damas que forman la comisión directiva del Consejo Nacional de Mujeres y les agradece la intervención que le hicieron tomar en la fiesta organizada por dicha institución en el teatro Colón, conmemorando el primer centenario del Himno Nacional. Dice el poeta:

«Señora: De la mano de usted, he sido llevado al mundo de oro, al mundo de amor, de hospitalidad y de luz, de esta brillantísima sociedad aristocrática, donde de repente, gracias á usted, he podido ver, con alegría inmensa de mi corazón, que un coro de señoras, honra y prez de la República, agrupadas en derredor de vuestra excelsa presidenta, señora Albina Van Praet de Sala, heroína

gloriosa de la beneficencia argentina, se ocupa en actos de sublimidad y de engradecimiento de la patria. Y he podido apreciar que ese coro excelso de señoras, tiene en sus manos los destinos sociales, la formación de las almas futuras.

»Así, como los hombres cultos de esta República, han engrandecido los títulos aristocráticos, de las viejas sociedades de Europa, haciéndose no marqueses, ni condes, sino «doctores» que es título más alto y egregio, así estas nobles señoras de la Argentina, crean otro título más hermoso, alto y supremo, que el de los títulos antiguos y que se llama modeladoras de las almas de los niños, modeladoras del culto nacional, modeladoras de las artes, de la patria, de la nacionalidad en suma; las señoras aquí, en este gran Buenos Aires, tienen también entre sus manos, inspiradas, algo del futuro prodigioso que en todos los órdenes de la vida nacional, anuncia un mundo transformado, nuevo en el concierto de las civilizaciones.

»Yo he asistido de la mano de usted, como quien asiste al vaticinio de un milagro, á las reuniones de esas señoras que tienen la divina misión de crear algo quizás no sospechado en el mundo.

»Me ha parecido la señora Albina Van Praet de Sala, con su constelación de damas ilustres, un trasplante, pero remozado con una novedad peregrina, de la noble duquesa Angela Medinaceli, con su corte de damas y caballeros españoles. En aquella casa, crisol del más augusto abolengo castellano, se hacía patria, se hacía arte, se hacía nación y muchos de los problemas graves que pusieron en días de prueba á la patria española, se resolvieron favorablemente en aquella casa de ínclita estirpe.

»Vosotras habéis heredado aquel altísimo rango espiritual.

»Recibid, señora, y reciban las damas que rodean á su distinguidísima presidenta, la más honda expresión de mi gratitud por haberme iniciado en un mundo de almas superiores que yo no conocía, y ser usted embajadora, cerca de ellas, de este reconocimiento de su humilde poeta y amigo que le besa los pies.—*Salvador Rueda*».

Patronato español.—En el teatro Victoria se efectuó anoche, con una sala concurridísima, la función á beneficio del Patronato Español.

La iniciativa de las señoras de esa institución, recientemente formada, resultó favorecida por el mejor éxito.

La compañía Plana-Llano representó «Mundo mundillo» y «La Reja».

En un intervalo, la señorita Antonia Plana recitó con mucho gusto la poesía de Salvador Rueda «El elogio de los ojos» y fué largamente aplaudida. El poeta fué invitado á salir á escena, donde recibió las ovaciones del público. (Las dos nobilísimas y sublimes Instituciones de damas, organizaron á Salvador Rueda dos fiestas, para entregarle públicamente en el palacio del gran español don Manuel Durán, dos medallas de oro y dos pergaminos en prueba de homenaje; fiestas las dos que sólo á Rueda se han hecho en la República Argentina.)

* * *

De la *Gaceta de Buenos Aires*.

España ha querido que el mensaje popular de su simpatía hacia nuestro país, sea expresado por la palabra de su poeta contemporáneo. Don Salvador Rueda trae esa misión. Viene con la investidura más alta, pues al traernos el saludo de la raza materna, se nos presenta, al par que emisario, como maestro de una generación y el jefe de una falange armoniosa. Si en lugar de Rueda viniera un príncipe enviado por el gobierno, sería un diplomático cuya acción se circunscribiría á los círculos oficiales. Rueda, que desempeña con su venida una embajada espiritual, es un príncipe de las letras y la admiración ha revestido sus hombros con la clámide imperial que sólo se conquista cuando se posee el secreto misterioso de la belleza. De este modo, el viejo amigo de las almas selectas, adquiere, por un instante, el significado superior de un heraldo histórico. Pero esa circunstancia no puede amenguar su carácter permanente de artista. ¿Nos interesa, acaso, la escarapela que brillará en el ojal de su levita al inaugurarse el monumento, cuando en sus versos de llama flamean como en la cima de una torre eminente, los colores de la enseña ibérica? Salvador Rueda, á más de ser una entidad representativa, es sobre todo un poeta genuinamente español. En su obra se refleja, con su potencia íntegra, la índole del pueblo. Ardiente y melodioso, copia su verbo el fuego de la tierra solar. Andalucía, que ama con amor tan generoso, reprodúcese, como un jardín árabe decorado de fuentes y poblado de aves canoras, en el caudal vibrante de sus estrofas y el espíritu castellano, sólido y austero, halla en sus himnos á un perdurable trovador. Y este renovador, pues lo es cada artista de aptitud creadora, es ante todo un poeta popular. Su musa es una manola de ojos cálidos que se desparrama en gracia lánguida y se envuelve, al agitar sus crótalos, en la púrpura de clavel que fluye de sus labios inflamados. Rueda ha sentido el amor y el dolor del pueblo. Su alma repite sus largas quejas y sus alegrías profundas y los cantos suyos son polifonías de calor y de vida, cuyo motivo es siempre la voz que nace en el espíritu cósmico de las masas. Cantos de vida pujante y de energía dominadora son sus versos, en los cuales el corazón oceánico de las muchedumbres resuena como un vasto abismo. Rueda ha reflejado, lleno de clara esperanza, el espectáculo de la existencia fuerte.

Ha descrito las rudas vendimias, poblando los lagares con cálidas figuras, ebrias de luz, ha descendido á las tristes ciudades donde gime la angustia y ha ceñido con el verde laurel á las frentes arrugadas por el sagrado trabajo; los prados y los ríos y el cielo y los trigales difunden su múltiple latir en sus cánticos luminosos.

Así, altivo y grande, ese sacerdote de la belleza eterna, extrae de la tierra misma los números de su honda canción, que anima con su ritmo vigoroso el culto panteísta de la naturaleza. El sol de las Españas, el pueblo de las Españas, renacen en su poesía encendida que nos alucina como una orquesta mágica. Y en su idioma rotundo vemos al maestro que domina á los hombres penetrándolos con su música diversa y ágil.

Este es el poeta insigne que nos trae el saludo cordial de la raza más cercana á nuestro afecto y más vecina de nuestro corazón.

Al pisar suelo argentino se sentirá como bajo su cielo natal,

pues espíritus hermanos le hablarán en su lengua y al estrecharle la diestra sentirá el calor de la misma sangre que circula en sus venas.

ALBERTO GERCHUNOFF.

* * *

Fragmentos de *La Nación*.

LAS NOBLES EMBAJADAS

Curiosa es la situación de Sud América ante la gentileza de Europa y... viceversa. Desde tiempo inmemorial, las representaciones diplomáticas, aun las más fastuosas y plenipotenciarias, respondían á un concepto político, ó á un interés económico, ó á una conveniencia internacional.

Natural era que la embajada correspondiente, tuviese su alta significación dentro de las personalidades nacionales que asumieran en el exterior el mandato de su respectiva patria.

Así, pues, se explicaba que el representante de cada Estado fuese, por su categoría, un gran general, un tratadista de nota, un príncipe de sangre ó un caballero de campanillas que mereciera las campanas de las iglesias tocando el somatén.

A contar de la Edad Media, cuando los barones feudales llevaban al soberano nominal en son de irónico homenaje, un guerrero de nombradía, acompañado por el heraldo de armas (hoy «introductor de embajadores») para exigir, por la paz ó la guerra, una concesión de bandoleraje; siguiendo en la época moderna, y si mucho se pide, á la contemporánea, con los altivos señores que descendían á la corte de los monarcas extranjeros con herraduras de oro flojas en sus cabalgaduras—tal Buckingham—ó incógnita figura de burgués—tal Bismarck—para deslumbrar en forma diversa al buen pueblo de París; si, por último, las naciones se remitieran presidentes y reyes, protocolarmente resguardados y neutralizados en sus entrevistas estériles, nimbadas de sosas fiestas de etiqueta... en todas ocasiones veríamos la ancestral preocupación de imprimir á esas embajadas un sello de prepotencia política, muy suntuosa, para echar á los ojos del pueblo el polvillo dorado de hipotéticos blasones.

Las Américas, modernísimas y suspicaces, comprendieron que el procedimiento por gastado y vetusto, no lograría dominar la tradición cortesana de las grandes casas reinantes, repletas de palatinismo.

Enviaron, entonces, á la Europa legendaria, sus trigos luminosos, sus carnes alimenticias, sus estudiantes ansiosos de arte superior, sus profesores anhelantes de mejorar su sabiduría.

Y el viejo continente, viendo esta renovación de criterio, que era un renacimiento de orientaciones, conoció que el «jeune siecle» merecía un intercambio más noble, y sobre todo, más eficaz.

Entonces lanzó al Nuevo Mundo sus flamantes conquistadores que se pareciesen en el afán de dominio, á los férreos soldados de Méjico, del Perú y del Plata. Los enviados no tenían capacidad portativa de armas pesadas. Su cerebro suponía el «engin» conquistador de ideas. Eran intelectuales.

La República Argentina, Palestina prometida á las razas de todos los continentes, está recibiendo, desde poco antes del centenario, la visita de los embajadores europeos más apreciables en la actualidad, porque ellos, generosos, gozan de la hospitalidad criolla y la transmiten, sin ambages, á su país y al mundo entero.

Han llegado Baudin y Rusiñol, Ferri y France, Ferrero y Jaurés, Huret y... ¿por qué nombrarlos?... ¡Fueron tantos!... Ingleses, eslavos, germanos, itálicos, galos, hispanos, todos nos expresaron su concepto, de acuerdo con su observación.

¿Y?...

Lo dicho anteriormente tiene por objeto saludar en el día de su llegada á este país, que es sucedáneo de su patria, al ilustre poeta español, D. Salvador Rueda, cuya aparición en las letras argentinas promoverá el efecto del zinc con el cobre: las galvanizará.

Bienvenido.

SU LLEGADA

Es desde hoy nuestro huésped D. Salvador Rueda. Saludemos en él á un poeta. Saludemos sobre todo á un hombre representativo de España que, después de otras figuras ilustres, viene á traer á nuestra tierra el mensaje de la solidaridad fraternal.

Nadie con más títulos puede considerarse representante de su país que quien lo ha cantado con tan generoso entusiasmo. Salvador Rueda ha aspirado á ser, y lo ha sido, el poeta de su patria. Ha evocado con un ardor extraordinario, con un relieve poderoso, con un cálido y violento colorido, el paisaje de su tierra natal.

Salvador Rueda tiene un trato afable y sencillo. No obstante sus cincuenta y seis ó cincuenta y siete años de edad, se conserva joven como un hombre de cuarenta y cinco. Su cutis es fresco, abundosa y plateada apenas su cabellera; firmes y blancos son sus dientes, la mirada es brillante. Una expresión de inteligencia y de bondad que seduce al interlocutor, le ilumina la cara. Habla con modestia, sin afectación, en un lenguaje espontáneamente rico y pintoresco como el de sus versos.

Estuvo anoche en «La Nación» el poeta Salvador Rueda, con quien tuvimos el placer de departir larga y familiarmente.

Hubo de asombrarnos y encantarnos, desde luego, la expresión tan sencilla y tan serena de ilustre huésped, de quien sin embargo, no debíamos esperar párrafos que fueran como sus estrofas de fuego y luz.

Entretanto, Salvador Rueda no nos dejó la sensación de que hubiere llegado por primera vez á nuestra casa, sino la de que fuese un antiguo amigo que volvía á ella después de una ausencia de años, nos hiciera la interesante crónica de su viaje y nos confiara las impresiones recibidas á su regreso.

RUEDA EN CASA DE GUIDO

En cuanto las atenciones y nerviosidades de la recepción lo dejaron libre, ayer mismo el poeta Salvador Rueda expresó á sus amigos el deseo de dar en Buenos Aires el primer paso, llevar su primer saludo, hacer su primera visita, presentar su primera

ofrenda. Y acompañado por el doctor Rafael Calzada y otras personas, Salvador Rneda se trasladó á casa de Guido y Spano é hizo una entrada de viejo amigo en el dormitorio de nuestro compatriota, que le tendió los brazos llenos de emoción.

La escena fué en realidad interesante y conmovedora. Rueda ofreció á Guido un manojo de claveles, la flor simbólica, y Guido obsequió á Rueda con un ejemplar de sus poesías. Después, la conversación se animó; el poeta argentino recitó sus estrofas á América, que Rueda halló dignas de la época de Quintana, y se cruzaron recuerdos, frases amables, referencias gratas. Anoche, al honrarnos Salvador Rueda con su visita, refería en la dirección de «La Nación» sus impresiones de la entrevista de la tarde y se mostraba asombrado de la vivacidad y energía de Guido, cuya conversación, tan cambiante, tan copiosa, tan intencionada y tan profunda, alternativamente, le había causado una honda emoción. «A veces, dijo, me parecía un escapado de la Biblia, con sus melenas de león y sus acentos proféticos». Entretanto, en el corazón y en la casa del poeta argentino, la visita de Salvador Rueda, hecha en circunstancias tan especialmente afectuosas, había dejado también el íntimo comentario propio de un gran acontecimiento que acabara de ocurrir en la noble, alta y amable vida del autor de «Al pasar». De este primer movimiento de Rueda en Buenos Aires—un movimiento tan sencillo y sin embargo, tan sugerente y tan armónico—quedará entre nosotros un dulcísimo recuerdo. El ilustre autor de «Trompetas de órgano» ha probado que la poesía tiene también su protocolo y su diplomacia y ha realizado con acierto y con gracia su cortesía inicial de embajador.

EL FESTIVAL DEL COLÓN

Después la señorita Leonor Kiernan, que ya había sido muy aplaudida por su declamación de los fragmentos de Juan Cruz Varela, y que se reveló una artista en el arte declamatorio, recitó los versos compuestos para esta ocasión por Salvador Rueda, titulados «Oid mortales el grito sagrado».

Esta composición es de una gran hermosura. Deploramos no poder ofrecerla íntegra á nuestros lectores, debido á que el autor ha sido comprometido por una publicación de España, donde aparecerá antes. Sin embargo, hemos podido obtener algunos fragmentos con los cuales damos una imagen pálida del estro que brilla en sus estrofas, que son al mismo tiempo imágenes de color y llamaradas de fuego. Al través del poema, nuestra epopeya nacional aparece con nuevas sonoridades, con nuevas visiones é iluminada por el alma del poeta que la comenta. Con imaginación se remonta á la época en que el himno fué escrito, se posesiona del espíritu que animaba á los guerreros en la épica lucha de nuestra emancipación, y señalando en pasajes de vuelo soberbio los rastros del alma española sobre la nación que se alza bravía para conquistar su libertad, y el lazo de unión ideal que se describe como un iris sobre el antagonismo de ambos pueblos, dice luego:

He creído percibir en sus cadencias
las magníficas hazañas
que llevaron por el orbe
sus lanzones, sus corazas,

sus espuelas, sus escudos,
sus triunfales oriflamas,
sus lorigas, sus rodelas
y el idioma de hermosura soberana
que como una mariposa
de divinos resplandores
fué posándose en los labios y parándose en las almas.

Después, reuniendo en una gran figura simbólica el homenaje á los autores del himno y la glorificación de entreambos pueblos, exclama en un arranque de inspiración poderosa y cuajada de imágenes:

Al cantor que escribió el himno belicoso
con el brío de su zarga
y al que dióle melodías inmortales
de su espíritu arrancadas,
bajen juntas dos banderas.
la de España
que nació del rojo y oro de una aurora
que alumbró veinte naciones castellanas
y las hizo sucesivas epopeyas
de los trópicos fulgores de Sagunto y de Numancia,
y el sagrado lienzo azul de la Argentina,
que en su lucha con las tintas de aquel alba
partió el cielo en dos mitades estupendas
que enlazó una cinta blanca
y formóse la bandera que es el cielo
donde dando luz al mundo se abre el sol de la mañana.

Prosigue evocando todo aquello que palpita en el alma de ambos pueblos, y después de pintar la España de Carlos V y de evocar la imagen del León, que rugía espantando al mundo, conquistando tierras y poniendo su zarpa sobre un continente nuevo que arrancó virgen del misterio de los mares, dice así á nuestra canción nacional:

Del león que así rugía
tú aprendiste los apóstrofes que lanzas;
eres hijo de un león, himno guerrero,
y por eso cuando increpan tus palabras,
se me antoja que estremécese la tierra
como en tiempos ya remotos, de grandezas legendarias.

Una larga ovación saludó á Salvador Rueda.

La vasta sala del teatro rebosaba de público selecto y asistían el presidente de la República, sus ministros y otros altos funcionarios. La brillante reunión social concurría también al éxito de la fiesta. Al final de la segunda parte, el Presidente Dr. Sáenz Peña envió un edecán para llamar á su palco á Salvador Rueda, quien fué muy agasajado por las damas que acompañaban á la esposa del presidente.

—

¡Versos en la época amorfa y anárquica que atravesamos! A juzgar por las pocas estrofas publicadas, aparece soberbio el canto de Salvador Rueda al himno nacional; pero se trata del himno que nos conmueve siempre simpática y heroicamente con sus primeros compases; del poeta más colorista é inspirado de España; del esfuerzo literario más grande, más noble y más heroico, para aclamar con poesía sublime, el himno de guerra de la Argentina rebelada contra su propia patria España! La elevación del tema y la arrogancia moral del poeta,—sin precedentes,—han producido un canto bello é inmortal, para los argentinos y para la confraternidad con Iberia; que nos manda un embajador irresistible, pues domina á la inteligencia, el corazón y los sentimientos de todos nosotros, al desplegar su vuelo majestuoso en el teatro Colón.

* * *

Del *Diario* de 26 Mayo 1913. Buenos Aires.

He aquí una gran poesía: el «Himno al pueblo argentino», de Rueda. Himno realmente. Con el calor colectivo, con el calor épico. Vibrante, arrogante, «escrito de una vez», como una explosión de entusiasmo. Ha recogido el sentir de las masas, de dos historias gigantes, la floración suprema y el verso bravo—sirviera para acompañar la marcha de un ejército—lo ha expresado en un ¡excelsior! magnífico. Sea bendita la poesía y loado el poeta.

Porque por encima de los afanes diarios—de las cosas de comprar y vender—hay algo que ata á los pueblos con lazo más firme, que los hace grandes y heroicos, y esto es el alma, el sentimiento, lo eterno de su tipo. Decía Carlyle, que era imposible la unión de España y Portugal porque era imposible fundir á Cervantes y Camoens. Bien, volviendo el argumento á la inversa, ¿cómo separar á España y la Argentina, cuando el sentimiento patrio de ambos países se une tan armónicamente? He aquí una obra de poeta que vale más que todo el talento de los diplomáticos.

Porque el «Himno» de Rueda, méritos literarios aparte, está escrito caballerescamente, sin desdoro para el español que canta la independencia argentina, sin que el argentino reciba halago. Es grande y severo, como una vieja catedral de España. El entusiasmo que en los días del centenario acompañó á la Infanta Isabel, no se borrará jamás. Tiene en los versos de Rueda un monumento indestructible. De la vieja España, del rancio solar ibérico nos ha hablado un gran poeta, y naturalmente, sencillamente, por necesidad del asunto, el romance se ha hecho heroico, y siendo pueblo, es á la vez imperio. ¡El del Idioma castellano!

* * *

Diario Español. Montevideo, 28 Junio 1913.

RUEDA REGRESA Á ESPAÑA

El eximio poeta, gloria de nuestras letras, anticipa su viaje de regreso á España y nos priva de la fruición que empezábamos ya á gozar en Montevideo frente á la esperanza de homenajearle personalmente y oir de sus labios las delicadas composiciones suyas llenas de encanto y arrobamiento.

Frustráronse los deseos que todos abrigaban persiguiendo que la personalidad de Salvador Rueda asistiera á la inauguración del famoso monumento que modelara Querol, ya que éste era el motivo que trajo al Plata al excelso poeta patrio. Sufrieron una notable demora las obras de terminación de dicho monumento y nuestro vate, requerido por intereses privados, verse obligado á partir para la madre patria sin haber dado satisfacción á sus vivos anhelos y con sólo los agasajos que le ha tributado la más distinguida sociedad de la vecina orilla.

Salvador Rueda ha prometido volver á este continente cuando sea un hecho la terminación del monumento de Querol, y esta vez esperamos que, más afortunados en Montevideo, nos sea dado rendir al que tanto honra á la poesía castellana el tributo de admiración que reclaman sus inmarcesibles laureles.

A bordo del «Infanta Isabel» pasará por este puerto el 2 de Julio próximo, y aprovechando la ocasión, lo más intelectual de esta colonia española ratificará al poeta que nos deja los estimables saludos que ya á su llegada le fué grato dirigirle.

OBSEQUIOS EN HONOR DE RUEDA

Escrito lo que antecede, nos llega la noticia de que, con motivo de la llegada del eminente poeta á bordo del «Infanta Isabel», el miércoles próximo, un núcleo de intelectualidades se constituirá en comisión para ir á bordo á recibir á Salvador Rueda y acompañarle durante el tiempo que demore en Montevideo.

Los doctores Zorrilla de San Martín, José E. Rodó, Víctor Pérez Petit, Matías Alonso Criado y D. Alfonso Prats, han tomado la iniciativa para obsequiar á nuestro coronado vate. Un representante de *El Diario Español* acompañará la comisión que se forme con tan simpático objeto.

* * *

De *La Argentina.*

El eminente poeta español que viene siendo nuestro huésped desde hace una corta temporada, y cuya galana musa ha tenido tan inspirados ecos en nuestras fiestas y en nuestros centros, regresa el día 2 del entrante mes de Julio á la madre patria.

Su ausencia, no obstante, no supone una resolución definitiva del inspirado vate que ha sabido cultivar tan firme arraigo de simpatías entre nosotros, pues se trata, según nos promete, de un breve viaje, debiendo estar nuevamente en esta República para

asistir á la inauguración del monumento obsequio de la colectividad española á la Argentina, ejerciendo una representación oficial que le ha sido confiada.

Con motivo de su ausencia, Salvador Rueda ha tenido la gentileza de brindarnos un hermoso soneto inédito, en el que palpitan efusividades gentiles para la ciudad que le admira y quiere.

* * *

La Nación. 30 Junio 1913.

SU PARTIDA

En el «Infanta Isabel de Borbón» se embarcará el miércoles proximo D. Salvador Rueda en viaje de regreso á su país. El eminente poeta habrá podido, durante su permanencia entre nosotros, apreciar la admiración sincera que sentimos por su obra literaria y que lo vinculaba, desde hace largos años á nuestro público, como asimismo nuestro sentimiento de afecto intenso por España. El Sr. Rueda ha vivido la vida íntima de la ciudad y ha de llevar á su patria una misión verdadera y directa de nuestro país. El Sr. Rueda, que deja entre nosotros tan gratos recuerdos, nos visitará pronto, pues ha de volver á Buenos Aires para asistir, como representante de su gobierno á la inauguración del monumento de Querol. En víspera de su partida, el Sr. Rueda ha escrito el siguiente «Adiós á buenos Aires»:

Adiós, ciudad que tanto me has querido;
al repetirte ¡adiós! mi pecho llora;
alejarse es morir cuando se adora
y es nuestro corazón correspondido.

Tu presidente, que mi rey ha sido,
tus centros de enseñanza redentora,
tu juventud donde tu nueva aurora
abre el sol que nos tienes prometido.

Tu aristocracia, toda sentimiento,
tu prensa, acaso tu mayor portento,
todo me amó con vida verdadera.

Soy tuyo; en ti he reído; en ti he llorado;
en tu luz y en tu fe me has bautizado;
¡beso, al irme, tu frente y tu bandera!

La comisión directiva del Club Español despidió ayer con un banquete al poeta.

La fiesta, á la que asistieron numerosos socios del club y un grupo de amigos y admiradores del obsequiado. constituyó una afectuosa demostración de simpatía hacia el Sr. Rueda. El doctor Rafael Calzada, que al destaparse el champaña ofreció el banquete, le expresó en su brindis los sentimientos de cordial afecto que ha despertado entre nosotros.

Díjole también que no era de despedida la comida que se servía en su honor, pues se esperaba su regreso dentro de breve tiempo.

* * *

Del *Heraldo de Madrid.*

BANQUETE DE DESPEDIDA

BRINDIS DE RAFAEL CALZADA

El telégrafo nos ha dado cuenta del feliz regreso á España de nuestro incomparable poeta Salvador Rueda.

Buenos Aires ha hecho honor al vate castellano, todo idealidad, todo modestia, todo quijotismo, que ha puesto el nombre de España en el lugar inmaculado á que debieran todos llevarla.

Rafael Calzada ha hecho justicia al poeta nacional en el siguiente brindis, pronunciando en el banquete de despedida con que el Club Español agasajó á Salvador Rueda, y que recogemos de «El Diario Español», de Buenos Aires:

«Queridos señores y amigos: Pocas veces, muy pocas, en mi vida, en situaciones como ésta, me he levantado con tan íntima complaciencia como ahora á cumplir un deber gratísimo, que es para mí un honor muy grande: el de ser fiel intérprete de vuestros cariñosos sentimientos al decir adiós á Salvador Rueda, á nuestro insigne poeta Salvador Rueda, cuando él nos dice adiós para tornar de nuevo á la patria.

Aunque me propongo ser breve, espero me disculparéis si os digo que no he de limitarme á la fórmula consagrada de ofrecerle esta efusiva, esta entrañable demostración de nuestra admiración y de nuestra simpatía, con el obligado elogio de su personalidad ilustre, que yo no me atrevería á intentar siquiera, bien seguro de que mis palabras jamás podrían alcanzar á la altura de sus grandes, de sus infinitos merecimientos; y no he de limitarme á esa fórmula porque, apasionado por la justicia, yo me creo obligado además á deciros algo que tal vez algunos sepan; pero que, en cambio, muchísimos ignoran.

Todos, ante su portentosa inspiración, alzan á su alrededor un soberbio coro de alabanzas; todos, ante sus versos, que diríase son ráfagas de divina luz, se asombran y enmudecen; ante sus maravillosas estrofas, llenas de soberana, de incomparable armonía, todos se extasían y deleitan; pero, á la vez, todos se preguntan: ¿Quién es ese mago de ritmo, que va á través del mundo con sus canciones, haciendo más sana, más alegre, más hermosa la vida? ¿Quién es Salvador Rueda?

Rueda es un poeta, un gran poeta, un altísimo poeta: eso todos lo saben; pero lo que casi todos ignoran, y es lo que yo pretendo deciros, es que Rueda no se revela como poeta solamente en sus versos, sino que se revela en sus sentimientos, en sus ideas, en sus acciones, en su espíritu, absolutamente en todo.

Ya lo habéis visto. El día mismo en que puso su planta en esta amada tierra argentina, ¿qué maravillas le deslumbraron? ¿Qué grandezas le atrajeron? El renombre glorioso de un anciano, postrado en su lecho, que sólo podía ofrecer los efluvios de su corazón nobilísimo, y antes que á los poderosos, que á los gobernantes,

que á los dispensadores de grandezas, Salvador Rueda corrió presuroso á besar su frente y á confundirse con él en estrecho abrazo. Yo tuve la suerte de ser testigo de aquel encuentro memorable de Guido Spano, mi venerado amigo Guido Spano y Salvador Rueda, y os declaro que nunca, jamás, se borrará de mi memoria aquel cuadro patético, verdaderamente conmovedor, de dos espíritus gigantes que se conocían, que se entendían, que se amaban, á través de los mares, y cuyo encuentro afectuosísimo representaba para mí algo así como la fusión de la potente mentalidad de dos naciones—la madre y la hija predilecta—en la sublime región de la inspiración poética, condensadora feliz de lo que hay de más grande y más noble y más puro en el corazón del hombre.

Y á partir de aquel momento no hubo acto suyo que no se inspirase en la más exquisita dedicadeza, en la más grande abnegación, en el más absoluto olvido de sí mismo. Corrió siempre allí donde la caridad, ó el patriotismo, ó la grandeza de este glorioso pueblo le llamaron; pero cuando se le brindó con actos en que su personal interés resultaría grandemente beneficiado, cuando se le ofrecieron homenajes merecidísimos, de esos que jamás se rehusan; cuando se le propusieron jiras triunfales, que serían pródigas para él en honra y en provecho, tuvo invariablemente esta contestación categórica:

—Lo agradezco inmensamente; pero eso, para mí, es imposible.

Muchos de los que me dispensáis el honor de escucharme fuisteis testigos de esa actitud irreductible de Rueda, noble hasta la exageración, delicada hasta lo increíble, repitiendo aquí lo que hizo en Cuba, lo que hizo en Canarias, lo que hizo en todas partes. Y bien, queridos amigos: ese es el hombre, ese es Salvador Rueda. ¿Por qué, entonces, no decirlo, si se nos aparece tan grande en esa su ingénita bondad, en esa su diáfana pureza de sentimientos, como en sus mismas admirables composiciones?

El no quiso homenajes, él no quiso honores, él no quiso fortuna, no quiso nada; quiso únicamente el cariño de sus amigos, el aplauso de sus compatriotas, el buen nombre de España en América, y dice que con ellos se siente feliz; que con ellos, después de abrazarnos, retorna feliz á la patria.

Yo digo, señores, mientras no me canse de admirar á este cantor sublime, en quien se reflejan todas las abnegaciones de aquellos bardos cuya excelsa misión no era otra que la de cantar á los héroes y á los dioses; yo digo que ojalá esa su felicidad, esa su alteza de miras, esa su grandeza de ánimo, sean para siempre sus inseparables compañeras; en tanto la gloria acaricia, amorosa, su frente, esa frente luminosa para la cual se me antojan pobres y mezquinas las coronas de todos los Soberanos de la Tierra.

Y tú, queridísimo Salvador, perdóname el suplicio que para ti representa el tener que escuchar estas mis mal coordinadas palabras, porque crees seguramente que te ensalzan, cuando, en realidad, no son ellas otra cosa que la sincera expresión de una parte muy pequeña de la justicia que tú mereces.

Al partir te digo tan sólo que, si algo ansío, es que sea siempre contigo la ventura que para ti deseamos todos los que sabemos hasta dónde eres tú merecedor de ser dichoso, y que tan grande como fué el regocijo que nos produjo tu llegada, es hondo el sentimiento que nos causa tu partida.

Yo bien quisiera decirte todo esto en una oración elocuentísima, digna de ti; pero, como ni tengo elocuencia, ni aun cuando la poseyera bastaría, por grande que fuese, para traducir la emoción que me embarga, yo te ruego, querido Salvador, que aceptes, como el más sentido de los discursos, este entrañable abrazo que te ofrezco, en que, con todo mi cariño, me parece que fuese el de todos tus amigos y admiradores de las riberas del Plata.

Alzo mi copa, poeta, por tu salud y por tu gloria; por la grandeza de este admirable pueblo argentino, por la felicidad de España y por todos vosotros, señores y amigos.»

* * *

Leída por su autor en el brillante festival de despedida á Salvador Rueda, que se celebró en los lujosos salones del *Infanta Isabel de Borbón*.

Entretejed, entretejed las flores
de esta encantada, peregrina zona,
y al cantor de la luz y los colores
tejedle digna, virginal corona.

Margaritas del valle adormecido,
claveles de la selva tucumana,
saludad al poeta esclarecido
con los perfumes de la tierra indiana...

Embajador del arte y la belleza,
peregrino de amor y de hidalguía,
honrad de su estro noble la grandeza,
nimbadlo con fulgor de mediodía.

Las musas de la tierra americana
estallen en estrofas de diamantes,
porque pulsa la lira de Quintana,
porque canta en la lengua de Cervantes.

Porque ha tendido un puente de emociones
que une dos pueblos en abrazo estrecho;
porque lleva en la mente mil visiones
y calor de amistad dentro del pecho;

porque trae á la América sencilla,
para marcar con ellos su cruzada,
claveles reventones de Sevilla,
azulejos graciosos de Granada;

de Málaga gentil, trae un pandero,
de Aragón, una cántica oportuna,
de Córdoba, una capa de torero
y de Valencia, un resplandor de luna.

De Galicia, una gaita melodiosa,
la alegría del vino de Navarra,
de Toledo, una espada primorosa,
de Madrid, una armónica guitarra.

Porque es el alma luminosa y pura
del ruiseñor que canta en la alameda;
es la Iberia moderna que fulgura,
ciencia en Cajal y hondo lirismo en Rueda.

Porque en ternuras su existencia baña,
y con rayos de sol teje su nido;
porque ha dejado la oblación de España
sobre la frente del ilustre Guido.

NATALIO ABEL VADELL.

B. A. Julio 1.º 1913. – s/c. Moreno, 786.

* * *

De *El Diario Español*. Buenos Aires, 2 Julio de 1913.

LA PARTIDA DE SALVADOR RUEDA

Á BORDO PARA ESPAÑA DEL «INFANTA ISABEL»

A las nueve de la mañana presentaba la dársena Norte aspecto de inusitada animación; el hermoso paquete español «Infanta Isabel de Borbón» se destacaba majestuoso en el azul plomizo del cielo.

En la cubierta alta de estribor, Salvador Rueda, rodeado de un grupo de amigos y admiradores, expresaba cariñosamente sus sentimientos hacia la Argentina y repetía sus promesas de volver pronto á visitarnos.

Una distinguida y numerosa concurrencia despedía al poeta.

Al llegar el doctor Rafael Calzada, entregó á Rueda unas poesías hermosas que le dedica el poeta argentino Natalio Abel Vadell que fueron magistralmente leídas por el señor Roberto Dupuy de Lome; una distinguida señorita ejecutó preciosas composiciones al piano, y á ruego de Salvador Rueda y de los concurrentes, la señorita Mercedes Dupuy de Lome recitó «El elogio de los ojos» con ese arte exquisito que ella sabe hacerlo, arrancando lágrimas á todos los ojos y siendo muy eplaudida.

Parten en viaje á Europa el acaudalado propietario, director del Banco de Galicia y presidente del directorio de «El Diario Español» don Vicente Sánchez, acompañado de dos de sus hijas.

El vapor español lleva un total de 1.200 pasajeros, entre los que se encuentran 120 de clase de lujo.

Entre las personas reunidas en el barco vimos á la señorita Mercedes Dupuy de Lome, señoras Delicia Rodríguez de Barraza, Francisca Pérez de Durán, Amalia Durán de Lainez, Celia Freyer de Blanco, señores doctores Rafael y César Calzada, Malagarriga, Manzanares, el director del «Diario Español» señor Justo

S. de López Gomara, Roberto Dupuy de Lome, señores Gonzalo Saenz, Manuel Llamazares, Manuel Durán, Juan Más y Pí, doctor Julián Ma. de Mendieta, señores Calvet, Rodríguez y otros.

* * *

Diario Español, 18 Julio 1913.

LLEGADA DE SALVADOR RUEDA Á ESPAÑA

ELOGIOS Á LA ARGENTINA

Madrid, 17 (10,40 p. m.)—Llegó el poeta Salvador Rueda, de regreso de su viaje á la Argentina.

Salvador Rueda viene satisfechísimo de su corta permanencia en ese país, al que tributa grandes elogios. Su agradecimiento por las atenciones de que ha sido objeto, no tiene límites.

Ha manifestado que los deseos que durante mucho tiempo tuvo de hacer una visita á ese país, han quedado recompensados con las satisfacciones que ha recibido cuando pudo realizar ese viaje.

* * *

No tengo más que alabanzas encendidas para el gran poeta que posee el léxico más lujoso y las formas más espléndidas de los nacidos en España, y que dejará en la historia de nuestra literatura el rastro más resplandeciente que hayan podido dejar otros soles de primera magnitud.

SALVADOR SELLÉS

* * *

AL GRAN MAESTRO SALVADOR RUEDA

(EN TABARCA)

Vuelen á ti mis versos errabundos;
á ti los lleve blanda la marea;
á ti, que los crepúsculos jocundos
haces radiar con ignición febea;

á ti que, cuando en éxtasis fecundos
blandes el *Fiat* que ilumina y crea,
haces rodar los soles y los mundos
por la órbita inflamada de tu Idea.

Ya fulge más espléndida Tabarca,
y más brilla el Océano que la abarca,
pues lo alumbra tu espíritu andaluz;

y es por las noches su fulgor más claro,
y rutila en las lentes de su faro
el éter de tu numen, hecho luz.

* * *

Á SALVADOR RUEDA

¿Quién soy para cantarte?—Soy el átomo
que enamorado sube hacia la estrella
á bañarse en su luz... Viajero errante
que con flores de amor marco mis huellas,
Quijote despreciado
por rendir culto inmenso á la Belleza,
deidad augusta que llenó mi vida
con brillazones de alboradas nuevas...

—

Yo escuché tus canciones
en la noche sin astros de mi pena,
cuando sobre el panteón de mi ventura
sólo cantaban aves agoreras,
presagiando en fatídicos graznidos
una noche más negra...
Cuando las flores pálidas lloraban
su postrimer esencia,
y sufrían los árboles enfermos
de su fatal despojo la tristeza...
Entonces hasta mi alma
tus canciones llegaron, oh poeta,
cual notas imposibles
de ritmo universal y vida eterna...

—

¡Tus canciones!...
Latido soberano
del alma de una raza gigantesca
que fué para la Historia, como un alba
de redención, tras una noche inmensa...
Tus canciones, formadas por mil notas
que se juntan, se abrazan, en cadencias
de ritmo misterioso, celebrando
en musical é incomparable fiesta,
el connubio divino de las cosas
que amorosas se buscan y se encuentran...
¡Colosal armonía!... Es el lenguaje
del aura que solloza sus endechas,
el suspiro del agua fugitiva
que rueda entre las peñas,
pronunciando palabras
que siente el alma vagamente, apenas...

Es el trino del ave, poeta alado,
es el aroma ideal de la violeta,
la blancura del lirio sin mancilla
que eleva al cielo su plegaria incierta,
el silbo del insecto
que ama el refugio de las hojas secas,
y el crujido doliente
del brote cuando entreabre la corteza...

—

¡Eso son tus canciones!
Tus canciones... ¡Oh lira!... Ellas encierran
la lumbre que palpita en el espacio,
y la sonrisa de oro de la estrella
que tiembla en lo infinito: de los mares
la azul inmensidad, que en sí refleja,
vestida con cendales de la aurora,
la nube que los cielos atraviesa...
¡Musa que siempre canta y siempre ríe...!
¡Musa que siempre brilla y siempre alegra...!
Y tu canción se extiende sobre el mundo
como eco gigantesco del poema
que concibe el amor, y cuya estrofa
al vibrar en tu alma, te revela
el alma colosal que vibra y late
en la Naturaleza...
Un chispazo de luz es cada verso
que brota de tu lira; es una fiesta
sinfónica, la música
de tus estrofas, rutilantes perlas
que con rayos de sol engarzó amante
la Gloria á tu diadema...
Al eco de tus cantos; cómo exulta
el corazón de América,
que sale del sopor que la domina
y á vida más inmaterial despierta...
¡Es que tú eres la España
del verso, de la luz, de la belleza,
aquella España que engendró á Cervantes,
á Zorrilla y á Bécquer y á Pereda...
Tierra que eleva altares á las flores,
enamorada audaz de la Quimera...
Y España siempre, en dichas ó en pesares,
en la luz ó en la niebla,
en la quietud ó en la sangrienta lidia
es la madre de América!...

—

Poeta, cuando pisas del Ensueño
la región divinal, dime, ¿qué estrella
te envuelve en sus miríficos fulgores
y te presta la lumbre que condensas
en tu creación?... ¿Qué arcana melodía
anima tu existencia?

Divino ruiseñor del verso alado!
¡Por la mujer hermosa de mi tierra,
bella cual la ilusión, más que las flores,
preconcebida ya en la estrofa griega,
mujer de carne palpitante, y sangre
que hierve, como fuego, entre las venas,
y labios hechos para un beso eterno,
divino ruiseñor, bendito seas!...

—

Y por todos los bardos de mi patria
que marchan, como tú, por la existencia,
buscando los senderos
que hacia el alcázar de la Gloria llevan,
por todos esos bardos que han vertido
en las noches siniestras
fulgentes alboradas de alegrías,
divino ruiseñor, bendito seas!...

—

Y yo también, aunque átomo perdido,
nota fugaz de la eternal orquesta
que vibra en los jardines divinales
en donde el Arte reina;
yo también, llego á ti, para decirte
henchido el pecho de emoción intensa:
«Por tu creación gigante, alma de España,
divino ruiseñor, bendito seas!...»

Alfredo de Lhéry.
(Uruguayo.)

Mayo de 1913.

DE REGRESO DE LA ARGENTINA

VISION

A los preclaros talentos de Rafael y de Rodrigo Santos.

Más están mi alma y mi cuerpo para descansar de un viaje tan lleno de hondas y grandes emociones, que para escribir acerca de él; pero mi palabra comprometida con dos ó tres diarios españoles y americanos, me obliga, aunque no sea nada más que á arrojar á granel, sobre las cuartillas, algunas impresiones.

Aplazado el acontecimiento de la inauguración del poema de Querol en Buenos Aires, tengo ya la anuencia de nuestro ilustre señor ministro de Instrucción pública, Excmo. Sr. Ruiz Jiménez, para aislarme y prepararme á fin de asistir, á su debido tiempo, á aquel suceso importantísimo de la Historia hispano-americana. No pude llevar mi voz en la aún no realizada inauguración; pero he visto el portento de Buenos Aires. Porque Buenos Aires, levantado en cien años (que es el tiempo que aquí casi necesitamos para la tramitación de un expediente ó de un pleito), es el prodigio mayor que registran los hombres. No se concibe que en un siglo haya cristalizado ese milagro, como no sea por el milagro mismo. ¡Y todavía hay quienes piden á la Metrópoli argentina lo que en este otro continente del mundo hicieron los siglos, es decir, ¡Museos, Bibliotecas, Archivos, espadas de ranciedad ilustre, manuscritos de insigne abolengo, prestigios y excelsitudes que son la elaboración de las centurias! ¡Cerebros faltos de luz!, ¿cómo una estalagmita se va á forjar en una hora? Pero, en cambio, tiene la Argentina los puños en la masa para el futuro amasijo de una nueva carne humana; tiene entre sus manos las lanzaderas insólitas que están haciendo el tejido de esa carne; tiene el «fiat» de una nueva modalidad de la luz del hombre. ¿Y esto no vale tanto como los ancianos archivos europeos, como los rancios pergaminos de nuestra cansada estirpe, como los longevos infolios de nuestra agotada civilización? Buenos Aires es «Raya á lo vivido, y á vivir de nuevo». Todo allí tiene los caracteres de la creación de un nuevo Universo. ¡Es fascinador ese flamante y estupendo Crisol de la Vida! Hierve en su fondo metalurgia alemana, inglesa, italiana, «yankee», hebrea, rusa, española, materias componentes de

todas las nacionalidades del mundo. De la fusión no soñada, nacerá no el Homúnculo de Fausto, hecho sólo de química, sino la Eva de troquel imprevisto, y el Adán de turquesa no esperada, construídos con músculos, nervios y sangre; es decir, seres troquelados en la realidad de la vida robusta y grande.

El desfile de hombres y mujeres de Buenos Aires es algo exótico y prodigioso: narices hebreas, perfiles sajones, ademanes franceses, gestos italianos, líneas rusas, trazos españoles, todo en el palimpsesto del perdurable documento humano: unos signos de raza se sobreponen á otros signos; sobre un surco medio borrado, aparece otro surco más nuevo; sobre la escritura jeroglífica de especies conglomeradas, se deletrean trabajosamente otras escrituras; y todos estos hombres, y todas estas mujeres que llevan estos trazos, son la transformación, el «Alfa» de otra vida. Hay que considerar aventureros, ambiciosos, audaces, hambrientos, desesperados, ávidos de inquirir, campesinos, industriales, agricultores, todo el diverso desborde de las razas actuales que va á parar á la Argentina; cada uno de esos seres, desempeña al ir de Europa á América, el papel inconsciente de la abeja, la cual, á la vez que se busca la vida pasando de flor en flor, se baña, inadvertidamente, en el polen de los cálices viriles, que transmite también, inadvertidamente, á las corolas maternales, creando impulsos y vidas, sin saberlo.

Pues calcúlese la cantidad de ideas, de modos de pensar, de sentimientos, de crisálidas mentales que llevará consigo á la Argentina toda esa emigración de gentes variadas. ¿Os dáis cuenta de todo lo que hierve en el fondo de aquella estupenda Retorta? Pero por mucho que pongan en el plasma de esa futura humanidad las demás nacionalidades, España pone el Idioma, lo más grande que hay entre los hombres, y con el Idioma todos sus trazos y signos espirituales, toda la recia levadura de su carácter; así es que mientras ese Idioma no se desdibuje del todo (y ya comienza á estarlo mucho, pues lucha con la invasión de los otros idiomas), de España es la hegemonía, si es que España se da un supremo golpe en la frente, despierta de su criminal soñarrera de siglos, deja esa pesadilla aterrorizante de Africa y dirige sus romerías espirituales, sus caravanas de amor y de civilización hacia el magnífico continente americano. Los árabes, durante la guerra de los siete siglos, aprendieron de nosotros el sistema mudo de la traición, del arte solapado de echar un día al árabe á un pozo, otro día asesinarlo en secreto, otro destruir una familia como por encanto, hasta que se fué acorralando á los últimos en la Alpujarra, donde se cometieron con ellos los más viles crímenes que registra la Historia. Como son nuestros discípulos, ese odio de raza no se borrará jamás; mientras que del otro lado del Atlántico nos llaman la fraternidad, la cultura, «la voz de la sangre», la voz ancestral de todo lo nuestro, remozado con una vida flamante coronada de amores. Mientras nuestros grandes políticos se dan cuenta de esto, bueno es que vaya á la República Argentina mucha emigración. Antes las emigraciones eran de analfabetos; después fueron de seres más ilustrados; hoy ya son de gente de más escogida selección, más sana de corazón y de mente, y cada español de estos que vaya allí á labrar las tierras, ó á llevar los libros de comercio, ó á mover las máquinas ó á cultivar la ciencia, á la vez que desem-

peñe sus funciones, será como una especie de inyección fortificante de cacodilato español que se infiltrará en el torrente circulatorio de aquella nación. Las emigraciones de los últimos años ya han hecho su efecto de bondad en todo y en más aún en el Idioma, el cual se purifica un poco, algo, lo bastante para conocerse la eficacia. Los emigrantes van «á su avío»; pero cada uno de ellos, quizá contra la voluntad de su conciencia, lleva infinitos arraigos de raza, ideas, modalidades, trazos y simientes del espíritu que sembrará con una inconsciencia divina.

¡Cosa rara! Toda nuestra piojera humana, porteras indolentes que se arrellanan en los escalones de sus puertas entre un retortero de gente parásita que afila la lengua en el chismorroteo; gañanes tumbones á quienes amarga nuestro trigo candeal porque le cuesta sudor el labrarlo; señoritos como tenias sociales que necesitan vivir entre el intestino nacional; todos esos golfos, charranes, ganchos, guripas, cobradores de barato, valientes de mancebía, agricultores durmientes, bachilleres con la uña del dedo meñique crecida y conservada como una joya que nunca ha de trabajar; todos los pólipos, lipomas, quísteres y excrecencias de carne inmunda de nuestro organismo social, al ser deglutidos, asimilados (no sin grandes protestas y dolores), y al ser hechos quilo y quino del gran torrente «circulatorio argentino», se vuelven diligentes, trabajadores, ahorrativos, fuertes, ágiles, ciudadanos dignos, gente de más quilates de oro que los de las demás razas que entran en la República. Esto es prodigioso. Todos esos mendigos guiñaposos que en España no nos dejan vivir en ninguna parte; todos esos niños cuyos padres los acostumbran á pedir limosna, delineando en ellos el vago futuro; todas esas madres viles que, para excitar la misericordia pública, llevan entre el frío y entre el calor niños de pecho que son á veces alquilados; todas esas «pajaritas de las nieves» que han de colgarse de nuestro brazo aun por las calles más céntricas, invitándonos á inocular nuestra sangre con un nuevo virus envenenador de la raza; todas esas casas del mismo género posesionadas de establecimientos públicos so color de servidumbre decente; toda la podredumbre que nos brota por todas partes, toda la inmundicia que se nos desborda de todos los movimientos de nuestra vida, todo ese estiércol humano debe ser conducido, á la fuerza, del otro lado del Atlántico, y ser distribuído, no en el babilónico, inmenso y sublime Buenos Aires, sino sobre la infinita llanura de la Pampa, para dar brazos y espinas dorsales á la agricultura, que todo lo ennoblece y eleva. Y tened por seguro que eso que aquí es estiércol, peste, lepra, sarna social, al transformarse allí por el trabajo, se convierte en cosa tan grande, que del mendigo de capa raída sale un García del Castañar; de la chula averiada, una molinera de Alarcón; del hampón comido de parásitos, un «Don Quijote de la Pampa»; del bachiller cultivador asqueroso de sus uñas meñiques, un sabio de provecho; del «título sin más título que su título», un sociólogo, un historiador, un literato.

Llevan en sí la levadura española, íntegra de fuerza dinámica con que tomar parte en el amasijo de aquellas tierras portentosas.

Tierras que no son sólo las de la Meca argentina—hoy el eje y pasador del varillaje hispano-americano—, también son vírgenes y nobles tierras, todas las de las Repúblicas que hablan nuestra

lengua. ¡Juntas por el amor como los grandes eslabones de una irrompible cadena, qué inmenso poder tendrían en el planeta! Hoy, cualquiera nación, por ejemplo, los codiciosos Estados Unidos, si quisiera asimilarse una ó varias Repúblicas de esas, sólo tendría que alargar la zarpa, como hizo con Cuba y desea hacer con Méjico. ¡Unidas todas con Iberia, componiendo unos «Estados Unidos de Fuente Castellana», ninguna nación de las que se tienen por más poderosas, intentaría siquiera mirar de frente á esa estupenda Fuente de hombres que nacieron del inagotable brazo español!

Pero esas Repúblicas americanas, al emanciparse del tronco nativo de Castilla, es natural que sintiéndose naciones aparte, tuviesen vanidad, engreimiento de sí mismas, desdén y coquetería de unas á las otras.

Les falta el lazo amoroso, que es el lazo de su conveniencia, una conveniencia que les urge, ante el actual desdoblamiento de la Historia... Claramente se columbra el eslabonamiento, aunque interrumpido, de esa «Columna vertebral de naciones»: puesta en pie y revestida de carne viva esa Osamenta civil, ¿quién se atrevería con su ímpetu incontrastable? Figuráos que mediante el maravilloso poder de un genio, hoy se pudiera decir á la faz del mundo: «Es un hecho la constitución de los Estados Unidos latinos» en el concierto político universal. La noticia haría tambalearse el planeta, y las naciones tendrían su vista baja, sus barcos en sus arsenales y sus espadas en sus fundas, ante nuestro inmedible poderío. ¿Y por qué no ir á la epopeya? ¿Por qué no ir por amor, así como en lo antiguo se fué por la sangre y el exterminio?

El inmenso Esqueleto espera al genio que resucite su costillaje, engrane sus vértebras y le eche á andar. ¿Quién sería capaz de desvanecer el odio que se tienen esas Repúblicas de nuestro idioma é indulcirlas á un concierto civil, autónomo, y sólo firmemente preso por contratos comerciales, morales, intelectuales, además de por el santo y fecundo cordón umbilical que las ata á todas á un Seno Materno Común? Francamente; cree mi honrada conciencia que la iniciación y la acometividad de esta vasta epopeya histórica, puede hacerla el flexible y culto rey de España. No se cristalizó su carácter en ningún troquel; ni siquiera en el de la monarquía; se ve (repasando á otros muchos hombres de España), que él es quien no se deja encerrar en lo limitado de ningún sistema, de ninguna opinión, de ningún partido acaparador y codicioso. Es hombre de todas las latitudes ideológicas y capaz de todas las proteicas evoluciones y transformaciones que condujeran á nuestra raza á un futuro glorioso. Veo que tiene mucha lógica este tanteo que el rey quiere hacer de admitir en hirviente crisol nacional elementos republicanos. Siempre que estas cosas las hagan altísimos caballeros investidos de patriotismo y de justicia, el paso será un divino atrevimiento que será bien visto á los ojos de Dios.

Precisamente, el rey necesita para la realización de este Gran Poema de la Historia todos los elementos de la nación; todos, sin faltar uno.

Porque el salir armado Caballero del Ideal, en no vista empresa de amor para aquellas Repúblicas, necesita llevar una escolta brillantísima, un acompañamiento de sabios, de legisladores, de

magistrados, de oradores insignes, de directores de la Prensa, de eminentes archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, de pedagogos llenos de orientaciones futuras, de plumas que canten su belleza, de políticos que hagan intercambios étnicos, de pintores que transporten en sus lienzos nuestras glorias y se traigan las glorias de ellos; de músicos que oigan y aprendan las interesantísimas canciones populares de aquellos países y las traduzcan á nuestros pentágramas. El rey debe llevar, en esa estupenda Romería del Espíritu, no sólo el alto estrado de frentes ilustres en Medicina, en Comercio, en Industria, en cuantos ramos nobles se divide la vida humana, sino también debe llevar á obreros maestros en su arte: metalurgia, alfarería, cristalería, cajas de imprenta, tejidos, litografía, fotograbado, esmaltería, orfebrería; toda la infinita enumeración de los oficios que se dan la mano con las Artes.

La palabra de Melquiades Alvarez, amplia, majestuosa como en aquel inmortal discurso en que cantó las glorias de Castilla, debía llevarla el rey como un verbo propio. La oratoria de Vázquez Mella, más de Ateneo, con base de humanidades, metafísica profunda, es verbo que también debía acompañar á D. Alfonso. La voz imponente, grande, arrolladora, de Gerardo Doval, que es sabio en complicadísimos casos de justicia, debía también figurar en el concierto. Como igualmente la voz de los oradores políticos de mayor zona de acción. En compañía del rey debían ir los analistas de la estética, Baquero, Cosío, Bueno, Blanco, Alsina, y otros. Los filósofos, Unamuno, muy admirado y querido en aquellas tierras; Ortega y Gasset, y más. Literatos, muchos; poetas, muchos. Novelistas, Bazán, Galdós, Trigo, Ibáñez, Baroja, Picón, Valdés y un grupo de jóvenes. La gloriosa María Guerrero con su teatro. Facultativos, los mejores. Ingenieros. Náuticos. Catedráticos. Sacerdotes. Militares. Bibliófilos. Todo un variadísimo plantel de inteligencias y de corazones. Y en la cátedra, y en la tribuna, y en la Prensa, y en el libro, verter á raudales y generosamente y noblemente, con todo el encendido fuego del espíritu, nuestra savia, nuestro granero espiritual, nuestra sementera ideológica enriquecida por los siglos y por las vicisitudes históricas. Aquellas Repúblicas corresponderían, enseñándonos, desde sus admirables establecimientos, sus novedades, sus progresos, su cultura, su genio. Y este intercambio inmenso de frentes, de corazones y de almas, crearían los lazos indestructibles que jamás debieron romperse. ¿Que cuánto cuesta realizar esta grandiosa visión? Una sola parte del río de oro despeñado en trágicos raudales por el Barranco del Lobo africano. El recorrido de esta epopeya contará todas las Repúblicas hispano-americanas.

Las Cortes cerradas entretanto, y toda la nación muda de gozo, de asombro, al seguir con los ensanchados ojos del espíritu la flota que llevaba sus frentes, sus dioses, sus égidos, sus genios á la reconquista maravillosa del Nuevo Mundo. Empezándose por la Argentina, todo el recorrido enorme sería un continuado estrépito de palmas de triunfo, de cataratas de gloria, de apoteosis nunca vistas ni soñadas. La Trasatlántica tiene todos los elementos señoriales y magníficos que se necesitan para el nuevo descubrimiento... Sus capitanes, su oficialidad, tienen todo el porte, y toda la grandeza, y toda la sabiduría, para dirigir esta epopeya de la Raza.

Y para cuando en noches de oro quisiéramos organizar recepciones en nuestros barcos, que serían como nuestros propios palacios, debíamos descolgar de los garabatos gloriosos de la Armería real las espadas, ungidas por la inmortalidad de Fernando é Isabel, de Hernán Cortés y de Colón, de Pizarro y de los Pinzones, de Carlos V y de Felipe II, todos los aceros, y todos los tapices reales, y todas las armaduras, y todos los lanzones de torneo, cascos, escudos, flameros, borgoñatos, pendones, que son los trofeos extraordinarios y extralegendarios que constituyen el orgullo de América y de España, porque en las puntas de esas espadas, y entre el resplandor de esas espuelas, y entre esos arreos con cinceladuras de un oro ideal de siglos, fué transportada la Civilización, y la Cruz, y el Idioma al otro lado del mundo. Y no sólo llevar esos que son cuños de la raza; llevar también los libros de filosofía y de ciencias sociales, que fueron como otras turquesas que troquelaron nuestro espíritu. Los libros de Derecho, que aun hoy son también cuño, y troquel y turquesa. Debemos llevar todos los arquetipos en que se asienta nuestro genio, que son los mismos, de que nacieron los trazos firmes y resistentes de las Repúblicas americanas.

Espadas, crisoles, náutica, brújulas, astrolabios, deben ir como matrices de que nacimos á la grande y gloriosa vida americana. ¿Por qué haberse interrumpido este Poema, el más grande que hubo en la Humanidad? ¿Por qué no resucitar las vértebras persistentes, los cantos levemente desunidos de esta Epopeya? El intentarla solamente sería para el rey D. Alfonso y para los insignes hombres actuales de nuestra raza, algo tan grande que servirá hasta de primera lección amorosa para el remoto desarme universal. ¿Qué tizón de odios no se cae de las manos al ver cosa tan grande?

Intentemos este ensanchamiento infinito. Y si hace falta para lacrar esta empresa la sangre de un poeta creyente, aquí está la mía. Esta Visión encierra el porvenir de España.

Y es grande y fecunda, porque tiene un aliento heroico.

Y es divina y sublime, porque me la ha revelado Dios.

SALVADOR RUEDA

LA BATUTA DEL MAR

A la egregia poetisa levantina, Señorita Ermerinda Ferrari.

El mar zumba con su son perenne, rectificando, con inexcusable ley eterna, el ritmo; presentando en todos los momentos de todos los siglos, su lección de compás triunfadora; abriendo perdurablemente su cátedra de acento, sin el cual no sobrevivirían ni los astros ni los hombres, ni los cristales rítmicos de las piedras preciosas, ni los cristales rítmicos de los versos; acento que junta las notas de la ópera y los granos de las espigas, y que hace volar las alas, y andar los pies, moverse el pulmón infatigable y latir los corazones dentro de su caja misteriosa.

Sólo pueden ir fuera del acento, lo enfermo y lo muerto. La voz trágica y potente del mar, es el llamamiento perdurable á la lección.

Oigámosla. Como de dos violines exactamente templados y de conformidad mutua todos los átomos vegetales de sus dos cajas, basta tocar uno para que suene el otro, basta también para que todas las almas se pongan acordes y canten, oir la estupenda lección del acento del mar.

Ella dice al hombre: «Tu paso lleva la energía del ritmo, por eso andas; tu pulso se mueve dentro de una isocronía maravillosa, por eso amas; tu dentadura es un doble teclado triturante, sometido á cadencia, por eso verificas tu transfusión material; tus ojos son dos versos de origen increado, dos rimas azules, negras ó verdes; tus manos son dos liras de cinco cuerdas, tan prodigiosamente acordadas, que lo mismo que hace la una hace la otra; tus piernas son á modo de un pareado armónico que te sostiene; tus homólogos son dos compases varoniles, doble *fiat homo* portentoso; tus pies son dos rasantes alas de carne; tus series de costillas son arpas; todo tú eres una fábrica armónica, un compuesto rítmico, un concertante musical en que hasta tus átomos, iguales y regidos por el mismo troquel, son fusas y semifusas, trillones de corcheas y semicorcheas de tu ópera; todo tú cantas y estás acorde, para ser digno de contener en ti á Dios.»

Así dice el mar al hombre, y le transmite la convicción perpetua con su elocuencia reedificadora.

Reedificadora, porque coronado de ejércitos de acentos, el mar

los convierte en edificantes martillos, en cinceles rehacedores; él no derriba jamás; él es erigidor; templa, ritma, concierta, redivive y da de nuevo el canto. ¡Oh, acento; oh, cimera; oh, penacho; oh, flámula; oh, bandera de triunfo! Las vértebras de todos los organismos, están hechas á golpe de ritmo, son series de anillados acentos: de la unión de su música, brota la fuerza que sostiene á un hombre cien años en pie.

Mar generoso, maestro de ética, maestro de estética, maestro de energía, yunque inmenso de acentos, ondulación infinita de compases, creador de óperas, palpitación colosal de liras, mundo de arpas atronadoras, inmensa matriz del canto, ¡salud!

Reanuda el mar la declamación de su himno maravilloso y grande, y dice:

«Repara cómo una rosa se compone de una agrupación de acentos ó pétalos; cómo toda la flora del mundo es, cada flor, un compás musical de hojas; todas describen círculo en derredor de su mismo centro, ara santa que guarda su polen, su tradición gloriosa, su cuño eterno. Observa todos los mares del orbe están hechos de una sola unidad, el acento, la gota, y cómo fundidas sus vastas soledades matemáticas, los mares se vuelven versos, versos varoniles y rotundos que surgen, ruedan, enlazan sus hemistiquios, y agarrados por medio del hilo de la armonía, avanzan en legiones incontrastables, en naciones de olas, de versos maravillosos que expresan la alta Lección. El canto suma todos los acentos, suelda todas las gotas, y ya no son cifras abstractas, ya no son sólo gotas multiplicadas á lo infinito. De su engranaje brota el ritmo, la cadencia que amarra y jamás suelta, y el mar es todo él, vasto y terrible, un organismo musical, un solo poeta enorme, de cuya frente se desengarzan ondas, ritmos, himnos, letanías de cristales armónicos, escalas de temblor hecho Verbo, rodantes versificaciones, sometidas todas á una unidad, el acento, especie de batuta inmortal.»

«Observa también la armonía á que está sujeta, dentro de su banda luminosa, la candela áurea de un rayo de luz. Por música arde todo el Sol. Ve una página suya en el aire: á tu viva vivienda entra la ancha poesía de oro. No la ves con la simple vista en su inmensidad de partículas, pero ese rayo de sol es una escalera armónica, cañaverales rítmicos de átomos idénticos, encendida página de puntos, ejército en parada de acentos, lámpara rítmica que arde tendida, vertical ú oblícua, escalinata milagrosa de ritmos: al acercarse entre sí cadenciosamente, la unión los enciende, y de sus millones de engranajes de acentos brota el fuego, el amor. El rayo arde ordenado: es logarítmico como la poesía, como el Universo. Ve sus renglones de átomos iguales; ninguno rebasa la medida; todos rompen sus puntas á la misma distancia; todos matan su luz al mismo soplo; todos expiran en el mismo bastidor de la sombra. Cada verso llega de punta á punta, corre pleno y seguro, y se calca en cópula divina á los acentos del anterior como un corazón enamorado se calca en otro corazón enamorado. Vista por la ciencia una faja de sol, es un áureo intercolumnio; las columnas son iguales, exactas, rítmicas. ¡Oh, vendrá día en que, así como un trozo de concha puntea el cordaje de una bandurria, de una cítara, algún trozo de materia hoy no sabida, de divinizada materia, hiera, cogida por unos dedos sabios, el cordaje misterioso

de un rayo de sol y lo haga cantar como un arpa de átomos, como una lira de luz. Entonces, el rayo de sol, de ser la versificación igual y exacta de una poesía grandiosa, habrá pasado á ser una música del cielo en la tierra. Entonces se verá cómo el sol canta, cómo arde por música, y cómo sus versos matemáticos y justos eran una canción sublime desde el primer día de la Creación.

Nobles cultivadores de la cadencia en el arte; es señal de impotencia ir fuera del ritmo. No se puede enmendar la plana á Dios. Oíd á lo lejos el Profesor Inmenso, el Mar.

¡Humanidad, oye sus cuerdas, trabaja y canta!

SALVADOR RUEDA

FIN

INDICE

Págs.

DISCURSO DEL RECTOR VEDIA Y MITRE. V
NOTA DEL AUTOR XIII
DE UN GRAN ESCRITOR AMERICANO. XVII

Zumbidos del caracol. 1
Mi Pegaso. 2
La espiga. 3
La corona de ilusiones. 4
Abril. 5
A mi musa. 6
El órgano. 7
El tablado flamenco. 7
¡Limosna á los niños deformes! 8
Cuerpo-flor. 10
Los nardos. 10
La albahaca. 11

DEL PAIS DE LAS CAÑAS

El ingenio de azúcar. 15

Los ojos de la Dolorosa. 19
Adiós á Granada, siete veces divina. 21
El elogio de los ojos. 22
Tu escudo. 23

EL BLOQUE

Canto I.—Las razas. 27
Canto II.—El templo. 33

Cartagena. 38

CUERDAS GRAVES

I.—El silencio. 42
II.—La soledad. 42
III.—La paz. 43
IV.—¡Vivan las rosas! 43

Págs.

Égloga. 44
Palimpsesto. 46
La canción del poeta. 47
Los bebedores de luz. 49
A Querol. 51
La mantilla. 52
El valle de Yumurí. 53
Lección de música. 55

MISERERE

I.—Por una mujer. 61
II.—Lamentaciones. 63
III.—Evangelio. 65

Al entrar en la Habana. 69
La Habana futura. 69

FRAGMENTOS DE POEMAS

La musa del vicio. 75
A mi hermana. 87

SIERRA NEVADA

I.—Llego á ti. 93
II.—La tristeza de los libros. 93
III.—El dolor de la lucha. 94
IV.—El juego. 94
V.—Las mujeres. 95
VI.—El arte. 95
VII.—Los viajes. 95
VIII.—La eterna mentira. 96
IX.—Miserere mei. 96
X.—Purifícame. 97
XI.—La oblación. 97
XII.—Baño de azul. 97
XIII.—Baño de blancura. 98
XIV.—Baño de aromas. 98
XV.—La dicha de los pájaros. 99
XVI.—Los torrentes. 99
XVII.—Cama de flores. 99
XVIII.—Los precipicios. 100
XIX.—El picacho del Veleta 101
XX.—El pico de Mulhacen. 101
XXI.—La suprema sabiduría. 101

SINFONIA DEL AÑO

Primavera. 105
Estío. 108

Págs.

Otoño 113
Invierno 118

CANTOS DE LA VENDIMIA

Prólogo-estudio 125
A misa 136
La riña 138
La canción del vinagre 139
La mariposa 140
Ríe que ríe 143
La margarita 143
Las gotas de agua 144
Collar 145
Perspectiva 146
El ruido de los élitros 147
La cigarra 148
Desposorio 148
La fiesta 149
La chumbera 150
Los hilos de araña 151
En los olivares 152
«Candilazo» 154
La clueca 155
La zorra 157
La colmena 160
La caja de pasas 162
Las semillas aéreas 162
Los rastrojos 163
La siesta en Granada 164
Los murciélagos 165
La sequía 166
El gusano de luz 168

Lo que no muere 170
Málaga 173
Los conciertos en primavera 177
La diligencia 178
Falma de Mallorca: La emigración de los dioses 180
El café de Zaragoza 182
María Guerrero 185
Las entrañas del rey sabio 185
El poema de las grutas 186
Los pájaros que cantan mal 190
El enjambre 193
El escudo de Aquiles 194
Tributo de amor 195
Variaciones sobre un color 197
El anillo de Napoleón 198
Los dos campanarios 200
Las serpientes 201
La granada 203

Págs.

Las almas ardiendo. 205
Encajes de lágrimas. 207
La ciudad de hierro. 208
El riego de los mundos. 209
Desde las rocas. 210
Oriental. 212
La bandera. 213
Las «xanas». 214
Catalepsia. 217
«Esfollaza». 218
Borines. 222
Del pueblo á la corte. 224
La fresa. 226
La niebla. 228

RESURRECCION

Canto I. 233
Canto II. 237
Canto III. 241
Canto IV. 245
Canto V. 249
Canto VI. 253
Canto VII. 256

Desfile de claveles. 260
Los duendes. 262
La mecedora. 263
Visión que pasa. 265
Sevilla en Abril:
I.—Semana Santa. 266
II.—Feria. 269
La «juerga». 273
A ver la novia. 276
A mi eminente médico. 281
La primavera. 281
A mi hábil dentista 284
Camino de Vélez. 284
El vino de Málaga. 287
La soledad es la fuerza. 289
El ciego de los romances. 291
La romería. 296
El sacorio. 301
El árbol de las estrellas 306
El baile de las muñecas. 308
Mascarada. 309
El adiós de las aves. 311
La boda. 312

SONETOS

Desafío por un poeta. 319
A dormir. 319

Págs.

La elocuencia. 320
A media noche 320
Las piedras preciosas. 320
Mármoles:
I.—Moisés, de Miguel Angel. 321
II.—Los caballos del carro del sol. 321
III.—El cefiso. 321
IV.—El hermes. 322
V.—El friso. 322
VI.—El laoconte. 322
VII.—El fauno con los platillos. 323
VIII.—Las parcas. 323
IX.—Cabeza de Júpiter. 323
X.—Las metopas. 324
XI.—Niños danzando en torno del dios Pan 324
XII.—Crátera. 324
Escrito sobre un tonel. 325
Heráldica:
I.—Gerardo Doval. 325
II.—Luis Aponte de Miguel. 325
La «paella». 326
El «solera» 326
Vico. 326
Tres camafeos. 327
El poema de las rosas:
I.—Las rosas 328
II.—Las rosas y la muerte. 328
III.—Las rosas y los héroes. 328
IV.—Las rosas y las mujeres. 329
V.—Las rosas y las procesiones. 329
VI.—Las rosas y los mantones de Manila. 329
VII.—Las rosas y las casullas 330
VIII.—Las rosas y las capas de los toreros. 330
IX.—Las rosas y los apóstoles. 330
X.—Las rosas y las verbenas 331
XI.—Las rosas y el Espíritu Santo. 331
XII.—Las rosas de olor 331
XIII.—Las rosas gigantescas. 332
XIV.—Las rosas de pitiminí. 332
XV—Las rosas negras. 332
XVI.—Las rosas de oro. 333
XVII.—Las rosas blancas. 333
XVIII.—¡Rosas, rosas, rosas! 333
Los lirios. 334
El ramo de claveles. 334
Amores vegetales... 334
La tierra. 335
Las bodas del mar. 335
América latina. 335
El templo latino. 336
La batalla de flores. 337
El clavel disciplinado. 337

Págs.

La rueda de noria. 337
Los dos crepúsculos:
I.—Amanecer. 337
II.—Anochecer 338
El malvado. 338
Epitafio. 338
La musa humana. 339
Las flores de almendro. 339
El nacimiento de la Virgen. 339
Huertos de Murcia:
I.—El huerto de «manú» 340
II.—El huerto de «cadena». 340
III.—El huerto de «don Gonzalo». 340
IV.—El huerto de Patricio. 341
V.—El huerto de Remigio. 341
VI.—El huerto de don José García Martínez. 341
VII.—El huerto de la Virgen de la Luz. 342
VIII.—Clavellinero. 342
El poema de los átomos:
I.—Somos las aguas. 342
II.—Somos los cielos. 343
III.—Somos las llamas. 343
IV.—Somos la sangre. 343
V.—Somos las montañas. 344
VI.—Somos las flores. 344
VII.—Somos las fieras. 344
VIII.—Somos los pájaros. 345
IX.—Somos los vientos. 345
X.—Somos los árboles. 345
XI —Somos los peces. 346
XII.—Somos los insectos 346
XIII.—Somos la luz. 346
XIV.—Somos los colores. 347
XV.—¡No somos el alma! 347
XVI.—¡¡No somos Dios!! 347
Las momias egipcias. 348
Madrigal. 348
La cinta de un entierro. 348
El «copo». 349
Al partir un vaso de vino. 349
Ante las pirámides. 349
La corona de lirios. 350
Los coros Clavé. 350
Contradanza. 350
Zaconi. 351
Lo que dice Asturias. 351

DE MI SEGUNDO VIAJE A AMERICA

¡Adiós! 355
El correr del cielo. 357
Brindis. 360

Págs.

¡Al gran pueblo argentino, salud! 361
Al ver los jazmines en América. 363
El ave invisible. 363
Oyendo al doctor Joaquín V. González. 364
El milagro de las flores. 364
A la República Argentina. 367
Adiós á Buenos Aires. 375

La orgía de esqueletos. 375
Las cataratas del Niágara. 379
Las carreras de cintas 382
El sueño de las crisálidas. 383

VASO DE ROCIO

Canto I. 387
Canto II. 399
Canto III. 415

El invierno de las mariposas. 429
Primavera. 430
Canción melancólica. 431
Las alfombras 434
Dios pasa... 435
La mujer de rubíes.. 436
El árbol de la música. 439
Himno. 440
La Giralda. 441
Enjambre. 441
El bierzo. 442
Caminando á Valencia. 443
La «traca». 445
Valencia. 447
Motivos valencianos. 451
Mis amores en Valencia. 452
Los fuegos artificiales. 454
Las mariposas nocturnas. 456
El sofisma de un borracho. 458
Tarde de verano. 459
Los estruendos del Cantábrico. 461
La Cruz de Mayo. 463
El gazpacho. 464
La armonía del mar. 466
¡Trabajad! 468
La partitura. 469
Hojas rodando. 471
La comparsa popular. 473
La bandera española. 474
Extasis. 476
¡Sangre! 476
Dentro de tus ojos 476
El río. 477

Págs.

El buey 477
En secreto 478
En la cumbre del «Santo Pitas» 478
Pubertad 479
Sombras 480
A una joven de trece años 480
El último abrazo de mi madre 481

LA EPOPEYA DEL TEMPLO

Canto I 485
Canto II 507
Canto III 523

HOMENAJE A LA PRENSA ARGENTINA

Apéndice.—Poesías, juicios, frases, pensamientos y notas de la Argentina y de España 541

DE REGRESO DE LA ARGENTINA

Visión 595
La batuta del mar 601

155851 LS.
R9187c

Author Rueda, Santos

Title Cantando por ambos mundos, nueva coleccion de

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU